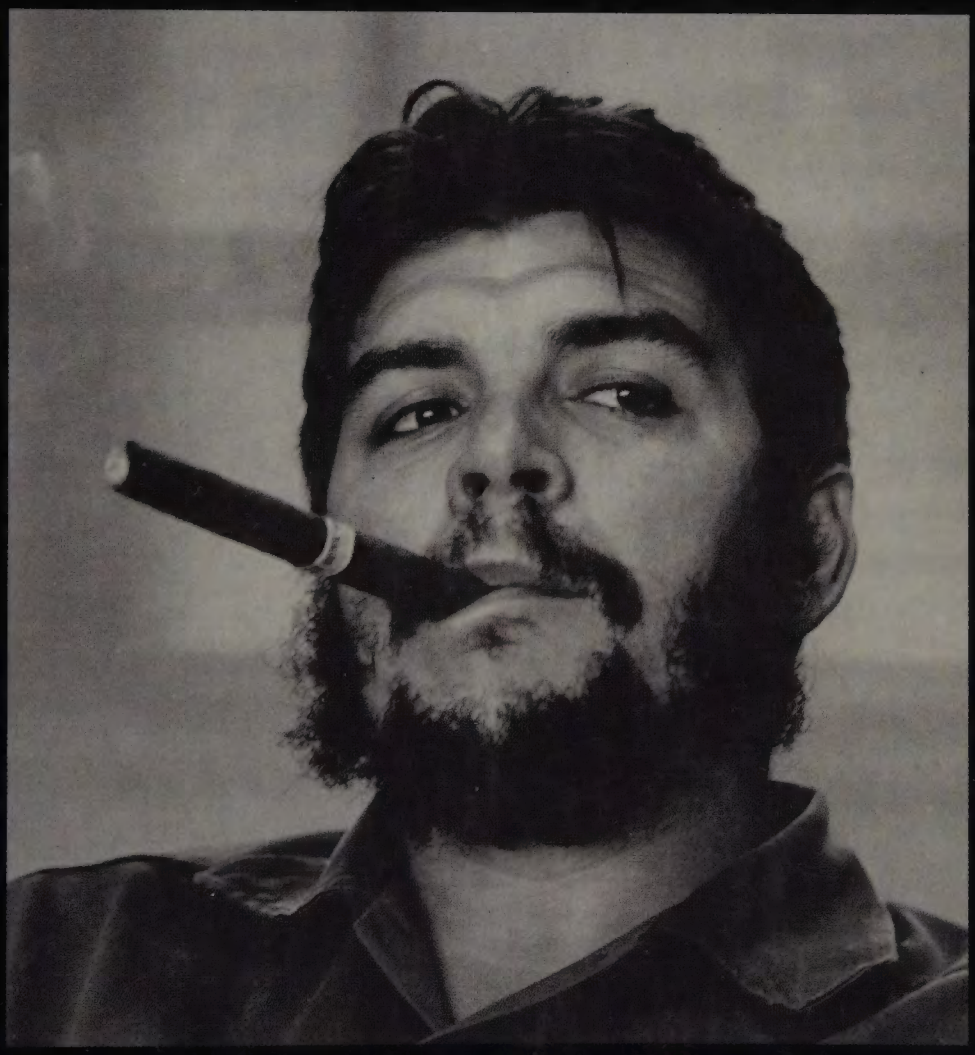
JON LEE ANDERSON

Che Guevara

Una vida revolucionaria



• crónicas •
ANAGRAMA

Jon Lee Anderson

Che Guevara

Una vida revolucionaria

Traducción de Daniel Zadunaisky
y Susana Pellicer



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Che Guevara: A Revolutionary Life

La traducción de Daniel Zadunaisky corresponde a la primera edición, publicada por Emecé en 1977; la presente edición, actualizada, ha sido revisada por Susana Pellicer y el propio autor.

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración: foto © Rene Burri

Primera edición española: septiembre 2006
Primera edición impresa en Argentina: septiembre 2006

© Jon Lee Anderson, 1997

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2006
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-2572-5
Depósito Legal: B. 30593-2006

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Edigraf S.A. - Delgado 834, Buenos Aires

A Erica

Y a la memoria de mi madre,
Barbara Joy Anderson,
1928-1994

AGRADECIMIENTOS

Una biografía es obra de una persona, pero sólo se puede llevar a cabo con la colaboración de otras. Un proyecto como éste, que abarcó cinco años, obliga a agradecer a muchas personas. Tal vez algunas no aprueben el resultado final. A ellas sólo les digo lo que siempre he dicho: en este libro mi única lealtad es para con el Che Guevara; escribo según mi percepción de *su* verdad, no la de otros. Pero a fin de tranquilizar a todos los espíritus, al llegar a este punto debo decir que «el autor es el único responsable del contenido de este libro».

En Cuba, donde pasé la mayor parte del tiempo y realicé las principales investigaciones, estoy especialmente en deuda con la viuda del Che Guevara, Aleida March, quien se atrevió a despertar de tres décadas de hibernación para atender a un «yanqui» insolente y fisgón. Sé que no fue fácil para ella y que muchos le aconsejaron que no lo hiciera. Agradezco su valentía y su confianza al permitirme sacar mis propias conclusiones de sus revelaciones. Tengo una gran deuda con María del Carmen Ariet, inteligentísima asesora y confidente de Aleida, probablemente la persona que más sabe sobre el Che Guevara en el mundo. Muchas gracias, María, del «gringo feo». Orlando Borrego, protegido y amigo íntimo del Che, puso a mi disposición sus vastos conocimientos y me trató como amigo, cosa que le agradeceré eternamente. Manuel Piñeiro Losada, alias «Barbarroja», jefe de espías y guardián de los secretos de Cuba durante treinta y cinco años, salió de las sombras para ayudarme a despejar ciertos misterios que rodean las actividades clandestinas del Che, un privilegio sin precedentes que aprecio enormemente. Muchas gracias también a Aleida Piedra, ayudante y amiga leal que se convirtió en un miembro más de la familia.

A Denis Guzmán, funcionario del Comité Central del Partido Comunista cubano, quien gestionó mi primera solicitud para trabajar en Cuba y resolvió los problemas iniciales de nuestra estancia; María Flores, Roberto de Armas, el difunto Jorge Enrique Mendoza –mi primer «anfitrión» oficial–, quien lamentablemente se suicidó poco después de mi llegada; Julie Martin y su padre Lionel Martin, una gran persona y un buen amigo que me brindó sus pensamientos, sus años de experiencia y su archivo personal sobre el Che; Manuel, Alejandro, Katia y toda la «familia Gato»; Lorna

Burdsall, Pascal e Isis Fletcher, Lisette, Ron Ridenour, Veronica Spasskaya, Roberto Salas, Encarna, Fernando y Laly Barral, Leo y Michi Acosta, Micaela y Fernando, Miguel y Tanja, Julio y Olivia, Marta y Carmen, Isaac y Ana, Dinos y Maribel Philippos, Ángel Arcos Vergnes, Juan Gravalosa, Tirso Sáenz, Harry Villegas, Alberto Castellanos, Alberto Granado, Osvaldo de Cárdenas, Ana María Erra, María Elena Duarte, Estela y Ernesto Bravo, Mariano, Gustavo Sánchez, Jesús del Valle, Paco Usallán, Marta Vitorte, Cari y Margarita, la «profe». En el Consejo de Estado cubano, Pedro Álvarez Tabío me permitió acceder a los codiciados archivos del Che, donde conté con la gran ayuda de Efraín González y Heberto Norman Acosta. El historiador Andrés Castillo Bernal me proporcionó una copia de su propio manuscrito original, ampliamente documentado, sobre la Revolución Cubana.

En la Argentina debo agradecer a Calica Ferrer, Carlos Figueroa, Chicho y Mario Salduna, Pepe Tisera, Roberto y Celia Guevara, Julia Constenla, Rogelio García Lupo, Reynaldo Sietecase, Héctor Jouve, Alberto Korn, Toto Schmukler, Oscar del Barco, Benjamín Elkin, Nelly Benbibre de Castro, Emiliano Acosta, Tatiana y Jaime Roca, y a todos los miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense –Anahí, Patricia, Darío y Mako– y en especial a Alejandro Inchaurregui, a quien considero un buen amigo. También Roberto Baschetti, Julio Villalonga, María Laura Avignolo y Claudia Korol.

En Bolivia, vaya mi agradecimiento a Loyola Guzmán y Humberto Vázquez Viaña. También a Rosa y Natalie Alcoba, a Martín y Matilde; Ana Urquieta, Juan Ignacio Siles, Chato Peredo, René Rocabado, Carlos Soria, Clovis Díaz, Miguel Ángel Quintanilla y Tania, del Hotel Copacabana. Mis mejores deseos de éxito para el Equipo de Baloncesto Anderson en Vallegrande. El general retirado Reque Terán me brindó generosamente su tiempo, sus documentos y su colección de fotografías secuestradas.

En Paraguay, Socorro Selich y sus hijas, en especial Zorka, me alojaron con toda confianza y develaron los secretos del difunto coronel Andrés Selich, una figura clave en las últimas horas de vida del Che Guevara. Agradezco su confianza, su cálida hospitalidad, y a Tilín por ayudarme a copiar cintas grabadas y fotografías tomadas hace treinta años.

En México, mi investigación fue coordinada o dirigida por Phil Gunson, excelente periodista, veterano estudioso de América Latina y buen amigo. Tengo con él una deuda especial de gratitud por su paciencia y su ayuda incansable para buscar personas y archivos en México, Guatemala, Nicaragua y Panamá.

En el Reino Unido, Richard Gott y John Rettie me dieron aliento, información y contactos invalorables. Gracias también a Duncan Green y Raquel del LAB, Pedro Sarduy y Jean Stubbs; Noll Scott, Landon Temple, Muhammad y Helena Poldervaart, Carlos Carrasco, Ashok Prasad y Peter Molloy.

En Moscú, Irina Kalinina, Anatoli, Esperanza, Volodia, Mario Monje

y Alexander Alexeiev. En España, Henry Lerner, Carmen González-Aguilar y su difunto hermano Pepe Aguilar, quien me brindó su tiempo aunque ya estaba en su lecho de muerte. En Suecia, Ciro Bustos, quien me brindó su hogar y su confianza en nuestras largas conversaciones. En El Cairo, Carol Berger hizo grandes esfuerzos para buscar a las personas que yo deseaba entrevistar.

En Alemania, Peter Müller me ayudó con los archivos de la Stasi y me dio su apoyo también de otras maneras. El cineasta suizo Richard Dindo me porporcionó direcciones e indicaciones referentes a Bolivia y también algunas fotos para el libro.

En Washington, Peter Kornbluh del The National Security Archive, Scott Armstrong, David Corn, Sergo Mikoyán y Phil Brenner. En Miami, muchas gracias a mis amigos y mis varias veces anfitriones –todos activa y amablemente interesados en este libro y mis penurias–, Rex y Gabriela Henderson, David e Inés Adams y José y Gina de Córdoba.

Estos y otros amigos y parientes repartidos por el mundo hicieron de esta larga empresa una experiencia mucho más placentera. Entre ellos se cuentan Vanadia Sandon-Humphries, Doris Coonrad, David Humphries, Jonathan Glancey, Michelle, Tina, Meim, Nohad Al-Turki, Nick Richards, Christopher y Monique Maxwell-Libby, Colin Pease, David Ridd, Simon Tucker, Ros Bain, Laurie Johnston, Cathy Booth, Tim Golden, Jeff Russell, Chuck y Bex, Michelle Labrut, Bertha Thayer, Mike y Joan Carabini-Parker, Janet y Terry Parker, María Elena, Matilde Stone, Martin y Eva Barrat, Ingrid Vavere, Colin Lizieri y Jos y Kien Schreurs-Timmermans.

Durante estos cinco años fallecieron varios de mis seres queridos. Vaya para ellos mi reconocimiento y despedida. Mi madre, Barbara Joy Anderson, quien fue mi primer mentor y querida amiga, falleció repentinamente cuando me encontraba en Cuba. Sofía Gato, quien ayudó a criar a los hijos del Che y nos ayudó a nosotros de la misma manera, se convirtió rápidamente en nuestra mejor amiga. Falleció en 1996 y todos la echamos muchísimo de menos.

Me parece singularmente apropiado que este libro lo publique Grove Press, la primera editorial que publicó los escritos del Che Guevara en Estados Unidos. Las oficinas de Grove fueron destruidas por una bomba en los años sesenta, después de que su revista de «izquierdas» *Evergreen* publicara en la tapa el más emblemático retrato del Che. El editor Morgan Entrekin me ha dado su apoyo durante todos estos años. Aunque jamás lo dijo, estoy seguro de que en ocasiones lo hizo a su pesar, pero le agradezco que jamás me lo hiciera saber. Lo mismo digo de mi agente Deborah Schneider. A Carla Lalli y Elizabeth Schmitz por sus esfuerzos, Anton Mueller, Kenn Russell; Muriel Jorgensen, Miwa, Judy y todo el personal de Grove Press que me hizo sentir como en casa: Joan, Eric, Jim, Scott, Lauren, Lissa, Amy, Tom, Lea y Ben, muchas gracias. Asimismo a Patty O'Connell, quien desentrañó mi sintaxis enredada y mis caídas en el *spanglish*. Por su respaldo y resistencia agradezco a los editores de Transworld, Emecé Edito-

res, Baldini & Castoldi y Objetiva. Y, de igual manera, a Jorge Herralde y todo el equipo de Editorial Anagrama, para esta nueva edición.

Pocos autores tienen la suerte de contar como correctores a un hermano y un amigo íntimo que también son escritores; yo tuve el privilegio singular de que Scott Anderson y Francisco Goldman redujeran mi volumen abrumadoramente pesado. Si éste resulta legible, el mérito es principalmente suyo.

Mi esposa Erica fue mi compañera sin desmayos y me brindó su apoyo a lo largo de esta odisea. Con auténtica flema británica, consintió que nos mudáramos de Oxford a La Habana, donde instaló nuestro hogar en medio de una sociedad que parecía derrumbarse a nuestro alrededor. Aceptó sin quejas mis frecuentes viajes al exterior, algunos de los cuales duraron varios meses, y en cada ocasión, gracias a ella, me encontré al volver con una familia sana y bulliciosa. Para nuestros hijos, Bella, Rosie y Máximo, este libro se convirtió en parte inseparable de sus vidas. El Che Guevara fue para todos ellos la primera personalidad que pudieron identificar fuera de nuestra familia cercana. El idioma natal de Rosie y Máximo fue el español, y Bella iniciaba sus clases matutinas con el himno *Seremos como el Che.*

INTRODUCCIÓN

La revelación salió a la luz de manera casi fortuita durante una larga conversación mientras bebíamos café una mañana de noviembre de 1995. Sentado en el jardín de su finca amurallada en las afueras de la ciudad boliviana de Santa Cruz, el general retirado Mario Vargas Salinas divulgó su papel en el entierro secreto del hombre a quien había ayudado a perseguir veintiocho años antes: el revolucionario nacido en la Argentina Ernesto Che Guevara.

La confesión del general rompió el silencio en torno a uno de los misterios más perdurables de América Latina. Después de su captura y asesinato a manos de militares bolivianos y en presencia de un agente de la CIA en octubre de 1967, el cadáver del hombre que fuera la mano derecha de Fidel Castro se había desvanecido. En su jardín de Santa Cruz, el general Vargas Salinas reveló que había integrado un pelotón encargado de un entierro nocturno, que los cadáveres del Che y varios de sus camaradas estaban enterrados en una tumba colectiva cerca de la pista de aterrizaje de tierra en las afueras de la aldea de Vallegrande, en las montañas del centro de Bolivia. Los oficiales que derrotaron al guerrillero más carismático del mundo quisieron negarle una tumba que se convirtiera en un lugar de homenajes públicos. Esperaban que la desaparición pusiera fin al mito del Che Guevara.

Sucedió lo contrario: el mito del Che se difundió y extendió sin que nadie pudiera controlarlo. Millones lloraron su muerte. Poetas y filósofos escribieron elegías exaltadas, músicos le dedicaron obras, pintores lo retrataron en diversas poses heroicas. Guerrilleros marxistas de Asia, África y América Latina ávidos de «revolucionar» sus sociedades alzaban su bandera en el combate. Y cuando la juventud de Estados Unidos y Europa occidental se sublevó contra el orden establecido denunciando la guerra de Vietnam, sus prejuicios raciales y su ortodoxia social, la mirada desafiante del Che se convirtió en el icono definitivo de su revuelta entusiasta, aunque en gran medida vana. Si el cuerpo del Che había desaparecido, su espíritu estaba vivo; estaba en ninguna parte y en todas.

¿Quién era ese hombre que a los treinta y seis años había abandonado a su esposa y cinco hijos, su ciudadanía honoraria, su puesto de ministro y grado de comandante en la Cuba revolucionaria con la esperanza de iniciar

una «revolución continental»? ¿Qué había impulsado a este hijo de una familia aristocrática argentina, con título de médico, a tratar de cambiar el mundo?

Hacía tiempo que el autor de estas líneas intentaba desentrañar estos interrogantes. El Che empezó a interesarme a fines de la década de los ochenta, cuando realizaba investigaciones para un libro sobre las guerrillas de la era moderna. En campos de batalla de Birmania, El Salvador, el Sahara Occidental y aun del Afganistán musulmán descubrí que guerrilleros de todas clases veneraban al Che. Sus escritos sobre la guerra de guerrillas, pero más aún los principios revolucionarios que parecía encarnar –abnegación, honestidad y dedicación a la causa–, habían trascendido el tiempo y la ideología para formar e inspirar a nuevas generaciones de combatientes y soñadores.

Fascinado, busqué libros sobre el Che Guevara. Hallé pocos que no estuvieran agotados y ninguna biografía que se pudiera llamar perdurable; la mayoría eran hagiografías oficiales cubanas o brulotes igualmente tediosos escritos por sus adversarios ideológicos. No tardé en comprender que la vida del Che estaba por escribirse porque en buena medida estaba oculta en el misterio. Las lagunas en su vida planteaban enigmas fascinantes, y me pareció evidente que si uno podía desentrañar los misterios de la vida del Che, también podría echar luz sobre ciertos aspectos clave –y escasamente conocidos– de la era de la guerra fría: el apoyo cubano a los movimientos guerrilleros y la generación de guerras por agentes tanto del Este como de Occidente en el Tercer Mundo.

Pensé que las respuestas a la mayoría de estas preguntas se encontrarían en Cuba, y viajé allá con la esperanza de hallarlas. Era 1992 y Cuba vivía una época de confusión porque la Unión Soviética, que había apadrinado a Fidel Castro durante treinta años, acababa de caer. Golpeado pero no humillado, de pie y firme en su isla caribeña, Castro aún se atrevía a levantar el estandarte socialista en momentos en que la nave del Estado parecía hundirse bajo sus pies.

Durante un segundo viaje, ese mismo año, conocí a la viuda del Che, Aleida March, quien me prometió su «cooperación» para escribir una biografía de su difunto esposo. Fue un golpe de suerte porque poco después, el *apparatchik* revolucionario que había «aprobado» mi permanencia y debía ser mi mentor oficial se descerrajó dos balazos en el pecho. A principios de 1993 me instalé en La Habana con mi familia; la estancia duró tres años. Con ayuda de su viuda y con investigaciones adicionales en la Argentina, Paraguay, Bolivia, México, Rusia, Suecia, España y Estados Unidos traté de descubrir quién era el Che Guevara y qué había sucedido en su vida. Sobre todo traté de comprender al hombre detrás de la imagen pública mítica. Este libro es fruto de cinco años de trabajo.

Por curioso que parezca, el mito del Che sigue siendo tan poderoso que atrapa a la gente, genera polémicas y provoca tormentas políticas. Los detalles póstumos que me reveló el general Vargas Salinas actuaron como un

catalizador para que se produjera un torrente de información inédita sobre la muerte del Che Guevara, pero también sobre su vida.

Acosado por la prensa, el presidente civil de Bolivia decretó que los militares debían buscar el cadáver del Che, así como los de dos docenas de camaradas suyos «desaparecidos» en las mismas circunstancias, hasta hallarlos y exhumarlos. El consiguiente espectáculo público de los ex guerrilleros, soldados y peritos forenses que abrían pozos en las afueras de Vallegrande a la vista de multitudes de curiosos y de periodistas que merodeaban en busca de testimonios reabrió viejas heridas en el país y amenazó con sacar a la luz los detalles más escabrosos de antiguos secretos de Estado. Las fuerzas armadas bolivianas cumplieron la orden presidencial, pero enfurecidas por la «traición» de Vargas Salinas, lo conminaron a cuidar la lengua. Fue a Vallegrande, dijo que no recordaba «exactamente» dónde estaba enterrado el Che y volvió a su casa, donde quedó bajo arresto domiciliario. Después realizó un viaje largo por el extranjero y desde entonces guardó absoluta reserva. La búsqueda en Vallegrande continuó, pero con extrema dificultad debido a la falta de referencias precisas. Sin embargo, tras varias semanas de excavaciones salieron a la luz cuatro cadáveres de guerrilleros, pero luego la pista se enfrió nuevamente. Siguió la búsqueda, pero no fue hasta julio de 1997, tras dieciséis largos meses de pesquisas, cuando, dentro de una fosa común, los investigadores dieron con el objetivo principal de su búsqueda: el esqueleto de un hombre sin manos.

Primera parte

Una juventud inquieta

1. UN YERBATAL EN MISIONES

I

El horóscopo era desconcertante. Si el famoso guerrillero revolucionario Ernesto «Che» Guevara había nacido el 14 de junio de 1928 como constaba en su certificado de nacimiento, era un geminiano... y para colmo un sujeto más bien mediocre. La astróloga, amiga de la madre del Che, revisó sus cálculos en busca de un error, pero los resultados no variaron. Se trataba de una personalidad mediocre, sumisa, que había llevado una vida sosegada. Entonces, una de dos: o tenía razón o era una astróloga totalmente incompetente.

Al ver ese horóscopo deprimente, la madre del Che rió. Entonces reveló un secreto que había guardado celosamente durante tres décadas. Su célebre hijo había nacido un mes antes, el 14 de mayo. No era de Géminis sino de Tauro: una personalidad audaz y obstinada.

Explicó que la mentira había sido necesaria porque el día de su boda con el padre del Che estaba en el tercer mes de embarazo. Fue por eso por lo que inmediatamente después de la boda, la pareja se alejó de Buenos Aires en busca de la remota selva de Misiones. Allí, mientras su esposo se instalaba como emprendedor dueño de una plantación de yerba mate, ella vivió los meses de embarazo lejos de los ojos escrutadores de la sociedad porteña. Poco antes del alumbramiento, viajaron río abajo por el Paraná hasta la ciudad de Rosario. Allí dio a luz y un médico amigo falsificó la fecha en el certificado de nacimiento: la atrasó un mes para proteger a la pareja del escándalo.

Cuando el bebé cumplió un mes, avisaron a sus familias. Dijeron que habían tratado de llegar a Buenos Aires, pero que el trabajo de parto se inició prematuramente cuando llegaron a Rosario. Después de todo, un bebé sietemesino no es nada fuera de lo común. Si los familiares y amigos sospecharon de la historia y la fecha oficial, en todo caso las aceptaron discretamente, y durante años nadie la puso en tela de juicio.

Si ese niño no hubiera llegado a ser el célebre revolucionario «Che», los padres podrían haberse llevado el secreto a la tumba. Es una de las pocas personalidades públicas de los tiempos modernos cuyos certificados de nacimiento y defunción son falsos. Con todo, parece singularmente apropiado que Guevara, quien dedicó la mayor parte de su vida adulta a las actividades clandestinas y murió a causa de una conspiración secreta, iniciara su vida con un subterfugio.

II

En 1927, cuando Ernesto Guevara Lynch la conoció, Celia de la Serna acababa de terminar los estudios secundarios en el Sagrado Corazón, un colegio católico para niñas de la alta sociedad. Era una veinteañera espectacular, de nariz aguileña, oscura cabellera rizada y ojos café. Celia era instruida pero ingenua, devota pero crítica. En otras palabras, estaba lista para una aventura amorosa.

Celia de la Serna era una auténtica argentina de sangre azul y pura cepa española. Uno de sus antepasados fue virrey del Perú colonial; otro, un famoso general del ejército argentino. Su abuelo paterno había sido un terrateniente rico y su propio padre un célebre profesor de derecho, diputado y embajador. Murió con su esposa cuando Celia era niña, quien junto con sus seis hermanos quedó bajo la tutela de una tía devota. Pero a pesar de la muerte inesperada de sus padres, la familia conservó las propiedades con sus correspondientes rentas, por lo cual Celia recibiría una buena herencia al cumplir los veintiún años, la mayoría de edad legal.

A los veintisiete años, Ernesto Guevara Lynch era un hombre más bien alto y apuesto, de mandíbula y mentón enérgicos. Sus gafas para el astigmatismo le daban un aire falsamente tímido, pues poseía una personalidad sociable y extrovertida, un genio vivo y una imaginación excesivamente frondosa. También poseía dos apellidos argentinos de buena cepa: era bisnieto de uno de los hombres más ricos de Sudamérica y su árbol genealógico incluía nobles tanto españoles como irlandeses. Pero con los años, la familia había perdido la mayor parte de su fortuna.

Durante la tiranía de Rosas en el siglo XIX, los herederos de los ricos clanes Guevara y Lynch huyeron de la Argentina para buscar oro en California. Cuando regresaron del exilio, sus hijos nacidos en Estados Unidos, Roberto Guevara Castro y Ana Isabel Lynch, estaban casados. Ernesto era el sexto de sus once hijos. Eran una familia acomodada, pero ya no poseían tierras ni títulos. Mientras él trabajaba de topógrafo, Ana Isabel criaba a los niños en Buenos Aires. Pasaban los veranos en una casa de campo, un resto de la propiedad familiar heredado por ella. A fin de preparar a su hijo para una vida de trabajo, Roberto Guevara lo envió a una escuela estatal. «La única aristocracia en la que creo es la del talento», le dijo.

Pero Ernesto aún pertenecía por derecho de nacimiento a la sociedad argentina. Al crecer había escuchado los relatos de su madre sobre la vida de frontera en California y los aterradores cuentos de su padre sobre malones indios y muertes violentas en los altos Andes. El pasado ilustre y aventurero de su familia era un legado demasiado fuerte para desecharlo. Tenía diecinueve años cuando murió su padre, y aunque estudió ingeniería y arquitectura en la universidad, abandonó antes de recibirse. Quería vivir sus propias aventuras, hacer su propia fortuna y utilizó la modesta herencia de su padre para alcanzar ese objetivo.

Cuando conoció a Celia, Ernesto había invertido casi todo su dinero

en el Astillero San Isidro, la empresa constructora de yates de un pariente rico. Trabajó ahí como supervisor, pero al poco tiempo perdió interés. Un amigo lo entusiasmó con un proyecto nuevo: podía hacer fortuna cultivando yerba mate, la estimulante infusión vernácula que millones de argentinos beben religiosamente.

La tierra era barata en la provincia yerbatera de Misiones, mil ochocientos kilómetros al norte de Buenos Aires por el río Paraná, en la frontera boreal de la Argentina con Paraguay y Brasil. Colonizada inicialmente por misioneros jesuitas y sus indígenas guaraníes conversos en el siglo XVI, anexada cincuenta años antes por la Argentina, Misiones empezaba a desarrollarse como tierra de cultivo. Especuladores de bienes raíces, aventureros ricos e inmigrantes europeos pobres acudían a la provincia. Guevara Lynch fue a explorarla y se contagió de la «fiebre yerbatera». Su dinero estaba invertido en el astillero, pero esperaba que la herencia de Celia le permitiese comprar tierra suficiente para una plantación de yerba mate y luego hacerse rico con el rentable «oro verde».

A nadie sorprendió que la familia de Celia estrechara filas contra el pretendiente. Celia aún no había cumplido veintiún años y por ley necesitaba el consentimiento de su familia para casarse o cobrar su herencia. La pidió y se la negaron. Desesperados, porque para entonces estaba embarazada, ella y Ernesto fingieron una fuga de amantes para forzar a la familia a dar el consentimiento. Se ocultó en la casa de una hermana mayor. El ardid resultó eficaz. La familia aprobó el matrimonio, pero Celia debió recurrir a la justicia para cobrar su herencia. Un juez le otorgó una parte de su herencia, que incluía la propiedad de una estancia agrícola-ganadera en la provincia mediterránea de Córdoba y algunos bonos convertibles de su cuenta en fideicomiso: lo suficiente para comprar un yerbatal en Misiones.

El 10 de diciembre de 1927, Celia y Ernesto se casaron en una ceremonia privada en la casa de su hermana mayor casada, Edelmira Moore de la Serna. El diario *La Prensa* de Buenos Aires lo consignó en su columna «El día social».

A continuación huyeron de Buenos Aires a la selva misionera con su secreto común. «Juntos decidimos nuestra vida», escribiría Guevara Lynch en unas memorias publicadas años más tarde. «Quedaron atrás los martirios, las mojigaterías y la apretada cerca de parientes y amigos que querían impedir nuestro matrimonio.»

III

En 1832, el naturalista británico Charles Darwin, testigo de las atrocidades cometidas contra los indígenas argentinos nativos por el caudillo gaucho Juan Manuel de Rosas, había vaticinado: «El país quedará en manos de los salvajes gauchos blancos en lugar de los indios de piel cobriza. Los primeros son un poco superiores en educación, pero inferiores en todas las virtudes morales.»

Pero a la vez que corría la sangre, la Argentina generaba su propio panteón de héroes con espíritu cívico, desde el general José de San Martín, libertador del país en la guerra de independencia contra España, hasta el aguerrido periodista, educador y presidente Domingo Faustino Sarmiento, quien finalmente arrastró a la Argentina a la era moderna como república unificada. En 1845 Sarmiento publicó *Facundo, civilización y barbarie*, un fuerte toque de atención a sus compatriotas para que siguieran el camino del hombre civilizado en lugar de la brutalidad del argentino de frontera arquetípico, el gaucho.

Con todo, el mismo Sarmiento había gobernado el país con autoridad de dictador, y después de su muerte el culto argentino del hombre fuerte, el *caudillo*, no desapareció. El caudillismo sería un rasgo de la política hasta muy entrado el siglo siguiente, en tanto el gobierno oscilaba entre caudillos y demócratas en una desconcertante danza cíclica. En efecto, como si reflejara los agudos contrastes de la gran tierra conquistada por ellos, el temperamento argentino mostraba un dualismo irreconciliable, aparentemente anclado en un estado de tensión perpetua entre el salvajismo y la ilustración. Apasionados, caprichosos y racistas, los argentinos eran a la vez generosos, ocurrentes y hospitalarios y poseían un fuerte sentido del orgullo nacional. La paradoja dio lugar a una cultura floreciente, expresada en obras literarias clásicas como el poema épico gaucho *Martín Fierro*, de José Hernández, y *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes.

En la década de 1870 el país había adquirido estabilidad. Y una vez consolidada la conquista de las pampas del sur tras una campaña auspiciada por el gobierno para exterminar a la población indígena, se abrieron vastas extensiones de tierra a la colonización. Se tendieron cercos en la pampa para delimitar tierras de labranza y pastoreo; aparecieron ciudades e industrias; se construyeron puertos y ferrocarriles. A fines de siglo la población se triplicó; más de un millón de inmigrantes llegaron de Italia, España, Alemania, Gran Bretaña, Rusia y el Oriente Próximo a la rica tierra austral de promisión... y el flujo continuaba.

En apenas un siglo, la ciudad de Buenos Aires, triste guarnición colonial sobre el vasto estuario del Río de la Plata, adquirió la naturaleza explosiva y apasionada del crisol de razas, expresada en la nueva y sensual cultura del tango; su cantor de ojos oscuros Carlos Gardel prestaba su voz sugestiva a un orgullo nacional en expansión. Hablaba su propio dialecto callejero, el lunfardo, un argot argentino rico en dobles sentidos nacido del quechua, el italiano y el español gaucho.

En los ajetreados muelles del puerto, los barcos cargaban carne, cereales y cueros para llevarlos a Europa; otros descargaban Studebakers norteamericanos, fonógrafos y la última moda de París. La ciudad se jactaba de poseer un teatro lírico, una Bolsa y una buena universidad; manzanas de imponentes edificios públicos de estilo neoclásico, mansiones privadas, parques ornamentales con árboles inmensos y campos de polo, amplios bulevares adornados con estatuas heroicas y fuentes con chorros de agua. Los tranvías traqueteaban

a los barquinazos por las calles adoquinadas flanqueadas por elegantes confiterías y *whiskerías* de puertas de bronce y letreros dorados sobre ventanas de vidrio tallado. Entre los espejos y mármoles de su interior, altivos camareros de chaqueta blanca y pelo engominado vigilaban la sala y se abatían sobre las mesas en un destello, como águilas acechantes.

Pero mientras los *porteños*, como se llamaban a sí mismos los habitantes de Buenos Aires, buscaban sus modelos culturales en Europa, buena parte del interior vegetaba en el atraso decimonónico. En el norte, los caudillos provincianos regían con mano déspota vastos algodonales y cañaverales. Los casos de lepra, malaria y aun de peste bubónica eran frecuentes entre sus trabajadores. En las provincias andinas, los indígenas de lengua quechua y aymara, llamados *coyas*, vivían en condiciones de pobreza extrema. Faltaban dos décadas para el otorgamiento del voto a las mujeres y aún mucho más para la legalización del divorcio. La justicia patronal y la servidumbre por contrato formaban parte de la vida cotidiana en las regiones alejadas de los centros urbanos.

El sistema político argentino, lejos de seguir la evolución social, se había estancado. Durante dos décadas los partidos Conservador y Radical habían regido los destinos del país. El entonces presidente radical Hipólito Yrigoyen, envejecido y excéntrico, era una figura inescrutable que rara vez hablaba o se presentaba en público. Los obreros tenían pocos derechos, sus huelgas solían ser reprimidas a balazos y bastonazos. Los criminales cumplían sus condenas en la helada desolación de la Patagonia austral, adonde se los transportaba en barcos. Pero la inmigración y el siglo XX traían ideas políticas nuevas. Feministas, socialistas, anarquistas y también fascistas empezaban a hacerse oír. En la Argentina de 1927, el cambio político y social era inevitable, pero estaba demorado.

IV

Con el dinero de Celia, Guevara Lynch compró doscientas hectáreas de selva a orillas del río Paraná. Sobre un barranco con vistas al agua marrón y al exuberante bosque verde de la costa paraguaya construyeron una amplia casa sobre pilotes, con cocina y baño exteriores. Lejos estaban de las comodidades de Buenos Aires, pero Guevara Lynch estaba embelesado. Su ojo ávido de empresario contemplaba la selva que lo rodeaba y veía el futuro.

Tal vez creía que, emulando a sus abuelos, podría «restaurar» la fortuna familiar al lanzarse a la exploración intrépida de tierras vírgenes e inexploradas. Fuera esa emulación de sus antepasados consciente o no, es evidente que Misiones representaba para Guevara Lynch su propia aventura en el «Salvaje Oeste». Para él no era tan sólo una provincia atrasada de la Argentina, sino un lugar emocionante, plagado de «bestias feroces, los trabajos peligrosos, los robos y asesinatos, los ciclones en la selva, las interminables lluvias y las enfermedades tropicales».

«Allí, en el misterioso Misiones –escribió–, todo es obsesionante... todo en el territorio de Misiones atrae y atrapa. Y atrae como todo lo peligroso y atrapa como todo lo apasionante. Allí nada era igual a lo que nosotros conocíamos, ni su suelo, ni su clima, ni su vegetación, ni la selva poblada de animales salvajes, ni mucho menos sus habitantes... Desde el momento en que uno pisaba sus riberas sentía que la protección de su vida estaba en su machete o en su revólver...»

La casa de la propiedad estaba en un lugar llamado Puerto Caraguataí, el nombre guaraní de una bella flor roja, pero el puerto era apenas un muelle de madera. Se llegaba allí tras dos días de viaje por el río desde el viejo puerto comercial de Posadas en el *Iberá*, un venerable vapor victoriano con rueda de paletas que había transportado a funcionarios coloniales británicos por el Nilo. El caserío más cercano era Montecarlo, un asentamiento de colonos alemanes, pero a escasos minutos de caminata a través de la selva los Guevara hallaron a un vecino cordial. Charles Benson, maquinista retirado del ferrocarril inglés y ávido pescador deportivo, se había construido un gran bungalow blanco sobre el río que incluso tenía un auténtico *water closet* importado de Inglaterra.

Los Guevara disfrutaron unos meses mientras se instalaban y exploraban el terreno. Pescaban, paseaban en bote y cabalgaban con Benson o iban a Montecarlo en su calesa arrastrada por mulas. Gertrudis Kraft, de ocho años, hija de refugiados alemanes pobres que tenían una hostería en el camino a Montecarlo, admiraba a los Guevara, «gentes pudientes» cuyo rústico hogar junto al río era «una mansión».

En todo caso, el idilio de la luna de miel duró poco. El embarazo de Celia progresaba y en pocos meses llegó el momento de regresar a la civilización para que ella diera a luz en un ambiente más cómodo y seguro. La pareja viajó río abajo hasta Rosario, un importante puerto sobre el Paraná de trescientos mil habitantes. Allí Celia inició el trabajo de parto y dio a luz a su hijo Ernesto Guevara de la Serna.

La partida de nacimiento falsificada, redactada en el registro civil el 15 de junio, fue firmada en calidad de testigos por un primo de Guevara Lynch que vivía en Rosario y un taxista brasileño, evidentemente reclutado a último momento. El documento dice que el bebé fue dado a luz el 14 de junio a las 3.05 de la mañana en el «domicilio» de sus padres, calle Entre Ríos 480.

Los Guevara se instalaron en Rosario mientras Celia convalecía del parto de «Ernestito». Alquilaron un espacioso apartamento de tres dormitorios con cuartos de servicio en un lujoso edificio residencial en la dirección mencionada en la partida, cerca del centro. Tuvieron que prolongar su estancia porque poco después de nacer, el bebé contrajo neumonía bronquial. La madre de Ernesto, Ana Isabel Lynch, y su hermana soltera Ercilia fueron a ayudar a la madre.

Si los familiares de la pareja sospechaban algo, no dijeron palabra. Se había evitado el escándalo. La partida de nacimiento, aunque dudosa, era un documento oficial y por el momento nadie hacía preguntas molestas.

Incluso Roberto, hermano menor del Che, dice que su madre le dijo: «Ernesto nació en una clínica de Rosario el 14 de junio de 1928. La casa que aparece en la inscripción de nacimiento es donde vivió los primeros días, pero no donde nació. Posiblemente fue la casa de un amigo o del chofer de taxi que fue testigo del nacimiento...»

Desde luego que la verdad, como diría Celia mucho después a Julia Constenla de Giussani (la que había solicitado la carta astral del Che a su común amigo el astrólogo), era que tal vez dio a luz en el mismo hospital, el mismo día y a la misma hora en que un obrero portuario huelguista llamado «Diente de Oro» moría de heridas de bala.

El diario rosarino *La Capital* confirma el resto de la historia. En mayo de 1928, una huelga portuaria en Rosario había dado lugar a actos de violencia. Casi todos los días se producían disparos y apuñalamientos, la mayoría realizados por rompehuelgas armados contratados por la agencia de empleos de los estibadores, la Sociedad Patronal. A las 17.30 del martes 13 de mayo de 1928, un estibador de veintiocho años llamado Ramón Romero, alias «Diente de Oro», recibió una herida de bala en la cabeza durante un tumulto en Puerto San Martín. Murió al amanecer del día siguiente, 14 de mayo, en el hospital Granaderos a Caballo de San Lorenzo, unos veinte kilómetros al norte de Rosario.

V

Después de una ronda de visitas a sus familiares en Buenos Aires para presentar a su hijo, los Guevara regresaron a sus tierras en Misiones.

Guevara Lynch se abocó seriamente a poner en marcha su plantación. Contrató a un capataz paraguayo llamado Curtido para supervisar el desmonte de la tierra y la primera siembra de yerba mate. Pero a la hora de conseguir trabajadores se dio de bruces contra el sistema de servidumbre aún vigente en esa zona salvaje.

En Misiones, los patrones madereros y yerbateros generalmente tomaban indios guaraníes itinerantes llamados *mensúes,* que firmaban contratos de cumplimiento obligatorio y recibían un avance en efectivo a cuenta de su trabajo. El mensú recibía un sueldo muy bajo por producción, y no en dinero sino en vales que sólo servían para comprar artículos básicos a precios elevados en las tiendas de los mismos patrones. Bajo ese sistema, era prácticamente imposible que un trabajador cancelara su deuda. Guardias armados llamados *capangas* prevenían las fugas de trabajadores, y la muerte violenta por herida de bala o machete era un hecho corriente. Si un mensú fugitivo lograba huir de los capangas pero caía en manos de la policía, ésta inevitablemente lo devolvía al patrón. Guevara Lynch contrató mensúes, pero no era un barón yerbatero; horrorizado por las historias que le contaron, pagaba a sus trabajadores en efectivo. Por eso era un patrón estimado, y años después los trabajadores aún lo recordaban como «un buen hombre».

Mientras Guevara Lynch ponía en marcha su plantación, su hijo aprendía a caminar. Para enseñarle, su padre solía enviarlo a la cocina con un poco de yerba mate para hacer mate cocido. Ernestito invariablemente tropezaba, se levantaba furioso y seguía su camino. Las hordas de insectos perniciosos que infestaban Caraguataí dieron lugar a otra rutina. Todas las noches, cuando su hijo dormía en la cuna, Guevara Lynch y Curtido entraban sigilosamente en la habitación. Mientras el patrón lo iluminaba con una linterna, Curtido utilizaba la brasa de su cigarrillo para desalojar las niguas que escarbaban en la carne del bebé.

En marzo de 1929, Celia quedó embarazada por segunda vez. Contrató a una joven nodriza gallega para cuidar de Ernestito, quien aún no había cumplido un año. Carmen Arias se convirtió en un miembro más de la familia; convivió con los Guevara durante ocho años, hasta casarse, y fueron amigos hasta el fin de sus vidas. Libre de las tareas de cuidar al niño, Celia empezó a nadar diariamente en el Paraná. Un día, cuando estaba en el sexto mes del embarazo, la atrapó la corriente del río. Probablemente se hubiera ahogado si dos hacheros de su esposo que talaban un bosque vecino no la hubiesen visto y le hubiesen arrojado lianas para arrastrarla a la orilla.

Guevara Lynch recordó con desagrado varios episodios similares de los primeros años de su matrimonio, cuando su esposa estuvo a punto de ahogarse. Las personalidades discordantes de Celia y Ernesto ya habían empezado a chocar. Ella era una persona distante, solitaria y aparentemente inmune al miedo; él, un hombre necesitado de afecto a quien gustaba estar rodeado de mucha gente; un aprensivo crónico cuya imaginación magnificaba los riesgos que veía acechar por todas partes.

Pero las primeras señales de la futura discordia matrimonial, si bien ya estaban a la vista, aún no lograban separarlos. Los Guevara salían de excursión a caballo por el bosque con Ernestito sentado en la montura delante de su padre, o bien navegaban por el río en la *Kid*, una lancha de madera con camarote de cuatro cuchetas que Guevara Lynch había construido en el Astillero San Isidro. Una vez navegaron río arriba hasta las célebres cataratas del Iguazú, en la frontera argentino-brasileña, y contemplaron las nubes de vapor que se alzan de las cascadas pardas al caer desde los acantilados de la selva virgen.

A fines de 1929, la familia se preparó una vez más para el largo viaje río abajo a Buenos Aires. La tierra estaba desmontada y el yerbatal apenas sembrado, pero Celia estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo y, por otra parte, el Astillero San Isidro requería con apremio la presencia de Guevara Lynch. El negocio había decaído durante su ausencia y uno de los inversores se había retirado. Aunque su plan era ausentarse unos meses, jamás volverían a Puerto Caraguataí como familia unida. Fue el fin de lo que Ernesto Guevara Lynch llamaría «años difíciles pero muy felices».

VI

En Buenos Aires, Guevara Lynch alquiló un chalet para su familia en el terreno de una gran quinta colonial, propiedad de su hermana María Luisa y su esposo, situada a una distancia cómoda de su astillero en apuros en el suburbio residencial de San Isidro.

Poco después, en diciembre, Celia dio a luz a una niña a quien bautizaron con el nombre de la madre. Durante el tiempo que Guevara Lynch se ocupó del astillero, la vida familiar se centró en excursiones al club náutico San Isidro, cerca del lugar donde los ríos Paraná y Uruguay se unen para formar el delta del Plata.

Guevara Lynch halló el astillero al borde de la quiebra, presuntamente por culpa de la falta de criterio comercial de su primo segundo y socio Germán Frers. Hombre rico, independiente y campeón de regatas, Frers se dedicaba al astillero por amor. Entusiasmado con la creación de obras de arte náuticas, invertía en artesanía fina y material importado, con el resultado de que el costo de la embarcación solía superar el precio de venta convenido. La herencia de Guevara Lynch se evaporaba. Para colmo, poco después de su regreso, un incendio devoró el astillero con sus botes, madera y pintura.

Si el astillero hubiese estado asegurado, el incendio habría podido parecer un suceso fortuito. Pero Frers había descuidado el pago del seguro, y Guevara Lynch perdió su herencia de la noche a la mañana. Lo único que le quedaba de su inversión era el *Kid*. Para compensarlo en parte, Frers le dejó el *Ala*, un yate a motor de doce metros de eslora.

No todo estaba perdido. El *Ala* tenía algún valor y aún poseían la plantación en Misiones, que Guevara Lynch había dejado en manos de un administrador amigo de la familia. Esperaban recibir una renta anual de la cosecha. Entretanto, tenían la renta del establecimiento cordobés de Celia. Además, tenían familiares y amigos de sobra de modo que nunca pasarían hambre.

A principios de 1930, Guevara Lynch no parecía excesivamente preocupado por el futuro. Durante algunos meses llevó una vida rumbosa: pasaba los fines de semana navegando con amigos en el *Ala* y haciendo picnics en las numerosas islas del delta río arriba. La familia pasaba los días calurosos del verano argentino (noviembre a marzo) en la playa del club náutico San Isidro o visitaba las estancias de primos y parientes políticos adinerados.

Sucedió que un día de mayo de 1930, Celia llevó a su hijo de dos años a nadar en el club náutico, pero faltaba poco para el invierno y soplaba un viento frío. Esa noche el niño tuvo un ataque de tos. El médico diagnosticó una bronquitis asmática y recetó los medicamentos habituales, pero el ataque, lejos de disminuir, duró varios días. La familia comprendió que el joven Ernesto había contraído un asma crónica, que lo afectaría durante el resto de su vida y alteraría irrevocablemente la de sus padres.

Poco después volvieron los ataques, agravados. El resuello asfixiante de Ernesto provocaba la angustia de sus padres. Desesperados, consultaron a muchos médicos y aplicaron vanamente todos los tratamientos conocidos. El clima hogareño se deterioró. Guevara Lynch recriminaba a Celia por su imprudencia y la culpaba por haber provocado la enfermedad de su hijo.

En realidad, no era del todo justo con ella. Celia era sumamente alérgica y sufría ataques de asma. Probablemente había transmitido esa propensión congénita a Ernesto. Más adelante algunos de sus hermanos y hermanas también contrajeron alergias y asma, aunque ninguno en grado tan virulento. Probablemente la exposición al frío y el agua sólo habían activado los síntomas que ya estaban latentes en él.

Sea cual fuere la causa, el asma de Ernesto hacía imposible el regreso al clima húmedo de Puerto Caraguataí. Incluso San Isidro, tan próximo al Río de la Plata, era demasiado húmedo para su hijo. En 1931, los Guevara se mudaron nuevamente, esta vez a un apartamento alquilado en un quinto piso cerca del Parque de Palermo en Buenos Aires. Eran vecinos de Ana Isabel, la madre de Guevara Lynch, y su hermana soltera Beatriz, quien vivía con ella. Las dos mujeres se deshacían en muestras de cariño hacia el niño enfermizo, quien a su vez las prefería a los demás parientes.

En mayo de 1932, Celia dio a luz a su tercer hijo, un varón. Lo llamaron Roberto, como su abuelo paterno de California. La pequeña Celia, de un año y medio, daba sus primeros pasos, y Ernesto, de cuatro, aprendía a pedalear en su bicicleta en los bosques de Palermo.

Pero el traslado no le curó el asma. Para Guevara Lynch, la enfermedad de su hijo era una suerte de maldición: «El asma de Ernesto comenzaba a coartar nuestras decisiones. Cada día imponía nuevas restricciones a nuestra libertad de movimientos y cada día quedábamos más a merced de esa maldita enfermedad.»

Cuando los médicos recomendaron un clima seco para estabilizar el asma de Ernesto, los Guevara se trasladaron a las sierras de la provincia de Córdoba. Durante varios meses viajaron ida y vuelta entre Córdoba y Buenos Aires, alojándose en hoteles y casas de alquiler, conforme los ataques de Ernesto disminuían y luego se agravaban sin una pauta aparente. Imposibilitado de ocuparse de sus asuntos o poner en marcha una empresa nueva, Guevara Lynch sentía aumentar la frustración. Se sentía «inestable, como en el aire y sin poder concretar nada».

El médico les recomendó que se instalaran en Córdoba durante por lo menos cuatro meses con el fin de asegurar la recuperación de Ernesto. Un amigo de la familia les aconsejó que probaran en Alta Gracia, un pueblo de aguas termales en las estribaciones de la Sierra Chica cordobesa cuyo clima bueno y seco atraía a pacientes de tuberculosis y otros males respiratorios. Siguieron el consejo. La familia se trasladó a Alta Gracia para una corta estancia: no imaginaban que sería su hogar durante los once años siguientes.

2. EL CLIMA SECO DE ALTA GRACIA

I

A principios de la década de 1930, Alta Gracia era un encantador poblado serrano de varios miles de habitantes rodeado por chacras y campo virgen. El aire traía un aroma de montaña fresco, puro, tonificante.

El asma de Ernesto empezó a mejorar en Alta Gracia, aunque los ataques no desaparecieron. Al principio la familia se alojó en el Hotel de la Gruta, un sanatorio administrado por alemanes en las lomas de las afueras del pueblo. La mayoría de los huéspedes padecían enfermedades pulmonares. El nombre provenía de una capilla y gruta vecinas construidas para venerar a la Virgen de Lourdes. Muchos peregrinos acudían a pedir milagros.

En ese ambiente bucólico, la vida era una fiesta constante para Celia y los niños. Diariamente iban a nadar en las lagunas, cabalgar en mulas y visitar a los vecinos. Pero Guevara Lynch no los acompañaba. A medida que disminuían los fondos y aumentaba la frustración por no poder trabajar, se hundía en la desesperación. Se sentía aislado, aprisionado por las sierras circundantes, y padecía insomnio. Su depresión aumentaba durante las largas noches en vela en el hotel.

La necesidad de atender la salud de Ernesto, que los había llevado hasta Alta Gracia, determinaría el rumbo de la familia Guevara y dominaría su vida hasta un grado insólito. Poco después de su llegada decidieron afincarse indefinidamente en Alta Gracia porque al cabo de unos meses en el Hotel de la Gruta advirtieron una mejoría en el estado de Ernesto. En efecto, el clima seco de la sierra había «estabilizado» el asma. En lugar de la afección crónica en Buenos Aires, los ataques se volvieron intermitentes. A pesar del asma, era un chico vivaz y caprichoso de cinco años que andaba con una *barra*, esos grupos de chicos que jugaban a la guerra, a policías y ladrones y se lanzaban cuesta abajo en sus bicicletas por las calles abruptas de Alta Gracia a toda velocidad.

Guevara Lynch alquiló una finca desocupada en la calle Avellaneda del barrio Villa Carlos Pellegrini, a escasos cinco minutos a pie del lujoso Hotel Sierras, imitación del Raj Hotel de Calcuta y centro de la vida social de Alta Gracia. Villa Chichita era un chalet gótico de dos plantas que a él le parecía un faro. Estaba rodeada por campos cubiertos de hierbas y desde sus ventanas se veían las sierras por un lado y la llanura amarilla que se extendía hacia Córdoba por el otro.

En enero de 1934, Celia dio a luz a su cuarto hijo, una niña a la que llamaron Ana María como su abuela paterna. El joven Ernesto, que peleaba con frecuencia con Celia y Roberto, se encariñó con su hermanita menor. Cuando la pequeña empezó a andar, la llevaba a pasear y le relataba cuentos. Si se fatigaba, se apoyaba sobre su hombro.

En las fotos familiares Ernesto Guevara aparece como un chico de cinco años de cara redonda, tez pálida y pèlo revuelto. Vestido siempre con pantalones cortos, sandalias con medias y gorros para protegerse del sol de la montaña, su expresión es invariablemente reconcentrada e intensa, reveladora de un estado de ánimo difícil de captar con la cámara. En fotos tomadas dos años más tarde aparece más delgado, pero con el rostro pálido y contraído, sin duda a causa de un ataque prolongado de asma.

Cuando Ernesto tenía siete años, los Guevara se mudaron de Villa Chichita a una casa nueva y más cómoda al otro lado del camino. Villa Nydia era un chalet de una planta bajo la sombra de un gran pino, con tres dormitorios, oficina, cuartos de servicio y un terreno de casi una hectárea. El alquiler, sin ser «insignificante» como el de Villa Chichita, era muy bajo, de setenta pesos al mes, el equivalente de veinte dólares. El propietario era «el Gaucho» Lozada, dueño de la iglesia y la casa misionera de Alta Gracia.

Durante sus años de residencia en Alta Gracia se mudarían a distintas fincas de acuerdo con la estación, pero era en Villa Nydia donde pasaban más tiempo y la casa que consideraban su «hogar». Pero a pesar del alquiler tan barato, Guevara Lynch, que estaba prácticamente en la ruina, solía tener dificultades para pagarlo.

Se hallaba en un verdadero aprieto. La salud de Ernesto le impedía volver a Buenos Aires, pero no conseguía trabajo en la zona. Había puesto sus esperanzas en la renta del yerbatal misionero, pero los precios de mercado de la yerba habían caído, así como la renta de la estancia de Celia en Villa Sarmiento, en el sur cordobés, debido a una sequía prolongada. En Alta Gracia el costo de vida era relativamente bajo y los niños gozaban de buena salud.

Durante los años siguientes los Guevara siguieron viviendo de los ingresos producidos por las cosechas de Misiones y Villa Sarmiento, pero éstos, afectados por el clima y las fluctuaciones anuales del mercado, eran variables y generalmente bajos. Según familiares y amigos, la familia pudo vivir durante los años treinta gracias al dinero de Celia, probablemente lo que le quedaba de sus bonos. «Eran tiempos bastante malos para nosotros –confesaría Guevara Lynch–... Evoco aquella época tan llena de dificultades monetarias para nosotros. Los chicos se iban haciendo grandes; Ernesto continuaba con asma. Gastábamos mucho en médicos y remedios; teníamos que pagar servicio doméstico, pues Celia no podía manejarse sola con cuatro criaturas. En fin, los colegios, los alquileres, ropa, comida, viajes. Todo eran gastos y las entradas pocas...»

Con todo, sus penurias se debían en parte a que ni él ni Celia sabían administrar bien el dinero y mantenían un nivel de vida que superaba largamente sus medios. Ofrecían cenas, poseían un cabriolé con caballo y un

automóvil, veraneaban y tenían tres criados. Según las posibilidades económicas, pasaban los veranos en Mar del Plata, el lujoso balneario atlántico de los argentinos adinerados, o en la estancia de la abuela Ana Isabel en Santa Ana de Irineo de Portela.

El matrimonio Guevara se convirtió en una presencia permanente de la vida social en el Hotel Sierras. Si no tenían dinero, al menos pertenecían a la buena sociedad, de la cual poseían el porte y los apellidos.

Sus conocidos decían que los Guevara tenían «estilo». Aparentemente poseían esa confianza innata, propia de los nacidos en la riqueza, de que al final las cosas resultarían bien... y en general, así era. Cuando no lo era, los parientes y amigos acudían en su ayuda.

Carlos «Calica» Ferrer cuenta una anécdota reveladora. Hijo juguetón de un acomodado especialista en pulmón de Alta Gracia que atendía a Ernesto, era buen amigo de éste y solía veranear con la familia. Una vez partieron en tren a Buenos Aires, pero al descubrir que no había traído dinero, el padre de Ernesto le pidió prestado a Calica el dinero que *sus* padres le habían dado para sus gastos.

Pasó bastante tiempo antes de que Guevara Lynch pudiera aprovechar sus nuevos contactos sociales en Alta Gracia para conseguir un trabajo remunerado. En 1941, con el título de arquitecto de su hermano Federico y el suyo de «maestro mayor de obras y contratista general», ganó un contrato para ampliar y mejorar el Club de Golf Sierras. Mientras duró el trabajo duraron los ingresos, pero aparte de éste, no se conoce que Guevara Lynch tuviera otro durante la larga estancia de la familia en Alta Gracia.

II

Por culpa del asma, Ernesto no asistió regularmente a la escuela hasta que tuvo casi nueve años, así que su paciente maestra fue Celia, quien le enseñó a leer y escribir. En este período sin duda se consolidó la especial relación que ya tenían.

La unión entre madre e hijo tendría una repercusión intensa en años posteriores, al mantener ambos su relación por medio de una correspondencia abundante y profundamente reveladora que continuó hasta la muerte de Celia en 1965. De hecho, a los cinco años Ernesto ya empezaba a revelar una personalidad similar a la de su madre en muchos sentidos. Los dos disfrutaban del peligro, eran personas de naturaleza rebelde, resuelta y obstinada, que establecían intuitivamente fuertes relaciones de lealtad con otros. Ernesto ya tenía «preferencia» por uno de sus progenitores y también por dos de sus parientes: su tía soltera Beatriz y su abuela paterna Ana Isabel.

Beatriz, que no tenía hijos, sentía gran cariño por Ernesto, lo consentía y le enviaba regalos. Una de las primeras «cartas» de Ernesto, fechada en 1933, dice a su tía Beatriz que su asma ha mejorado. Escrita indudablemente por uno de los progenitores, lleva garabateada la firma «Teté». Bea-

triz le había puesto ese apodo cariñoso, adoptado luego por toda la familia.

A los diez años, el asma de Ernesto aún preocupaba profundamente a sus padres. En la desesperación por hallar las causas del mal, recurrieron a la medida extrema de apuntar las actividades diarias del niño, verificar la humedad y controlar todo, desde sus alimentos hasta su ropa. El cuaderno del padre correspondiente a noviembre de 1938 dice con respecto a un «buen día»: «Miércoles 15: mañana seminublada –sequedad ambiental–, amanece muy bien. Durmió con la ventana abierta. No va a la pileta [piscina]. Come con mucho apetito, igual que días anteriores. Anda muy bien hasta las cinco de la tarde.»

Cambiaban su ropa de cama, el relleno de las almohadas y el colchón, retiraban las alfombras y cortinas de su cuarto, quitaban el polvo de las paredes, prohibían la entrada de animales a la casa y el jardín. En vano. En cierto momento su padre recurrió al curanderismo. Le dijeron que podía prevenir el ataque de asma si colocaba un gato en la cama mientras el niño dormía. Guevara Lynch consiguió un gato y lo puso en la cama de Ernesto, pero a la mañana siguiente el ataque era tan fuerte como antes y el gato estaba muerto; aparentemente el niño lo había asfixiado durante la noche al darse la vuelta y colocarse sobre él mientras dormía.

Finalmente los Guevara comprendieron que el asma no seguía una pauta regular. A lo sumo, admitía algunos paliativos. Por ejemplo, al ver que parecía disminuir con la natación, se inscribieron en el club de la piscina del Hotel Sierras. Pero también impusieron límites: le prohibieron totalmente ciertos alimentos que le provocaban accesos, como el pescado, y cuando sufría un ataque debía seguir una dieta estricta. Los ayunos prolongados dieron lugar rápidamente a una pauta de conducta que observaría durante toda su vida. Ya de niño había demostrado un grado insólito de autodisciplina a la hora de respetar la dieta impuesta a causa del asma, pero una vez que pasaba el ataque comía hasta hartarse. Tenía la capacidad de ingerir enormes cantidades de alimentos en una sola comida.

A veces incapaz hasta de andar, Ernesto se veía obligado a permanecer en la cama durante largos días, de modo que dedicaba las horas de soledad a la lectura o aprendía a jugar al ajedrez con su padre. Conservaría estas aficiones durante el resto de su vida, y más adelante diría que esos períodos de cuarentena infantil habían dado origen a su amor por la lectura.

En cambio, cuando el asma le daba tregua, era lógico que Ernesto se lanzara con avidez a poner a prueba sus limitaciones físicas. Fue en la actividad física donde sintió por primera vez el ansia de competir. Se dedicó a los deportes... el fútbol, el tenis de mesa y el golf. Aprendió a cabalgar, a disparar en el campo de tiro local, a nadar en el Hotel Sierras o en las lagunas de las represas. Caminaba por las sierras y participaba en las peleas a pedradas de las pandillas juveniles.

A pesar de la oposición de su esposo, Celia alentaba esas actividades al aire libre e insistía en que su hijo debía tener en lo posible una infancia normal. Pero las consecuencias solían ser desastrosas, y más de una vez los

amigos lo cargaban hasta la casa, jadeante. Pero esos episodios no le impedían reincidir, y en poco tiempo Guevara Lynch perdió toda autoridad sobre esas actividades.

Guevara Lynch jamás pudo imponer disciplina a su hijo mayor; Celia jamás lo intentó. Así fue como Ernesto se volvió más osado y desobediente. Para evitar el castigo por una travesura, se ocultaba en el monte y regresaba sólo cuando pensaba que el temor de los padres por su seguridad ya habría desplazado la ira. Pero Carlos Figueroa, otro amigo de la familia que poseía una finca de verano en la misma calle, dice que las fugas al monte de Ernesto tenían por objeto huir de las discusiones de sus padres, que él califica de «terribles».

No está demostrado que el trastorno emocional causado por las riñas de sus padres provocara los ataques de asma, pero amigos y familiares coinciden que en Alta Gracia, Celia y Ernesto Guevara frecuentemente se peleaban a los gritos. Los dos eran sumamente temperamentales, y en el pueblo abundan las historias de sus riñas hogareñas.

Sin duda eso se debía en parte a sus penurias económicas perpetuas, un círculo vicioso agravado por el asma de Ernesto y la incapacidad de Guevara Lynch para conseguir trabajo, que a su vez él atribuía a la «imprudencia» de Celia y al incidente en San Isidro cuando lo llevó a nadar. Pero las amistades íntimas de Celia atribuyen el encono a las aventuras amorosas de Guevara Lynch, algo que en un pueblo pequeño como Alta Gracia debía de ser imposible de ocultar. Fuese porque el divorcio no era legal en la Argentina o acaso por el bien de los niños, los Guevara continuaron juntos.

Los días de libertad y vagabundeo de Ernesto se vieron limitados por fin cuando las autoridades educativas de Alta Gracia ordenaron a los padres que lo inscribieran en la escuela. Ernesto tenía casi nueve años y Celia no tuvo opción. Gracias a sus enseñanzas, sabía leer y escribir y pudo saltear los grados primero «inferior» y «superior» del sistema escolar argentino. En marzo de 1937, Ernesto ingresó en segundo grado de la escuela San Martín. Tenía casi un año más que sus condiscípulos.

El boletín de calificaciones de Ernesto correspondiente a tercer grado, en 1938, consta de «suficientes» en general, altas en historia, con «mejora constante» en ciencias naturales, lectura, escritura, geografía y geometría, moral y civismo, pero revelan escaso interés en dibujo, gimnasia, música y danza. Su conducta es «buena» durante el año, pero «insuficiente» en el tercer trimestre. El cambio en su conducta coincide con una disminución brusca de la asistencia. Después de faltar cuatro días en los dos primeros términos, las inasistencias suman veintiuna en el tercero, probablemente a causa de un ataque prolongado de asma.

Elba Rossi de Oviedo Zelaya, directora de la escuela y maestra de tercer grado, lo recuerda como un muchacho que «corría con otros chicos, se divertía... era inteligente, pero no se ocupaba mucho... En el recreo lo seguían bastante los chicos, era bastante líder ya». Al recordar sus días escolares, Ernesto «Che» Guevara le dijo a su esposa Aleida que Elba Rossi era

estricta con la disciplina y constantemente le daba azotes en el trasero. Un día, cuando debía recibir el castigo habitual, metió un ladrillo bajo sus pantalones y la maestra se lastimó la mano.

Durante sus años escolares Ernesto fue un «fanfarrón» incorregible. Fuese por disposición natural o para compensar su aspecto enfermizo, el estigma que suele afectar a los asmáticos jóvenes, desarrolló una personalidad encarnizadamente competitiva que lo impulsaba a hacer travesuras que llamaran la atención, para desconcierto de los adultos y admiración de sus compañeros. Sus antiguos condiscípulos relatan mil anécdotas de las cosas que hacía para llamar la atención: beber tinta del tintero, comer tiza en clase y trepar a los árboles del patio de la escuela; en una ocasión se colgó con las manos de un durmiente del ferrocarril sobre un abismo, en otra exploró el socavón de una mina abandonada o hizo de torero con una cabra iracunda.

Una vez salió con su pandilla a romper los faroles del alumbrado público con sus hondas. Para vengarse del jefe de una pandilla rival, con su amigo Juan Míguez defecaron sobre las teclas de marfil del piano de cola de sus padres. Y en una gloriosa ocasión, desbarató la cena de gala de un vecino al arrojar cohetes por una ventana abierta.

Las travesuras de Ernesto granjearon cierta notoriedad a los Guevara, quienes también eran conocidos por otras razones. «Bohemios» es el término que usan con mayor frecuencia quienes describen su vida de hogar alegre y desordenada. En su casa reinaban escasos convencionalismos sociales: los niños del barrio que venían a la hora de la merienda o la cena siempre podían quedarse a comer y nunca faltaban bocas adicionales que alimentar en la cena. Los niños Guevara no discriminaban al elegir sus amistades, y solían jugar con hijos de *caddies* del club de golf y otros niños que vivían en la «baja» Alta Gracia.

Quien más se destacaba como individuo librepensador era Celia madre. La directora de escuela Elba Rossi dice que Celia fue la «primera» mujer en muchas cosas en esa comunidad socialmente estratificada, tales como conducir un automóvil y vestir pantalones. Otros dicen que Celia desafiaba las normas sociales vigentes al fumar cigarrillos.

Celia podía realizar estos gestos aparentemente transgresores con impunidad gracias a su posición social y sus muestras de generosidad. Llevaba a sus hijos y los amigos de éstos al colegio y los recogía luego en el coche familiar al que llamaban «la catramina», un inmenso Maxwell 1925 descapotable con asiento trasero plegable. Inauguró y pagó la primera «copa de leche» del colegio, costumbre adoptada luego por el consejo escolar para asegurar que los niños más pobres recibieran algún alimento en la escuela.

A diferencia de la mayoría de sus vecinos, los padres de Ernesto tenían posiciones anticlericales. La madre de Guevara Lynch era atea y le había dado una educación laica. Celia, menos segura de sus posiciones debido a su educación religiosa, conservó durante toda su vida una inclinación hacia el aspecto espiritual de la vida. Cuando llegaron a Alta Gracia, Celia asistió

a la misa dominical con los niños, pero su esposo asegura que lo hizo por «el espectáculo» más que por algún resto de fe religiosa.

Con todo, a pesar de sus posiciones libertarias, los Guevara manifestaban la contradicción entre las creencias y la práctica, común a muchos católicos dubitativos. Jamás abandonaron del todo los ritos tradicionales que aseguraban su aceptación por esa sociedad conservadora. Aunque no asistían a la iglesia, los Guevara hicieron bautizar a sus hijos, según el rito católico. Ernestito estaba bautizado: su padrino era el adinerado Pedro León Echagüe, quien había presentado a Celia y Guevara Lynch y convencido a éste de que buscara fortuna en Misiones.

Sin embargo, cuando Ernesto ingresó en la escuela, Celia había dejado de concurrir a misa y los Guevara pidieron que se eximiera a sus hijos de las clases de religión. Roberto recuerda que en los partidos de fútbol después de clase se enfrentaban equipos de creyentes y no creyentes; los «no» siempre perdían porque eran muy pocos.

Aunque rara vez se lo veía estudiar, todos los condiscípulos de Ernesto recuerdan su rapidez para comprender lo que escuchaba en clase. Pero no demostraba un ansia competitiva para obtener buenas notas, que generalmente eran mediocres. Esto desconcertaba a su padre una y otra vez durante los años de formación de Ernesto. Parece que su padre nunca llegó a comprender los «móviles» de su hijo, como tampoco comprendió a su esposa Celia. Para él, Celia era «imprudente de nacimiento», la «atraía el peligro» y era culpable de haber legado esas características a su hijo mayor. Guevara Lynch, quien admite haber sido «excesivamente cauteloso», era irritable y se preocupaba constantemente por los peligros y riesgos de la vida. De alguna manera era el más *maternal* de los dos progenitores, mientras Celia era la confidente y cómplice de las travesuras de su hijo.

Guevara Lynch también tenía su «genio irlandés», y todos los amigos de Alta Gracia recuerdan sus ataques de cólera, sobre todo ante una presunta afrenta a un miembro de su familia. Exagerado o no, el famoso mal genio es un rasgo que el hijo mayor heredó de Guevara Lynch. Éste escribió que de niño, Ernestito «perdía los estribos» cuando pensaba que lo habían regañado o castigado injustamente, y las peleas a puñetazos con sus rivales de la pandilla eran frecuentes. Jamás perdió su mal genio, pero cuando llegó a la universidad había aprendido a dominarlo, a sustituir la amenaza de violencia física por una lengua afilada como una navaja que apabullaba a la gente. Pero en las raras ocasiones en que perdía el control, a veces reaccionaba con golpes.

Aunque era un hombre inteligente, Guevara Lynch se hallaba en un plan perceptivo distinto del de su esposa y su hijo, quienes compartían una mayor afinidad intelectual. Si bien leía libros históricos y de aventuras e inculcó su amor por ellos en Ernesto, carecía de la paciencia y la disciplina del estudio. En cambio, Celia era una lectora ávida de ficción, filosofía y poesía, y con el tiempo enseñó a su hijo a apreciar esas disciplinas.

Estas características que se desarrollarían y madurarían hasta adquirir

dimensiones legendarias en el Ernesto Guevara adulto, ya estaban presentes en el niño. Su intrepidez física, inclinación al liderazgo, obstinación, espíritu competitivo y dominio de sí mismo ya se manifestaban claramente en el joven «Guevarita» de Alta Gracia.

III

Entre 1929 y 1935, Paraguay y Bolivia libraron una cruenta guerra intermitente por el control del árido y solitario Chaco fronterizo.

Ernesto Guevara Lynch seguía la Guerra del Chaco en los periódicos y debido a sus amigos paraguayos de Misiones simpatizaba con su país. Llegó a decir que estaba «dispuesto a tomar las armas» para defender a Paraguay. Contagiado por el entusiasmo de su padre, el hijo mayor también empezó a seguir las noticias de la guerra. Guevara Lynch advirtió poco después que la guerra se había infiltrado entre los niños, que se dividían en paraguayos y bolivianos para jugar a la guerra.

Más adelante Guevara Lynch diría que la Guerra del Chaco influyó en la formación de la conciencia política de su hijo. Parece improbable, ya que al finalizar la guerra Ernesto tenía siete años. Pero el Che recordaría la pasión con que su padre seguía el conflicto, y cómo con afecto no exento de sorna relataba a sus amigos argentinos sus amenazas altisonantes de «irse» a la Guerra del Chaco. Para el hijo era la síntesis de una verdad triste y risueña a la vez: su padre, siempre lleno de buenas intenciones, se pasaba la vida elaborando planes que rara vez llevaba a la práctica.

Probablemente el primer suceso político que causó impresión en la conciencia de Ernesto Guevara fue la Guerra Civil española de 1936-1939. En efecto, era imposible sustraerse a su influencia. A partir de 1938, cuando el curso de la guerra se volvió a favor de los fascistas de Franco, grupos de refugiados republicanos empezaron a llegar a Alta Gracia.

Entre ellos estaban los cuatro niños González Aguilar, quienes llegaron con su madre. Su padre, Juan González Aguilar, jefe de sanidad de la Armada durante la República, había permanecido en su puesto, pero se reunió con ellos tras la caída de Barcelona en enero de 1939. Las dos familias, con hijos de aproximadamente las mismas edades que pasaban juntos las horas en que estaban exentos de clase de religión, entablaron rápidamente una estrecha amistad.

Y durante un tiempo los Guevara acogieron en su hogar a Carmen, la hermana mayor de Celia, y sus dos hijos, mientras el padre, el poeta y periodista comunista Cayetano «Policho» Córdova Iturburu, era corresponsal de guerra en España del diario porteño *Crítica*. Cuando llegaban cartas y despachos de Policho, Carmen los leía en voz alta al clan reunido y así les hizo llegar a la casa el impacto brutal de la guerra como no lo podía lograr artículo periodístico alguno.

En poco tiempo los Guevara se enrolaron en la apasionada campaña de

apoyo a la República acosada. A principios de la década de los treinta, la política interior argentina difícilmente podía entusiasmar a izquierdistas como los Guevara. La Argentina había sido gobernada por una sucesión de regímenes militares conservadores en coaliciones ocasionales con distintas alas de la Unión Cívica Radical, el partido «liberal» tradicional, dividido y sumido en una oposición inoperante desde el derrocamiento del presidente Hipólito Yrigoyen en 1930. Pero la guerra por la República española, símbolo dramático de la resistencia frente a la amenaza creciente del fascismo internacional, sí podía despertar grandes pasiones.

Guevara Lynch fue uno de los fundadores del pequeño Comité de Ayuda a la República en Alta Gracia, parte de una red nacional de solidaridad con la España republicana. Se hizo amigo de los exiliados españoles. Admiraba especialmente al general Jurado, un héroe militar que había derrotado a las tropas de Franco y a sus aliados fascistas italianos en la batalla de Guadalajara y ahora se ganaba la vida como corredor de seguros de vida. Guevara Lynch lo invitaba a comer en su casa y con toda la familia escuchaba embelesado sus relatos sobre la guerra.

En un ambiente de solidaridad apasionada con la causa republicana española, Ernesto, que ya tenía diez años, se interesó profundamente por el conflicto. Llamó a la mascota de la familia, una perra schnauzer-pinscher, «Negrina» porque era negra y en honor de Negrín, presidente del gobierno de la República. Siguió los avatares de la guerra marcando con banderitas en un mapa las posiciones de los ejércitos republicano y fascista.

Tras la derrota de la República española comenzó la verdadera guerra europea. Consolidada la anexión de Austria y parte de Checoslovaquia con la firma del Pacto de Munich, en 1939 Adolf Hitler invadió Polonia. Gran Bretaña declaró la guerra a las potencias del Eje, señalando el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En Alta Gracia, como en todas partes, la gente se alineó con uno u otro bando.

Guevara Lynch volcó toda su energía en la Acción Argentina, un grupo de solidaridad con los aliados, y fundó una sección local en Alta Gracia. La familia Lozada le alquiló una oficina pequeña construida junto a la pared de piedra exterior del edificio de la misión jesuita con vista a la laguna Tajamar rodeada de sauces. Ernesto, que había cumplido once años, ingresó en el «ala juvenil» de Acción Argentina y poseía su propio carnet que, según su padre, «exhibía con orgullo».

Guevara Lynch viajaba por la provincia, hablaba en público e investigaba informes sobre una posible «infiltración nazi». Su grupo, temeroso de que los nazis decidieran invadir Argentina, observaba las actividades de la importante comunidad alemana en Córdoba. En cuanto al joven Ernesto, su padre dice: «Todo el tiempo que disponía fuera de sus estudios y juegos lo dedicaba a colaborar con nosotros.»

En Córdoba les preocupaba especialmente la colonia alemana del valle de Calamuchita, cerca de Alta Gracia. A fines de 1939, después de atacar a buques británicos en el Atlántico, el averiado buque alemán *Graf Von Spee*,

perseguido hasta el Río de la Plata, fue hundido por su capitán frente a Montevideo. Las autoridades argentinas decidieron «internar» a los oficiales y tripulantes en Córdoba.

El grupo de Guevara Lynch, que sospechaba de los marinos alemanes internados, los espiaba y, según las memorias de éste, los vio realizar instrucción militar con fusiles de madera. En otra ocasión detectaron unos camiones que se dirigían al valle presuntamente transportando armas desde Bolivia. Sospechaban que el propietario alemán de un hotel en otra localidad encubría a un grupo de espías nazis que se comunicaba clandestinamente con Berlín por radio, pero debido al fuerte dispositivo de seguridad no pudieron obtener informes precisos.

Los informes de Guevara Lynch sobre estas misiones despiertan en el lector una ineludible sensación de hallarse ante una personalidad del tipo de Walter Mitty.[1] Anhelaba llevar una vida intrépida y aventurera, pero estaba condenado a vivir casi siempre en la periferia de los grandes sucesos de su tiempo. Había anunciado a los cuatro vientos que estaba dispuesto a combatir por Paraguay, pero no lo hizo. La Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial le brindaron nuevas causas por las cuales militar, y más adelante lo haría por otras, pero siempre desde fuera. Y al fin y al cabo no se lo recordaría por esas actividades, sino por haber sido el padre de Ernesto Che Guevara.

Entretanto, convencidos de haber descubierto indicios de una floreciente red clandestina nazi en Córdoba, Guevara Lynch y sus camaradas enviaron un informe detallado a la sede de Acción Argentina en Buenos Aires; esperaban que el gobierno pro aliado del presidente Roberto Ortiz reaccionaría al instante. Pero en 1940, quebrantada su salud, Ortiz fue reemplazado por su astuto y corrupto vicepresidente, Ramón Castillo. Éste expresaba fuertes tendencias pro nazis y, según Guevara Lynch, no tomó medidas sustanciales contra la red nazi.

La posición ambigua de la Argentina durante la guerra –oficialmente neutral hasta la víspera de la derrota de Alemania en 1945– se debía tanto a sus intereses económicos como a las importantes tendencias partidarias del Eje entre las fuerzas políticas y militares. El bloqueo aliado de Europa devastó la economía argentina, que dependía tradicionalmente del viejo continente y en especial de Gran Bretaña para colocar sus carnes, cereales y otros productos agrícolas. A cambio de su apoyo a los aliados, el gobierno de Ortiz pidió garantías para exportar sus excedentes a la emergente superpotencia norteamericana, su mayor proveedora de bienes manufacturados. Pero la incapacidad de Ortiz para obtener un «trato justo» ayudó a instaurar el régimen pro Eje de Castillo. Los ultranacionalistas argentinos veían en la ascendente Alemania un mercado en potencia para sus exportaciones y un proveedor militar para sus fuerzas armadas.

1. Personaje del escritor norteamericano James Thurber, Walter Mitty es el prototipo de hombre tímido que se pierde constantemente en fantasías de aventuras heroicas de las cuales es protagonista exclusivo. *(N. del T.)*

IV

Cuando la Segunda Guerra Mundial continuaba con toda furia y la política argentina se volvía cada vez más errática, Ernesto Guevara llegó a la adolescencia. Su desarrollo físico era lento; de talla menuda, creció bruscamente a los dieciséis años. Intelectualmente era un muchacho curioso, inquisitivo, siempre dispuesto a discutir con los mayores. Sin embargo, sus libros preferidos seguían siendo las clásicas «novelas de aventuras para jóvenes»: las de Emilio Salgari, Jules Verne y Alexandre Dumas.

En marzo de 1942, poco antes de cumplir los catorce años, ingresó en la escuela secundaria, en bachillerato. Puesto que en Alta Gracia sólo había escuelas primarias, debía viajar todos los días en autobús a Córdoba, a cuarenta y cinco kilómetros, para asistir al Colegio Nacional Deán Funes, considerado uno de los mejores colegios públicos de la ciudad.

Una mañana de ese año, alguien tomó una fotografía de Ernesto entre los demás pasajeros del autobús de la mañana a Córdoba. Aparece con una sonrisa traviesa, vestido con blazer y corbata pero con pantalones cortos y calcetines tres cuartos arrugados, sentado sobre el paragolpes delantero del autobús entre estudiantes mayores que él vestidos con traje, corbata y camisa abotonada en el cuello.

Durante las vacaciones de verano de principios de 1943, los Guevara se mudaron a Córdoba, donde el padre había conseguido un socio para crear una empresa constructora. Dejar Alta Gracia parecía una decisión sabia, ya que Ernesto viajaba diariamente al colegio y su hermana Celia estaba a punto de ingresar en una escuela secundaria para niñas.

3. UN CHICO CON MUCHOS APODOS

I

La mudanza de los Guevara a Córdoba fue alentada por una breve mejoría de su situación económica, pero también significó el principio del fin de la familia unida. Un intento de reconciliación produjo el nacimiento de su quinto y último hijo, Juan Martín, en mayo de 1943, pero las tensiones entre Celia y Ernesto aumentaron, y cuando partieron hacia Buenos Aires, cuatro años más tarde, su matrimonio estaba acabado.

Como antes, según los amigos de la familia, el problema eran las aventuras de Guevara Lynch, un mujeriego crónico. «El padre tenía pretensiones de playboy –recuerda Tatiana Quiroga, amiga de los niños Guevara–. Pero era un playboy escandaloso, porque cuando trabajaba y ganaba dinero, lo gastaba todo..., en salidas con jovencitas, ropa, estupideces, nada concreto..., y la familia no recibía nada.»

En Córdoba la familia vivía un poco mejor porque Guevara Lynch por fin había empezado a ganar dinero. Su socio era un arquitecto excéntrico a quien llamaban el «Marqués de Arias» debido a su gran estatura y su aire altivo y aristocrático. El Marqués conseguía los contratos, generalmente para construir casas, y Guevara Lynch supervisaba la construcción como «maestro de obras».

«Vivíamos divinamente y el dinero volaba; nunca pensaban en hacer inversiones», dice Celia, la hermana de Ernesto. Pero antes de la quiebra, Ernesto Guevara Lynch compró un chalet rural en las lomas de las afueras de Córdoba, en Villa Allende, e ingresó en el exclusivo Lawn Tennis Club, donde sus hijos nadaban y aprendían a jugar al tenis. Los Guevara se instalaron en una casa alquilada de dos plantas de la calle Chile, 288, cerca de la esquina con avenida Chacabuco, un bulevar bordeado de árboles de gran copa y grueso tronco llamados palos borrachos. Al otro lado de la avenida se extendían los prados de césped recortado y los bosques del Parque Sarmiento, el zoológico, el Lawn Tennis Club y, más allá, la Universidad de Córdoba.

En el hogar de la calle Chile reinaba la atmósfera franca y abierta que tanto disfrutaban los amigos de la familia en Alta Gracia. Para Dolores Moyano, una nueva amiga y miembro de una de las familias más ricas de Córdoba, era un ambiente de lo más extravagante. En casa de los Guevara los muebles apenas se veían, atestados de libros y revistas, y aparentemente no había hora-

rio para las comidas: uno comía cuando tenía hambre. Los niños podían entrar en bicicleta desde la calle y cruzar la sala de estar para salir al patio trasero.

Pero Dolores no tardó en descubrir que los Guevara cobraban un precio por su política de puertas abiertas. Cuando un huésped daba señales de ser pomposo, pedante o pretencioso, lo sometían a sus burlas implacables. Ernesto, quien evidentemente la intimidaba, encabezaba esos ataques, de los que Dolores fue blanco más de una vez. Celia, la madre, también era provocadora y en ocasiones sumamente obstinada. En cambio, Ernesto padre era un hombre simpático, cordial y de gran vitalidad. «Hablaba con voz resonante y era bastante distraído. A veces enviaba a los niños a hacer mandados, de los cuales se olvidaba antes de que volvieran.»

II

El traslado a Córdoba coincidió con el inicio de la adolescencia de Ernesto. Empezaba a afirmarse a sí mismo; mientras sus padres reñían, él ponía sus valores en tela de juicio y elaboraba los primeros elementos de su propia visión del mundo.

Durante su primer año en el Colegio Nacional Deán Funes, de Córdoba, Ernesto hizo nuevos amigos. El más íntimo era Tomás Granado, el menor de los tres hijos de un inmigrante español, maquinista del ferrocarril. A los catorce años, Ernesto aún era bajo para su edad, pero delgado en lugar de rechoncho. Tomás, más alto y robusto, llevaba el pelo a la moda, peinado hacia atrás, mientras Ernesto se lo hacía cortar al ras. Así se ganó el apodo de «Pelao», uno de los varios que tuvo durante la adolescencia.

En poco tiempo se les unió Alberto, hermano mayor de Tomás. Estudiante de primer año en la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Córdoba, el «Petiso» Alberto, de veinte años, medía apenas un metro sesenta, tenía una gran nariz aguileña, pecho amplio y las piernas fuertes y arqueadas como las de un futbolista; poseía un gran sentido del humor y gusto por el vino, las muchachas, la literatura y el rugby. A pesar de la diferencia de edad, Ernesto y Alberto compartían muchos intereses y con el tiempo forjaron una amistad más estrecha que la de aquél con Tomás.

Alberto Granado era el entrenador del equipo local de rugby Estudiantes, al que Ernesto anhelaba ingresar. Alberto lo miraba con ojos críticos. «La primera impresión no fue muy favorable; además, era poco robusto y tenía brazos muy flacos.»

Pero Alberto decidió darle una oportunidad al Pelao y aceptó que se entrenara con el equipo. Poco después, y a pesar del asma, el chico practicaba con Estudiantes dos veces por semana. En el campo de juego el Pelao ganó la fama de regateador agresivo y atacante intrépido. Se abalanzaba hacia el adversario al grito de «¡Cuidado, ahí viene el Furibundo Serna!».[1] Este

1. Serna era su apellido materno.

grito de guerra le granjeó el apodo de «Fúser» que le puso Alberto, a quien él a su vez llamaba afectuosamente «Mial» (mi Alberto).

Impresionado por su arrojo, Alberto Granado se interesó por el joven Ernesto. A veces, mientras los de Estudiantes esperaban que otro equipo terminara su entrenamiento en el campo de juego, Granado lo miraba leer, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en un poste de la luz. Un día descubrió que Fúser ya leía a Freud, disfrutaba de la poesía de Baudelaire y había leído a Dumas, Verlaine y Mallarmé «en su lengua original»; también había leído casi todas las obras de Émile Zola, clásicos argentinos como el *Facundo* de Sarmiento y las últimas novelas de los norteamericanos William Faulkner y John Steinbeck.

Granado, quien también era un ávido lector, estaba desconcertado. No entendía cómo un «chiquilín» había leído tanto. Ernesto le contó que había empezado a leer para distraerse durante los ataques de asma, cuando sus padres lo obligaban a permanecer en la casa y hacerse «nebulizaciones». Las lecturas en francés, las debía a Celia, quien le daba lecciones cuando el asma lo obligaba a faltar a la escuela primaria.

A pesar de tantas comodidades y amistades nuevas, los Guevara conservaron los lazos con Alta Gracia, donde solían alquilar un chalet durante las vacaciones. Ernesto conservó su amistad con Calica Ferrer, Carlos Figueroa y otros miembros de su antigua pandilla. Los González Aguilar también se habían mudado a Córdoba e instalado en una casa vecina, y las dos familias seguían siendo amigas. Fueron los padrinos de bautismo del quinto hijo de los Guevara, llamado Juan Martín como su abuelo materno.

La casa de la calle Chile tenía ciertas desventajas que Guevara Lynch había pasado por alto, entusiasmado por su proximidad con el Parque Sarmiento y el Lawn Tennis Club. El barrio Nueva Córdoba, construido sobre una ladera que se alzaba desde el centro de la ciudad, aún no estaba totalmente urbanizado. Era una mezcolanza de calles residenciales rodeadas por terrenos baldíos. En esos terrenos y en los lechos secos de arroyos que cruzaban la zona los pobres empezaron a construir sus precarias viviendas.

Uno de esos barrios precarios se encontraba justo enfrente del nuevo hogar de los Guevara. Sus pintorescos residentes fascinaban a los Guevara y sus amigos. Observaban en especial a un hombre sin piernas que andaba en un carrito con ruedas arrastrado por seis perros callejeros a los que azuzaba con los chasquidos de un gran látigo.

Como amiga íntima de Ana María, la hermana menor de Ernesto, Dolores Moyano los visitaba constantemente. Recuerda que una de sus diversiones consistía en sentarse en la acera del «lado seguro» de la calle para contemplar a los habitantes pobres del «baldío». Había una mujer vestida de negro que amamantaba a su bebé bajo un paraíso y escupía flema sobre su cabeza, y un chico de doce años llamado Quico, casi un enano, que no tenía cejas ni pestañas. Le sobornaban con dulces para que les mostrara su extraña lengua blanca, después de lo cual volvía a refugiarse en su «pozo en el baldío».

Aunque su situación era mucho mejor que la de sus vecinos pobres en sus chozas de cartón y hojalata, los Guevara no tardaron en descubrir que su propia casa se alzaba sobre cimientos precarios. Aparecieron grietas en las paredes, y de noche, desde su cama, Guevara Lynch veía las estrellas. Sin embargo, para ser un constructor, demostraba una notable indiferencia ante los peligros. Cuando apareció una grieta en el dormitorio de los niños, lo solucionó alejando las camas de la pared por si acaso se derrumbaba. «Como la casa nos resultaba cómoda no queríamos mudarnos y decidimos aguantar lo que pudiéramos.»

Aunque novedosos para los Guevara, estos contrastes de la vida urbana se convertían en un rasgo típico de la Argentina y de toda América Latina. Desde fines del siglo XIX, los cambios económicos, la inmigración y la industrialización habían provocado una alteración drástica en la proporción entre la población rural y urbana; agricultores pobres migraban del campo a las ciudades en busca de trabajo y un mejor nivel de vida. Muchos iban a parar a las *villas miseria*, los barrios de chabolas que aparecían en Córdoba y otras grandes ciudades argentinas.

En el breve lapso de cincuenta años, la demografía argentina dio un giro total; la población urbana creció del treinta y siete por ciento en 1895 al sesenta y tres por ciento en 1947. En el mismo lapso se cuadruplicó la población, de cuatro millones a dieciséis millones de habitantes.

A pesar de esta transformación social en curso, Córdoba, la segunda ciudad de la Argentina, conservaba en la década de 1940 un plácido aire provinciano. Rodeada por la ilimitada pampa amarilla, con horizontes interrumpidos solamente por sierras azules, Córdoba había sido escasamente afectada por la industrialización y el auge de la construcción que estaba transformando Buenos Aires en una metrópoli moderna. Como sede de la primera universidad del país, fundada por los jesuitas, y poblada de antiguas iglesias y edificios coloniales, Córdoba había ganado la fama de centro cultural, y los cordobeses apreciaban esa tradición.

En 1918, la ciudad consolidó su posición dominante en materia de educación cuando estudiantes y profesores universitarios del Partido Radical encabezaron la Reforma Universitaria, que obtuvo la autonomía para las casas de altos estudios; el movimiento se extendió de Córdoba a las demás universidades argentinas y las de buena parte de América Latina. Dolores Moyano recuerda la Córdoba de su juventud como «una ciudad de librerías, procesiones religiosas, manifestaciones estudiantiles y desfiles militares; una ciudad tranquila, aburrida, casi aletargada en la superficie, pero hirviendo de tensiones».

El hervor de las tensiones rompió a la superficie poco después de la llegada de los Guevara. El 4 de junio de 1943, en Buenos Aires, una logia secreta de oficiales del ejército se unió para derrocar al presidente Castillo, quien había designado como su delfín a un rico caudillo provincial que tenía fuertes lazos con monopolios empresariales británicos. La primera reacción al golpe fue un apoyo cauto por parte tanto de los argentinos liberales disgus-

tados por la germanofilia del gobierno de Castillo como por los nacionalistas, que temían una mayor penetración económica extranjera.

En cuarenta y ocho horas apareció un líder: el ministro de Guerra, general Pedro Ramírez, representante del ala ultranacionalista del ejército. Inmediatamente tomó medidas represivas para acallar a la oposición interna. El régimen declaró el Estado de sitio, postergó las elecciones sin fecha, clausuró el Congreso, amordazó a la prensa, intervino las universidades y expulsó a los profesores que protestaban. A finales de año, un segundo paquete de decretos disolvió los partidos políticos, impuso la enseñanza obligatoria de religión en las escuelas y limitó aún más la libertad de prensa. Los profesores y estudiantes cordobeses salieron a la calle. Hubo una ola de arrestos y, en noviembre de 1943, Alberto Granado fue detenido con otros estudiantes y encerrado en la cárcel central, detrás de las columnas y las viejas paredes blanqueadas a la cal del Cabildo en la Plaza San Martín. Allí lo visitaban sus hermanos y el Pelao, quienes le llevaban comida y noticias del mundo exterior.

Pasaban las semanas y no aparecía la menor señal de que el régimen presentaría cargos contra los estudiantes o los pondría en libertad. El «comité de presos» clandestino pidió a los estudiantes secundarios cordobeses que hicieran una manifestación para exigir su libertad. Alberto pidió a Ernesto que participara, pero para sorpresa de todos, el quinceañero se negó. Dijo que lo haría si le daban un revólver. Según él, la manifestación era un gesto inútil cuyo único resultado sería que a los estudiantes los «cagarían a palos».

A principios de 1944, después de un par de meses de detención, Alberto Granado salió en libertad. La negativa de Ernesto a movilizarse en solidaridad con él no afectó su amistad. En vista de su afición por las jugadas arriesgadas y temerarias, llama la atención la renuencia de Ernesto a solidarizarse con su amigo. Y dada su juventud y aparente falta de interés por la política argentina, su posición «de principios» parece dudosa. Pero esta conducta paradójica, de declamar posiciones extremistas y revelar una apatía total en cuanto al activismo político, sería una característica constante en sus años de juventud.

III

Aunque desconocido por la mayor parte de la opinión pública, la eminencia gris que se hallaba detrás de los cambios políticos que sucedían en la Argentina era un oscuro coronel del ejército de cara regordeta y nariz aguileña, cuyo nombre, Juan Domingo Perón, no tardaría en adquirir notoriedad. A su regreso de una misión militar en la Italia de Mussolini, donde se convirtió en fervoroso admirador de *Il Duce*, Perón fue durante un breve período instructor de tropas en la provincia de Mendoza antes de ser trasladado al comando del ejército en Buenos Aires. Allí hizo su jugada como

impulsor del autotitulado Grupo de Oficiales Unidos (GOU), una oscura agrupación militar que había lanzado el golpe de junio de 1943.

Durante los tres años siguientes Perón escaló posiciones. Después del golpe fue subsecretario de Guerra bajo el mando de su mentor, el general Edelmiro J. Farrell. En octubre de 1943, cuando éste asumió la vicepresidencia, Perón pidió y obtuvo la Secretaría Nacional del Trabajo, que convirtió rápidamente en su base de poder. En menos de un mes transformó un puesto aparentemente sin importancia en la Secretaría de Trabajo y Previsión, con rango ministerial y que dependía directamente del presidente.

Desde el despacho de Perón salieron una serie de decretos que constituían una amplia reforma laboral. Las medidas buscaban ganar el apoyo de los trabajadores privados de derechos y a la vez desbaratar las agrupaciones sindicales vinculadas con los partidos políticos tradicionales. En poco tiempo, Perón sometió el movimiento obrero del país a su propia autoridad centralizada. Así comenzó el fenómeno llamado *peronismo,* que no tardaría en alterar drásticamente el panorama político argentino.

A fines de 1943, con la participación de Estados Unidos en la guerra, la Alemania nazi estaba a la defensiva en Europa y el norte de África, en tanto Mussolini había caído en Italia. Estados Unidos, que sospechaba que el régimen argentino y en especial Perón eran representantes apenas disimulados del Tercer Reich en América Latina, presionaba a la Argentina para que abandonara su posición oficial de neutralidad. Muchos argentinos compartían las sospechas norteamericanas. La convocatoria populista de Perón a las clases sociales «bajas», expresada en una retórica con fuerte olor a fascismo, le había granjeado la oposición de la clase media liberal, a la que se unió la oligarquía tradicional que veía peligrar su statu quo. La mayor parte de la clase social a la que pertenecían los Guevara se había vuelto virulentamente antiperonista. Pero a pesar de ello, el poder de Perón aumentaba.

En marzo de 1944, Farrell asumió la presidencia. Designó a Perón ministro de Guerra y en julio, vicepresidente. Pero de las tres altas funciones que desempeñaba, la más importante seguía siendo la de secretario de Trabajo y Previsión. Perón era conocido ya por todos los argentinos.

Mientras tanto, Guevara Lynch aún militaba en Acción Argentina. Junto con Celia se unió al Comité pro De Gaulle de Córdoba, un grupo que se solidarizaba con la resistencia de la Francia ocupada por los nazis. Sin que lo supieran, Ernesto reanudó las actividades de cazador de nazis abandonadas por su padre.

Con su condiscípulo y amigo Osvaldo Bidinosd Payer, Ernesto regresó furtivamente a la pequeña comunidad serrana de La Cumbre, el lugar de recreo preferido por la aristocracia terrateniente cordobesa, donde el grupo de su padre había espiado un hotel fuertemente vigilado en el que sospechaban que funcionaba la sede de las operaciones nazis en el interior argentino, equipada con un transmisor de radio clandestino que utilizaban para comunicarse con Berlín. Guevara Lynch había abandonado la vigilancia y advertido a Ernesto que no debía husmear por ahí. Le dijo que el gobier-

no había enviado dos investigadores, pero sólo regresó uno; sospechaba que habían asesinado al otro.

Motivados por el espíritu de riesgo y aventura, los dos muchachos hicieron caso omiso de la advertencia. Se aproximaron al hotel durante la noche. A través de una ventana abierta, dijo Bidinosd, alcanzaron a ver a dos hombres que trabajaban junto a «una mesa muy alargada, con cajas metálicas y cosas». Pero no pudieron avanzar en la investigación porque alguien los descubrió. «Alguien salió con linternas y empezaron a buscar y nos tiraron dos tiros... nos fuimos y no volvimos nunca más.»

A pesar de esas travesuras, la adhesión de Ernesto a las causas políticas nunca llegó a convertirse en militancia activa durante sus años de estudiante de secundaria. Él y sus amigos, algunos de los cuales eran hijos de republicanos españoles exiliados como los González Aguilar, eran «antifascistas» como sus padres y aficionados a las largas discusiones sobre lo que había «sucedido realmente» en España. Pero tenían escaso conocimiento, por no hablar de interés, acerca de lo que estaba sucediendo en la Argentina. Cuando Ernesto expresaba una posición política, generalmente era una provocación destinada a escandalizar a sus padres o amigos. Por ejemplo, cuando se extendió el rumor de que los peronistas cordobeses se preparaban para apedrear el Jockey Club, símbolo de la oligarquía terrateniente local, Ernesto se declaró dispuesto a acompañarlos. «No me molestaría tirar unas cuantas piedras al Jockey Club», le escucharon decir sus amigos. Consideraron que era una expresión de sus sentimientos en favor del peronismo, pero es igualmente posible que se comportara como un adolescente fogoso, que sólo buscaba desconcertarlos y provocar una discusión.

Cuando el gobierno argentino rompió relaciones con las potencias del Eje, los padres de Ernesto no cabían en sí de júbilo. Pero su amigo Pepe González Aguilar, algo más joven, recuerda la furia con que Ernestito se enfrentó a sus padres. «No podía comprender cómo él, que siempre había sido antinazi, no compartía nuestra felicidad.» Más adelante, Pepe comprendería que la ira de Ernesto se debió a que el gobierno no había adoptado esa posición por convicción, sino debido a la presión norteamericana; como a todos los nacionalistas argentinos, la capitulación le causaba vergüenza.

Pero en septiembre de 1944, cuando los aliados liberaron París, Ernesto y sus amigos del Deán Funes fueron con la multitud a festejar el suceso en la Plaza San Martín. En sus bolsillos llevaban bolas de acero para arrojar a los cascos de los caballos de la policía montada, encargada de mantener el orden.

(En reconocimiento por sus esfuerzos, Guevara Lynch recibió un certificado firmado por De Gaulle que agradecía su apoyo al «pueblo de Francia» en momentos difíciles. Guevara Lynch lo conservó durante el resto de su vida entre sus posesiones más preciadas.)

A pesar de los intentos posteriores de hallar señales tempranas de sus ideales socialistas en el adolescente Ernesto Guevara, casi todos sus condiscípulos cordobeses recuerdan su falta de interés en la política. Según su amigo José María Roque, Ernesto no tenía «un ideal político definido» en

aquella época. «Yo, como otros muchachos de ahí, éramos muy amigos de discutir de política; pero yo nunca vi a Guevara discutir sobre política, en ningún sentido.»

Ernesto jamás mezclaba el «antifascismo» con la amistad. Uno de sus condiscípulos era Domingo Rigatusso, hijo de un inmigrante italiano pobre que vendía golosinas en la puerta de los cines. Como su padre, Rigatusso apoyó a Mussolini durante toda la guerra, y Guevara lo llamaba afectuosamente «tano facho», italiano fascista en la jerga callejera.

Pero Raúl Melivosky, un año menor que Ernesto e hijo de un profesor universitario judío, recuerda que perteneció a una «célula» de la FES (Federación de Estudiantes Secundarios) en 1943, cuando la combativa ala juvenil de la pro nazi Alianza Libertadora Nacionalista intimidaba a los estudiantes que simpatizaban con los aliados. Melivosky, quien acababa de ingresar en el primer curso del Deán Funes, conocía a Guevara antes de que los presentaran. Tenía fama de ser el único estudiante del colegio que se había enfrentado en el aula a un profesor de historia de reconocidas simpatías nazis para señalarle un error. Por eso sólo, Guevara merecía el respeto de Melivosky.

La FES decidió conformar «células» de tres miembros para defenderse de los estudiantes pro fascistas de la Alianza Libertadora Nacionalista. Melivosky y otro estudiante de primer año debían responder a un «jefe» de célula, un muchacho mayor que resultó ser Ernesto Guevara. «No nos reuníamos –recuerda–. Éramos célula de nombre nada más. Que prácticamente lo único que hacíamos era llamarnos células.»

Pero una tarde, cuando los matones de la Alianza se pavoneaban con sus navajas con la insignia del cóndor grabada en la empuñadura e impedían la salida de otros estudiantes, Guevara se arrojó sobre ellos, haciendo girar sin parar la cartera llena de libros. Melivosky, quien presenció la escena, dijo con gratitud que Guevara «era ciertamente temerario; no valiente simplemente».

La única vez que la «célula» entró en acción fue un día que Guevara, con su autoridad de jefe, ordenó a Melivosky y al otro chico «que al día siguiente teníamos que hacernos "la chupina", que era faltar al colegio». Melivosky sabía que semejante hazaña podía costarles la expulsión. «No era simplemente faltar al colegio, sino que además dispuso que teníamos que ir a ver una película que era prohibida para menores. Nosotros teníamos trece años y catorce, y menores era menores de dieciocho, así que no podíamos engañar mucho a nadie. Ninguno de nosotros era muy alto ni muy robusto... Y entonces nos dieron la orden a los dos que fuéramos con un sombrero, un cigarrillo y el dinero necesario para entrar al cine.»

Ésas fueron las primeras incursiones «políticas» de Ernesto. Las excursiones de espionaje en Córdoba y las experiencias como «jefe de célula» estudiantil parecen haber sido una oportunidad para vivir aventuras juveniles más que una señal de convicciones políticas serias.

Veinte años después, el mismo Guevara confirmó esta apreciación, cuando en una carta a un editor adulador que deseaba publicar una hagiografía de él, dijo sin rodeos: «... No tuve preocupaciones sociales en mi ado-

lescencia, ni participé en las luchas políticas o estudiantiles de la Argentina.»

Curioso, rebelde, ávido de aventuras: así era Ernesto Guevara a fines de la Segunda Guerra Mundial y en vísperas de cumplir diecisiete años.

IV

En plena adolescencia, además de un lector voraz, Ernesto sentía gran curiosidad por el sexo opuesto. Pudo conciliar los dos intereses cuando descubrió y leyó en casa de un amigo la muy erótica versión original y completa de *Las mil y una noches.*

Sin embargo, más allá de la excitación que provocaban esas fuentes, la iniciación sexual era un ideal abstracto para la mayoría de los varones de la generación de Ernesto. En la Argentina provinciana de mediados de la década de 1940, predominaban los valores sexuales y matrimoniales de la sociedad católica tradicional: las mujeres no tenían derecho al voto, no existía el divorcio y las chicas «decentes» debían llegar vírgenes al matrimonio.

«Éramos unos angelitos –recuerda Tatiana Quiroga, quien solía salir "en pareja" con Ernesto y otros amigos–. Íbamos a bailar, a charlar, a tomar un café y a las doce y media había que volver a casa; si no, nos mataban. En esa época casi no se podía salir. ¿Las nenas ir solitas a casa de un varón? ¡Jamás! Lo más que hacíamos era escaparnos de una fiesta para tomar mate.»

Los chicos del ambiente social de Ernesto conocían el sexo en los burdeles o con las chicas de clase inferior, a las que conquistaban con sus ventajas sociales y económicas. Muchos tenían su primera experiencia sexual con la *mucama* [criada], generalmente una indígena o mestiza de las provincias pobres del norte.

Calica Ferrer fue el responsable de la iniciación sexual de Ernesto con la criada de su familia, a quien llamaban «la Negra» Cabrera. Tenían catorce o quince años. Rodolfo Ruarte estuvo presente en la ceremonia de iniciación de Ernestito, y con otros jóvenes los espiaron a él y a la Negra a través del ojo de la cerradura. Lo vieron sacar su inhalador para el asma y observaron que si bien se desempeñaba a la perfección sobre el cuerpo sumiso de la criada, cada tanto se interrumpía para inhalar. La escena les provocó un ataque de risa incontrolable y fue una fuente de bromas durante varios años. Pero eso no afectó a Ernesto, quien siguió visitando regularmente a la Negra.

Al tiempo que descubría el sexo, Ernesto alimentaba su reciente amor por la poesía y le encantaba recitar los versos que aprendía de memoria. Los *Sonetos y romances picarescos* de Francisco de Quevedo, el poeta español del siglo XVII, le ayudaron a desarrollar su flamante sentido de lo procaz. Un día lo empleó con destreza para provocar los rubores de Dolores Moyano. La escuchó disertar con pedantería sobre los poetas místicos españoles de origen árabe, y cuando la trató de ignorante, ella replicó: «El poeta y el místico en la poesía de San Juan tienen una doble visión. El ojo interior y el ojo exterior, el amante místico ve en los dos sentidos...» En ese momento,

recuerda, Ernesto la interrumpió y, exagerando su acento cordobés, recitó una copla obscena sobre una monja tuerta y un santo bizco.

El incidente pone de relieve la brecha que existía entre los y las adolescentes de la generación y la clase social de Guevara. Las niñas, virginales e inocentes, se sumergían en la poesía romántica mientras se conservaban para el verdadero amor y el matrimonio; en cambio, los varones como Ernesto, con la sangre repleta de hormonas, buscaban el mundo del sexo en la medida de sus posibilidades, en poesías obscenas, burdeles o acostándose con las indefensas criadas.

En las vacaciones de verano de 1945 y 1946 reapareció la bella prima de Ernesto, Carmen Córdova Iturburu de la Serna, «la Negrita», quien se enamoró de su primo rebelde tres años mayor. Su padre, el poeta Cayetano Córdova Iturburu, siempre aparecía con un baúl repleto de libros recientemente publicados en Buenos Aires, y ella los revolvía en busca de volúmenes de poesía. Descubrió que compartía esa pasión con Ernesto, quien le recitaba los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, que acababa de descubrir.

«En plena adolescencia, Ernestito y yo fuimos un poco más que amigos –recordaría años más tarde–. Un día estábamos jugando en un placard [armario empotrado] en mi casa... y Ernestito me preguntó si yo era ya una mujer...» Vivieron un encuentro amoroso y más adelante, cuando los Guevara se mudaron a Buenos Aires, Ernesto y la Negrita continuaron viéndose. Ella solía visitar la casa de los Guevara, donde vivía momentos románticos con Ernesto en la escalera, hablando «de literatura... y de amor, porque como suele suceder entre primos, tuvimos nuestro idilio. ¡Ernesto era tan buen mozo!».

En efecto. A los diecisiete años, Ernesto era un joven sumamente atractivo: esbelto, de hombros anchos y cabello castaño oscuro; intensos ojos pardos, tez clara y una confianza reservada y serena que seducía a las chicas. «La verdad es que todas estábamos un poco enamoradas de Ernesto», confiesa Miriam Urrutia, otra chica cordobesa de buena familia.

A una edad en que los varones se esfuerzan por impresionar a las chicas, la despreocupación de Ernesto por su aspecto personal resultaba sumamente seductora. Una noche apareció con una muchacha de buena posición y elegantemente vestida en el Cine Ópera, donde su amigo el «facho» Rigatusso vendía caramelos. Como siempre, Ernesto vestía una vieja y enorme trinchera con los bolsillos atestados de alimentos y un termo con mate. Al ver a Rigatusso, abandonó ostensiblemente a su acompañante para conversar con su amigo de «clase inferior».

Ernesto desarrollaba rápidamente la personalidad social que dejaría una impresión perdurable en sus coetáneos cordobeses. Su actitud despreocupada, su desprecio por la formalidad y su intelecto combativo ya eran rasgos visibles de su personalidad y se acentuarían durante los años siguientes. Incluso su sentido del humor era provocador, desafiando las normas aceptadas del decoro social, aunque a menudo lo expresara con burlas dirigidas a sí mismo.

Su amigo Alberto Granado conocía su afición por el escándalo. «Tenía

varios apodos. También lo llamaban "el Loco" Guevara. Le gustaba jugar al chico malo... Por ejemplo, se jactaba de bañarse muy poco. Por eso también lo llamaban "el Chancho". Por ejemplo, solía decir: "Hace veinticinco semanas que no lavo mi camiseta de rugby."»

Un día, Ernesto apareció en la escuela con pantalones largos en lugar de los cortos que había llevado hasta entonces. Sin duda para prevenir las bromas de los muchachos varones sobre su repentino «crecimiento», Ernesto dijo que había tirado los pantaloncitos a la basura porque estaban muy sucios.

Durante los cinco años que estudió en el Colegio Nacional Deán Funes, Ernesto cultivó la imagen del bribón irrefrenable. Le encantaba escandalizar a sus condiscípulos y profesores: por ejemplo, encendía sin aviso sus fuertes cigarrillos para el asma Dr. Andreu en medio de la clase; discutía abiertamente con los profesores de matemáticas o literatura cuando los pescaba en un error; organizaba con la pandilla excursiones de fin de semana a las sierras cercanas o a Alta Gracia, donde repetía las maniobras arriesgadas que tanto aterraban a sus padres cuando era niño: hacer equilibrismo sobre una tubería tendida sobre un precipicio, zambullirse en el río tirándose desde las rocas más altas, o ir en bicicleta por las vías del ferrocarril.

Las autoridades escolares tomaban debida nota de su conducta. El 1 de junio de 1945, en cuarto curso del Deán Funes, recibió «diez amonestaciones [veinticinco provocaban la expulsión] por orden de la rectoría, por actos de indisciplina y por entrar y salir del establecimiento fuera de horas sin el permiso correspondiente».

El promedio de calificaciones era «bueno». Como siempre, éstas reflejaban su afición por materias tales como matemáticas, ciencias naturales, geografía e historia, aunque también se advierte una mejora gradual, año tras año, en francés, español, redacción y música.

Sus lecturas extraescolares proseguían con el mismo entusiasmo. Al igual que Alberto Granado, su amigo Pepe Aguilar advirtió que sus gustos eran eclécticos y con frecuencia adelantados para su edad. «Leía con ansiedad, devorando la biblioteca de sus padres... De Freud a Jack London, mezclado con Neruda, Horacio Quiroga y Anatole France, hasta una edición abreviada de *El capital,* sobre la que hizo observaciones con letra menuda.»

Sin embargo, la densa obra de Marx le resultó incomprensible. Años después, el comandante Ernesto Che Guevara confesaría a su esposa en Cuba que «no había entendido nada» en sus primeras lecturas de Marx y Engels.

V

Durante el curso escolar de 1945, Ernesto empezó a mostrar una mayor seriedad. Ese año hizo su primer curso de filosofía, materia que captó su interés como lo demuestran sus calificaciones de «muy bueno» y «sobresaliente». Empezó a escribir su propio «diccionario filosófico».

Su primer cuaderno manuscrito, de ciento sesenta y cinco páginas, es-

taba organizado por orden alfabético con minuciosas referencias de número de página, tema y autor. Comprende biografías breves de pensadores famosos y una amplia variedad de citas sobre conceptos tales como el amor, la inmortalidad, la histeria, la moral sexual, la fe, la justicia, la muerte, Dios, el diablo, la fantasía, la razón, la neurosis, el narcisismo y la moral.

Es evidente que no desdeñaba ninguna de las fuentes disponibles. Sus citas sobre el marxismo provienen de *Mein Kampf* e incluyen pasajes en los que Hitler revela su obsesión por una conspiración judeomarxista. Los esbozos biográficos de Buda y Aristóteles provienen de la *Breve historia universal* de H. G. Wells; su fuente sobre el amor, el patriotismo y la moral sexual fue *La vieja y la nueva moral sexual* de Bertrand Russell. Fascinado por las teorías de Sigmund Freud, Ernesto cita de la *Teoría general de la memoria* una variedad de temas que van del sueño a la libido y del narcisismo al complejo de Edipo. Otras fuentes son Jack London sobre la sociedad, Nietzsche sobre la muerte y, en cuanto al revisionismo y el reformismo, tomó las definiciones de un libro de su tío Cayetano Córdova Iturburu.

Éste fue el primero de una serie de siete cuadernos escritos a lo largo de diez años. A medida que profundizaba sus estudios y sus intereses se volvían más concretos, nuevos apuntes reemplazaban a los anteriores. Los cuadernos posteriores revelan sus lecturas de Jawaharlal Nehru y también su gran interés por el marxismo, ya no con citas de Hitler sino de Marx, Engels y Lenin.

En cuanto a ficción, empezaba a leer obras con un cierto contenido social. Su amigo Osvaldo Bidinosd Payer dice que para Ernesto Guevara todo empezó con la literatura. En esa época, Ernesto y él leían las mismas novelas de autores como Faulkner, Kafka, Camus y Sartre. Ernesto leía a los poetas republicanos españoles García Lorca, Machado y Alberti y las traducciones de Walt Whitman y Robert Frost, pero su poeta preferido seguía siendo Pablo Neruda.

Bidinosd no tardó en descubrir que Ernesto ya había ahondado en la literatura latinoamericana a través de autores tales como Ciro Alegría, Jorge Icaza, Rubén Darío y Miguel Ángel Asturias. Sus novelas y poesías eran con frecuencia las primeras que trataban temas latinoamericanos –como la desigualdad y la marginación a la que eran sometidos los indios y mestizos–, ignorados por la literatura de moda y desconocidos por el medio social de Ernesto. Bidinosd cree que esas lecturas le permitieron a Ernesto vislumbrar la sociedad en la que vivía, pero que desconocía por experiencia propia. «Fue como un vistazo previo de lo que quería experimentar, y objetivamente lo que lo rodeaba era América Latina, *no* Europa ni Wyoming.»

La otra gran influencia en la formación social de Ernesto fue su madre Celia. Tal como había sucedido con los amigos de Ernesto en Alta Gracia, Bidinosd fue seducido por la informalidad igualitaria que reinaba en el hogar de los Guevara y por Celia madre. Pensaba que en ese hogar se hacía un culto de la creatividad y de lo que él llama «el descubrimiento del mundo por la puerta de servicio», ya que Celia recogía toda clase de gente pintoresca, independientemente de su origen social, y la llevaba a su casa. En aquel hogar co-

noció a pintores itinerantes que trabajaban de lustrabotas, a errabundos poetas y profesores ecuatorianos que permanecían ahí durante una semana o un mes, según el hambre que tuvieran. «Era un zoológico humano fascinante.»

Mientras Celia presidía su salón con visitas permanentes, el padre de Ernesto iba y venía en una vieja motocicleta que llamaba La Pedorra debido al ruido flatulento que producía el tubo de escape. Celia y él vivían bajo el mismo techo, pero estaban distanciados y sus vidas seguían rumbos diferentes.

Otro joven cordobés atrapado por el hechizo de los Guevara fue Roberto «Beto» Ahumada, condiscípulo de Roberto, un hermano de Ernesto. Ahumada recuerda que en muchas ocasiones, invitado a cenar por Roberto, la familia dividía la comida preparada en porciones menores para incluirlo. «Nadie estaba preocupado por comer un poco menos a raíz de la idea de uno de los chicos de traer a sus amigos. Y traía los que quería y a nadie le importaba.»

No es de extrañar que en una casa tan ajetreada, repleta de niños, huéspedes itinerantes y conversaciones, Ernesto tuviera dificultad para concentrarse en la lectura o el estudio. Adquirió el hábito de leer en el baño durante horas y lo conservó durante el resto de su vida.

Un día, un viejo amigo de la pandilla infantil llamado Enrique Martín se tropezó inesperadamente con Ernesto en Alta Gracia. Enrique se sorprendió, puesto que era un día de semana en plena época de clases. Ernesto le hizo jurar que guardaría el secreto y dijo que había alquilado una pequeña habitación en el Hotel Cecil, cerca de la estación de autobús, donde nadie lo conocía. «Estoy acá porque me he aislado de todos», dijo.

A Enrique Martín no se le ocurrió preguntar por qué quería estar solo, pero guardó lealmente el secreto de su amigo durante años. Fuese para estudiar y pensar o para encontrarse con una de las criadas promiscuas de Alta Gracia, lo cierto es que aquél no era el sujeto extrovertido y travieso a quien llamaban el Loco, el Chancho o el Pelao en la escuela y el campo de rugby, sino un joven notablemente reservado que anhelaba aislarse.

VI

A principios de 1946, Perón estaba en el poder. Había sobrevivido al derrocamiento por parte de militares rivales, un breve exilio en la isla Martín García, en el estuario del Río de la Plata y, después de que una gigantesca manifestación popular obtuviera su liberación, había efectuado un retorno triunfal para ganar la presidencia en las elecciones generales de febrero.

Además, no estaba solo. Meses antes se había casado con su amante, una joven rubia, actriz de seriales radiofónicos, llamada Eva Duarte. Aunque nadie lo sabía, la huella que dejaría «Evita» en la conciencia popular argentina sería al menos tan profunda como la de su esposo.

El año 1946 fue también el último del colegio secundario de Ernesto. Cumplió dieciocho años en junio, diez días después de que Perón asumiera la presidencia. Mientras proseguía sus estudios, por primera vez obtuvo un

puesto remunerado, en el laboratorio de la Dirección Provincial de Vialidad de Córdoba, una oficina pública que supervisaba la construcción de carreteras en la provincia.

Lo acompañaba su amigo Tomás Granado. Los jóvenes, bien dotados para las matemáticas y la ciencia, hacían planes para ingresar en la Facultad de Ingeniería el año siguiente. Habían obtenido aquel trabajo, que ofrecía experiencia útil para un futuro ingeniero, después de que el padre de Ernesto pidiera a un amigo que los aceptara en un curso especial de análisis de suelos en Vialidad. Aprobaron el curso y obtuvieron el certificado de «especialistas en suelos», inspectores de la calidad de los materiales empleados por contratistas privados en la construcción de carreteras. En el laboratorio, donde trabajaban media jornada, Ernesto preparaba jugos de fruta para todos en la licuadora empleada para mezclar muestras de suelos.

Después de recibirse en el Deán Funes, empezaron a trabajar la jornada completa y fueron enviados a distintos lugares de la provincia. Ernesto fue a inspeccionar los materiales empleados en la construcción de una carretera en Villa María, ciento cincuenta kilómetros al norte. Su contrato incluía un salario modesto, el uso de un camión de la empresa y alojamiento gratuito.

En marzo, mientras Ernesto seguía en Villa María, la familia volvió a Buenos Aires después de quince años de ausencia. No fue un regreso triunfal: sus padres habían decidido separarse y de nuevo estaban en mala situación económica. La empresa constructora que Guevara Lynch tenía con el «Marqués» había quebrado, y se había visto obligado a vender la casa de veraneo en Villa Allende. Poco después vendería también el yerbatal en Misiones. Le daba poco dinero y acumulaba un par de años de atraso en el pago del impuesto anual sobre la propiedad.

En Buenos Aires, la familia se instaló en el apartamento de Ana Isabel, la anciana madre de Guevara Lynch, en el quinto piso de un edificio en la esquina de las calles Arenales y Uriburu. Pero a principios de mayo se enfermó Ana Isabel, de noventa y seis años, y los Guevara enviaron un telegrama a Ernesto para avisarle que su estado era grave.

El 18 de mayo les escribió para pedirles mayores detalles y avisar que si su estado se agravaba, él renunciaría al trabajo para viajar inmediatamente a Buenos Aires.

En pocos días recibió la mala noticia: la abuela había sufrido un infarto y su estado era grave. Ernesto renunció a su trabajo y viajó rápidamente a Buenos Aires. Llegó a tiempo para presenciar su agonía. Duró diecisiete días, durante los cuales él no se apartó de su lecho. «Todos veíamos que su enfermedad era fatal –escribió Guevara Lynch–. Ernesto, desesperado al ver que su abuela no comía, con una paciencia increíble trataba de hacerle ingerir alimentos entreteniéndola y sin apartarse de ella. Y así estuvo hasta que mi madre se fue de este mundo.»

Cuando murió su abuela, Ernesto quedó desconsolado. Su hermana Celia jamás había visto a su reservado hermano tan abrumado por el dolor. «Estaba *muy* triste; debe haber sido una de las grandes tristezas de su vida.»

4. UN HOMBRE INDEPENDIENTE

I

Inmediatamente después de la muerte de su abuela, Ernesto informó a sus padres que había resuelto estudiar medicina en lugar de ingeniería. El mismo mes solicitó el ingreso en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

El edificio de la facultad es un monolito del modernismo temprano: implacablemente gris, rectilíneo, con ventanas pequeñas hundidas en nichos. Los quince pisos sombríos de este frío monumento a la ciencia médica se alzan hacia el cielo en medio de un barrio elegante de casas finiseculares con cielos rasos abovedados, balcones con rejas de hierro forjado y puertas ventanas de doble hoja. Se halla frente a una plaza abierta dominada tan sólo por la suave cúpula labrada a mano de una vieja capilla católica. Aquí y allá, bajorrelieves de bronce sobre lajas de piedra muestran a cirujanos operando a sus pacientes.

Guevara nunca explicó exactamente por qué había escogido la carrera de médico. Años después diría que lo motivaba el deseo de un «triunfo personal». «Soñaba con ser un famoso investigador... que trabajaba infatigablemente para descubrir algo que pudiera poner definitivamente a disposición de la humanidad.»

Había demostrado que era un buen estudiante de ciencias y la elección de la carrera de ingeniería era la elección más fácil, pero esa disciplina no lo apasionaba. La medicina le ofrecía la posibilidad de hacer algo que *valía la pena.* La familia atribuyó su decisión a su sentimiento de impotencia ante la incapacidad de la medicina para paliar los sufrimientos de su abuela agonizante, por lo que había resuelto hacer algo para aliviar el sufrimiento humano. El dolor provocado por su muerte, a pesar de su avanzada edad, tal vez motivó la decisión de Ernesto de cambiar de carrera, pero la elección de ciertas especialidades demostraría rápidamente que también lo obsesionaba la búsqueda de una cura para su asma.

Además de estudiar, Ernesto tuvo una serie de trabajos a tiempo parcial, de los cuales el más apasionante y duradero fue el de la Clínica Pisani, un instituto especializado en alergias. Al concurrir como paciente para el tratamiento de su asma, reveló una inteligencia e interés tales que el doctor Salvador Pisani le ofreció un puesto de ayudante de investigación *ad hono-*

rem. Para un joven estudiante de medicina era una extraordinaria oportunidad de participar en un campo nuevo de la investigación médica.

Pionero de un método para el tratamiento de las alergias que consistía en administrar a los pacientes vacunas hechas con sustancias alimenticias semidigeridas, Pisani había tratado el asma de Ernesto con cierto éxito. Ernesto estaba tan entusiasmado con esos resultados positivos y su propio trabajo de laboratorio que decidió hacer su carrera médica como especialista en alergias.

La clínica, una empresa familiar, se convirtió en una suerte de hogar sustituto. El doctor Pisani vivía con su madre y su hermana Mafalda en una casa espaciosa junto a la clínica y los tres rápidamente le tomaron afecto a Ernesto. Las mujeres le preparaban jugos de zanahoria, pan de maíz y tortitas de avena para sus dietas para el asma y le preparaban un lecho cuando padecía un ataque. Ernesto mejoraba gracias a sus cuidados maternales, y el doctor Pisani empezaba a considerarlo su protegido, alguien que seguiría sus pasos y llegaría lejos en la investigación de las alergias.

En esa época, Ernesto se convirtió para su padre en una figura fugaz, siempre atareada, sin tiempo para nada. «... Activo y diligente, corría de un lado a otro para cumplir con sus obligaciones. ¿Y cómo no había de andar apurado? Tenía que trabajar para ganarse la vida porque yo poco lo ayudaba, y además él no quería que le diera un centavo. Se las arreglaba como podía.»

Pero la apariencia diligente disimulaba un mundo interior fuertemente agitado. Meses atrás, en Villa María, había expresado sus pensamientos tumultuosos en cuatro páginas de un pequeño cuaderno. El texto, escrito como poema en verso libre, ofrece una valiosa oportunidad para escudriñar las emociones perturbadas de Ernesto Guevara en un momento crucial de su vida. El siguiente es un pasaje del texto correspondiente al 17 de enero de 1947.

¡Lo sé! ¡Lo sé!
Si me voy de aquí me traga el río...
Es mi destino: ¡hoy debo morir!
Pero no, la fuerza de voluntad todo lo puede.
Están los obstáculos, lo admito.
No quiero salir.
Si tengo que morir, será en esta cueva.

Las balas, qué me pueden hacer las balas
si mi destino es morir ahogado. Pero voy
a superar mi destino. El destino se puede
alcanzar con la fuerza de voluntad.

Morir, sí, pero acribillado por
las balas, destruido por las bayonetas, si no, no. Ahogado no...
un recuerdo más perdurable que mi nombre
es luchar, morir luchando.

La evidente conmoción interior de Ernesto, que claramente trascendía cualquier preocupación que pudiera sentir con respecto a los problemas de su familia o a la elección de carrera, se refería a cuestiones tales como la fuerza interior, el destino y si convenía seguir un camino «seguro» o «arriesgado» en la vida: «Morir, sí, pero acribillado por las balas, destruido por las bayonetas, si no, no. Ahogado no...»

Al mismo tiempo, la mención de morir ahogado, «el pozo profundo», bien puede ser una alusión simbólica a su asma, que había impuesto limitaciones a su vida y seguramente en su opinión trazaba un camino predeterminado hacia la muerte. Parecía decir que debía combatir ese mal hasta vencerlo por la fuerza de la voluntad. Pero a falta de una explicación del propio Ernesto Guevara sobre su significado preciso, conviene analizar el texto como lo que sin duda fue: una melodramática expresión de sentimientos por parte de un muchacho de dieciocho años desconcertado y ensimismado.

Habían sido meses traumáticos para Ernesto. El fracaso matrimonial y económico de sus padres, la mudanza forzosa a Buenos Aires y últimamente la muerte de su querida abuela habían provocado el derrumbamiento estrepitoso de su sentido de la seguridad familiar. Como hijo mayor, sentía la obligación y el peso de «ayudar», y debió de sentir de un día para el otro que su futuro estaba hipotecado. Ese sentido del deber para con la familia lo embargó antes de que la noticia de la muerte de su abuela lo arrastrara a Buenos Aires. Poco antes de abandonar Villa María había escrito a su madre: «Contame cómo resolviste el problema de la vivienda y si los chicos tienen escuela...»

Ahora estaban reunidos en Buenos Aires, pero la vivienda seguía siendo un problema debido a la falta de dinero. Sin otra alternativa, durante un año la familia vivió en el apartamento de la difunta Ana Isabel. Luego Guevara Lynch vendió el yerbatal en Misiones y entregó el dinero a Celia para que comprara una vivienda.

Consiguió una casa vieja y fea en la calle Aráoz 2180, con desagradables inquilinos ancianos en la planta baja. Sin embargo, estaba bien situada, en el límite del exclusivo barrio de Palermo, con sus bosques y campos de deportes. Nuevamente tenían vivienda propia, pero la situación había cambiado. Los hijos mayores tenían que conseguir trabajos remunerados, y los padres, aunque casados por ley, estaban «separados». Ernesto Guevara Lynch ya no compartía la cama con Celia sino que dormía en un sofá en la sala.

El trastorno de la situación familiar provocó un cambio fundamental en la relación de Ernesto con su padre. «Con Ernesto nos tratábamos mano a mano. Nos hacíamos bromas como si fuéramos de la misma edad –escribe Guevara Lynch–. Él me "cargaba" continuamente. Apenas nos encontrábamos en la mesa de nuestra casa, me pinchaba con chanzas de carácter político... Ernesto, que tenía entonces veinte años, en esa materia me sobraba [ganaba por mucho] y nos enzarzábamos continuamente en discusiones. Para quien nos escuchara parecía que estuviéramos peleando. Nada de eso. En el fondo entre nosotros existía una verdadera camaradería.»

II

Durante el primer año en la universidad, Ernesto fue llamado al servicio militar. En la revisión médica detectaron su asma y lo rechazaron por «deficiente en sus aptitudes físicas». Así se salvó de perder un año de estudios en un cuartel militar. Jubiloso, decía a sus amigos que «agradecía a sus pulmones de mierda que hubiesen hecho algo útil para variar».

En la facultad, cursaba las materias habituales de anatomía y fisiología. Una de sus primeras amistades fue la joven Berta Gilda Infante, llamada Tita. Hija de un difunto abogado y político cordobés cuya familia acababa de mudarse a la capital, Tita se sintió atraída por Ernesto, a quien describe como «un muchacho joven, guapo y desinhibido».

Una fotografía bastante horripilante de 1948 muestra a Ernesto y Tita –una de las dos mujeres– con otros estudiantes de medicina ataviados con sus batas blancas detrás del cadáver desnudo de un hombre tendido sobre una mesa de mármol en primer plano. La cabeza rapada y boquiabierta cuelga sobre el borde de la mesa y la cavidad torácica está abierta como la de un pollo destripado. El cuadro seguramente sedujo a Ernesto por su incongruencia: la mayoría de los estudiantes tienen la mirada seria, adusta que consideran propia de su futura profesión; algunos sonríen levemente; sólo Ernesto, de frente a la cámara, muestra los dientes en una amplia sonrisa.

En la clase de anatomía se inició una amistad profunda, platónica, entre Ernesto y Tita. Él podía confiarle sus penas en una época afectivamente inestable de su vida, y ella aceptaba ese papel con placer. Todos los miércoles asistían a una clase sobre el «sistema nervioso» en el Museo de Ciencias Naturales, donde disecaban peces bajo la guía de un anciano profesor alemán. Se encontraban en cafés o en la casa de Tita para conversar sobre las clases o sobre sus problemas personales. Intercambiaban libros, los discutían y recitaban sus versos preferidos.

La relación de Ernesto y Tita aparentemente se basó en su necesidad común de una amistad estrecha y sin compromisos. Los dos se sentían solos y ávidos de afecto, sus familias estaban rotas –el padre de Tita había muerto tres años antes– y eran prácticamente forasteros en la gran capital de cinco millones de habitantes. Su relación se prolongó; después de que Ernesto se marchara de la Argentina, mantuvieron una correspondencia casi tan fluida como las que mantuvo con su madre y con su tía soltera Beatriz.

Ernesto escapaba de su casa, que siempre se hallaba atestada de gente, y pasaba mucho tiempo en el apartamento de su tía Beatriz. Durante su infancia, ella había sido más madre que Celia en muchos sentidos: le enviaba libros y regalos, remedios nuevos para el asma, lo alentaba en sus estudios y se preocupaba por él. Ahora, como antes, Beatriz estaba a su disposición.

La visitaba regularmente en su apartamento de la calle Arenales, a veinte manzanas del suyo en la calle Aráoz, para cenar y estudiar de noche. Ella le cocinaba, lo mimaba, se preocupaba de que se sintiera bien, comiera lo suficiente y estuviera provisto de remedios para el asma. Dice Guevara

Lynch: «Mi hermana no dormía mientras él estudiaba; tenía siempre lista su pava para cebarle mate y acompañarle en los momentos de descanso, y todo lo hacía con el mayor cariño.»

El mejor testigo de la relación especial de Ernesto con Beatriz fue Mario Saravia, un primo siete años menor que él. En 1951, llegó de la ciudad austral de Bahía Blanca, donde vivía su familia, para cursar estudios en la capital. Se alojó en casa de los Guevara, en el cuarto que compartían Ernesto y Roberto. Mario, que era el otro consentido de Beatriz, solía comer en casa de ella con Ernesto.

Beatriz era tan remilgada que se ponía guantes para tocar el dinero, y si estrechaba la mano de un extraño, después se lavaba las suyas, dice Saravia. Desconfiaba de la «moral» de las clases bajas, y cuando su criada se retiraba a dormir, Beatriz cerraba su puerta con llave y colocaba una pinza en el picaporte para que no lo pudiera girar. A Ernesto le encantaba escandalizarla. Una noche, durante la cena, dijo que «saldría» con una chica. «Y fulanita, ¿hija de quién es?», preguntó Beatriz, y quedó sumamente mortificada cuando su sobrino respondió alegremente que no lo sabía.

Ernesto jamás inició una discusión agria con la mujer que le brindaba un amor tan desinteresado. Se acomodaba a sus gustos y luego hacía lo que le apetecía, y con frecuencia hacía alusiones a ciertas supuestas actividades *non sanctas* a fin de escandalizarla. Saravia dice que Beatriz «se hubiera muerto de un ataque cardíaco» si hubiera conocido la verdad, porque una de esas actividades consistía en seducir a la criada a quien nunca olvidaba de encerrar todas las noches en su cuarto.

Durante un almuerzo, entre un plato y otro, Mario Saravia observó atónito desde la mesa cómo Ernesto hacía rápidamente el amor con la criada sobre la mesa de la cocina, a espaldas de su tía, que no sospechaba nada. Después Ernesto volvió a la mesa y siguió comiendo, sin ser descubierto por su tía. «Era un poco como los gallos –dice Saravia–, que pisaba y seguía en otra función.»

III

No es casual que para sus compañeros de la universidad Ernesto fuera una figura esquiva. Siempre daba la impresión de ser un joven con mucha prisa. Y en realidad lo era, ya fuese por ir a uno de sus trabajos, estudiar o satisfacer su creciente afición por los viajes. En algún sentido Buenos Aires no era más que la base para la extensión progresiva de sus horizontes geográficos, desde donde hacía autostop, al principio durante los fines de semana y las vacaciones, a la estancia de su difunta abuela en Santa Ana de Irineo de Portela, pero luego a lugares cada vez más lejanos y por períodos más prolongados.

A pesar de los cambios en la vida de Ernesto, algunos elementos permanecían constantes. Conservaba el asma, la afición por el ajedrez –conver-

tido en uno de sus pasatiempos preferidos– y el rugby; leía asiduamente y escribía sus cuadernos filosóficos. También escribía poesía. Uno de los poemas más antiguos que aún se conserva, escrito en la cara interior de la tapa de su quinto «cuaderno filosófico», data de este período.

Es una «oda» breve escrita en borrador que parece ser la evocación de una lápida o tumba. Como la mayoría de sus poemas veinteañeros, es una pieza torpe y pretenciosa, pero revela el desarrollo de una vigorosa imaginación romántica y, en su amor por las palabras, los primeros atisbos del deseo creciente de escribir.

> Lápida inconclusa de jardín abstracto,
> con tu arquitectura arcaica,
> atacas la moral cúbica del hombre.
> Figurillas horribles tiñen tu verso de sangre
> y fachadas panegíricas manchan tu frente con luz,
> caprichos portentosos mancillan tu oscuro nombre
> adornándote como a todas las demás.

Su mundo íntimo de estudio y reflexión dominaba su tiempo cada vez más. Su hermano Roberto descubrió con asombro que leía sistemáticamente los veinticinco tomos de la *Historia contemporánea del mundo moderno* de su padre. Los cuadernos filosóficos están repletos de referencias a esos tomos.

De la misma manera metódica empezó a confeccionar un índice de los libros que leía. En un cuaderno con tapas duras forradas de hule negro e índice alfabético hacía anotaciones por autor, nacionalidad, título y género de la obra. Esta selección larga y ecléctica incluye novelas populares modernas, clásicos europeos, norteamericanos y argentinos, textos médicos, poesías, biografías y filosofía. A lo largo de todo el índice aparecen interesantes anomalías tales como *Mis mejores partidas de ajedrez* del ruso Alexandr Aleksei, el *Anuario socialista 1937* y *La manufactura y uso del celuloide, la baquelita, etcétera...*, de R. Bunke. Pero conservaba su afición por las novelas clásicas de aventuras y su autor preferido era Jules Verne. Había leído sus obras completas en una colección de tres tomos encuadernados en cuero que era una de sus posesiones más preciadas. Una década después, cuando era comandante revolucionario en Cuba, hizo que se la enviaran de Argentina.

Ernesto también leía sobre la sexualidad y la conducta social en la obra de Freud y Bertrand Russell y mostraba un interés creciente por la filosofía social: leía de todo, desde los griegos antiguos hasta Aldous Huxley. A medida que sus intereses apuntaban cada vez más a determinados temas, aumentaban las intersecciones entre el índice literario y los cuadernos filosóficos.

Su indagación en los conceptos y orígenes del pensamiento socialista tomaba impulso. Leyó a Benito Mussolini sobre el fascismo, a Iósif Stalin sobre el marxismo, a Alfredo Palacios –extravagante fundador del Partido Socialista argentino– sobre la justicia, a Zola en una definición sumamente

crítica del cristianismo y a Jack London una descripción marxista de las clases sociales. Leyó una biografía francesa de Lenin, el *Manifiesto comunista* y discursos de Lenin; también volvió sobre *El capital.* El tercer cuaderno revela un interés mayor por Karl Marx, con decenas de apuntes breves sobre la vida y la obra del filósofo alemán tomados de *Comunismo y cristianismo,* de R. P. Ducatillon. (La figura de Marx lo fascinaría durante el resto de su vida: en 1965, cuando vivía clandestinamente en África, se hizo tiempo para escribir el esquema de una biografía de Marx con toda la intención de escribirla él mismo.)

Del libro de Ducatillon extrajo un retrato de Lenin que describe a éste como una personalidad histórica singular que «vivía, respiraba y dormía» para la revolución socialista y subyugaba a esa causa todo lo demás. Es una cita notable por cuanto presagia hasta un grado extraordinario las descripciones que harían los camaradas revolucionarios sobre Ernesto Che Guevara.

Pero a pesar de su interés en el socialismo, Ernesto mostraba la misma escasa disposición de antes para afiliarse formalmente a la izquierda. Durante los años universitarios permaneció al margen de la política; observaba, escuchaba y a veces discutía, pero evitaba cuidadosamente la participación activa.

En 1950, la presidencia de Perón había dado lugar al movimiento nacional-populista llamado oficialmente peronismo. Con Perón como «conductor» máximo y su enjoyada esposa Evita como ángel vengador mesiánico, el movimiento poseía una filosofía social cuasi espiritual propia llamada *justicialismo* cuyo fin último era la «comunidad organizada» del hombre que vivía en armonía.

A pesar de este trasfondo de retórica elevada, Perón había incrementado la represión de sus opositores. La intimidación y la cárcel bajo las duras penas de «desacato», o falta de respeto a los funcionarios públicos, servían para acallar a la oposición política. Evita, entonces con una imagen pública majestuosa, se ganó a las lisonjeadas masas trabajadoras, llamadas oficialmente los *descamisados,* por medio de abundantes obsequios y proyectos de obras públicas auspiciados por la Fundación Eva Perón presidida por ella.

En cuanto a la posición internacional de la nueva Argentina, Perón la llamaba la «Tercera Posición», un acto de equilibrio oportunista e intencionadamente ambiguo entre el Occidente capitalista y el Este comunista. Dicho por Perón: «Es una posición ideológica que está en el centro, la izquierda o la derecha según las circunstancias. Nos regimos por las circunstancias.»

El cinismo de Perón era transparente, pero evidentemente su motivación política era el deseo de reinventar a Argentina como un Estado soberano sin obligaciones para con las potencias extranjeras, cualesquiera que fuesen. Ernesto mostró cierto respeto reticente por él al bautizarlo «el capo». Observaciones ambiguas aparte, Ernesto evitaba expresar simpatía por Perón o por sus opositores. Las filas de la oposición política eran escasamente atractivas. Los partidos políticos tradicionales revelaban su escasa visión social y una

lamentable incapacidad para contrarrestar el avance de Perón. El Partido Comunista argentino aún era una organización política legal, pero su base de poder en la Confederación General del Trabajo (CGT) se había visto debilitada por la creación de nuevas estructuras destinadas a encuadrar a los trabajadores argentinos en el peronismo. El partido reaccionó aliándose con la centrista Unión Cívica Radical y con partidos menores de centroizquierda en oposición estratégica a Perón. Era una organización doctrinaria, empantanada en riñas internas sobre cuestiones teóricas; carecía de una dirección carismática o una base de apoyo popular, y al buscar la alianza con el statu quo como táctica de supervivencia, sin duda debía de resultar escasamente atractiva para Ernesto como fuerza de alternativa para el cambio social.

La Federación Juvenil Comunista era activa en la universidad y Ernesto conocía a algunos militantes. Uno de ellos, Ricardo Campos, recuerda que sus discusiones políticas eran «bruscas y dificultosas». Una vez lo convenció para que asistiera a una reunión de la «Fede», pero Ernesto escandalizó a todos al abandonarla antes de que terminara. «Era un hombre... de ideas claras en cosas muy esenciales. Pero sobre todo desde una perspectiva ética. Más que como un hombre político, yo lo veía en aquella época con una postura ética.»

Carlos Infante, el hermano de Tita, que también era comunista, consideraba a Ernesto un «liberal progresista» interesado sobre todo en la medicina y la literatura. Discutían las obras del teórico marxista argentino Aníbal Ponce, pero cuando se trataba de los comunistas argentinos, Ernesto criticaba con dureza su sectarismo y era escéptico en cuanto a su papel en la política del país.

En esas discusiones con las personas que lo rodeaban, Ernesto ponía a prueba cuanto había leído y empleaba los conceptos que le resultaban atractivos. En 1951, en el funeral de un tío, discutió con su primo Juan Martín Moore de la Serna sobre filosofía y política, expresando sus propias interpretaciones de Marx y Engels en contra de la defensa de Moore de ciertos filósofos católicos franceses. Y en una visita a Córdoba mortificó a Dolores Moyano con una descalificación nietzscheana de Jesucristo. El conflicto coreano también provocó acaloradas discusiones entre Ernesto y su padre. Ernesto se oponía a la actuación norteamericana, calificándola de imperialista, mientras que su padre la defendía.

En esos enfrentamientos personales, y no en la militancia política, empezaba a revelarse la incipiente concepción del mundo de Ernesto. Ninguno de sus amigos o parientes consideraba en aquel momento que fuese marxista; en realidad, ni él lo creía. Atribuían su franca adhesión a posiciones escandalosas a su educación «bohemia» y a su personalidad iconoclasta, acorde con su vestimenta informal y su inclinación gitana por los viajes. Probablemente muchos daban por sentado que con el tiempo dejaría eso atrás.

Su posición intransigente encontró analogías en el complejo panorama político argentino. En la manipulación maquiavélica del poder ejercida por Perón, Ernesto debió de descubrir los elementos de una fórmula eficaz para

llevar a cabo cambios políticos drásticos *a pesar de* la oposición poderosa de la oligarquía conservadora, el clero católico y sectores de las fuerzas armadas. Tenía la posibilidad de ver en acción a un maestro de la política que en más de una ocasión demostró que sabía manipular las claves mágicas del éxito político: conocer el estado de ánimo del pueblo, saber quiénes son los amigos y enemigos de verdad... y saber cuándo pasar a la acción. La lección era clara: para avanzar políticamente en la Argentina se requería un liderazgo fuerte y estar dispuesto a emplear la fuerza para alcanzar los objetivos.

Más atractivo aún, desde el punto de vista nacionalista, era el intento de Perón de fortalecer la soberanía política y económica de Argentina. En este sentido parece elocuente la pasión que reveló Ernesto por el libro *El descubrimiento de la India*, de Nehru. Lo leyó con gran interés, lo subrayó y garabateó anotaciones sobre los pasajes que estimularon su intelecto y lo recomendó con admiración a sus amigos.

Perón y Nehru, dirigentes con estilos tan distintos, pueden parecer una extraña pareja, pero existen algunos paralelismos estrechos entre los esfuerzos del segundo para «descolonizar» la India y el programa peronista para hacer de la Argentina un país autosuficiente. Sus preocupaciones como dirigentes nacionales también ponen de manifiesto un síndrome de dependencia común a las naciones subdesarrolladas, tanto entre los dominios coloniales europeos en Asia y África como en la dominación «neocolonial» norteamericana de ciertos países latinoamericanos. Las figuras de Perón y Nehru ayudaron a formar la visión del mundo de Ernesto. Aunque su propia ideología iba a adquirir dimensiones radicalmente nuevas, se advierte la influencia de ambos «mentores» en sus futuras exhortaciones al «Tercer Mundo» a liberarse del «capitalismo imperialista» y promover la industrialización acelerada, y en la necesidad de encontrar dirigentes fuertes y carismáticos para supervisar los procesos revolucionarios de cambio.

Tanto Perón como Nehru promovieron la industrialización acelerada de sus naciones predominantemente agrarias como paso esencial para ganar una mayor independencia de los países poderosos –principalmente Gran Bretaña y Estados Unidos–, de los cuales dependía su suerte económica. India y Argentina dependían en gran medida de las importaciones, sobre todo de productos manufacturados, y exportaban sus materias primas a mercados caprichosos. Ninguna de las dos poseía una base industrial desarrollada.

Nehru había escrito: «En el contexto del mundo moderno, ningún país puede ser política y económicamente independiente, ni siquiera en el marco de la interdependencia internacional, si no está altamente industrializado y ha desarrollado al máximo sus recursos energéticos.»

Perón expresa el mismo concepto en su programa de «justicia social, independencia económica y soberanía política» para la Argentina en una época en que los intereses extranjeros –principalmente británicos, pero en medida creciente norteamericanos– poseían importantes monopolios en los servicios públicos, el transporte y los ferrocarriles y proporcionaban la ma-

yor parte de los bienes manufacturados. Durante su primer año en el poder, Perón había iniciado un programa ambicioso de industrialización «sustitutiva de importaciones». Y en 1947, cuando resolvió nacionalizar los servicios públicos y los ferrocarriles y saldar la deuda externa del país, lo que buscaba era la «independencia económica» de la Argentina.

Perón sembraba en tierra fértil. En la Argentina reinaba la desconfianza hacia los intereses del capital extranjero como resultado de las penurias económicas causadas por las sucesivas caídas de precios de las exportaciones agrarias durante la depresión mundial de fines de la década de 1920 y principios de la de 1930, así como de las guerras mundiales y la manifiesta incapacidad de la industria local para compensar los aumentos de precios de las importaciones industriales. El ignominioso pacto Roca-Runciman de 1933, renovado en 1936, obligaba a la Argentina a comprar bienes británicos y otorgar concesiones a los inversores de ese país a cambio de que éste comprara trigo, lana y carne argentinos. La inversión de capitales extranjeros se había convertido en un símbolo de la «intromisión» extranjera y una bandera de lucha para los sentimientos nacionalistas.

La intromisión «yanqui» pesó gravemente durante la campaña para las elecciones generales de 1946, cuando Spruille Braden, embajador norteamericano en Buenos Aires durante un breve período y subsecretario de Estado para América Latina, hizo propaganda contra Perón. Con su destreza habitual, Perón había utilizado la intromisión del norteamericano en su favor con una contraconsigna que sugería que la elección no era entre argentinos sino entre «Braden o Perón».

Muchos argentinos reaccionaron con hostilidad cuando el gobierno de Truman empezó a ejercer presiones a favor de un «tratado de defensa recíproca» entre Estados Unidos y sus vecinos latinoamericanos. No obstante, en 1948, ese tratado que se adhería a la flamante «Doctrina Truman» en la cual se esbozaba el belicoso compromiso norteamericano de contener el comunismo soviético, fue firmado por los gobiernos del hemisferio en Río de Janeiro entre discursos que ensalzaban el nuevo concepto fraternal del «panamericanismo». Los comunistas latinoamericanos denunciaron la nueva «fraternidad» auspiciada por Estados Unidos, señalando que era un refrito actualizado de la vieja «Doctrina Monroe» y entregaba Latinoamérica a los intereses colonialistas de «Wall Street y los monopolios capitalistas». En efecto, el Tratado de Río reconocía a Washington el derecho de intervenir militarmente en Estados vecinos «en apoyo de pueblos libres que resisten el intento de minorías armadas o presiones externas de subyugarlos». Ernesto tomó nota de la conferencia de Río e incluyó un apunte sobre «Panamericanismo» en su cuaderno, citando la piadosa definición de uno de los delegados en la que invocaba a Dios.

Aunque no acababa de tomar partido por Perón ni por los comunistas ni se identificaba con partido político alguno, Ernesto evidentemente simpatizaba con las luchas anticoloniales que se libraban en el mundo. También empezaba a buscar similitudes entre los problemas de dependencia de

esos países y los del suyo en relación con las potencias «imperialistas» industrializadas, en particular Estados Unidos.

Según Dolores Moyano, el sentimiento político más fuerte de Ernesto a principios de los años cincuenta era una acendrada hostilidad hacia Estados Unidos. «Según él, el mal de América Latina eran las oligarquías nativas y Estados Unidos. Lo único que le gustaba de ese país eran sus poetas y novelistas; nunca lo escuché hablar bien de otra cosa. Desconcertaba a los nacionalistas y comunistas con su antiamericanismo, sin adherir a ninguno de los dos puntos de vista. Con muy mala suerte, ya que mi madre era norteamericana, yo solía acudir en defensa de Estados Unidos. Nunca pude convencerlo de que la política exterior generalmente era el producto torpe de la ignorancia y el error más que la estrategia bien diseñada de una camarilla siniestra. Estaba convencido de que los oscuros príncipes del mal dirigían cada una de las acciones de Estados Unidos en el exterior...»

En la América Latina de posguerra había pruebas de sobra para alimentar esas concepciones. Ernesto llegaba a la madurez en la época en que Estados Unidos, al alcanzar un apogeo imperial, fomentaba agresivamente sus intereses económicos y estratégicos combinados en la región con escasa contemplación por la reforma social o política local. En el clima anticomunista de la guerra fría, la lógica de la seguridad nacional servía para justificar el apoyo norteamericano a dictaduras militares de derecha (Anastasio Somoza en Nicaragua, Rafael Trujillo en la República Dominicana, Manuel Odría en Perú y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela) a expensas de los regímenes nacionalistas o de izquierda.

Si bien la expansión soviética en la Europa posbélica era el centro de las preocupaciones en Washington, a fines de 1950 la flamante Agencia Central de Inteligencia (CIA) sentía tal inquietud ante la amenaza del comunismo en el hemisferio que elaboró un análisis secreto titulado «Soviet Capabilities and Intentions in Latin America» [La potencialidad y las intenciones soviéticas en América Latina]. «Con respecto a Latinoamérica –dice el documento–, se ha de presumir que el objetivo de la Unión Soviética es reducir al máximo el apoyo de Estados Unidos hasta que la sovietización de la región sea posible y sus recursos queden disponibles para incrementar la fuerza soviética.»

Lo que más inquietaba a la CIA era la capacidad de coordinación entre los partidos comunistas pro soviéticos latinoamericanos y Moscú para provocar sabotajes y disturbios en caso de una guerra entre las dos superpotencias. Advertía que los comunistas estaban en condiciones de explotar el antinorteamericanismo existente. En la Argentina, «los comunistas aprovecharon el aislacionismo argentino y obtuvieron entre los no comunistas una reacción favorable a su prédica contraria al envío de tropas argentinas a Corea». En Cuba, los comunistas habían «magnificado» un incidente en el que soldados norteamericanos habían orinado sobre una estatua del héroe nacionalista José Martí, «reduciendo así en gran medida, aunque temporalmente, la estima popular para con Estados Unidos». La CIA advertía asimismo que en algunos países los comunistas podían explotar «la antipatía de los demó-

cratas liberales por los gobernantes dictatoriales» y provocar tensiones entre sus países y las dictaduras simpatizantes con Washington.

Ernesto cursaba cuarto año de medicina cuando Perón, invocando también la «amenaza» comunista, empezó a reprimir a la izquierda. Durante la purga, un conocido suyo de Córdoba, Fernando Barral, fue encarcelado durante siete meses como «agitador comunista». Barral era un republicano español exiliado cuyo padre había muerto en la defensa de Madrid. Como extranjero, corría el riesgo de que lo deportaran a la España de Franco, donde lo aguardaba un destino incierto, pero el Partido Comunista argentino obtuvo la promesa de Hungría de recibirlo como exiliado político y se le permitió emigrar a ese país.

Después de la mudanza de los Guevara a Buenos Aires, Barral y Ernesto sólo se habían visto un par de veces y por casualidad. Barral se había enamorado de «la Negrita» Córdova Iturburu, prima de Ernesto. Aunque sus sentimientos no eran correspondidos, Barral y Negrita eran buenos amigos. Tal vez Ernesto veía en él un rival por el afecto de su prima, o tal vez sólo le disgustaba su «dogmatismo», como especula el mismo Barral. Lo cierto es que su detención no conmovió a Ernesto. No lo visitó en la cárcel ni (repitiendo su conducta durante la detención de Alberto Granado) participó en la campaña por su libertad.

Un amigo recuerda que Ernesto recomendaba a sus criadas que votaran a Perón porque sus medidas favorecían a su «clase social». Cuando le convenía, sabía aprovechar el sistema. Según su primo Mario Saravia, Ernesto se afilió a una organización universitaria peronista a fin de poder usar su gran biblioteca y obtener libros que de otro modo eran inaccesibles. En otra ocasión, cuando planificaba un largo viaje por América Latina, por sugerencia –mitad en broma– de Tatiana Quiroga, escribió una carta a Evita, la dadivosa esposa de Perón, para pedirle «un jeep». Tatiana, que lo ayudó a redactarla, recuerda que se divirtieron muchísimo, pero jamás recibieron respuesta de la extravagante Primera Dama argentina.

IV

El veinteañero Ernesto llamaba la atención en sociedad como un tipo raro y atractivo, difícil de clasificar. En verdad, desafiaba las descripciones. Cultivaba una apariencia excéntrica y era inmune al ridículo.

En una época en que los jóvenes de su clase vestían impecables blazers, corbatas, pantalones bien planchados y zapatos lustrados para evitar el temido estigma de ser confundidos con el hijo de un obrero inmigrante, Ernesto usaba cazadoras mugrientas y enormes zapatos anticuados que compraba en las ventas de saldos.

El veinteañero cultivaba el arte del desaliño con gran eficacia. Como recuerda Dolores Moyano, ese desaliño era tema de conversación constante entre sus amigos.

«Hay que conocer la mentalidad de la oligarquía provinciana para apreciar el efecto notable del aspecto personal de Ernesto. Todos los chicos que conocíamos eran sumamente cuidadosos con su vestimenta y dedicaban mucho tiempo y dinero a estar a la última moda: botas de vaquero, jeans, camisas italianas, pulóveres ingleses, etcétera, en esos años cincuenta. La prenda preferida de Ernesto era una camisa de nailon, de color blanco pero que se había vuelto gris con el uso, que vestía constantemente y llamaba "la semanera" porque decía que la lavaba una vez por semana. Sus pantalones eran anchos, flojos y recuerdo que una vez se los sujetó con una cuerda de tender la ropa. Cuando Ernesto aparecía en una fiesta, se detenía la conversación y todo el mundo trataba de parecer despreocupado e indiferente. Ernesto disfrutaba muchísimo, era consciente de la sensación que causaba y demostraba un gran dominio.»

Carecía por completo de oído musical; aprendió a bailar cuando sus amigos le enseñaron los pasos y el compás. Cuando empezaba una pieza, preguntaba si era un tango, un vals o un mambo. Sólo entonces invitaba a una muchacha a bailar y, llevando mentalmente el compás, la guiaba con torpeza.

«No tenía ni idea de bailar», recuerda su íntimo amigo Carlitos Figueroa, y añade que en esos días Ernesto era un «caradura», un seductor extrovertido e incansable que sólo bailaba para acercarse a la presa. Tenía pocas inhibiciones a la hora de seducir a una mujer que parecía disponible; el aspecto y la diferencia de edad le preocupaban poco.

Apenas unos pocos parientes y amigos íntimos recibían sus confidencias sobre estos juegos amorosos. Dice su primo Mario Saravia que Ernesto «era capaz de hacer *cualquier cosa* por un plato de comida». Como ejemplo, cita la relación de Ernesto con la criada de la familia, una indígena boliviana cuarentona llamada Sabina Portugal con quien Ernesto se acostaba habitualmente en Buenos Aires. «Era lo más feo que yo he visto en mujer –dice Saravia–, pero cuando lo invitaba, él iba a su cuarto.»

Ernesto tenía un trato informal con sus padres, a quienes llamaba afectuosamente «vieja» y «viejo», pero también sabía reírse de sí mismo. Le encantaba su nuevo apodo de «el Chancho» porque indignaba a su padre, tan susceptible en lo referente a su posición social. Cuando Guevara Lynch descubrió que Carlos Figueroa era el autor del apodo, lo regañó con furia por considerarlo una ofensa al honor de la familia.

A pesar o posiblemente a causa del disgusto que causaba a su padre, Ernesto cultivó el apodo, y en la revista de rugby fundada y dirigida por él llamada *Tackle*, que llegó a publicar once números, firmaba sus artículos con el seudónimo Chang-Cho. Escritas en una ágil jerga deportiva plagada de anglicismos propios del rugby, las crónicas de Ernesto criticaban implacablemente los partidos.

Mientras se mostraba agresivo con su padre, era más solícito que nunca con su madre debido a sus problemas de salud. En 1946 le habían diagnosticado un cáncer de mama y practicado una mastectomía, y él temía una re-

cidiva del mal. La «relación especial» entre madre e hijo llamaba la atención de los amigos de la familia. Algunos dicen que era tan especial que excluía a los demás hijos, y varios amigos recuerdan con pesar cómo afectó a Roberto. Físicamente más sano y dos años menor que Ernesto, Roberto llegó a ser un excelente jugador de rugby, pero en la familia sólo se hablaba de los triunfos de su hermano mayor al «conquistar» el asma. Según los familiares, Roberto tardó muchos años en superar el rencor que sentía hacia Ernesto desde la infancia.

En la familia, pasaban por alto el hecho de que Guevara Lynch y Celia no compartiesen la cama. Con el tiempo, los amigos se acostumbraron a que Guevara Lynch llegara avanzada la noche y, sin hacer caso de lo que sucedía a su alrededor, se tendiera a dormir en el sofá. En el contexto de sus excentricidades, esta conducta parecía normal.

En Buenos Aires se había acentuado la tendencia de Guevara Lynch a las fobias y las supersticiones. No podía salir sin olvidarse adrede de algo, por ejemplo de sus llaves, para tener que regresar. Si no lo hacía, era «mala suerte». Este rito se convirtió en una obsesión. Si alguien decía la palabra «víbora» en la mesa, él respondía inmediatamente «jabalí»: ése era el «antídoto» a la mala suerte que traía decir esa palabra.

Fiel a sus costumbres, Celia presidía su hogar como si fuera una tertulia literaria. La mesa del comedor era su trono. Allí pasaba horas interminables jugando al solitario –al que era tan adicta como al cigarrillo–, pero siempre estaba dispuesta a interrumpirlo para conversar o dar consejos a la gente joven.

En cuanto a los hechos prácticos de la vida cotidiana, Celia estaba más allá de todo eso. No tenía la menor idea de lo que sucedía en la cocina, y cuando la cocinera tenía el día libre, cocinaba lo que encontraba en la nevera sin hacer caso de cantidades ni recetas. Y cuando ésta estaba vacía, el hecho no alteraba su aplomo habitual.

Ningún visitante dejaba de advertir la ausencia de muebles, adornos y cuadros, ni de sorprenderse por la enorme cantidad de libros apilados por todas partes. No eran las únicas rarezas: la estufa siempre estaba en cortocircuito y las paredes tenían «corriente», como descubrían los desprevenidos que se apoyaban en ellas.

Así como Ernesto encontró el espacio y la quietud necesarios para el estudio en el apartamento de Beatriz y en la biblioteca universitaria, su padre buscó refugio en una oficina alquilada en la vecina calle Paraguay. Con un socio nuevo constituyeron una agencia inmobiliaria combinada con una empresa contratista para la construcción llamada Guevara Lynch y Verbruch. En poco tiempo consiguieron algunos contratos en la ciudad, pero como siempre le sucedía a Guevara Lynch, el negocio duró poco tiempo.[1]

1. Tratándose de socios, Guevara Lynch parecía condenado a sufrir, porque cuando la empresa ya estaba en marcha, Verbruch lo abandonó después de sufrir una desgracia personal y caer en una depresión profunda y prolongada. Después Guevara Lynch consiguió otro socio, llamado Rossi. La empresa sobrevivió con altibajos hasta que el golpe militar derechista de 1976 obligó a Guevara Lynch a huir del país.

Aunque el estudio tenía un dormitorio, Guevara Lynch instaló en él escritorios y tableros de dibujo, de modo que siguió durmiendo en el sofá de la calle Aráoz o en el apartamento de su hermana Beatriz.

Pero con tantas visitas en la calle Aráoz era inevitable que los jóvenes Guevara y sus amigos utilizaran la oficina para estudiar. El «viejo» Guevara les dio copias de las llaves, y sus hijos iban con sus amigos siempre que querían. Allí Ernesto «tragaba» para sus exámenes en la Facultad de Medicina, lo mismo que Roberto, estudiante de derecho. Celia, Ana María y Carlos Lino, el novio de ésta, todos estudiantes de arquitectura, preparaban allí sus proyectos, y durante un tiempo también fue la «redacción» de la efímera revista de rugby *Tackle*.

Siempre escaso de fondos, Ernesto inició una serie de negocios tan quijotescos como ingeniosos. Generalmente los emprendía en sociedad con su viejo amigo Carlitos Figueroa, estudiante de derecho en Buenos Aires y con los bolsillos tan vacíos como él. Su primera empresa obedeció a una idea de Ernesto. Decidió que el insecticida para langostas Gamexane sería también efectivo para eliminar las cucarachas domésticas. Después de ensayarlo en el vecindario con buen resultado, decidió iniciar la producción industrial. Y así, con Figueroa y un paciente del doctor Pisani, empezaron a envasar el producto mezclado con talco en cajas de cartón. Lo hacían en el garaje de su casa.

Como marca registrada se le ocurrió Al Capone, pero le dijeron que necesitaba autorización de la familia Capone. Después se le ocurrió Atila, para dar la idea de que al igual que el rey de los hunos el insecticida «arrasa con todo lo que se le cruza en el camino», pero ya existía un producto con esa marca. Finalmente adoptó la marca Vendaval, como el fuerte viento del sur, y la patentó. Entusiasmado con los progresos de su hijo, Guevara Lynch quiso presentarle algunos posibles inversores, pero Ernesto, desengañado por los socios de su padre, replicó: «¿Viejo, te crees que me voy a dejar tragar por alguno de tus amigos?»

La familia soportó la producción de Vendaval mientras pudo, pero despedía un hedor horrible y persistente. «Un olor nauseabundo se expandía por toda la casa –dijo su padre–. Nos sabía a Gamexane todo lo que comíamos; pero Ernesto, imperturbable, seguía con su trabajo.» Sin embargo, el fin no tardó en llegar: los ayudantes primero y el propio Ernesto después empezaron a sentirse mal, y tuvieron que cerrar el negocio.

El siguiente fue producto de la imaginación del «Gordo» Figueroa. Debían comprar un lote de zapatos en una subasta mayorista para luego venderlos puerta por puerta a un precio más alto. Parecía una buena idea, pero después de obtener el lote en la subasta –que era a ciegas–, descubrieron que habían comprado una gran cantidad de saldos, muchos de ellos sin pareja. Al ordenarlos lograron formar una cantidad suficiente de pares. Después de venderlos, salieron a ofrecer pares de zapatos que se *parecían* entre sí.

Finalmente les quedó un lote de zapatos derechos e izquierdos sin pareja y lograron vender uno a un hombre cojo que vivía en la misma manzana. La familia y los amigos sugirieron que salieran en busca de gente coja para

vender el resto. El recuerdo perduró porque durante algún tiempo –sin duda para disfrutar de las miradas que provocaba– Ernesto usó zapatos de distinto color.

Aparte de los negocios, Ernesto empezó a realizar experimentos médicos en casa. Durante un tiempo, en el balcón de su casa tuvo jaulas con conejos y cobayas a los que inyectaba agentes cancerígenos. Los ingredientes menos letales los ensayaba con sus amigos. Un día el ingenuo Carlos Figueroa se dejó inyectar, y al ver que reaccionaba a la sustancia hinchándose, Ernesto exclamó feliz: «¡Es la reacción que esperaba!» Luego le dio otra inyección para aliviar los síntomas.

Un condiscípulo de la Facultad de Medicina recuerda la ocasión en que viajaron en el metro de Buenos Aires con un pie amputado. Lo habían pedido a los ayudantes de la cátedra de anatomía para «estudiarlo» en casa y lo envolvieron en papel de periódico para el trayecto. El paquete mal atado provocó las miradas de horror de los pasajeros, y Ernesto, que había disfrutado enormemente, llegó a la casa partido de risa.

Así, las bromas pesadas de la infancia de Ernesto encontraron nuevos cauces en sus estudios de medicina, sus actividades deportivas y sus excursiones. Durante un tiempo se dedicó al vuelo sin motor. Los fines de semana que pasaba en un aeródromo de las afueras de Buenos Aires con su brioso tío Jorge de la Serna satisfacían en cierta medida su ansia de lanzarse a lo desconocido.[1]

Pero los momentos de mayor libertad los experimentaba en sus excursiones lejos de casa. En muchos de sus viajes en autostop, generalmente a Córdoba, lo acompañaba Carlitos Figueroa. El viaje, que en coche se realizaba en diez horas, les llevaba hasta tres días en camión y a veces debían pagarlo ayudando en la descarga del vehículo.

Esos viajes le proporcionaban gran placer a Ernesto, que anhelaba ampliar sus horizontes. La carretera lo atraía. El 1 de enero de 1950, al finalizar su tercer curso de medicina, partió hacia el interior en una bicicleta equipada con un pequeño motor italiano Cucchiolo; era su primer viaje solo.

Antes de partir se hizo tomar una fotografía de recuerdo. Aparece sentado en el velomotor, con los pies en el suelo y las manos en el manillar como en la salida de una carrera, ataviado con gorra, gafas de sol y cazadora de cuero. Lleva una cámara de repuesto colgada en bandolera como una canana de pistolero.

Enfiló hacia Córdoba con la intención de llegar a San Francisco del Chañar, ciento cincuenta kilómetros al norte, donde Alberto Granado trabajaba en un leprosario y era administrador de una farmacia.

1. Jorge, el hermano menor de Celia, era un sujeto pintoresco a quien le gustaba vagar por el país como una especie de aventurero solitario. La familia –y Ernesto en particular– lo quería muchísimo, pero estaba loco y por lo menos en una ocasión fue necesario internarlo en un hospital psiquiátrico, de donde salió con la cabeza rapada y vestido de cuero de pies a cabeza.

Partió al atardecer, usó el motor hasta salir rápidamente de la ciudad y luego empezó a pedalear. Poco después lo alcanzó otro ciclista y siguieron camino juntos hasta el amanecer. Al atravesar Pilar, un pueblo de las afueras que constituía su primer objetivo y que según algunas «lenguas bien intencionadas» de la casa sería el fin de su aventura, «sintió por primera vez la felicidad del que triunfa». Estaba en camino.

V

En aquel viaje, Ernesto inició dos actividades que se convertirían en ritos durante el resto de su vida: viajar y escribir un diario personal. Fue su primer viaje a solas y por primera vez en su vida sintió deseos de llevar una crónica de su vida cotidiana.[1] Tenía veintidós años.

La segunda noche llegó a Rosario, su ciudad natal, y a la siguiente, «cuarenta y una horas y diecisiete minutos» después de la partida, llegó a la casa de la familia Granado en Córdoba. Por el camino vivió algunas aventuras. La primera fue que al dejarse arrastrar por un automóvil a sesenta kilómetros por hora, se reventó su neumático trasero y fue a parar a la cuneta, donde despertó a un *linyera*, un vagabundo que dormía ahí. Se pusieron a conversar y el cordial vagabundo preparó un mate «con azúcar como para endulzar a una solterona». (Ernesto prefería el mate amargo.)

Ernesto pasó varios días en Córdoba, donde visitó a sus amigos, y después se fue con Tomás y Gregorio, los hermanos de Alberto, a acampar junto a una catarata al norte de la ciudad, donde vivieron otras aventuras juveniles: escalaban las rocas, se arrojaban desde grandes alturas a las lagunas y casi se los llevó un torrente.

Gregorio y Tomás volvieron a Córdoba, y Ernesto fue a encontrarse con Alberto en el leprosario José J. Puente, en las afueras de San Francisco del Chañar. Puesto que Alberto investigaba la sensibilidad inmunológica de los leprosos y Ernesto investigaba las alergias en la Clínica Pisani, sus intereses comunes se extendían más allá del rugby y los libros. Para Granado, el mundo de la investigación médica «era una especie de hilo conductor para los dos, en lo que en esa época parecía que sería nuestro futuro».

Vivamente interesado en el trabajo de su amigo, Ernesto lo acompañaba en las rondas de visita a los pacientes. Pero no tardaron en pelearse. El motivo fue el tratamiento de una paciente de lepra, una hermosa joven llamada Yolanda que hasta el momento sólo exhibía en la espalda las grandes manchas de piel muerta que constituían los temidos síntomas de la enfermedad. Cada vez que llegaba un médico nuevo, la joven, inconsciente de la gravedad de su caso, trataba de convencerlo de la injusticia que se cometía con ella al internarla. «Ernesto no fue la excepción a la regla, y visiblemente

1. Después de la muerte del Che, su padre halló este diario y lo incluyó en su libro *Mi hijo el Che*. Según él, aparte de algunos pasajes ilegibles, la versión publicada es fiel al original.

impresionado por la belleza de la chica y la patética exposición de su caso, vino a verme. Enseguida nos pusimos a discutir.»

Ernesto argumentó que se debía ser más cuidadoso al tomar la decisión de internar y aislar a un enfermo. Alberto trató de explicarle que el estado de la muchacha era desesperante y sumamente contagioso. Para demostrarlo, clavó una larga aguja hipodérmica en la piel necrosada de la desprevenida muchacha. Ella no lo sintió. «Lancé una mirada triunfal a Ernesto, pero al ver la suya se me congeló la sonrisa. El futuro Che me ordenó bruscamente: "¡Decile que se vaya, Mial!" Y cuando la paciente hubo salido [de la habitación], vi la rabia contenida reflejada en la cara de mi amigo... Hasta ese momento nunca lo había visto así y tuve que aguantar una tormenta de reproches. "Petiso –me dijo–, nunca pensé que hubieses perdido la sensibilidad hasta este punto. ¡Engañar a la chica sólo para demostrar tus conocimientos!"» Finalmente, después de mayores explicaciones de Granado, se reconciliaron y el incidente quedó atrás, aunque nunca lo olvidarían.

Después de varios días en el leprosario, Ernesto estaba impaciente por seguir su camino. Había decidido extender su viaje «con la intención pretenciosa» de llegar a las provincias más remotas y menos transitadas del noroeste argentino. Convenció a Alberto, que tenía una motocicleta, que lo acompañara durante el primer tramo del viaje.

Al partir, la moto de «Petiso» remolcaba la bicicleta de «Pelao», atada a ella con una soga. Pero ésta se cortaba, y al cabo de un cierto trecho convinieron en que Ernesto debía continuar solo. Alberto volvió a San Francisco del Chañar, y Ernesto escribió: «Nos dimos un abrazo no muy efusivo, como dos machitos, y yo lo vi alejarse como un caballero en su moto, agitando la mano para despedirse.»

Ernesto cruzó la «tierra teñida de plata» de las Salinas Grandes, el Sahara argentino, hasta llegar sin problemas al pueblo de Loreto. La policía local le dio alojamiento, y al enterarse de que era estudiante de medicina, lo exhortaron a quedarse y ser el único médico del pueblo. Nada podía estar más lejos de sus intenciones, y a la mañana siguiente reanudó su camino.

En Santiago del Estero, la capital provincial, lo entrevistó el corresponsal de un diario tucumano. «Allí se me hizo el primer reportaje de mi vida», escribió con júbilo, y luego enfiló en dirección a Tucumán, la siguiente ciudad en dirección al norte. En el camino, mientras reparaba el enésimo pinchazo de un neumático, conoció a otro *linyera* itinerante y se pusieron a conversar.

«Este hombre venía de la cosecha de algodón en el Chaco y pensaba, luego de vagar un poco, dirigirse a San Juan, a la vendimia. Enterado de mi plan de recorrer unas cuantas provincias y luego de saber que mi hazaña era puramente deportiva, se agarró la cabeza con aire desesperado: "Mamá mía, ¿toda esa fuerza se gasta inútilmente usted?"»

Ernesto no podía darle al vagabundo una explicación satisfactoria de lo que esperaba ganar con sus viajes, aparte de repetir que quería «conocer» más su propio país. Pero aquella observación lo llevó a reflexionar. En su

diario, que hasta entonces era una crónica de hechos y descripciones superficiales salpicada de algunas anécdotas, empezó a indagar más profundamente en sí mismo y en sus sentimientos.

Se detuvo en una zona poblada de árboles al norte de Tucumán, camino de Salta, bajó del velomotor para penetrar en el bosque y experimentó una especie de éxtasis al verse rodeado por el mundo natural. Posteriormente escribió: «Me doy cuenta entonces de que ha madurado en mí algo que hacía tiempo crecía dentro del bullicio ciudadano: y es el odio a la civilización; la burda imagen de gentes moviéndose como locos al compás de ese ruido tremendo se me ocurre como la antítesis odiosa de la paz...»

Ese mismo día se cruzó con un motociclista que conducía una flamante Harley Davidson y le ofreció remolcarlo. Recordando sus desventuras recientes rechazó la oferta, pero antes de separarse tomaron un café. Horas después, al llegar al pueblo siguiente, vio que descargaban la Harley Davidson de un camión y le dijeron que el conductor había muerto. Aquel accidente y el hecho de haber escapado a esa suerte dieron lugar a un nuevo período de introspección.

«... La oscura muerte de este motociclista no alcanza a tocar los resortes de las fibras sensibleras de las multitudes, pero el saber que un hombre va buscando el peligro sin tener siquiera ese vago aspecto heroico que entraña la hazaña pública y a la vuelta de una curva muere sin testigos, hace aparecer a este aventurero desconocido como provisto de un vago "fervor" suicida.»

En Salta, Ernesto se presentó en el hospital, dijo que era estudiante de medicina y pidió un lugar donde dormir. Le asignaron el asiento de un camión y la cama le pareció «digna de un rey» hasta la madrugada, cuando lo despertó el conductor. Después de un aguacero, se dirigió a través de un bello paisaje verde de follaje empapado hacia Jujuy, la capital de la provincia norteña de la Argentina.

En Jujuy, «deseoso de conocer el valor de la hospitalidad de esta provincia», buscó el hospital local y nuevamente exhibió sus «credenciales» de médico para conseguir una cama. La obtuvo, pero tuvo que pagarla despiojando la cabeza de un indiecito que no paraba de quejarse.

No podía continuar hacia el norte. Había querido seguir hasta la frontera escarpada con Bolivia, pero, como le escribió a su padre, «varios ríos crecidos y un volcán en erupción están jodiendo los viajes [por la zona]». Además, en pocas semanas empezaría su cuarto año de medicina.

De vuelta en Salta, fue al hospital, donde el personal le preguntó qué había «visto» durante su viaje. La pregunta suscitó una serie de reflexiones. «Una pregunta que queda sin contestación..., porque la verdad es que, qué veo yo; por lo menos no me nutro con las mismas formas que los turistas y me extraña ver en los mapas de propaganda de Jujuy, por ejemplo: el Altar de la Patria, la catedral donde se bendijo la enseña patria, la joya del púlpito y la milagrosa virgencita de Río Blanco y Pompeya... No, no se conoce así un pueblo, una forma y una interpretación de la vida, aquello es la lujosa cubierta, pero su alma está reflejada en los enfermos de los hospitales, los

asilados en la comisaría o el peatón ansioso con quien se intima, mientras el Río Grande muestra su crecido cauce turbulento por debajo...»

Por primera vez en su vida adulta, Ernesto había presenciado la amarga dualidad de su país al cruzar el límite de su cultura trasplantada de Europa, que a la vez era la *suya*, para penetrar en su desconocido y atrasado interior *indígena*. Para Ernesto, la iconografía de la moderna nacionalidad argentina era un barniz superficial, «la lujosa cubierta» sobre el «alma» verdadera del país; y aquella alma estaba podrida y enferma.

Las injusticias que padecían los individuos marginales con quienes había hecho amistad –leprosos, vagabundos, presos, pacientes de hospital– eran el testimonio de la «turbulencia» sumergida en las aguas que yacían «en el fondo» del «Río Bravo». La enigmática referencia al Río Bravo es significativa: no es uno de los cursos de agua que cruzó durante su viaje sino, desde antaño, la línea divisoria simbólica entre el Norte rico y el Sur pobre, la frontera entre Estados Unidos y México. Éste es el primer atisbo de una idea que llegaría a obsesionarlo: que Estados Unidos, expresión de la explotación neocolonialista, era en última instancia el culpable de que se perpetuara la situación deplorable que veía a su alrededor.

Aquí y allá en el vasto territorio deshabitado del norte argentino existían unas pocas ciudades antiguas, dominadas por un puñado de familias de la oligarquía terrateniente detentadoras de riquezas y privilegios inmensos. Estas familias y las estructuras coloniales erigidas por sus antepasados habían coexistido durante siglos con una mayoría indígena anónima y marginada sobre la cual ejercían su dominio. Era el reino de los déspotas como el senador salteño Robustiano Patrón Costas, dueño de un ingenio azucarero, sucesor designado a dedo por el presidente Castillo, a quien el golpe militar de 1943 respaldado por Perón impidió llegar al poder.

Años después, al justificar ese golpe, Perón acusó a Patrón Costas de ser un «explotador» que administraba su ingenio azucarero como un «feudo», representante de un sistema «inconcebible» que se debía eliminar a fin de que la Argentina ocupara su lugar en la era moderna. El autor de una biografía de Perón describe así a Patrón Costas: «Sus ingenios florecían con algo semejante al trabajo esclavo que tenían suerte si no sucumbían a la lepra, la malaria, el tracoma, la tuberculosis y la sarna, que eran endémicas en primitivos dominios del senador.»

Desde esas zonas, los indígenas argentinos, llamados comúnmente «coyas», y los mestizos «cabecitas negras» emigraban en gran número a las ciudades en busca de trabajo y se establecían en «villas miseria» como la del baldío frente a la casa de Ernesto en Córdoba. De allí provenían las criadas como la Negra Cabrera y Sabina Portugal, y la mano de obra barata para las nuevas industrias y obras públicas. Pertenecían a la despreciada clase social a la que apeló Perón cuando exhortó al país a incorporar a los *descamisados*, cuya presencia grosera y griteríos molestos tanto fastidiaban a las élites blancas al penetrar en su idílica metrópoli. Por primera vez, Ernesto dejó de verlos como sirvientes o símbolos; había viajado entre ellos.

Ernesto regresó a Buenos Aires antes del inicio del año académico. En seis semanas había atravesado doce provincias y recorrido más de cuatro mil kilómetros. Llevó su pequeño motor a la empresa Amerimex, que se lo había vendido, para una revisión. Gratamente sorprendido al enterarse de que había recorrido semejante distancia con aquel pequeño motor, el gerente le propuso hacer un aviso publicitario a cambio de repararlo gratis.

Ernesto aceptó, escribió una carta en la que describió su reciente odisea y elogió el motor Cucchiolo: «Ha funcionado a la perfección durante mi largo viaje y sólo observé que hacia el final perdía compresión, razón por la cual la envío a usted para su reparación.»

VI

Durante su cuarto curso en la facultad, Ernesto aprobó cinco asignaturas de la carrera de medicina y continuó sus investigaciones en la Clínica Pisani. También siguió practicando rugby, así como el vuelo sin motor con su tío Jorge.

Pero el hambre de explorar el mundo se había despertado en él, y después del éxito de su raid argentino, como él lo llamó, empezó a trazar planes de futuros viajes. Sin embargo, en octubre, poco antes de finalizar el año, sucedió algo nuevo para él. Por primera vez en su vida se enamoró.

Carmen, una de las hijas de los González Aguilar, iba a casarse, y el clan Guevara en pleno viajó a Córdoba para asistir a la boda. Durante la fiesta conoció a María del Carmen «Chichina» Ferreyra, de dieciséis años, la bella hija de una de las familias más antiguas y adineradas de Córdoba. Se habían conocido cuando él vivía en Córdoba, pero entonces ella era una niña. A los dieciséis años se había convertido en una jovencita sumamente atractiva, de cabello castaño, tez blanca y tersa y labios gruesos. Pepe Aguilar, testigo presencial de la escena, dice que la impresión que causó en Ernesto fue «uno de esos impactos fulminantes de la juventud».

Según Chichina, la atracción fue recíproca. A ella la fascinaban «el físico obstinado» y el carácter juguetón e informal de Ernesto. «Su desaliño nos hacía reír y al mismo tiempo nos causaba un poco de vergüenza... Éramos tan sofisticados que Ernesto parecía un oprobio. Recibía nuestras bromas sin inmutarse.»

En todo caso, para Ernesto se trataba de una relación para tomarla en serio. Sus conocidos coinciden en que Chichina, aunque muy joven, no era pura coquetería femenina sino inteligente e imaginativa, y Ernesto al parecer estaba convencido de que era la mujer de su vida.

Era casi una aventura romántica de cuento de hadas. Ernesto era de una familia de aristócratas empobrecidos mientras que Chichina pertenecía a la más rancia nobleza argentina; era una heredera del imperio familiar de los Ferreyra, la cantera de piedra caliza Malagueño y su complejo fabril, una de las pocas industrias radicadas entonces en Córdoba. En la ciudad, la

familia poseía un imponente *château* francés, el Palacio Ferreyra, que se alzaba en medio de un parque cerrado al pie de la avenida Chacabuco. Construido a fines de siglo, era la sede familiar y la residencia de la abuela de Chichina, matriarca del clan Ferreyra. Chichina y sus padres vivían en una gran casa vecina, a dos manzanas del antiguo hogar de los Guevara. En las afueras de Córdoba se encontraba su enorme estancia llamada Malagueño, donde la familia pasaba los veranos.

«Las dos mil hectáreas de Malagueño –dice Dolores Moyano– comprendían dos canchas de polo, cuadras de caballos árabes y una villa feudal de obreros de la cantera de la familia. Todos los domingos la familia iba a misa en la iglesia del pueblo y ocupaba una capilla privada a la derecha del altar con su propia entrada y una baranda donde comulgar, lejos de la masa de trabajadores. En muchos sentidos, Malagueño ejemplificaba todo lo que Ernesto detestaba. Sin embargo, impredecible como siempre, Ernesto se había enamorado locamente de la princesa de este pequeño imperio, mi prima Chichina Ferreyra, una niña extraordinariamente hermosa y encantadora que, para consternación de sus padres, se sentía igualmente fascinada por él.»

Las dos familias ya se conocían desde que los Guevara habían residido en Córdoba, debido a los contactos profesionales de Guevara Lynch y a las amistades de sus hijos.[1] Fuese o no un buen partido para su hija, al principio los padres de Chichina no lo rechazaron. Su excentricidad y su inteligencia eran cautivantes. Pepe Aguilar, quien presenció el noviazgo, recuerda cómo los Ferreyra se reían del desaliño de Ernesto, pero también cómo escuchaban atentamente cuando hablaba de literatura, historia o filosofía o relataba anécdotas de sus viajes.

La imaginación de Ernesto y sus ansias de viajar no escandalizaban a los Ferreyra, una familia bastante pintoresca. Pepe Aguilar dice que era una familia singular y seductora, gente culta, mundana y sensible que sobresalía en medio de una conservadora sociedad provinciana que los idolatraba y envidiaba. Rico y de espíritu aventurero, el padre de Chichina había recorrido el Amazonas, una travesía que aún hoy es peligrosa. Participaban en carreras de automóviles cuando las carreteras eran casi inexistentes y pilotaban los primeros aviones bajo la atenta mirada de la abuela, quien, según la leyenda familiar, les recomendaba que «volaran bajo». Un tío de Chichina había muerto en la Segunda Guerra Mundial cuando el barco que lo llevaba a Europa, donde pensaba unirse a las tropas del general De Gaulle, fue hundido por los alemanes.

1. Chichina y Dolores Moyano eran primas hermanas. El padre de Dolores, que era arquitecto, conocía a Guevara Lynch debido a su empresa constructora. Los Ferreyra eran parientes políticos de la ilustre familia Roca, cuyo hijo Gustavo era amigo de Ernesto. Su padre, uno de los dirigentes originales de la Reforma Universitaria, también era un eminente arquitecto cordobés y conocido de Guevara Lynch. Y Tatiana Quiroga, amiga de la infancia de los Ferreyra y los Guevara, era novia de un primo de Chichina, Jaime (Jimmy) Roca, su futuro esposo.

El «clima Ferreyra» debió de ser sumamente estimulante, a la vez que fascinante para Ernesto. Empezó a viajar a Córdoba con frecuencia, y durante 1951 fue un visitante asiduo en la casa de los Ferreyra en la ciudad, así como en Malagueño, donde Chichina se reunía con su gran grupo de amistades.

Las amistades dicen que entre todos los parientes de Chichina, quien «más quería» a Ernesto era el excéntrico tío Martín. Éste era un anciano solitario que vivía en Malagueño, donde criaba sementales árabes. Jamás abandonaba la estancia. Durante la Segunda Guerra Mundial había apoyado a la Alemania nazi hasta el final, mientras que el resto de los Ferreyra eran partidarios acérrimos de los aliados. Era un ave nocturna, un consumado pianista clásico que solía tocar para Ernesto, Chichina y sus amigos mientras conversaban y bailaban, a veces hasta el amanecer.

Pero, intempestivamente, Ernesto empezó a hablarle de matrimonio y de una luna de miel a través de Sudamérica en una «casa rodante». Según Pepe Aguilar: «Los conflictos surgieron porque Ernesto quería concretar aquel romance... Chichina tenía sólo dieciséis años, y ni ella estaba tan decidida, ni los padres vieron este proyecto con buenos ojos.»

A partir de la propuesta de matrimonio, la presencia de Ernesto empezó a adquirir una connotación subversiva en el clan Ferreyra. «La oposición familiar era enconada –recuerda Dolores Moyano–. En cualquier reunión social, la franqueza, el candor, la cualidad burlona de sus opiniones hacían de su presencia algo peligroso. Cuando Ernesto venía a casa a cenar, esperábamos que sucediera lo peor con una mezcla de terror y deleite.»

Tatiana Quiroga retrata a Ernesto como «una especie de hippy enfermizo» que concurría a las cenas formales de la familia Ferreyra «con su asma y su inhalador siempre presente... y vistiendo su camisa de nailon horrorosamente sucia» ante el silencio pasmado de sus anfitriones. En su opinión, Ernesto era perfectamente consciente de las censuras que suscitaba su aspecto personal, y eso lo llevaba a hacer observaciones ultrajantes «para no sentirse tan denigrado».

Las tensiones alcanzaron un pico durante una cena en Malagueño en la que estuvieron presentes Dolores y Pepe Aguilar. Conversaban sobre Winston Churchill, un nombre venerado por los Ferreyra, que eran anglófilos acérrimos. Mientras los mayores de la familia relataban sus anécdotas preferidas sobre Churchill, Ernesto escuchaba sin ocultar una sonrisa burlona, dice Dolores.

Sin poder contenerse, Ernesto intervino para tachar al venerado estadista de «un politiquero más». Pepe Aguilar recuerda la tensión del momento. «Horacio, el padre de Chichina, dijo: "Esto ya no lo puedo aguantar", y se fue de la mesa. Yo miré a Ernesto, pensando que los que teníamos que irnos éramos nosotros, pero él se limitó a sonreír como un chico travieso y comenzó a comer un limón a mordiscos, con corteza y todo...»

Chichina aún salía con Ernesto, pero en secreto. Una vez, cuando la familia viajó a Rosario donde su padre jugaba un partido de polo, Chichina

dispuso que Ernesto se reuniera allí con ella, después de viajar oculto en otro coche entre sus amigas. Se encontraron clandestinamente mientras su padre jugaba al polo.

Lola, la muy devota madre de Chichina, conocía los sentimientos de su hija, y estaba tan asustada por la posibilidad de tener por yerno a Ernesto Guevara que, según Tatiana Quiroga, hizo una promesa a la Virgen del Valle, en Catamarca. Si Chichina ponía fin al noviazgo, haría una peregrinación al remoto santuario de la Virgen. (Finalmente, Lola cumplió su promesa, pero la peregrinación resultó una experiencia sumamente penosa, ya que su coche, conducido por un chófer, tuvo una avería en medio del tórrido desierto, y pasó a formar parte del folclore familiar de los Ferreyra.)

Al finalizar el curso académico en diciembre de 1950, en lugar de visitar a Chichina en Córdoba como cabía esperar, Ernesto obtuvo una credencial de enfermero en el Ministerio de Salud Pública y pidió trabajo como «médico» de a bordo en la flota de la petrolera estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales, YPF.

A primera vista, podría parecer que el ansia de viajar fue más fuerte que los encantos de Chichina, pero es probable que al embarcarse buscara ganar «méritos varoniles» a los ojos de su novia, acaso para competir con las hazañas osadas de sus venerados padres y tíos.

El 9 de febrero de 1951 zarpó hacia Brasil en el buque cisterna *Anna G* en una travesía de seis semanas. Desde entonces hasta junio, cuando realizó su cuarto y último viaje, pasó más tiempo en el mar que en tierra firme. Sus viajes lo llevaron hacia el sur hasta el puerto patagónico de Comodoro Rivadavia y hacia el norte, bordeando la costa atlántica de Sudamérica, hasta la colonia británica de Trinidad y Tobago. Por el camino tocó Curaçao, la Guyana Británica, Venezuela y varios puertos brasileños.

Chichina nunca estaba lejos de sus pensamientos. Cuando tocaba puerto, llamaba inmediatamente a su hermana Celia para averiguar si tenía cartas de ella. «Me pedía que fuera corriendo hasta los muelles, y yo corría y corría como él me pedía y le llevaba las cartas –diría ella años después–. Una vez me pidió que corriera mucho porque el barco estaba por zarpar, y corrí mucho con la carta en la mano, pero cuando llegué, el barco ya se alejaba de la costa, entonces, él estaba mirando... hasta que me vio con la carta en la mano que lo despedía.»

Entre sus amigos y hermanos, Ernesto alimentaba fantasías de una vida romántica, les traía recuerdos exóticos de los puertos y relatos de la vida en alta mar. Y en verdad vivió algunas aventuras. Carlos Figueroa recuerda el relato de una pelea con un marinero norteamericano en un puerto de Brasil (aunque su hermana Celia dice que fue con un inglés en Trinidad), incidente que parece confirmar su hostilidad latente hacia los anglosajones. Y le contó a Osvaldo Bidinosd que en alta mar realizó una apendicectomía con un cuchillo de cocina porque el único bisturí a bordo había sido utilizado en una pelea a cuchillo y embargado luego como prueba judicial.

Pero a pesar de sus intentos de evocar el romanticismo de la vida marinera, ésta no satisfizo sus expectativas. Para desilusión suya, los buques cisterna permanecían poco tiempo en puerto y el tiempo para recorrer los lugares era escaso. En mayo, cuando comenzaban las clases de quinto año de medicina, zarpó por última vez y al volver a mediados de junio abandonó el trabajo de marinero.

Es evidente que durante sus viajes dedicó mucho tiempo a leer y reflexionar, porque volvió a Buenos Aires con un curioso presente para su padre. En un cuaderno había escrito un ensayo autobiográfico dedicado a él, titulado *Angustia (Eso es cierto)*. Está lleno de citas filosóficas y lo encabeza una frase de Ibsen: «La educación es la capacidad de enfrentar las situaciones que plantea la vida.»

Redactada bajo una capa enigmática de metáforas densas, *Angustia* es una indagación introspectiva y existencialista en las causas y la naturaleza de una depresión que Ernesto padeció y superó mientras navegaba. El centro del relato es una salida con algunos compañeros de a bordo al puerto tropical de Trinidad en el Caribe. Aunque el prólogo dice que ha superado la depresión y nuevamente «sonrío optimista y aspiro con fuerza el aire que me rodea», la historia expresa una soledad profunda y, aparentemente, la angustia causada por la relación con Chichina, así como la irritación provocada por las restricciones sociales y el deseo de liberarse de ellas.

«Caigo de rodillas, cansado de buscar una solución, una verdad, un motivo. Pensar que nací para amar, que no nací para permanecer frente a un escritorio preguntándome si el hombre es bueno puesto que sé que el hombre es bueno porque me codeo con él en el campo, en la fábrica, en el obraje, en el ingenio, en la ciudad. Pensar que se es físicamente sano, que se tiene espíritu de cooperación, que se es joven y rijoso como un macho cabrío, y verse excluido del panorama por años y años: eso es angustia... Que se sea un sacrificio estéril, que no se ayude a levantar una nueva vida: eso es angustia.»

Los pasajes tomados de los filósofos aparecen a lo largo del texto como axiomas destinados a sustentar el aparente argumento moral central de este ensayo introspectivo: que la vida debe tener un propósito y que el objetivo más alto del individuo debe ser ayudar a los demás, en especial a los desposeídos: «Sólo cuando se ve que se es útil a otro ser, se comprende el sentido y la misión de la existencia propia» (Stefan Zweig).

VII

A fines de junio Ernesto ya había reanudado los estudios. Tenía veintitrés años, le faltaban dos para graduarse de médico, pero la rutina de las clases y los exámenes no lo estimulaba como antes. Lo acosaba un malestar: el de las penas de amor y el desasosiego. El viaje en moto y las travesías por mar habían acentuado su avidez por viajar, pero sus esperanzas de casarse con Chichina y llevarla consigo se habían estancado.

A los diecisiete años, Chichina seguía siendo la niña de mamá y papá. El peso de la oposición irreductible de sus padres y su propia indecisión juvenil habían impuesto a su relación una rutina molesta e inconducente. Y la separación no ayudaba a resolver el dilema.

Fue Alberto Granado quien lo rescató, con sus recientes y grandiosos planes de recorrer el continente sudamericano durante un año entero. Hacía años que hablaba de ello, pero nunca pasaba a los hechos y la familia consideraba el «viaje de Alberto» una fantasía inofensiva. Pero Alberto, en vísperas de cumplir treinta años, se dijo que era entonces o nunca. Necesitaba un compañero de viaje. ¿Quién si no el Pelao abandonaría todo para vivir semejante aventura? Cuando Alberto le hizo la propuesta, Ernesto, «harto de la Facultad de Medicina, los hospitales y los exámenes», aceptó sin titubear.

En las vacaciones de octubre Ernesto viajó a Córdoba para planificar el viaje con Alberto. En una posterior evocación idílica recordó que se sentaron bajo la parra en la casa de Alberto, bebieron mate dulce y dieron rienda suelta a su fantasía. «Por los caminos del ensueño llegamos a remotos países, navegamos por los mares tropicales y visitamos toda el Asia. Y de pronto, deslizada al pasar como una parte de nuestros sueños, surgió la pregunta: ¿Y si nos vamos a Norteamérica? ¿A Norteamérica? ¿Cómo? Con *La Poderosa*, hombre. Así quedó decidido el viaje, que en todo momento fue seguido de acuerdo con los lineamientos generales con que fue trazado. Improvisación.»

La Poderosa era la moto con que Alberto había intentado vanamente remolcar a Ernesto en su visita reciente a San Francisco del Chañar. Era una vieja Norton de quinientos centímetros cúbicos que Alberto había bautizado nostálgicamente *La Poderosa II* en recuerdo de una bicicleta de su juventud, *La Poderosa I*.

El 4 de enero de 1952, enfilaron hacia el balneario de Miramar, en la costa atlántica, donde Chichina pasaba las vacaciones con una tía y varios amigos. Ernesto quería despedirse y al ocupar el asiento trasero de la moto llevaba en sus brazos un regalo. Era un cachorrito juguetón al que había puesto un nombre inglés: «Come-back».

5. ESCAPADA HACIA EL NORTE

I

Miramar, donde veraneaba Chichina, era el último obstáculo que los separaba de la carretera. Ernesto aún estaba enamorado y lo acosaban dudas sobre si debía abandonarla. ¿Era lo más justo? ¿Lo esperaría ella? Contaba con recibir una promesa suya y había resuelto que si aceptaba el cachorro Come-back, ése sería un «símbolo de los lazos» que exigían su regreso.

A su vez Alberto temía que su amigo pusiera fin al viaje antes de empezar. Ernesto se dio cuenta de ello y escribió en su diario:[1] «Alberto veía el peligro y ya se imaginaba solitario por los caminos de América, pero no levantaba la voz. La puja era entre ella y yo.»

La estancia prevista de dos días «se estiró como goma hasta hacerse ocho». Ernesto trataba de obtener de Chichina la promesa de que lo esperaría. Cogidos de las manos «en el enorme vientre de un Buick», Ernesto le pidió su pulsera de oro para llevarla como talismán y recuerdo durante el viaje. Ella se negó. «¡Pobre! Yo sé que no pesó el oro, pese a lo que digan: sus dedos trataban de palpar el cariño que me llevara a reclamar los kilates que reclamaba...»

Finalmente, Ernesto decidió que viajaría. No había obtenido el recuerdo simbólico que pedía ni la bendición de Chichina para su viaje, pero ella había aceptado a Come-back a pesar de las burlas de sus amigas, quienes aseguraban que el cachorro no era un ovejero alemán puro como decía Ernesto sino un «mesticito feo». Y le dio quince dólares norteamericanos para que le comprara un pañuelo para el cuello en Estados Unidos. Como símbolo de amor eterno y lealtad no era gran cosa, y seguramente Ernesto tuvo un mal presentimiento al acomodarse en el asiento trasero de *La Poderosa* el 14 de enero.

II

El camino estaba libre para iniciar la gran travesía, y los dos trotamundos partieron a toda velocidad. Sin embargo, tardaron cuatro semanas en

1. *Notas de viaje* fue la crónica que Ernesto escribió sobre su viaje utilizando extractos de su diario. Fue transcrito y publicado póstumamente por la viuda del Che, Aleida March. Cabe suponer que se trata de una versión auténtica e integral del original.

salir de la Argentina. Atravesaban las pampas habitadas al oeste de Bahía Blanca cuando Ernesto sufrió una fiebre y debió pasar varios días en un hospital antes de que volvieran al polvo y el ruido de los caminos.

Cuando llegaron a los hermosos Lagos del Sur, sobre las boscosas laderas orientales de los Andes en el límite con Chile, sus escasos fondos se habían reducido y ambos se volvían especialistas en el arte de vivir a costa ajena o, según la irónica definición de Ernesto, en expertos «mangueros [gorrones] motorizados». Recurrían a la generosa hospitalidad de las familias que vivían a la vera del camino, y entre ambos se entabló una competencia para ver quién era el más diestro a la hora de buscar medios de supervivencia.

Aunque rechazados por algún que otro anfitrión hostil, en la mayoría de los casos les ofrecían un lugar para tender sus sacos de dormir en garajes, cocinas o graneros y con frecuencia en comisarías, donde compartían celda y comida con una interesante variedad de malhechores. En la estación de esquí de Bariloche, un desertor de la marina mercante los entretuvo con relatos sobre la ocasión en que «compró» una japonesita de catorce años y la llevó consigo en una travesía por alta mar; cuando se cansó de ella, la regaló a otro.

Una noche, cuando dormían en el granero de una familia austríaca, Ernesto despertó al escuchar arañazos y gruñidos en la puerta; un par de ojos brillaban en la oscuridad. Prevenido sobre la ferocidad de los «tigres chilenos», cogió el Smith & Wesson que Guevara Lynch le había dado para el viaje y disparó una sola vez. Cesaron los ruidos y se puso a dormir de nuevo. Por la mañana, Alberto y él descubrieron que el animal muerto no era un puma sino un perro alsaciano llamado Bobby, la adorada mascota de la familia. Escaparon corriendo cuesta abajo con *La Poderosa* –que se negaba a arrancar–, seguidos por el llanto, las imprecaciones y los insultos de sus anfitriones.

Recorrieron los lagos, escalaron un cerro –en el que estuvieron a punto de matarse– y cazaron patos silvestres con el revólver de Guevara Lynch. En la orilla de un lago particularmente hermoso fantasearon sobre la posibilidad de crear un instituto de investigaciones médicas a su regreso. De vuelta en la comisaría de Bariloche después del paseo, Ernesto abrió una carta de Chichina que acababa de recibir. Fuera rugía la tormenta. «Leía y releía la increíble carta. Así, de golpe, todos los sueños... se derrumbaban... Empecé a temer por mí mismo e inicié una carta llorona, pero no podía, era inútil insistir.»

La nota de Chichina decía que había resuelto *no* esperarlo. Era el fin del idilio. En el capítulo de *Notas de viaje* que tituló «Hasta romper el último vínculo», Ernesto no explica por qué Chichina puso fin a la relación, pero evidentemente estaba saliendo con otro. Trató de evocar la imagen de Chichina y fingir que la separación no era un golpe tan duro. «En la penumbra que nos rodeaba revoloteaban figuras fantasmagóricas, pero "ella" no quería venir... Debía luchar por ella, ella era mía, era mía, era m... me dormí.»

En sus memorias, Guevara Lynch dice: «Como es natural, a Chichina no le hacía mucha gracia la [idea de su] separación, y cuando Ernesto volvió a la Argentina después de nueve meses de ausencia, ella estaba comprometida con otro.» Durante el resto de su vida Ernesto se preguntaría si la culpa no era en parte suya. Había «levantado» [ligado] a una criada de los Ferreyra, vestida con un traje de baño de la tía de Chichina, y la había llevado a la tienda de campaña que había montado en la playa. Lo hizo a la vista de Chichina y sus amigas, en abierta violación de la convención social tácita pero universalmente aceptada de que uno no debía tener relaciones íntimas con la servidumbre. «A Chichina no le gustó demasiado –recuerda Granado–. Y creo que me tenía rencor porque yo era el que alejaba a Ernesto de su lado.»

Entretanto, aparentemente resignado a la separación, Ernesto decidió disfrutar del resto del viaje. Cuando cruzaban los Andes hacia Chile, invocó los versos de un poema que dice: «Y ya siento flotar mi gran raíz libre y desnuda...»

En Chile, obtuvieron pasaje gratuito en un ferry que cruzaba el lago Esmeralda a cambio de manejar las bombas de desagüe de una barcaza de carga que llevaba a remolque. Allí conocieron a un grupo de médicos chilenos a quienes se presentaron como «leprólogos». Los ingenuos chilenos les hablaron del territorio de Rapa Nui, la isla de Pascua, en el océano Pacífico, donde existía la única colonia de leprosos de Chile además de una horda de mujeres sensuales y sumisas. Ernesto y Alberto obtuvieron una carta de presentación para la Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua en Valparaíso, donde podrían obtener pasajes de barco gratuitos a la isla. Cuando llegaron a tierra firme, ya habían añadido ese destino exótico a su ambicioso itinerario.

Siguieron su camino en *La Poderosa,* pero sin mirar el paisaje: la isla de Pascua los llamaba y tenían prisa por ir allí. Al llegar a la primera población más o menos grande de Chile, Ernesto escribió: «Llegamos a Osorno, pechamos en Osorno, nos fuimos de Osorno; siempre al norte...»

A continuación llegaron al puerto de Valdivia, sobre el Pacífico. Visitaron el periódico local, *Correo de Valdivia,* que publicó una reseña entusiasta con el título: «Dos animosos viajeros argentinos en motocicleta pasan por Valdivia»: «Ambos viajeros piensan llegar a Caracas, la capital de Venezuela, o hasta donde permitan los medios económicos a su disposición, porque ellos mismos se pagan la gira.»

Siempre dispuestos a aprovechar una buena oportunidad, Ernesto y Alberto se presentaron como «especialistas en lepra» con «investigaciones previas en países vecinos», y el ingenuo *Correo* reprodujo sus declaraciones. «Los dos viajeros se especializan en las causas y consecuencias de la lepra, la peste blanca que aflige a la humanidad. En la entrevista concedida a este diario explicaron cómo habían visitado los leprosarios de Brasil, Uruguay y los de su propio país. Les interesa conocer los de Chile, en especial el de la isla de Pascua.»

Además de la leprología, Ernesto y Alberto seguramente se despacharon con opiniones sobre una gran variedad de asuntos, según se desprende del elogio del *Correo* por haber, «durante su brevísima estadía en nuestro país, penetrado en sus problemas sociales, económicos y sanitarios...».

Evidentemente, Mial y Fúser se habían superado. Pero hubo más. Con un alarde de magnanimidad, anunciaron en la redacción del *Correo* que dedicarían el viaje a la ciudad de Valdivia, que celebraba el cuarto centenario de su fundación.

En Temuco también fueron entrevistados por el periódico local. En *El Austral de Temuco* del 19 de febrero de 1952, aparece el siguiente titular, aún más entusiasta que el anterior: «Dos expertos argentinos en leprología recorren Sudamérica en motocicleta: Están en Temuco y desean visitar Rapa-Nui». La fotografía que ilustra la noticia muestra a los dos conspiradores en pose heroica. Ernesto, muy serio, mira a la cámara. Con los pulgares enganchados en el cinturón parece más un arrojado galán de cine que un estudiante de medicina. A su lado, Alberto, inclinado hacia él en actitud deferente, tiene una mirada algo traviesa.

Partieron nuevamente con los recortes de prensa que Ernesto llamó con orgullo «la condensación de nuestra audacia». «Ya no éramos un par de vagos más o menos simpáticos con una moto a la rastra, no; éramos LOS EXPERTOS», escribió, exultante. En su viaje hacia el norte explotaron al máximo su reciente fama. Partieron de Temuco cuando el día estaba avanzado, pero sufrieron el pinchazo de un neumático y se instalaron junto al camino, dispuestos a pasar la noche en su tienda. «Pronto conseguimos un ferroviario que nos llevó a su casa, donde nos atendieron a cuerpo de rey», escribió Ernesto.

Al día siguiente, *La Poderosa* sufrió una caída en la que se rompió la caja de cambios y una columna de dirección. Mientras la reparaban en un taller de la aldea de Lautaro, se convirtieron inmediatamente en celebridades para los pueblerinos que se reunieron para observarlos. Consiguieron que les pagaran algunas comidas, y una vez reparada *La Poderosa*, sus amigos los invitaron a beber vino. «El vino chileno es riquísimo y yo tomaba con una velocidad extraordinaria, de modo que, al ir al baile del pueblo, me sentía capaz de las más grandes hazañas.

»La reunión se desarrolló dentro de un marco de agradable intimidad y nos siguieron llenando la barriga y el cerebro con vino. Uno de los mecánicos del taller, que era particularmente amable, me pidió que bailara con la mujer porque a él le había sentado mal «la mezcla», y la mujer estaba calentita y palpitante y tenía vino chileno, y la tomé de la mano para llevarla afuera; me siguió mansamente, pero se dio cuenta de que el marido la miraba y me dijo que ella se quedaba; yo ya no estaba en situación de entender razones e iniciamos en el medio del salón una puja que dio por resultado llevarla hasta una de las puertas, cuando ya toda la gente nos miraba, en ese momento intentó tirarme una patada y, como yo seguía arrastrándola, le hice perder el equilibrio y cayó al suelo estrepitosamente. Mientras corría-

mos hacia el pueblo, perseguidos por un enjambre de bailarines enfurecidos, Alberto se lamentaba de todos los vinos que le hubiera hecho pagar el marido.»

Ernesto asió el manillar de *La Poderosa* y se alejaron del pueblo, «huimos de parajes que ya no estaban tan hospitalarios para nosotros», pero a pocos kilómetros, en una curva cerrada del camino, falló el freno trasero de la moto. Cuando tomó velocidad en la cuesta descendente, también falló el freno de mano. Ernesto giró para esquivar una manada de vacas que habían aparecido inesperadamente frente a él y se estrellaron contra el terraplén. Milagrosamente, *La Poderosa* no sólo no sufrió daños sino que su freno trasero empezó a funcionar. Continuaron su camino, pero el día aún no había terminado.

«Siempre amparados por la carta de recomendación de la "prensa", fuimos alojados por unos alemanes que nos trataron en forma cordialísima –escribió Ernesto–. A la noche me dio un cólico que no sabía cómo parar; tenía vergüenza de dejar un recuerdo en la taza de noche, de modo que me asomé a la ventana y entregué al espacio y la negrura todo mi dolor... A la mañana siguiente me asomé para ver el efecto y me encontré con que dos metros abajo había una gran plancha de zinc donde se secaban los duraznos al sol: el espectáculo agregado era impresionante. Volamos de allí.»

Se dirigieron hacia el norte, dejando un tendal de anfitriones coléricos, pero el potro fiel empezó a fallar. Cada vez que subían una ladera *La Poderosa* vacilaba, y el segundo día falló por completo en la primera cuesta empinada. Fue su último día como «mangueros motorizados».

Un camión los llevó con la averiada *Poderosa* hasta el pueblo siguiente, llamado Los Ángeles. Pudieron alojarse en el cuartel de bomberos después de una amistosa conversación con las tres hijas del jefe. Más adelante, Ernesto elogiaría con delicadeza a las desinhibidas muchachas como «exponentes de la gracia de la mujer chilena que, fea o linda, tiene un no sé qué de espontáneo, de fresco, que cautiva inmediatamente».

Alberto fue más explícito. «Después de la cena salimos con las muchachas. Una vez más quedó comprobada la diferente mentalidad respecto a la libertad entre las mujeres chilenas y las nuestras, en relación con el otro sexo. Tal vez el hecho de ser nosotros "aves de paso" haga más viable cualquier cosa, pero creo que la diferencia es de formación.

»Volvimos al cuartel laxos y silenciosos, cada cual rumiando su experiencia... se acostó Fúser, que estaba bastante agitado, no sé si por el asma o por la piba.»

Al día siguiente –después de acompañar a los bomberos a una casa que se incendiaba, donde Ernesto salvó un gato atrapado– llegó el momento de despedirse de las afectuosas hijas del jefe. Partieron en un camión que iba a Santiago, llevando consigo la carcasa de *La Poderosa* como si fuera el cuerpo de un camarada caído en combate. La capital chilena no los cautivó, y después de encontrar un garaje donde dejar *La Poderosa*, partieron nuevamente. Resueltos a llegar a la isla de Pascua, esperaban obtener un pasaje gratuito en el puerto cercano de Valparaíso.

III

Instalados en el bar La Gioconda, cuyo generoso dueño les dio alojamiento y comida gratuitos, se fueron a merodear por el puerto. Para su decepción, se enteraron de que ningún barco zarparía hacia la isla de Pascua antes de seis meses. Pero no perdían las esperanzas, porque aún debían acudir a la Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua.

Entretanto, escuchaban historias que alimentaban sus fantasías. Ernesto reprodujo algunas de ellas y comentó: «¡La isla de Pascua!... "Allí, tener un novio blanco es un honor para ellas." "Allí, trabajar, qué esperanza, las mujeres hacen todo. Uno come, duerme y las tiene contentas"... Qué importa quedarse un año allí, qué importan sueldos, estudios, familia, etcétera...»

Entre comidas en La Gioconda, subían y bajaban las sinuosas escaleras de la ciudad, en medio de casas de cinc de colores brillantes con vista al «azul plomizo de la bahía». Para Ernesto, tenía la «belleza de museo de manicomio».

Ernesto, que había aprovechado al máximo su presunto «título» de médico, no pudo negarse cuando le pidieron que asistiera a una parroquiana de La Gioconda, que resultó ser una anciana sirvienta postrada por el asma crónica y una insuficiencia cardíaca. En la habitación reinaba un hedor «de sudor concentrado y patas sucias». La rodeaba la «acritud apenas disimulada» de su familia, que parecía molesta por su presencia. Agonizaba, y no era mucho lo que se podía hacer para ayudarla. Le recetó una dieta, le dejó sus propios comprimidos de dramamina y otros medicamentos y se fue seguido por «las palabras zalameras de la vieja y las miradas indiferentes de los familiares».

El encuentro, que lo afectó profundamente, suscitó reflexiones sobre la inhumanidad de la pobreza. «Allí, en estos últimos momentos de gente cuyo horizonte más lejano fue siempre el día de mañana, es donde se capta la profunda tragedia que encierra la vida del proletariado de todo el mundo; hay en esos ojos moribundos un sumiso pedido de disculpas y también, muchas veces, un desesperado pedido de consuelo que se pierde en el vacío, como se perderá pronto su cuerpo en la magnitud del misterio que nos rodea. Hasta cuándo seguirá este orden de cosas basado en un absurdo sentido de casta es algo que no está en mí contestar, pero es hora de que los gobernantes dediquen menos tiempo a la propaganda de sus bondades como régimen y más dinero, muchísimo más dinero, a solventar obras de utilidad social.»

Unos días más tarde, cuando la Sociedad de Amigos confirmó que ningún barco zarparía hacia la isla de Pascua en muchos meses, Ernesto y Alberto se resignaron a seguir su itinerario original. Después de buscar en vano un barco que les diera trabajo, se ocultaron a bordo del *San Antonio*, un buque de carga que navegaba hacia el puerto de Antofagasta en el norte del país. Con ayuda de un marinero cómplice, subieron a bordo furtivamente al amanecer y se ocultaron en una letrina. Apenas el barco zarpó, Alberto empezó a vomitar. El olor en la letrina era horrible, pero permanecieron allí hasta que no pudieron soportarlo más. «A las cinco de la tarde, muertos de hambre y sin costa a la vista, nos presentamos ante el capitán...»

Éste resultó ser un buen hombre, y después de regañarlos con voz de trueno frente a sus subordinados, ordenó que se les diera de comer y se les asignaran tareas para pagar su pasaje. Según Ernesto: «Devoramos nuestra ración; cuando me enteré que era el encargado de limpiar la famosa letrina, la comida se me atragantó en la garganta, y cuando bajaba protestando entre dientes, perseguido por la mirada cachadora de Alberto, encargado de pelar las papas, confieso que me sentí tèntado a olvidar todo lo que se hubiera escrito sobre reglas de compañerismo y pedir cambio de oficio. ¡Es que no hay derecho! Él añade su buena porción a la porquería acumulada allí, y la limpio yo.»

Una vez finalizadas sus tareas, el capitán los trató como huéspedes de honor; los tres jugaron a la canasta y bebieron hasta muy avanzada la noche. Al día siguiente, mientras se deslizaban frente a la larga costa chilena, Alberto nuevamente ayudó en la cocina mientras Ernesto fregaba la cubierta con queroseno, vigilado por un camarero colérico. Esa noche, después de «agotadores partidos de canasta», los amigos fueron a la cubierta a contemplar el mar y el cielo, y las luces de Antofagasta que aparecían en la distancia.

En Antofagasta intentaron de nuevo viajar como polizones en un barco que se dirigía hacia el norte, pero fracasaron. Fue culpa suya. Ocultos bajo una lona que cubría una carga de melones deliciosos, los irresponsables se pusieron a comer fruta y arrojar la piel por la borda. Los restos guiaron al capitán hacia el escondite. «La larga hilera de cáscaras de melón perfectamente pulidas flotaban en fila india sobre el mar tranquilo. Lo demás fue ignominioso.»

Tras la brusca frustración de su fantasía de continuar el viaje por mar, se dirigieron hacia el interior viajando «a dedo». Su siguiente destino era Perú, pero antes querían conocer el yacimiento de cobre de Chuquicamata, la mina a cielo abierto más grande del mundo y fuente principal de ingresos para Chile.

La gran mina de cobre explotada por intereses norteamericanos despertó las antipatías de Ernesto. Chuquicamata, símbolo máximo de la «dominación extranjera» sobre la economía chilena, era objeto de un debate enconado. Al igual que las demás minas de cobre, «Chuqui» era operada por monopolios mineros norteamericanos como Anaconda y Kennecott. Para colmo, la subsidiaria chilena de esta última era la Braden Copper Company, que alguna vez había pertenecido a la familia de Spruille Braden, el procónsul norteamericano cuya intromisión en la política argentina durante el ascenso de Perón al poder había provocado tantas protestas nacionalistas.

Estas empresas obtenían ganancias enormes, en tanto la economía chilena dependía en gran medida de los impuestos que les cobraba, y que variaban año a año de acuerdo con las fluctuaciones del mercado cuprífero. Muchos chilenos, sobre todo de izquierdas, se sentían agraviados por el carácter desigual de la sociedad y ejercían presiones en favor de la nacionalización de las minas. Por su parte, Estados Unidos presionaba al gobierno chileno para que disolviera los sindicatos mineros y declarara ilegal al Partido Comunista.

Mientras esperaban algún medio de transporte en las áridas montañas desérticas a mitad de camino hacia la mina, Ernesto y Alberto conocieron a una pareja de náufragos en tierra firme. Hablaron durante horas mientras caía la gélida noche andina. Él era minero, recientemente liberado de la cárcel, donde lo habían encerrado por hacer huelga. Dijo que era afortunado: otros compañeros habían desaparecido después de la detención y probablemente estaban muertos. Pero como miembro del Partido Comunista ilegalizado, no conseguía trabajo y por eso, después de que su esposa dejara a los hijos con un vecino solidario, se dirigía a una mina de azufre en el corazón de las montañas. Allí, dijo, las condiciones de trabajo eran tan malas que nadie se interesaba por la filiación política de los mineros.

Más adelante, Ernesto se explayó sobre este encuentro. «A la luz de una vela con que nos alumbrábamos... las facciones contraídas del obrero ponían una nota misteriosa y trágica... El matrimonio aterido en la noche del desierto, acurrucados uno contra el otro, era una viva representación del proletariado de cualquier parte del mundo. No tenían ni una mísera manta con que taparse, de modo que le dimos una de las nuestras y en la otra nos arropamos como pudimos Alberto y yo. Fue ésa una de las veces en que he pasado más frío, pero también, en la que me sentí un poco más hermanado con esta, para mí, extraña especie humana...»

Ahí estaban, en carne y hueso, las ateridas víctimas de la explotación capitalista. Ernesto y Alberto habían compartido brevemente el frío y el hambre, la fatiga y la soledad. Pero mientras ellos viajaban por placer, la pareja era perseguida a causa de sus ideas.

A la mañana siguiente, pasó un camión que iba a «Chuqui». Ernesto y Alberto se fueron en él, abandonando a la pareja a su futuro incierto. Con esa imagen vívida en su mente, la visita a la mina de cobre de Chuquicamata fue para Ernesto una experiencia exclusivamente política. Describió con desdén a los administradores norteamericanos, «los amos, los rubios y eficaces administradores impertinentes» que les permitieron con reticencia visitar la mina con la condición de que se fueran lo antes posible porque Chuqui no era una «ciudad turística».

Su guía chileno, un «perro fiel de los amos yanquis», sin embargo fustigaba a sus patrones mientras los conducía por la mina. Dijo que había una huelga minera en ciernes y añadió: «Gringos imbéciles, pierden miles de pesos diarios en una huelga, por negarse a dar unos centavos más a un pobre obrero...»

Ernesto comentó: «Eficacia fría y rencor impotente van mancomunados en la gran mina, unidos a pesar del odio por la necesidad común de vivir y especular de unos y de otros. Veremos si algún día, algún minero tome un pico con placer y vaya a envenenar sus pulmones con consciente alegría. Dicen que allá, de donde viene la llamarada roja que deslumbra hoy al mundo, es así, eso dicen. Yo no sé.»

Ernesto dedicó a la mina todo un capítulo de su diario: describió detalladamente el proceso de producción y su importancia política para el país.

En esa descripción, las montañas ricas en minerales que rodean Chuquicamata también son parte del «proletariado explotado».

«Los cerros, indefensos frente al ataque de los vientos y las aguas, muestran sus grises lomos prematuramente avejentados en la lucha contra los elementos, con arrugas de ancianos que no coinciden con su edad geológica. Allí, cuántos de estos escoltas de su famoso hermano [Chuquicamata] no encerrarán en sus pesados vientres parecidas riquezas a las de aquél, mientras esperan los brazos áridos de las palas mecánicas que devoren sus entrañas, con el obligado condimento de vidas humanas.»

En Chile se desarrollaba el agitado tramo final de la campaña electoral. Ernesto y Alberto descubrieron que la mayoría de los trabajadores con los que hablaban eran partidarios del candidato de la derecha, el ex dictador general Carlos Ibáñez del Campo, quien aspiraba a un caudillismo populista similar al del argentino Perón.

En sus *Notas de viaje*, Ernesto calificó el panorama político de «confuso», pero arriesgó algunos vaticinios. Dijo que el candidato izquierdista Salvador Allende no podía triunfar debido a la prohibición impuesta a los votantes comunistas y predijo la victoria de Ibáñez, cuya plataforma nacionalista antinorteamericana incluía la nacionalización de las minas y un gran programa de obras públicas.[1] Concluye con una recomendación y una advertencia clarividente al país latinoamericano «potencialmente rico». «El esfuerzo mayor que debe hacerse es sacudirse el incómodo amigo yanqui y esa tarea es, al menos por el momento, ciclópea, dada la cantidad de dólares invertidos por éstos y la facilidad con que pueden ejercer una eficaz presión económica en el momento en que sus intereses se vean amenazados.»

Desde Chuquicamata los dos amigos enfilaron hacia Perú y días después cruzaron la frontera. Viajando en camiones juntamente con los taciturnos indios aymara, se dirigieron tierra adentro hacia el lago Titicaca, cinco mil metros sobre el nivel del mar. Ernesto contemplaba con júbilo la tierra que se extendía ante ellos, los antiguos canales incaicos con sus cascadas rutilantes, profundamente tallados en las laderas, y, más arriba, las cumbres nevadas de los Andes que atravesaban las nubes. «Allí estamos en un valle de leyenda, detenido en su evolución durante siglos y que hoy nos es dado ver a nosotros, felices mortales...»

1. Tal como vaticinó, Ibáñez ganó las elecciones y Salvador Allende fue el candidato menos votado. Sin embargo Ibáñez, lejos de nacionalizar las minas, se vio obligado a suplicar ayuda al Fondo Monetario Internacional (FMI) para cubrir el gran déficit de la balanza de pagos.

Las duras medidas antiinflacionarias impuestas por el FMI causaron gran descontento y una mayor polarización de la política interior. Estados Unidos cumplió un papel preponderante en la economía chilena hasta 1970, cuando Salvador Allende se convirtió en el primer presidente socialista del hemisferio consagrado por el voto popular. Una de sus primeras medidas fue la nacionalización de las minas. Pero la influencia norteamericana disminuyó. Menos de tres años después, el gobierno de Allende fue derrocado violentamente por un golpe militar con respaldo norteamericano.

IV

La euforia de Ernesto duró poco tiempo. En el pueblo indígena de Tarata miró a su alrededor en busca de las consecuencias visibles de la conquista española, y las halló.

«En las callecitas estrechas del pueblo, con sus calles de empedrado indígena y de enormes desniveles, sus cholas con los chicos a cuestas... se respira la evocación de los tiempos anteriores a la conquista española; pero esto que tenemos enfrente no es la misma raza orgullosa que se alzara continuamente contra la autoridad del inca y lo obligara a tener permanentemente un ejército sobre esas fronteras, es una raza vencida la que nos mira pasar por las calles del pueblo. Sus miradas son mansas, casi temerosas y completamente indiferentes al mundo externo. Dan algunos la impresión de que viven porque eso es una costumbre que no se puede quitar de encima.»

Durante las semanas siguientes, al recorrer los Andes, el contacto constante con la «raza vencida» afectó fuertemente a Ernesto. Las amargas realidades históricas de cuatro siglos de dominación blanca saltaban a la vista. En su propio país la población indígena prácticamente había desaparecido, devorada por el gran crisol de la Argentina moderna con sus millones de inmigrantes europeos. Pero en el altiplano del Perú era una mayoría visible, cuya cultura estaba en gran medida intacta, pero dolorosamente sometida.

Viajaban en camiones atestados de productos del campo revueltos con la carga humana, pero a él y a Alberto generalmente los invitaban a subir en la cabina con los conductores. La caja abierta del camión era para los indios con sus ponchos sucios, sus piojos y su olor a mugre. A pesar de la falta de dinero y de llevar una vida de «mangueros», sabían que eran viajeros privilegiados. Como blancos, profesionales y argentinos eran los «superiores sociales» de quienes los rodeaban y por eso tenían a su alcance favores y concesiones que los ciudadanos indígenas de Perú ni siquiera podían imaginar.

Para dormir y en ocasiones para comer, acudían a la Guardia Civil, la policía nacional peruana, que tenía una delegación en cada pueblo. Casi nunca los rechazaron. En un pueblo, al enterarse del problema, el jefe de la policía exclamó: «¿Cómo? ¿Dos doctores argentinos van a dormir incómodos por no tener dinero? No puede ser...» Y les pagó un cuarto de hotel a pesar de sus «tímidas protestas».

En una ocasión, en Juliaca, bebían en un bar donde los había invitado un sargento borracho de la Guardia Civil, quien para demostrar su destreza con el revólver disparó a una pared. La dueña del bar, una mujer indígena, acudió a un oficial de la policía, pero Ernesto y Alberto corroboraron el testimonio de su anfitrión, de que nadie había disparado un arma. Dijeron que Alberto había encendido un «cohete». Los regañaron y los dejaron en libertad. Salieron del bar, seguidos por los vanos gritos de protesta de la india: «Estos argentinos se creen que son los dueños de todo.» Eran blancos, ella era india. Tenían poder; ella, no.

Los indios peruanos los acosaban con preguntas, ávidos de conocer el «maravilloso país donde vivía Perón y su mujer, Evita, donde todos los po-

bres tienen las mismas cosas que los ricos». Ernesto y Alberto sabían que no era así, pero les decían lo que ellos querían escuchar, a la manera de un médico con un paciente terminal. Ernesto hizo el siguiente relato irónico:

«Con nuestra fantasía desbocada... nos era fácil pintar situaciones extraordinarias, acomodar a nuestro antojo las empresas de "el capo" [Perón] y llenarles los ojos de asombro con los relatos de edénica hermosura de la vida en nuestras tierras.» Pero no todas eran mentiras piadosas. Al comparar las condiciones de vida en Argentina con el clima de represión política en Perú bajo la dictadura derechista del general Manuel Odría, Ernesto y Alberto empezaron a ver a Perón bajo una luz más amplia y favorable.

La espectacular ciudad colonial de Cuzco, construida sobre las ruinas de la capital inca, rodeada de templos y fortalezas, inspiró en Ernesto descripciones líricas y detalladas de la arquitectura y la historia de la zona. Con Alberto pasaron horas en el museo y la biblioteca de la ciudad para comprender mejor la misteriosa arqueología incaica y la cultura que la había creado.

Su suerte como «expertos» mangueros los acompañó en Cuzco. Alberto visitó a un médico al que había conocido en un congreso profesional. Éste tuvo la amabilidad de poner a su disposición un Land Rover con conductor para visitar el Valle de los Incas y les consiguió pasajes gratuitos en el tren a las ruinas de Machu Picchu.

Durante horas recorrieron las ruinas de piedra erigidas sobre los altos picos selváticos. Después de participar en un partido de fútbol entre campesinos y demostrar lo que Ernesto llamó su «habilidad relativamente prodigiosa», el gerente de una hostería para turistas les dio alojamiento. Sin embargo, al cabo de dos días y dos noches les pidió que se marcharan porque llegaba un autobús cargado de turistas norteamericanos.

Durante el regreso a Cuzco en el tren de vía estrecha que bajaba la montaña en zigzag, Ernesto vio el sucio vagón de tercera clase reservado para los indios y lo comparó con los que se usaban en Argentina para transportar el ganado. Evidentemente molesto por tener que abandonar Machu Picchu para conveniencia de *ellos*, descargó su ira en los «turistas norteamericanos». «Naturalmente que de las condiciones de vida de estos indios, los turistas que viajan en sus cómodas autovías no tendrán sino una vaga idea... La mayoría de los americanos... vuelan directamente de Lima, recorren Cuzco, visitan las ruinas y se vuelven, sin dar importancia a nada más.»

Desde la visita a Chuquicamata, los sentimientos de Ernesto por «los yanquis» se habían vuelto más críticos, y a medida que viajaba hacia el norte crecía su rencor hacia su poderoso país. Adquiría conciencia de la enorme influencia norteamericana en la región. A sus ojos, esa influencia era en buena medida perjudicial, incluso maligna, ya que afectaba negativamente a la población de una región que empezaba a reconocer como propia.

A esas alturas le era difícil disimular su antipatía. En su diario aprovechaba cualquier circunstancia para fustigar a «la rubia cabeza de un norteamericano que, con su máquina fotográfica y su camisa sport, parece (y en

realidad lo es) un corresponsal de otro mundo», cuya presencia le parecía irritante como la de otros tantos intrusos. En un capítulo titulado «La tierra del inca» se mofó del turista norteamericano que, «cargado de practicidad, encaja los exponentes de la tribu degenerada que puede ver en el viaje, entre los muros otrora vivos, y desconoce la distancia moral que las separa, porque son sutilezas que sólo el espíritu semiindígena de americano del sur puede apreciar».

En su mente se consolidaban nuevos pensamientos, se formaban asociaciones de ideas. Se sentía hermano de estas «razas conquistadas» indígenas cuyas tierras recorría, cuyas ruinas visitaba, a quienes sus propios antepasados habían pasado a cuchillo. El primer encuentro de las dos razas, la indígena y la europea, había provocado una vasta carnicería; los siglos de intolerancia e injusticia aún los separaban pero al mismo tiempo los unían, porque esa unión impía había dado lugar a la nueva raza de los mestizos. Hijo de esa historia compartida, el mestizo acaso era el más auténtico de todos los latinoamericanos. Pero las diferencias entre los criollos de sangre europea, los mestizos y los indios no eran tan grandes como las que los separaban de los anglosajones del norte que paseaban por Cuzco y Machu Picchu como otros tantos «extranjeros». Los unían el idioma, la historia y la cultura, así como muchos de sus problemas.

Con su espíritu de investigador médico, cuando Ernesto descubría un síntoma trataba de hallar una causa, y cuando creía haberla identificado, buscaba un antídoto. Así, en su mente, la anciana moribunda en Valparaíso y la pareja de mineros perseguidos en el camino a «Chuqui» eran «ejemplos vivos del proletariado en todo el mundo», que vivían en la miseria debido a un orden social injusto y cuyas vidas no mejorarían hasta que futuros gobiernos esclarecidos cambiaran la situación. El síntoma y la causa conformaban un solo y horrible paquete. Detrás de los regímenes locales que imponían y perpetuaban la injusticia estaban los norteamericanos con su abrumador poderío económico. En el caso de Chile, el antídoto consistía en «sacarse de encima el molesto amigo norteamericano», pero al mismo tiempo advirtió los peligros y las dificultades de la expropiación. Por el momento, Ernesto no conocía el «remedio» a aquellos males, pero lo buscaba. Tal vez era la «llama roja que deslumbra al mundo», pero aún no estaba seguro.

V

Después de quince días en tierras del inca, Ernesto y Alberto partieron hacia el pueblo andino de Abancay. Se habían presentado como «especialistas en lepra» y querían demostrarlo. Tenían una carta de recomendación del médico de Cuzco para las autoridades del remoto leprosario de Huambo.

No tenían un centavo, y el modus operandi del viaje seguía siendo el mismo: con ruegos y lisonjas se hacían llevar en camiones. En Abancay pi-

dieron y obtuvieron comida y alojamiento gratuito en el hospital. A cambio de ello dieron «conferencias» sobre el asma y la lepra y coquetearon con las enfermeras. Ernesto sufrió un ataque de asma. Desde la partida de la Argentina el mal casi no lo había afectado, pero esta vez fue grave y Alberto tuvo que darle tres inyecciones de adrenalina.

Reanudaron el viaje hacia Huambo. En el pueblo de Huancarama, aún a varios kilómetros del leprosario a través de los cerros boscosos y con un ataque de asma que casi no le permitía estar en pie, pidieron al «vicegobernador» que los ayudara a conseguir caballos. Poco después apareció un guía quechua con dos caballos flacos.

Después de varias horas de viaje, Ernesto y Alberto vieron que los perseguían una mujer y un muchacho indios. Cuando éstos los alcanzaron, les dijeron que los caballos eran suyos: el gobernador de Huancarama se había apoderado de ellos para cumplir su promesa de ayudar a «los médicos argentinos». Se disculparon, devolvieron los caballos y continuaron a pie.

El leprosario de Huambo era un conjunto rudimentario de chozas con techo de paja y suelo de tierra en medio de un claro en la selva infestada de mosquitos. Un grupo pequeño de médicos abnegados trabajaban allí con un presupuesto minúsculo. El médico a cargo les dijo que el fundador de la colonia (y director del programa nacional de tratamiento de la lepra), doctor Hugo Pesce, era a la vez un conocido comunista. Resolvieron visitarlo en Lima.

Los alojó y alimentó un rico hacendado de la zona, quien les explicó cómo había realizado el desmonte de su inmensa propiedad en la selva. Invitaba a colonos pobres a desmontar una parcela de tierra y sembrar sus cultivos. Después de la primera cosecha los hacía desalojar y desplazar hacia terrenos más altos e inhóspitos. Les confió que de esa manera desmontaba sus tierras gratuitamente.

Al cabo de un par de días en Huambo, llegaron las lluvias y se agravó el asma de Ernesto; decidieron que debía internarse en un hospital adecuado. El hacendado les facilitó un sirviente indio y un par de caballos. El cholo los seguía a pie, cargando sus bultos. Ernesto observó que «para la mentalidad de la gente rica de la zona es completamente natural que el sirviente, aun yendo a pie, cargue con todo el peso y la incomodidad...». Apenas se alejaron de la hacienda, él y Alberto tomaron sus bolsas. Pero si esperaban que el cholo se mostrara agradecido, esto no sucedió, pues su rostro no «revelaba nada» sobre lo que pensaba de aquel gesto.

En el pueblo de Andahuaylas consiguieron medicamentos y Ernesto se internó en un hospital durante dos días hasta que pasó el ataque de asma. Después se alojaron en el cuartel de la Guardia Civil a la espera de un camión que partía hacia Lima. Fueron días de hambre: casi lo único que había para comer eran patatas, maíz y yuca, que cocinaban en el mismo hornillo utilizado por los presos, ya que el cuartel también servía de cárcel. Descubrieron que la mayoría de los presos no eran criminales sino indios desertores del servicio militar obligatorio, que duraba tres años.

Los trataron con cordialidad hasta el día que Alberto sorprendió a un

guardia manoseando lascivamente a las mujeres que llevaban comida a sus esposos detenidos. Alberto protestó, y a partir de entonces el trato se volvió bastante más frío. Afortunadamente, partía un camión con ganado, y pudieron abandonar Andahuaylas antes de que los echaran.

Durante diez días de incomodidad y pasando hambre, siguieron una ruta incierta a través de los Andes hacia Lima, en la costa desértica del Pacífico. Como escribió Ernesto, «nuestro viaje continuaba en la misma forma, comiendo de vez en cuando, en el momento que algún alma caritativa se apiadaba de nuestra indigencia». Sin duda, fueron los días más miserables del viaje, y sus estrategias casi desesperadas para obtener hospitalidad lograban resultados que iban de lo vergonzoso a lo sublime.

A esas alturas habían elaborado toda una táctica para hacerse invitar a comer. Según la descripción de Ernesto, la estratagema consistía en hablar exagerando la tonada argentina hasta despertar la curiosidad del «candidato». Eso servía para romper el hielo e iniciar la conversación. Luego, uno de los dos empezaba a «contar las dificultades con suavidad, con la vista perdida en la lejanía», mientras el otro mencionaba la «casualidad» de que fuera el primer aniversario de su viaje. Luego: «Alberto, mucho más caradura que yo, lanza un suspiro terrible y dice: "Lástima estar en estas condiciones, si no lo podríamos festejar" (esto me lo dice como confidencialmente a mí)...»

Al llegar a este punto el «candidato» se ofrecía a pagar unas copas. Ernesto y Alberto lo rechazaban ante la imposibilidad de devolver el gesto, pero acababan por «ceder». Entonces Ernesto daba el golpe de gracia. «Después de la primera copa yo me niego terminantemente a aceptar más trago y Alberto me hace burla. El convidante se enoja e insiste, yo me niego sin dar razones. El hombre insiste, y entonces yo, con mucha vergüenza, le confieso que en la Argentina la costumbre es tomar comiendo.»

VI

El 1 de mayo, después de cuatro meses de viaje, «sin un centavo pero contentos», llegaron a Lima, una ciudad entre las dunas de la desértica costa del Pacífico en las estribaciones de los Andes. Llamada en tiempos coloniales la «ciudad de los virreyes», Lima había sido fundada por el conquistador Francisco Pizarro en 1535. Aún era una capital hermosa, pero en 1952 la estratificación social saltaba a la vista. Para Ernesto representaba «un Perú que todavía no ha abandonado el estado feudal de la época colonial: aún espera la sangre de una verdadera revolución emancipadora».

Después de vagar durante toda una mañana de una comisaría a otra hasta que les dieron de comer un plato de arroz, visitaron al doctor Hugo Pesce, especialista en lepra. Éste los recibió cordialmente y dispuso que los alojaran en el Hospital de Guía para leprosos. Su generosa asistente Zoraida Boluarte se ocupó de ellos. Ernesto y Alberto se ganaron su corazón y al poco tiempo comían y lavaban su ropa en la casa de los Boluarte.

Durante tres semanas comieron, descansaron, se pusieron al día con la correspondencia y exploraron la ciudad. Y más importante aún, recibieron dinero de sus familias. También asistían a las conferencias de Pesce en el hospital y cenaban frecuentemente en su casa, donde conversaban durante horas sobre toda clase de temas, desde la lepra y la fisiología hasta la política y la filosofía.

Alberto advirtió la afinidad creciente entre Ernesto y el hombre a quien llamaba respetuosamente «el maestro». Para los dos jóvenes, Pesce era un hombre digno de admiración. Tras graduarse de médico en una facultad italiana, Pesce había retornado al país, donde había conocido al filósofo marxista peruano José Carlos Mariátegui y se había convertido en su discípulo. En su trabajo precursor *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, escrito en 1927, Mariátegui describía el potencial revolucionario de los desposeídos indígenas y campesinos latinoamericanos, al que consideraba un camino al socialismo en países como Perú.

Tras la muerte de Mariátegui en 1930, Pesce permaneció en el Partido Comunista peruano, del que era miembro destacado, mientras continuaba su carrera de médico. Además de renombrado leprólogo y creador del programa para el tratamiento del mal en Perú, era profesor universitario e investigador de enfermedades tropicales, y había realizado varios descubrimientos sobre la malaria. Debido a sus ideas políticas, el presidente Odría lo había desterrado a los Andes, pero luego le permitió volver a su puesto en la Universidad de Lima. Había descrito sus experiencias en el exilio en el libro *Latitudes del silencio.*

Pesce fue el primer médico que conoció Ernesto que dedicaba su vida conscientemente al «bien común». Seguramente lo consideró un Schweitzer o Gandhi peruano, un hombre que aplicaba sus conocimientos a la investigación de los problemas endémicos de América Latina y vivía de acuerdo con sus altos principios. Era la clase de vida que Ernesto aspiraba a llevar. En momentos en los que buscaba una filosofía social que lo guiara, las convicciones y el ejemplo personal de Pesce le brindaron un modelo al que emular.

A partir de entonces empezó a formarse en su mente la idea de que debía encontrar algo «similar» para él mismo. El marxismo-leninismo le interesaba, pero debía adquirir mayores conocimientos antes de adoptar una ideología determinada. Lo primero era seguir el viaje con Alberto, volver a la Argentina, aprobar los exámenes finales de medicina y explorar el mundo un poco más.

Aparentemente, Pesce intuyó que el joven buscaba su lugar en el mundo, y le brindó gran cantidad de tiempo y aliento. Una década después, Ernesto Guevara reconoció la influencia de Pesce sobre su formación al enviarle un ejemplar de su primer libro, *La guerra de guerrillas*, con la siguiente dedicatoria: «Al doctor Hugo Pesce, que provocara, sin saberlo quizás, un gran cambio en mi actitud frente a la vida, la sociedad, con el entusiasmo aventurero de siempre, pero encaminado a fines más armoniosos con las necesidades de América.»

No dedicaron todo su tiempo en Lima a la ilustración filosófica. Hallaron tiempo para jugar al fútbol con otros jóvenes cerca del hospital, contaban chistes a los leprosos y salían con los amigos de los jóvenes Boluarte, que eran estudiantes. Un domingo fueron a los toros. Era la primera corrida a la que asistía Ernesto, y anotó lacónicamente sus impresiones. «En el tercer toro hubo cierto grado de emoción cuando enganchó aparatosamente al torero y lo voló por el aire, pero no hubo más que eso. La fiesta acabó con la muerte del sexto animal, sin pena ni gloria. Arte no le veo; valor, en cierta manera; destreza, poca; emoción, relativa. En resumen, todo depende de lo que haya por hacer el domingo.»

Recuperado Ernesto de su asma y con algún dinero en el bolsillo, decidieron seguir viaje. Habían abandonado sus esperanzas iniciales de alcanzar los Estados Unidos, pero pensaban llegar a Venezuela. Su próximo destino sería la colonia de leprosos de San Pablo, el más grande de los tres centros de tratamiento de Pesce en la Amazonia peruana.

Antes de partir, el doctor Pesce les dio ropa para reemplazar sus prendas sucias y remendadas. Ernesto recibió un traje tropical blanco del doctor que le quedaba demasiado pequeño, pero lo lució con orgullo. Zoraida Boluarte les dio un frasco de mermelada; los pacientes y el personal del hospital hicieron una colecta y les dieron cien soles, la moneda peruana, y un hornillo portátil Primus.

Una semana después, tras cruzar de nuevo los Andes en un autobús que avanzaba dando tumbos por los caminos de tierra, viajaron por el río Ucayali como pasajeros de primera clase de la embarcación fluvial *La Cenepa.* Iba rumbo a Iquitos, la antigua capital de la fiebre del caucho en la Amazonia peruana. Entre los pasajeros que colgaban sus hamacas en las pasarelas había caucheros, comerciantes madereros, algunos aventureros, una pareja de turistas, varias monjas y una prostituta joven y atractiva. Los pasajeros de tercera clase viajaban entre cerdos y troncos de árbol en una barcaza remolcada por el buque.

El viaje duró siete días, en los que se dedicaron a conversar con los pasajeros y los tripulantes, jugar a las cartas, defenderse de los mosquitos y contemplar la corriente fangosa y la selva. Coquetaban con la prostituta, cuya conducta procaz escandalizaba a las monjas y hacía estragos entre los hombres.

«Ni Fúser ni yo somos la excepción de la regla –confesó Alberto al cabo de varios días de viaje–. Sobre todo yo, que tengo un corazón muy sensible a las bellezas tropicales.» A pesar de la recurrencia del asma, la perspectiva de un revolcón a bordo también atraía a Ernesto. Así describió el segundo día del viaje por el río: «... El día transcurrió sin novedades, salvo la de hacer amistad con una chica que parecía bastante liviana y que a lo mejor creyó que pudiéramos tener algunos pesos, a pesar de las lágrimas que soltábamos cada vez que se hablaba de dinero.»

Pero Mial y Fúser no eran de los que se dejaban arredrar por la falta de dinero, y encontraron rápidamente la manera de resolver el problema. Alberto describió el plan conjunto: «Ella está entusiasmada con nuestros rela-

tos de las cosas conocidas y de las maravillas por conocer; ha resuelto seguir de raidista [viajera]. Por consiguiente, tanto Fúser como yo, sin interferirnos, tratamos de darle las necesarias clases de aprendizaje. Por supuesto, los honorarios son por adelantado y en especies.» Y añadió días después: «El ritmo de vida es el mismo de los días anteriores. La fulanita comparte sus devaneos entre buenos conversadores como nosotros y buenos pagadores como el encargado de la mesa de juego.»

El encuentro sexual despertó en Ernesto un estado de ánimo nostálgico. «Una desteñida caricia de la putita, que se condolió de mi situación física, penetró como un pinchazo en los dormidos recuerdos de mi vida preaventurera. Por la noche, sin poder dormir por los mosquitos, pensaba en Chichina, ya convertida en un sueño lejano, un sueño que fue muy agradable y cuya terminación... deja más miel derretida que hiel, en el recuerdo. Le mandé un suave y reposado beso para que lo tomara como de un viejo amigo que la conoce y comprende; y el recuerdo tomó el camino de Malagueño, en cuyo trasnochado hall debía estar pronunciando en esos momentos algunas de sus extrañas y compuestas frases a su nuevo galán.» Mientras contemplaba el cielo nocturno tachonado de estrellas, Ernesto se preguntó una vez más si valía la pena perder a Chichina por aquello, y algo en el vacío nocturno le dijo que sí.

El 1 de junio llegaron a Iquitos –la ahora decadente capital de la fiebre del caucho, rodeada por la selva y teñida de rojo por la laterita de sus calles de tierra– y acudieron a las autoridades sanitarias regionales con sus cartas de recomendación del doctor Pesce. Mientras esperaban la partida de un barco que los llevaría por el Amazonas hasta el leprosario de San Pablo, se instalaron en la sede de la campaña regional contra la fiebre amarilla. Comían en el hospital general de Iquitos.

Pero Ernesto se hallaba postrado por el asma, y durante los seis días que pasó en cama se inyectó adrenalina y escribió cartas a la familia. En las cartas a tía Beatriz dio rienda suelta a su sentido del humor. En alusión a una carta anterior en la que anunciaba el viaje por el Amazonas, escribió: «... De paso te voy a hacer una confesión. Lo que puse sobre los cazadores de cabezas, etc., era mentira. Parece que desgraciadamente el Amazonas es tan seguro como el Paraná... de modo que no te voy a poder llevar de regalo una cabecita como era mi deseo; en fin, supongo que sabrás perdonar a tu amantísimo sobrino que víctima de la impetuosidad de su corta edad hizo planes descabellados.» Antes de despedirse pidió a Beatriz que le dijera de su parte a un pariente que le había escrito que en el futuro usara papel «porque uno no puede limpiarse el traste con tarjetas postales».

«En lo referente al ofrecimiento de dinero te diré que soy lo bastante machito como para aguantármelas sin llorar la carta [lamentarse para pedir] a ningún familiar, máxime sabiendo que la m/n [monedad nacional] no sobra....» Le pidió que le enviara un inhalador para el asma y ampollas de Yanal, un medicamento antiasmático, a Bogotá, la capital colombiana, pero tomó la precaución de tranquilizarla con una mentira: «No tengo asma»; sólo quería estar preparado para cualquier eventualidad.

El 6 de junio, Ernesto y Alberto se embarcaron en *El Cisne* para la travesía de dos días hasta San Pablo. Situado en la orilla del Amazonas en medio de la selva, cerca de la frontera de Perú con Colombia y Brasil, el leprosario tenía seiscientos pacientes que vivían en una aldea, aislados del personal administrativo y médico. Allí se instalaron Ernesto y Alberto durante una quincena.

Tal como había sucedido en el Hospital de Guía, la pareja causó una excelente impresión al acompañar a los médicos en sus rondas, jugar al fútbol y entablar amistad con los leprosos. Alberto pasaba horas mirando por el microscopio en el laboratorio mientras Ernesto leía poesía, jugaba al ajedrez o pescaba con los médicos de San Pablo. Se despertó su espíritu temerario y una tarde se arrojó al ancho Amazonas, que cruzó a nado en dos horas a la vista de los médicos que lo observaban temerosos desde la orilla.

El 14 de junio, al cumplir veinticuatro años, el personal le brindó una fiesta bien regada con pisco, la bebida nacional peruana. Él agradeció con un discurso que luego anotó en su diario bajo el título de «El día de San Guevara». Después de expresar con grandilocuencia su profundo agradecimiento a los anfitriones, concluyó con un sentido soliloquio «latinoamericanista».

«Creemos, y después de este viaje más firmemente que antes, que la división de América en nacionalidades inciertas e ilusorias es completamente ficticia. Constituimos una sola raza mestiza, que desde México hasta el estrecho de Magallanes presenta notables similitudes etnográficas. Por eso, tratando de quitarme toda carga de provincialismo exiguo, brindo por Perú y por América Unida.»

La fiesta, en una casa sobre pilotes, continuó hasta las tres de la mañana. Una banda tocó valses peruanos, shoros brasileños y el popular mambo cubano. Ernesto, que no tenía oído musical, había convenido con Alberto que éste le daría un codazo suave cada vez que tocaran un tango. En una ocasión, cuando la banda atacó un shoro rápido que era una de las piezas preferidas de Chichina, Alberto le dio un codazo a la vez que susurraba: «¿Te acordás?»

Pero Ernesto, que había puesto los ojos en una enfermera que estaba al otro lado del salón, pensó que era la señal convenida y salió a bailar un tango lento y apasionado mientras las demás parejas se contoneaban al ritmo del shoro. Ernesto advirtió que algo andaba mal y se volvió hacia su amigo en busca de una señal, pero éste se desternillaba de la risa y no podía ayudarlo.

Cuando consideraron que había llegado el momento de partir, los leprosos y el personal construyeron una balsa a la que bautizaron *Mambo-Tango*, les dieron ropa, piñas, anzuelos de pesca y dos pollos vivos. La víspera de la partida, la orquesta de los leprosos llegó en canoa y les brindó una serenata desde el muelle del personal. Ernesto describió la escena en una carta a su madre: «En realidad, fue éste uno de los espectáculos más interesantes que vimos hasta ahora: un acordeonista no tenía dedos en la mano derecha y los reemplazaba por unos palitos que se ataba a la muñeca, el cantor era ciego...» Los demás músicos, igualmente deformes, eran «figuras monstruosas» a la luz de las linternas y las antorchas que se reflejaba en el río.

Hubo luego discursos de despedida y «tres vivas a los doctores». Alberto les agradeció con los brazos extendidos y un alarde de retórica demagógica tan encendida que parecía, según Ernesto, «el sucesor de Perón».

Al día siguiente, Ernesto y Alberto se embarcaron en su balsa y se dejaron llevar por la corriente del Amazonas. Con espíritu de exploradores navegaron en el *Mambo-Tango* río abajo con la idea de seguir hasta la distante ciudad brasileña de Manaos. Les habían dicho que un afluente del Amazonas los llevaría desde ahí hasta la «puerta trasera» de Venezuela.

Sin embargo, tres días después, arrastrados por la corriente sin poder atracar en el pequeño puerto colombiano de Leticia y después de perder todos los anzuelos y el último pollo, decidieron abandonar sus ambiciosas intenciones. Un colono ribereño aceptó remolcarlos río arriba a cambio de la balsa y las provisiones, y así llegaron a Leticia, donde había un vuelo quincenal a Bogotá, la capital.

De nuevo convertidos en «mangueros», obtuvieron alojamiento y comida de la policía, así como la promesa de un descuento del cincuenta por ciento en los pasajes del vuelo siguiente y trabajo como entrenadores del equipo de fútbol local, Independiente Sporting. La fama que tenía Argentina de poseer los mejores futbolistas de Latinoamérica les resultó muy provechosa. El equipo se acercaba a una serie de finales de campeonato y necesitaba la ayuda de «expertos» para ganar. Al enseñarles las técnicas más recientes de fintas y regates conocidas en Buenos Aires, Ernesto y Alberto efectivamente mejoraron el rendimiento de los jugadores. El equipo no ganó el campeonato, pero logró un respetable segundo puesto y todos se sintieron complacidos.

El 2 de julio, cómodamente instalados sobre un cargamento de caucho virgen, uniformes militares y sacas de correo, partieron de Leticia en un viejo hidroavión bimotor Catalina que según Ernesto «se sacudía como una coctelera». El vuelo fue una experiencia novedosa y exultante para Alberto, quien en su entusiasmo entretuvo a los demás pasajeros con relatos líricos de su vasta experiencia como aviador.

VII

Posada en su alta meseta entre montañas verdes, Bogotá era una tensa isla donde imperaban la ley y el orden impuestos de manera férrea mientras a su alrededor, en el campo, arreciaba una enconada guerra civil. Ernesto y Alberto hallaron un clima inhóspito y agitado. Gracias a una recomendación del doctor Pesce, les dieron alojamiento en un hospital y comida en el comedor estudiantil de la universidad, donde hicieron nuevos amigos. Sin embargo, Ernesto escribió a su madre: «Este país es el que tiene más suprimidas las garantías individuales de todos los que hemos recorrido; la policía patrulla las calles con fusil al hombro y exigen a cada rato el pasaporte... Es un clima tenso que hace adivinar una revuelta dentro de poco tiempo. Los llanos están en franca revuelta y el ejército es impotente para reprimirla, los

conservadores pelean entre ellos; no se ponen de acuerdo y el recuerdo del 9 de abril de 1948 pesa como plomo en todos los ánimos; resumiendo, un clima asfixiante, si los colombianos quieren aguantarlo allá ellos, nosotros nos rajamos cuanto antes.»

Aludía al asesinato en abril de 1948 de un popular dirigente del Partido Liberal, Jorge Eliecer Gaitán, un crimen que había provocado el derrumbe violento del sistema político colombiano. Los partidarios de Gaitán sospechaban que el gobierno conservador había ordenado el asesinato y habían salido a las calles de la capital. Sucedió entonces el llamado Bogotazo, con tres días de enfrentamientos cruentos.

Los disturbios se produjeron durante una conferencia cumbre de cancilleres del hemisferio que, convocados por Estados Unidos, se habían reunido para firmar la carta de la Organización de Estados Americanos (OEA). Pero al mismo tiempo se había convocado una conferencia estudiantil «antiimperialista» latinoamericana en protesta por la cumbre, a la que asistieron dirigentes de toda la región.

Uno de los asistentes era un estudiante cubano de derecho, de veintiún años, llamado Fidel Castro Ruz. Participó en los disturbios que siguieron al asesinato de Gaitán, pero evitó la detención al refugiarse en la embajada cubana. De regreso en Cuba, había empezado a militar activamente en política, y en esa época conspiraba para alzarse en armas contra el flamante régimen de Fulgencio Batista.

Mientras tanto, en Colombia, la violencia generada por el Bogotazo había polarizado el ambiente político. Cuando el Partido Liberal del difunto Jorge Gaitán se negó a participar en las elecciones presidenciales de 1949, el candidato del gobernante Partido Conservador, Laureano Gómez, que contaba con el respaldo de los militares, triunfó sin oposición. Muchos liberales se habían aliado con las incipientes guerrillas comunistas con base en el campo colombiano. Al extenderse la anarquía, se multiplicaban las represalias a cargo del ejército y de grupos de campesinos armados, dirigidos por los jefes políticos conservadores, y las masacres eran el pan de cada día. Aquella carnicería convertida en plaga nacional, conocida con el eufemismo de La Violencia, continuaba en 1952 sin dar señales de llegar a su fin.

Antes de que pudieran «tomárselas», Ernesto y Alberto tuvieron un contratiempo con la policía. Cuando iban al consulado argentino a recoger su correspondencia, un agente suspicaz los detuvo, los interrogó y los cacheó. Al hacerlo, halló un puñal de Ernesto, una réplica de plata del facón gaucho, regalo de despedida de su hermano Roberto. Cuando el agente lo interrogó sobre los medicamentos para el asma, Ernesto tuvo el mal tino de burlarse: «Cuidado, es un veneno muy peligroso.» Los detuvieron, los arrastraron por una serie de comisarías y finalmente los pusieron ante un juez, acusados de «burlarse» de la autoridad. El incidente terminó cuando demostraron su identidad y la policía los dejó en libertad, aunque con renuencia.

Pero para Ernesto el asunto no había terminado. Consideraba una cuestión de honor recuperar el cuchillo que el agente le había confiscado.

Después de acudir varias veces a la comisaría, le devolvieron el facón, pero la policía estaba furiosa. Sus amigos universitarios los exhortaron a partir inmediatamente, ya que la policía trataría de vengarse. Incluso hicieron una colecta para ayudarlos a marcharse.

Partieron de Bogotá sin pesar, en un autobús que se dirigía a la frontera con Venezuela. El asma, que no había molestado a Ernesto desde su estancia en Iquitos, volvió a atacarlo en las tierras bajas tropicales. Alberto tuvo que darle tantas inyecciones de adrenalina que empezó a temer que le afectara el corazón.

Durante una parada del autobús a un día de viaje de Caracas, comentaron las perspectivas. Los entusiasmaba la idea de atravesar Centroamérica y llegar hasta México, pero no tenían dinero. Llegaron a un acuerdo. Marcelo, el tío de Ernesto, que era criador de caballos, tenía un socio en Caracas que tal vez les permitiría viajar a Buenos Aires en su avión de transporte de caballos. En ese caso, Ernesto terminaría sus estudios mientras Alberto se quedaba en Venezuela, trabajando en un leprosario o en uno de los hospitales para los cuales llevaba cartas de recomendación. Si fracasaban esos planes, buscarían la manera de llegar hasta México.

Al día siguiente, 17 de julio, llegaron a la ajetreada Caracas. Enriquecida por el boom petrolero, y con una población que había crecido con rapidez debido a la inmigración masiva, la ciudad los recibió con sus rascacielos que se alzaban sobre los techos coloniales de tejas rojas. Los sórdidos barrios obreros se extendían como una urticaria sobre las laderas circundantes.

Salvo en Brasil y Trinidad, Ernesto nunca se había visto rodeado por negros. Escasos en su Argentina natal, abundaban en la costa del Caribe, y después de pasear por un barrio negro caraqueño hizo unas observaciones que, lejos de revelar al paladín de los «humildes», expresaban la soberbia y condescendencia típicas del blanco, en especial del argentino: «Los negros, los mismos magníficos ejemplares de la raza africana que han mantenido su pureza racial gracias al poco apego que le tienen al baño, han visto invadidos sus reales por un nuevo ejemplar de esclavo: el portugués. Y las dos viejas razas han iniciado una dura vida en común poblada de rencillas y pequeñeces de toda índole. El desprecio y la pobreza los une en la lucha cotidiana, pero el diferente modo de encarar la vida los separa completamente; el negro indolente y soñador se gasta sus pesitos en cualquier frivolidad o en "pegar unos palos", el europeo tiene una tradición de trabajo y de ahorro que lo persigue hasta este rincón de América y lo impulsa a progresar, aun independientemente de sus propias aspiraciones individuales.»

Al principio se alojaron en una sórdida pensión, pero su situación mejoró cuando se pusieron en contacto con Margarita Calvento, tía de un amigo de Ernesto. Les dio de comer, les consiguió alojamiento en un albergue de la Juventud Católica y de allí partieron en sus respectivas misiones: Ernesto a buscar al socio de su tío y Alberto a conseguir trabajo.

Gracias a la carta de recomendación del doctor Pesce, Alberto obtuvo un puesto bien remunerado en un leprosario cerca de Caracas. Ernesto

consiguió plaza en el avión que transportaba los caballos de su tío de Buenos Aires a Miami. Lo abordaría en Caracas, donde el avión hacía escala para reabastecerse de combustible. De ahí volaba a Miami para dejar su carga y luego volvía a Buenos Aires.

Durante los últimos días que pasaron juntos en Caracas, los dos amigos se sintieron abrumados por la tristeza de la inminente separación. Para ocultarlo, discutieron sus planes para el futuro inmediato. Ernesto se graduaría de médico y volvería en un año. Si todo iba bien, obtendría un puesto en el leprosario y, tras ahorrar dinero, partirían en busca de nuevas aventuras.

El 26 de julio, Ernesto subió al avión Douglas con su carga de caballos y llegó a Miami. Pero al aterrizar, el piloto descubrió una avería en el motor. Tendría que repararla antes de partir, lo que le llevaría unos días. Ernesto pidió alojamiento a Jaime «Jimmy» Roca, un primo de Chichina que estudiaba arquitectura. Roca casi no tenía un centavo, pero poseía un coche y había prometido pagar el alquiler de su cuarto y las comidas en un restaurante español después de graduarse y vender el vehículo. Ernesto se fue a vivir con él.

La reparación se demoraba, los días se hacían semanas y los dos jóvenes trataban de pasarlo lo mejor posible sin dinero. Todos los días iban a la playa y paseaban por la ciudad. Un camarero argentino del restaurante español les servía raciones enormes de comida y en un bar otro amigo de Roca los invitaba con cerveza y patatas fritas. Cuando Roca se enteró de que Ernesto aún tenía los quince dólares que le había dado Chichina para comprarle un pañuelo, trató de convencerlo de que los gastara. Ernesto se negó. Aunque Chichina había roto con él, estaba resuelto a cumplir su promesa y a pesar de las súplicas de Roca le compró el pañuelo.[1]

Finalmente, Roca le consiguió el trabajo de limpiar el apartamento de una azafata cubana que él conocía. Fue un desastre; Ernesto no tenía la menor idea de lo que debía hacer, y después del primer día la azafata le dijo a Roca que no lo enviara más. Lejos de limpiar el apartamento, dijo, Ernesto lo había ensuciado más de lo que estaba. Sin embargo, le había caído bien y le consiguió un puesto de lavaplatos en un restaurante.

Por fin se hallaba en Estados Unidos, el «país del norte» explotador de América Latina que tanto lo había irritado cada vez que se ponía en evidencia. Lo que vio sin duda confirmó su predisposición negativa porque más adelante dijo a sus amigos en Buenos Aires que había presenciado actos de racismo blanco contra los negros y que la policía lo había interrogado sobre su filiación política. Pero Roca sólo recordaba que una vez Ernesto habló de la «necesidad» de viviendas baratas para los pobres en América Latina. No hablaban de política y sólo trataban de disfrutar juntos.

1. Según Pepe Aguilar, Ernesto no trató de ver a Chichina de nuevo a su regreso a casa, sino que le envió el pañuelo.

6. «NO SOY EL MISMO QUE ERA ANTES»

Al regresar, Ernesto halló una Argentina distinta. Cinco días antes de su llegada a Buenos Aires, Evita Perón había muerto de cáncer a los treinta y tres años.

En su funeral se produjo una demostración pública de dolor sin precedentes, y su cuerpo fue exhibido durante dos semanas antes de retirarlo para ser definitivamente embalsamado. Se hablaba de erigir un monumento en su honor más grande que la Estatua de la Libertad, como correspondía a una mujer cuyos acólitos confiaban en que el Papa la elevaría a la dignidad de los altares. Su apenado esposo Juan Domingo Perón realizaba sus tareas presidenciales mientras los cortesanos cuchicheaban y sus enemigos conspiraban. La política seguía como siempre en la Argentina, pero los amigos íntimos de Perón lo veían desorientado y menos íntegro después de la muerte de su joven esposa.

Entretanto, Ernesto tenía que ocuparse de sus propios dramas. En aquella época, había que aprobar treinta asignaturas para graduarse de médico; él había aprobado dieciséis antes de partir con Granado, pero debía aprobar las catorce restantes antes de mayo si quería obtener el título al año siguiente.

No tenía tiempo que perder, porque los primeros exámenes eran en noviembre. Se puso a estudiar con verdadero frenesí, escudado detrás de una barricada de libros en el apartamento de su tía Beatriz y a veces en el despacho de su padre en la calle Paraguay. A su casa sólo iba de vez en cuando a comer. A pesar de las presiones, encontró tiempo aún para trabajar en la clínica para alérgicos, donde el doctor Pisani lo recibió complacido.

También empezó a hacer un balance de sus aventuras al redactar *Notas de viaje* sobre la base de su diario personal. Decidió que el viaje lo había cambiado. «El personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra argentina, el que las ordena y pule, "yo", no soy yo; por lo menos no soy el mismo yo interior. Este vagar sin rumbo por nuestra "Mayúscula América" me ha cambiado más de lo que creí.»

En la familia había pocos cambios. El padre seguía bregando con sus negocios de construcción y alquiler de propiedades. Su madre, la ensimismada abeja reina de la calle Aráoz, jugaba al solitario y se ocupaba de Juan Martín,

que tenía nueve años y cursaba la escuela primaria. Roberto había terminado la secundaria y cumplía el servicio militar obligatorio. Celia y Ana María estudiaban arquitectura en la Universidad de Buenos Aires. Las tertulias de Celia madre eran más concurridas; nuevas personalidades engrosaban el clan Guevara. Ana María había formado un grupo de estudio con amigos de la Facultad de Arquitectura. Entre ellos estaban Fernando Chávez y Carlos Lino, que se disputaban su amor. En aquella época salía con Lino, pero finalmente se casaría con Chávez. Los Guevara estaban encantados de tener a Ernesto de vuelta en casa; esperaban que, satisfechos sus apetitos nómadas, se estableciera en Buenos Aires como médico o investigador alergista.

En noviembre de 1952, Ernesto debía presentarse a los primeros exámenes. Entonces enfermó gravemente, no de asma sino de una fiebre provocada por el contacto con vísceras humanas infectadas. Pisani había comprado una máquina especial para reducir vísceras con fines de investigación y Ernesto, impaciente por estrenarla, había adquirido algunas muestras infectadas en la Facultad de Medicina y empezado a reducirlas sin colocarse una mascarilla protectora. Al sentirse mal, se fue a la cama con una fiebre altísima. Allí lo encontró su padre, y comprobó que su estado se agravaba minuto a minuto. Guevara Lynch dijo que llamaría a Pisani, pero Ernesto no quiso. Pasó un tiempo; Guevara Lynch permanecía junto a la cama y lo vigilaba estrechamente. «De pronto me hizo una seña y, al acercarme, me dijo que llamase enseguida a una clínica para que le trajesen un estimulante cardíaco, y que llamara al doctor Pisani.»

Guevara Lynch comprendió que la situación era grave y efectuó las llamadas. Poco después llegaron una enfermera y Pisani, quien se hizo cargo de la situación y pasó varias horas a solas con el paciente. Al partir, dejó una receta para varios medicamentos e indicó reposo absoluto. La familia, angustiada, pasó la noche en vela como habían hecho tantas veces a lo largo de los años debido a lo que el padre llamaba la «imprudencia» de Ernesto.

«Aproximadamente a las seis de la mañana –recuerda el padre–, Ernesto había mejorado mucho y, con gran sorpresa nuestra, vimos que comenzaba a vestirse. No le dije nada. Lo sabía muy empecinado, pero al final, viendo que terminaba de vestirse como para salir a la calle, le pregunté: "¿Qué vas a hacer?" "Voy a dar examen, la mesa se reúne a las ocho de la mañana." "Pero no seas animal –le contesté–. ¿No ves que no podés hacer eso?" Fueron inútiles todas las objeciones que se hicieron en ese momento. Él había determinado dar su examen ese día y lo tenía que hacer. Y así lo hizo.»

A pesar de la enfermedad, Ernesto aprobó tres exámenes en noviembre y otros diez el mes siguiente. Le quedaba uno solo, en abril, para obtener el título de médico y volver a Venezuela. Mientras tanto, dedicaba el mayor tiempo posible a la Clínica Pisani. El trabajo era interesante porque además de estudiar los casos de pacientes afectados de alergias podía tratar de descubrir las causas y buscar antídotos en el laboratorio.

Pisani, que lo alentaba al máximo, empezó a nombrarlo entre sus colaboradores en los trabajos que publicaba. La revista especializada *Alergia*, en

su edición de noviembre de 1951-febrero de 1952, menciona a Ernesto junto con el doctor Pisani y otros como coautores de un trabajo de investigación titulado «Sensibilización de cobayos al polen mediante inyecciones de extracto de naranja».

El 11 de abril de 1953, Ernesto aprobó el último examen. Su padre recuerda: «Yo estaba en mi estudio cuando sonó el teléfono. Lo cogí y reconocí enseguida su voz, que decía: "Habla el doctor Ernesto Guevara de la Serna." Y ponía el énfasis en la palabra *doctor*.»

«Muy grande fue mi alegría –añadió el padre–, pero también muy corta; casi al mismo tiempo que nos enterábamos que se acababa de graduar de médico, anunció su nuevo viaje: esta vez su compañero sería un viejo amigo de la infancia, Carlos Ferrer.»

Desde que Ernesto le prometió llevarlo en su viaje siguiente, Calica aguardaba ansioso su regreso. Había llegado el momento de materializar el proyecto e iniciar los preparativos. «Nosotros empezamos a recolectar conexiones en los distintos lugares adonde íbamos a ir –recuerda Calica–, de personas que en caso de pedirle alguna ayuda, no económica, sino de enfermedad, algún lazo interesante, a los efectos de que tal cosa nos saliera más barato, con más fortuna que la otra, algún itinerario, todas esas cosas. Para el viaje ya habíamos decidido que iba a ser por Bolivia, porque Ernesto quería conocer las ruinas incas, para lo cual ya había empezado a estudiar, había interiorizado, y Machu Picchu, que era nuestra meta.»

En cuanto a sus planes de más largo plazo, Ernesto hablaba de ir a la India, mientras Calica, más interesado en la buena vida, ya se veía en París, elegantemente vestido en un cóctel y con una hermosa mujer cogida de su brazo. «Nuestra meta era Salta –dice Calica–, después trabajar un poco, y lo menos posible, en Venezuela y después irnos a Europa.»

Al observar el ajetreo, Guevara Lynch escribió: «Nuestras ilusiones, como un castillo de naipes, se deshicieron; ya sabíamos lo que le esperaba, y lo sabíamos bien: caminaría leguas y leguas o andaría colgado de cualquier carro o camión; dormiría en cualquier parte y comería lo que pudiera. De su asma y de su salud, ni remotamente se ocuparía y volvería como siempre a correr mundo, sin cuidarse de los peligros. Pero nosotros, los padres y sus hermanos, nada podíamos hacer, ni debíamos intervenir. Ya no era ni el niño ni el joven, sino el doctor Ernesto Guevara de la Serna, que hacía lo que se le daba en gana.»

Cuando Ernesto informó al doctor Pisani de su partida, éste trató de retenerlo. Le ofreció un puesto remunerado, un apartamento en la clínica y un futuro a su lado como investigador. Ernesto se negó. Estaba resuelto, no quería «estancarse» como Pisani. «No me quiero atar a una sola cosa –dijo a Mafalda, la hermana del doctor–, quiero conocer el mundo.»

En junio Ernesto recibió una copia de su diploma y unos días después cumplió veinticinco años. Con su título debidamente legalizado, era un médico auténtico. Sólo quedaba que Calica y él obtuvieran visados y dinero, y nuevamente había que gorronear. Elaboraron un plan de ataque. Cali-

ca recuerda: «A las tías, todas las tías, a las abuelas, a algún nieto o sobrino, a los cuales se les podía pedir un pechazo. Entonces, tanto Ernesto como yo íbamos calculando por ahí. "¿Pechaste a fulana?" "Sí, le pedí tanto." "Y yo a mi abuela, me va a dar tanto, mamá también me va a dar plata."»

En poco tiempo habían reunido el equivalente de trescientos dólares cada uno y todos los visados salvo el de Venezuela. Debido al boom petrolero, Venezuela era un polo de atracción para buscadores de trabajo de todo el mundo y en los últimos tiempos el gobierno limitaba la entrega de visados. El consulado venezolano rechazó sus solicitudes porque no tenían pasajes de salida del país.

Aunque salieron del consulado venezolano con las manos vacías, Ernesto dijo a Calica que no se preocupara, que ya conseguirían las visas en otro país. Transformó el incidente en una anécdota divertida para relatar a los amigos. A Tita Infante le dijo que era un malentendido: el cónsul había confundido un ataque de asma, que le había deformado las facciones, con un ataque de furia y había temido por su propia seguridad.

Era julio de 1953. Calica era el «economista» de la expedición: el que llevaba el dinero. Su madre le confeccionó un cinturón especial para llevarlo debajo de la ropa interior, al que Ernesto llamó el «cinturón de castidad». Compraron billetes de segunda clase para el tren del ferrocarril Belgrano que partía el 7 de julio hacia Bolivia. Todo estaba dispuesto.

Un gran número de familiares y amigos se congregó en la estación para despedirlos. Ernesto llevaba uniforme militar de combate, regalo de su hermano Roberto. Desde luego, el equipaje era excesivo; Ernesto llevaba más libros que ropa.

Se sentaron en los asientos de madera del vagón de segunda clase, atestado de indios con sus bultos. Bruscamente los jóvenes advirtieron el penoso contraste entre sus humildes compañeros de viaje y sus propios parientes y amigos, todos bien vestidos. En el último momento les entregaron montones de regalos y golosinas: tartas de la madre de Calica, dulces de otro pariente.

En el andén, Celia Guevara de la Serna tomó con fuerza la mano de Matilde, la novia de Roberto, y dijo con tristeza: «Lo pierdo para siempre; ya nunca más veré a mi hijo Ernesto.» El revisor hizo sonar su silbato y el tren se puso en marcha lentamente. Todos saludaron y agitaron las manos.

Cuando el tren se alejaba lentamente, una figura solitaria se apartó del resto para correr junto al coche que ocupaban Ernesto y Calica. Era Celia, que agitaba un pañuelo. Estaba muda y las lágrimas bañaban su rostro. Corrió, agitando el pañuelo, hasta que se le acabó el andén y el tren se alejó hasta desaparecer.

7. «SIN SABER CUÁL ES EL NORTE»

I

Ernesto Guevara, doctor en medicina y avezado trotamundos, había partido nuevamente. «El nombre del ladero ha cambiado –escribió en un nuevo diario personal que tituló *Otra vez*–,[1] ahora Alberto se llama Calica, pero el viaje es el mismo: dos voluntades dispersas extendiéndose por América sin saber precisamente qué buscan ni cuál es el norte.»

Poco después de la partida del tren, Mario Saravia, un primo de Ernesto, se llevó una sorpresa. Al volver a la casa de los Guevara, donde se alojaba, advirtió que le faltaban tres camisas de seda nuevas. Sospechó que Ernesto se las había llevado y así se lo dijo a Celia madre. «¡No, cómo te las va a haber robado!», respondió, escandalizada. Saravia le escribió una carta para preguntarle si se había llevado sus camisas. La respuesta tardó en llegar, y fue afirmativa. Pero no debía preocuparse, dijo: las había utilizado bien. Las había vendido y con ese dinero había «comido y dormido quince días». En venganza, Saravia le escribió que había vendido el apreciado microscopio que Ernesto había dejado a su cuidado y con el dinero se había ido «a veranear».

Después de tres días tranquilos y aburridos en el polvoriento pueblo fronterizo de La Quiaca, los amigos reanudaron el viaje en tren a través de Bolivia. Esta vez, por insistencia de Calica, lo hicieron en un compartimiento de primera clase. Dos días después descendieron del gélido altiplano pardo al gran cráter natural donde reposaba la ciudad de La Paz en su cuna yerma y expuesta al sol como una especie de colonia lunar experimental.

Era un lugar impresionante: en la periferia de la ciudad, los contornos nítidos del cráter que la encerraba componían una geología fantástica de rocas sedimentarias erosionadas; todo un valle de gigantescas estalagmitas blancas que apuntaban al cielo como dagas de piedra. Más allá, la tierra se

1. Este diario personal inédito, que abarca los tres años siguientes de la vida de Guevara, fue hallado y mecanografiado después de su muerte por su viuda Aleida March. Aparte de algunos pasajes, nunca fue divulgado, pero ella puso el texto íntegro a disposición del autor. Aparentemente no está expurgado, salvo en algunos pasajes sexualmente gráficos que ella admite haber eliminado para defender el «pudor» de la imagen de su difunto esposo. En 2000, el diario finalmente fue publicado por el Centro de Estudios Che Guevara bajo su título original: *Otra vez.*

alzaba en un pliegue de roca alpina y glaciares de hielo para formar el volcán blanco y azul llamado cerro Illimani. Ernesto estaba fascinado. «La Paz es la Shangai de América –escribió entusiasmado en su diario–. Una riquísima gama de aventureros de todas las nacionalidades vegetan y medran en medio de la ciudad polícroma y mestiza...»

Sin perder el tiempo, se lanzaron a conocer la ciudad. Después de registrarse en un hotel barato, el City, salieron a recorrer las empinadas calles de adoquines, atestadas de indios con sus trajes multicolores y grupos de milicianos armados. Era la Bolivia revolucionaria, la nación más india de América Latina y también una de las más pobres, con una historia de explotación infame. La mayoría indígena había estado sometida a una virtual servidumbre durante siglos mientras un puñado de familias dominantes se enriquecía mediante el control absoluto de las minas de estaño, la principal fuente de ingresos del país, y las tierras productivas.

Aparentemente, aquella situación había dado un vuelco. Una revuelta popular el año anterior había llevado al poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que a su vez había disuelto el ejército y nacionalizado las minas. En pocas semanas debía entrar en vigor una controvertida ley de reforma agraria. Pero reinaba la inestabilidad, y las numerosas fuerzas políticas rivales jaqueaban al régimen. En el campo, los campesinos impacientes atacaban las haciendas privadas para forzar la solución al problema agrario, mientras los mineros, dirigidos por la Central Obrera Boliviana (COB), creada recientemente, realizaban demostraciones de fuerza para obligar al gobierno a hacer mayores concesiones.

Milicias populares armadas recorrían las calles de la capital; cundían los rumores sobre golpes impulsados por elementos descontentos del ejército disuelto. Ya se había aplastado una conjura en enero. Al mismo tiempo, las alas derecha e izquierda de la coalición que estaba en el poder perseguían objetivos contrapuestos: los comunistas exigían la entrega del poder a los trabajadores, mientras el ala de centroderecha del presidente Hernán Siles Zuazo trataba de seguir un camino intermedio que aislara tanto a los comunistas como a los *rosqueros*, la oligarquía local.

En sus vagabundeos por la ciudad se toparon con un joven argentino al que habían conocido en el tren. Visitaba a su padre, Isaías Nogués, conocido político y propietario de un ingenio azucarero en Tucumán, exiliado debido a su oposición a Perón. Resultó que Nogués conocía a las familias de Calica y Ernesto, y los invitó a su casa a cenar.

En la casa de Nogués asistieron a un espectacular asado argentino y conocieron a otros miembros de la comunidad argentina en el exilio paceño. De su anfitrión, Ernesto dijo que era un hidalgo, que le recordaba la «augusta serenidad» del Illimani. «Exiliado de la Argentina, es centro y dirección de la colonia que ve en él un dirigente y un amigo. Sus ideas políticas hace mucho que han envejecido en todo el mundo, pero él las mantiene, independiente al huracán proletario que se ha desatado sobre nuestra belicosa esfera. Su mano amiga se tiende a cualquier argentino sin preguntar

quién es y por qué viene y su serenidad augusta arroja sobre nosotros, míseros mortales, su protección patriarcal, sempiterna.»

También conocieron al hermano de Nogués, que estaba de visita. «Gobo» era un playboy que venía de conocer la buena vida en Europa. Amante de la vida nocturna, gastador y poseedor de una gran cantidad de contactos, Gobo les mostró una invitación a la boda de su «amigo» el magnate naviero griego Aristóteles Onassis. Gobo se prendó de los jóvenes viajeros y los invitó a los bares y restaurantes de la ciudad. Así conocieron el Gallo de Oro, un cabaret cuyo dueño era argentino, donde políticos, exiliados y aventureros se codeaban con paceños de vida disipada; se convirtió rápidamente en una de sus tertulias preferidas. Aquí pudieron conocer a una Bolivia distinta de la que pululaba por las calles. En una ocasión, al sufrir un ataque de diarrea, Ernesto corrió al baño del Gallo de Oro, de donde volvió minutos después para contarle a Calica, escandalizado, que acababa de ver a dos hombres esnifando cocaína.

También frecuentaban la terraza del Hotel La Paz, donde los exiliados argentinos bebían café o alcohol, coqueteaban y discutían la situación argentina o la revolución boliviana. Era una excelente atalaya desde donde observar la vida del país: diariamente, las manifestaciones de indios marchaban hasta el palacio presidencial clamando a gritos alguna medida del gobierno.

Para Ernesto y Calica, resultó una bendición en otro sentido. Un día, mientras contemplaban las multitudes de transeúntes que pasaban por la acera, Calica vio a un par de muchachas bonitas y decidió bajar a ver si podía ligarlas. Las acompañaba un hombre mayor que resultó ser un general venezolano llamado Ramírez, quien cumplía un «exilio dorado» como agregado militar del país. Amable a pesar de las inconfundibles intenciones del joven, el general lo invitó a una copa, y Calica no necesitó mucho tiempo para obtener su promesa de que les otorgaría los visados venezolanos que antes les habían negado.

El anhelo de compañía femenina se trasluce en la prosa del diario personal de Ernesto. «La Paz ingenua, cándida como una muchachita provinciana muestra orgullosa sus maravillas edilicias.» Pero pocos días después conoció a una hembra de carne y hueso que parecía accesible, y escribió llanamente: «Hay algo ondulante y con buche que se ha cruzado en mi camino, veremos...»

Aquel «algo ondulante» resultó ser Marta Pinilla, hija de una familia de ricos aristócratas terratenientes cuyas vastas propiedades estaban en las afueras de la capital. La conoció durante una velada con el general Ramírez, que además de conseguirles los visados los había invitado a salir. Calica también tenía pareja, era una de las muchachas que había conocido en su primer encuentro con Ramírez. El 22 de julio, alentado por el giro de su suerte, Calica escribió una carta optimista a su madre. Las perspectivas mejoraban. Gracias a Nogués habían podido abandonar el hotel miserable y ahora eran atendidos a cuerpo de rey en la casa de una familia argentina pudiente donde pagaban su alojamiento. Llevaban una «vida social intensa».

«La gente bien de La Paz nos invita a almorzar... nos lleva a pasear en auto por la ciudad y nos ha invitado a una fiesta. Fuimos a una *boîte*, el Gallo de Oro, que pertenece a un argentino. No nos dejaron pagar nada. Todos los argentinos aquí son muy unidos, nos han tratado fantásticamente. A toda hora son meriendas, comidas en el Sucre y en el Hotel La Paz, los dos mejores... Esta tarde vamos a tomar el té con un par de chicas ricas y esta noche vamos a un baile.»

Llevaban una vida esquizofrénica al alternar constantemente los bajos fondos y la «alta sociedad» de la ciudad. Aunque Ernesto quería familiarizarse con la revolución boliviana, sus contactos sociales los introducían en una élite paceña enemiga natural de los cambios en curso. Por ejemplo, Calica recuerda que la adinerada familia de Marta estaba a punto de abandonar sus tierras, expropiadas por la inminente reforma agraria.

Su travesía por la inestable trama social de la Bolivia revolucionaria fue rica en pequeños incidentes. Una noche, cuando volvían del Gallo de Oro a la ciudad, una de las omnipresentes patrullas indígenas que recorrían las calles detuvo su coche a punta de fusil. Recuerda Calica: «Pidieron nuestros documentos y Gobo, que estaba un poco borracho, dijo a uno de ellos, "Indio, guarda esa escopeta para cazar perdices...".»

Mientras Calica expresaba sin reservas las actitudes racistas de sus adinerados amigos blancos, Ernesto reflexionaba sobre lo que veía a su alrededor. «La gente llamada bien, la gente culta, se asombra de los acontecimientos y maldice la importancia que se le da al indio y al cholo, pero en todos me pareció apreciar una chispa de entusiasmo nacionalista frente a algunas obras del gobierno.

»Nadie niega la necesidad de que acabara el estado de cosas simbolizado por el poder de los tres jerarcas de las minas de estaño, y la gente joven encuentra que éste ha sido un paso adelante en la lucha por una mayor nivelación de personas y fortunas.»

La «estadía de una semana» se prolongaba al tiempo que disminuían los fondos disponibles. «Estoy un poco desilusionado de no poder quedarme –escribió Ernesto a su padre el 24 de julio–, porque esto es un país muy interesante y vive un momento particularmente efervescente. El 2 de agosto se produce la reforma agraria, y se anuncian batidas y bochinches en todo el país. Hemos visto desfiles increíbles con gente armada de máuseres y piripipí [metralletas] que tiraban porque sí. Todos los días se escuchan tiros y hay heridos y muertos por armas de fuego.

»El gobierno muestra una casi total inoperancia para detener o aun encauzar a las masas campesinas y mineras, pero éstas responden de cierta medida y no hay duda que en una revuelta armada de la Falange (el partido opositor), éstos estarán del lado del MNR.

»La vida humana tiene poca importancia aquí y se da o se quita sin mayores aspavientos; todo eso hace que para un observador neutral la situación sea sumamente interesante...»

Ernesto había sugerido que partía, pero en realidad pensaba quedarse

para ver qué sucedía el 2 de agosto. Quería ser testigo de un suceso histórico y posiblemente agitado. Entretanto, Calica y él aprovechaban todas las invitaciones de los Nogués para llenarse la panza. Calica escribió a su madre: «Ernesto come como si no hubiera comido en una semana, es famoso en el grupo...» Encantado por semejante muestra de apetito, Gobo apostaba cuánto podía comer Ernesto de una sola vez y prometió que si se encontraban en Lima, hacia donde se dirigían todos, llevaría a Ernesto y Calica a un restaurante donde la comida era gratuita si los clientes comían en cantidad suficiente. Sería para él un gran placer, dijo, «exhibir estos dos orgullosos ejemplares de la raza argentina».

Durante una velada con los Nogués conocieron al abogado argentino Ricardo Rojo. Hombre alto y robusto de calva incipiente y bigote, a los veintinueve años Rojo era un político veterano. Antiperonista de la opositora Unión Cívica Radical, acababa de escapar de una comisaría en Buenos Aires donde lo habían detenido como sospechoso de terrorismo.

Se había refugiado en la embajada guatemalteca y volado a Chile con un salvoconducto del gobierno izquierdista del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz. De ahí había llegado a La Paz y, como Guevara y todos los argentinos de paso, había encontrado el camino a la casa de Isaías Nogués. Orgulloso de su hazaña, tenía consigo un recorte de la revista *Life* que relataba su fuga y salida del país. Pensaba ir a Perú, de ahí a Guatemala y con el tiempo llegar a Estados Unidos.

Como los demás huéspedes de Nogués, quedó impresionado por los «salvajes» hábitos alimentarios de Guevara y descubrió con sorpresa que era médico, ya que su tema de conversación preferido era la arqueología. «La primera vez que lo vi, Guevara no me causó gran impresión. Hablaba poco, prefería escuchar la conversación de los demás. Pero de repente hacía callar al interlocutor con una sonrisa seductora y un comentario filoso como una navaja.»

Era un rasgo común a ambos. Rojo también era mordaz y afilado, y disfrutaba de la polémica tanto como Guevara. La noche que se conocieron, volvieron juntos a pie al hospedaje de Ernesto. Dice Rojo que se hicieron «amigos, aunque lo único que teníamos en común en esa época era que los dos éramos jóvenes estudiantes universitarios con poca plata. A mí no me interesaba la arqueología ni a él la política, al menos en el sentido que tenía la política para mí entonces y tendría más adelante para él».

Decidieron que volverían a encontrarse, y en efecto, a partir de entonces la figura ubicua de Rojo reaparecería una y otra vez en la vida de Guevara a lo largo de la década siguiente.*

A pesar de que los rumores de un alzamiento contrarrevolucionario acentuaban sus ansias por estar en La Paz el 2 de agosto, Ernesto también anhelaba conocer las condiciones en las tristemente célebres minas bolivianas y por eso, aunque ello lo obligaba a estar lejos ese día tan importante,

* Véanse más detalles en el apéndice.

Calica y él decidieron visitar la mina de volframio Balsa Negra, cerca de la capital. A una altura de algo menos de seis mil metros, la mina se encontraba a la sombra de los cantos sueltos y el hielo del monte Illimani. Los ingenieros de la mina les mostraron el lugar donde, durante una huelga anterior a la revolución, los guardias de la empresa habían emplazado una ametralladora y disparado contra los mineros y sus familias; ahora los mineros habían triunfado y la mina pertenecía al Estado. Como en Chuquicamata, el panorama conmovió profundamente a Ernesto. «El silencio de la mina quieta ataca hasta a los que como nosotros no conocen su idioma.»

Ernesto y Calica pasaron la noche en la mina, y al prepararse para partir hacia La Paz, se cruzaron con los camiones cargados de mineros que regresaban de allí. Estaban armados y disparaban sus fusiles hacia el cielo. Con sus «caras pétreas y sus cascos de plástico coloreado», Ernesto los halló semejantes a «guerreros de otras tierras». Se enteró de que en la capital el día había transcurrido sin grandes incidentes.

La visita a la mina había valido la pena. Una vez más había visto al desnudo la dependencia de América Latina con respecto a Estados Unidos. Acerca del mineral de Balsa Negra, comentó: «Hoy por hoy es lo único que mantiene a Bolivia, pues es un mineral que los americanos compran, por lo que el gobierno ordenó incrementar la producción.» Era la prueba irrefutable del vaticinio que había formulado con respecto al dilema de Chile al nacionalizar sus minas. Mientras los norteamericanos dominaran el mercado de exportación de minerales, la verdadera independencia era imposible.

El gobierno boliviano era consciente de ello; el presidente Eisenhower ejercía una fuerte presión para que realizara las reformas con cautela. Y el consejo no había caído en oídos sordos. Después del triunfo de la revolución, las nacionalizaciones del MNR se habían limitado a las minas de los tres grandes barones del estaño. Más importante aún, Bolivia dependía de Estados Unidos no sólo para venderle sus minerales sino también porque este país fijaba los precios. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había comprado enormes cantidades de estaño a bajo precio para constituir un colchón de reserva. Ahora la venta de esas reservas le permitía dictar el precio del mineral en el mercado mundial.

Las presiones económicas no eran el único peligro que acechaba a la revolución boliviana. Desde la elección de Eisenhower, Estados Unidos había lanzado una agresiva política de contención del «expansionismo comunista soviético» en el mundo. En el verano de 1953, al presidente boliviano Siles le bastaba echar una mirada en derredor para comprender las dificultades que podría sufrir su gobierno si despertaba las iras de Washington.

Washington atacaba al gobierno izquierdista de Guatemala, al que acusaba de tener inclinaciones comunistas debido a la ley de reforma agraria de 1952 que había nacionalizado los intereses de la poderosa United Fruit Company. Ávida de venganza, la empresa había demostrado que poseía amigos influyentes en las esferas más altas del gobierno, sobre todo en la administración de Eisenhower.

El mundo se aproximaba a un nuevo umbral. En marzo había muerto el dirigente soviético Iósif Stalin. Pero ello no significó el fin de la guerra fría sino todo lo contrario. La Unión Soviética ansiaba alcanzar la paridad nuclear con Estados Unidos y apresuraba los últimos detalles de la primera bomba de hidrógeno del mundo para hacerla estallar el 12 de agosto.

Mientras los bandos intercambiaban prisioneros de guerra en Corea, las tropas chinas y de las Naciones Unidas chocaban en la última batalla sangrienta de los tres años de conflicto antes del armisticio. La tregua del 27 de julio dejó a la península devastada y dividida. Al igual que en Berlín, Oriente y Occidente se enfrentaban a lo largo de una frontera hostil, creando un nuevo foco de tensiones en un mundo cada vez más dividido.

En Cuba, país que Washington consideraba «seguro», sucedían hechos que poco más adelante afectarían profundamente la vida de Guevara. El 26 de julio, un grupo armado de jóvenes rebeldes asaltó y tomó momentáneamente el cuartel Moncada en la ciudad oriental de Santiago con la esperanza de provocar una insurrección nacional contra el dictador militar Fulgencio Batista. El enfrentamiento en sí causó la muerte de ocho rebeldes y diecinueve soldados, pero el ejército derrotó la intentona y la transformó en un baño de sangre. Batista quiso atribuir la acción a los «comunistas», pero el Partido Comunista cubano la repudió, calificándola de «putsch burgués», y negó toda participación. Entre los jóvenes rebeldes apresados, sesenta y nueve fueron ejecutados sumariamente o bajo tortura. La intervención de la Iglesia permitió que los supervivientes fueran detenidos con vida. Entre ellos estaban el líder de la revuelta, un estudiante de veintiséis años llamado Fidel Castro, y su hermano menor, Raúl.

II

En la revolucionaria capital boliviana Ernesto y Calica visitaron el flamante Ministerio de Asuntos Campesinos y conocieron a su titular, Ñuflo Chávez. Su tarea era poner en ejecución la anunciada ley de reforma agraria. Para Ernesto resultó «un lugar extraño [donde] montones de indios de diferentes agrupaciones del altiplano esperan turno para ser recibidos en audiencia. Cada grupo tiene su traje típico y está dirigido por un caudillo o adoctrinador que les dirige la palabra en el idioma nativo de cada uno de ellos. Al entrar, los empleados les espolvorean DDT».

Sintió indignación ante la evidencia de la persistente brecha cultural entre los líderes de la revolución y el pueblo que supuestamente representaban. A Calica le parecía razonable que los espolvorearan con DDT porque los indios estaban «llenos de piojos y de insectos... y esos tipos tenían que entrar a salones donde había alfombras y cortinas y se iban a llenar de piojos». Después, cada vez que veían en la calle a un indio con el pelo cubierto de polvo blanco, ambos se miraban y decían: «Mira..., estuvieron con Ñuflo Chávez.»

Habían pasado casi un mes en La Paz, habían gastado casi la mitad de sus fondos y ya tenían los visados para Venezuela. Aunque era el momento de reanudar el camino, ambos habían echado raíces y les resultaba difícil arrancarlas. Finalmente tomaron la decisión. Ernesto escribió: «Cada uno de nosotros tenía su referencia amorosa que dejar allí. Mi despedida fue más en plano intelectual, sin dulzura, pero creo que hay algo entre nosotros, ella y yo.»

Tras una breve estancia en el lago Titicaca, Ernesto y Calica llegaron a la frontera peruana. En la aduana del pueblo fronterizo de Puno, los libros de Ernesto provocaron un incidente. Según su relato, «me requisaron dos libros: *El hombre en la Unión Soviética* y una publicación del Ministerio de Asuntos Campesinos que fue calificada de Roja, Roja, Roja en acento exclamativo y recriminatorio...». Después de una «jugosa charla», el jefe de policía los dejó ir y le aseguró a Ernesto que enviaría sus libros a Lima tal como había solicitado.

De Puno viajaron a Cuzco. Ernesto estaba encantado de regresar, pero el lugar, histórico, no impresionó en absoluto a Calica. Escribió a su madre que la ciudad, aunque interesante, era «... el lugar más sucio que te puedas imaginar», tanto que «lo obliga a uno a bañarse». Añadió en tono de broma que durante los ocho días que pasaron allá «el Chancho se bañó una vez y por mutuo acuerdo, sólo por razones de salud».

Al cabo de unos días, Ernesto estaba harto de las quejas de Calica sobre la mugre y la falta de comodidades. Lo expresó en una carta a Celia, el 22 de agosto: «Alberto se tiraba en el pasto a casarse con princesas incaicas, a recuperar imperios. Calica putea contra la mugre y cada vez que pisa uno de los innumerables soretes (excrementos humanos) que jalonan las calles, en vez de mirar al cielo y alguna catedral recortada en el espacio, se mira los zapatos sucios. No huele esa impalpable materia evocativa que forma Cuzco, sino el olor a guiso y a bosta; cuestión de temperamentos.»

En cuanto al futuro, dijo que era incierto porque «no sabía cómo andaban las cosas» en Venezuela. Y sobre el futuro más lejano aseguró que no abandonaba sus esperanzas de ganar «US $ 10.000», la suma de dinero que pensaba ahorrar allá. Entonces, «... tal vez hagamos un nuevo viaje por Latinoamérica, pero esta vez en dirección norte-sur con Alberto, y que tal vez sea en helicóptero. Luego Europa y luego oscuro». Es decir, todo era posible.

Tras una excursión a Machu Picchu, que a pesar de las hordas de turistas norteamericanos embelesó nuevamente a Ernesto, iniciaron el viaje agotador de tres días en autobús a Lima. Tuvieron un poco de diversión durante una parada, donde Calica y él bajaron una ladera para nadar en las frías aguas del río Abancay. Ernesto, totalmente desnudo, saltaba en el agua y saludaba con el brazo para escandalizar a las pasajeras que se habían quedado arriba. Llegaron agotados a Lima, donde durmieron «como lirones».

En una carta a su padre fechada el 4 de septiembre, Ernesto se quejó de que en lugar de encontrarse, como esperaba, con «una tonelada de cartas», había una sola, la suya. «Me alegra saber que las estrecheces económicas no son

tantas como para necesitar urgentemente alguna ayudita mía. Me alegro por ustedes... pero no dejen de avisarme si las papas queman para apurarme algo.»

Evidentemente, sentía la obligación de conseguir un trabajo remunerado para ayudar a la familia, y la aseveración de su padre de que todo estaba bien tranquilizaba su conciencia. En la misma carta incluyó un mordaz reproche a su madre por no escribirle. Sugirió que tratara de escribirle una carta cada vez que se sentaba a jugar al solitario para «curarse» de su adicción.

En Lima, Calica encontró por fin un ambiente de su agrado. «Me gusta mucho, es moderna, limpia, con todas las comodidades, una gran ciudad», escribió a su madre el 8 de septiembre. Estaban en buenas manos, ya que los amigos de Ernesto en el leprosario Guía y el doctor Pesce les habían ayudado a conseguir una pensión limpia con agua caliente y un comedor universitario donde alimentarse. También se reencontraron con Gobo Nogués. «Gobo nos ha presentado en sociedad, comimos dos veces en el Country Club, buenísimo, supercaro, lógicamente no nos dejaron meter la mano en el bolsillo y estuvimos varias veces en el Gran Hotel Bolívar [el más caro de Lima]», escribió embelesado.

En cambio, Ernesto contemplaba Lima con el ojo crítico de un asceta objetivo. «Sus iglesias llenas de magnificencia por dentro no alcanzan externamente (mi opinión) a mostrar esa augusta sobriedad de los templos cuzqueños. La catedral... parece haber sido construida en una época de transición cuando en España se iniciaba la decadencia de su furia guerrera para empezar el amor al lujo, a las comodidades.» El diario incluye un comentario deprimente sobre una fiesta «en la que yo no pude chupar por estar con asma pero que sirvió para que Calica se pescara una buena curda». En cuanto a una salida al cine a ver por primera vez «el famoso tridimensional», comentó que «no me parece revolucionario en nada y las películas siguen siendo igual».

Ernesto se encontró un par de veces con el doctor Pesce y disfrutó con «una de sus charlas tan completas y amenas en las que habla con tanta seguridad de temas tan diversos». Pero a continuación, investigadores de la policía peruana los detuvieron, interrogaron y revolvieron su cuarto de la pensión. Aparentemente los habían tomado por una «pareja de secuestradores» en busca y captura. Todo se aclaró, pero Ernesto sospechó que aún los tenían bajo vigilancia y decidió no volver a ver al doctor Pesce. No quería causar ni tener más problemas.

En realidad, no estaba convencido de que el incidente con la policía se debiera a un error. Le habían confiscado literatura «roja» en la frontera con Bolivia y probablemente su nombre y el de Calica figuraban en alguna lista de personajes sospechosos. El dictador Manuel Odría, que aún detentaba el poder, sin duda temía que la revolución izquierdista en Bolivia le «ensuciara el gallinero», como dijo Ernesto a Calica, y por lo tanto no era conveniente que las autoridades los vincularan con un comunista como el doctor Pesce. Asimismo decidió que el intento de recuperar los libros confiscados sólo complicaría las cosas en Lima.

El 17 de septiembre, Ernesto recibió una carta de su madre en la cual le informaba que había arreglado todo para que los «alojara» el presidente de Ecuador cuando llegaran a su país. Al día siguiente, un Calica exultante transmitió la maravillosa novedad a su madre con el jubiloso comentario de que los aguardaba «un hermoso panorama en materia de alojamiento y comida».

Se toparon con su amigo exiliado Ricardo Rojo, quien iba camino de Guayaquil para embarcarse a Panamá. Puesto que también ellos se dirigían hacia allá, Rojo les indicó una pensión donde podrían encontrarlo.

III

Viajaron hacia el norte en autobús a lo largo de la costa peruana mientras Ernesto sufría un nuevo ataque de asma. El 28 de septiembre entraron en Ecuador y tuvieron que esperar transporte en el pueblo fronterizo de Huaquillas. Fue según Ernesto «un día perdido en cuanto a viaje, aprovechado por Calica para tomar cerveza...». Tras navegar un día y una noche por un río hasta el golfo de Guayaquil, cruzaron el delta cenagoso hasta la tórrida ciudad portuaria tropical. Ricardo Rojo los esperaba en el muelle con tres amigos, estudiantes de derecho en la Universidad Argentina de La Plata. Los amigos eran Eduardo «Gualo» García, Oscar «Valdo» Valdovinos y Andro «Petiso» Herrero, quienes al igual que Rojo se dirigían a Guatemala y querían vivir algunas aventuras por el camino.

La pensión era una mansión colonial decrépita con un muelle para botes en la orilla fangosa del río Guayas, en un barrio pobre llamado Quinta Pareja. Los dueños subdividían las enormes habitaciones en cubículos diminutos por medio de cajones de madera utilizados para el transporte de automóviles. Ernesto y Calica se juntaron con los demás en una gran habitación mientras las dimensiones internas de la casa se encogían a su alrededor.

La dueña de la pensión, llamada María Luisa, era una persona de gran corazón y medios escasos. Vivir en su rústico establecimiento era formar parte de una gran familia caótica que pasaba por estrecheces financieras. María Luisa regentaba la pensión con su madre Agripina –una vieja bruja que pasaba los días tendida en una hamaca y fumando constantemente– y su esposo Alexander. Se decía que había sido huésped de la pensión y que su deuda había llegado a un monto tal que se había visto obligado a casarse con María Luisa.

Finalmente no tuvieron que viajar a Quito para visitar al presidente Velasco Ibarra. Al enterarse de que el jefe del Estado visitaba Guayaquil, Ernesto y Calica vistieron sus mejores galas y fueron a arrojarse a los pies de su secretario privado. El 21 de octubre Ernesto escribió a su madre el siguiente relato burlón de la entrevista: «Me dijo que a Velasco Ibarra no se lo podía ver, que la desastrosa situación económica [personal] que le pinté era una baja de la vida, añadiendo con tono filosófico: "Porque la vida tiene altąs y bajas, ustedes están en una baja, ánimo, ánimo. Bueno, van a discul-

par pero tengo que ir al acto de los bomberos; ¿eh?" Ni una copa, ni una triste copa para ahogar las penas...»

Ernesto y Calica regresaron tal como habían salido, prácticamente sin un centavo, igual que sus compañeros. Entretanto, sus deudas con María Luisa crecían constantemente. Juntaron sus fondos e instituyeron un régimen económico estricto que Ernesto obligaba a todos a respetar. Si Calica había sido hasta entonces el encargado del «cinturón de castidad», la experiencia del viaje indicaba quién era el más «ahorrador». Ernesto impuso la consigna de «austeridad absoluta» que él mismo sólo violaba de vez en cuando para comprarse una banana; era prácticamente lo único que comía.

A mediados de octubre, Ricardo Rojo y Oscar Valdovinos se embarcaron hacia Panamá en un buque de la United Fruit Company; los demás los seguirían cuando zarpara el siguiente. Entretanto, Ernesto y Calica acampaban al aire libre con Gualo García y Andro Herrero. Mientras discutían los pasos siguientes y disfrutaban de la camaradería, sin deseos por el momento de partir hacia Venezuela, Ernesto exploraba Guayaquil. En la pensión jugaba al ajedrez y conversaba con los nuevos amigos. Todos sentían un poco de nostalgia por la Argentina, hablaban de sus familias, su pasado y sus esperanzas para el futuro. Ernesto pidió que lo llamaran Chancho, y mejoró de su asma.

8. RUMBO AL NORTE

I

Nada de interés retenía a Ernesto en Guayaquil, a la que calificó desdeñosamente de «ciudad pretexto que gira alrededor del suceso diario de la entrada o salida de barcos sin vida propia casi».

Pero no partía. Prolongaba su estancia, contaba las monedas y compartía la pobreza de sus nuevos amigos desamparados. Confesó a Andro Herrero que nunca había conocido la experiencia de la camaradería incondicional, en la cual todos compartían todo desinteresadamente y afrontaban juntos los problemas comunes mientras discutían de todo lo humano y lo divino. Lo más parecido a ella que había conocido en su vida había sido el rugby; sus compañeros de equipo eran buenos «compinches» con quienes salir de copas, pero no existía entre ellos una intimidad verdadera, y la camaradería se terminaba fuera del campo. Su mejor amigo, dijo, era Alberto; Calica era «un buen tipo» a quien conocía desde la infancia, pero en verdad tenían poco en común.

Le dijo a Andro que jamás había conocido la verdadera camaradería. La anhelaba, pero no la había conocido en su familia, fragmentada e invadida por intrusos adoptivos. Hablaba mucho de su madre, y Andro comprendió que había un vínculo especial entre ambos. Pero en una ocasión dijo con pena, sin poder contenerse, que su madre se rodeaba de poetas y literatos frívolos, de mujeres que «probablemente eran lesbianas». Andro, un poco mayor que Ernesto, advirtió en ello la expresión de un sentimiento de marginación afectiva e intuyó que el joven solitario estaba hambriento de afecto.

«Guevara era un tipo muy particular –recuerda Andro–. A veces parecía inexpresivo y su actitud era casi desagradable. Pero eso se debía al asma, el esfuerzo de respirar lo obligaba a crisparse y parecía *duro*. Pero después se relajaba y sus ojos sonreían; se arrugaban las comisuras de sus párpados.»

Los ataques de asma eran tan violentos que asustaban a sus compañeros, quienes lo ayudaban como podían. «Recuerdo haber despertado durante la noche cuando trataba de alcanzar su Asmapul [el medicamento] –explica Andro–, pero le fallaban las fuerzas y uno de nosotros tenía que alcanzárselo.» Enterados de que durante los ataques sólo podía comer arroz, compraron una cierta cantidad y lo hicieron cocer, gesto que le conmovió profundamente.

Mientras disfrutaba de este clima de camaradería novedoso para él, lo asaltaban sentimientos encontrados acerca de los próximos pasos. Uno de los caminos posibles estaba trazado; antes de partir de Buenos Aires, había recibido una carta en la que Alberto Granado le decía que tenía un puesto para él en el leprosario. Y que no se preocupara por el dinero para el pasaje, ya que él se lo prestaría. También tenía poderosas razones afectivas para ir allá. Le dijo a Andro que quería ahorrar dinero para enviar a su madre a París a recibir tratamiento médico especializado. Temía que tuviera cáncer y quería que la trataran los mejores médicos.

El dilema se resolvió cuando Gualo García lo invitó a viajar con él y Andro a Guatemala para conocer una experiencia novedosa: una revolución izquierdista que desafiaba el poderío norteamericano y luchaba por su supervivencia en un drama cuyo desenlace podría ser determinante para el futuro de Latinoamérica. Sin pensarlo dos veces, Ernesto olvidó todos sus planes, arrojó sus promesas por la borda y aceptó la invitación.

Una cosa era tomar la decisión de ir a Guatemala; hacerlo era muy distinto. El primer obstáculo era partir de Guayaquil. El segundo era obtener el visado panameño, que requería un pasaje de salida del país.

Ante la falta de dinero y la imposibilidad de conseguir esos pasajes, tendrían que convencer al capitán de algún barco que aceptara llevarlos gratuitamente y se presentara como garante ante las autoridades panameñas. Era más que difícil, y lo sabían, pero empezaron a recorrer obstinadamente los muelles. Los primeros intentos fracasaron y pasaban los días entre el tedio y la pobreza.

Ernesto se hizo amigo de los tripulantes de un buque argentino cargado de chatarra que había hecho una escala. Le evocó gratos recuerdos del *Anna G.*, uno de los buques en los que había trabajado en 1950, y después de subir a bordo un par de veces a comer y beber vino tinto volvió a la pensión bien provisto de cigarrillos norteamericanos y yerba mate. Un diplomático argentino pasajero del buque que conocía a su familia le dio una noticia inesperada: le informó «casi de pasada» que su tía Edelmira Moore de la Serna acababa de morir. Con esa franqueza cruel que empezaba a caracterizar su correspondencia con la familia, escribió el siguiente pésame a su tío y primos: «Es muy difícil llevar unas palabras de aliento en circunstancias como ésta y más lo es para mí, que por razones emanadas de mi posición frente a la vida no puedo siquiera insinuar el consuelo religioso que tanto ayudó a Edelmira en sus últimos años...»

Pasaban los días. En la búsqueda de alternativas para salir de allí, Ernesto sugirió que juntaran sus fondos y compraran un bote para navegar por la costa hasta Panamá. Calica estaba dispuesto, pero los estudiantes de La Plata los miraron atónitos y les dijeron que estaban locos. Por fin el buque *Guayos* aceptó llevarlos casi gratuitamente, pero les negaron los visados panameños. Estaban atascados.

Calica, que estaba impaciente por partir, decidió seguir solo hasta Quito, la capital mediterránea de Ecuador. Ernesto dijo que aguardaría unos días y si la situación no mejoraba, enviaría un telegrama a Calica para de-

cirle que se reuniría con él en Quito a fin de continuar el viaje a Caracas. Por el momento, no había certezas. Pero días después de la partida de Calica, el capitán del *Guayos* les dio una carta que garantizaba falsamente su pasaje de salida de Panamá, y así obtuvieron los visados. Pero apenas Ernesto envió el telegrama a Calica para decirle que *no* lo esperara, el *Guayos* postergó la partida «por tiempo indeterminado».

Ernesto sufrió un ataque de asma agravado por un medicamento que le provocaba náuseas y diarrea. Además, tenían una deuda enorme con la pensión de María Luisa, que aumentaba día a día. Estudiaron la posibilidad de escapar sin pagarla, pero la descartaron al comprender que la indómita Agripina no les dejaría pasar del vestíbulo.

El 21 de octubre Ernesto escribió a su madre sobre su «nueva posición de aventurero 100%». Al darle la noticia de que iba a Guatemala, dijo que había vendido el traje nuevo, su regalo de despedida. «La perla de tus sueños murió heroicamente en una compra-venta, y lo mismo sucedió con todas las cosas innecesarias de mi equipaje...» Había decidido vender su preciada cámara, pero «el resto burgués de mi afán propietario» lo hizo arrepentirse cuando apareció un comprador. Días después, Ernesto apuntó en su diario, con desesperación: «Prácticamente no hay más cosas que quemar, de modo que nuestra situación es bastante precaria: encima ni un peso, deuda 500 [sucres ecuatorianos], potencialmente mil, ésa es la cosa.»

Finalmente, Andro encontró la solución: se quedaría como garante de sus deudas y los demás tratarían de enviarle fondos para que pudiera reunirse con ellos. Ernesto protestó: *él* había sido el último en llegar y por lo tanto debía quedarse. Pero Andro insistió y el asunto quedó resuelto cuando un amigo suyo, que compraba provisiones para el lujoso Hotel Humboldt, ofreció pagar la mayor parte de la deuda si trabajaba para él.

(En definitiva, Andro jamás pudo reunirse con sus camaradas. Vegetó en Ecuador durante varios meses y realizó una serie de trabajos, entre ellos el de «bala de cañón humana» en un circo. Calica llegó a Caracas, se encontró con Alberto, consiguió trabajo y vivió casi diez años en Venezuela antes de volver a la Argentina. Ni él ni Andro volverían a ver a Ernesto.)

Eran dos para partir. Después de una serie de demoras interminables, el *Guayos* se disponía a zarpar. Ernesto dejó su talego a Andro, quien le dio una maleta más grande en la que cabían sus libros. El 31 de octubre, Andro se despidió de Ernesto y Gualo entre las pilas de cocos que atestaban el muelle. Ernesto hizo un relato frío de la partida: «El instante de las despedidas siempre frío, siempre inferior a lo que uno espera encontrándose en ese momento incapaz de exteriorizar un sentimiento profundo.»

Pero Andro guarda un recuerdo nítido: Ernesto, generalmente reservado, «lloraba como un chico» al decirle cuánto apreciaba su amistad. Conmovido por la demostración de afecto, abrumado por la emoción, Andro se alejó del muelle antes de que zarpara el *Guayos*.

II

Al navegar rumbo al norte, hacia Centroamérica, Ernesto sabía que su destino era una región «donde los países no son verdaderas naciones sino estancias privadas» de los dictadores de turno. Unos años antes, su poeta preferido, Pablo Neruda, había escrito el poema «The United Fruit Co.» en el que maldecía a la empresa explotadora por crear «repúblicas bananeras» sumisas, gobernadas por déspotas títeres. «El reino déspota de las Moscas...» lo llamó Neruda. «Trujillo la mosca y Tacho la mosca, las moscas llamadas Carias, Martínez, Ubico –todas moscas, moscas... el reino sangriento de las moscas.»

Efectivamente, en 1953, con la única excepción de Guatemala, el puñado de naciones agrarias atrasadas del istmo centroamericano era un conjunto de «repúblicas bananeras» dominado por Estados Unidos. En esa cinta delgada de tierra que unía América del Norte y del Sur, Panamá era un Estado menos que soberano, creado cincuenta años antes por Teddy Roosevelt para asegurar el control norteamericano sobre el Canal recientemente construido. A pesar de las tensiones nacionalistas crecientes, Estados Unidos conservaba su jurisdicción sobre la *Canal Zone* que dividía el país en dos. Allí mantenía bases militares y ejercía un papel preponderante sobre la economía y la vida política panameñas.

En Nicaragua, el corrupto general Anastasio «Tacho» Somoza García gobernaba desde la década de 1930. Había llegado al poder mediante la traición, al ordenar el asesinato del dirigente guerrillero nacionalista Augusto César Sandino mientras negociaba con él para poner fin a muchos años de guerras civiles y constantes incursiones de los marines norteamericanos. Somoza, un anticomunista acérrimo, tenía muchos amigos en Washington y fue a instancias suyas que la CIA inició las hostilidades contra la revolución reformista guatemalteca.

El Salvador, país diminuto, era gobernado férreamente por su oligarquía cafetalera. Una sucesión de dictadores militares gobernaba el país desde la derrota, veinte años antes y a costa de treinta mil vidas, de una rebelión campesina dirigida por los comunistas. La mayoría campesina vivía bajo un régimen feudal. Los gobiernos de la vecina Honduras, falta de carreteras, subdesarrollada y subpoblada, eran títeres lamentables de la United Fruit Company, que poseía enormes plantaciones además de los puertos y ferrocarriles del país.

Costa Rica era la excepción a la regla. También era anfritiona de la United Fruit, pero a partir de su «revolución» reformista de 1948 dirigida por José «Pepe» Figueres había negociado mejores condiciones de intercambio comercial sin perder la benevolencia de Washington, ya que se había abstenido de expropiar los intereses extranjeros. Allí reinaba un clima de tolerancia y moderación política que le había ganado el calificativo de «la Suiza de Centroamérica».

Las vecinas islas del Caribe, con sus haciendas y sus poblaciones de descendientes pobres de los esclavos negros, conformaban un conjunto de do-

minios imperiales bajo gobernadores blancos designados en Londres, París o La Haya. Las mismas potencias europeas aún tenían colonias en el continente: la diminuta Honduras Británica en la península de Yucatán y las remotas Guayanas en el cabo septentrional de Sudamérica seguían en manos holandesas, francesas y británicas. Estados Unidos había ingresado en el club imperial con su virtual anexión de Puerto Rico. Había arrebatado la isla a España medio siglo antes y la había incorporado a la «mancomunidad» norteamericana en 1952. Sólo Haití, la República Dominicana y Cuba eran repúblicas independientes y todas vegetaban bajo regímenes inestables, corruptos o ambas cosas a la vez. El siniestro general Rafael Trujillo, un ególatra en grado patológico, gobernaba y expoliaba la República Dominicana desde 1930. La Haití negra, desestabilizada por un golpe de Estado en 1950, no tardaría en caer en las manos siniestras del doctor François «Papa Doc» Duvalier. Y desde el golpe militar de 1952, Cuba estaba sometida a la arbitrariedad del general Fulgencio Batista.

III

Cuando el *Guayos* atracó en Panamá, Ernesto y Gualo consiguieron una pensión barata donde les permitían dormir en un pasillo por un dólar y medio diario. En el consulado argentino se enteraron de que Rojo y Valdovinos ya habían partido a Guatemala, pero les habían dejado una carta. Les contaban de algunos contactos en la federación estudiantil panameña y la noticia insólita de que Valdovinos se había casado después de un noviazgo fulminante con Luzmila Oller, de veintitrés años, hija de un diputado panameño.

Conocieron a Luzmila, que no había partido con Valdo, y se enteraron de que su casamiento había provocado una «revolución» en la familia; el padre había abandonado la casa, la madre se había negado a conocer a Valdovinos y se había armado un verdadero escándalo, ya que la familia consideraba al novio un truhán buscador de fortuna. En su diario, Ernesto escribió con desdén que Valdo siguió viaje a Guatemala «sin echarse un polvo ni, al parecer, una franela [caricias] en serio». Sobre la flamante señora Valdovinos dice que es una chica «muy simpática, parece bastante inteligente pero es demasiado católica para mi gusto».

Ernesto y Gualo salieron a buscar ayuda. El cónsul argentino resultó un hombre servicial, y los contactos universitarios también resultaron útiles. Rápidamente hicieron amistad con los estudiantes y se unieron a un grupo interesante de poetas, artistas y activistas políticos que se reunía en los cafés Iberia y Coca-Cola. Los nuevos amigos les ayudaron a pagar la cuenta de la pensión y recomendaron a Ernesto que hablara con los directores de ciertas revistas para ofrecerles notas sobre sus viajes. En la Facultad de Medicina organizaron una conferencia sobre las alergias. Ernesto escribió: «Tal vez podamos escribir en una revista llamada *Siete*, tal vez dé una conferencia y tal vez comamos mañana.»

Días después apuntó: «Ya di la famosa conferencia ante un público de 12 personas... 25 dólares. Escribí una crónica sobre el Amazonas, 20 [dólares], y una sobre Machu Picchu, probablemente 25. Nos vamos a cambiar de casa, a una gratis.»

Le pagaron el artículo sobre el Amazonas, una crónica de su aventura en balsa con Alberto Granado publicada en *Panamá-América*. Pero anotó en su diario que la otra, sobre Machu Picchu, se estaba «peleando», ya que los directores de *Siete* objetaban su sesgo antinorteamericano. En «Machu Picchu, enigma de piedra en América», publicado el 12 de diciembre de 1953, Ernesto disparó todos sus cañones contra los yanquis que saquearon el patrimonio arqueológico del Perú. El artículo describe la historia del imperio inca, el descubrimiento de Machu Picchu por Hiram Bingham, y comenta: «Aquí hay una parte triste. Todas las ruinas quedaron limpias de malezas, perfectamente estudiadas y descritas y... totalmente despojadas de cuanto objeto cayera en manos de los investigadores, que llevaron triunfalmente a su país más de doscientos cajones conteniendo inapreciables tesoros arqueológicos y también, por qué no decirlo, de importante valor monetario. Bingham no es culpable; objetivamente hablando, los norteamericanos, en general, tampoco son culpables; un gobierno imposibilitado económicamente para hacer una expedición de la categoría de la que dirigió el descubridor de Machu Picchu tampoco es culpable. ¿No lo hay, entonces? Aceptémoslo, pero ¿dónde se pueden admirar o estudiar los tesoros de la ciudad indígena? La respuesta es obvia: en los museos norteamericanos.»

No es sorprendente que tuviera problemas con el jefe de redacción: semejantes opiniones provocarían controversias en Panamá, dominado por los norteamericanos desde la Zona del Canal con sus bases militares. Y como si lo anterior no fuera suficiente, concluyó la nota con una síntesis que revela su incipiente pensamiento político. «Conformémonos, por ahora, con darle a la ciudad los dos significados posibles: para el luchador que persigue lo que hoy se llama quimera, el de un brazo extendido hacia el futuro cuya voz de piedra grita con alcance continental: «Ciudadanos de Sudamérica, reconquistad el pasado»; para otros, aquellos que simplemente huyen del mundanal ruido, es válida una frase anotada en el libro de visitantes que tiene el hotel y que un súbdito inglés dejó estampada con toda la amargura de su añoranza imperial: «I'm lucky to find a place without a Coca-Cola propaganda» [Soy afortunado de encontrar un lugar sin propaganda de Coca-Cola].»

Ernesto probablemente lo consideró un buen lugar donde «iniciar las hostilidades» contra el país que se le aparecía como un enemigo mortal. Entretanto, empezó a incluir en su diario listas y semblanzas de las personas que conocía; las evaluaba de acuerdo con sus cualidades humanas y, cada vez más, con su «solidez» política. Por ejemplo, en la Universidad de Panamá conoció a un «doctor Carlos Guevara Moreno quien me impresionó como un demagogo inteligente, muy conocedor de la psicología de las masas pero no mucho de la dialéctica de la historia. Es muy simpático y cor-

dial y nos trató con deferencia. Da la impresión de que sabe lo que hace y adónde va, pero no llevará una revolución más allá de lo estrictamente indispensable para contentar a las masas. Es admirador de Perón».

Lo más notable de esta descripción es el criterio que sigue para juzgar a la gente. En el caso del doctor Moreno, lo importante era su conocimiento de la ideología marxista y su valor potencial como *revolucionario*. Al leer estos retratos, es inevitable tener la sensación de que Ernesto anota a estas personas en su diario en función de su utilidad potencial como actores en una revolución que trasciende las fronteras nacionales, como si afloraran en su conciencia las primeras nociones vagas de su futuro programa.

Mientras Ernesto forjaba su espada en el Panamá tropical, en Buenos Aires Guevara Lynch se preocupaba por su hijo vagabundo. La carta desde Guayaquil en la que Ernesto contaba cómo había empeñado su traje lo había enfadado. Resuelto a que su hijo, *el doctor Guevara*, llevara la indumentaria correspondiente a su condición, decidió hacer confeccionar un vestuario a su medida. Calculó que las medidas de Carlos Lino, el novio de su hija Ana María, eran similares a las de Ernesto y lo llevó a la sastrería del Instituto de Obra Social de la Armada, donde Roberto tenía un puesto como abogado.

A pesar de las objeciones de Carlos, que era más alto y delgado y además sabía que Ernesto desdeñaba la ropa, Guevara Lynch hizo confeccionar un conjunto de traje, corbata y chaqueta. Recuerda Lino: «Entonces compró una valija y metió toda la ropa adentro y la envió a Ernesto en Panamá. Ernesto recibió la valija y después envió una carta al viejo que decía: "Qué poco valor tiene la ropa argentina: ¡me dieron sólo cien dólares por todo!"»

A fines de noviembre, la situación económica de Ernesto y Gualo volvía a ser desesperante. La salida del barco en que esperaban viajar a Costa Rica había sido aplazada. Resolvieron seguir viaje por tierra, pero nuevamente tuvieron problemas de visado. «Nuestra situación es mala –escribió en su diario–. El cónsul de Costa Rica es un pelotudo y no nos da la visa... La lucha se vuelve pesada...»

Luzmila ya estaba preparada para reunirse con Valdo en Guatemala. Se había reconciliado con su familia y esperaba conseguir un puesto diplomático en la embajada panameña en Guatemala. Antes de partir, acudió en ayuda de Ernesto y Gualo con un préstamo de cuarenta y cinco dólares. Ya tenían los visados costarricenses y todo estaba dispuesto. Partieron con cinco dólares que les quedaron después de pagar deudas, pero no tardaron en surgir los problemas.

En algún lugar del norte de Panamá, el camión que los transportaba sufrió una avería y se salió del camino. Al cabo de dos días de viaje en trenes rurales y a pie, cruzaron a Costa Rica y llegaron a Golfito, un bello puerto sobre el Pacífico. Éste era un puerto bananero construido por la United Fruit para sus «10.000 empleados». Ernesto tomó nota de la división de la ciudad «en zonas bien definidas hasta con guardianes que pueden impedir el paso y, por supuesto, la mejor zona es la de los gringos. Se parece algo a Miami pero naturalmente que los pobres no están en el mismo lugar y [los

gringos] se ven impedidos entre las cuatro paredes de sus casas y el estrecho grupo [social] que forman».

Después de una visita al hospital observó críticamente: «El hospital es una confortable casa donde se puede dar una correcta atención médica y cuyas comodidades varían según la categoría de la persona que trabaja allí, en la compañía. Como siempre, se puede ver el espíritu de clase de los gringos.»

Al día siguiente se embarcaron en un buque de la United Fruit Company que Ernesto llamó «la famosa *Pachuca* (que transporta *pachucos,* vagos)». El nombre verdadero del barco era *Río Grande* y recorría la costa del Pacífico hasta el puerto costarricense de Puntarenas. La travesía empezó bien, pero en pocas horas el mar se puso agitado y «la *Pachuca* empezó a volar».

Ernesto escribió: «Casi todos los pasajeros, incluyendo a Gualo, empezaron a vomitar. Yo me quedé afuera con una negrita que había levantado, Socorro, más puta que las gallinas, con dieciséis años a cuesta.» Como marinero veterano, Ernesto no sufrió mareos y pasó los dos días de la travesía retozando con la sumisa Socorro. Se despidió de ella en Puntarenas y con Gualo se dirigieron tierra adentro hacia San José, la capital.

La pequeña ciudad de tejados de tejas rojas y de cinc bajo el cielo azul y asentada sobre las suaves laderas verdes era la nueva sede de la Legión del Caribe. Esta alianza política regional en favor de la democracia tenía su sede original en La Habana bajo la protección del ex presidente cubano Carlos Prío Socarrás, pero se había trasladado a San José después del golpe de Batista. Ahora los dirigentes políticos exiliados por las dictaduras de Venezuela, la República Dominicana y Nicaragua se reunían en San José a conspirar bajo la guía del presidente Figueres.

Pepe Figueres era una rareza: un político latinoamericano respetado en Washington por dirigentes conservadores y liberales. El diminuto costarricense había logrado esa hazaña gracias a la cauta moderación de sus reformas políticas: había abolido el ejército costarricense, nacionalizado los bancos y extendido el control del Estado sobre la economía, pero no había tocado los intereses extranjeros. Había ganado favores al ilegalizar el Partido Comunista, a la vez que ejercía presiones para que Washington modificara su política tradicional de apoyarse en las dictaduras regionales y apoyara las reformas democráticas.

Las principales «alternativas democráticas» latinoamericanas, además de Figueres, eran Víctor Raúl Haya de la Torre, del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) peruano, y la Acción Democrática venezolana dirigida por Rómulo Betancourt, quien había presidido un gobierno de coalición liberal hasta que los militares lo derrocaron y entregaron el poder a Marcos Pérez Jiménez. Sus programas eran «socialdemócratas» moderados y a la vez férreamente anticomunistas: promovían simultáneamente la reforma social y las inversiones extranjeras. El Partido Democrático Revolucionario dominicano dirigido por el cuentista y político mulato Juan Bosch representaba la extrema izquierda de los partidos en el exilio, pero su plataforma distaba mucho de ser abiertamente marxista.

Haya de la Torre estaba en su quinto año de asilo político en la embajada argentina en Lima, pero tanto Bosch como Betancourt se hallaban en Costa Rica, y Ernesto estaba muy interesado en conocer sus posiciones sobre la reforma social y política. Le interesaban sobre todo sus posiciones con respecto a Estados Unidos, que se había convertido en su criterio principal para determinar la legitimidad política de un dirigente. Pero Gualo y él también debían sobrevivir, de manera que volvieron a gorronear mientras trataban de satisfacer sus intereses.

Para empezar, acudieron al ex presidente costarricense Otilio Ulate, quien estaba «demasiado ocupado», pero pasaron un día con Juan Bosch y el dirigente comunista costarricense Manuel Mora Valverde. Unos días después Ernesto conoció a Rómulo Betancourt. De los tres, quien más lo impresionó fue el comunista Mora Valverde, «un hombre tranquilo... con una serie de movimientos de tipo de tics que indican una gran intranquilidad interior». Tomó nota de los análisis de Mora de la historia costarricense reciente y de la política pro norteamericana de Figueres. En resumen, escribió: «Cuando Figueres se desengañe sobre la bondad del Departamento de Estado viene la incógnita: ¿luchará o se someterá? Así está el dilema y veremos qué pasa.»

Describió a Juan Bosch como «un literato de ideas claras y de tendencia izquierdista. No hablamos de literatura, simplemente de política. Calificó a Batista de hampón rodeado de hampones». Su descripción de Rómulo Betancourt es lapidaria: «Me da la impresión de ser un político con algunas firmes ideas sociales en la cabeza y el resto ondeante y torcible para el lado de las mayores ventajas. En principio está firmemente con Estados Unidos. Falseó el Pacto [Interamericano de Defensa Recíproca] de Río [de 1948] y se dedicó a hablar peste de los comunistas.»

Poco después, Ernesto y Gualo partieron haciendo autostop hacia Nicaragua, la tierra que llamó «la estancia de Tacho» [Somoza]. Al cruzar la frontera, bajo una lluvia torrencial, se topó inesperadamente con Ricardo Rojo. Viajaba con los Beveraggi, unos hermanos argentinos que conducían su propio coche hacia Sudamérica. Después de un par de semanas en Guatemala y sin nada que hacer, Rojo los había acompañado. Puesto que el paso por tierra a Costa Rica era intransitable, Rojo y sus compañeros siguieron por la costa hacia el sur en busca de una balsa. Allí decidieron separarse: Rojo y Walter Beveraggi volarían a San José; Ernesto y Gualo irían a Guatemala con Domingo Beveraggi, quien vendería el coche al llegar allí.

Aquella noche mantuvieron una larga discusión acerca de problemas políticos argentinos, y según Ernesto llegaron a la siguiente conclusión sobre sus respectivas posiciones: «Rojo, Gualo y Domingo eran radicales intransigentes [un desprendimiento liberal de la Unión Cívica Radical argentina dirigido por el doctor Arturo Frondizi, el mentor de Rojo]; Walter, laborista [del Partido Laborista, de izquierda] y yo francotirador, según el Gordo [Rojo].»

Walter Beveraggi había sido encarcelado y torturado en 1948 por participar en una conspiración para derrocar a Perón después de que el Partido Laborista rompiera con «el capo», que quería formar un partido peronista bajo su exclusivo control. Beveraggi se había fugado y lo habían despojado de su ciudadanía mientras vivía exiliado en Estados Unidos.[1] Esa muestra de hasta dónde estaba dispuesto a llegar Perón en la persecución de sus adversarios puso nervioso a Rojo, quien con Valdovinos había realizado una conferencia de prensa en Guatemala para expresar sus críticas al presidente argentino. Aunque no se sentía partícipe de esta polémica argentina, Ernesto escuchaba con interés y en ocasiones expresaba uno de esos comentarios filosos que le granjearon el mote de «francotirador».

Ernesto, Gualo y Domingo Beveraggi siguieron hasta la frontera hondureña, donde llegaron con veinte dólares entre los tres. Después de una parada para reparar los neumáticos, atravesaron una zona rural árida de Honduras; en un solo día cruzaron el paisaje salvadoreño dominado por los volcanes y llegaron a las montañas verdes de Guatemala. Pagaron los derechos de migración en especie: café al salir de El Salvador y una linterna para entrar en Guatemala. La mañana del 24 de diciembre llegaron a la ciudad de Guatemala. Les quedaban tres dólares.

IV

En la década de 1950, Guatemala era una ciudad pequeña, conservadora y provinciana, un enclave urbano de blancos y mestizos privilegiados en un país preponderantemente rural e indígena de asombrosa belleza natural. Las cordilleras de volcanes selváticos, lagos y cafetales –y aldeas de campesinos indígenas– descienden hacia la costa tropical del Pacífico con sus plantaciones azucareras y sus granjas.

Pero la imagen de postal presentada por los sucesivos gobiernos a los extranjeros, de nativos con sus vestimentas multicolores trabajando felices en armoniosa comunión con su hábitat, era engañosa. A pesar del tiempo transcurrido, la conquista española parecía un hecho reciente; una minoría criolla blanca y mestiza había dominado durante siglos a la mayoría nativa que ganaba su subsistencia trabajando en las vastas haciendas de la oligarquía o las de la United Fruit Company.

Esta situación se prolongó como un hecho natural hasta el año 1944, cuando el movimiento estudiantil y magisterial derrocó la férrea dictadura autoritaria de Ubico, exigió la reforma democrática y llevó al poder al maestro y doctor en filosofía Juan José Arévalo. Arévalo no pudo iniciar todas las reformas que promovía, pero lo sucedió un coronel de tendencia izquierdista, Ja-

1. Años después, Walter Beveraggi se convirtió en un conocido ultranacionalista y antisemita. Su libro *El dogma nacionalista* ataca la «democracia» y el «liberalismo», males gemelos de una sociedad moderna y decadente.

cobo Arbenz, que las llevó adelante. La medida más sediciosa de Arbenz fue el decreto de reforma agraria, convertido en ley en 1952, que puso fin al sistema oligárquico de los latifundios y nacionalizó las propiedades de la United Fruit.

Ello le granjeó el odio eterno de la élite conservadora y de la poderosa United Fruit, que mantenía vínculos sumamente estrechos con el gobierno de Eisenhower. Entre sus contactos se hallaban los hermanos Dulles, secretario de Estado uno y director de la CIA el otro. Ambos habían estado asociados con la United Fruit a través de su trabajo con la firma legal Sullivan and Cromwell y su cliente, la J. Henry Schroeder Banking Corporation, asesora financiera de International Railways of Central America, IRCA. Esta empresa había sido la propietaria de casi todos los ferrocarriles guatemaltecos antes de venderlos a la United Fruit. John Foster Dulles manejó esa transacción. Su hermano Allen había sido miembro de la junta directiva del Banco Schroeder, utilizado por la CIA para blanquear los fondos que empleaba en sus operaciones clandestinas.

Las relaciones entre el gobierno de Eisenhower y la United Fruit eran manifiestamente íntimas. La familia de John Moors Cabot, secretario adjunto de Asuntos Interamericanos, poseía intereses en la United Fruit; la secretaria privada de Eisenhower estaba casada con el gerente de Relaciones Públicas de la empresa, y así sucesivamente. Con semejantes amigos, la United Fruit podía ejercer presión a voluntad. Para incrementarla tomó como consultor al tenaz Spruille Braden, el principal emisario de Truman en América Latina. En 1953, en un fogoso discurso en la Universidad de Dartmouth, Braden instó al gobierno de Eisenhower a intervenir militarmente contra los «comunistas» en Guatemala. A continuación, en una muestra de hasta dónde estaba dispuesta a llegar, la United Fruit organizó una rebelión armada en la capital provincial de Salama. Durante los juicios de algunos sediciosos salió a la luz la participación de la United Fruit en la rebelión, pero no de la CIA. La agencia de espionaje y la empresa ya discutían nuevos planes para derrocar al gobierno guatemalteco.

A fines de 1953 los frentes de batalla entre Guatemala y Washington estaban claramente trazados. Los vecinos centroamericanos, en especial los dictadores como Somoza, clamaban a voz en cuello que temían las consecuencias para sus países. Entretanto, centenares de izquierdistas latinoamericanos acudían a Guatemala, algunos como exiliados políticos, otros para conocer, como Ernesto, la experiencia «socialista». Su presencia constituía un elemento combustible en el clima recalentado del país a medida que la guerra de declaraciones entre los gobiernos de Arbenz y Eisenhower se intensificaba diariamente.

Aunque lo disimulaba con su actitud exterior de no intervenir en la vida local, cuando llegó a Guatemala Ernesto aparentemente había sufrido una conversión política interior, o al menos trataba de convencerse a sí mismo de ello. Si bien tardaría algún tiempo en poner en práctica sus nuevas convicciones, éstas explican en parte la atracción que Guatemala ejerció sobre él. Uno de los indicios de ello se encuentra en un pasaje enigmático que había escrito

en Buenos Aires mientras redactaba sus *Notas de viaje*. Lo llamó «Acotación al margen», título apropiado porque no tiene nada que ver con el relato de sus viajes.

Sin decir dónde se produjo la «revelación», Ernesto se situó en «un pueblo serrano», donde «las estrellas veteaban de luz el cielo». Sumido en las tinieblas, lo acompañaba otro hombre, de quien sólo eran visibles los cuatro dientes incisivos. «Todavía no sé si fue el ambiente o la personalidad del individuo el que me preparó para recibir la revelación, pero sé que los argumentos empleados los había oído muchas veces esgrimidos por personas diferentes y nunca me habían impresionado. En realidad, era un tipo interesante nuestro interlocutor; desde joven huido de un país de Europa para escapar al cuchillo dogmatizante, conocía el sabor del miedo (una de las pocas experiencias que hacen valorar la vida), después, rodando de país en país y compilando miles de aventuras había dado con sus huesos en esa apartada región y allí esperaba pacientemente el momento del gran acontecimiento.

»Luego de las frases triviales y los lugares comunes con que cada uno planteó su posición, cuando ya languidecía la discusión y estábamos por separarnos, dejó caer, con la misma risa de chico pícaro que siempre lo acompañaba, acentuando la disparidad de sus cuatro incisivos delanteros: "El porvenir es del pueblo y poco a poco o de golpe va a conquistar el poder aquí y en toda la tierra. Lo malo es que él tiene que civilizarse y eso no se puede hacer antes sino después de tomarlo. Se civilizará sólo aprendiendo a costa de sus propios errores, que serán muy graves, que costarán muchas vidas inocentes. O tal vez no, tal vez no sean inocentes porque cometerán el enorme pecado *contra natura* que significa carecer de capacidad de adaptación. Todos ellos, todos los inadaptados, usted y yo, por ejemplo, morirán maldiciendo el poder que contribuyeron a crear con sacrificio, a veces enorme. Es que la revolución, con su forma impersonal, les tomará la vida y hasta utilizará la memoria que de ellos quede como ejemplo de instrumento domesticatorio de las juventudes que surjan. Mi pecado es mayor, porque yo, más sutil o con mayor experiencia, llámelo como quiera, moriré sabiendo que mi sacrificio obedece sólo a una obstinación que simboliza la civilización podrida que se derrumba...".»

Este interlocutor misterioso (por deducción, un marxista fugado de los pogromos de Stalin) cuyo pecado consciente era la «incapacidad de adaptarse» al poder ejercido por las masas incultas, se volvió hacia Ernesto con un vaticinio: «... usted morirá con el puño cerrado y la mandíbula tensa, en perfecta demostración de odio y combate, porque no es un símbolo (algo inanimado que se toma de ejemplo), usted es un auténtico integrante de la sociedad que se derrumba: el espíritu de la colmena habla por su boca y se mueve en sus actos; es tan útil como yo, pero desconoce la utilidad del aporte que hace a la sociedad que lo sacrifica.»

Y entonces, debidamente advertido sobre las consecuencias del camino revolucionario, Ernesto tuvo su «revelación». «Vi sus dientes y la mueca pi-

caresca con que se adelantaba a la historia, sentí el apretón de sus manos y, como murmullo lejano, el protocolar saludo de despedida... pero pese a sus palabras ahora sabía... sabía que en el momento en que el gran espíritu rector dé el tajo enorme que divida toda la humanidad en sólo dos fracciones antagónicas, estaré con el pueblo, y sé porque lo veo impreso en la noche que yo, el ecléctico disector de doctrinas y psicoanalista de dogmas, aullando como poseído, asaltaré las barricadas o trincheras, teñiré en sangre mi arma y, loco de furia, degollaré a cuanto vencido caiga entre mis manos. Y veo, como si un cansancio enorme derribara mi reciente exaltación, cómo caigo inmolado a la auténtica revolución estandarizadora de voluntades, pronunciando el *mea culpa* ejemplarizante. Ya siento mis narices dilatadas, saboreando el acre olor de pólvora y de sangre, de muerte enemiga; ya crispo mi cuerpo, listo a la pelea y preparo mi ser como a un sagrado recinto para que en él resuene con vibraciones nuevas y nuevas esperanzas el aullido bestial del proletariado triunfante.»

Este pasaje revela los impulsos extraordinariamente apasionados –y melodramáticos– que se agitaban en el seno de Ernesto Guevara a la edad de veinticinco años. Ineludiblemente, la poderosa y violenta «Acotación al margen»* se presenta como una misteriosa precognición de la futura muerte de Ernesto Guevara y la explotación póstuma de su legado por tantos presuntos «revolucionarios». Sea lo que sea, ha de considerarse un testimonio personal decisivo, porque los sentimientos que expresaba no tardarían en salir de la penumbra de sus pensamientos más recónditos para manifestarse en sus acciones.

V

Después de encontrarse con Valdo y Luzmila, Ernesto y sus compañeros fueron en busca de otra pensión donde «empezar a deber plata», como dijo en su diario.

Rojo volvió a Guatemala y poco después estuvo presente cuando Ernesto conoció una mujer que sería importante en su vida. Se llamaba Hilda Gadea, era una mujer menuda y regordeta de poco menos de treinta años y rasgos entre chinos e indígenas. Dirigente exiliada del ala juvenil del APRA peruano, colaboraba con el gobierno de Arbenz.

Así describiría el encuentro años después: «En nuestro primer encuentro, Guevara me causó una impresión negativa. Parecía demasiado superficial para ser inteligente, era egocéntrico y presumido... Más adelante me enteraría de que Guevara detestaba pedir favores, y cuando lo conocí sufría un ataque incipiente de asma. Esos ataques lo obligaban a mantener el pecho erguido en una posición incómoda para regular su respiración.»

A pesar de esa primera impresión negativa, que ella reconoce se debía a su «desconfianza» innata de los argentinos –célebres entre sus vecinos por

* Véanse más detalles en el apéndice.

su esnobismo y vanidad–, poco después Hilda se enamoró de Ernesto. Pero en ese momento él pensaba en otras cosas: quería conocer a personas que pudieran ayudarlo a conseguir trabajo, y en su diario apenas la menciona de pasada como la mujer que lo presentó al profesor marxista norteamericano Harold White.

«Conocí a un gringo extraño que escribe boludeces sobre marxismo y lo hace traducir al castellano. El intermediario es Hilda Gadea y los que laboran Luzmila y yo. Hasta ahora cobramos 25 dólares. Yo doy clases de inglés-castellano con el gringo.» Pero eso sólo servía para ocupar el tiempo. Ernesto gestionaba una entrevista con el ministro de Salud Pública guatemalteco, pero jamás pudo encontrarse con el hombre al que llamaba «el capo gris».

En carta a Andro Herrero, que seguía anclado en Guayaquil, escribió que «no tengo perspectivas de conseguir trabajo rápido pero al final las cosas saldrán bien y ya conseguiremos guita para mandarte y podrás ver esto; mi opinión personal es que [Guatemala] es interesante, aunque como todas las revoluciones, pierde algo al conocérsela íntimamente... Te envío un abrazo que no prolongaré porque no me lavo desde hace diez días, porque el clima es frío y el agua también. Chau».

La Guatemala «revolucionaria» tal vez no satisfacía todas las expectativas de Ernesto, pero él aún no se había aventurado al campo, donde se había producido la reforma agraria. La capital había cambiado poco: en el pequeño centro comercial atestado de carteles de neón los vendedores ambulantes voceaban su mercadería, y los ricos de los barrios residenciales periféricos vivían tranquilamente detrás de sus muros cubiertos de buganvillas.

Pero a pesar de las apariencias de una vida cotidiana serena, la ciudad de Guatemala era un lugar interesantísimo a principios de 1954. Día a día Ernesto conocía a nuevas personas en la comunidad ecléctica de los exiliados políticos latinoamericanos. Había apristas peruanos, comunistas nicaragüenses, antiperonistas argentinos, socialdemócratas venezolanos y antibatistianos cubanos.

Después de conocer a la exiliada hondureña Helena Leiva de Holst, escribió con entusiasmo: está «cercana en algunos puntos a los comunistas y... me dio la impresión de ser muy buena persona. Por la noche plática con [el aprista exiliado Nicanor] Mujica e Hilda y cierta aventurilla con una maestra. Desde hoy trataré de escribir el diario todos los días y acercarme algo a la realidad política de Guatemala».

Aunque se empeñaba en conseguir un puesto remunerado en el Ministerio de Salud guatemalteco, Ernesto no había viajado semejantes distancias sólo para obtener trabajo. La suya era una aventura política personal, y si su familia lo desconocía, sus cartas disiparon cualquier ilusión. Poco a poco empezó a revelar sus verdaderos impulsos interiores.

El 10 de diciembre había enviado una carta desde San José a su tía Beatriz para ponerla al tanto de su viaje. Era la primera vez que sus convicciones ideológicas ocupaban un lugar destacado en su correspondencia personal. «Mi vida ha sido un mar de encontradas resoluciones hasta que abandoné

valientemente mi equipaje y, mochila al hombro, emprendí con el compañero García el sinuoso camino que acá nos condujo. En el paso tuve la oportunidad de pasar por los dominios de la United Fruit, convenciéndome una vez más de lo terribles que son estos pulpos capitalistas. He jurado ante una estampa del viejo y llorado camarada Stalin no descansar hasta ver aniquilados estos pulpos capitalistas. En Guatemala me perfeccionaré y lograré lo que me falta para ser un revolucionario auténtico.»

Y después de esta declamación que seguramente habrá desconcertado a Beatriz, Ernesto se despidió con abrazos y besos de «tu sobrino el de la salud de hierro, el estómago vacío y la luciente fe en el porvenir socialista. Chau, Chancho».

En el consulado argentino en Managua, donde había ido en busca de correspondencia, había hallado un telegrama «estúpido» de su padre, que deseaba tener noticias y ofrecía girarle dinero si le hacía falta. Furioso, Ernesto respondió el 28 de diciembre con una carta brutal desde Guatemala. «Supongo que a esta altura te darás cuenta que no te voy a pedir plata aunque me esté muriendo, y si no llega una carta mía en el momento esperado, tendrás que ser paciente y esperar, a veces ni siquiera tengo para estampillas, pero siempre me las arreglo perfectamente para sobrevivir. Si alguna vez estás preocupado por algo, tomá el dinero que vas a gastar en el telegrama y tomate unas copas o algo así, pero de ahora en adelante no voy a contestar un telegrama como ése.»

Con ese tono brutal, parecía trazar una línea defensiva entre él y su familia. Desde lejos, en un lugar donde no pudieran detenerlo o desviarlo con argumentos, les decía: «Éste soy yo, el verdadero yo, les guste o no; no pueden hacer nada al respecto, así que vayan haciéndose a la idea.»

9. DÍAS SIN PENA NI GLORIA

I

Por primera vez en su vida, Ernesto se identificaba abiertamente con una causa política. Para bien o para mal, había elegido la revolución izquierdista guatemalteca. Escribió a su familia que a pesar de sus muchas deficiencias y defectos, en ese país se respiraba el «aire más democrático» de América Latina. Era el punto de inflexión: el francotirador escéptico, el «disector ecléctico de doctrinas y psicoanalista de dogmas» se había comprometido.

La valla siguiente era la de arraigarse y hallar una ocupación útil. Paradójicamente, jamás la salvaría. Su estancia en Guatemala resultaría valiosa como inmersión en los aspectos prácticos de la política, pero con la búsqueda infructuosa de puestos que le permitieran ser útil a la revolución. Los seis meses siguientes se volverían una sucesión frustrante de días «sin pena ni gloria. Estribillo que lleva características de repetirse en forma alarmante», como anotó en su diario.

Con todo, conocía a muchas personas. Hilda Gadea, que tenía buenas conexiones, trataba de ayudarlo a conseguir un puesto de médico y con ese fin le presentaba a altos funcionarios de gobierno. Entre ellos se encontraban Alfonso Bauer Paiz, el aristocrático ministro de Economía, y Jaime Díaz Rozzoto, secretario del presidente Arbenz. En sus encuentros interrogaba a estos hombres acerca de la revolución guatemalteca a la vez que les expresaba su deseo de hallar un puesto de médico. En esos primeros días tenía esperanzas de trabajar en un centro de tratamiento de la lepra en la remota selva del Petén, donde estaba también el conjunto de templos mayas de Tikal, el yacimiento arqueológico más rico del país.

Hilda también le presentó al profesor Edelberto Torres, exiliado político nicaragüense y estudioso de la obra del difunto poeta Rubén Darío. Su bonita hija Myrna había pasado un año en California estudiando inglés y trabajaba con Gadea en el Instituto de Fomento de la Producción, una agencia de créditos agrícolas creada por el gobierno de Arbenz. El hermano de Myrna, Edelberto hijo, secretario general de la Juventud Comunista Guatemalteca, acababa de volver de China. El hogar acogedor de los Torres, un lugar de reunión de Hilda y otros exiliados, recibió con agrado a Ernesto y Gualo. En su primera velada allí Ernesto conoció a varios exiliados cubanos que habían llegado meses atrás. Eran Antonio «Ñico» López, un hombre sumamente alto y

delgado; Armando Arencibia, Antonio «Bigotes» Darío López y Mario Dalmau. Exaltados, informales, sin pelos en la lengua, los cubanos eran un soplo de aire fresco en la comunidad de exiliados en Guatemala.

Los cubanos destacaban entre los demás expatriados políticos. Sólo ellos habían protagonizado una sublevación armada contra una dictadura, y a pesar del fracaso, su intrepidez y valentía les había granjeado admiración, además de mucha publicidad para su campaña contra Batista. Seis meses antes, Ñico y sus camaradas habían participado en los asaltos a los cuarteles Moncada y Bayamo dirigidos por el joven abogado Fidel Castro Ruz, y habían evitado la detención al refugiarse en la embajada guatemalteca en La Habana. El régimen de Arbenz había otorgado asilo político a los llamados *moncadistas*, quienes como huéspedes del gobierno aguardaban con impaciencia que su organización les enviara nuevas instrucciones. Entretanto, eran celebridades, huéspedes de rigor en las cenas y los picnics de la colonia de exiliados.

En ese momento, las perspectivas no parecían buenas para los cubanos. Su líder Fidel Castro, condenado a quince años de prisión por un tribunal cubano, cumplía la pena en una celda de aislamiento en la isla de Pinos. Pero a pesar de las circunstancias adversas, los cubanos en Guatemala, y Ñico en particular, se expresaban con vehemente convicción sobre el futuro de su lucha.

«Ñico estaba seguro de que su estadía en Guatemala sería breve –escribió Hilda–. Que en poco tiempo partiría hacia otro país para reunirse con Fidel y trabajar por la revolución. Su fe era tan grande, que quienquiera que lo escuchara estaba obligado a creerle.»

Causó una fuerte impresión a Ernesto, quien rápidamente empezó a sentir afecto por Ñico, tan cordial y extrovertido. Se encontraban en reuniones sociales y se hicieron amigos. Para ganar dinero, Ñico y sus camaradas se unieron a Ernesto en la venta de mercadería a comisión. Ñico le puso el mote de «el Che argentino» debido al hábito típicamente argentino de su amigo de usar la palabra guaraní «che», y le contó sobre la incipiente lucha cubana y su dirigente Fidel Castro.

Un día, otro exiliado cubano, José Manuel «Che-Che» Vega, que vivía en el mismo hospedaje, se quejó de dolores agudos en el estómago. Ñico y Dalmau llamaron a Ernesto, quien lo examinó, llamó una ambulancia y lo acompañó al hospital, donde mejoró al cabo de unos días de tratamiento. A partir de entonces, dijo Dalmau, los cubanos se encontraban con Guevara «casi todos los días, en el Parque Central o en la pensión».

Pero por el momento, la prioridad de Ernesto no era Cuba sino Guatemala. Sus esfuerzos por ejercer la medicina resultaron vanos porque en el Ministerio de Salud Pública le dijeron que debía concurrir a la facultad durante un año a fin de revalidar su título argentino. Ernesto rechazó la alternativa, dijo que la comunidad médica guatemalteca era un «círculo oligárquico cerrado» contra el cual «rompería lanzas» y empezó a buscar otras posibilidades.

En las cartas a su familia se burlaba de sus propias penurias económicas. El 15 de enero escribió: «Por ahora vendo en las calles una preciosa imagen del Señor de Esquipulas, un Cristo negro que hace cada milagro bárbaro... Ya tengo un riquísimo anecdotario de milagros del Cristo y constantemente lo aumento; entre broma y broma me le mando algún pechacito "per si cola" [por si cuela].»

Si sus familiares creían que bromeaba, se equivocaban. Ñico López y él habían elaborado un plan emprendedor para ganar dinero con la amplia devoción que suscitaba el Cristo Negro guatemalteco. A Ñico se le había ocurrido una idea que le parecía rentable: colocar un pequeño retrato del ídolo en un marco e instalar una bombilla eléctrica en la base para iluminarlo. Ñico los fabricaba y Ernesto los vendía.

Entretanto, a pesar de sus bromas, la familia se preocupaba. La tía Beatriz le envió dinero en un sobre que nunca llegó y luego una carta para preguntar si lo había recibido. La respuesta de Ernesto a la segunda carta, el 12 de febrero, era obstinadamente irónica. Dijo que sólo cabía suponer que «el democrático empleado de correos hizo una justa distribución de las riquezas. No mandés más plata, a vos te cuesta un Perú y yo encuentro aquí los dólares por el suelo; con decirte que al principio me dio lumbago de tanto agacharme para recogerlos. Ahora sólo tomo uno de cada diez, como para mantener la higiene pública, porque tanto papel volando y por el suelo es un peligro».

II

Mientras Ernesto y Gualo continuaban la lucha por la supervivencia, Myrna Torres y algunas de sus amigas empezaban a hacerse ilusiones románticas con los dos argentinos. Una noche, ella y su amiga Blanca Méndez, hija del director de Reservas Petroleras de Guatemala, tiraron una moneda para ver quién de las dos «conquistaba» a Ernesto. «Ganó Blanca –escribiría Myrna más adelante–. Por supuesto que Ernesto nunca se enteró.»

Pero Myrna advirtió rápidamente que era Hilda, mayor y menos bonita que ella, quien más atraía a Ernesto. «Poco a poco, mis amigas también comprendieron que los argentinos, y sobre todo Ernesto, preferían conversar con Hilda porque ella podía discutir de política. Se hizo evidente que Hilda no nos invitaba a algunas reuniones. Al principio esto me molestaba, pero entonces comprendí que en realidad querían saber sobre la revolución guatemalteca y buscaban a Hilda para que los presentara a los dirigentes revolucionarios. Venían a nuestras fiestitas, pero no bailaban; preferían conversar con mi padre y mi hermano...»

El 11 de enero, Myrna escribió en su diario privado: «Estos chicos argentinos son gente de lo más rara: hoy pasaron por mi oficina camino de la de Hilda y lo único que dijeron fue, "Buenos días", y cuando volvieron,

apenas: "Adiós, Myrna..." Me pareció extraño porque estoy acostumbrada a la efusividad de los cubanos. La verdad es que eran bastante amables; sólo que preferían las vinculaciones políticas.»

Por supuesto que la verdad no era tan sencilla. Hilda era culta, le interesaba la política, ofrecía con generosidad su tiempo, sus contactos y su dinero y apareció en la vida de Ernesto cuando él necesitaba esas cosas. Más adelante Hilda diría que gracias a ella Ernesto conoció a Mao y Walt Whitman, mientras que él le ayudó a ampliar sus conocimientos acerca de Sartre, Freud, Adler y Jung, sobre los cuales disentían. Hilda rechazaba la estrechez que percibía en la filosofía existencialista de Sartre, así como la concepción sexual freudiana de la vida, concepciones que habían influido a Ernesto. Según ella, Ernesto se apartó gradualmente de ambas a medida que sus interpretaciones se volvieron más marxistas.

Las ideas de Hilda revelaban cierta influencia del marxismo, pero enmarcadas en una perspectiva socialdemócrata. Éste era uno de los principales puntos de desavenencia entre ambos. Ernesto señalaba la contradicción entre el «pensamiento» marxista de Hilda y su afiliación al APRA, un partido basado principalmente en la clase media urbana. En sus discusiones con otros apristas, Ernesto había advertido que en el meollo de su ideología partidista campeaba un anticomunismo profundo. Desdeñaba al APRA y a su dirigente Víctor Raúl Haya de la Torre, a los que acusaba de abandonar su plataforma antiimperialista fundacional que reclamaba la lucha contra los yanquis y la nacionalización del Canal de Panamá. Hilda replicaba que la filosofía orientadora del partido seguía siendo antiimperialista y antioligárquica, que el abandono de los principios fundacionales era puramente táctico y que, una vez conquistado el poder, el partido llevaría a cabo una «auténtica transformación social».

Ernesto argumentaba que en las circunstancias que prevalecían en Latinoamérica, ningún partido que participara en las elecciones conservaría su carácter revolucionario. Al contrario, se vería obligado a entrar en componendas con la derecha y luego buscar acuerdos con Estados Unidos. Una revolución triunfante no podría evitar el choque frontal con el «imperialismo yanqui». Al mismo tiempo criticaba a los partidos comunistas, que en su opinión se habían apartado de las «masas trabajadoras» al entrar en alianzas tácticas con la derecha para ganar espacios de poder.

Otros solían participar en estas discusiones, entre ellos Ricardo Rojo y la exiliada hondureña Helena Leiva de Holst, con quien Ernesto tenía una estrecha afinidad. Era una activista política versada en el marxismo y había viajado por la Unión Soviética y China. En cambio, las diferencias políticas entre Ernesto y Rojo se ahondaban constantemente y las discusiones entre ambos eran incesantes.

«Cada vez que Rojo participaba de nuestras discusiones –escribió Hilda–, llegaban al borde de los golpes... Guevara expresaba su simpatía por las conquistas de la revolución en la Unión Soviética, mientras Rojo y yo interponíamos muchas objeciones... Pero yo admiraba la revolución [soviéti-

ca], mientras Rojo la deploraba con argumentos superficiales. Una vez, después de una discusión, mientras los dos me acompañaban a casa, se pusieron a discutir otra vez, y de manera muy enconada. El tema siempre era el mismo. Ernesto decía que la revolución violenta era el único camino; la lucha tenía que ser contra el imperialismo yanqui, y cualquier otra solución, como las que proponían el APRA, Acción Democrática y el MNR [Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia], era una traición. Rojo replicaba con energía que el proceso electoral ofrecía una solución. La discusión se volvía más acalorada con cada argumento.»

Hilda trató de serenarlo, pero Ernesto se enfureció y la obligó a callar a gritos. Más tarde, a solas con ella, se disculpó: «Perdoname. Me dejo llevar por la discusión y no me doy cuenta de lo que digo... es que este gordo me hace perder la cabeza con sus argumentos capituladores. Acabará como agente del imperialismo.»

Mientras Ernesto y sus amigos discutían sobre teoría política, la Agencia Central de Inteligencia desarrollaba sus planes para enterrar el efímero experimento revolucionario guatemalteco. En enero de 1954, el proyecto clandestino ya tenía nombre: «Operación Éxito». Los dictadores adictos de la región como Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, y los presidentes de las vecinas Honduras y El Salvador participaban en los planes. Se había escogido a dedo una figura para encabezar el «Ejército de Liberación» contra Arbenz: un vendedor de muebles, ex coronel del ejército, llamado Castillo Armas. Sus fuerzas paramilitares se entrenaban en Nicaragua, donde recibía sus armas.

A fin de coordinar la operación, agentes leales de la CIA reemplazaban a los diplomáticos norteamericanos en Costa Rica, Nicaragua y Honduras. John Puerifoy, extravagante embajador en Guatemala, había ocupado su puesto dos meses antes. Lo habían elegido especialmente para coordinar la «Operación Éxito» y el desenlace esperado, la transición del poder en Guatemala.

A fines de enero la campaña clandestina quedó desenmascarada al salir a la luz la correspondencia entre Castillo Armas, Trujillo y Somoza, en la que detallaban su conspiración en alianza con un «gobierno del norte». El gobierno de Arbenz difundió la noticia y exigió explicaciones al «gobierno del norte», es decir, Estados Unidos. El 2 de febrero, Ernesto escribió en una carta a su padre: «Políticamente no andan las cosas tan bien porque se recela en todo momento un golpe patrocinado por tu amigo Ike.»

El Departamento de Estado negó tener conocimiento de la conspiración y se negó a ampliar sus comentarios. La CIA continuaba sus preparativos con toda tranquilidad. Sus agentes circulaban por Guatemala y los países vecinos con una falta de disimulo que hoy parecería irresponsable, pero semejante descaro tenía un propósito: el proyecto requería generar un clima de tensión e incertidumbre a fin de crear divisiones en las fuerzas armadas, debilitar la firmeza de Arbenz y, en lo posible, provocar un golpe de Estado.

En ese clima agitado se acrecentaron las sospechas de Ernesto hacia los norteamericanos. Cuando Rojo lo presentó a Robert Alexander, un profe-

sor de la Universidad de Rutgers que reunía material para un libro sobre la revolución guatemalteca, Ernesto se preguntó en voz alta si no era «un agente del FBI». Hilda y Rojo no compartían sus sospechas, pero no pudieron disipar las suyas y acabaron por reconocer que tal vez tenía razón.

Al mismo tiempo, entre los exiliados halló pocos cuya ideología fuera suficientemente rígida para enfrentar al imperialismo en sus propios países, y menos aún que estuvieran dispuestos a combatir en defensa de la acosada revolución guatemalteca. Era una oportunidad para luchar por la libertad política, tal como hicieron los internacionalistas en defensa de la República española de los años treinta, pero no pasaba nada.

Tampoco el gobierno de Arbenz se libraba de sus críticas: según él, se mostraba demasiado complaciente frente a las amenazas crecientes. Edelberto Torres, el especialista en Darío, recuerda que Ernesto estaba preocupado por la rivalidad y la ausencia de verdadera unidad entre los socios de la coalición de gobierno. Alfonso Bauer Paiz, entonces ministro de Economía, recuerda que el joven argentino expresaba los mismos temores. Ernesto ponía el acento en el peligro de una invasión armada, organizada por Estados Unidos, y dudaba que Guatemala estuviera dispuesta a defenderse. «Creía que era necesario organizar una defensa popular y estar preparado para lo peor.»

Es interesante destacar que después de su intento reciente de escribir notas periodísticas tendenciosas, Ernesto expresó su desdén por la irrestricta libertad de prensa en Guatemala. El 5 de enero escribió en una carta a la tía Beatriz que «éste es un país en donde uno puede dilatar los pulmones y henchirlos de democracia. Hay cada diario que mantiene la United Fruit que si yo fuera Arbenz lo cierro en cinco minutos, porque son una vergüenza, y sin embargo dicen lo que se les da la gana y contribuyen a formar el ambiente que quiere Norteamérica, mostrando esto como una cueva de ladrones, comunistas, traidores, etc...».

En una carta a su familia vaticinó: «... en las [inminentes] conferencias [de la OEA] de Caracas, donde los yanquis tenderán todos sus hilos para tratar de imponer sanciones a Guatemala. Bien es cierto que todos los gobiernos claudican frente a ellos, sus caballitos de batalla son Pérez Jiménez, Odría, Trujillo, Batista, Somoza. Es decir, dentro del gobierno reaccionario, los más fascistas y antipopulares. Bolivia era un país interesante, pero Guatemala lo es mucho más porque se ha plantado contra lo que venga, sin tener siquiera un asomo de independencia económica y soportando intentonas armadas de todo tipo... y sin atacar la expresión de libertad siquiera.»

Ahora que las nubes de tormenta se acumulaban en el horizonte, muchos exiliados políticos abandonaban el país. Entre ellos estaban la mayoría de los venezolanos y los camaradas apristas de Hilda. A principios de febrero, Oscar Valdovinos partió con Luzmila. «Valdo» añoraba su país, y ella había conseguido un puesto diplomático en Buenos Aires. Rojo y Gualo anunciaron que también iban a partir.

En cambio, Ernesto declaró que permanecería allí por un tiempo más, sucediera lo que sucediese. En respuesta a una carta de Beatriz que transmi-

tía una invitación de la tía Ercilia a pasar una temporada con ella en su residencia en Nueva York, escribió que «en principio» la respuesta era «no».

«Estados Unidos no me interesa demasiado aparte de echarle una mirada para completar mi periplo por los países de América. En todo caso, me quedaré aquí por lo menos seis meses, ya que tengo un trabajo que me da de comer y la posibilidad de dos buenos puestos de médico. De todas maneras... Guatemala es ahora el país más interesante de América y hay que defenderlo por todos los medios.»

III

Mientras buscaba trabajo, Ernesto estudiaba temas médicos de su interés y a veces trataba algún paciente como el cubano «Che-Che» Vega. Además, colaboraba en el laboratorio del doctor Peñalver, un médico venezolano especialista en malaria.

Inició un proyecto que reunía sus dos intereses principales, la medicina y la política. La carta a Beatriz del 12 de febrero dice: «En el campo de la medicina social, y amparado en mi pequeña experiencia personal, estoy preparando un libro muy pretencioso, el que creo me llevará dos años de trabajo. Su título es: "La función del médico en América Latina" y [hasta ahora] sólo tengo el plan general y los dos primeros capítulos escritos. Creo que con paciencia y método puede decir algo bueno.»

Después de escribir las primeras páginas, mostró su proyecto a Hilda. «Era un análisis sobre la falta de protección estatal y la escasez de recursos que enfrentaba la profesión médica y del tremendo problema sanitario imperante en nuestros países –recordó ella–. Me pidió que le ayudara a reunir estadísticas para cada país latinoamericano y le prometí hacerlo, ya que me parecía que el trabajo valía la pena. Además, me demostraba que era la obra de una mente inquieta y sensible a los problemas sociales.»

Según la historiadora cubana María del Carmen Ariet, la única persona a quien la viuda de Guevara permitió estudiar y parafrasear el documento que se encuentra en el archivo familiar, el proyecto era un manual sobre la función del médico en una sociedad revolucionaria. Esbozaba una función social para los médicos en toda América Latina e incluso para sí mismo. No parece casual que proyectara terminar el libro en dos años, el mismo tiempo durante el cual esperaba ejercer la medicina en el interior guatemalteco. En ese momento llegaba al umbral de la actividad política revolucionaria a través del prisma de lo que llamaba la «medicina social». Aún no había recibido instrucción militar; los únicos conocimientos que podría aplicar en la práctica eran los de medicina.

En el plan de la obra, Ernesto reseñaba la historia de la medicina en América Latina desde la época colonial hasta el presente, la gama de problemas clínicos y los factores geográficos y económicos coadyuvantes. Luego abordaba un amplio análisis sobre tratamiento. A su juicio, sólo un progra-

ma de medicina social preventiva permitiría afrontar eficazmente los males del subdesarrollo. De ahí se desprendía que el camino político correcto pasaba por un gobierno de tipo socialista.

En el esbozo del capítulo «El médico y su entorno», Ernesto expuso una hipotética situación futura en la que el médico cumpliría una función directa en la transformación revolucionaria hacia el socialismo. En primer lugar, expuso su definición de una realidad política latinoamericana colonialista integrada por los componentes siguientes: dominación por parte de grandes terratenientes, gobiernos antipopulares y autoritarios, dominación por el clero, ausencia de leyes eficaces y predominio económico de las empresas monopolistas extranjeras.

En el cumplimiento de sus funciones en la lucha contra esos componentes, el médico revolucionario debería enfrentar directamente a las autoridades en el poder a fin de brindar atención eficaz al pueblo, así como eliminar el saqueo y las ganancias. Consideraba que esta etapa transicional entre la «neutralidad armada» y la «guerra declarada» era una fase de preparación en la cual el médico debía adquirir un conocimiento profundo de la gente que tenía bajo su cuidado y de sus condiciones sanitarias, al mismo tiempo que ayudar a elevar su conciencia de clase y de la importancia de la salud en la vida cotidiana. Por último, era deber del médico revolucionario luchar contra las deficiencias –sociales y de todo tipo– que afectaban al pueblo, el «único soberano» al que debía servir.

Sin duda, la tesis de Ernesto se basaba en gran medida en su análisis de la situación imperante en la Guatemala «revolucionaria». En ese momento, se podía caracterizar la situación interior del país como «neutralidad armada» ante la amenaza de «guerra declarada» por parte del «Ejército de Liberación» de Castillo Armas respaldado por Estados Unidos. Tal vez de ahí se desprendía su tesis sobre la necesidad de que el «médico revolucionario» se insertara en el campo durante el período de neutralidad armada que precedía a la guerra declarada. Aún tenía esperanzas de que, en el momento de la crisis, el gobierno entregaría armas a los militantes del Partido Guatemalteco de los Trabajadores, el PGT (comunista), para ayudar en la defensa. En ese caso, y si el «pueblo» era capaz de rechazar la invasión, la revolución socialista quedaría instaurada inequívocamente en Guatemala.

El proyecto lo llevó a ahondar sus conocimientos del marxismo con nuevas lecturas de Marx, Lenin, Engels y el peruano José Carlos Mariátegui. Hilda lo acompañaba en sus maratonianas sesiones de lectura y pasaban horas discutiendo los problemas planteados en aquellas obras. Tenía un ejemplar de *La nueva China* que le prestó a Ernesto.

«Fue el primer libro que leyó sobre la gran revolución. Después de leerlo y cuando lo discutimos, expresó una gran admiración por la larga lucha del pueblo chino para tomar el poder, con ayuda de la Unión Soviética. También comprendió que su camino hacia el socialismo era un tanto diferente del que siguieron los soviéticos y que la realidad china era más afín a la de nuestros indios y campesinos. Como yo también admiraba la revolu-

ción china, conversábamos con frecuencia sobre ella y lo que se hacía allá.» Ernesto también discutía sobre China con Helena Leiva de Holst y Edelberto Torres. Ambos habían estado allá y, entusiasmado por sus relatos, Ernesto añadió China a la lista de países que pensaba visitar en el futuro.

Dadas las sospechas y la antipatía que los norteamericanos despertaban en Ernesto, no deja de ser irónico que una de las personalidades clave en su educación política en esa época fuera Harold White. Sus reservas iniciales sobre el hombre mayor habían disminuido; como le dijo a Hilda, «es un buen gringo. Está cansado del capitalismo y quiere llevar una vida nueva».

Los tres pasaban mucho tiempo juntos y los fines de semana realizaban excursiones al campo. Con el inglés rudimentario de Ernesto, el español tosco de White y las traducciones frecuentes de Hilda que allanaban el camino, discutían de todo, desde los sucesos del día «hasta el marxismo, Lenin, Engels, Stalin, Freud, la ciencia en la Unión Soviética y los reflejos condicionados de Pavlov».

IV

Gualo García y Ricardo Rojo partieron a finales de febrero, y Ernesto se quedó solo; la amistad más estrecha que le quedaba era Hilda. Ya sus conocidos les tomaban el pelo por el noviazgo en ciernes, pero en realidad hasta ese momento no existía tal cosa.

Aparte de la afinidad intelectual y la atracción física, parece que el enamoramiento de Hilda se vio estimulado al menos en parte por sus instintos maternales. Él le habló de su enfermedad poco después de conocerla, recuerda Hilda. «A partir de entonces su padecimiento siempre me causó preocupación.» Por su parte, Ernesto no tenía dudas de los sentimientos que despertaba en Hilda y aparentemente los explotaba a la vez que trataba de evitar una relación seria con ella.

Días después de la marcha de Gualo y Rojo, al visitar a Ernesto en su pensión, Hilda lo encontró en el vestíbulo de la planta baja en medio de un ataque de asma. «Era la primera vez que veía a él o a cualquiera sufrir un ataque agudo de asma, y me impresionaron la tremenda dificultad para respirar y el fuerte jadeo que venía de lo profundo de su pecho. Para disimular mi preocupación, insistí que se acostara; él respondió que sería lo mejor, pero no podía subir la escalera y se negaba a aceptar mi ayuda. Me dijo dónde estaba su cuarto y me pidió que subiera a buscarle una jeringa ya preparada... Hice lo que me pidió y lo miré mientras se aplicaba una inyección de adrenalina.

»Descansó un poco y su respiración se hizo menos dificultosa. Subimos lentamente la escalera; llegamos a su cuarto y se acostó. Me dijo que se aplicaba él mismo las inyecciones desde que tenía diez años. En ese momento comprendí plenamente el significado de su enfermedad. No podía dejar de sentir admiración por su fuerza de carácter y disciplina personal. Le traje-

ron la cena (arroz hervido y fruta). Yo trataba de disimular cuánto me había conmovido y conversaba sobre todo, sobre cualquier cosa, mientras pensaba qué pena que un hombre tan valioso que podía darle tanto a la sociedad, tan inteligente y generoso, tuviera que padecer ese mal; en su lugar, yo me hubiera matado de un tiro. Entonces decidí quedarme con él y darle apoyo, claro que sin enamorarme.»

Tal vez Hilda aún tenía alguna duda sobre la conveniencia de iniciar un romance con Ernesto, pero es evidente que en las semanas siguientes empezó a buscarlo con avidez. Aunque ella dice en sus memorias que Ernesto la perseguía, éste sostuvo en su diario íntimo que *ella* llevaba la iniciativa. A fines de febrero escribió: «No me moví debido al asma aunque parecería que ésta preveía un clímax con vómitos ocurrido anoche... Hilda Gadea sigue preocupándose mucho por mí y constantemente pasa a verme y me trae cosas.»

Hilda no era la única mujer interesada en Ernesto. Como diría Myrna Torres años después, varias de sus amigas lo encontraron atractivo, pero eran demasiado tímidas para manifestarlo. Pero en febrero y marzo de 1954, la principal aspirante al afecto de Ernesto era la enfermera Julia Mejías. En la época en que Hilda «constantemente» pasaba a verlo y llevarle cosas, Julia Mejías había conseguido una casa junto al lago Amatitlán donde Ernesto podía pasar los fines de semana; también le ayudaba a buscar trabajo. Al poco tiempo empezaron a vivir una aventura.

Hilda, que desconocía esos amoríos clandestinos, trataba de conseguirle un puesto por medio de sus contactos. Uno de ellos era su compañero de trabajo Herbert Zeissig, miembro de la rama juvenil del PGT. Zeissig le consiguió un puesto, pero dijo a Hilda que Ernesto debería afiliarse al partido. Ernesto se enfureció: mandó decirle, por medio de Hilda, que cuando se afiliara al partido lo «haría por propia iniciativa, no por motivos espurios». Ya le había escrito a su tía Beatriz que se «identificaba» con el PGT, pero por razones éticas se negaba a afiliarse con el fin de conseguir trabajo. La admiración de Hilda creció aún más ante esa muestra de fidelidad a los principios.

Entretanto, la situación financiera de Ernesto seguía siendo crítica. Antes de partir, Ricardo Rojo había pagado la cuenta de la pensión correspondiente a Gualo, pero la deuda aún era grande y los trabajos ocasionales que conseguía no le daban dinero suficiente. Necesitaba un trabajo estable en la profesión médica y depositó muchas esperanzas y confianza en Helena Leiva de Holst, quien tenía buenas conexiones y prometió abordar nuevamente al ministro de Salud Pública. También el doctor Peñalver trataba de conseguirle algo. Pero al finalizar el mes Ernesto aún estaba sin trabajo y ya pensaba que debería abandonar Guatemala.

El 28 de febrero escribió a sus padres pidiendo que le enviaran la dirección de Ulises Petit de Murat, un guionista y crítico cinematográfico amigo de su padre que hacía cine en México: «... Por si me largo para allá.» Por el momento, dijo, tenía una oferta de trabajo en una fábrica de carteles, pero no quería aceptarla porque le quitaría tiempo para buscar trabajo en el

campo de la salud. Había ofrecido sus servicios de médico a una cooperativa campesina y a una plantación bananera, pero ninguna los aceptó porque no pertenecía al sindicato «de mierda» de los médicos guatemaltecos.

«De algún modo se solucionará –escribió–, y si no se soluciona, a otro lado y listo, eso sí, no creo que antes de cuatro meses, que es el tiempo que necesito para pagar deudas, conocer las ruinas mayas y conocer el país como la gente...»

Mientras en sus cartas conservaba el tono despreocupado, volcaba toda su frustración en su diario. Así sintetizó su situación: «Día de desesperanza consciente, vale decir no basado en crisis ciclotímicas, sino en el análisis frío de la realidad...»

Le informaron que su tía Sara de la Serna, hermana de su madre, estaba gravemente enferma de cáncer, y en un tono de ligereza casi brutal que revelaba el grado de su ensimismamiento escribió a Celia: «No puedo ofrecerte ningún tipo de consuelo, ni siquiera el de mi presencia que es imposible debido a las razones económicas que conocés. Sólo un fuerte abrazo y mirá hacia el futuro, alejate un poco del presente es lo único que te puedo aconsejar. Chau.»

En marzo, su situación laboral cambió muy poco. Hilda pagó una parte de la deuda con la pensión y Julia Mejías le consiguió una entrevista para un puesto de médico en el Petén, lo cual le levantó el ánimo. «Tengo optimismo», escribió en su diario. El Petén era justamente el lugar que deseaba conocer. Escribió a sus padres que era «un lugar espléndido porque allí floreció la civilización maya... y porque hay más enfermedades que la mierda, de modo que uno puede aprender en forma (teniendo ganas, naturalmente)».

Pero el puesto en el Petén dependía de la aprobación del sindicato médico, y Ernesto decidió hablar con el presidente. Describió la entrevista con sorna: «Un hombre con ganas de conservar su puesto, anticomunista, me parece que intrigante, pero al parecer dispuesto a ayudarme. No fui lo suficientemente cauto pero tampoco arriesgué mucho.»

Hilda hizo bastante alharaca cuando se enteró de las perspectivas de trabajo en el Petén; aparentemente le exigió algún tipo de compromiso en su relación. «Hilda sigue dándome cartitas –escribió en su diario–, pero la última estuvo muy tierna y cuando le dije que me iba al Petén quedó hablando pavadas. Me da lástima y le tengo un poco de miedo.»

Entusiasmado por las perspectivas, se puso a estudiar las enfermedades parasitarias. Con alegría recibió una carta y un kilo de yerba mate de Alberto y Calica, que vivían y trabajaban en Caracas. Le contaban que ganaban mucho dinero, y Ernesto fantaseó un poco sobre las imágenes evocadas por sus palabras. Por fin recibió una buena noticia: aparentemente aprobarían su solicitud para el puesto en el Petén. Pero la relación con Hilda se complicaba, e hizo una pausa para reflexionar sobre lo que hacía y sus motivos.

«Hilda me contó un sueño que había tenido en que yo era protagonista y que delataba claramente su ambición sexual. Yo sin tener sueños estoy con un ataque de asma. Hasta qué punto el asma no es una fuga, es algo que me gustaría saber. Lo más lindo es que el análisis de mí mismo me lleva honradamente –hasta donde se pueda– a la conclusión de que yo tendría que huir. Y sin

embargo... Hilda y yo somos esclavos del mismo patrón y ambos lo negamos con los hechos. Quizás yo sea más consecuente pero en el fondo es lo mismo.»

Aquí aparentemente intenta decir algo importante sobre sí mismo. A pesar del lenguaje indirecto, evidentemente reconoce que las vacilaciones propias de su personalidad también se traducen en el campo político: «El Petén me pone frente al problema de mi asma y yo, frente a frente y creo que lo necesito. Tengo que triunfar sin medios y creo que lo haré, pero también me parece que el triunfo será obra más de mis condiciones naturales (mayores de lo que mi subconsciente cree) que de la fe que ponga en ello. Cuando oía a los cubanos hacer afirmaciones grandilocuentes con una absoluta serenidad me sentía chiquito. Puedo hacer un discurso diez veces más objetivo y sin lugares comunes, puedo leerlo mejor y puedo convencer al auditorio de que digo algo cierto pero no me convenzo yo, y los cubanos sí. Ñico dejaba su alma en el micrófono y por eso entusiasmaba hasta a un escéptico como yo.»

Aquí parece decir que tanto él como Hilda eran revolucionarios de corazón, pero no habían dado el paso de comprometerse totalmente con la causa. Sabía que la sola identificación con la revolución guatemalteca no era suficiente. Hilda seguía afiliada al APRA y en el momento crucial Ernesto se había negado a afiliarse al PGT. Aunque fuera por motivos de principios, aún vacilaba, seguía siendo el observador escéptico, el «francotirador» objetivo de siempre. Podía compararse con Ñico López, quien expresaba tanta fe en su lucha, una fe que no podía compartir mientras no participara realmente en la lucha política. También se preguntaba si el asma no era una forma de huir del compromiso.

Ahora le ofrecían un puesto en el Petén, una región selvática húmeda que sin duda agravaría su mal, pero a la vez el lugar justo donde poner en ejecución su plan de convertirse en un «médico revolucionario». Quería demostrarse a sí mismo que podía ser fiel a sus convicciones y a la vez superar el asma. Ésta se había convertido en símbolo de las ataduras malignas de la herencia que rechazaba. Quería forjarse una nueva identidad, formarse como revolucionario, vencer de una vez por todas las limitaciones con las que había nacido.

El autoanálisis le permitió aclarar sus pensamientos, pero el asma lo acosaba implacablemente. Unos días después escribió en su lecho de enfermo de la pensión: «Poco y mucho ha pasado.» El presidente del sindicato le había dicho que había buenas perspectivas de conseguir el puesto. «Hilda Gadea me declaró su amor en forma epistolar y en forma práctica. Yo estaba con bastante asma, si no tal vez la hubiese cogido. Le advertí que todo lo que podía ofrecerle era un contacto casual, nada definitivo. Pareció muy avergonzada. La cartita que me dejó al irse es muy buena, lástima que sea tan fea. Tiene 27 años.»

Así pasaban los días. Ernesto le decía a todo el mundo que se iba al Petén aunque no tenía la menor seguridad. «Estoy por preparar una lista de cosas necesarias –escribió en marzo–. Ardo por irme. Me tiene inquieto Hilda, sobre la desazón de estar entrampándome cada vez más en este país.»

Al mismo tiempo, crecían las presiones políticas sobre Guatemala. En marzo se realizó en Caracas la décima conferencia interamericana de la Organización de Estados Americanos. John Foster Dulles había aplicado sufi-

ciente presión para que se aprobara por mayoría la resolución del 26 de marzo que justificaba la intervención armada en cualquier Estado miembro que fuera «dominado por el comunismo» y por consiguiente constituyera una «amenaza hemisférica». México y la Argentina se abstuvieron, y sólo Guatemala, el blanco de la resolución, votó en contra.

El juego proseguía su marcha. Tras obtener esta victoria diplomática, el gobierno de Eisenhower se apresuraba a aprovechar la ventaja. La CIA entrenaba a los exiliados guatemaltecos en una hacienda de Somoza en Nicaragua. Había contratado una tripulación de pilotos mercenarios e introducido clandestinamente una docena de aviones en Nicaragua, Honduras y la Zona del Canal para usarlos en el ataque. Mientras tanto, sus agentes de la guerra psicológica preparaban grabaciones de propaganda y desinformación, imprimían volantes para arrojarlos sobre Guatemala desde los aviones y compraban armas soviéticas para plantarlas en el país en el momento que se necesitaran las «pruebas» de la colaboración soviética con Arbenz.

Myrna Torres se fue a Canadá, donde vivía su prometido. Al partir, escribió Ernesto, dejó «un saldo de corazones destrozados y sin saber ella lo que quiere, pero lo grave es que yo no sé si me voy. Siempre la misma incertidumbre...» Días después la incertidumbre había aumentado; el presidente del sindicato médico se había mostrado frío y evasivo al consultarlo sobre el puesto en el Petén. «Sólo Julia me responde. Y está buena...»[1]

Pero aparte del consuelo de Julia, se sentía amargado. Se refería al presidente del sindicato como un «hijo de puta». No esperaba «nada» de la siguiente reunión y se quejaba de estar atrasado en su correspondencia por culpa de las gestiones. «El entusiasmo depende de la salud y de las circunstancias, ambas me fallan. El puesto del Petén parece cada vez más lejano... El asunto se pone jodido. Ya no sé qué mierda hacer. Hilda se pone pesada. Tengo ganas de volar a la mierda: tal vez Venezuela.»

Pero no podía partir ya que no tenía dinero. Y así continuaba su penosa vida cotidiana. Para aprovechar el tiempo continuaba sus estudios de las enfermedades parasitarias en el laboratorio de Peñalver; resultó que el puesto en la plantación bananera, en un lugar llamado Tequisate, aún era posible. Hilda le dio algunas joyas para pagar la pensión, pero aún debía varios meses. La dueña le obligó a prometer que pagaría un mes en los días siguientes. Llegó el día de pago.

«Las cosas se pusieron feas en la pensión cuando el sábado no pude pagar ni cinco centavos. Dejé en prenda mi reloj, una cadena de oro y una piedra de anillo de Hilda y prometí un anillo de oro también de ella. Des-

1. El año anterior, cuando Myrna estudiaba en California, se había comprometido con un estudiante canadiense que conoció allí, pero una vez de vuelta en Guatemala, se había enamorado del guatemalteco Humberto Pineda. Myrna le explicó al autor que cuando se marchó a Canadá en marzo de 1945, fue para decirle al canadiense que ya no podía casarse con él. Sin embargo, el viaje de Myrna dejó a su novio, Humberto, sintiéndose «inseguro». El único «corazón destrozado» pertenecía, según ella, al cubano Armando Arencibia, quien se había enamorado perdidamente de ella.

pués de empeñar mi joyería me fui a Tequisate y en el camino se me descolgó el asma, como presagio de lo que será aquello si me llego a ir.»

Le escribieron que su tía Sara había muerto y dejó momentáneamente de lado sus propias penas para musitar sobre sus sentimientos. «No la quería pero me impresionó su muerte. Era una persona sana y muy activa y parecía lo más lejos posible de una muerte de ese tipo, lo que no obstante es una solución, ya que las condiciones en que la hubiera dejado la enfermedad hubieran sido terribles para ella.» Con un laconismo animoso que revelaba una frialdad nada acorde con las circunstancias, pero característica de las cartas a sus padres, escribió a su madre: «Ánimo, lo de Sara pasó y ahora París espera.»

Ya era abril, y el principal obstáculo para el puesto en Tequisate era la residencia guatemalteca. Se volvía fatalista. «Los días siguen pasando pero ya no me importa un queso. Tal vez uno de estos días me mude a lo de Helenita Leiva, tal vez no, pero de todas maneras sé que el asunto tiene que arreglarse en alguna forma y no me caliento más los sesos.»

En Semana Santa, al regresar de una excursión al campo, Ernesto, Hilda y Harold White se toparon con una procesión de encapuchados con cirios y una efigie de Cristo que le dio escalofríos. «Hubo un momento en que no me gustó ni medio, cuando pasaron los de las lanzas mirándonos feo.»

El 9 de abril, una carta pastoral de la Iglesia católica de Guatemala denunció la presencia del comunismo en el país y convocó a los guatemaltecos a «alzarse» en su contra. El lenguaje eufemístico no engañó a nadie. Sin embargo, el público desconocía que la pastoral era producto directo de un encuentro del arzobispo Mariano Rossell Arellano con la CIA. Mientras los sacerdotes leían la carta desde todos los púlpitos de Guatemala, aviones arrojaban millares de volantes sobre el campo.

Ernesto escribió una carta larga a su madre. En sus últimas cartas ella se había mostrado entusiasmada con la perspectiva de que se encontraran en París. Le había advertido que tal vez sería la única oportunidad para encontrarse, ya que pensaba pasar diez años recorriendo el mundo. A pesar de las dificultades del momento, dijo que estaba feliz de haber abandonado el hogar, e hizo una alusión velada a sus estudios de marxismo. «Mi cultura médica no se agiganta, y mientras voy asimilando otra serie de conocimientos que interesan mucho más que aquéllos...»

Evidentemente su madre le había preguntado si pensaba dedicarse a la antropología, en vista del interés que demostraba por la arqueología y la condición de los indígenas latinoamericanos. Su respuesta fue tajante: «Me parece un poco paradójico de hacer como "norte" de mi vida investigar lo que está muerto.» Estaba seguro de «dos cosas», dijo. Primero, que alcanzaría su «etapa auténticamente creadora alrededor de los treinta y cinco años de edad», trabajaría en «física nuclear, la genética o una materia así»; y segundo, que «América será el teatro de mis aventuras con carácter mucho más importante que lo que hubiera creído; realmente creo haber llegado a comprenderla y me siento [latino]americano con un carácter distintivo de cualquier otro pueblo de la tierra. Naturalmente que visitaré el resto del mundo...».

En los últimos días de abril, Ernesto hizo un esfuerzo para despertar de su sopor. Había tomado una decisión «inquebrantable y heroica». Si en quince días no se resolvía la radicación, se iría de Guatemala. Informó de su decisión a los dueños de la pensión y empezó a disponer de sus cosas. La noticia de su partida inminente inquietó a Hilda, que «ofrece el oro y el moro para que no me vaya. Llegó un kilo de adrenalina que manda Alberto desde allá, Venezuela, y una carta en que me pide que vaya, o mejor dicho me ofrece que vaya. No tengo muchas ganas».

Mientras Ernesto preparaba su partida, Washington daba el paso siguiente en el plan de desestabilización. En medio de una gran publicidad tendenciosa, convocó al embajador Puerifoy para mantener consultas. Las hábiles filtraciones a los medios indicaban que el propósito del viaje era la discusión de medidas norteamericanas contra Arbenz en vista de la reciente resolución de Caracas contra la intervención comunista en el hemisferio. El 26 de abril, Eisenhower advirtió en un discurso belicoso ante el Congreso que «los rojos» controlaban Guatemala e intentaban extender sus «tentáculos» a El Salvador y otros vecinos.

Ernesto recibió una citación de la policía, un trámite previo a la obtención de la residencia. Era un paso adelante, escribió con sorna, comparando su asedio del Ministerio de Relaciones Exteriores guatemalteco con el sitio reciente de la guarnición francesa de Dien Bien Phu por los combatientes vietnamitas de Ho Chi Minh.

El 15 de mayo la decisión de partir fue resuelta por otros, cuando le notificaron que debía salir del país para renovar su visado. Poco antes de partir escribió una carta a sus hermanos para saludarlos por sus cumpleaños próximos; fue una versión delirante de las cartas a sus padres. Una vez obtenido el puesto de médico, dijo, empezaría a vivir en serio «hasta que me llamen de casa de mi amigo Mao». Sobre la política centroamericana escribió: «Centroamérica es rechulo como dicen por aquí, no hay año que no se produzca alguna tremolina a favor o en contra de algo, lo mismo da. Ahora Honduras está en una huelga fantástica donde casi el 25% del total de los trabajadores del país han parado y Foster Dulles, que es abogado de la compañía frutera de estos lados, dice que Guatemala ha metido la pata. Aquí mismo hay una emisora clandestina que llama a la revuelta y los diarios de la oposición también lo hacen, de modo que no sería raro que con la ayuda de la famosa UF [United Fruit] se manden su revolucioncita para no perder la costumbre... Creo que si los Estados Unidos no intervinieron directamente (lo que no es probable todavía), Guatemala aguanta bien cualquier golpe de este tipo y tiene las espaldadas guardadas, pues hay mucha gente de México que simpatiza con el movimiento...»

A pesar del pronóstico optimista, ese mismo día se produjo un incidente que selló la suerte del régimen de Arbenz. El buque sueco *Alfhem*, que había partido un mes antes de un puerto polaco con una carga clandestina de armas checoslovacas, llegó a Puerto Barrios, sobre el Atlántico. La CIA, que estaba advertida sobre el viaje misterioso desde antes de la zarpa y

que sospechaba tanto de la carga como de su destino, siguió al buque a lo largo de la travesía, durante la cual cambió de rumbo varias veces. Cuando el *Alfhem* llegó a Puerto Barrios, Washington se enteró rápidamente de la naturaleza de la carga –más de dos toneladas de pertrechos para el régimen de Arbenz– y entró rápidamente en acción.

Era la prueba de la intervención del bloque soviético en Guatemala que Washington tanto anhelaba. El director de la CIA, Allen Dulles, convocó al Consejo Ejecutivo de Inteligencia y al Consejo Nacional de Seguridad, y con su respaldo fijó la fecha de la invasión para el mes siguiente. El 17 de mayo, un comunicado del Departamento de Estado denunció el envío de las armas y a continuación Eisenhower advirtió públicamente que las armas checas permitirían la consolidación de una «dictadura comunista» en Centroamérica.

Guatemala estaba en una situación desesperante. Descubierto in fraganti con una carga secreta de armas, Arbenz parecía abrigar propósitos inconfesables. En los días siguientes Eisenhower y el secretario de Estado Dulles informaron a la prensa que el cargamento superaba las necesidades militares guatemaltecas, insinuaron que su verdadera intención era invadir las naciones vecinas para imponer un régimen comunista, sin excluir la posibilidad de un ataque al Canal de Panamá, controlado por Estados Unidos. En medio de la ofensiva propagandística norteamericana, pocos periodistas recordaron que Estados Unidos había frustrado los intentos del régimen de Arbenz de mejorar su equipamiento militar, rechazado las solicitudes de asistencia militar y bloqueado los intentos de otros países occidentales de vender armas a Guatemala.

Menos de una semana después de la llegada del *Alfhem*, el secretario Dulles firmó con Honduras un «tratado de seguridad recíproca» similar al que había firmado con el dictador nicaragüense Somoza semanas antes. Estados Unidos y Honduras acusaban a Guatemala de instigar la huelga general hondureña. En caso de una «invasión guatemalteca», Estados Unidos defendería a Honduras. Para dejar sus intenciones perfectamente en claro, Estados Unidos envió ostensiblemente dos aviones cargados de armas para ayudar a la defensa del país. El verdadero destinatario era el «Ejército de Liberación» de Castillo Armas, que aguardaba la orden de desplazarse hacia la frontera guatemalteca.

El 20 de mayo, con autorización de Allen Dulles, una banda de saboteadores de la CIA colocó explosivos en las vías ferroviarias de las afueras de Puerto Barrios para impedir que el cargamento del *Alfhem* llegara a la capital. Los explosivos causaron pocos daños, y los hombres de la CIA abrieron fuego sobre el tren. Un soldado del ejército guatemalteco murió y varios sufrieron heridas, pero el tren y su cargamento llegaron a destino sin mayores problemas.

Contra este dramático trasfondo de agitación política, Ernesto abandonó la pensión. Aún debía tres meses, pero los propietarios aceptaron un pagaré. Fue con Hilda a la aldea de San Juan Sacatepéquez; era la primera vez que pasaban una noche a solas. Días después, Ernesto partió hacia El Salvador con veintincinco dólares prestados en el bolsillo.

V

Por tratarse de alguien que había tomado partido en el enfrentamiento, su conducta era notablemente irresponsable al ausentarse en el momento crucial de la crisis. Al mismo tiempo, en medio de la agitación provocada por el *Alfhem*, no podía haber elegido peor momento para visitar los países vecinos de Guatemala. La policía salvadoreña le secuestró «material dudoso» en la frontera, pero pudo entrar soborno mediante.

En la ciudad provincial de Santa Ana obtuvo un nuevo visado para Guatemala y de allí siguió hasta San Salvador, la capital. Allí solicitó un visado para Honduras con el fin de visitar las ruinas mayas de Copán y tal vez «echar una mirada» a la huelga obrera. Pasó el fin de semana en la cercana costa del Pacífico, acampando en la playa.

Allí conoció a varios jóvenes salvadoreños. Según dijo en carta a su madre, se emborracharon y él hizo un poco de «propagandita guatemaltequeante y recité algunos versitos de profundo color colorado. El resultado fue que aparecimos todos en la capacha [comisaría], pero nos soltaron enseguida, previo consejo de un comandante con apariencia de gente, para que cantara a las rosas de la tarde y otras bellezas. Yo perferí hacerle un soneto al humo...».

De regreso en El Salvador, se enteró de que le habían negado el visado hondureño, hecho que atribuyó a su procedencia guatemalteca, casi un crimen en el clima político dominante. Descartada Honduras, fue a Chalchuapa, en el oeste salvadoreño, para conocer la pirámide precolombina de Tazumal, construida por los indios pipil.

Exploró las ruinas y anotó sus observaciones en el diario. Esa noche durmió junto a una ruta en las afueras de Santa Ana y por la mañana cruzó nuevamente la frontera hacia las antiguas ruinas indígenas de Quirigua en el sur de Guatemala. Al día siguiente llegó a Jalapa y luego tomó un tren hasta Progreso, donde una mujer se apiadó de él y le dio veinticinco centavos. Se largó a pie por la carretera nueva casi concluida hacia el ahora infame Puerto Barrios. En las ruinas de Quirigua advirtió similitudes con las construcciones de piedra de los incas en Perú. Sobre todo le llamaron la atención los rasgos asiáticos de las tallas de piedra; una figura tallada en una estela tenía «reminiscencias de Buda», otra se parecía a «Ho Chi Minh».

Al día siguiente reanudó su camino, resuelto a llegar «a lo macho» a Puerto Barrios. Gastó el último dinero que le quedaba en un billete de tren. Era un albur, pero le dio resultado. Enseguida consiguió trabajo con una cuadrilla nocturna que descargaba barriles de alquitrán para la construcción de la carretera. «El trabajo es de 12 horas seguidas, de 6 de la tarde a 6 de la mañana, y es bastante matador aun para tipos con más traine que yo. A las 5.30 éramos autómatas o "bolos" como dicen aquí a los borrachos.» Trabajó una segunda noche «con mucho menos ganas» que la primera, pero llegó hasta el final a pesar de «los zancudos que joden de lo lindo y la falta de guantes, que convierten las manos en llagas».

A la mañana siguiente, con la promesa de uno de los capataces de con-

seguirle pasaje en tren de Puerto Barrios a la capital, descansó junto al mar en una choza abandonada, disfrutando de la sensación del deber cumplido. Era la primera vez que cumplía una jornada de trabajo físico ininterrumpido. «Estoy convertido en un chancho perfecto, lleno de polvo y asfalto de la cabeza abajo, pero realmente contento: conseguí el pasaje, la vieja donde comía fiado me dijo que le pagara un dólar en Guatemala al hijo y yo me demostré que soy capaz de aguantar lo que venga y si no fuera por el asma más de lo que venga.»

VI

«Devolví mi dólar», escribió con orgullo al regresar a la capital. Durante la excursión solitaria había reflexionado sobre sí mismo y analizado su vida, libre de compromisos y rutinas. El viaje, aunque breve, le había dado fuerzas; aunque no era el Petén, estaba convencido de que poseía la fuerza interior para llevar a cabo los proyectos que se propusiera.

Para Hilda, su regreso fue una grata sorpresa porque temía que no volviera. A medida que aumentaban los temores de una invasión, más y más gente abandonaba el país. Un funcionario de gobierno conocido suyo y también Harold White le aconsejaron que pidiera asilo. El consejo del funcionario la asustó ya que revelaba que las propias autoridades del país desconfiaban de su capacidad para defenderlo. Así se lo dijo a Ernesto.

«Coincidimos en que el ataque era inminente y que era difícil anticipar lo que sucedería y que el incidente era una mala señal. Pero no era prueba de nada: seguramente el gobierno sería defendido con ayuda del pueblo a pesar de la cobardía de algunos dirigentes.» Según Hilda, Ernesto la convenció de que se quedara a pesar de los temores.

En el clima de persecución que reinaba en la capital abundaban los rumores, y uno de los primeros que llegó a oídos de Ernesto tenía que ver con él mismo. Un conocido paraguayo le dijo que lo creían un agente peronista. Aparentemente puso fin al rumor. No volvió a la pensión, evidentemente porque no podía saldar su deuda, pero comía en casa de Helena Leiva de Holst y compartía el cuarto de Ñico López y otro cubano que cantaba tangos. Entraba y salía furtivamente, y puesto que sólo tenían dos camas, las juntaban y dormían atravesados. Ñico se preparaba para partir hacia México por orden de su organización; pasaba el tiempo «cagado de risa todo el día pero sin hacer nada».

A pesar de sus expectativas, la vida volvió a la rutina de siempre. El puesto de médico era un espejismo. Le dijeron que volviera para una entrevista, luego que esperara y finalmente que aguardara una semana más. Era la calma chicha. Recibía pocas cartas de la Argentina. Tras la partida de Ñico, fue a vivir con una guatemalteca llamada Coca. Helena Leiva de Holst también se preparaba para partir, pero prometió que gestionaría que le dieran de comer en casa de otra mujer y que hablaría por última vez con el ministro de Salud Pública. Para colmo, volvió el asma.

Con todo, los días tediosos llegaban a su fin porque se precipitaba el desenlace del enfrentamiento entre Guatemala y Estados Unidos. Buques de guerra norteamericanos inspeccionaban todos los barcos «sospechosos» en el Caribe y el secretario Dulles preparaba ostensiblemente un proyecto de sanciones para Guatemala para presentarlo en la conferencia de la OEA, convocada para julio. El jefe de propaganda de «Operación Éxito» era el agente de la CIA Howard Hunt, que años después saltaría a la fama con su papel en el escándalo Watergate. Hunt había organizado un «Congreso contra la intervención soviética en América Latina», realizado en México para mantener la atención de la opinión pública centrada en Guatemala.

En toda Latinoamérica la CIA publicaba artículos en los diarios y distribuía folletos que advertían sobre la amenaza comunista creciente en Guatemala. Arbenz envió a su canciller a conversar con el embajador Puerifoy. Ofreció una serie de medidas conciliatorias para iniciar conversaciones con Washington con el fin de evitar la invasión. El gesto resultó inútil.

La guerra psicológica de la CIA rendía sus frutos. El 2 de junio se frustró una conspiración contra Arbenz y se arrestó a algunos conspiradores. Al día siguiente, un grupo de militares pidió a Arbenz que echara a los comunistas que ocupaban puestos en el gobierno. El presidente respondió que los temores eran infundados y que los comunistas estaban controlados. Pero muchos oficiales estaban inquietos. El 5 de junio, un jefe retirado de la fuerza aérea se rebeló y poco después su voz apareció en las emisiones de radio de la CIA.

La emisora autodenominada «La voz de la liberación», dirigida por el agente de la CIA David Atlee Phillips, exhortaba a los guatemaltecos a apoyar el «Ejército de Liberación» y creaba la impresión de que éste tenía miles de combatientes. Para azuzar los temores de los militares, acusaba a Arbenz de querer disolver las fuerzas armadas y entregar las armas a los sindicatos dirigidos por los comunistas para formar «milicias campesinas». El 6 de junio, Arbenz suspendió las garantías constitucionales por treinta días, alegando la amenaza de la invasión.

El 14 de junio Ernesto cumplió veintiséis años. Al día siguiente, el presidente Eisenhower convocó una reunión de altos funcionarios para elaborar los últimos detalles de la «Operación Éxito». Dos días después, los mercenarios empezaron a bombardear Guatemala. El 18 de junio, Castillo Armas cruzó la frontera hondureño-guatemalteca a la cabeza de su deleznable «Ejército de Liberación» de cuatrocientos combatientes. Era el comienzo de la invasión y, a la vez, del futuro de Ernesto Guevara.*

* Véanse más detalles en el apéndice.

10. «UNA TERRIBLE DUCHA DE AGUA FRÍA»

I

Cuando se produjeron los primeros ataques aéreos sobre la capital guatemalteca, Ernesto experimentó la emoción de hallarse bajo fuego por primera vez. En una carta a Celia confesó que se «sentía un poco avergonzado por divertirme como un mono... La mágica sensación de invulnerabilidad» que experimentaba al ver a la gente correr por la calle durante los bombardeos lo hacía «relamerse de gusto».

A pesar de la novedosa sensación de la ausencia de miedo, la violencia lo sobrecogió. «Los bombardeos más leves tienen su grandeza. Vi a uno apuntar contra un blanco relativamente cerca de donde estaba yo y se veía al avión crecer por momentos mientras desde las alas brotaban lenguas intermitentes de fuego y se escuchaba el ruido de la ametralladora y de las metralletas livianas que le devolvían el fuego. De repente se quedó suspendido en el aire, horizontal, y entonces entró en picada y uno sentía la tierra estremecerse por la bomba.»

Días después, con un estado de ánimo un poco más sobrio, escribió en su diario: «Los últimos acontecimientos pertenecen a la historia, cualidad que creo que por primera vez se da en mis notas. Hace días, aviones procedentes de Honduras cruzaron las fronteras con Guatemala y pasaron sobre la ciudad en plena luz del día ametrallando gente y objetivos militares. Yo me inscribí en las brigadas de sanidad para colaborar en la parte médica y en brigadas juveniles [de la Alianza Democrática comunista] que patrullan las calles de noche.»

Se había impuesto el apagón nocturno y una de las tareas de la patrulla de Ernesto era asegurarse de que nadie encendiera luces por temor a darles un blanco a los bombarderos. Por su parte, Hilda firmó un comunicado de los exiliados políticos en apoyo de la revolución guatemalteca y formó una brigada femenina en su oficina para llevar alimentos a los hombres que patrullaban las calles.

El 20 de junio, Ernesto escribió a su madre, que cumplía años: «Esta carta te llegará un poco después de tu cumpleaños, que tal vez pases un poco intranquila con respecto a mí. Te diré que si por el momento no hay nada que temer, no se puede decir lo mismo del futuro, aunque personalmente yo tengo la sensación de ser inviolable (inviolable no es la palabra pero tal vez el subconsciente me jugó una mala pasada).»

A pesar de las provocaciones de los ataques aéreos y la incursión terrestre de Castillo Armas, escribió a su madre, el gobierno de Arbenz procedía con cautela: dejaba que los mercenarios penetraran en Guatemala a fin de evitar «incidentes fronterizos» que permitieran a Estados Unidos y Honduras invocar su tratado de seguridad recíproca para repeler la «agresión» guatemalteca. Hasta entonces, Guatemala se había limitado a presentar una protesta diplomática contra Honduras y pedir una sesión especial del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. «El incidente ha servido para aunar a todos los guatemaltecos debajo de su gobierno y a todos los que, como yo, vinieron atraídos por Guatemala.» Y en conclusión, formuló un juicio que poco después se revelaría lamentablemente equivocado: «El coronel Arbenz es un tipo de agallas, sin lugar a dudas, y está dispuesto a morir en su puesto si es necesario.»

Las primeras noticias del frente eran alentadoras. Las fuerzas del gobierno devolvían los ataques con cierto éxito. Castillo Armas había tomado Esquipulas, la ciudad del Cristo Negro adonde se dirigían las peregrinaciones, pero en otros frentes sus tropas se habían empantanado sin alcanzar sus objetivos de Puerto Barrios y Zacapa. A pesar del pánico inicial, los aviones mercenarios de la CIA causaban daños relativamente leves ya que con frecuencia erraban el blanco. Varios habían quedado fuera de acción debido al fuego antiaéreo. Se había capturado el buque hondureño *Siesta de Trujillo* cuando intentaba descargar armas y municiones para los invasores. Además, como víctima de un ataque procedente del exterior, Guatemala tenía buenos argumentos para solicitar la intervención de la ONU en su defensa.

El 20 de junio, el día que Ernesto escribió esas palabras, los supervisores norteamericanos estaban alarmados por la perspectiva de una derrota de su «Ejército de Liberación». A petición de Allen Dulles, Eisenhower autorizó el envío de dos cazabombarderos adicionales. Estos aviones entraron en acción el 23; durante tres días ametrallaron y bombardearon blancos importantes en la capital y otras ciudades clave.

Al mismo tiempo Estados Unidos llevaba a cabo una maniobra para frustrar la petición guatemalteca de que se celebre una sesión especial del Consejo de Seguridad para discutir la crisis. El presidente en ejercicio del Consejo ese mes era el embajador norteamericano Henry Cabot Lodge, enfrentado sobre ese asunto con el secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld. Lodge aceptó convocar la sesión el 25 de junio, pero para entonces los nuevos bombarderos habían causado graves daños. Las fuerzas de Castillo Armas habían ganado tiempo para reagruparse y lanzar nuevos asaltos.

El 24 de junio, los invasores tomaron el pueblo de Chiquimula, donde Castillo Armas instaló el cuartel general de su «gobierno provisional». «La voz de la liberación» batía los parches de guerra para crear la impresión en sus oyentes de que el ejército libertador era una fuerza avasallante, que obtenía victorias a diestro y siniestro mientras los defensores del gobierno caían derrotados.

Arbenz y sus jefes militares perdían confianza. Mientras tanto, el emba-

jador Lodge presionaba a los miembros del Consejo para que votaran contra la petición guatemalteca del envío de una comisión investigadora. Francia y Gran Bretaña soportaban las mayores presiones; Eisenhower y John Foster Dulles multiplicaban los encuentros con el primer ministro británico Winston Churchill, de visita en Washington. Su mensaje era que si Londres y París no apoyaban su posición sobre Guatemala, no habría ayuda norteamericana para enfrentar las situaciones en Chipre, Indochina y Suez. El 25 de junio, en la votación del Consejo de Seguridad, Estados Unidos impuso su posición contraria a la investigación por el estrecho margen de cinco votos contra cuatro con dos abstenciones, las de Gran Bretaña y Francia. Guatemala había quedado librada a sus propias fuerzas.

II

El 3 de julio, «Operación Éxito» se hizo digna de su nombre. «El libertador» Castillo Armas entró en la capital junto con el embajador norteamericano John Puerifoy. Su ascenso al poder, gestionado por los norteamericanos, se produjo tras una semana confusa de luchas por el poder entre los jefes militares guatemaltecos después de que forzaron la renuncia de Arbenz el 27 de junio.

«Una terrible ducha de agua fría ha caído sobre todos los admiradores de Guatemala», escribió Ernesto días después. En una nueva carta a Celia, deplorando la retórica heroica que había utilizado en la anterior, dijo que la había escrito «lleno de sueños gloriosos poco antes de ir a un frente donde nunca llegaría, dispuesto a morir si era necesario».

«Todo ha pasado como un sueño lindo que uno no se empeña luego en seguir despierto. La realidad está tocando muchas puertas y ya comienzan a sonar las descargas que premian la adhesión más encendida al antiguo régimen. La traición sigue siendo patriotismo del ejército, y una vez más se prueba el aforismo que indica la liquidación del ejército como el verdadero principio de la democracia (si el aforismo no existe, lo creo yo).»

Ernesto pensaba que los otros sectores culpables eran la prensa «reaccionaria» y la Iglesia católica, con su apoyo y asistencia a los que derrocaron a Arbenz. En su mente los señaló como sectores problemáticos que requerirían atención especial para que las futuras revoluciones socialistas en otros países pudieran triunfar.

Luego fustigó a Arbenz, quien, después de ceder a las presiones de los oficiales que, incitados por Puerifoy, habían exigido su renuncia, había pedido asilo en la embajada mexicana.[1] Sobre todo lo criticó por su renuencia a «armar al pueblo» en defensa del país.

1. En agosto Castillo Armas le permitió a Arbenz partir a México, no sin antes infligirle una última humillación en el aeropuerto. Lo abucheó una turba de partidarios del dictador, y en la aduana tuvo que desnudarse a la vista de todos.

Su amargura era comprensible. En los últimos días de junio se había enrolado en una milicia organizada por la juventud comunista con la esperanza de llegar al frente. Un voluntario nicaragüense, Rodolfo Romero, era el «jefe militar» en el cuartel general de la Brigada Augusto César Sandino, en una casa al norte de la capital.

Aceptaron a Ernesto en la brigada y durante varios días esperó con impaciencia que lo enviaran a combatir en el frente, pero entonces apareció el ministro de Salud Pública y lo trasladó a un hospital a la espera de nuevas órdenes. Ernesto y Romero dejaron de verse. (Volverían a encontrarse cuatro años y medio después, cuando Romero, que buscaba apoyo para una guerrilla antisomocista, fue a la capital cubana de La Habana, recientemente liberada, por invitación del comandante Ernesto «Che» Guevara.)

En el hospital se presentó nuevamente como voluntario para ir al frente, pero «no me han dado ni cinco de bola», escribió con impotencia. Esperaba otra visita del ministro de Salud, pero el sábado 26 de junio, la víspera de la renuncia de Arbenz, perdió su última oportunidad cuando el ministro llegó en momentos en que él visitaba a Hilda.

Hilda recuerda que durante los tensos días que precedieron a la caída de Arbenz, Ernesto decía a todos los que tenían contacto con el presidente que éste debía volver la espalda a sus asesores militares, armar al pueblo y conducirlo en una guerra de guerrillas desde las montañas. (En verdad, días antes de su caída, Arbenz trató de entregar armas a las milicias estudiantiles y obreras de las que Ernesto formaba parte, pero el ejército lo impidió.) Desde su puesto en el hospital, Ernesto seguía los acontecimientos con ansiedad e impotencia crecientes mientras las capitulaciones sucesivas consolidaban las victorias de Castillo Armas y conducían a la muerte ignominiosa de la «revolución» guatemalteca. La represión comenzó antes de la llegada de Castillo Armas: tras la declaración de la ley marcial y el decreto que ilegalizaba el PGT (comunista), las embajadas empezaron a llenarse de temerosos buscadores de asilo. Ernesto vaticinó que lo echarían del hospital por «rojo»; la precavida Hilda buscó un nuevo alojamiento.

El día que Castillo Armas entró en la ciudad, Ernesto observó que «la gente lo aplaudió mucho». Sus paramilitares de sombrero de paja y metralleta en ristre se pavoneaban por la ciudad, disfrutando de su prestigio de «libertadores» de la nación y buscando trifulcas. Edelberto Torres hijo se había escondido para evitar ser detenido pero Ernesto oyó rumores de que lo habían capturado. Anotó esto y también su temor por el padre, del mismo nombre, el estudioso de Ruben Darío. El temor de Ernesto por el padre se confirmó, porque éste fue detenido y hecho prisionero. Su propia situación era precaria, y después de que lo echaran «cagando» del hospital, tal como había vaticinado, buscó refugio en casa de dos mujeres salvadoreñas que ya habían pedido asilo.

En medio de la turbulencia política, Ernesto jugaba al gato y el ratón con la enamorada Hilda. Ella le envió unos versos en los que habló «babosadas como dicen por aquí». «Lo que le pasa –escribió en su diario– es una mezcla

de cálculo para ganarme, novelería y honor de mujer libre que se siente afrentada por mi indiferencia. Yo le mandé un versito todo animaloideo:

Entregate como se entrega el pájaro,
te tomaré como los osos toman
y, tal vez, te besaré despacio
para sentirme hombre, yo que soy paloma.

»Le planté un nuevo ultimátum pero la abundancia de éstos hizo que ya no tuviera mucho efecto. Lo que sí le afectó fue que le confesara lo del polvo con la enfermera. Todavía tiene esperanzas de casarse conmigo...»

A mediados de julio, la caza de brujas emprendida por el nuevo régimen se desarrollaba a todo vapor. Se detenía a todos los que tuvieran vínculos con el régimen de Arbenz o cayeran bajo sospecha de ser comunistas, entre ellos a Ernesto. Los que no habían huido de Guatemala trataban de hacerlo. Helena Leiva de Holst fue detenida; Ernesto tampoco pudo seguir refugiándose en la casa de las salvadoreñas, ya que llegó una mujer para ayudar a sus hermanas a salir del país. Iban a entregar la casa, lo cual lo obligaba a buscar un nuevo escondite.

Lo halló con una tía de Helena Leiva de Holst. Iba y venía entre su casa y la embajada argentina, pero sin pedir asilo para sí. Según Hilda, aprovechaba su acceso a la embajada y la confusión reinante en la capital «para llevar recados a los asilados en la embajada, reunir armas y conseguir asilo para los que estaban en dificultades o querían salir del país».

Continuó esas actividades impunemente durante algunos días más, hasta el día que detuvieron a Hilda y la llevaron a la cárcel, donde se encontró con Helena Leiva de Holst. Otras mujeres de la casa dijeron a Ernesto que antes de llevársela, la policía la interrogó sobre él. No podía pasar por alto esa advertencia, y por fin pidió y obtuvo asilo en la embajada argentina. Pero antes de partir, reflexionó en su diario sobre sus planes para el futuro.

«Mis proyectos son muy fluidos pero lo más probable es que vaya a México, aunque entra en mis cálculos de posibilidades el ir a Belice a probar fortuna. *Belice queda lejos.* Lejos o cerca, no sé bien por qué, estoy en uno de esos momentos en que una presión de costado puede torcer mi rumbo completamente.»

III

Ernesto pasó a integrar «un heterogéneo grupo de personas» dentro de los confines amurallados de la embajada argentina, pero enseguida lo asaltó la impaciencia. «El asilo no puede calificarse de aburrido pero sí de estéril, ya que no se puede dedicar uno a lo que quiere debido a la cantidad de gente que hay.»

La impaciencia se debía en parte al asma, que se había agravado. Se enteró por los diarios que Hilda quedó en libertad después de realizar una huelga de hambre. No comprendía por qué no iba a visitarlo, «no sé si por ignorancia de dónde estoy, y que puede visitarme, o porque no puede». Le preocupaba va-

gamente la posibilidad de no conseguir el visado mexicano que había pedido, porque, como muchos otros, pensaba trasladarse a ese país. Arbenz, su familia y la mayoría de sus aliados que no habían caído presos, como muchos exiliados políticos latinoamericanos, se habían asilado en la embajada de México. Amontonados, esperaban salvoconductos del nuevo régimen guatemalteco para poder viaja. Después de su propia «revolución antiimperialista» de cuatro décadas antes, la capital mexicana, políticamente tolerante y culturalmente dinámica, era un santuario para millares de exiliados políticos izquierdistas de todo el mundo. Muchos eran judíos europeos y republicanos españoles que habían huido del fascismo en los años treinta y cuarenta. Evidentemente, Ernesto había resuelto que México era el mejor lugar para él también.

Pero no tenía prisa, incluso pensó en salir de la embajada para recorrer las zonas indígenas de las montañas, que aún no conocía. «Si no hay mayor peligro, voy a salir para poder irme tranquilamente por el lago Atitlán...» Por el momento se quedó donde estaba, y sus apuntes de los días siguientes demuestran que empezó a adaptarse al nuevo entorno, aunque sin dejar de quejarse sobre el «ambiente estéril». «Yo ya tengo mi comida especial o más o menos especial y tomo sol todas las mañanas, de modo que no tengo ningún apuro en irme. De Hilda no sé absolutamente nada. Yo le mandé un mensaje pero no me contestaron nada, no sé si llegó. La situación política no ha variado, salvo que aumentaron las medidas persecutorias.»

Por falta de otra actividad, se dedicó a anotar sus impresiones sobre sus compañeros de asilo. El primero que le interesó fue el comunista Carlos Manuel Pellecer, un célebre dirigente campesino. «Es un hombre inteligente, valiente al parecer. Tiene gran ascendiente sobre todos los camaradas asilados, ascendiente que no sé si dimana de su propia personalidad o del hecho de ser dirigente máximo del partido... Es algo amanerado en sus modos. Hizo algún libro de versos en años anteriores, enfermedad muy difundida por estos lares. Su ilustración marxista no tiene la solidez de otras figuras que he conocido y la esconde detrás de cierta petulancia. La impresión que me da es la de un individuo sincero pero exaltado, uno de esos personajes ambiciosos a los que un traspié coloca en situación de renegar violentamente de su fe pero capaz de realizar los más altos sacrificios en un momento dado.»[1]

Acerca de su conocido cubano José Manuel «Che-Che» Vega Suárez escribió que «es bruto como un cascote y mentiroso como un andaluz. De su vida en Cuba no sé nada cierto salvo que hay indicios de que fue lo que se llama un "jodedor", y que la policía de Batista le dio una paliza de órdago y lo tiró a la vía del tren... En los días anteriores al asilo se portó como un cobarde. Aquí divierte por su exageración sin malicia. Es un niño grande, egoísta y malcriado que cree que todo el mundo debe supeditarse a sus caprichos. Come como un biguá».

Los días pasaban entre ataques de asma y el «profundo aburrimiento».

1. El vaticinio resultaría certero: el patricio Pellecer consiguió asilo en México, donde repudió sus ideas anteriores y escribió panfletos anticomunistas con auspicios de la CIA.

Una vez, al acabársele los medicamentos para el asma, se aventuró al exterior para recoger los inhaladores que había dejado en la casa de Helena Leiva de Holst. En la embajada los días transcurrían «en discusiones sin sentido y perdiendo el tiempo en cualquier forma posible».

El 2 de agosto se rebelaron los cadetes del ejército, avergonzados por las humillaciones que les infligía el indisciplinado «Ejército de Liberación» de Castillo Armas; desde la embajada se oyeron los disparos. La revuelta terminó cuando el embajador Puerifoy les hizo saber que Estados Unidos confiaba que los militares guatemaltecos respaldarían unánimemente a Castillo Armas. Ernesto apuntó que el poder del hombre designado por la CIA estaba «totalmente consolidado».

Entretanto, cada vez más y más gente atestaba las embajadas a la espera de salvoconductos de Castillo Armas para salir del país. La seguridad de centenares de personas dependía de su decisión. Ernesto no se preocupaba por su propia seguridad; era ciudadano argentino y su nombre no aparecía en las listas de asilados guatemaltecos o de otras nacionalidades; sólo aguardaba el momento oportuno para salir y viajar a México.

En verdad, los asilados nunca fueron conscientes de la precariedad de su situación. Preocupada por consolidar su victoria en la primera escaramuza importante de la guerra fría en el patio trasero de Washington, la CIA llevaba a cabo una campaña propagandística. Sus agentes en Guatemala recogían y en algunos casos fabricaban «pruebas» de la «verdadera naturaleza pro soviética» del gobierno derrocado de Arbenz. Los hermanos Dulles exigían que Castillo Armas detuviera a los presuntos comunistas y sus simpatizantes en todo el país.

Castillo Armas, que participaba en la campaña con todo entusiasmo, ya había iniciado una serie de medidas represivas para consolidar su poder mientras derogaba las reformas de la revolución. El 19 de julio, «el Libertador» había creado un Comité Nacional de Defensa Contra el Comunismo y promulgado una «ley penal preventiva contra el comunismo» que imponía la pena de muerte para una amplia gama de crímenes, incluido el «sabotaje político». El Comité poseía amplios poderes para detener y encarcelar a los presuntos comunistas. Un decreto quitó el voto a los analfabetos, despojando de sus derechos cívicos a la vasta mayoría de la población guatemalteca. Se derogaron las leyes de reforma agraria e ilegalizaron los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones campesinas. Se confiscaron y quemaron los libros considerados «subversivos». Victor Hugo y Dostoievski figuraban en la lista negra, lo mismo que el renombrado escritor guatemalteco (y futuro premio Nobel) Miguel Ángel Asturias, a quien incluso se despojó de la ciudadanía.[1]

Pero el secretario de Estado Dulles no estaba satisfecho. Exigía que Castillo Armas persiguiera a los setecientos asilados en las embajadas de la capital. Según los autores de *Bitter Fruit*, una crónica veraz del derroca-

1. Años después, el hijo de Asturias se convertiría en dirigente guerrillero bajo el nombre de guerra de Gaspar Ilom, personaje indígena de una novela de su padre.

miento de Arbenz, «Dulles temía que "recircularan" por todo el hemisferio si se les permitía salir de Guatemala. Su temor se volvió rápidamente una obsesión. Durante todo el verano bombardeó a Puerifoy con telegramas para insistir que ordenara a Castillo Armas que detuviera a los "asilados". A principios de julio le dijo a Puerifoy que instruyera al nuevo régimen para que presentara "acusaciones criminales" contra los refugiados "comunistas" con el fin de impedir su salida del país».[1]

El secretario Dulles incluso propuso un plan por el cual Castillo Armas otorgaría salvoconductos a los comunistas con la condición de que se los enviara directamente a Moscú, pero el flamante dictador guatemalteco se opuso: aparentemente consideró que semejante violación de las normas internacionales era excesiva, incluso para él. A principios de agosto empezó a otorgar salvoconductos y visados de salida a la mayoría de los asilados en las embajadas. La buena nueva causó júbilo en la embajada argentina. Los asilados la celebraron con un torneo de ajedrez; Ernesto ganó sus dos primeras partidas.

A mediados de agosto llegaron los primeros salvoconductos, pero la vida de Ernesto continuó inalterada. Jugaba al ajedrez, enviaba cartas a Hilda y redactaba semblanzas psicopolíticas de sus camaradas de asilo. Volvió su atención hacia los guatemaltecos, evaluándolos de acuerdo con sus aptitudes revolucionarias.

Roberto Castañeda, fotógrafo y bailarín, «viajó tras la Cortina de Hierro y es un sincero admirador de todo aquello, aunque no ingresara al partido. Le faltan conocimientos teóricos de marxismo y quizás no sea un buen militante por esas taras burguesas digamos, pero es seguro que en el momento de la acción será de la partida. Me impresiona como un magnífico personaje por sus condiciones en la vida de relación y no tiene prácticamente ninguno de los afeminamientos del bailarín». Sobre otro, llamado Arana, escribió que es «débil y sin base ideológica pero leal al partido. De inteligencia mediana, es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que el único camino ideal para la clase obrera es el comunismo».

Hilda fue dos veces a la embajada, que estaba bajo vigilancia, pero le impidieron la entrada. Ernesto sufría de asma. Decidió hacer un día de

1. En realidad, el peligro potencial era mayor de lo que suponía, porque la CIA ya tenía un legajo sobre él. Según Peter Grose, en su cortés biografía del director de la CIA Allen Dulles, *Gentleman Spy: The Life of Allen Dulles,* Houghton Mifflin, 1994, «semanas después del golpe, al ordenar el archivo del régimen derrocado de Arbenz en Guatemala, David Atlee Phillips encontró una hoja sobre un médico argentino de veinticinco años que había llegado a la ciudad en enero para estudiar la atención médica en medio de una revolución social. "¿Abrimos un expediente sobre este sujeto?", preguntó su asistente. Aparentemente el joven médico había tratado de organizar la última resistencia de los leales a Arbenz; luego había buscado refugio en la embajada argentina y finalmente había partido a México. "Sí, será mejor que lo tengamos en archivo", dijo Phillips. Con el tiempo, el legajo de Ernesto Guevara, llamado "Che", sería el más abultado del archivo general de la CIA».

ayuno para «purgar» su sistema. Hilda le envió un frasco de miel y una carta. Los días pasaban, interminables, y sus notas en el diario en las que se destacan las semblanzas de los asilados, describen un orden dominado por la monotonía. Ayudaba en la cocina de la embajada, pero se quejaba del cansancio provocado por el esfuerzo; el agotamiento muscular revelaba el deterioro de su estado físico. Sus semblanzas se volvían más cáusticas, sobre todo cuando describía a los numerosos jóvenes izquierdistas guatemaltecos que se consideraban poetas. Por ejemplo, el estudiante Marco Antonio Sandoval, de dieciocho años, «como poeta está plagado de meditaciones sobre la muerte»; Sandoval mismo era «un enérgico admirador de sí mismo». Cuando el poeta Hugo Blanco escapó saltando la tapia de la embajada, Ernesto escribió: «Mal poeta. No creo siquiera que sea una persona inteligente. El sesgo que parece distinguir a todo él es la bondad. Siempre una sonrisa de chico bueno acompaña al poeta.»

Los apuntes también suelen revelar el ojo clínico del estudiante de medicina. Así, Marco Antonio Derdón, alias Terremato, «es un muchacho de escasas dotes intelectuales con cuerpo que denota cierto infantilismo hipofisiario o hipogenital, lo que se ve confirmado por el hecho de que se le subió un testículo en el asilo al mismo tiempo que le salía una hernia inguinal indirecta. No tiene otro atractivo que el de su constitución patológica ya que no se puede hablar de formación política».

Los salvoconductos llegaban de a poco. Se informó que Perón había resuelto otorgar asilo a los refugiados en la embajada y sus familias. A los asilados que respetaba, Ernesto otorgó «salvoconductos» informales bajo la forma de cartas a su familia y amistades.

Una noche, el dirigente comunista prófugo Víctor Manuel Gutiérrez saltó el muro de la embajada y pidió asilo. Figuraba entre los hombres más buscados por Castillo Armas, y el incidente causó un escándalo entre el embajador argentino y las autoridades guatemaltecas. Sin embargo, dieron asilo a Gutiérrez y lo alojaron en un cuarto con su camarada Pellecer.

Poco después, Ernesto y otros doce asilados considerados «comunistas» alborotadores fueron confinados en el garaje de la embajada. Se los llamó el «grupo de los trece». Los apuntes de Ernesto, escasamente explícitos, dicen que la medida se debió a un alboroto causado por Humberto Pineda, el novio de Myrna Torres. Los amenazaron con medidas de fuerza si no se sometían y se les prohibió hablar con los demás asilados. Según Hilda, «consideraban a Ernesto un comunista debido a sus opiniones. Un día, todos los considerados comunistas fueron apartados de los demás...».

La primera noche de confinamiento, Humberto Ojeda y su hermano Luis Arturo escaparon de la embajada para unirse a las tareas clandestinas que el partido comunista organizaba contra el gobierno. Hilda dice que lo hicieron a instancias de Ernesto. En su diario, Ernesto se limitó a elogiarlos por tener «los huevos bien puestos».

Ahora escribía semblanzas de sus camaradas en la cochera. «Ricardo Ramírez es quizás de los más capacitados dirigentes de la juventud [comu-

nista]... Su cultura general es elevada y su manera de encarar los problemas mucho menos dogmática que la de otros compañeros.»[1]

Se acercaba el fin de agosto y se agotaba la paciencia de todos debido al confinamiento prolongado. Dos hombres más huyeron de la embajada y el confinamiento se volvió más drástico que nunca después de que Che-Che Vega «armó un lío con una putica que es mucama». La partida de ciento dieciocho asilados –incluyendo Pellecer y Gutiérrez– en cinco aviones enviados por Buenos Aires alivió las tensiones en la embajada argentina.

«La embajada ha quedado vacía y solamente quedo yo del grupo de los 13 de la perrera», escribió Ernesto. Le habían ofrecido pasaje a la Argentina, pero lo rechazó, empeñado en llegar a México. Ya que el embajador no podía obligarlo a repatriarse, le permitió con renuencia abandonar la embajada.

Nuevamente tenía fondos, ya que un amigo de Gualo García que llegó en uno de los aviones le entregó ciento cincuenta dólares además de «dos trajes, 4 kilos de yerba y un montón de "babosadas"» enviados por su familia. Les escribió que pensaba seguir hasta México y agradeció los regalos, pero advirtió que tal vez no se llevaría la ropa. «Mi último lema es poco equipaje, piernas fuertes y estómago de faquir.»

IV

A fines de agosto, Ernesto salió por la puerta principal de la embajada donde se había alojado durante un mes y lo primero que hizo fue ir en busca de Hilda.

Liberada de la cárcel el 26 de julio, ella vivía en un limbo, entre la soledad y el temor, a la espera de que Lima autorizara a su embajada que le diera un pasaporte. En una extraña audiencia con Castillo Armas en el palacio presidencial, donde él la había convocado, recibió la promesa de que no la detendrían mientras aguardaba la respuesta incierta a su solicitud de pasaporte. Vivía discretamente en un apartamento alquilado en el centro de la capital y aguardaba con impaciencia la salida de Ernesto de la embajada.

Se encontraron en el restaurante donde ella solía comer. Así recuerda Hilda su aparición: «Apareció un día mientras yo almorzaba. Todo el restorán lo ignoró ostensiblemente, salvo mi buena amiga la propietaria, que lo invitó a entrar y comer lo que quisiera. Y después de almorzar, cuando paseamos por el centro, todos nuestros conocidos nos miraban sorprendidos y

1. Ricardo Ramírez, que entonces tenía veintitrés años, sería luego el comandante «Rolando Morán» del Ejército Guerrillero de los Pobres, la más fuerte de varias guerrillas marxistas que aparecieron a principios de los años sesenta y combatieron a los sucesivos gobiernos guatemaltecos durante casi cuatro décadas. En enero de 1997, el EGP y sus aliados de la coalición guerrillera URNG se preparaban para desmovilizarse después de negociaciones prolongadas que condujeron a un acuerdo de paz firmado en diciembre de 1996, al cabo de treinta y seis años de guerra civil.

tenían miedo de hablar con nosotros; ni siquiera agitaban el brazo. Sin duda pensaban que nos vigilaba la policía.»

Convencido de que no había pruebas concretas para detenerlo, Ernesto entregó su pasaporte a la policía de migraciones para que le diera el permiso de salida, el primer paso para obtener el visado mexicano.[1] Pocos días después, volvió a la capital, recogió su pasaporte y por fin obtuvo el visado mexicano.

Su relación con Hilda había llegado a un vía crucis. Ernesto se disponía a partir solo y vivir nuevas aventuras en México, mientras Hilda confiaba en volver a Perú. Según Hilda, la perspectiva de la separación no lo preocupaba. Le aseguraba fríamente que tarde o temprano se reencontrarían y se casarían en México, pero ella temía perderlo para siempre. El clima se volvía tenso. Hicieron una excursión de despedida a San Juan Sacatepéquez, donde solían ir a merendar y, según Ernesto, hubo «profusión de franelas y algún polvito superficial».

En realidad, nada estaba más lejos de sus intenciones que casarse con Hilda. El día del encuentro final, escribió: «Creo que aprovecharé el hecho de que ella no puede salir todavía para largarme definitivamente. Mañana me dedicaré a despedirme de la gente que tenga ganas y el martes por la mañana inicio la gran aventura a México.»

A mediados del mes de septiembre, Ernesto cruzó la frontera con México junto con Julio Roberto Cáceres, «el Patojo», un joven estudiante guatemalteco que conoció en el camino, y siguieron viaje hasta la Ciudad de México. Aunque tenía algunos temores por su seguridad, el viaje transcurrió sin incidentes.[2]

Dulles revelaría un instinto certero. No sólo Ernesto «Che» Guevara sino toda una legión de futuros revolucionarios había escapado de sus garras en Guatemala. Volverían a estrechar filas en México y otros países, y resurgirían de las cenizas de la catástrofe arbencista –frecuentemente con ayuda de Guevara– como las guerrillas marxistas que acosarían a las autoridades norteamericanas durante las cuatro décadas siguientes.

1. Mientras esperaba, fue al lago Atitlán y las montañas de Guatemala.

2. Ernesto y el Patojo se mantuvieron en contacto y llegaron a formar una estrecha amistad. Años después, Ernesto Guevara escribiría un relato en honor de su amigo titulado simplemente «El Patojo».

11. «MI VIDA PROLETARIA»

I

A principios de los años cincuenta, Ciudad de México aún conservaba vestigios de la efervescencia política y artística que había alcanzado su apogeo en las dos décadas anteriores. La sofisticación cosmopolita producida por la llegada masiva de miles de exiliados que huían del fascismo europeo había sido uno de los factores que generó el renacimiento cultural mexicano. En esa época, artistas como Diego Rivera, Orozco, Siqueiros, Frida Kahlo y Tina Modotti creaban las obras que les darían fama. Escritores, artistas y personalidades políticas se reunían por las noches en los florecientes cabarets donde actuaban las grandes estrellas del bolero; el boom de la industria cinematográfica engendraba leyendas del séptimo arte como el director Emilio «el Indio» Fernández, el actor cómico Cantinflas, y las estrellas de la pantalla Dolores del Río y María Félix. Muchos extranjeros, desde los escritores franceses Antonin Artaud y André Breton hasta los poetas de la generación beat Jack Kerouac y William S. Burroughs, buscaban inspiración en el medio creativo mexicano.

Desde que el gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) se consolidó en el poder durante el período posrevolucionario, México gozaba de gran popularidad entre los nacionalistas antiimperialistas latinoamericanos y del respeto renuente de Washington. Durante la década de 1930, el presidente Lázaro Cárdenas había nacionalizado los yacimientos petrolíferos e impuesto una amplia reforma agraria. Una política exterior agresiva e independiente de la de Washington había generado un ambiente altamente politizado y lleno de intrigas en el que se mezclaban y conspiraban exiliados, espías y viajeros. Desde sus grandes embajadas, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética realizaban operaciones de inteligencia. La capital mexicana había conocido ciertos asesinatos tristemente célebres: el del dirigente comunista cubano Julio Antonio Mella en 1929 y el de León Trotski en 1940.

Los dos mundos, el artístico y el político, se habían entremezclado y confundido. Modotti había sido la amante del asesinado Mella; Kahlo había vivido una aventura con Trotski; el muralista Siqueiros había encabezado un asalto con ametralladoras contra la casa de Trotski antes de que el agente estalinista Ramón Mercader concluyera la cruenta obra con un punzón de picar hielo.

En la década de 1950, la capital mexicana distaba de ser la megalópolis envuelta en brumas de niebla y humo en que se ha convertido hoy: se veían las cumbres nevadas de los volcanes Popocatépetl e Iztaccihuatl que se alzaban sobre el horizonte. Aparte del laberíntico centro histórico –la vieja ciudad colonial española construida sobre las ruinas de la capital azteca–, era una ciudad de barrios serenos semejantes a aldeas y bulevares bordeados de árboles. Aún en los años cincuenta, no era infrecuente ver a hombres vestidos de charros –los elegantes vaqueros mexicanos– desfilar por el Paseo de la Reforma los domingos por la tarde.

No hay un hecho singular que señale el eclipse de la llamada «era romántica» de México, pero pocos son tan simbólicos de su decadencia como la última aparición pública de una enferma Frida Kahlo el 2 de julio de 1954. Ese día frío y húmedo, la artista aquejada de neumonía se levantó de su lecho para participar en una protesta contra el derrocamiento de Arbenz por la CIA. Su esposo Diego Rivera la llevó en silla de ruedas hasta la concentración frente al panteón de la cultura mexicana, el Palacio de Bellas Artes con su cúpula blanca. Durante cuatro horas largas, Kahlo unió su voz a los cánticos de «¡Gringos asesinos, fuera!», alzando sus deslumbrantes manos adornadas de anillos. Con la izquierda sostenía una bandera con la paloma de la paz, mientras crispaba el puño derecho en gesto desafiante. Después, el estado de la artista empeoró rápidamente, hasta que murió once días más tarde, el 13 de julio. Tenía cuarenta y siete años.

II

La primera carta que Ernesto escribió desde México, a finales de septiembre, estaba dirigida a su tía Beatriz. «La ciudad, mejor dicho el país, de las mordidas [soborno] me ha recibido con toda su indiferencia de animal grande, sin hacerme caricias ni enseñarme los dientes...»

Sus planes inmediatos eran conseguir trabajo para ganarse la vida, luego recorrer México y «pedir una visa para el Titán del Norte», Estados Unidos. En caso de obtenerla, visitaría a su tía Ercilia en Nueva York, «y si no, a París». Calculó que el dinero le alcanzaría a lo sumo para dos meses, e inmediatamente empezó a buscar a sus contactos. Uno era Ulises Petit de Murat, un amigo de su padre que trabajaba como guionista para la industria cinematográfica mexicana. Antes de partir de Guatemala le había contado a Hilda sobre Petit: tal vez, le dijo, tendría la oportunidad de trabajar como extra cinematográfico y así poner a prueba sus «frustradas ambiciones artísticas de convertirse en actor». Hilda había respondido que era una idea frívola y le había suplicado que continuara su carrera de médico en lugar de derrochar su talento. Según Hilda, Ernesto, un poco avergonzado, insistió en que sólo se trataba de un medio para sobrevivir, pero finalmente se mostró de acuerdo con ella y prometió que no se desviaría del camino.

Pero necesitaba conseguir trabajo, y Petit de Murat era uno de sus esca-

sos contactos en México. El encuentro fue bastante cordial. «Me sacó a pasear, discutimos sobre política –escribió en su diario–. Tiene una hija agradable pero que está dentro de la típica educación burguesa clericaloide.» Petit y su hija Marta llevaron a Ernesto a conocer las pirámides aztecas de Teotihuacán, en las afueras de la ciudad. Marta le sirvió de modelo para ensayar un juguete nuevo que había comprado con la mitad de sus fondos: una cámara Zeiss de 35 milímetros.

Petit lo invitó a vivir en su casa y se ofreció para ayudarlo a conseguir una beca para sus estudios, pero Ernesto rechazó la oferta. En una carta a su padre fechada el 30 de septiembre, dijo, aparentemente sin ironía, que había «preferido mantener un cierto grado de independencia, por lo menos mientras me duren los pesos que me mandaron». Ciertamente no congeniaba políticamente con Petit: «Ya nos trenzamos en la misma discusión tuya sobre libertad, etc., está tan ciego como vos con el agravante de que hasta lo de Guatemala se ve que en el fondo lo alegra.»

Pasaron varios «días en cero», durante los cuales Ernesto paseó por la ciudad, fue a los museos y buscó a sus conocidos. Halló a Helena Leiva de Holst, quien también se había asilado allí al marchar de Guatemala. Después escribió en su diario que aparentemente había «algo raro» entre ella e Hilda, de quien habló «con un tono despectivo». Lo que dijo Helena debió de ser contundente, porque apuntó en su diario: «con Hilda hay que cortar esta situación insostenible».

Se enteró por una carta de su familia de que la mayoría de los «izquierdistas guatemaltecos» evacuados a la Argentina estaban en la cárcel. Una carta a su madre enviada en octubre está llena de recriminaciones porque su familia no había ayudado más a los camaradas que les había recomendado. Aparentemente, su ayuda se había limitado a escuchar a los guatemaltecos que relataban sus aventuras con Ernesto y luego desearles buena suerte... o al menos así le pareció a él. «La última vez que mando gente al caserón de la calle Mansilla, pues he visto que la tradicional hospitalidad guevariana se ha perdido en el fárrago de la prosaica vida burguesa (definitivo), y vieja, te mando un abrazo triste y desganado para que lo compartas con el resto de la feliz tribu sedentaria.»

En un aparte entre tantas quejas, expresó a Celia la impotencia que sentía sobre lo sucedido en Guatemala y confesó que una vez más se sentía desgarrado por el conflicto acerca de su futuro. A la luz de los sucesos, dijo, se había convencido «terminantemente de que los términos medios no pueden significar otra cosa que la antesala de la traición. Lo malo es que al mismo tiempo no me decido a tomar la actitud decidida que hace mucho debía haber tomado, porque en el fondo (y en la superficie) soy un vago rematado y no tengo ganas de ver interrumpida mi carrera por una disciplina férrea».

Ernesto aún digería sus vivencias en Guatemala, y en sus cartas realizaba una suerte de autopsia minuciosa. Quería que todos comprendieran lo que para él era la «verdad» de lo que había sucedido. A su amiga Tita Infan-

te, en cuya última carta recibida en Guatemala creyó advertir una preocupación que trascendía lo platónico, escribió en una carta: «Hoy, a la distancia –material y espiritual– que me separa de Guatemala, releí su carta para contestarle y me pareció extraña. La encontraba con un calor especial, en su desesperación por no poder hacer nada, que realmente emociona.» Al igual que la República española, escribió, Guatemala había sido traicionada «de adentro y de afuera», pero no había caído con tanta nobleza. Lo que más lo asqueaba era el revisionismo espurio sobre el gobierno de Arbenz. Los diarios de las Américas publicaban «mentiras». Ante todo, escribió, «no hubo asesinatos ni nada parecido. Debió haber unos cuantos fusilamientos a tiempo, lo que es diferente; si esos fusilamientos se hubieran producido, le hubiera quedado al gobierno la posibilidad de luchar...».

Ernesto estaba convencido de que la intervención norteamericana en Guatemala era sólo la primera escaramuza en un enfrentamiento global entre Estados Unidos y el comunismo. Era una perspectiva aterradora, y cometió el desatino de exponerla en una carta a su hermana Celia. Ella le había escrito que estaba comprometida con Luis Rodríguez Argañaraz, un joven arquitecto amigo de la familia. Evidentemente le preguntaba sobre las posibilidades de conseguir trabajo en México, porque Ernesto respondió: «Mi consejo de hermano mayor reposado y serio es que se queden allí sin pensar macanas de otros países porque la maroma se viene y aunque no sea la atómica será la otra, la del hambre, y Argentina será de las menos golpeadas porque depende menos del amigo del norte.»

Repitió estos vaticinios terribles en una carta a su padre enviada unos meses después. La guerra mundial era inevitable, los riesgos habían crecido de manera «gigantesca» como consecuencia de los cambios en el Kremlin provocados por la muerte de Stalin. «Argentina es el oasis de América, hay que darle a Perón todo el apoyo posible para evitar entrar en la guerra que promete ser terrible; te guste o no, es así. [El vicepresidente norteamericano Richard] Nixon ya está recorriendo todos estos países, aparentemente para fijar las cuotas de hombres y materia prima barata (pagada con maquinarias viejas y carísimas) con que cada uno de los pobres estados de América contribuirá en las nuevas Coreas...»

Entre carta y carta a su familia para anunciar el juicio final, Ernesto buscaba trabajo. Trataba de conseguir puestos en los hospitales, pero con poca suerte. Mientras tanto se ganaba la vida con su cámara nueva, tomando fotografías de la gente en plazas y parques. Durante los meses siguientes, definidos por él como una «rutinaria cadena de esperanzas y desengaños que caracterizan mi vida proletaria», tuvo varios trabajos: sereno, corresponsal fotográfico de la agencia noticiosa argentina Agencia Latina y alergista e investigador tanto en el Hospital General como en el Infantil.

Fue entonces cuando Hilda Gadea volvió a entrar en su vida. Poco después de la partida de Ernesto, la policía guatemalteca la había detenido de nuevo, encerrado durante una noche y enviado bajo vigilancia a la frontera con México. Al cabo de unos días sus propios guardias, debidamente sobor-

nados, la ayudaron a cruzar el río limítrofe. Varada durante ocho días en el pueblo fronterizo de Tapachula a la espera de que el gobierno mexicano le otorgara asilo político, logró llegar a la capital y reencontrarse con Ernesto. Ella recuerda que, al verla, Ernesto rió, burlón: «"Perdiste peso. Parece que lo pasaste mal". Le dije que se debía a las preocupaciones. Él asintió y dijo que también había estado muy preocupado por mí.»

Pero los pensamientos y las acciones de Ernesto desde su separación no revelan al amante angustiado. Al enterarse de que estaba varada en la frontera, no hizo nada para ayudarla y sólo comentó al pasar en su diario: «Hilda está en México en Tapachula y no se sabe en qué condiciones.»

Los relatos de Ernesto e Hilda sobre su relación intermitente son tan discrepantes con respecto al período mexicano como en otras épocas. Después del reencuentro, Ernesto escribió: «Con Hilda parece que llegamos a un statu quo, veremos.» Pero el relato de Hilda reafirma su posición conocida: «Ernesto habló otra vez de la posibilidad de casarnos. Yo dije que debíamos esperar... Tenía la sensación de que mi respuesta ambigua había creado cierta tensión, porque entonces dijo que sólo seríamos amigos. Yo estaba un poco sorprendida; sólo le pedía que esperáramos. Pero acepté su decisión. Yo no hacía más que llegar y ya estábamos riñendo...»

Se reunían, ocasionalmente iban a cenar o al cine. Hilda se instaló en una pensión con la poeta venezolana exiliada Lucila Velásquez en el opulento barrio de Condesa y, al igual que Ernesto, buscó a sus contactos para conseguir trabajo.

Más feliz fue el reencuentro casual de Ernesto con los cubanos que había conocido en Guatemala, en especial su amigo Ñico López. Un día, cuando estaba de guardia en el Hospital General, apareció Ñico en busca de tratamiento para un camarada que sufría de alergia. Según el relato de Hilda, Ernesto y Ñico reanudaron su amistad. El cubano se mostraba optimista sobre el futuro; confiaba que en poco tiempo el líder moncadista Fidel Castro, su hermano Raúl y otros camaradas encarcelados saldrían en libertad.

Desde principios de 1954, los seguidores exiliados de Fidel Castro se dirigían hacia México desde todos los países del hemisferio, donde habían recibido la orden de reunirse allá. Su sede informal estaba en el apartamento de María Antonia González, una cubana casada con el luchador profesional mexicano Dick Medrano.

En Cuba, donde Castro se había convertido en una *cause célèbre* nacional, Batista había convocado elecciones para consolidar su régimen de facto. La opinión pública exigía con fuerza creciente una amnistía para Castro y los demás moncadistas. Una vez en libertad, dijo Ñico a Ernesto, Fidel Castro se instalaría en México para llevar a cabo su gran proyecto de organizar y entrenar un movimiento insurreccional armado con el que volver a la isla y librar una guerra de guerrillas para derrocar a Batista. Un proyecto tan tremebundo seguramente le parecía a Ernesto una promesa remota... y, además, no le servía para mejorar su situación financiera.

Ernesto escribió nuevamente a su madre, quien había criticado la conducta de los comunistas guatemaltecos exiliados enviados por él a la casa. «Los comunistas no tienen el sentido que vos tenés de la amistad, pero entre ellos lo tienen igual o mejor que el que vos tenés. Lo vi bien claro a eso, y en la hecatombe que fue Guatemala después de la caída, donde cada uno atendía sólo el sálvese quien pueda, los comunistas mantuvieron intacta su fe y su compañerismo y es el único grupo que siguió trabajando allí... Creo que son dignos de respeto y que tarde o temprano entraré en el partido, lo que me impide hacerlo más que todo, por ahora, es que tengo unas ganas bárbaras de viajar por Europa y no podría hacer eso sometido a una disciplina rígida.»

Un mes después, en diciembre, escribió otra vez a su madre, aparentemente en respuesta a una carta en la que ella expresaba alarma ante su declaración de ingresar más adelante en el partido. En una réplica agresiva le escribió: «A aquello que tanto le temés se llega por dos caminos: el positivo, de un convencimiento directo, o el negativo, a través de un desengaño de todo. Yo llegué por el segundo camino, pero para convencerme inmediatamente de que hay que seguir por el primero. La forma en que los gringos tratan a América (acordate que gringos son yanquis) me iba provocando una indignación creciente, pero al mismo tiempo estudiaba la teoría del porqué de su acción y la encontraba científica. Después vino Guatemala...»

Lo visto en Guatemala sólo dio mayor peso a sus convicciones y en algún momento empezó a *creer.* «En qué momento dejé el razonamiento para tener algo así como la fe no te puedo decir, ni siquiera con aproximación, porque el camino fue bastante larguito y con muchos retrocesos.» Era una declaración inequívoca. Si su familia no estaba suficientemente advertida, Ernesto había proclamado sus convicciones y descrito su conversión. Era comunista.

III

El comienzo de 1955 trajo pocos cambios a la vida de Ernesto. Su existencia era la de un joven vagabundo argentino que buscaba cualquier trabajo en un país extranjero, que por casualidad tenía título de médico. Como siempre, estaba sin dinero. El «statu quo» con Hilda tenía altibajos, pero a partir de Año Nuevo se había estabilizado. Aparentemente esto se debió no tanto a una conciliación de sus diferencias fundamentales como al hecho de que Ernesto necesitaba a Hilda para pedirle dinero de vez en cuando y, como escribió en su diario, para satisfacer su «necesidad urgente de una mujer dispuesta a coger». Ya la conocía lo suficiente para tener la certeza de que siempre estaría disponible para ambas cosas.

Para reconciliarse después de su ausencia en Año Nuevo, le hizo tardíamente un regalo: un ejemplar en miniatura del clásico argentino *Martín Fierro* de José Hernández encuadernado en cuero verde. Siempre había sido

uno de sus libros preferidos. Escribió una dedicatoria que a ella seguramente la exasperó por su ambivalencia, pero que no obstante consideró una prueba de sus sentimientos. «A Hilda, para que en el día de nuestra separación conserves el sentido de mi ambición de nuevos horizontes y mi fatalismo militante. Ernesto 20-1-55.»

Hilda no conseguía trabajo, pero recibía dinero de su familia y tenía de qué ocuparse. En enero se había inscrito en un curso de dos meses sobre la revolución mexicana en la Universidad Autónoma. Discutía las clases con Ernesto y juntos leían libros sobre el tema como *México insurgente* de John Reed y las memorias de Pancho Villa.

Para entonces una decena de moncadistas cubanos vivían en la capital mexicana. Varios de ellos ocupaban una pensión en la calle Gutenberg. Ñico López y Calixto García se alojaban en el céntrico Hotel Galveston. Todos se mantenían en contacto con la coordinadora extraoficial del movimiento, María Antonia González, en su apartamento de un feo edificio moderno de color rosado en la calle Emparán, 49, en el centro de la ciudad. Desde su encuentro fortuito con Ñico López en el hospital, Ernesto se reunía ocasionalmente con él y sus camaradas y empezaba a conocer a los recién llegados. Contrató a dos, Severino «el Guajiro» Rossell y Fernando Margolles, para que revelaran las fotografías que tomaba por encargo de la Agencia Latina en los segundos Juegos Panamericanos, realizados en marzo. Otro moncadista, José Ángel Sánchez Pérez, llegó de Costa Rica y se alojó en la pensión de Ernesto en la calle Tigres. Meses antes, Sánchez Pérez había combatido en Costa Rica contra una invasión respaldada por Somoza que intentaba derrocar al presidente Figueres.

Poco antes de los juegos, Sánchez Pérez presentó a Ernesto en casa de María Antonia. Según Heberto Norman Acosta, investigador del Consejo de Estado cubano y yerno de un expedicionario castrista que durante quince años estudió el período de «exilio» anterior a la Revolución Cubana, ella lo aceptó como amigo de confianza debido a sus contactos con Ñico López, Calixto García y los demás cubanos. También congenió con el esposo de María Antonia, el luchador Dick Medrano, y empezó a visitarlos regularmente.

Entretanto, Hilda anhelaba reanudar sus relaciones, interrumpidas por Ernesto debido a una rencilla. «Ya que echaba de menos a Ernesto y quería reconciliarme –escribió–, decidí que debía tomar la iniciativa.» Tuvo su oportunidad cuando Myrna Torres regresó de Canadá para casarse con su novio Humberto Pineda, quien había llegado a México después de meses de vida clandestina en Guatemala. «Aprovechando su amistad, le pedí que me acompañara a visitar la casa de los cubanos; sabía que Ernesto solía ir allá a revelar las fotos.» La visita satisfizo sus expectativas. Ernesto aceptó ir a visitarla y, tal como esperaba, reanudaron la relación.

Con el fin de los Juegos Panamericanos llegó la mala noticia del cierre de la Agencia Latina. La agencia internacional de noticias creada por Perón daba pérdidas, y con el cierre Ernesto perdió su fuente principal de ingre-

sos. Calculó que la agencia le debía cinco mil pesos, «cantidad que me viene muy bien, pues con ella puedo pagar algunas deudas, viajar por México e irme a la mierda», escribió. Esperó ese dinero con ansias, pero por las dudas se quedó con una de las cámaras de la agencia.

«Científicamente» empezaba a abrirse paso. Había rechazado una oferta tentadora de trabajar en Nuevo Laredo, sobre la frontera con Estados Unidos, porque no quería firmar un contrato por dos años. En una altanera carta fechada el 9 de abril, rechazó el ofrecimiento de su tía Beatriz de utilizar sus contactos para conseguirle trabajo en la industria farmacéutica.

«Pese a todo mi vagabundaje, mi informalidad reiterada y otros defectos, tengo convicciones profundas y bien definidas, esas convicciones me impiden hacerme cargo de un puesto del tipo del descrito por vos, pues ésas son cavernas de ladrones de la peor especie, ya que trafican con la salud humana que se supone está bajo mi calificada custodia... soy pobre pero honrado.» Y por si la pobre Beatriz tenía alguna duda sobre el origen de esas convicciones, firmó la carta: «Stalin II».

En abril, viajó a León, estado de Guanajuato, para asistir a un congreso sobre alergias. Allí presentó un trabajo sobre «Investigaciones cutáneas con antígenos alimentarios semidigeridos». Obtuvo según él una «discreta acogida», pero un buen comentario del doctor Salazar Mallén, su jefe en el Hospital General de México, y la promesa de que sería publicado en la edición siguiente de la revista *Alergia*. Salazar Mallén también le ofreció el internado en el Hospital General y una ayuda monetaria para hacer un trabajo de investigación.

Salazar Mallén cumplió su promesa en mayo. Ernesto inició el internado en el Hospital General con el minúsculo salario de ciento cincuenta pesos mensuales más alojamiento, comida y servicio de lavandería. El trabajo bastaba para cubrir sus necesidades básicas. «Pronto hubiera pasado a la nota policial como muerto de inanición –escribió a su madre–, si no fuera por la caridad de manos amigas.» El salario le era indiferente: «El dinero es un lujo interesante pero nada más.»

Hilda le propuso matrimonio y mantenerlo. «Yo dije no –escribió–. Quedamos como amantitos hasta que yo me largue a la mierda, que no sé cuándo será.» Pero poco después aceptó la invitación de vivir con ella en el nuevo apartamento que compartía con Lucila Velásquez, en la calle Rhin. Hilda tenía un trabajo eventual en la Comisión Económica para Latinoamérica y el Caribe de la ONU (CELAC). Debía escribir un informe sobre el café en El Salvador. Luego obtuvo un puesto en la oficina de estadística de la Oficina Panamericana de la Salud, dependiente de la Organización Mundial de la Salud.

La convivencia con Hilda no sólo resolvió el problema alimentario –y le dio una vivienda más cómoda que el cuarto en el hospital– sino que amplió el círculo de sus contactos. Hilda tenía muchos conocidos en la floreciente comunidad de exiliados de México, engrosada en los últimos tiempos por el éxodo guatemalteco. Uno era el exiliado cubano Raúl Roa,

director de la revista *Humanismo*, y el codirector Juan Juarbe y Juarbe, exiliado puertorriqueño. También estaban el joven abogado peruano Luis de la Puente Uceda,[1] dirigente del ala juvenil izquierdista del APRA, y Laura Meneses, la esposa peruana de Pedro Albizu Campos, el militante independentista puertorriqueño encarcelado en Estados Unidos desde 1950 por encabezar un asalto al palacio del gobernador en San Juan. Como en Guatemala, Hilda le presentó a sus conocidos.

Ernesto congenió sobre todo con los puertorriqueños. Hilda y él los visitaban para discutir la política latinoamericana y en especial el problema de la independencia de Puerto Rico, una causa por la que sentía profunda simpatía. Ricardo Rojo, que venía de hacer un año de posgrado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, pasó por la ciudad y juntos asistieron al desfile anual del Primero de Mayo. Aún se consideraban amigos, aunque era más claro que nunca que, desde el punto de vista político, ocupaban polos opuestos: Rojo abogaba por las formas pacíficas de la reforma política democrática, Ernesto por drásticas soluciones revolucionarias a los males de la sociedad.

La relación con Hilda cayó en una rutina monótona, aunque no desdichada, de trabajo, estudio y vida doméstica. Se reunían con sus amigos, a veces iban al cine y cocinaban en casa. Muchas noches, al volver a casa, Lucila los hallaba absortos en sus estudios, generalmente de economía. En esas ocasiones pasaba de puntillas, sin decir palabra, directamente hacia su habitación.

A mediados de mayo, Ernesto e Hilda consagraron su unión con un fin de semana a solas en el popular centro veraniego de Cuernavaca, cerca de la capital, y empezaron a explorar otros lugares de interés en las cercanías. A mediados de junio escribió a su madre que su vida seguía un «monótono ritmo dominical».

Pero en Cuba se aceleraba el proceso político. Batista, candidato único, había ganado las elecciones de noviembre, y en enero Eisenhower le dio su bendición por medio de una visita protocolar del vicepresidente Richard Nixon. En abril, durante la Semana Santa, el director de la CIA, Allen Dulles, fue a La Habana y se reunió con Fulgencio Batista. Preocupado por el avance del comunismo en el hemisferio, Dulles convenció a Batista de que debía crear una agencia policial de inteligencia para afrontar la amenaza. Así se creó el Buró de Represión a las Actividades Comunistas, con fondos y asesoramiento de la CIA. Las actividades del BRAC no tardarían en granjearle una fama siniestra.

Lo irónico es que ni Dulles ni el jefe de la CIA en La Habana pensaban en Fidel Castro cuando aconsejaron la creación del BRAC. En mayo, una

1. Ernesto y Luis de la Puente Uceda no se encontraron esta vez porque Uceda ya había partido hacia Perú cuando Hilda y Ernesto estaban recomponiendo sus asuntos. A pesar de esta oportunidad perdida, se conocerían pocos años después, en Cuba, cuando Uceda estaba organizando un movimiento guerrillero peruano.

ley de amnistía liberó a Fidel Castro, su hermano Raúl y otros dieciocho moncadistas encarcelados en la isla de Pinos. Batista describió su desafortunado acto de clemencia como un gesto de buena voluntad en honor del Día de la Madre.

IV

Batista no era el peor de los dictadores latinoamericanos de la época. En la vecina República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo gobernaba su empobrecida nación con mano de hierro desde la década de 1930 gracias a la eficiencia implacable de su policía secreta. Al mismo tiempo, imponía un culto de la personalidad sin paralelo en el hemisferio occidental. Santo Domingo, la capital, se llamaba ahora Ciudad Trujillo; en las cárceles había carteles que decían: «Dios en el Cielo, Trujillo en la Tierra». El Hotel Paz exhibía un gran letrero de neón: «Vivimos felices gracias a Trujillo», y una marca de cigarrillos llevaba uno de sus numerosos títulos: «El Benefactor».

En comparación con el despotismo extravagante de su colega dominicano, Batista era un monaguillo político. Oficial mulato del ejército, en la década de 1940 había abandonado el cuartel por primera vez para asumir la presidencia cubana. En aquella ocasión había triunfado en elecciones consideradas en general limpias y presidido un gobierno de coalición que incluía el Partido Socialista Popular, de orientación comunista. Después Cuba se había estancado bajo las presidencias mediocres y corruptas de Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. El golpe de Batista en 1952 derrocó a Prío Socarrás. Pero aunque legitimizó su régimen a los ojos de Washington por medio de elecciones y de la represión de su antiguo aliado comunista, para los partidos políticos ilegalizados, los estudiantes y la intelectualidad urbana de clase media era un dictador que había usurpado el poder y frustrado las esperanzas de una reforma constitucional que produjera un cambio social e instaurara una democracia auténtica.

A partir del asalto al Moncada, Batista se había mostrado dispuesto a enfrentar la oposición por medio de escuadrones de la muerte. Por otra parte, la corrupción oficial y el soborno florecieron como nunca. A mediados de los cincuenta, Cuba adquiría la mala fama de ser «el prostíbulo del Caribe», un lugar donde los norteamericanos ávidos de diversión pasaban fines de semana de juego, borracheras y parrandas con las numerosas prostitutas. Un personaje llamado Schwartzmann regentaba un teatro donde se exhibían películas pornográficas y sexo en vivo, y el crimen organizado norteamericano abría clubs nocturnos y casinos.

La aristocracia cubana, que consideraba a Batista un gángster de medio pelo, lo despreciaba profundamente, y lo puso en su lugar cuando un exclusivo club de campo que sólo admitía socios blancos rechazó de plano su solicitud de ingreso. Para la nueva generación de idealistas nacionalistas como Fidel Castro, Batista era poco más que un proxeneta que vendía su

país a los depravados extranjeros, lo cual potenciaba el rencor provocado por hechos tales como la presencia de la armada norteamericana en la bahía de Guantánamo, un vestigio de los días ignominiosos de principios de siglo cuando Washington, después de derrotar y expulsar a España, gobernaba la isla como un Estado vasallo.

Fidel Castro quería reformar su país, y su estancia en la cárcel había fortalecido sus intenciones. El 15 de mayo, al atravesar los portones de la Cárcel Modelo, se mostró irritado y belicoso. Recibido con júbilo por la prensa, lejos de mostrarse arrepentido, juró continuar la lucha contra el «despotismo» batistiano.

En esa época la dirección de su movimiento estaba conformada por un núcleo duro de individuos, en su mayoría profesionales reformistas de clase media unidos en el odio por Batista. Aparte de un puñado de comunistas, los moncadistas provenían del ala juvenil del opositor Partido Ortodoxo. Fidel Castro aparecía como el líder más carismático en el vacío provocado por el suicidio en 1951 del caudillo del partido, Eduardo Chibás.

Castro era un líder audaz, capaz de reagrupar las tropas, un rebelde que no se quedaba en las frases rimbombantes, como lo había demostrado en el cuartel Moncada. Sus seguidores eran ante todo nacionalistas, imbuidos de la retórica romántica de José Martí, el menudo «Apóstol» de la independencia cubana, muerto en 1895 al encabezar una temeraria carga de caballería contra las tropas coloniales españolas en su primera batalla.

En el grupo había un puñado de marxistas que habían tenido el tacto de ocultar su ideología, como Ñico López, Calixto García y Raúl Castro, el hermano menor de Fidel. En público, Castro se declaraba anticomunista, pero ya mostraba señales de ese oportunismo político astuto que le daría fama, al atraer a personas de todas las índoles políticas que pudieran serle útiles para conseguir sus objetivos. La rendición de cuentas podía esperar. Por el momento, lo aguardaba una dura lucha que requería toda la ayuda posible. La elaboración ideológica del Movimiento quedaría para más adelante; por ahora, los unía el magnetismo de Fidel Castro.

La organización tenía un nombre: Movimiento 26 de Julio, por el momento conocido solamente por los seguidores más íntimos de Castro. En público él negaba toda intención de constituir un partido propio y se esforzaba por jurar lealtad al Partido Ortodoxo. Su verdadero plan consistía en aprovechar la libertad para construir una base de apoyo en Cuba antes de partir hacia México, donde prepararía la etapa final de la lucha, la guerra de guerrillas para derrocar a Batista y llevar a su propio partido al poder.

Ñico López y Calixto García aprovecharon la amnistía de Batista para volver a La Habana y coordinar la estrategia con su líder. Dos días antes de la partida, el 27 de mayo, Ernesto escribió una carta enigmática a su padre. Después de describir sus investigaciones en materia de alergias, se puso a divagar sobre sus planes de viaje, entre los cuales insinuó que «podría ir a Cuba».

Estaba ocupado con dos «colaboraciones», escribió. Una tenía que ver con las investigaciones sobre alergias y la otra (una insinuación que sin duda

desconcertó a su padre) con «uno de los buenos químicos que hay en México sobre un problema del cual sólo tengo la intuición, pero creo que va a salir algo muy importante», algo que le permitiría «insinuar la posibilidad de un cambio en mis aspiraciones vagabúndicas. Espero una recomendación a los lugares donde madura el amanecer, como dicen... La Habana en particular me atrae como un lugar donde llenar mi corazón de paisaje, bien mezclado con citas de Lenin».

Sin embargo, a principios de julio, al enterarse de que un barco partía hacia España, estuvo a punto de abandonar todos sus planes para aprovechar la oportunidad. También se le dijo que podía asistir al inminente Congreso de la Juventud Comunista en China si podía pagar parte de sus gastos de viaje. Sin embargo, aunque la tentación de conocer «la tierra de Mao» era enorme, la de ir a Europa era aún más fuerte, «casi una necesidad biológica», según escribió a su madre unos días después. Finalmente se quedó donde estaba, hundido en «una sucesión de sala de hospital, laboratorio y biblioteca condimentada con algunas traducciones al inglés».

V

Ávido de emociones nuevas, Ernesto participó en un intento «improvisado» de escalar el pico nevado del monte Popocatépetl, de cinco mil metros de altura, uno de los dos volcanes que se alzan majestuosos sobre Ciudad de México. Aunque sólo alcanzaron el labio inferior del cráter, pudo «escudriñar en las entrañas de la Pacha Mama [Madre Tierra]».

Mientras tanto, seguía las noticias de la Argentina con gran preocupación. El 16 de junio, la armada argentina aprovechó la discordia creciente entre Perón y la Iglesia católica para lanzar un sangriento asalto al poder; centenares de civiles murieron en su torpe bombardeo de la Casa Rosada. La asonada fracasó, pero Perón quedó debilitado y se generó un clima de tensa incertidumbre mientras el régimen se tambaleaba en el borde del abismo.

Ernesto pidió noticias a su madre porque desconfiaba de los informes publicados en México: «Espero que la cosa no sea tan brava como la pintan y no haya nadie nuestro metido en un lío donde no hay nada que hacer.» Conocía los fuertes sentimientos antiperonistas de su familia y temía sobre todo por su hermano Roberto, empleado de la armada. En cuanto a sus novedades, escribió a Celia a qué dedicaba buena parte de su tiempo libre: «te diré que tengo una cantidad de chiquilines de sexto año encandilados con mis aventuras e interesados en aprender algo más sobre las doctrinas de San Carlos [Karl Marx].»

Mientras el caos reinaba en la Argentina, el clima político de La Habana empeoraba rápidamente. Desde su liberación, Castro se afanaba para atraer nuevos miembros a su organización y atacaba incesantemente a Batista a través de la prensa. La noche del 12 de junio, en una reunión secreta en el barrio colonial de La Habana Vieja, se declaró formalmente la funda-

ción del Movimiento 26 de Julio, con un Directorio Nacional de once miembros presidido por Fidel Castro. Volvió la violencia política, librada con mayor encono que nunca por la policía, los estudiantes y los militantes castristas. Un exiliado fue asesinado al regresar al país; una oleada de atentados con bombas estremeció La Habana. Castro acusó al gobierno de provocar la violencia; las autoridades acusaron a Raúl Castro de colocar una de las bombas y ordenaron su captura. Fidel acusó públicamente al régimen de maquinar su muerte y la de su hermano. El 16 de junio, habiéndole prohibido hablar por radio, la policía clausuró el principal medio periodístico que le restaba, el diario en formato tabloide *La Calle*.

Consciente de que se reducía su margen de acción, Fidel ordenó a su hermano que huyera a México y allanara el camino para su propia llegada. Raúl buscó asilo en la embajada mexicana y después de pasar una semana escondido allí, voló a Ciudad de México el 24 de junio. Fue derecho a la casa de María Antonia, donde lo esperaba, entre otros, Ernesto Guevara.

Todos los relatos coinciden en que la estima resultó mutua e inmediata. Ante todo, compartían una afinidad ideológica. Raúl, cinco años menor que Fidel, era marxista; había militado en la juventud del Partido Comunista en la Universidad de La Habana, dirigido su periódico *Saeta* y asistido en mayo de 1953 al Festival Mundial de la Juventud (Comunista) en Bucarest, Rumanía. Sin duda, conocía a Ernesto de oídas ya que Ñico López se había alojado con los hermanos Castro al regresar a La Habana.

Poco después de su llegada, Ernesto lo invitó a cenar en el apartamento de Hilda y Lucila. No mencionó el hecho en su diario, pero Hilda, en sus memorias, dice que a Raúl le tomó estima desde el momento en que lo conoció: «A pesar de su juventud, veintitrés o veinticuatro años, y su aspecto aún más juvenil, rubio, lampiño y con aire de estudiante universitario, tenía ideas muy claras en cuanto a cómo se debía hacer la revolución y, más importante aún, con qué fin y para quién.»

Raúl habló de su fe en su hermano mayor y de sus propias convicciones. Como Ernesto, pensaba que en Cuba y en el resto de la región no se podía llegar al poder por medio de las elecciones sino mediante la guerra. Con apoyo popular se podía conquistar el poder y transformar la sociedad del capitalismo al socialismo. Según Hilda, «prometió traer a Fidel a nuestra casa apenas éste llegara a México. A partir de entonces venía a nuestra casa por lo menos una vez por semana y Ernesto lo veía casi todos los días».

Un enigma que ha perdurado a través de los años es el de exactamente *cuándo* se comprometieron los soviéticos con la Revolución Cubana. Si bien «compromiso» parece un término demasiado fuerte, los primeros contactos de los revolucionarios castristas con los funcionarios soviéticos se produjeron en Ciudad de México durante el verano de 1955.

Por extraña casualidad, también se encontraba en México un funcionario de Relaciones Exteriores soviético de veintisiete años llamado Nikolái Leonov, a quien Raúl había conocido dos años antes. Habían entablado amistad durante la travesía de un mes desde Europa, cuando Raúl regresaba

del festival europeo de la juventud de mayo de 1953, y se habían visto por última vez al desembarcar éste en La Habana. Semanas después, Raúl participó en el asalto al cuartel Moncada y fue a la cárcel, mientras Leonov continuaba el viaje hasta México para hacerse cargo de un puesto subalterno en la embajada soviética y tomar clases de español en la Universidad Autónoma. En aquel momento, el azar volvía a reunir a Raúl Castro con Nikolái Leonov.

Según Leonov (quien se retiró de la KGB en 1992 como subjefe del Primer Directorio, con jurisdicción sobre Estados Unidos y América Latina), se cruzó con Raúl Castro en la calle mientras hacía unas compras. Encantado de verlo, Raúl le dio la dirección de María Antonia y lo invitó a pasar por ahí. Violando la regla que prohibía los contactos sociales sin conocimiento previo de la embajada, Leonov se dirigió al número 49 de la calle Emparán. Allí conoció a Ernesto Guevara.

«Estaba atendiendo, como médico, a Raúl Castro que estaba enfermo, agripado estaba –dijo Leonov–. La primera impresión, que era un hombre muy alegre, muy bromista; prácticamente todo el tratamiento que le hacía a Raúl era infundirle optimismo, anécdotas, chistes...»

Hechas las presentaciones, Ernesto y Leonov se pusieron a conversar. Según Leonov, Guevara lo acribillaba a preguntas sobre la vida soviética en todos sus aspectos, desde la literatura hasta «el concepto del hombre soviético»: «¿Cómo piensan? ¿Cómo viven?» Leonov propuso que leyera algunas obras soviéticas, y luego respondería a sus preguntas. Ernesto aceptó y le pidió tres libros: el libro de Chanaev sobre la guerra civil soviética, *Así se forjó el acero* del autor comunista Ostrovski y *Un hombre íntegro*, acerca de un aviador soviético, héroe de la Segunda Guerra Mundial. Días después, al pasar Ernesto por la embajada soviética, tuvieron una nueva conversación, recordó Leonov, «pero esta vez como amigos». Acordaron permanecer en contacto y Leonov le dio su tarjeta de diplomático. Según Leonov, fue la última vez que se vieron en México.

12. «DIOS Y SU NUEVA MANO DERECHA»

I

Aquel verano, Ernesto escribió en su diario: «Un acontecimiento político es haber conocido a Fidel Castro, el revolucionario cubano, muchacho joven, inteligente, muy seguro de sí mismo y de extraordinaria audacia; creo que simpatizamos mutuamente.»

En realidad se habían conocido varias semanas antes, tras la llegada de Castro a México el 7 de julio. Como a Raúl, Ernesto conoció a Fidel en la calle Emparán, 49. Después de conversar un rato, Ernesto y los hermanos Castro salieron de casa de María Antonia a cenar en un restaurante cercano. Conversaron durante varias horas y luego Fidel Castro invitó a Ernesto a unirse a su movimiento guerrillero. Ernesto aceptó sin vacilar.

«Che», como ya lo llamaban los cubanos, sería el médico del grupo. Eran los prolegómenos –faltaba mucho para que Fidel terminara de elaborar su ambicioso plan–, pero era la causa que Ernesto estaba buscando.

II

Ernesto Guevara y Fidel Castro eran personalidades diametralmente opuestas. A los veintiocho años, Castro era un ser político cabal que desbordaba de confianza, uno de los nueve hijos de un terrateniente de la provincia de Mayarí, en el este de Cuba. Su padre Ángel Castro, un gallego analfabeto que había llegado a Cuba sin un centavo, había hecho una fortuna modesta en tierras, azúcar, madera y ganado. En su gran finca, Manacas, que poseía su propio almacén, matadero y panadería, Castro era un patriarca rural, señor de los destinos de trescientos trabajadores y sus familias.

Ángel Castro dio a su tercer hijo, inteligente y díscolo (fruto de sus segundas nupcias con Lina Ruz, la cocinera de la familia), la mejor educación que se podía conseguir: la escuela primaria marista Dolores en Santiago; la escuela secundaria jesuita Belén en La Habana, un exclusivo establecimiento para alumnos internos; y la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. Joven de naturaleza competitiva y colérica, Fidel había ganado fama de alborotador violento en el agitado ambiente universitario. Incluso antes del Moncada se lo había acusado de participar en dos tiroteos –en

uno de los cuales fue herido un agente de policía–, pero había evitado la captura.

Al madurar durante las presidencias de Grau San Martín y Prío Socarrás, caracterizadas por la corrupción oficial, el gangsterismo y la brutalidad policial, Castro se había dedicado a la política, invocando la retórica purista del héroe nacional José Martí en sus reclamos de gobierno probo, derechos estudiantiles e igualdad social. Cuando el fogoso senador Eddy Chibás creó el Partido Ortodoxo para disputarle las presidenciales de 1947 a Grau San Martín, Castro se afilió a la rama juvenil del nuevo partido y en poco tiempo se convirtió, para muchos, en el aparente sucesor del líder. Aunque tenía amigos en el Partido Comunista y coincidía con ellos en algunas cuestiones, eso no le impedía disputarles las elecciones estudiantiles con las organizaciones católicas.

Antiimperialista vehemente, Fidel se había afiliado a diversas organizaciones estudiantiles que propugnaban estos puntos de vista; una de ellas reclamaba la independencia de Puerto Rico, un territorio de Estados Unidos. Tenía plena conciencia de la reciente condición de Cuba como neocolonia de Estados Unidos a partir de la guerra con España y la invasión norteamericana.

Cuba había obtenido su «independencia» putativa a costa de la humillante Enmienda Platt de 1901, que reconocía a Washington el derecho de intervenir a voluntad en «defensa» de la isla y le cedía la bahía de Guantánamo para instalar una base naval bajo sus propios términos. Cuando Fidel llegó al colegio secundario, la Enmienda Platt ya había sido derogada, pero los norteamericanos conservaban Guantánamo, poseían grandes intereses en el azúcar, que era la base de la economía cubana, y cumplían un papel proconsular en su vida política. En 1949, tras un incidente en que varios marineros norteamericanos orinaron sobre la venerada estatua de José Martí en el Parque Central de La Habana Vieja, Fidel ayudó a organizar una protesta frente a la embajada, que fue reprimida a garrotazos por la policía cubana. En 1951, los hermanos Castro (cuya posición en este caso era idéntica a la de Ernesto Guevara en la lejana Argentina) proclamaron a voz en cuello su oposición a la intención del gobierno de Prío de enviar tropas cubanas a combatir en la «guerra norteamericana» de Corea.

En síntesis, Fidel Castro sentía una enconada antipatía por los yanquis que habían convertido a la Cuba independiente en una «seudorrepública» y permitido la consolidación de las dictaduras corruptas. Mayarí, su provincia natal, era virtualmente un Estado vasallo de la United Fruit Company, propietaria de vastas extensiones de tierra y la mayoría de los ingenios azucareros. Al igual que en sus dominios en Centroamérica, los empleados norteamericanos y algunos cubanos llevaban una vida privilegiada en las tierras de la empresa, que incluían viviendas exclusivas, tiendas, hospitales, instalaciones deportivas y colegios privados. El padre de Fidel dependía de «la Compañía»: le había arrendado tierras y estaba obligado a vender su caña a los ingenios de la United Fruit.

Por consiguiente, no era casual que Fidel culpara a Estados Unidos por perpetuar la economía agraria cubana, dependiente de las exportaciones, que creaba una clase de terratenientes ricos y condenaba a los trabajadores a la pobreza endémica. Al reconocer el gobierno de Batista, legitimando así su golpe de Estado, Washington no hizo más que reforzar la íntima determinación de Castro de poner fin a la influencia norteamericana en la isla.

Es probable que Fidel Castro se considerara desde siempre el futuro líder de Cuba. En sus años estudiantiles, cuando participaba en alguna actividad, se esforzaba por convertirse en el líder indiscutido entre sus camaradas, fuese para ganar un concurso de poesía en la escuela primaria, ser el capitán del equipo de baloncesto en el Colegio Belén o destacarse en la actividad política universitaria.

A los doce años, Fidel había enviado una carta precoz a Franklin Delano Roosevelt para felicitarlo por su tercera elección presidencial y pedirle «un dólar». Más adelante, aunque José Martí seguía siendo el numen inspirador de toda la vida, aprendió a admirar a personalidades históricas poderosas como Julio César, Robespierre y Napoleón. Revelaba esas dotes de negociador astuto que requiere la política y era un simulador consumado.

Estas características lo diferenciaban nítidamente de Ernesto Guevara, el hombre que más adelante aparecería a su diestra. Guevara consideraba a la política un medio para la transformación social; ése era su acicate, no el poder como fin en sí mismo. Sus incertidumbres, si es que las tenía, no eran de tipo social. Carecía de esa agresividad implacable que Castro había sabido convertir en uno de sus puntos más fuertes. Su familia, aunque pobre, era de sangre azul, y se había criado en medio de la confianza social y el sentido del privilegio que brinda la conciencia del linaje propio. Los Guevara eran las ovejas negras de la alta sociedad argentina, pero no por eso dejaban de pertenecer a ella. Por más que se esforzara por rechazarlos, Ernesto llevaba la impronta indeleble de su herencia y vínculos familiares.

Ciertamente Ernesto Guevara poseía un vigoroso amor propio, pero no en el grado impresionante de Fidel Castro. En grupo, mientras Guevara tendía a apartarse, observar y escuchar, el genio obligaba a Castro a imponerse y hacerse reconocer como la autoridad sobre el asunto en discusión, fuera historia, política o ganadería.

Debido a su asma, Guevara era penosamente consciente de sus limitaciones físicas, mientras Castro, hombre robusto, no reconocía ninguna en su propia constitución. Aunque la naturaleza no le había dado condiciones de atleta, estaba convencido de que podía sobresalir en cualquier actividad cuando se lo propusiera, y por lo tanto con frecuencia lo lograba. Su mayor impulso era el anhelo de *triunfar*. Para Ernesto era una hazaña el solo hecho de *practicar* rugby y otros deportes, hacerse aceptar por el equipo. Su anhelo era la camaradería, no el liderazgo.

Con su estatura superior al promedio, cabello peinado con brillantina y un bigotito que le sentaba mal, Fidel presentaba el aspecto próspero de un hombre de la ciudad habituado a darse todos los gustos. Y en verdad lo ha-

cía. Le encantaba la buena comida y sabía cocinar. En cartas a sus amigos desde la cárcel, describía detalladamente las comidas que preparaba con la fruición de un sibarita. Ernesto era dos años menor que él, más menudo y delgado, con la palidez y los grandes ojos oscuros que se asocian con el actor de teatro o el poeta. En más de un sentido sus diferencias físicas revelaban las de personalidad: mientras Fidel buscaba inconscientemente la gratificación de sus deseos, Ernesto se sometía a la disciplina impuesta por el asma.

A pesar de tantas diferencias, los dos hombres poseían algunos rasgos comunes. Ambos eran hijos sumamente mimados de familias grandes; descuidados en su aspecto personal y sexualmente voraces, pero subordinaban sus relaciones a las metas que se imponían. Ambos estaban imbuidos del machismo latino: la creencia en la debilidad innata de las mujeres, el desprecio por los homosexuales y la admiración por los hombres valientes y arrojados. Poseían una voluntad de hierro y un sentido exagerado de la propia misión en la vida. Y, por último, los dos querían hacer revoluciones. Cuando se conocieron, cada uno había intentado –vanamente– participar en los sucesos históricos de su época y reconocían el mismo enemigo: Estados Unidos.

En 1947, cuando aún era estudiante universitario, Fidel se había unido a un grupo de cubanos y dominicanos que recibían instrucción militar en un remoto cayo cubano con la intención de invadir la República Dominicana y derrocar al general Trujillo. Pero el ejército cubano frustró la invasión en el último momento, cuando el presidente Grau San Martín recibió un aviso de Washington. Al año siguiente, como delegado al congreso juvenil «antiimperialista» de Bogotá organizado por Perón, Fidel había participado en los disturbios del «Bogotazo» tras el asesinato del dirigente liberal opositor Jorge Eliecer Gaitán y después había tratado de organizar la resistencia popular al gobierno conservador. Más tarde se habían sucedido el golpe de Batista, Moncada y la prisión.

Desde la cárcel, Fidel se había interesado por los sucesos que tenían lugar en Guatemala; simpatizaba con la batalla que libraba el gobierno de Arbenz, acosado por el fantasma de siempre, la United Fruit. La caída de Arbenz resultó aleccionadora: Fidel aprendió que el éxito de su revolución en Cuba requería actuar con cautela, formar una sólida base de poder antes de hostilizar los poderosos intereses norteamericanos. La clave era proceder con tacto y astucia.

Para Ernesto, como para la mayoría de sus conocidos, era evidente que Fidel Castro poseía una personalidad extraordinaria, acentuada por la convicción absoluta del triunfo final. Y si Fidel no poseía la convicción de Ernesto de que el socialismo era el camino justo, al menos simpatizaba con los mismos objetivos. El potencial existía. Correspondería a sus amigos más cercanos, a las personas como Ernesto Guevara, asegurarse de que la revolución de Fidel Castro siguiera un derrotero socialista.

Poco después de conocer a Fidel, le dijo a Hilda: «Ñico tenía razón en Guatemala cuando decía que lo mejor que había producido Cuba después de José Martí era Fidel Castro. Hará la revolución. Estamos totalmente de

acuerdo... es un tipo al que yo seguiría hasta el fin.» Aunque reconoció que el plan de Fidel de desembarcar con un puñado de guerrilleros en las costas fortificadas de Cuba era una «locura», se sintió obligado a apoyarlo.

El 20 de julio, Ernesto escribió el siguiente pasaje enigmático en una carta a la tía Beatriz: «De mis trabajos y ambiciones científicas poco te puedo contar, salvo que de la chorrera de trabajos que estaba haciendo, el tiempo ha provocado una depuración y sólo sigo cuatro, pero no tengo la certeza de acabar más que uno, que es la razón de mi estadía por México, y los otros tres inconclusos serán exportados al próximo país que visite cuyo nombre ignoran todos menos Dios y su nueva mano derecha.»

En honor de su nuevo amigo y camarada, Ernesto pidió a Hilda y Lucila que prepararan una cena para Fidel y que invitaran también a Laura Albizu Campos y Juan Juarbe. Esa noche, Castro reveló tres de sus rasgos característicos: hacerse esperar hasta el hartazgo, gran carisma personal y capacidad para pontificar durante horas. Lucila, ofendida, se retiró a su cuarto, pero Hilda esperó con paciencia y se llevó una excelente impresión.

«Era joven, de apenas treinta años, de tez clara, y alto, casi un metro con ochenta, y de constitución robusta... Podía parecer un apuesto turista burgués. Pero cuando hablaba sus ojos brillaban con pasión y celo revolucionario, y se veía por qué era capaz de concentrar la atención de los oyentes. Tenía el encanto y la personalidad de un gran líder y a la vez una admirable sencillez y naturalidad.»

Después de la cena, Hilda superó su timidez y preguntó a Castro qué hacía en México si su lucha estaba en Cuba: «Respondió: "Muy buena pregunta. Les explicaré."» En su respuesta de cuatro horas, Fidel explicó la situación en Cuba y su plan de realizar una revolución armada.

A los pocos días, Ernesto dijo a Hilda que pensaba unirse a la invasión rebelde de Cuba. Poco después, Hilda le comunicó que estaba embarazada.

III

El 26 de julio, para festejar el segundo aniversario del asalto al Moncada, Fidel organizó un acto en el Parque de Chapultepec, en el que él mismo y otros exiliados latinoamericanos pronunciaron discursos. Después se reunieron en una casa donde Fidel preparó uno de sus platos predilectos, *spaghetti alla vongole.*

Durante la cena, Ernesto se mostró muy callado. Al advertirlo, Fidel exclamó: «¿Oye, Che! Estás muy callado. ¿Es porque tu controladora está presente?» Se refería a Hilda. Ella comentó que «evidentemente, Fidel sabía que pensábamos casarnos; de ahí la broma. Entonces me di cuenta de que conversaban mucho. Yo sabía muy bien que cuando Ernesto estaba a sus anchas era muy hablador; le encantaban las discusiones. Pero cuando había mucha gente se mostraba introvertido».

Hilda interpretó el silencio de Ernesto como una meditación sobre la

magnitud del emprendimiento en que se había embarcado, pero este comentario tiene el tono inconfundible de un mito *post factum*. Parece mucho más probable que ponderara el dilema en que se había metido con ella. Estaba resuelto a casarse –después de todo, así lo exigía el honor–, pero en su diario íntimo escribió: «Para otro tipo la cosa sería trascendental; para mí es un episodio incómodo. Voy a tener un hijo y me casaré con Hilda en estos días. La cosa tuvo momentos dramáticos para ella y pesados para mí, al final se sale con la suya, según yo, por poco tiempo, ella tiene la esperanza de que sea para toda la vida.»

Ciertamente, para un hombre que siempre había rechazado las ataduras familiares y que por fin había encontrado una causa y un líder a quien seguir, la perspectiva no podía ser más inoportuna. No obstante, aceptó la realidad y el 18 de agosto se casó con Hilda en el registro civil de Tepotzotlán, un pueblo en las afueras de la capital. Los testigos fueron Lucila Velásquez, Jesús Montané Oropesa, un contable menudo y de orejas grandes (y miembro del flamante Directorio Nacional del Movimiento) que acababa de llegar de La Habana y era el tesorero de Fidel, y dos colegas de Ernesto del Hospital General. Raúl Castro asistió a la ceremonia, pero por orden de Fidel de mantener una presencia discreta, no firmó el acta. Fidel, quien sospechaba que la policía secreta de Batista y el FBI norteamericano vigilaban sus movimientos, no asistió por razones de seguridad, pero sí fue a la fiesta posterior, en la que Ernesto preparó un asado argentino.

Después de la boda, Ernesto e Hilda dejaron el apartamento de Lucila y alquilaron otro en un edificio Art Déco de cinco pisos en la calle Nápoles del barrio Colonia Juárez. Sólo entonces comunicaron la noticia a sus respectivos padres. «Mis padres nos regañaron por no haberles avisado para que pudieran asistir a la boda –escribió Hilda–. Nos enviaron un giro bancario por quinientos dólares como regalo de bodas, pidieron que enviáramos fotografías y mamá pidió que nos casáramos por la Iglesia y dijo que le enviáramos la fecha exacta para que pudiera enviar participaciones a nuestros amigos de allá.»

Ernesto respondió a sus flamantes suegros con una carta cuya mezcla de franqueza y picardía seguramente provocó algún desconcierto entre los Gadea, una familia de clase media. «Queridos suegros: Me imagino la sorpresa que habrá sido para ustedes recibir esa bomba tan explosiva y comprendo la cantidad de interrogantes que habrá provocado. Tienen ustedes razón en quejarse de que no hayamos informado de nuestro matrimonio en el momento en que lo efectuamos. Nos pareció más prudente hacerlo así dada la cantidad de dificultades con que tropezamos y el no haber creído nunca que tan pronto tendríamos un hijo...

»Les agradezco mucho todas las manifestaciones de cariño expresadas por ustedes que me consta son sinceras, la conozco a Hilda el tiempo suficiente como para conocer en cierta manera a la familia. Trataré de merecerlo en todo momento. Les agradezco también por lo que a mí me toca el "pequeño" regalo; creo que han hecho más que suficiente y no se deben mo-

lestar ya. Si bien no tenemos una posición económica holgada, lo que ganamos Hilda y yo nos alcanza para mantener nuestra casa decorosamente...

»Con esto creo contestar la cariñosa carta de ustedes; para agregar algo debo contarles nuestros planes futuros con Hilda; esperaremos que nazca "Don Ernesto" (si no es varón se arma lío), luego estudiaremos dos propuestas en firme que tengo yo, una para Cuba y otra una beca a Francia, adaptándolas a las posibilidades de traslado de Hilda. Nuestra vida errante no ha acabado todavía y antes de establecernos definitivamente en Perú, país al que admiro en muchos aspectos, o Argentina queremos conocer algo de Europa y dos países apasionantes como son la India y China; particularmente me interesa a mí la Nueva China, por estar acorde con mis ideales políticos y espero que pronto, o no muy pronto pero algún día, después de conocer aquéllos y algún otro país auténticamente democrático, Hilda piense como yo.

»Nuestra vida matrimonial no será probablemente igual a la que ustedes llevaron; Hilda trabaja 8 horas diarias y yo, aunque algo irregulares, alrededor de 12, pues me dedico a la investigación, que es la rama más ardua (y peor pagada) de la medicina. Sin embargo, hemos acoplado nuestros sistemas de vida de forma de hacerlos un todo armónico y hemos convertido nuestro hogar en una libre asociación de dos seres iguales (por cierto señora, la cocina de Hilda es lo peor de la casa, ya sea en orden, limpieza o alimentación; lo más triste)... Yo sólo puedo decir que es tal como he vivido casi toda mi vida, pues mi mamá cojea del mismo pie, y para mí la casa desarregladona y la comida medio sosa, junto con mi compañera muy saladita, y sobre todo muy compañera, es el ideal de mi vida.

»Espero ser recibido en la familia como un hermano que hace mucho camina por la misma senda y hacia un mismo destino, o por lo menos que mis rarezas de carácter (que son muchas) se vean disimuladas por el cariño sin condiciones que me tiene Hilda, que es el que yo tengo por ella.

»Reciban en el seno de la familia el filial y fraterno abrazo de este todavía desconocido componente. Ernesto.»

Frente a su propia familia Ernesto restó importancia a su casamiento e inminente paternidad, mencionándolos al final de una carta que escribió el 24 de septiembre a su madre. La carta trataba sobre todo de su reacción ante el golpe de Estado militar que había derrocado a Perón cuatro días antes. «Te confieso con toda sinceridad que la caída de Perón me amargó profundamente, no por él, por lo que significa para toda América, pues mal que te pese y a pesar de la claudicación forzosa de los últimos tiempos,[1] Argentina era el paladín de todos los que pensamos que el enemigo está en el norte.»

Después de vaticinar que su patria sufriría nuevas divisiones sociales y mayor violencia política, dedicó algunos párrafos a sus propias novedades: «Quién sabe qué será mientras tanto de tu hijo andariego. Tal vez haya re-

1. Se refiere a la reciente reconciliación de Perón con los intereses financieros norteamericanos y su controvertido proyecto de ley que permitía a la Standard Oil realizar exploraciones en los yacimientos petrolíferos de la Patagonia.

suelto sentar sus reales en la tierra natal (única posible) o iniciar una jornada de verdadera lucha...

»Tal vez alguna bala de esas tan profusas en el Caribe acaben con mi existencia (no es una baladronada, pero tampoco una posibilidad concreta, es que las balas caminan mucho en estos lares), tal vez, simplemente siga de vagabundo el tiempo necesario para acabar una preparación sólida y darme los gustos que me adjudiqué dentro del programa de mi vida, antes de dedicarla seriamente a perseguir mi ideal. Las cosas caminan con una rapidez tremenda y nadie puede predecir dónde ni por qué causa estará al año siguiente.»

Casi como posdata, añadió: «No sé si han recibido la noticia protocolar de mi casamiento y la llegada del heredero... Si no es así, te comunico la nueva oficialmente, para que la repartas entre la gente; me casé con Hilda Gadea y tendremos un hijo dentro de un tiempo...»

Por aquella época, la salud de María, una anciana asmática a quien Ernesto había tratado durante el año anterior, empeoró bruscamente. A pesar de todos sus esfuerzos, murió asfixiada por el asma. Él estaba junto a su lecho cuando exhaló el último suspiro. Fruto de esa vivencia, expresó en un poema toda su furia por el abandono social que, en su opinión, había provocado esa muerte.

En «Vieja María, vas a morir», la moribunda representa todas las vidas pobres, despilfarradas, de América Latina. Para Ernesto, era la vieja de Valparaíso, la pareja fugitiva de Chuquicamata, los humillados indios peruanos.

... pobre vieja María.
¡No, no lo hagas!
No ores al dios indolente que toda
una vida mintió tu esperanza
ni pidas clemencia a la muerte,
tu vida fue horriblemente vestida de hambre,
acaba vestida de asma.
Pero quiero anunciarte,
en voz baja y viril de las esperanzas,
la más roja y viril de las venganzas
quiero jurarlo por la exacta
dimensión de mis ideales.
Toma esta mano de hombre que parece de niño
entre las tuyas pulidas por el jabón amarillo,
restriega los callos duros y los nudillos puros
en la suave vergüenza de mis manos de médico.
Descansa en paz, vieja María,
descansa en paz, vieja luchadora,
tus nietos todos vivirán la aurora.

IV

Por el momento, el mundo de la «venganza roja» sólo hervía en la imaginación de Ernesto. Los únicos canales para su indignación eran sus escritos, algunas discusiones políticas y sus esperanzas crecientes en el proyecto revolucionario de Fidel Castro.

Y ese proyecto se desenvolvía lentamente. Fidel, que en agosto había cumplido veintinueve años, se comunicaba con el Movimiento en Cuba por medio de correos mientras planificaba, conspiraba, leía, escribía, daba órdenes y sobre todo hablaba, hablaba constantemente.

Al igual que en Cuba, Fidel se apoderaba de las vidas de aquellos que, en México, se mostraban susceptibles a sus variados encantos y poderes de persuasión. Arzacio Vanegas Arroyo, un impresor y luchador («Kid Vanegas») de baja estatura y rostro aindiado, amigo de María Antonia y su esposo, aceptó imprimir dos mil copias del «Manifiesto N.º 1 al Pueblo Cubano», de Fidel. Luego otro amigo de éste las llevó de contrabando a Cuba con orden de distribuirlas el 16 de agosto ante la tumba de Chibás, en el cuarto aniversario de la muerte de su antiguo mentor. El Manifiesto informaba la constitución del Movimiento 26 de Julio como organización revolucionaria por la restauración de la democracia y la justicia. Punto por punto, reseñaba las reformas propugnadas por Fidel: eliminación de la oligarquía terrateniente feudal, división de sus latifundios y reparto de la tierra a los campesinos; nacionalización de los servicios públicos; reducción obligatoria de los alquileres; un programa ambicioso de viviendas, educación, industrialización y electrificación rural, y así sucesivamente, hasta abarcar prácticamente todos los aspectos de la vida cubana. En esencia, reclamaba medidas drásticas para transformar el país en una sociedad moderna y más humanitaria.

Para entonces, los planes de Fidel trascendían la mera agitación para entrar en la estrategia militar. Había resuelto que la futura fuerza invasora desembarcaría en un tramo aislado de la costa sudoriental de Cuba, que se prolonga en un cabo, y donde el terreno se alza para formar la Sierra Maestra. Desde esos montes de la región de Oriente, Fidel lanzaría su guerra de guerrillas. Oriente era no sólo la patria de Fidel sino también el lugar donde José Martí y los patriotas del siglo XIX habían iniciado sus invasiones contra los españoles.

Pero además del simbolismo, existía una sólida razón estratégica: la sierra era próxima a Santiago, la segunda ciudad del país. Allí Fidel contaba con los diestros oficios de su coordinador clandestino, un estudiante de veinte años llamado Frank País. Después de que sus hombres desembarcaran y se refugiaran en las montañas, Santiago sería una fuente próxima de fondos, información, armas y reclutas para abastecer la guerra.

Celia Sánchez, hija de un médico de las plantaciones y flamante recluta del Movimiento, había obtenido los mapas costeros que necesitaba Fidel y los había entregado a Pedro Miret, un antiguo condiscípulo, encargado de coordinar los planes de la invasión. Después de recorrer la zona en busca de

puntos de desembarco, Miret viajó a México en septiembre para entregar los planos a Fidel y discutir la estrategia. Mientras tanto, las células del Movimiento seleccionaban a los futuros combatientes y Fidel se encargaba de trasladarlos a México para que recibieran el adiestramiento militar.

Fidel ya había escogido a un hombre experimentado para entrenar a sus fuerzas: era el general Alberto Bayo, un militar aventurero nacido en Cuba, veterano de la Guerra Civil española, que había perdido un ojo. Desde su retiro del ejército, enseñaba en la universidad y regentaba una fábrica de muebles en México. Como oficial de carrera del ejército español, había combatido en la campaña colonial contra el líder guerrillero marroquí Abd-El-Krim y luego con las fuerzas republicanas contra Franco. Más tarde había asesorado y adiestrado a distintas fuerzas para las guerras en el Caribe y Centroamérica, experiencias que le sirvieron para escribir su libro *Tormenta en el Caribe*. Bayo parecía ser el hombre que Fidel necesitaba.

A continuación, Fidel empezó a preparar una gira de proselitismo y recolección de fondos entre las colonias de emigrantes cubanos en la Florida, Nueva York, Filadelfia y Nueva Jersey. Para ello contaba con su amigo Juan Manuel Márquez, un dirigente del Partido Ortodoxo con buenos contactos en Estados Unidos. Mientras tanto, enviaba mensajes al Directorio Nacional en Cuba con instrucciones de recolectar fondos y nuevas normas sobre las obligaciones y tareas de los afiliados del Movimiento.

Para entonces, los camaradas cubanos empezaban a conocer las idiosincrasias del hombre a quien llamaban «Che». Un rasgo de su personalidad que ofendía a muchos era su altanería. Cuando Melba Hernández, flamante esposa de Jesús Montané y veterana del Moncada, llegó de La Habana, él la llevó al Hospital General para presentarla al Che. Al ver su vestido y sus joyas, Guevara le dijo sin rodeos que con semejantes adornos no podía ser una revolucionaria. «Los revolucionarios de verdad se adornan por dentro, no en la superficie», afirmó. Ofendida por esta recepción, lógicamente se llevó una pésima primera impresión del Che. Pero ésta cambió cuando lo conoció mejor. Comprendió, como todos, que si bien era criticón e incluso grosero, era igualmente severo consigo mismo. Hernández ha dicho que meditó sobre la observación del Che, acabó por darle la razón y a partir de entonces dejó de usar tantas joyas.

Ernesto continuaba su adiestramiento físico, y en la segunda semana de octubre escaló nuevamente el Popocatépetl. Era el tercer intento y al cabo de seis horas y media por fin alcanzó la cumbre del volcán.

En los últimos tiempos en sus investigaciones sobre alergias experimentaba con gatos, y Raúl Castro solía ayudarlo en el laboratorio. Raúl ha dicho entre carcajadas que, al ver cómo Ernesto daba inyecciones a los pobres animalitos, perdió toda confianza en la destreza de su amigo como médico y en adelante se negó a recibir inyecciones de él. Ernesto también concurría asiduamente a la biblioteca del Instituto de Intercambio Cultural Ruso-Mexicano, a veces en compañía de Raúl, Jesús Montané y su esposa Melba.

En octubre escribió una carta a Beatriz llena de chistes mordaces sobre

su futuro hijo (a quien pensaba llamar Vladimiro Ernesto) y sobre la «nueva Argentina» tras el derrocamiento de Perón. «La gente bien podrá poner en su lugar a la chusma, los norteamericanos invertirán grandes y beneficiosos capitales en el país, en fin, un paraíso.» Con morbosidad fingida lamentó que el gobierno mexicano rechazara sus servicios después del «bien llamado» huracán «Hilda» y le negara la oportunidad de ver la catástrofe de cerca. «Una parte de la ciudad se inundó y la gente quedó en la calle; pero no importa porque allí no había gente bien y eran puros indios...» Y como siempre, al despedirse, le pidió que le enviara yerba mate.

A mediados de noviembre, Ernesto e Hilda, cuyo embarazo ya era visible, fueron a Chiapas y a la península de Yucatán a visitar las ruinas mayas. El mejor momento de su estancia de cinco días en el puerto de Veracruz fue la llegada de un barco argentino en el que Ernesto pudo conseguir varios kilos de yerba mate. «Uno se imagina la felicidad de Ernesto –escribió Hilda–. Para él fue como hallar un tesoro. El mate era uno de sus hábitos invariables; jamás se separaba de su equipo de bombilla, calabaza y termo de dos litros para agua caliente. Estudiando, conversando, siempre sorbía el mate; era lo primero que hacía al levantarse y lo último antes de irse a dormir...»

En el viaje al sur hacia los templos mayas de Palenque, en la humedad tropical de Chiapas, bruscamente volvió el asma, que prácticamente había desaparecido en las alturas de Ciudad de México. Cuando se ofreció a darle una inyección, dice Hilda, tuvieron la «primera pelea» del viaje. «Se negó violentamente. Yo comprendí que no quería sentirse protegido, que lo ayudaran cuando estaba enfermo. Su brusquedad me hizo callar, pero me hizo daño.»

Se sintió fascinado por las «magníficas» pirámides de Palenque y sus templos tallados en bajorrelieve. En las muchas páginas de su diario dedicadas a Palenque y las ruinas mayas de Chichen-Itzá y Uxmal, alterna detalladas descripciones físicas de los monumentos con historias de las antiguas civilizaciones que los construyeron. Recorría feliz las ruinas, arrastrando consigo a la fatigada Hilda. «Ernesto quería trepar alegremente todos los templos. Yo me rendí en el último, el más alto. Me detuve a mitad de camino, en parte porque estaba muy cansada y en parte porque me preocupaba mi embarazo. Él me alentaba a no ser caprichosa y seguirlo...»

Por fin, «cansada, impaciente y totalmente enfadada», Hilda se negó a dar un paso más. Sin dejarse arredrar, Ernesto pidió a alguien que los fotografiara frente a las antiguas piedras. En la foto, Hilda aparece desaliñada y con mirada furiosa bajo un sombrero mexicano. A su lado, con camisa oscura de mangas cortas y sombrero panamá, Ernesto se ve delgado, juvenil y muy preocupado.

Desde Uxmal navegaron hasta Veracruz en un pequeño buque costero, el *Ana Graciela*. Hilda no quería navegar, pero Ernesto la animó con bromas, diciéndole que al menos «morirían juntos». Al comienzo, la travesía fue bastante serena, pero el segundo día sopló un fuerte viento del norte que les dio «un buen baile», según la alegre expresión de Ernesto. El relato de Hilda fue más agrio. «... Casi todos los pasajeros estaban mareados. Yo

no me sentía demasiado bien. Pero Ernesto parecía un chico. Con su pantaloncillo de baño, andaba por toda la cubierta, saltaba de un lado a otro, calculaba el balanceo del barco para mantener el equilibrio, tomaba fotos y se reía de las molestias de los demás.»

El reproche tácito es evidente: Hilda estaba disgustada con la falta de consideración y la irresponsabilidad de Ernesto. Por el bien de su hijo por nacer, pasó el resto del viaje en su camarote, donde Ernesto, contrito, le servía té con limón. Mucho después, Hilda hizo un relato romántico de la experiencia. «Fueron quince días de viajes inolvidables, con la inmensa satisfacción de nuestra mutua compañía en todo momento, solos en medio de tanta belleza.» En cambio, en su crónica del viaje, Ernesto jamás menciona a Hilda.

Fidel volvió a México poco antes de Navidad, después de un viaje triunfal por Estados Unidos para recolectar fondos y obtener apoyo. Durante dos meses recorrió la costa atlántica entre discursos, conversaciones y promesas. Invocó a Chibás y Martí, e hizo juramentos pomposos: «En 1956 seremos libres o seremos mártires.» A cambio de ello recibió aplausos y dinero, el suficiente para empezar a organizar su Ejército Rebelde. En varias ciudades se organizaron células del Movimiento 26 de Julio y «Clubs Patrióticos». Su presencia en los medios era mayor que nunca, y su publicitada intención de lanzar una «revolución» generaba expectativas crecientes en Cuba. En México, un Fidel Castro vigoroso y eufórico estaba listo para ir a la guerra.

Para la Nochebuena preparó un plato tradicional cubano de cerdo asado, frijoles, arroz y yuca. El Che e Hilda asistieron a la velada en la que Fidel expuso sus planes para el futuro de Cuba con «tanta convicción» que ella imaginó por un instante que la guerra ya se había ganado.

V

Fidel Castro había dado su palabra de que 1956 sería el año decisivo de la revolución. Para ponerse en forma, Ernesto seguía escalando los montes y en esta ocasión acometió el Iztaccihuatl, un volcán menos elevado pero más peligroso que su vecino Popocatépetl. A pesar de los sucesivos intentos, no pudo llegar a la cumbre.

En enero y febrero llegaron desde Cuba los futuros combatientes de Fidel, y el Movimiento los alojó en lugares seguros, llamados «casas-campamentos», en distintas partes de la capital mexicana. A mediados de febrero había una veintena de futuros expedicionarios. Sometidos a normas estrictas de disciplina y clandestinidad, iniciaron su entrenamiento, que al principio consistía en larguísimas caminatas por la ciudad. Luego empezaron a realizar caminatas por las colinas de las afueras para adquirir resistencia y estado físico. El impresor y luchador Arzacio Vanegas los hacía escalar caminando de costado y hacia atrás para fortalecer sus piernas y adquirir sentido del equilibrio. En una ocasión, Vanegas sorprendió al Che jadeando y

bregando con su inhalador. Una vez recuperado, el Che le pidió que no lo revelara a nadie, ni siquiera a Fidel. Evidentemente temía que el asma lo excluyera de la expedición, y quería creer que sus camaradas no se habían dado cuenta.

En un gimnasio de la calle Bucarelli cuyos dueños eran amigos suyos, Vanegas los hacía ejercitarse y les daba lecciones de «defensa personal». «Era muy brusco con ellos –dice Vanegas–. Les decía que no eran señoritas y que debían ser duros si querían ir a la guerra.» Enseñó al Che y los demás «cómo golpear a un enemigo para causar el máximo dolor, a patear en las pelotas, tomarlo de la ropa y tirarlo al suelo».

En las casas clandestinas, Alberto Bayo daba clases teóricas sobre la guerra de guerrillas, y en febrero, un grupo selecto que incluía a Ernesto Guevara empezó a tomar lecciones de tiro en el polígono Los Gamitos. De acuerdo con Fidel, el dueño de Los Gamitos cerraba el polígono al público durante ciertos días para que los hombres pudieran practicar tiro con blancos móviles, que eran pavos silvestres.

VI

El 14 de febrero, día de San Valentín, Ernesto e Hilda se mudaron a un apartamento más grande en otro piso del mismo edificio de la calle Nápoles. Aquella misma noche, Hilda empezó con los dolores de parto. Ernesto la llevó al Sanatorio Francés, donde dio a luz al día siguiente.

«Ha pasado mucho tiempo y muchos acontecimientos nuevos se han declarado –escribió Ernesto–. Solamente expondré los más importantes: desde el 15 de febrero de 1956 soy padre; Hilda Beatriz Guevara es la primogénita... Mis proyectos para el futuro son nebulosos pero espero terminar un par de trabajos de investigación. Este año puede ser importante para mi futuro. Ya me fui de los hospitales. Escribiré con más detalles.»

Pero no lo hizo. Éstas son las últimas líneas del diario iniciado por Ernesto casi tres años antes, cuando aprobó los exámenes finales de medicina y emprendió el viaje con Calica Ferrer. Su intención original era reunirse con su amigo Alberto Granado en Venezuela. Pero había tomado una dirección totalmente distinta, en el camino de la revolución.

13. «LA LLAMA SAGRADA EN MI INTERIOR»

I

Como un náufrago que por fin ve una esperanza de rescate en el horizonte, Ernesto volcó todas sus nuevas energías en la empresa revolucionaria cubana. Para bajar de peso dejó de comer su habitual bistec en el desayuno y adoptó una dieta de carne, ensalada y fruta para la cena. Por las tardes iba derecho al gimnasio.

«Al principio volvía a casa tieso y dolorido, y era mi tarea darle masajes con un linimento especial para atletas –dice Hilda–. Decía que más adelante irían a un campamento para adiestrarse en la supervivencia. Sólo después de ese entrenamiento estarían preparados para los botes. Mientras tanto, Fidel se ocupaba de estos últimos.»

Pero el entrenamiento físico no le bastaba a Ernesto; en previsión del triunfo revolucionario, aspiraba a tener conocimientos sólidos de teoría política y económica. En su estudio intenso de economía, leyó a Adam Smith, Keynes y otros economistas, releyó a Mao y los textos soviéticos del Instituto Cultural Ruso-Mexicano y asistía como oyente a reuniones del Partido Comunista mexicano. Al anochecer casi siempre concurría a las casas clandestinas de los cubanos para discutir la situación de la isla y de otros países latinoamericanos.

Consolidaba sus conocimientos del marxismo. Resumió sus viejos cuadernos filosóficos en un solo tomo. El último cuaderno filosófico, de algo más de trescientas páginas dactilografiadas, refleja la concentración de sus intereses y el estudio profundo de Marx, Engels y Lenin. La última anotación del índice, sobre el concepto del «yo», está atribuida a Freud, una cita de «Historias clínicas» de Dschelaladin Rumi que dice: «Allí donde despierta el amor, muere el Yo, el déspota tenebroso.»

En el inicio de una doble vida, evitaba los contactos con personas que no fueran de su entera confianza. Advertía insistentemente a Hilda que fuera cauta con sus amistades a fin de no revelar su participación en el movimiento rebelde de Fidel. Finalmente le pidió que dejara de ver a sus conocidos apristas peruanos, de quienes desconfiaba más que de nadie. Veía a muy pocas personas aparte de los cubanos.

Ernesto dedicaba su tiempo libre a la niña. Estaba encantado con ella. El 25 de febrero escribió a su madre para anunciar el nacimiento. «Abueli-

ta: Los dos somos un poquito más viejos, o si te considerás fruta, un poquito más maduros. La cría es bastante fea, pero no es más que mirarla para darse cuenta de que no es diferente de todas las criaturas de su edad, llora cuando tiene hambre, se mea con frecuencia... le molesta la luz y duerme casi todo el tiempo; sin embargo, hay algo que la diferencia inmediatamente de cualquier otro crío: su papá se llama Ernesto Guevara.»

Mientras tanto, con su otra identidad –«el Che», el aprendiz de guerrillero– se convertía en un excelente tirador. Su instructor de tiro era Miguel el Coreano Sánchez, un veterano de la guerra de Corea entrenado por el ejército norteamericano al que Bayo había traído de Miami. El 17 de marzo, Sánchez escribió el siguiente informe sobre su desempeño en el polígono: «Ernesto Guevara asistió a 20 clases regulares de tiro, un excelente tirador con aproximadamente 650 proyectiles [disparados]. Disciplina excelente, capacidades de liderazgo excelentes, resistencia física excelente. Algunas flexiones disciplinarias por pequeños errores en la interpretación de órdenes y leves sonrisas.»

El Che ya se destacaba. Su vigorosa personalidad, su amistad con Fidel y Raúl, su veloz ascenso dentro del grupo sin duda agravaron el encono que sentían algunos reclutas cubanos por el «extranjero» en sus filas. La mayoría lo llamaba impersonalmente «el argentino»; sólo sus íntimos lo llamaban «Che».

Años después, Fidel recordó un «pequeño incidente desagradable» que se produjo cuando designó al Che –«por su seriedad, su inteligencia y su carácter»– dirigente de una de las casas clandestinas en Ciudad de México. «Eran unos veinte o treinta cubanos en total –dijo Fidel–, y algunos... cuestionaron la conducción del Che porque era argentino, porque no era cubano. Por supuesto que criticamos esa actitud... esa ingratitud hacia alguien que, aunque no había nacido en nuestra tierra, estaba dispuesto a derramar su sangre por ella. Y recuerdo que el incidente me agravió muchísimo. Creo que él también se sintió agraviado.»

En realidad, Guevara no era el único extranjero del grupo. Otro era Guillén Zelaya, un joven mexicano a quien Helena Leiva de Holst había presentado meses antes en una reunión de exiliados hondureños. A los diecinueve años, Zelaya abandonó su hogar para unirse a Fidel, y lo aceptaron. Con el tiempo llegarían otros –un exiliado dominicano, un marino mercante italiano–, hasta que Fidel cerró la puerta porque no quería un «mosaico de nacionalidades». Entre todos los extranjeros, sólo el Che tenía el privilegio de acceder a Fidel y Raúl Castro.

La presencia de la revolución en la vida de Ernesto se manifestaba más que nunca en las cartas a la familia, incluso en los pasajes humorísticos. En carta del 13 de abril a Celia, los pasajes dedicados a su hijita constituyen un nuevo aspecto del orgullo paterno. «Mi alma comunista se expande pletóricamente: ha salido igualita a Mao Tse-tung. Aun ahora ya se nota la incipiente pelada del medio de la bocha, los ojos bondadosos del jefe y su protuberante papada; por ahora pesa menos que el líder, pues apenas pasa los cinco kilos, pero con el tiempo lo igualará.»

Al mismo tiempo, su fastidio con Hilda, reprimido durante el embarazo, se hizo más evidente. Al volver sobre el tema de la Argentina, siempre presente en su correspondencia, acosó a su madre sobre la capitulación del nuevo régimen ante los intereses empresarios norteamericanos y aprovechó para criticar a Hilda.

«Me consuela pensar que la ayuda de nuestros grandes vecinos no deba quedar confinada por estos pagos y también mi tierra pueda disfrutar de ella, según parece, también han prestado su ayuda al APRA, y pronto la gente estará en el Perú e Hilda podrá ir allá con toda tranquilidad. Lástima grande que su casamiento intempestivo con desaforado esclavo de la peste roja le privará el gozar de una bien remunerada dieta de diputado en el próximo parlamento...»

Ernesto dijo a Hilda que la causa revolucionaria exigiría sacrificios a los dos, y el primero sería su separación prolongada. Aunque expresaba «dolor y orgullo» ante la perspectiva de que se fuera a la guerra, lo más probable es que Hilda se sintiera profundamente desdichada por el giro de los acontecimientos. Pero difícilmente podía detenerlo al haber asumido ella misma cierto compromiso con la revolución; si lo hubiese intentado, él la hubiera acusado de ser una pequeña burguesa sin remedio, atada a la filosofía política centrista del aprismo.

Entretanto, Fidel buscaba un lugar fuera de la capital donde sus hombres pudieran continuar su entrenamiento en la mayor clandestinidad. Empezaba a recibir dinero de sus simpatizantes en Cuba y Estados Unidos. Tenía algunas armas y seguía comprando por intermedio de Antonio del Conde, un traficante mexicano a quien apodó «el Cuate». Le encargó que comprara armas en Estados Unidos y que buscara un bote para transportar a su «ejército» a Cuba cuando llegara el momento.

Evidentemente, Fidel quería que la invasión coincidiera con el tercer aniversario del Moncada, el 26 de julio. No sólo se había comprometido públicamente a iniciar la revolución en 1956, sino que los últimos sucesos demostraban que debía actuar con rapidez si quería conservar el as de triunfo revolucionario. La competencia empezaba a crecer en varios sectores.

Uno de sus rivales en potencia era el ex presidente Carlos Prío Socarrás. Después de saborear las aguas insurreccionales al dar ayuda al flamante Directorio Revolucionario, un combativo grupo estudiantil clandestino, en un intento frustrado de asesinar a Batista, Prío había vuelto a Cuba aprovechando la misma amnistía que liberó a Fidel. Tras renunciar públicamente al uso de la violencia, buscaba ampliar su base de apoyo al proclamar que se opondría a Batista por medios legales y democráticos.

En el otoño de 1955 reinaba el malestar en Cuba; la policía reprimía brutalmente cualquier indicio de agitación social, y el Directorio replicaba con ataques armados a la fuerza de seguridad. A finales de año un amplio espectro de grupos opositores, entre ellos el Movimiento 26 de Julio, apoyó una huelga de obreros azucareros y se produjeron disturbios en las calles. El

clima de rebelión se extendía cada vez más, pero los círculos opositores carecían de unidad y organización, y por el momento la relación de fuerzas favorecía a Batista.

Cuando la balanza de fuerzas se equilibrara, Fidel quería estar en primera fila. En marzo de 1956 renunció públicamente al Partido Ortodoxo, cuya dirección, dijo, no apoyaba la «voluntad revolucionaria» de las bases. Esta maniobra astuta le dejó las manos libres para avanzar en sus planes revolucionarios sin fingir lealtad a un partido que esperaba absorber. Así obligaría a los diversos grupos antibatistianos a tomar partido y podría ver con mayor claridad quiénes eran sus amigos y enemigos.

Pero siempre estaba alerta a la posibilidad de una traición. En México, sus hombres estaban organizados en células. Separados en grupos, sólo se encontraban durante los entrenamientos y se les prohibía hacer preguntas sobre sus respectivas vidas. Sólo Fidel y Bayo conocían las direcciones de todas las casas clandestinas. Fidel elaboró una lista de castigos para los infractores. El Movimiento se regía por las normas de la guerra, y la traición se castigaba con la muerte.

Tenía buenos motivos para reforzar la seguridad porque sabía que si Batista quería matarlo, tenía los medios para hacerlo, incluso en México. Poco tardó en confirmar que, efectivamente, era un blanco de los asesinos. A principios de 1956, el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) de Batista denunció la conspiración de Castro y detuvo a varios de sus militantes en Cuba. Poco después, el jefe de investigaciones del SIM llegó a México, y Fidel se enteró de que existía un plan auspiciado por éste para asesinarlo. Cuando Fidel hizo saber que estaba enterado del plan, Batista lo abortó, pero los agentes cubanos y los mexicanos a sueldo del gobierno cubano seguían sus pasos y enviaban informes a La Habana.

El clima político cubano se recalentaba. En abril la policía descubrió una conspiración de oficiales del ejército para derrocar a Batista. Una célula del Directorio intentó asaltar una radio de La Habana, y uno de sus miembros resultó muerto a tiros. Días después, emulando el asalto castrista al Moncada, un grupo combativo de los *auténticos* de Prío asaltó un cuartel militar provincial para obligar a su líder a abandonar la política de oposición pacífica. El intento terminó en una masacre. El régimen se lanzó a la represión del partido, y Prío volvió al exilio en Miami.

En México, Fidel contaba con unos cuarenta cubanos. Ernesto siempre se destacaba en los ejercicios de entrenamiento, y un día Fidel lo mencionó como ejemplo para reprochar a los que flaqueaban. En mayo se pidió a los reclutas que evaluaran el desempeño de sus camaradas; declararon por unanimidad que Ernesto estaba capacitado para una «posición de dirección o jefatura de estado mayor». Para él significó cruzar un umbral importante: había ganado el respeto que tanto ansiaba de sus nuevos camaradas.

II

En mayo, Ernesto cumplió su antiguo anhelo de poner a prueba sus dotes de actor, aunque no lo hizo como extra cinematográfico. Bayo y Ciro Redondo, un colaborador íntimo de Fidel, habían descubierto una hacienda que estaba a la venta en Chalco, unos cincuenta kilómetros al este de la ciudad. El inmenso Rancho San Miguel, con sus prados y sus colinas accidentadas, era el terreno ideal para el entrenamiento guerrillero. La casa no era grande, pero la propiedad estaba rodeada por un muro de piedra alto, propio de una fortaleza, rematado por garitas almenadas en las esquinas. El único problema era el precio: casi doscientos cincuenta mil dólares. El dueño del rancho, un sujeto pintoresco llamado Erasmo Rivera, había combatido con Pancho Villa en su juventud, pero aparentemente la revolución no lo había inmunizado contra la codicia.

En las negociaciones con Rivera, Bayo se hizo pasar por un rico «coronel salvadoreño» interesado en comprar una hacienda fuera de su país. Entusiasmado por la perspectiva de la venta, Rivera cayó en el engaño, y entonces Bayo le presentó al «coronel», que no era otro que Guevara con su acento extranjero. Fuese porque Rivera no sabía distinguir el acento salvadoreño del argentino o bien porque decidió no hacer preguntas que pudieran ofender al adinerado cliente, el embuste funcionó. Rivera aceptó un alquiler simbólico de ocho dólares mensuales mientras se efectuaban ciertas reparaciones acordes con las instrucciones del «coronel», para después concretar la venta. Varias decenas de «trabajadores salvadoreños» vendrían a realizar los trabajos.

Concretado el negocio, Fidel ordenó a Bayo que formara un grupo de combatientes, los primeros en ir al rancho. Bayo, que tenía un alto concepto de Ernesto –años después lo llamaría «el mejor guerrillero de todos»–, lo designó su «jefe de personal». A fines de mayo fueron al rancho con el primer grupo de reclutas. Al despedirse de Hilda, Ernesto dijo que tal vez *no* volvería. (Fidel había localizado una lancha torpedera de la armada norteamericana que estaba a la venta en Delaware; esperaba comprarla y traerla a México a tiempo para zarpar hacia Cuba en julio. Si se cumplían sus planes, al finalizar el entrenamiento irían directamente del rancho al embarcadero y de allí a Cuba.)

En Chalco se instituyó un régimen de entrenamiento severo. El cuartel era el casco amurallado del Rancho San Miguel, pero los reclutas pasaban la mayor parte del tiempo realizando incursiones desde dos campamentos rudimentarios en las áridas colinas sembradas de vegetación espinosa con el fin de prepararse para los rigores que los aguardaban en Cuba. La comida y el agua eran escasas; Bayo y el Che encabezaban excursiones y marchas nocturnas del crepúsculo al amanecer. Cuando no avanzaban con dificultad a través de la maleza, realizaban simulacros de combate y montaban guardia.

Por primera vez, el Che compartía la vida cotidiana de los cubanos. Algunos aún tomaban a mal su presencia, ya que lo consideraban un intruso

extranjero, y ahora era su jefe inmediato. Demostró ser rígido en la aplicación de la disciplina, pero a la vez participaba en todas las marchas y ejercicios además de cumplir sus deberes de médico.

Seguramente los cubanos se sorprendieron al descubrir que el médico argentino, culto y de buena cuna, era también un sujeto desaliñado y tosco. Ya en la ciudad llamaba la atención con su raído traje marrón, que evidentemente no concordaba con la imagen de un «profesional». Aunque revolucionarios, los cubanos eran conscientes de su imagen, y en la América Latina socialmente estratificada de los años cincuenta un hombre que se respetara sólo salía a la calle bien vestido y acicalado. En el campo, descubrieron que no era demasiado aficionado al baño. Según Hilda: «Ernesto se reía de los cubanos y su manía por la pulcritud. Cada día al terminar el trabajo todos se bañaban y mudaban de ropa. "Todo está muy bien –decía él–, ¿pero qué van a hacer en la sierra? Dudo de que podamos bañarnos o mudarnos de ropa."»

Como ejemplo de la severidad del Che, uno de los rebeldes cubanos, el cantautor mulato Juan Almeida, relata un incidente en que uno de los hombres se negó a seguir adelante, disgustado por las largas marchas, la disciplina excesiva y la escasez de comida. Según Almeida, el infractor «se sentó en el camino en franca protesta contra la dirección española [Bayo] y argentina [Guevara]».

Frente a semejante insubordinación, el Che ordenó el regreso inmediato al campamento. Una violación tan grave de la disciplina se castigaba con la muerte. Notificaron el hecho inmediatamente a Fidel y Raúl, quienes acudieron desde Ciudad de México para celebrar un consejo de guerra. De acuerdo con la actitud tradicional de la Revolución Cubana de pasar por alto los episodios desagradables, Almeida se abstuvo de identificar al recluta insubordinado, pero en las memorias de Alberto Bayo se relata el dramático proceso del hombre identificado como Calixto Morales. Según Bayo, los hermanos Castro exigieron la pena de muerte para «exterminar» la «enfermedad contagiosa» antes de que infectara a sus camaradas. A pesar del alegato de Bayo en su favor, Morales fue condenado a muerte. Sin embargo, Fidel lo perdonó y Morales recuperó sus favores durante la guerra de guerrillas. Según la historiadora cubana María del Carmen Ariet, fue salvado de la ejecución gracias a la intercesión del Che, el mismo que había convocado el consejo de guerra.

Se dice que el verdugo de Morales debía haber sido Universo Sánchez, el jefe de contraespionaje de Fidel en esa época. En una entrevista con Tad Szulc, autor de la biografía más exhaustiva de Fidel Castro, Sánchez reveló que hubo otros juicios y que por lo menos uno de ellos, el de un espía infiltrado, terminó con la ejecución del reo. Escribe Szulc: «El hombre, cuya identidad se desconoce, fue sentenciado por un consejo de guerra realizado en una casa clandestina y ejecutado por orden de Universo. "Fue fusilado y enterrado en un campo", dice él.»

Hoy los pobladores vecinos del Rancho San Miguel dicen que hay tres cadáveres enterrados detrás de los gruesos muros de la propiedad, pero si no

fuera por la confesión de Universo Sánchez, se diría que no son sino rumores. En Cuba, toda mención de estos sucesos es tabú; no han sido esclarecido y oficialmente se los desconoce.

A principios de junio, el grupo de Almeida volvió a la ciudad y llegaron nuevos hombres para realizar la instrucción. El 14, el Che cumplió veintiocho años. Todo parecía desarrollarse a pedir de boca, pero el 20 de junio, agentes de la policía mexicana detuvieron a Fidel y dos camaradas en una calle del centro de la capital. En pocos días, casi todos los miembros del Movimiento estaban en la cárcel. La policía llevó a cabo redadas en las casas clandestinas y confiscó documentos y armas. Bayo y Raúl fueron avisados a tiempo y se ocultaron, mientras el Che quedó al mando del rancho. Hilda, cuya casa servía de buzón para la correspondencia secreta, también fue detenida, pero antes logró ocultar las cartas de Fidel y los escritos políticos más comprometedores de Ernesto. Interrogada durante largas horas sobre las actividades de Ernesto y Fidel, pasó la noche detenida con su bebé y la liberaron por la mañana.

Se acusaba a Fidel y sus camaradas de conspirar para asesinar a Batista con la complicidad de los comunistas cubanos y mexicanos. La Habana pidió su extradición. El 22 de junio Fidel pudo emitir una nota cuidadosamente redactada en la que negaba su presunta filiación comunista y ponía de manifiesto su estrecha relación con el difunto dirigente del Partido Ortodoxo Eduardo Chibás, conocido anticomunista. Mientras tanto, Raúl y los demás camaradas que estaban en libertad se apresuraban a conseguir abogados.

En el rancho, el Che se preparaba para el inevitable registro policial. El 24 de junio, cuando llegó la policía, él y sus doce camaradas habían cambiado el escondite de las armas. Fidel, que deseaba sobre todo evitar un enfrentamiento, acompañó a la partida policial para ordenar la rendición. El Che obedeció y junto con sus camaradas fue a parar a la cárcel del Ministerio del Interior en la calle Miguel Schultz.

III

En las fotos tomadas por la policía mexicana Ernesto aparece como un joven resuelto, bien afeitado pero despeinado. En la foto de frente, miró directamente a la cámara. En la de perfil, se destacan la frente prominente, los labios apretados y una mirada meditabunda.

En la ficha policial, debajo de la foto, constan el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento, el domicilio local y los rasgos físicos, así como la acusación oficial: «Vencimiento de la visa». Hay un solo comentario: «Dice ser turista».

El 26 de junio, dos días después de la fecha del informe, Ernesto amplió sus declaraciones a la policía, pero sólo confesó lo que ésta ya sabía. Después de explicar las circunstancias de su llegada, dijo que había sido «simpatizante» de Arbenz y había «servido» a su gobierno. En México, «al-

guien» cuyo nombre «no recordaba» lo había presentado a María Antonia González. Luego se enteró de que la casa era un lugar de reunión de cubanos «descontentos» con el régimen político de su país. Allí había conocido a su dirigente, Fidel Castro Ruz. Un mes y medio antes de su detención, al enterarse de que los cubanos se entrenaban para «dirigir un movimiento revolucionario» contra Batista, les había ofrecido sus servicios como médico y lo habían aceptado. A petición de Castro, había actuado como intermediario para alquilar la hacienda de Chalco. Mintió sobre la cantidad de hombres y armas que había en el rancho: sólo tenían «dos rifles» que usaban para «prácticas de tiro al blanco y caza menor», además de un revólver calibre 38 para «defensa personal».

Aquel día, el diario oficialista *Excelsior* informó sobre las detenciones en primera plana con un gran titular: «México frustra revuelta contra Cuba y detiene a 20 cabecillas». Al día siguiente, apareció una nota que citaba a fuentes policiales, titulada: «Más detenciones de conspiradores cubanos que se dice tenían ayuda de comunistas».

Según fuentes de la Dirección Federal de Seguridad, el cabecilla principal era nada menos que «el médico argentino Ernesto Guevara Serna... vínculo principal entre los conspiradores cubanos y ciertas organizaciones comunistas de naturaleza internacional... El doctor Guevara, que también ha figurado en otros movimientos políticos de naturaleza internacional en la República Dominicana y Panamá, fue identificado por la DFS como "miembro activo del Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso"». En el pie que aparecía bajo la foto de los detenidos, se lo destacaba junto a Fidel como el hombre cuyas «vinculaciones íntimas con el comunismo han provocado sospechas de que el movimiento contra Fulgencio Batista fue coauspiciado por organizaciones rojas».

En medio de la agitación periodística, los camaradas de Fidel trataban de obtener su libertad. Su abogado y amigo Juan Manuel Márquez llegó de Estados Unidos y contrató a dos defensores. El 2 de julio, un juez solidario firmó la orden de liberar a Fidel, pero el Ministerio del Interior la recusó. A pesar del revés, el magistrado logró suspender la orden de deportación. En busca de alternativas, Fidel había autorizado a Universo Sánchez a tratar de sobornar a un alto funcionario del gobierno, pero el intento fracasó. Se declararon en huelga de hambre y el 9 de julio veintiún hombres salieron en libertad. Otros salieron días después, pero Fidel, el Che y Calixto García siguieron presos.

El 6 de julio, el Che escribió a sus padres para informarles sobre su situación y confesar por fin la verdad sobre sus actividades. «Hace un tiempo, bastante tiempo ya, un joven líder cubano me invitó a ingresar a su movimiento, movimiento que era de liberación armada de su tierra, y yo, por supuesto, acepté.»

Sobre su futuro dijo que «está ligado a la Revolución Cubana. O triunfo con ésta o muero allá... Si por cualquier causa, que no creo, no puedo escribir más y luego me toca las de perder, consideren estas líneas como de despedida, no muy grandilocuente pero sincera. Por la vida he pasado bus-

cando mi verdad a los tropezones y ya en el camino y con una hija que me perpetúa he cerrado el ciclo. Desde ahora no consideraría mi muerte una frustración, apenas, como Hikmet [el poeta turco]: "Sólo llevaré a la tumba la pesadumbre de un canto inconcluso."»

A pesar de las filtraciones policiales y los titulares sensacionalistas sobre la conspiración revolucionaria, la única acusación que pesaba sobre Fidel, Che y Calixto García y motivaba su detención eran las infracciones a las leyes inmigratorias. Mientras tanto, entre bambalinas, se desarrollaba una pugna entre funcionarios mexicanos y cubanos sobre lo que convenía hacer con ellos.

Al mismo tiempo, la policía trataba de averiguar más sobre los antecedentes de «Ernesto Guevara». En la primera semana de julio lo interrogaron dos veces más. Inexplicablemente, se explayó con toda libertad. Estas declaraciones a la policía jamás se difundieron, pero Heberto Norman Acosta, historiador del Consejo de Estado Cubano, recibió copias de las actas secretas. La lectura cuidadosa de estos documentos celosamente custodiados revela que Ernesto Guevara confesó abiertamente que era comunista y creía en la necesidad de la lucha armada revolucionaria, no sólo en Cuba sino en toda América Latina.

En algunas ocasiones a lo largo de los años, Fidel se ha referido a las declaraciones del Che a la policía mexicana en tono de benévolo reproche, citándolas como ejemplo de la «honestidad a carta cabal» de su difunto camarada. Pero en esa época, naturalmente montó en cólera. Mientras él se presentaba como un patriota reformista en la mejor tradición occidental, nacionalista y *democrática*, he aquí que el Che se explayaba sobre sus convicciones marxistas. Si la amenaza roja era *el factor* capaz de movilizar mayor apoyo del gobierno de Eisenhower al régimen batistiano, cualquier prueba de que Fidel o sus seguidores contemplaban transformar a Cuba en un Estado comunista condenaría la revolución al fracaso de antemano. En este contexto, las declaraciones del Che eran extraordinariamente temerarias porque brindaban a los enemigos de Fidel las armas que necesitaban.

El 15 de julio, Castro hizo una segunda declaración pública en la que acusó a la embajada estadounidense de «presionar» a las autoridades mexicanas para frustrar su liberación. No se sabe cómo obtuvo esa información, pero era veraz: Washington efectivamente había pedido a los mexicanos que retrasaran su puesta en libertad, no tanto por las preocupaciones que pudiera despertar Fidel Castro como por la necesidad de apaciguar a Batista. El gobernante cubano había amenazado con boicotear la cumbre de presidentes americanos prevista para el 22 de julio en Panamá; los norteamericanos querían asegurarse de que no faltara nadie.

No obstante, Fidel no quería correr el menor riesgo, y en su declaración se distanció más que nunca del comunismo. Calificó las acusaciones de «absurdas», recordó la antigua alianza de Batista con el Partido Socialista Popular y dijo que el «capitán Gutiérrez Barrios» de la Dirección Federal de Seguridad, el número tres en la policía secreta mexicana, era el mejor testi-

go de la inexistencia de sus presuntos vínculos con «organizaciones comunistas».

La mención de Fernando Gutiérrez Barrios resulta reveladora. Lo cierto es que para entonces Fidel había llegado a algún tipo de acuerdo con el funcionario policial mexicano de veintisiete años, dos menos que él. Aunque ni Gutiérrez Barrios ni Fidel jamás divulgaron los detalles del pacto, es evidente que la ayuda del mexicano fue clave para la liberación posterior de Castro.

¿Por qué ayudó Gutiérrez Barrios a Fidel? En el peor de los casos se diría que cayó, como muchas otras personas, bajo el embrujo de la gigantesca personalidad de Castro. En una entrevista dijo que «simpatizó» con Castro desde el comienzo. «Primero, porque éramos de la misma generación y segundo, por sus ideales y sentido de la convicción. Siempre fue un líder carismático. Y en esa época era evidente que no tenía otras alternativas que triunfar en su movimiento revolucionario o morir... estas razones explican por qué hubo una relación cordial desde el principio. Yo nunca lo consideré un criminal sino un hombre con ideales que trataba de derrocar una dictadura y cuyo único crimen era violar las leyes [de inmigración] de mi país...»

En vista del escaso amor de los nacionalistas mexicanos (cuya revolución se había producido apenas cuatro décadas antes) por su entrometido vecino norteamericano, es muy probable que en el gesto de Gutiérrez Barrios hubiera un buen componente de «métanselo donde mejor les quepa». En efecto, más adelante, durante sus tres décadas como jefe de la policía secreta mexicana, Gutiérrez Barrios otorgó asilo y protección especial a muchos exiliados revolucionarios latinoamericanos, varios de los cuales aparecían en la lista de hombres buscados por Washington.

El 15 de julio, el mismo día que Fidel emitió su segunda declaración pública, Ernesto envió una respuesta desafiante a una carta de Celia llena de reproches. A juzgar por su tenor, ella ponía en tela de juicio los motivos para su adhesión a Fidel Castro y preguntaba intencionadamente por qué no había salido en libertad con los demás huelguistas de hambre. Respondió que él y Calixto probablemente seguirían en la cárcel después de la liberación de Fidel porque eran los únicos que no tenían los documentos inmigratorios en regla. Apenas lo liberaran, se iría a un país vecino a aguardar las órdenes de Fidel, para «estar preparado cuando se requieran mis servicios».

«No soy Cristo y filántropo, vieja, soy todo lo contrario de un Cristo... Por las cosas que creo lucho con todas las armas a mi alcance y trato de dejar tendido al otro, en vez de dejarme clavar en una cruz o en cualquier otro lugar...

»Lo que realmente me aterra es tu falta de comprensión de todo esto y tus consejos sobre la moderación, el egoísmo, etc., es decir, las cualidades más execrables que pueda tener un individuo. No sólo no soy moderado sino que trataré de no serlo nunca, y cuando reconozca en mí que la llama sagrada ha dejado lugar a una tímida lucecita votiva, lo menos que pudiera hacer es ponerme a vomitar sobre mi propia mierda. En cuanto a tu llamado al moderado egoísmo, es decir, al individualismo ramplón y miedoso...

debo decirte que hice mucho por liquidarlo... En estos días de cárcel y en los anteriores de entrenamiento me identifiqué totalmente con los compañeros de causa... El concepto yo había desaparecido totalmente para dar lugar al concepto nosotros. Era una moral comunista y naturalmente puede parecer una exageración doctrinaria, pero realmente era (y es) lindo poder sentir esa remoción de nosotros.» Interrumpió tanta severidad con una broma: «(Las manchas no son lágrimas de sangre, sino jugo de tomate.)» Luego prosiguió: «Un profundo error tuyo es creer que de la moderación o el "moderado egoísmo" es de donde salen inventos mayúsculos u obras maestras de arte. Para toda obra grande se necesita pasión y para la revolución se necesita pasión y audacia en grandes dosis, cosas que tenemos como conjunto humano.»

Finalizó su examen de conciencia con un soliloquio sobre la transformación de la relación entre ambos: «Con todo, me parece que ese dolor, dolor de madre que entra en la vejez y que quiere a su hijo vivo, es lo respetable, lo que tengo obligación de atender y lo que además tengo ganas de atender, y me gustaría verte no sólo para consolarte, sino para consolarme de mis esporádicas e inconfesables añoranzas.» Firmó la carta con su nueva identidad: «Tu hijo, el Che.»

Lo que el Che no le dijo a su madre fue que él mismo era responsable de que se prolongara su detención. En última instancia eso era menos importante que el futuro del emprendimiento revolucionario cubano, que a su vez requería la liberación inmediata de Fidel para que la lucha pudiera seguir.

Fidel no salió en libertad el 16 de julio sino después de la cumbre de Panamá. Batista, satisfecho, asistió a la reunión y el 22 de julio los presidentes reunidos firmaron una declaración conjunta que comprometía al hemisferio a seguir un proceso de desarrollo político y económico de tipo occidental. Mientras Eisenhower se codeaba con los dictadores militares, los abogados de Fidel acudieron al ex presidente mexicano Lázaro Cárdenas, artífice de la reforma agraria. Éste les dio su apoyo y dijo que intercedería con el presidente Adolfo Ruiz Cortínez. Su influencia resultó efectiva: Fidel fue liberado el 24 de julio con la condición de abandonar el país en menos de dos semanas.

Tal como se había previsto, el Che y Calixto García siguieron presos con la excusa oficial de que su «situación inmigratoria» era más «comprometida». Pero en el caso del Che, sin duda obró en su contra su filiación comunista, mientras que García siguió preso debido a su prolongada estancia ilegal, que se remontaba a marzo de 1954. A pesar de las amenazas de extradición, el Che rechazó las ofertas de su amigo guatemalteco Alfonso Bauer Paiz y de Ulises Petit de Murat de utilizar su influencia en los círculos diplomáticos. Por casualidad, un tío del Che era embajador argentino en La Habana, e Hilda quería acudir a él para obtener su libertad. Escribe Hilda: «Fidel lo aprobó, pero cuando explicamos la idea a Ernesto, él dijo: "¡De ninguna manera! Quiero el mismo trato que los cubanos."»

Mientras el Che se resistía, Fidel tenía prisa por partir. No había seguridad en México, donde estaba a merced tanto de la policía local como de los agentes de Batista. Ya había tomado la precaución de dispersar a sus

hombres, que aguardaban el desarrollo de los acontecimientos en lugares alejados de la capital mexicana. Consciente de la necesidad urgente de proceder con los planes, el Che le dijo a Fidel que siguiera adelante, pero éste juró que «no lo abandonaría». El Che jamás olvidó este gesto generoso, y años después escribió: «Hubo que desviar tiempo y dinero preciosos para sacarnos de la cárcel mexicana. Esa actitud personal de Fidel hacia las personas que estima es la clave de la lealtad fanática que inspira.»

Por esa época escribió una oda que tituló «Canto a Fidel». Se la mostró a Hilda y dijo que se la daría a Fidel durante la travesía por mar hacia Cuba. Aunque muy posiblemente es el poema más pomposo jamás escrito por Ernesto Guevara, al mismo tiempo es revelador de la magnitud de sus sentimientos hacia Castro en esa época.

Vámonos,
ardiente profeta de la aurora,
por recónditos senderos inalámbricos
a liberar al verde caimán que tanto amas...[1]
Cuando suene el primer disparo y se despierte
en virginal asombro la manigua entera,
allí a tu lado, seremos combatientes,
nos tendrás.
Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos
reforma agraria, justicia, pan, libertad,
allí, a tu lado, con idéntico acento,
nos tendrás.
Y cuando llegue el final de la jornada
la sanitaria operación contra el tirano,
allí, a tu lado, aguardando la postrer batalla,
nos tendrás...
Y si en nuestro camino se interpone el hierro,
pedimos un sudario de cubanas lágrimas
para que se cubran los guerrilleros huesos
en el tránsito a la historia americana. Nada más.

IV

A mediados de agosto, al cabo de cincuenta y siete días de cárcel, el Che y Calixto García quedaron en libertad, aparentemente gracias a que Fidel pagó un soborno. Así lo insinuó el Che a Hilda, y mucho después escribió que Fidel había hecho «ciertas cosas por la amistad que casi diríamos comprometían su actitud revolucionaria...».

1. El caimán verde era el eufemismo empleado por el poeta comunista cubano Nicolás Guillén para referirse a la isla con forma de reptil.

Al igual que sus camaradas, el Che y Calixto fueron liberados con la condición de abandonar el país en pocos días. Y como los demás, pasaron a la clandestinidad. Ante todo, el Che fue a su casa a poner sus asuntos en orden y ver a la niña. Durante esos días, Hilda solía encontrarlo sentado junto a la cuna de «Hildita», leyendo poemas en voz alta o mirándola en silencio. Luego se fue otra vez.

Por orden de Fidel, Calixto y él se refugiaron en Ixtapán de la Sal, un refugio de fin de semana fuera de la capital. Se registraron en un hotel bajo nombres falsos. Durante este período clandestino, que duró tres meses, Ernesto volvió discretamente a la ciudad un par de veces, pero en general Hilda iba a verlo los fines de semana. Una vez se encontraron en un hotel en Cautla donde él se había registrado con el nombre de «Ernesto González». Pero Ernesto estaba absorbido por los problemas del marxismo y la revolución, que dominaban su vida por completo. Ni siquiera cedía cuando volvía a su casa, donde sermoneaba a Hilda sobre la «disciplina revolucionaria» o se sumergía en abstrusos tratados de economía política. Era ideológico hasta con la niña: uno de los poemas que solía recitarle era el de Antonio Machado sobre el general Líster, un héroe de la Guerra Civil española, y habitualmente la llamaba «mi pequeña Mao».

Un día, en presencia de Hilda, tomó a su hija en brazos y le dijo muy serio: «Mi querida hijita, mi pequeña Mao, no sabes en qué mundo tan difícil tendrás que vivir. Cuando seas grande, todo este continente, tal vez el mundo entero, esté luchando contra el gran enemigo, el imperialismo yanqui. Tú también deberás luchar. Tal vez yo no esté aquí, pero la lucha encenderá el continente.»

A principios de septiembre, tras un ataque de asma, Ernesto y Calixto se trasladaron de Ixtapán de la Sal a Toluca, donde el clima era más seco. Allí Fidel les indicó que fueran a Veracruz a reunirse con otros expedicionarios. El Che se reencontró con muchos camaradas después de varios meses de separación. Ambos volvieron de Veracruz a la capital, donde se alojaron en una nueva casa-campamento. Pasaron varias semanas en la «Casa de Cuco», cerca del santuario católico de la Virgen de Guadalupe en Linda Vista, un suburbio norteño de la capital.

Todos sabían que la partida era inminente. Fidel se afanaba en los preparativos y todo el mundo debía nombrar «parientes cercanos» a quienes informar en caso de su muerte. Años después, el Che dijo que ése fue un momento trascendente para él y todos los camaradas, ya que adquirieron plena conciencia de la magnitud de su empresa y la realidad de que podrían morir.

Desde el día de su liberación, Fidel mantenía un ritmo de trabajo febril. Debía resolver problemas políticos, de seguridad, financieros y logísticos. Mientras trasladaba a sus hombres de un lugar a otro para burlar a las fuerzas de seguridad mexicanas, trataba de montar una alianza con el fortalecido Directorio Revolucionario. A fines de agosto, su dirigente José Antonio Echevarría voló a México para reunirse con él. Al cabo de un maratoniano encuentro de dos días, firmaron la «Carta de México», un documento en el

que sus organizaciones se comprometían a llevar a cabo la lucha contra Batista. Sin llegar a una alianza en regla, los dos grupos acordaron comunicarse mutuamente y de antemano todas las acciones emprendidas y coordinar sus esfuerzos una vez que Castro y sus rebeldes desembarcaran en Cuba.

Semanas después, cuarenta flamantes reclutas revolucionarios llegaron desde Cuba y Estados Unidos. Perdido el Rancho San Miguel, tuvieron que entrenarse en bases alejadas: una en Tamaulipas, cerca de la frontera con Estados Unidos, y otra en Veracruz. Para entonces, la mayoría de los miembros del estado mayor se encontraba con Fidel en México, mientras los jefes regionales coordinaban las actividades en la isla. Pero las arcas estaban casi vacías y aún carecía de un buque para transportar a sus hombres a Cuba. La compra de la lancha torpedera había fracasado, al igual que un efímero plan de comprar un viejo hidroavión Catalina.

En septiembre, Fidel cruzó la frontera clandestinamente para reunirse en Texas con su antiguo enemigo, el ex presidente Carlos Prío Socarrás. Desde su derrocamiento, Prío se había vinculado con varias conspiraciones contra Batista y en los últimos tiempos se hablaba de un complot para invadir Cuba juntamente con el dictador dominicano Trujillo, pero en la ocasión aceptó financiar a Fidel. Tal vez pensó que al respaldar a Castro, el joven advenedizo se ocuparía de las tareas más pesadas de la guerra que le permitirían un regreso triunfal al poder, o acaso pensó que le serviría como maniobra diversiva mientras proseguía su propia campaña. Sea como fuere, según los organizadores del encuentro, Fidel se fue con cincuenta mil dólares en el bolsillo y la promesa de más fondos, que efectivamente llegaron más tarde.

Fidel corría un riesgo político al aceptar dinero del hombre al que había acusado públicamente de corrupción cuando estaba en el poder, pero en ese momento no estaba en condiciones de elegir. Según Yuri Paporov, el funcionario de la KGB que financiaba el Instituto Cultural Ruso-Mexicano, Fidel no recibió fondos de Prío sino de la CIA. No identificó las fuentes de semejante información, que de ser veraz confirmarían las versiones de que la agencia norteamericana de inteligencia había intentado al principio ganarse la buena voluntad de Castro por las dudas de que triunfara en su guerra contra un Batista cada vez más acosado. Tad Szulc dice en su biografía de Castro que la CIA efectivamente envió dinero al Movimiento 26 de Julio, pero lo hizo más adelante, entre 1957 y 1958, por intermedio de un agente adscrito al consulado norteamericano en Santiago de Cuba.

Cualquiera que fuese el origen de sus fondos, Fidel actuaba de manera independiente. Si hizo un pacto con el demonio encarnado en Prío, jamás aparecieron pruebas de que cumpliera su parte del pacto, si es que, en verdad, había asumido algún compromiso. En definitiva, si recibió fondos de Prío –o, sin saberlo, de la CIA– se ha de considerar el hecho una maniobra táctica que, por cierto, no tuvo consecuencias negativas para su lucha por el poder.

Ahora tenía fondos, pero aún necesitaba un buque, y lo consiguió a fines de septiembre. Era el *Granma*, un desvencijado yate de motor de trece

metros. Su dueño, el expatriado norteamericano Robert Erickson, aceptó venderlo siempre que Fidel comprara también su casa ribereña en la ciudad portuaria de Tuxpán, junto al Golfo. El precio total era de cuarenta mil dólares. El yate no estaba en condiciones de navegar ni poseía la capacidad requerida, pero, apremiado por el tiempo, Fidel aceptó las condiciones. Pagó una suma por adelantado y envió a varios hombres a vivir en la casa y ocuparse de la reparación general del *Granma.*

A fines de octubre, el Che y Calixto se instalaron en una casa clandestina en Colonia Roma, cerca del centro de la capital. El Che visitaba a Hilda los fines de semana, y cuando se despedía, ella no sabía si volvería a verlo. La incertidumbre unida a la tensión de la partida inminente agotaba sus nervios. Para levantarle el ánimo, el Che dijo que la llevaría a pasar unos días de descanso en Acapulco.

«Yo empezaba a tener esperanzas con el viaje a Acapulco, siquiera por un fin de semana –escribió Hilda–. Entonces llegó la noticia de que la policía había allanado la casa de una cubana en Lomas de Chapultepec donde se alojaba Pedro Miret y que habían confiscado armas y lo habían detenido. El sábado, cuando vino Ernesto, le conté todo. Reaccionó con mucha calma, sólo dijo que las precauciones [tomadas previamente por el grupo] eran dudosas porque la policía tal vez los vigilaba. El domingo por la mañana llegó Guajiro. Comprendí que estaba nervioso por la forma como preguntó: "¿Dónde está el Che?" Le dije que Ernesto se estaba bañando, y entonces entró derecho al baño. Cuando Ernesto salió, todavía peinándose, dijo tranquilamente: "Parece que la policía anda a la caza, así que tenemos que ser cautos. Nos vamos al interior y probablemente no volveré el próximo fin de semana. Lo siento, tendremos que dejar el viaje a Acapulco para más adelante."»

Hilda, trastornada, sospechó que «pasaba algo». Preguntó a Ernesto si algún hecho era inminente. «"No, es sólo por precaución", dijo, juntando sus cosas y sin mirarme. Cuando terminó, como acostumbraba hacer antes de irse, fue a la cuna y acarició a Hildita, después se volvió, me abrazó y me besó. Sin saber por qué, temblé y me apoyé en él... Partió ese fin de semana y no volvió.»

La caída del refugio de Miret alarmó a Fidel, porque indicaba la presencia de un traidor en las filas de la organización. Las sospechas se dirigieron a Rafael del Pino, amigo íntimo y confidente de Fidel. En los últimos tiempos Del Pino ayudaba al Cuate a comprar y traer armas de contrabando. Pero había desaparecido, y entre los que conocían la guarida de Miret era el único del que no se sabía nada. (Más adelante, los investigadores cubanos hallaron pruebas de que Del Pino había sido informante del FBI durante varios años. Si no causó mayores daños, probablemente se debió a que había retenido información con la esperanza de obtener más dinero de sus empleadores norteamericanos.)

Para evitar riesgos, Fidel trasladó a todos los hombres a nuevos refugios en la capital y ordenó que se acelerara la reparación del *Granma.* Che y Calixto se ocultaron en el pequeño cuarto de servicio del apartamento donde

Alfonso «Poncho» Bauer Paiz vivía con su familia. La primera noche estuvieron a punto de caer presos porque un robo en un apartamento vecino redundó en el registro policial de todo el edificio. Tras ser avisado, el Che ocultó a Calixto (que era negro y por lo tanto llamaba la atención en México) bajo la cama y salió a recibir a la policía. La táctica resultó efectiva, y la policía salió sin registrar el cuarto. Por el momento estaban a salvo, pero al día siguiente Calixto se fue a otro refugio. Ernesto siguió en la casa de Bauer Paiz hasta la partida.

Fidel se enfrentaba a una serie de obstáculos de último momento. Amigos y rivales trataban de convencerlo de que debía postergar la invasión. Frank País, el coordinador en Oriente, vino a verlo dos veces, en agosto y octubre. Su cometido era provocar insurrecciones armadas en toda la región en coincidencia con el desembarco del *Granma*, pero le dijo a Fidel que su gente aún no estaba preparada para iniciar un plan de tal magnitud. Sin embargo, ante la insistencia de Fidel, País dijo que haría todo lo posible. Fidel dijo que le informaría sobre el día del desembarco mediante un mensaje cifrado que enviaría poco antes de la partida.

En octubre, el Partido Socialista Popular (partido comunista cubano) le envió emisarios con el mensaje urgente de que las condiciones no eran adecuadas para una lucha armada en Cuba e invitándolo a unir sus fuerzas en una campaña gradual de disenso civil que conduciría a la insurrección. El PSP participaría en la insurrección, dijeron. Fidel respondió que no modificaría sus planes, pero esperaba que el partido lo apoyara por medio de sublevaciones cuando su Ejército Rebelde desembarcara en Cuba.

En esa época las relaciones entre Fidel y los comunistas eran cordiales pero tensas. A pesar de que públicamente repudiaba esos vínculos, conservaba algunas amistades en el PSP, y en el círculo de sus íntimos había algunos marxistas como Raúl y el Che. Mantenía comunicaciones discretas con el PSP, pero conservaba una distancia crítica de ellos a fin de evitar la publicidad negativa y a la vez descartar cualquier compromiso político hasta hallarse en una posición de fuerza.

Entretanto, la embajada soviética estaba molesta porque las relaciones del grupo castrista con el Instituto Cultural Ruso-Mexicano le habían traído publicidad indeseada. A principios de noviembre, Nikolái Leonov fue convocado a Moscú, según él como «castigo» por mantener contactos con los revolucionarios cubanos sin autorización.

Los comunistas no eran los únicos que trataban de asegurarse un lugar en la mesa revolucionaria cubana. Mientras Fidel preparaba su partida de México, se desarrollaron una serie de maniobras en la cuerda floja provocadas por el Directorio, que se afanaba por retener la carta de triunfo revolucionaria. A pesar del documento fraternal firmado por Juan Antonio Echevarría en agosto, el Directorio llevaba a cabo sus propias acciones violentas. En octubre, poco después de un segundo encuentro de los dos dirigentes, pistoleros del Directorio asesinaron al coronel Manuel Blanco Rico, jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) de Batista. Es de destacar que Fidel,

a punto de iniciar una invasión, condenara públicamente el atentado por «injustificado y arbitrario». La insinuación dirigida a la ciudadanía opositora cubana era transparente: *él* era el revolucionario responsable, mientras que Echevarría era una bala perdida, un terrorista cuyas actividades sólo provocarían mayor violencia. Pocos días después sus palabras adquirieron una aureola de clarividencia cuando la policía, que buscaba a los asesinos del coronel, asesinó a diez jóvenes indefensos que buscaban asilo en la embajada de Haití.

El 23 de noviembre llegó el momento para el cual el Che se había preparado durante tanto tiempo. Fidel decidió que había llegado la hora de partir y ordenó a los rebeldes ocultos en Ciudad de México, Veracruz y Tamaulipas que se reunieran al día siguiente en Pozo Rico, un pueblo petrolero al sur de Tuxpán. Los cubanos pasaron a buscar al Che sin previo aviso y lo llevaron en coche a la costa del Golfo. Esa noche, la del 24, embarcarían para zarpar.

La ironía en medio de tanta actividad clandestina era que la invasión de Cuba proyectada por Fidel era de conocimiento público. Toda Cuba estaba al tanto, sólo se desconocía *dónde* y *cuándo* desembarcarían las fuerzas rebeldes. En efecto, pocos días antes, el jefe de estado mayor de Batista había convocado una conferencia de prensa en La Habana para analizar –y desdeñar– las posibilidades de éxito del líder revolucionario, a la vez que reforzaba las patrullas terrestres y marítimas en la costa del Caribe.

Para Fidel, el éxito de la expedición dependía del apoyo del Movimiento 26 de Julio en Oriente bajo la dirección de Frank País y de mantener en secreto la fecha y el lugar del desembarco. Calculando que el viaje duraría cinco días, antes de partir de Ciudad de México envió un mensaje cifrado a País para informarle que el *Granma* llegaría el 30 de noviembre a una playa desierta de Oriente llamada Las Coloradas.

A la tenue luz del amanecer del 25 de noviembre, el Che estaba entre los hombres que corrían a embarcarse en el *Granma.* Las últimas horas del Ejército Rebelde de Fidel Castro en tierra mexicana fueron nerviosas y llenas de confusión. Algunos no llegaron a la cita, y entre los que sí lo hicieron algunos quedaron atrás por falta de espacio. Ahora, para bien o para mal, zarparon. Atestada por ochenta y dos hombres además de armas y equipo, el *Granma* excesivamente cargado zarpó de la orilla del río Tuxpán y navegó río abajo hacia el golfo de México para iniciar la travesía hacia Cuba.

Antes de la partida, Ernesto dejó una carta para que la enviaran a su madre. Escribió que «para evitar patetismos premortem» la carta no sería enviada hasta que «las papas quemen de verdad y entonces sabrás que tu hijo, en un soleado país americano, se puteará a sí mismo por no haber estudiado algo de cirugía para ayudar a un herido...».

«Ahora viene lo bravo, vieja; lo que nunca he rehuido y siempre me ha gustado. El cielo no se ha puesto negro, las constelaciones no se han dislocado ni ha habido inundaciones o huracanes demasiado insolentes; los sig-

nos son buenos. Auguran victoria. Pero si se equivocaran, que al fin hasta los dioses se equivocan, creo que podré decir como un poeta que no conocés: "Sólo llevaré bajo tierra la pesadumbre de un canto inconcluso"... Te besa de nuevo, con todo el cariño de una despedida que se resiste a ser total. Tu hijo.»

Segunda parte

La gestación del Che

14. UN COMIENZO DESASTROSO

I

La carta de Ernesto a su familia, con ser tan melodramática, resultó tan clarividente sobre los peligros que enfrentarían como equivocada con respecto a sus propias reacciones. Resultó que cuando las «papas quemaron» en la forma de una emboscada del ejército que sorprendió a los rebeldes poco después del desembarco del *Granma*, lo último en lo que pensaba Ernesto era en su falta de experiencia como cirujano en el frente.

En medio del caos y el pánico, mientras unos caían heridos y otros huían en todas las direcciones, Ernesto tuvo que decidir en un instante si salvaba un botiquín o una caja de municiones. Optó por lo último. Si hubo un momento de decisión en la vida de Ernesto Guevara, fue ése. Aunque tenía el título de médico, sus instintos eran los de un combatiente.

Momentos después, al recibir un balazo en el cuello y creyéndose mortalmente herido, cayó en estado de shock. Disparó una vez hacia los arbustos, se quedó tendido y en un ensueño se puso a pensar sobre «la mejor manera de morir». La imagen que vino a su mente fue la del cuento «Encender una hoguera» de Jack London, sobre un hombre en Alaska que, incapaz de encender un fuego, apoya la espalda en un árbol y se dispone a morir «con dignidad».

Ernesto había soñado con devolver obstinadamente los disparos al grito de *«victoria o muerte»*, pero con el shock de la emboscada y su propia herida, por un instante se creyó perdido. A diferencia de muchos de sus camaradas, que se acobardaron por completo o bien reaccionaron como soldados, devolviendo el fuego enemigo mientras trataban de ponerse a cubierto, se tendió de espaldas para meditar fríamente sobre la inminencia de la muerte.

Si el hecho de salvar las municiones en lugar del botiquín durante su primera escaramuza reveló un rasgo fundamental de Ernesto Guevara, lo mismo hizo su herida: sacó a la luz su fatalismo frente a la muerte. Durante los dos años de guerra que sobrevendrían, este rasgo se pondría de manifiesto mientras maduraba hasta convertirse en un guerrillero avezado con una evidente afición por el combate y un desprecio por su propia seguridad que lo haría célebre. El hijo errabundo de Celia acababa de descubrir su verdadera vocación: la revolución.

II

El viaje del *Granma* fue un desastre sin atenuantes. La travesía no duró cinco días, como habían previsto, sino siete. Luego, debilitados por las náuseas al cruzar las agitadas aguas del golfo de México, los rebeldes desembarcaron en un lugar equivocado de la costa caribeña de Cuba. El desembarco debía coincidir con una sublevación rebelde en Santiago encabezada por Frank País. Una partida de cien hombres con camionetas debía esperarlos en el faro de Cabo Cruz. Las fuerzas conjuntas atacarían la aldea vecina de Niquero y luego la ciudad de Manzanillo antes de retirarse a la Sierra Maestra. Pero la revuelta en Santiago se había producido antes del desembarco, eliminando totalmente el factor sorpresa con que contaba Fidel. El ejército ya sofocaba la revuelta y estaba sobre aviso; tropas de Batista acudían a reforzar las unidades de Oriente y las patrullas aéreas y navales rondaban en busca de la partida de desembarco.

Antes del amanecer del 2 de diciembre, el *Granma* se acercó a la costa sudoccidental de Cuba. Mientras los hombres aguzaban la vista en busca del faro de Cabo Cruz, el navegante cayó por la borda. Perdieron los últimos, valiosos minutos de oscuridad navegando en círculos hasta que escucharon sus gritos y lo rescataron. Fidel ordenó al piloto que enfilara hacia la costa más cercana, el *Granma* encalló en un banco de arena y la llegada a Cuba, más que un desembarco, fue un verdadero naufragio.

Los rebeldes dejaron atrás la mayor parte de sus municiones, alimentos y medicamentos y fueron vadeando hasta la playa a plena luz de la mañana.

No sabían que un buque guardacostas los había descubierto y avisado a las fuerzas armadas. Estaban a casi dos kilómetros del punto de encuentro y un manglar los separaba de la tierra firme. Para colmo, el grupo de recepción había partido después de esperar en vano durante dos días. Estaban librados a su suerte.

Separados en dos grupos al llegar a tierra firme, los exhaustos rebeldes buscaron abrigo en la maleza, abandonando parte de sus pertrechos al marchar. Según diría más adelante el Che: «Quedamos en tierra firme, a la deriva, dando traspiés, constituyendo un ejército de sombras, de fantasmas, que caminaban como siguiendo el impulso de algún oscuro mecanismo psíquico». Mientras tanto los aviones de reconocimiento pasaban constantemente, buscándolos y ametrallando la maleza. Pasaron dos días antes de que los grupos se reunieran y, guiados por un campesino de la zona, marcharan tierra adentro, hacia el este, en busca de la Sierra Maestra.

En la madrugada del 5 de diciembre, poco después de medianoche, los hombres de la columna se detuvieron a descansar en un cañaveral, donde comieron caña de azúcar –y cometieron la imprudencia de dejar rastros de su paso– y todavía de noche siguieron su camino hasta un lugar llamado Alegría de Pío, donde llegaron al amanecer. Pero su guía los abandonó y fue en busca del destacamento militar más cercano para delatar su presencia. Los rebeldes pasaron el día al raso en un claro junto al borde del cañaveral, sin saber lo que les aguardaba.

A las cuatro y treinta de la tarde atacó el ejército. Ante la sorpresa, el pánico cundió entre los rebeldes y empezaron a correr de un lado a otro entre las ráfagas de proyectiles. Fidel y sus camaradas más próximos corrieron del cañaveral hacia el bosque, ordenando a los demás que los siguieran. Varios hombres abandonaron sus pertrechos en su desesperación por huir. Otros, paralizados por la conmoción o el terror, permanecieron inmóviles. Fue entonces cuando el Che trató de rescatar la caja de municiones; en ese momento, una ráfaga hirió en el pecho al hombre que estaba a su lado y a él en el cuello. «La bala dio primero en la caja y me tiró al suelo –escribió enigmáticamente en su diario de campaña–; perdí el ánimo un par de minutos.»[1]

Rodeado por hombres heridos y aterrados que clamaban por la rendición y convencido de que agonizaba, el Che cayó en una suerte de sopor, del que lo sacó Juan Almeida al gritarle que se parara y huyera de ahí. Con él y otros tres hombres, el Che corrió a la selva. A sus espaldas rugían las llamas en el cañaveral.

Para fortuna suya, la herida era superficial. Aunque algunos de sus camaradas escaparon con vida, durante los días siguientes las tropas de Batista ejecutaron sumariamente a muchos presos, heridos e incluso a algunos que se entregaron. Para los supervivientes dispersos, lo más urgente era buscar refugio inmediatamente y tratar de reagruparse. De los ochenta y dos hombres que desembarcaron del *Granma,* sólo veintidós volvieron a reunirse en la sierra.[2]

El Che y sus camaradas anduvieron a tumbos durante toda la noche. Al amanecer del día siguiente, hallaron una cueva donde refugiarse y juraron pomposamente luchar hasta morir si los rodeaban. Para ellos no había retorno, pero la situación no podía ser peor. «Teníamos una lata de leche y aproximadamente un litro de agua –escribió el Che en su diario–. Oímos ruido de combate a poca distancia. Los aviones ametrallaban. Salimos a la noche orientándonos por la luna y la estrella polar hasta que se perdieron y dormimos.»

Sabían que debían marchar hacia el este para ganar la sierra, y fue el Che quien descubrió la «estrella polar», pero sus conocimientos de astronomía eran más limitados de lo que creía. Mucho después cayeron en la cuenta de que habían seguido otra estrella y que habían marchado en la dirección correcta por pura suerte.

1. El *Diario de un combatiente* del Che le daría el material para su libro *Pasajes de la guerra revolucionaria,* publicado por primera vez en La Habana en 1963. El gobierno cubano publicó una versión cuidadosamente censurada de los tres primeros meses del diario, pero el texto original, que la viuda del Che, Aleida March, facilitó al autor, es inédito hasta el presente y da detalles tan francos como reveladores sobre la vida de Guevara durante la guerra de guerrillas. Véanse más detalles en el apéndice.

2. Jamás se ha aclarado el número exacto de supervivientes del *Granma.* Todos los relatos oficiales coinciden en que los supervivientes que se reagruparon para conformar el núcleo del Ejército Rebelde eran «doce». Esta cifra, con su descarado simbolismo apostólico, fue consagrada por el periodista revolucionario e historiador oficial Carlos Franqui en su libro *Los doce.* Como muchos adherentes de la primera época, Franqui luego pasó a la oposición y se fue al exilio.

Desesperados por la sed, los fugitivos avanzaron a través del bosque. No tenían agua y la lata de leche se había derramado. Al día siguiente, 8 de diciembre, avistaron la costa y una charca que parecía ser de agua fresca. Pero entre ellos y el agua se interponían el bosque denso y acantilados de quince metros. Antes de que pudieran hallar un lugar por donde descender, aparecieron los aviones y tuvieron que ocultarse durante el resto del día. Tenían apenas un litro de agua. A la noche, desesperados por el hambre y la sed, comieron higos chumbos, lo único que pudieron encontrar. Marcharon durante la noche hasta llegar a un bohío, donde encontraron a otros tres camaradas del *Granma*. Eran ocho, pero no tenían la menor idea de si había otros supervivientes. Sólo sabían que su única alternativa era seguir marchando hacia el este, hasta la Sierra Maestra.

Los días siguientes fueron una odisea de supervivencia mientras el grupo buscaba agua y alimentos, evadía a los aviones y las patrullas de infantería. En una ocasión, refugiados en una cueva sobre una caleta, vieron una partida de marinos que desembarcaba para unirse a la búsqueda de los rebeldes dispersos. Imposibilitados de salir de ahí, el Che y sus amigos tuvieron que racionar rigurosamente el agua, «que distribuíamos en el ocular de una mirilla telescópica para que fuera exacta la medida para cada uno de nosotros». «La situación era bastante mala –escribiría el Che mucho después–; en el caso de ser descubiertos, no había la menor posibilidad de salvación y sólo restaba luchar allí hasta el final.» Al anochecer partieron otra vez, resueltos a abandonar un sitio donde se sentían como «ratas acorraladas».

El 12 de diciembre se acercaron a una choza campesina donde se escuchaba música. Estaban a punto de entrar cuando escucharon una voz alzada en un brindis: «A mis compañeros de armas.» Convencidos de que era un soldado, corrieron hasta llegar al lecho de un arroyo y marcharon hasta la medianoche, cuando los venció el agotamiento.

Después de otro día sin comida ni agua, reanudaron la marcha, pero estaban exhaustos, la moral estaba baja y algunos decían que no querían continuar. Sus ánimos se levantaron esa noche cuando llegaron a la casa de un campesino y a pesar de la renuencia del Che, llamaron a la puerta. El dueño de casa, un pastor adventista del Séptimo Día y miembro de la incipiente red campesina del 26 de Julio en la región, los recibió cordialmente.

«Nos recibieron muy bien y nos dieron de comer –escribió el Che en su diario–. La gente se enfermó de tanto comer.» Pero luego, al evocar la experiencia en *Pasajes*, dio rienda suelta a su humor negro: «La pequeña casa en que estábamos pronto se convertiría en un infierno; Almeida iniciaba el fuego de la diarrea y luego ocho intestinos desagradecidos demostraban su ingratitud envenenando aquel pequeño recinto.»

Dedicaron el día siguiente para recuperarse de la glotonería mientras recibían a una interminable sucesión de adventistas curiosos de la localidad cercana. El desembarco rebelde se había propagado de boca en boca y la gente estaba muy bien enterada. El Che y sus compañeros supieron entonces que dieciséis expedicionarios del *Granma* estaban muertos: los habían

asesinado cuando se rindieron. Otros cinco probablemente estaban presos y varios más, como ellos, habían escapado a las montañas. No se sabía si Fidel había sobrevivido.

Por su propia seguridad decidieron separarse y dormir en distintas casas. Como precaución adicional, se despojaron de sus uniformes para vestir como guajiros, campesinos de Oriente, y ocultaron armas y municiones en una casa. Sólo el Che y Almeida, como jefes extraoficiales del grupo, conservaron sus pistolas. Un hombre que estaba demasiado enfermo para marchar tuvo que quedarse atrás. Pero al partir, se enteraron de que la noticia de su presencia había llegado a oídos del ejército. Ese día, horas después de partir, los soldados habían allanado la casa, hallado las armas y se habían llevado preso al camarada enfermo. Sólo podía deberse a un chivatazo –una denuncia–, y el ejército los perseguía.

Afortunadamente no tardaron en recibir ayuda. Enterado de su presencia, Guillermo García, un miembro destacado de la red campesina del 26 de Julio, se ocupó de ponerlos a salvo. Les dijo que Fidel, cuyo *nom de guerre* ahora era Alejandro,[1] estaba vivo, había tomado contacto con los colaboradores del movimiento rebelde, y lo había enviado a buscar a los supervivientes.

Los separaban varios días de marcha del refugio de Fidel en las montañas, pero gracias a García hallaron campesinos dispuestos a ayudarlos. Por fin, en la madrugada del 21 de diciembre, llegaron a la finca cafetalera donde los aguardaba Fidel. Raúl Castro también había sobrevivido y llegado con cuatro camaradas tras una dura odisea.

A pesar del revés catastrófico que habían sufrido sus planes, Fidel empezaba a organizarse. Había reclutado a varios campesinos para que buscaran a los demás supervivientes del *Granma*, mientras un correo iba a Santiago y Manzanillo a pedir ayuda a Frank País y Celia Sánchez, la mujer que había creado la red de guajiros del 26 de Julio en la sierra. Con todo, las perspectivas eran sombrías. De los ochenta y dos hombres que habían desembarcado del *Granma*, sólo quince se habían reunido y les quedaban apenas nueve armas. Habían pasado casi tres semanas y las posibilidades de hallar a otros fugitivos disminuían día a día. Con la llegada del Che llegó la noticia de la captura de Jesús Montané y las muertes de Juan Manuel Márquez, amigo de Fidel, con otros dos camaradas. El Che también sabía que su amigo Ñico López había muerto. Durante los días siguientes llegarían otros cinco expedicionarios, entre ellos Calixto García, su antiguo camarada de la prisión, pero el «Ejército Rebelde» de Fidel era un cascarón vacío; a partir de entonces, tendría que confiar en los campesinos locales para reconstruir sus fuerzas.

Por otra parte, la reunión no fue un momento feliz para el Che y sus camaradas, ya que Fidel estaba furioso porque habían perdido las armas. «No han pagado por la falta que cometieron –dijo Fidel–, porque el dejar

1. El nombre completo de Castro es Fidel Alejandro Castro Ruz.

los fusiles en estas circunstancias se paga con la vida. La única esperanza de sobrevivir que tenían en caso de que el ejército topara con ustedes eran sus armas. Dejarlas fue un crimen y una estupidez.» Esa noche, el Che sufrió un ataque de asma, probablemente motivado por el trastorno emocional que le causó el reproche de Fidel. Años después reconoció que la «amarga recriminación» de Fidel siguió «grabada en mi mente por el resto de la campaña y hasta el día de hoy».

Fidel sin duda tenía algo de razón, pero la filípica resultó un tanto gratuita, porque para entonces el mensajero había regresado de Manzanillo con la promesa de Celia Sánchez de enviarles armas. En efecto, éstas llegaron al día siguiente a la llegada del Che; el cargamento incluía varias carabinas y cuatro metralletas. Pasó el ataque de asma, pero la llegada de las armas no alegró demasiado al Che por el simbolismo que entrañó su distribución por parte de Fidel. Éste le quitó la pistola (un símbolo de su grado) para entregarla al dirigente de su red campesina, un astuto caudillo guajiro llamado Crescencio Pérez. En su lugar, el Che recibió lo que llamó con amargura «un fusil malo».

Fue una dura lección sobre la destreza magistral con que Fidel manipulaba los sentimientos de quienes le rodeaban al otorgar o retirar favores sin previo aviso. El Che era sumamente susceptible a la aprobación de Fidel y ansiaba conservar su estatus como miembro del círculo íntimo; apenas unos meses antes había escrito su «Canto a Fidel» en el que le juraba lealtad eterna y lo llamaba «ardiente profeta de la aurora». La caída en desgracia frente a su ídolo sin duda era un golpe muy duro.

Pero al día siguiente, tal vez al adquirir conciencia de la susceptibilidad herida del Che, Fidel le dio la oportunidad de redimirse. Decidió de repente realizar un simulacro de combate para probar a sus hombres y designó al Che para transmitir la orden de «prepararse para la batalla». El Che respondió con presteza. «Yo vine corriendo a traer la noticia –escribió en su diario–. La gente se movilizó bien, con espíritu de pelea.»

Aquel día los correos de Celia llegaron desde Manzanillo con un nuevo cargamento de armas: trescientas balas de rifle, cuarenta y cinco para la ametralladora Thompson y nueve cartuchos de dinamita. Para felicidad del Che, Faustino Pérez, el otro médico de la expedición, al marcharse hacia La Habana para ocupar su puesto como representante de Fidel, le dejó su fusil nuevo con mirilla telescópica: «Una joya», escribió, encantado, en su diario.

Las cosas habían vuelto de nuevo a su cauce. Fidel, ocupado con las necesidades organizativas de la guerra, había depuesto su cólera, y probablemente el Che se sintió «revivir». Con todo, el regaño de Fidel no dejó de irritarlo. Había conservado *su* arma durante la fuga, sí, pero eran sus errores de juicio los que los habían conducido a la catástrofe, ante todo a que el *Granma* encallara lejos de la costa. Y después de la emboscada en Alegría de Pío, a falta de planes alternativos, había sido cuestión de «sálvese quien pueda», y el grupo del Che se las había arreglado para sobrevivir.

Si el Che guardaba algún rencor, no permitió que lo afectara, pero los apuntes del diario de los días siguientes dejan traslucir cierta impaciencia con el estilo de mando de Fidel.

El 22 de diciembre fue «un día de inactividad casi total», y al día siguiente seguían todavía «en el mismo lugar». Pasaron la Nochebuena «en una espera que se me antoja inútil», aguardando una nueva partida de armas y municiones.

Describió la Navidad con sutil ironía: «Por fin, después de un opíparo festín de puerco, emprendimos la marcha hacia Los Negros. La marcha se inició muy lenta y rompiendo alambrada, con lo que se dejaba la tarjeta de visita. Hicimos un ejercicio de tomar una casa y en eso apareció Hermes, el dueño. Perdimos dos horas entre la conversación y el café. Al fin resolvimos tomar el camino real y avanzamos algo más, pero el ruido nos hacía evidentes para cualquier bohío del camino y abundaban. Al amanecer llegamos al punto de destino.»

El Che quería más organización, disciplina y acción. Quería que la guerra empezara. En esos días le alegró la noticia aparecida en un diario cubano sobre una personalidad execrable en la fuerza expedicionaria de Fidel, «un argentino comunista de pésimos antecedentes, expulsado de su país –escribió en su diario–. El apellido, por supuesto: Guevara».

III

La noticia de la debacle de los rebeldes en Alegría de Pío fue titular de primera plana en México y en todas partes. El corresponsal de la UPI en La Habana creyó en la versión del gobierno de Batista, de que había obtenido una victoria total, y envió la gran primicia, que fue reproducida por muchos diarios. En la lista de los muertos aparecía, además de Fidel y Raúl Castro, Ernesto Guevara.

Hilda se enteró en su oficina. «Cuando llegué al trabajo todo el mundo estaba con la expresión seria: reinaba un silencio embarazoso y me pregunté qué sucedía. Entonces vi que todos me miraban. Un compañero me entregó el diario y dijo: "Lamentamos mucho... la noticia."»

Abrumada por el dolor, Hilda obtuvo permiso para marcharse a casa. En los días siguientes tuvo el apoyo de sus amistades, como Myrna Torres, Laura de Albizu Campos y el general Bayo. Éste trató de reconfortarla: dijo que la noticia no estaba confirmada y que, por su parte, no creía una sola palabra. Esperaba las noticias con angustia, pero la prensa no confirmaba ni desmentía los primeros informes.

La noticia también consternó a la familia Guevara. El primero en enterarse fue Ernesto padre, quien corrió a la redacción del diario *La Prensa*. Le dijeron que no podían confirmar la noticia y que sólo cabía esperar. Se fue a su casa sumido en la angustia. Celia jugaba al solitario. Los otros hijos ya estaban enterados, pero no le habían dicho nada. Miraron a su padre en silencio.

«Tenía que ser yo quien le diera este tremendo golpe –recuerda el padre del Che–. Me senté enfrente y esperé un rato que me pareció un siglo antes de que ella terminara su solitario.» Celia reaccionó con energía. «Se levantó de un salto, fue al teléfono y llamó a la agencia de noticias Associated Press, y con voz seca y firme dijo: "Soy la madre del doctor Ernesto Guevara de la Serna, de cuya muerte ustedes acaban de dar la noticia, que se va a publicar en los diarios. Quiero que ustedes me digan la verdad. ¿Esto es cierto?"»

La respuesta fue la misma: la noticia no estaba confirmada. Ernesto padre acudió al secretario privado del presidente militar argentino, general Aramburu, conocido suyo, y pidió una audiencia. Si Ernesto estaba vivo, quería que el presidente intercediera con Batista para que recibiera un tratamiento justo. Según él, Aramburu accedió a su petición y la Cancillería argentina inició las averiguaciones.

Se acercaba la Navidad, y el hogar de los Guevara estaba sumido en la angustia. Pasaban los días y no había noticias de la Cancillería. Pero un día llegó una carta con matasellos de México. Era una misiva que Ernesto había pedido a Hilda que enviara después de su partida en el *Granma* en la que escribía a su madre sobre la muerte y la gloria. La carta llegó a destino en el momento más inoportuno que se pudiera concebir. «Para nuestra familia, era sencillamente horrorosa –escribió el padre del Che–. Mi mujer la leyó delante de todos sin derramar una sola lágrima. Yo apretaba los dientes y no comprendía por qué Ernesto tenía que meterse en una revolución que nada tenía que ver con su patria.»

Días después, Ernesto padre fue convocado por la Cancillería: acababa de llegar un telegrama de su primo, el embajador en La Habana. Había averiguado que Ernesto no estaba entre los rebeldes muertos o heridos ni entre los presos del régimen de Batista. Eufórico, el padre del Che volvió a la casa a dar la gran noticia. «Esa tarde todo cambió allí. Un hálito de optimismo nos envolvía a todos, y mi casa volvió otra vez a convertirse en bullanguera y jovial.»

El padre de Ernesto llamó a Hilda para darle la noticia alentadora. Ella escuchó otros rumores que fortalecieron sus esperanzas de que Ernesto estuviera vivo. «Vivía de esas esperanzas», escribió años después. Mientras tanto, seguía adelante con sus planes de pasar la Navidad con su familia en Perú y luego visitar a los Guevara en Buenos Aires. Pero el día de su partida de México estaba muy trastornada. «Los últimos días en México estaba tan consternada y preocupada por la falta de noticias que aclararan la situación de Ernesto que no pude ocuparme de nuestras pertenencias. Regalé la mayoría de las cosas o simplemente las abandoné.»[1] El 17 de diciembre, partió de México hacia Lima con Hilda Beatriz, de diez meses, sin tener noticias ciertas sobre la suerte de Ernesto.

1. Es de suponer que Hilda tenía cartas, poemas y otros escritos que Ernesto había dejado a su cuidado.

Mientras esperaban alguna prueba de que Ernesto siguiera con vida, los Guevara confiaban en el informe alentador de la embajada argentina en La Habana. Pasó la Navidad. Alrededor de las diez de la noche del 31 de diciembre, cuando la familia se aprestaba a festejar el Año Nuevo, alguien deslizó un sobre de correo aéreo por debajo de la puerta. Estaba dirigido a Celia de la Serna, y el matasellos era de Manzanillo, Cuba.

Contenía un mensaje breve, escrito con la caligrafía inconfundible de Ernesto: «Queridos viejos: Estoy perfectamente, gasté sólo 2 y me quedan cinco. Sigo trabajando en lo mismo, las noticias son esporádicas y lo seguirán siendo, pero confíen en que Dios sea argentino. Un gran abrazo a todos, Teté.»

Todos comprendieron el mensaje enigmático: firmado con su sobrenombre infantil Teté, Ernesto les decía que se encontraba bien y que, como un gato, había perdido dos de sus siete vidas. Voló el corcho del champán y comenzaron los brindis. Entonces, minutos antes de la medianoche, otro sobre se deslizó bajo la puerta. También estaba dirigido a Celia, pero escrito con caligrafía femenina. Contenía una tarjeta postal con una rosa roja y el mensaje: «Feliz Año Nuevo. TT está perfectamente bien.»

«Aquello superaba lo que esperábamos –recuerda Ernesto padre–. Sonaron las campanas del Año Nuevo y toda la gente que había llegado a mi casa comenzó a demostrar su alegría. Ernesto se había salvado, al menos por ahora.»

IV

En el extremo sudoriental de Cuba, con forma de yunque, la Sierra Maestra se alza abruptamente desde la plataforma continental caribeña para formar una accidentada barrera natural entre ésta y los llanos fértiles que se extienden a partir de su flanco opuesto, treinta kilómetros tierra adentro. Dominada por el cerro más alto de la isla, el pico Turquino, de casi tres mil metros, la sierra poseía una de las últimas selvas que aún sobrevivían en la década de los cincuenta, un bosque tropical indígena denso e inaccesible.

Con sólo unos pocos pueblos y aldeas, sus escasos sesenta mil habitantes eran los agricultores de subsistencia llamados guajiros; campesinos negros, blancos y mulatos, pobres y analfabetos, cuyos sombreros de paja informes, pies callosos y dialecto español ininteligible y casi desprovisto de vocales hacían de ellos el blanco de chistes despectivos entre la clase media urbana. «Guajiro» era sinónimo de ignorante, rústico, patán. Algunos eran arrendatarios, pero muchos eran intrusos, los llamados *precaristas*, que vivían en bohíos con suelo de tierra, desmontaban una pequeña parcela y vivían de la agricultura de subsistencia, la recolección de miel o la venta de carbón de leña. Como todos los campesinos cubanos, para ganar algún dinero contante los guajiros bajaban al llano a trabajar en la zafra azucarera o como vaqueros en las haciendas. Algunos espíritus emprendedores cultiva-

ban clandestinamente la marihuana para abastecer la demanda de las ciudades; abrían sendas secretas en la selva para burlar a los guardias y llevarla al mercado. Algunas compañías madereras tenían concesiones para extraer la madera del bosque, y también había haciendas cafetaleras. Pero en conjunto la sierra ofrecía escasos empleos remunerados, carecía de caminos, escuelas y comodidades modernas. Las noticias del mundo exterior llegaban por medio de la radio de transistores o, más frecuentemente, el eficiente «boca en boca» llamado Radio Bemba.

La vida dura de los guajiros de la Sierra Maestra contrastaba mucho con la de los terratenientes y, en general, con la de los habitantes de Santiago, Manzanillo, Bayamo y Holguín, las ciudades de Oriente. Las mejores tierras de la sierra como del llano pertenecían a empresas privadas cubanas o norteamericanas o a los latifundistas, la aristocracia terrateniente nativa. El cañaveral que los expedicionarios del *Granma* habían atravesado cuando se dirigían hacia Alegría de Pío era del hombre más rico de la isla, el barón del azúcar Julio Lobo. En una de sus propiedades había crecido Celia Sánchez, hija de un médico rural de ideas liberales.

En la sierra propiamente dicha había grandes extensiones de tierra cuyos propietarios vivían en las ciudades y las hacían administrar por *mayorales*, capataces armados cuya tarea principal era ahuyentar a los obstinados precaristas. Esos hombres arbitrarios y con frecuencia brutales tenían verdadera influencia en la zona; constituían una virtual fuerza policial alternativa a los guardias rurales mal entrenados y peor pagados cuyas unidades ocupaban puestos remotos y cuarteles distribuidos por toda la región. Por su distancia de las ciudades y su terreno accidentado, la Sierra Maestra también era un refugio tradicional de criminales prófugos de la justicia, y a falta de la presencia de la ley, las peleas entre familias y los actos de venganza se resolvían mediante el machete y el revólver. La Guardia aprovechaba la pobreza y el miedo a la autoridad de los guajiros para mantener un sistema de *chivatos*, informantes que la mantenían al tanto de los sucesos y la asistían en la investigación de delitos. Después del desembarco del *Granma*, habían empleado el sistema de chivatos para cazar a Fidel y sus hombres, con éxito devastador.

Desde luego, no faltaba la violencia en las relaciones entre los precaristas y los mayorales. Según el historiador Hugh Thomas, «el mayoral incendiaba la casa del precarista, que respondía mediante el asesinato. Cada bando tenía sus dirigentes destacados y éstos sus bandas de secuaces». Crescencio Pérez, camionero en las empresas del magnate azucarero Julio Lobo, también era un conocido jefe precarista; se decía que había matado a varios hombres y engendrado a «ochenta hijos» a lo largo y a lo ancho de la sierra. De ahí que poseyera una extensa familia, numerosos contactos y no pocos hombres que respondían a sus órdenes. Celia Sánchez había acudido a él para montar una red de apoyo civil a los rebeldes en la sierra, y Pérez, que no sentía gran estima por las autoridades, se había puesto a disposición de Fidel con su familia, sus parientes –como su sobrino Guillermo García– y algunos trabajadores.

Si la colaboración de un hombre como Pérez le causaba algún recelo, Fidel no lo demostró. Al día siguiente de la Navidad de 1956, al reestructurar su grupo de mando, designó un «estado mayor» de cinco hombres dirigido por él mismo como comandante e integrado por Crescencio Pérez y uno de sus hijos, su guardaespaldas Universo Sánchez y el Che. A su hermano Raúl y Juan Almeida, que habían demostrado coraje al mando de sus grupos en Alegría de Pío, los designó «jefes de pelotón» al mando de cinco hombres cada uno. También designó exploradores de avanzada: Ramiro Valdés, veterano del Moncada y uno de sus primeros seguidores; el resucitado Calixto Morales y otro hombre, Armando Rodríguez.

En vista de la reciente derrota y sus fuerzas menguadas –por no hablar de sus dudosas perspectivas de triunfo–, el pomposo otorgamiento de grados de oficial a siete de sus quince hombres podría parecer casi gracioso, pero también era testimonio del singular optimismo de Fidel y su ilimitada confianza en sí mismo. No era la clase de hombre que se desalentaba fácilmente. Había perdido más de dos tercios de sus fuerzas y casi todas sus armas y pertrechos, pero había llegado a la sierra, reanudado los vínculos con el aparato clandestino del 26 de Julio en las ciudades y contaba con Crescencio Pérez para familiarizarse con el terreno desconocido y reconstruir su ejército. A cambio de ello había conferido a su flamante aliado un grado especial, que podría quitarle –y en efecto, lo haría– cuando lo requiriese la ocasión. Puso a «todo campesino incorporado» bajo el mando de su nuevo oficial guajiro, quien nombró a Guillermo García su lugarteniente.

En realidad, Fidel se comportaba como si ya fuera el comandante en jefe de Cuba. Con la «reestructuración» había creado una jerarquía rígida para el ejército que pensaba llevar al poder, con él mismo como jefe indiscutido. El carácter autoritario que lo distinguiría ya se hacía notar en las órdenes perentorias al aparato clandestino en el llano para que le enviara armas y provisiones, al tiempo que se ocupaba de extender su dominio sobre la sierra y sus habitantes.

A pesar de los líricos elogios del «noble campesinado» de la sierra después del triunfo de la revolución, es evidente que en los primeros tiempos Fidel y sus hombres pisaban tierra hostil. Lejos de conocer o comprender el espíritu y la manera de pensar de los nativos, debían negociar por medio de Crescencio y sus hombres... a veces con resultados desastrosos. Acaso la mejor prueba de su desconocimiento del terreno escogido es el hecho de que en sus contactos iniciales con los campesinos, con frecuencia Fidel se hacía pasar por oficial del ejército para descubrir sus verdaderas simpatías.

Los días siguientes, preocupado por la posibilidad de que el ejército los descubriera si permanecían demasiado tiempo en un lugar, el Che se impacientaba con Fidel, que no daba la orden de partir. A la espera de unos voluntarios enviados por Celia Sánchez, escribió en su diario: «No me parece acertado pero Fidel insiste en eso.» Llegaron los mensajeros desde Manzanillo con una provisión de granadas de mano, dinamita, municiones de ame-

tralladora y tres libros pedidos por el Che: «Álgebra, Historia elemental de Cuba, Geografía elemental de Cuba.»

No llegaron los voluntarios, pero media docena de guajiros se unieron al campamento. Casi diezmado un mes después de su desembarco en Cuba, el Ejército Rebelde empezaba a crecer. Más importante aún, los voluntarios eran gente de la zona, lo cual constituía un verdadero triunfo inicial. El 30 de diciembre, Fidel por fin dio la orden de partir hacia un refugio nuevo en el corazón de la sierra. Bajo una lluvia torrencial, dos docenas de hombres partieron hacia el punto de destino, la remota comunidad costeña de La Plata, a cuarenta kilómetros de distancia. Parecía un buen lugar donde instalar el centro estratégico de operaciones, y había un pequeño cuartel de la Guardia que Fidel pensaba atacar por sorpresa.

El entusiasmo del Che ante el nuevo giro de los acontecimientos se revela en el tono de sus apuntes en el diario, más sereno y con más aplomo que hasta entonces. Al anochecer de la víspera de Año Nuevo, un mensajero les llevó la noticia de que un batallón del ejército se disponía a adentrarse en la sierra para buscarlos. «El último día del año pasó en la instrucción de los nuevos reclutas, leyendo algo y haciendo las pequeñas cosas de la guerra», escribió el Che.

V

Con el Año Nuevo llegaron la lluvia y más información sobre los planes del enemigo. Cuatrocientos soldados marchaban hacia las montañas y todas las guarniciones locales habían sido reforzadas. Guiados por un guajiro, los rebeldes continuaron la marcha agotadora. La noche del 2 de enero fue una odisea, «una marcha lenta y fatigosa por trillos enfangados y con los hombres enfermos de diarrea», pero al día siguiente escribió con severa satisfacción: «Se recibe la buena noticia de que Nené Jerez fue malherido y está moribundo. Nené Jerez fue el que guió los soldados hasta el sitio donde estamos en la Alegría [del Pío].»

El 5 de enero avistaron el Pico Caracas, de mil trescientos metros de altura, el primero de una serie de cerros boscosos que coronan la espina central de la Sierra Maestra. El Che observó con agrado que «las perspectivas son buenas porque de aquí hasta La Plata es toda zona boscosa y abrupta, ideal para la defensa».

Dos días después, mientras estaban acampados en el valle de Mulato, sobre la ladera del Pico Caracas, sus filas fueron reforzadas por la llegada de los nueve voluntarios de Manzanillo que les habían sido prometidos. Decidieron esperar las novedades sobre los movimientos del ejército para no seguir avanzando a ciegas. Los correos guajiros traían informes contradictorios: uno decía que no había soldados en la vecindad, pero otro trajo la inquietante noticia de que un chivato los había delatado a una guarnición costera cercana.

El 9 de enero, los rebeldes decidieron ponerse en marcha, y la tarde siguiente, desde un nuevo campamento que dominaba la zona, confirmaron la veracidad del informe sobre el chivatazo: dieciocho marinos se acercaban caminando por la senda desde la guarnición de Macías, aparentemente sin sospechar que estaban en peligro. Pero los rebeldes no los atacaron. Esperaban a Guillermo García, que regresaba de una última y vana búsqueda de supervivientes del *Granma*, y también una partida de alimentos. Además, Fidel quería estar bien preparado antes de entrar en combate. A pesar de todo, el Che lamentó la oportunidad perdida: «Era una presa fácil.»

Se acercaba el día del primer combate. Los rebeldes debían demostrar que eran una fuerza a tener en cuenta: era la única manera de refutar la propaganda del gobierno sobre su derrota, generar confianza en la sociedad civil sobre su capacidad de combate y al mismo tiempo levantar su propia moral. Para ello debían lanzar un ataque, en lo posible contra una guarnición remota y mal defendida donde tendrían el factor sorpresa a su favor. La Plata, un cuartel costero pequeño y, según los informes, defendido por pocos guardias, parecía brindarle a Fidel la oportunidad perfecta. El Che pensaba distinto, como lo revela la siguiente anotación de su diario correspondiente al 10 de enero: «El plan de Fidel es hacer una emboscada y huir a los bosques con comida para varios días. No me parece mal, pero es mucho peso. Mi plan era formar un campamento [central] con abundante comida y mandar patrullas de asalto...»

También le preocupaba el estado de los hombres que entrarían en combate. «Junto a la baja transitoria de Ramiro [Valdés, con una fisura de rodilla provocada por una caída], hay una o dos bajas definitivas de manzanilleros.» Uno fue licenciado al informar que tenía tuberculosis –lo que al Che le pareció «sospechoso»– y un par de muchachos más parecían «indecisos». Preocupado por la amenaza que representaban los chivatos, juró en su diario ocuparse de ellos: «Hay que dar un escarmiento.» Aunque no lo sabía, un traidor se había infiltrado entre ellos y próximamente el Che tendría la oportunidad de dar ese escarmiento.

Al día siguiente, como había vaticinado el Che, los manzanilleros optaron por abandonar el terreno, pero Fidel decidió seguir la marcha: demasiada gente de la zona estaba al tanto de su presencia y no podían seguir ahí. Uno de los primeros objetivos era matar a tres mayorales que eran «el terror de los campesinos». Los tres trabajaban para la empresa azucarera y maderera Núñez-Beattie y eran famosos entre los guajiros por su brutalidad. Un golpe contra esos déspotas granjearía prestigio para los rebeldes de Fidel entre los lugareños.

Dejaron al incapacitado Ramiro en la casa de un simpatizante campesino, le dieron una pistola para defenderse e iniciaron la marcha hacia La Plata. Guillermo García había llegado con varios reclutas –el Ejército Rebelde contaba ahora con treinta y dos hombres–, pero tenían apenas veintitrés armas, algunos cartuchos de dinamita y granadas de mano. Partieron de noche por una senda marcada a golpes de machete por un colaborador y

acompañados por Eutimio Guerra, un conocido dirigente precarista local que con otro vecino se había ofrecido para guiarlos.

El 15 de enero, llevando consigo a un rehén –un adolescente al que habían sorprendido recolectando miel y al que decidieron llevarse por si tenía la tentación de dar la alarma–, los rebeldes llegaron a una loma que dominaba la desembocadura del río La Plata, a un kilómetro escaso del acantonamiento militar. Con sus miras telescópicas podían observar el blanco, una barraca a medio construir en medio de un claro entre la orilla del río y la playa, donde media docena de hombres vestidos a medias con uniformes realizaban tareas domésticas. Más allá estaba la casa de uno de los mayorales que habían jurado ejecutar. Continuaron la vigilancia; al atardecer apareció una lancha patrullera guardacostas cargada de soldados que aparentemente hizo una señal a los hombres en tierra. Desconcertados por esta actividad, los rebeldes decidieron permanecer ocultos y postergar el ataque hasta el día siguiente.

Al amanecer apostaron vigías para observar la barraca. La lancha patrullera había partido y no había soldados a la vista, lo cual los desconcertó, pero hacia la media tarde decidieron avanzar. El grupo vadeó el río y se apostó al borde de la senda que conducía a la barraca. Minutos después aparecieron dos hombres y dos muchachos; los rebeldes los detuvieron. Uno de ellos era un presunto chivato. Para obtener información, «se lo apretó un poco», apuntó eufemísticamente el Che en su diario. El hombre dijo que había diez soldados en el cuartel y que Chicho Osorio, considerado el peor de los mayorales que pensaban ejecutar, pasaría por ahí en cualquier momento.

Efectivamente, a los pocos minutos apareció Osorio montado en una mula y acompañado por un negrito a pie. Decidieron sorprenderlo y alguien gritó: «¡Alto, la guardia rural!» Osorio reaccionó gritando: «¡Mosquito!», el santo y seña de los soldados, y a continuación dijo su nombre. Los rebeldes rodearon a Osorio, le quitaron el revólver y un cuchillo al muchacho y condujeron a ambos ante Fidel.

Lo que sucedió a continuación ha pasado al folclore de la Revolución Cubana. Según el relato del Che publicado años después, Fidel «le hizo creer que era un coronel de la guardia rural y que estaba investigando unas supuestas irregularidades. Chicho Osorio, que estaba borracho, dio entonces una relación de todos los enemigos del régimen a los que "hay que arrancárselas", según sus propias palabras. Allí estaba la confirmación de quiénes eran nuestros amigos y quiénes no».

Si la situación no hubiera sido tan grave, el encuentro absurdo hubiera merecido un relato humorístico; lo cierto es que con cada palabra, el desprevenido Osorio cavaba su propia fosa. El «coronel» Fidel le preguntó qué sabía sobre su guía Eutimio Guerra. Osorio respondió que se sabía que Guerra había refugiado a Fidel Castro, que por eso andaba buscándolo para matarlo. Para hacerlo hablar aún más, Fidel opinó que también había que matar a «Fidel». Osorio asintió con vehemencia y añadió que Crescencio Pérez también debía morir. Llevado por el entusiasmo, se jactó de haber mata-

do o maltratado a muchos hombres y, como prueba de sus hazañas, señaló sus pies. Relata el Che: « "Mire", dijo, mostrando los zapatos de nuestra tropa, de factura mexicana, "de uno de estos hijos de... que matamos." Allí, sin saberlo, Chicho Osorio había firmado su propia sentencia de muerte.»

Tan borracho o ingenuo para creer que Fidel efectivamente era un oficial de la Guardia y ávido de ganarse su estima, Osorio ofreció conducirlos hasta el cuartel para demostrar los puntos débiles de la seguridad e incluso permitió que lo maniataran como «falso prisionero» para cumplir su papel en la comedia de los «inspectores». Mientras avanzaban hacia el cuartel, Osorio les mostró dónde estaba el centinela y dónde dormían los guardias. Uno de los rebeldes se adelantó para confirmarlo: la información era exacta. Finalmente se prepararon para el ataque, y dejaron a Osorio al cuidado de dos hombres «con encargo de matarlo apenas iniciado el tiroteo, cosa que cumplieron estrictamente», según escribió fríamente el Che.

Eran las 2.40 de la madrugada. Los rebeldes se desplegaron en tres grupos. Los blancos eran la barraca con tejado de cinc y una casa rústica que pertenecía al segundo de los tres mayorales buscados. A unos cuarenta metros de la barraca, Fidel disparó dos ráfagas de ametralladora y todos abrieron fuego. Gritaron a los soldados que se rindieran, pero éstos respondieron al fuego. Che y otro camarada del *Granma*, Luis Crespo, arrojaron granadas, pero no explotaron. Fidel arrojó un cartucho de dinamita, pero tampoco pasó nada. Raúl les ordenó que incendiaran la casa del mayoral. En dos ocasiones los repelió el fuego enemigo, pero un tercer intento del Che y Crespo tuvo éxito, salvo que lo que incendiaron no era la casa del capataz sino un depósito adyacente lleno de cocos.

Pero eso bastó: evidentemente aterrados por la perspectiva de que los quemaran vivos, los soldados que estaban en el cuartel se dieron a la fuga. Uno prácticamente chocó con Crespo, quien lo hirió en el pecho; el Che disparó a otro hombre y a pesar de la oscuridad pensó que lo había herido. El tiroteo continuó unos minutos más hasta que los soldados se rindieron. La casa del capataz estaba llena de heridos. El combate había terminado y el Che anotó en su diario: «8 Springfields, una ametralladora y unos mil tiros, nosotros gastamos 500 aproximadamente. Además cananas, cascos, embutidos, cuchillos, ropas y hasta ron.»

La Guardia había sufrido un golpe rudo, el cuartel estaba tan acribillado que parecía «una criba». Los soldados tuvieron dos muertos y cinco heridos, tres de gravedad. Se hicieron tres prisioneros. Los rebeldes no sufrieron bajas. Antes de retirarse, incendiaron los edificios. El Che prendió fuego a la casa del «desgraciado» del mayoral, que había logrado escapar con el sargento jefe del cuartel.

Antes de volver al campamento, liberaron a los prisioneros y los rehenes civiles no sin antes hacer una seria advertencia al presunto chivato. A pesar de la oposición del Che, Fidel entregó medicamentos a los soldados para que atendieran a sus heridos, que aún permanecían en el claro devastado. Los rebeldes se llevaron un disgusto al descubrir que su primer rehén,

un adolescente, había escapado durante el tiroteo juntamente con un explorador. Para colmo se habían llevado dos armas: una escopeta y el revólver que le habían confiscado al difunto Osorio.

Eran apenas las 4.30. Aprovecharon las horas que restaban de oscuridad para retirarse hacia Palma Mocha, una aldea campesina que llevaba el nombre de un río que desembocaba en el mar a tres kilómetros de ahí. Llegaron a tiempo para presenciar lo que el Che llamó «un espectáculo lastimoso. Todas las familias de la zona en éxodo hacia la costa debido a las amanezas de un cabo y un mayoral... referente a un supuesto bombardeo de la aviación contra los rebeldes». «La maniobra era clara –apuntó el Che–; desalojar a todos los campesinos y luego la compañía [Núñez-Beattie] se apoderaría de las tierras abandonadas.»

Después de presenciar las consecuencias de su acción, los rebeldes siguieron adelante en busca de un lugar donde tender una emboscada a los soldados que los perseguirían. Los hombres estaban nerviosos y exhaustos, y durante un alto en la marcha Fidel ordenó pasar revista a las municiones. Cada hombre debía tener cuarenta proyectiles. Sergio Acuña, uno de los guajiros, tenía cien, y se negó a obedecer la orden de Fidel de entregar el sobrante. Cuando Fidel ordenó que lo detuvieran, Acuña amartilló su arma con gesto amenazante. El incidente no llegó a mayores porque Raúl y Crescencio lograron convencerlo de que entregara el arma y las municiones. Le dijeron que se pasaría por alto la infracción si presentaba un «pedido formal» de continuar con los rebeldes. La solución disgustó al Che, quien escribió en su diario que «Fidel aceptó creando un pésimo antecedente que posteriormente no acabaría allí, pues Acuña se dio tono por haber impuesto su voluntad».

Después del pequeño motín, los rebeldes marcharon hasta un bohío en un claro rodeado por tres lados de laderas boscosas y cerca de un riachuelo que el Che bautizó Arroyo del Infierno. Con abundante agua y una ruta de fuga, era el lugar perfecto para tender una emboscada. Cuando llegaron, el dueño estaba a punto de unirse al éxodo hacia la costa. Tras ocupar el lugar, durante los días siguientes los rebeldes se organizaron y montaron la emboscada en un lugar del bosque desde donde se dominaban tanto la casa como la senda que conducía al claro.

Con todo, los hombres estaban nerviosos. Una mañana, mientras inspeccionaba los puestos de guardia junto con Fidel, el Che estuvo a punto de recibir un balazo, disparado desde lejos por uno de los combatientes. Él tenía parte de la culpa, ya que llevaba una gorra de suboficial del ejército que se había llevado como trofeo de La Plata. Aún más inquietante fue la reacción de los demás rebeldes, que al escuchar el disparo, en lugar de correr a sus puestos defensivos, huyeron hacia el bosque. En la versión publicada del diario, el Che mencionó el disparo, pero no la huida de los hombres. Utilizó la anécdota como parábola para ensalzar la condición del guerrero. «Este hecho demuestra el estado de tensión que teníamos todos, esperando, como una liberación, el combate; son esos momentos donde

hasta los más firmes de nervios sienten cierto leve temblor en las rodillas y todo el mundo ansía ya de una vez la llegada de ese momento estelar de la guerra, que es el combate.»

Durante varios días más reinó la calma. Fidel obtuvo provisiones de los pocos campesinos que permanecían en la zona y resarció a uno que acudió en busca de un puerco perdido; Fidel había matado al animal el día que llegaron. Escucharon rumores de que el ejército tomaba represalias entre los campesinos por el ataque en La Plata. El guía Eutimio Guerra partió hacia su casa, llevando algunos mensajes de Fidel y con la orden de averiguar cuanto pudiera sobre los movimientos del ejército. Los rebeldes escuchaban ansiosamente la radio, pero no se difundían noticias sobre las actividades del ejército.

Antes del amanecer del 22 de enero, el sonido de disparos lejanos delató la presencia del ejército. Los rebeldes se prepararon para la batalla, pero pasó la mañana sin que aparecieran los soldados. Al mediodía surgió una figura solitaria en el claro. El primero que lo vio fue Calixto García, sentado junto al Che. A través de las miras telescópicas comprobaron que era un soldado. Lo siguieron otros nueve hombres, que se agruparon en torno a las chozas en el claro. Sonaron los primeros disparos.

«Fidel abrió el fuego y el hombre cayó inmediatamente gritando: "Ay mi madre" –apuntó el Che en su diario–. De pronto me di cuenta de que un soldado estaba escondido en la casa a escasos 20 metros de mi posición; le veía sólo los pies, de modo que le tiré a rumbo. Al segundo disparo cayó. Luis me traía una granada que Fidel mandaba porque le habían dicho que había más gente en la casa. Luis me cubrió y yo entré, pero afortunadamente no había nadie más.»

El Che recogió el fusil y la canana del hombre al que había herido y luego inspeccionó el cuerpo. «Tenía un balazo debajo del corazón con salida en el lado derecho, estaba muerto.» Por primera vez tenía la certeza de haber matado a un hombre.

VI

Mientras el Che pasaba por su bautismo de fuego, Hilda y la niña visitaban a la familia Guevara en la Argentina. Ernesto padre la había llamado para darle la noticia de la carta firmada «Teté» y le había enviado un pasaje de avión a Buenos Aires. Era la primera prueba tangible de que Ernesto había sobrevivido a la emboscada de Alegría de Pío, y llenó a Hilda de regocijo. El 6 de enero, después de pasar tres semanas con su familia en Lima, voló con la niña a Buenos Aires para conocer a sus suegros.

Los Guevara se mostraron encantados con la niña y cariñosos con Hilda, pero la acribillaron a preguntas. ¿Por qué Ernesto arriesgaba su vida por una causa extranjera? ¿Quién diablos era ese Fidel Castro? Hilda no tardó en comprender que Ernesto –o «Ernestito», como lo llamaban sus tías– era

el «niño consentido» de la familia. «Debido a su profundo afecto por Ernesto –escribió–, a los padres les era difícil aceptar la idea de que estaba en peligro. Expresaban una y otra vez el sentimiento de que sería mejor que su hijo estuviera en la Argentina.» Trató de explicar lo mejor posible lo que sabía sobre su evolución política, pero sólo repetía lo que Ernesto ya les había dicho en sus cartas, y que evidentemente les era difícil aceptar. Ernesto padre comentó que sus explicaciones eran «magras; era evidente que conservaba el hermetismo impuesto por Ernesto».

Pero era Celia quien requería más que nadie sus palabras reconfortantes. Hilda la halló muy turbada y trató de aliviar el dolor que le provocaba la ausencia de su amado hijo. «Le hablé a doña Celia, mi suegra, de la profunda ternura que sentía Ernesto por ella. No era una exageración destinada a reconfortarla: sabía cuánto la quería. Su sufrimiento era constante, y la angustiosa pregunta estaba presente en todo lo que hacía: "¿Dónde está mi hijo?"»

Hilda y la niña pasaron un mes con los Guevara. Era pleno verano porteño y toda la familia se trasladó a la estancia de Irineo de Portela. Un día, Hilda tuvo ocasión de conocer la célebre fanfarronería de su suegro. Llegó una carta de un pariente en Estados Unidos que mencionaba por primera vez la posibilidad de que el Che hubiera sufrido heridas en Alegría de Pío. Ernesto padre, eufórico, «declaró que si Ernesto era capturado en Cuba, ¡iría en un bote a rescatarlo!».

Cuando Hilda volvió a Lima, la esperaba una carta de Ernesto, fechada el 28 de enero de 1957. «Querida vieja: Aquí, desde la manigua cubana, vivo y sediento de sangre escribo estas encendidas líneas martianas. Como si realmente fuera un soldado (sucio y harapiento estoy, por lo menos), escribo sobre un plato de campaña con el fusil a mi lado y un nuevo aditamento entre los labios: un tabaco...»

Con el mismo tono jactancioso y animado, recapituló alegremente los sucesos desde el «ya famoso» desembarco del *Granma*, destacando los peligros a los que se habían enfrentado y las penurias superadas: «Siguieron nuestras desventuras hasta ser sorprendidos en la también ya célebre Alegría y desbandados como palomas. Me hirieron en el cuello y quedé vivo nada más que por mi suerte gatuna... Caminé unos días por el monte creyéndome mal herido... nos reorganizamos, nos armamos y atacamos un cuartel matando cinco soldados... El ejército... por cuarenta y cinco días más nos echó encima tropa escogida; se la volvimos a disgregar y esta vez le costó tres muertos y dos heridos... Al poco tiempo, capturamos tres guardias quitándoles las armas. Si a todo esto se agrega que nosotros no tuvimos ninguna baja y el monte es nuestro, te podrás dar idea de la desmoralización del ejército, que nos ve escurrir como jabón de entre sus manos, cuando nos cree en el buche. Naturalmente, la pelea no está totalmente ganada, falta mucha batalla, pero ya se inclina a nuestro favor: cada vez lo será más.»

Firmó la carta como «Chancho», le envió abrazos y besos para su hija y dijo que en su prisa había dejado en México las fotos de ellas. Le pedía que

se las enviara a una dirección en la capital mexicana donde se ocuparían de hacérselas llegar.

Es evidente que la carta no agradó a Hilda, quien la reprodujo en sus memorias sin el menor comentario. Mientras ella, la abatida esposa y madre, vivía sufriendo por él, Ernesto no dejaba lugar a dudas de que vivía una aventura emocionante y disfrutaba de la vida del guerrillero «sediento de sangre» entre el fango y los cigarros. Y al escribirle, no le preguntaba ni demostraba la menor preocupación por los padecimientos de ella.

VII

Durante las tres semanas siguientes, los rebeldes vagaron por la Sierra Maestra, recogieron algunos voluntarios nuevos pero también padecieron deserciones y chivatazos. El 30 de enero la fuerza aérea bombardeó el lugar que habían escogido para montar su base, en la ladera del cerro Caracas. La incursión no les provocó bajas, pero los rebeldes, presas del pánico, huyeron a la selva. Mientras tanto, los soldados que los perseguían, comandados por un oficial célebre por su salvajismo (el mayor Joaquín Casillas, de quien se decía que cortaba y conservaba las orejas de sus víctimas), enviaban espías vestidos de paisano a rastrearlos. A su paso, los soldados dejaban un tendal de bohíos incendiados y campesinos muertos, acusados de colaborar con los rebeldes.

El Che empezaba a adquirir fama de combatiente guerrillero audaz, incluso temerario. Deseoso de demostrar su coraje y remediar el penoso «error» de haber perdido el fusil en la huida de Alegría de Pío, siempre se ofrecía para realizar las tareas más peligrosas. Durante el bombardeo del cerro Caracas, mientras todos los guerrilleros y el propio Fidel huían, el Che se quedó para reunir a los rezagados y recoger los pertrechos abandonados, las armas y hasta la gorra del «comandante».

Empezaba a demostrar otros rasgos fuertes de su personalidad: acosaba severamente a los nuevos reclutas, sobre todo los que venían de la ciudad, desconfiando de su coraje, fortaleza y entrega a la causa. Asimismo desconfiaba de los guajiros que se cruzaban con ellos, a los que describía en su diario como «charlatanes, sueltos de lengua» o «nerviosos», síntomas que despertaban sus sospechas. También empezaba a sentir un odio profundo por los cobardes, obsesión que en poco tiempo sería uno de sus rasgos más notorios y temidos en tiempos de guerra. Detestaba sobre todo a un miembro del grupo, «el Gallego» Morán, un veterano del *Granma* de quien sospechaba que era un cobarde y desertor en potencia. Las abundantes observaciones críticas sobre Morán en su diario de guerra demuestran que vigilaba estrecha y constantemente a sus hombres.

Consciente del grave peligro que representaban los espías y chivatos, buscaba una oportunidad para infligir un castigo ejemplar. Cuando tres espías del ejército detenidos por los rebeldes confesaron su verdadera identi-

dad, el Che estuvo entre los que pidieron su ejecución. Pero Fidel optó por perdonarlos y enviarlos de vuelta a su cuartel con una advertencia y una carta personal a su comandante. Ávido de convertir al grupo guerrillero en una fuerza de combate aguerrida y disciplinada, lo preocupaba la tolerancia que demostraba Fidel con los holgazanes e insubordinados. Por eso, a fines de enero anotó con satisfacción que Fidel por fin había dado la orden. A partir de entonces, tres delitos se castigarían con la pena de muerte: «la insubordinación, la deserción y el derrotismo». Cuando el desertor Sergio Acuña sufrió una muerte espantosa a manos del ejército –lo torturaron, le dispararon cuatro tiros y luego lo ahorcaron–, el Che calificó la noticia de «triste pero aleccionadora».

A finales de enero aumentaban los indicios de que la pequeña banda de Fidel empezaba a causar sensación en toda la isla. Faustino Pérez, el hombre de Fidel en La Habana, envió el aviso de que había reunido treinta mil dólares para los rebeldes, las células urbanas del 26 de Julio realizaban actos de sabotaje en las ciudades y en las filas del ejército cundía el descontento a raíz de la vergüenza que provocaban los ataques rebeldes. A pesar de los rumores de que pensaba destituir a su jefe de estado mayor, Batista y sus generales insistían en que los rebeldes estaban prácticamente exterminados, que se habían dado a la fuga y no representaban amenaza alguna para el ejército. Irritado por esa campaña de propaganda, Fidel ordenó a Faustino Pérez que dispusiera una entrevista con un periodista respetado para que fuera a la sierra y diera a conocer su existencia a todo el mundo. Al mismo tiempo, ordenó a Frank País y Celia Sánchez que organizaran una conferencia del Directorio Nacional a fin de coordinar la estrategia para todo el país.

A principios de febrero los rebeldes se tomaron unos días de descanso mientras padecían las lluvias torrenciales y las diarias incursiones al azar de la fuerza aérea; en medio de la relativa calma, el Che incluso se arrancó tiempo para dar lecciones de francés a Raúl. Éstas se interrumpieron cuando se dio la orden de marchar, y el Che quedó debilitado por la diarrea y un ataque fuerte, aunque efímero, de malaria. Durante una emboscada del ejército en la colina llamada Los Altos de Espinosa, murió Julio Zenón Acosta, un guajiro negro analfabeto a quien el Che enseñaba las primeras letras. Fue la primera baja en combate que sufrieron después del desembarco del *Granma*. Más adelante, el Che ensalzaría a Zenón Acosta, a quien llamaba «primer alumno», como la clase de «campesino noble» que constituía el corazón y el alma de la revolución.

A medida que pasaba el tiempo, crecían en Che y Fidel las sospechas de que su guía campesino Eutimio Guerra –quien iba y venía constantemente y cuyas ausencias coincidían invariablemente con los ataques del ejército– era un traidor en su seno. Después de la emboscada de Los Altos de Espinosa varios guajiros bien informados confirmaron sus sospechas. En una de sus excursiones, Guerra había caído en manos del ejército, que le había prometido una recompensa si entregaba a Fidel. Era cómplice tanto del bombardeo al cerro Caracas como de la última emboscada. Aunque enterados de todo, no

era mucho lo que los rebeldes podían hacer al respecto porque Guerra había desaparecido, como lo haría poco después el Gallego Morán.

A mediados de febrero, con varios hombres enfermos y desmoralizados, Fidel decidió realizar una purga y les dio «licencia por convalecencia» en la casa de un guajiro vigilada por Crescencio Pérez. Los mensajeros anunciaron que el Directorio Nacional del 26 de Julio estaba en camino y que Herbert Matthews, un conocido periodista del *New York Times*, iría a entrevistar a Fidel en la sierra. Se reunirían el 17 de febrero en una granja situada en la ladera norte.

Preocupados por el paradero de Eutimio Guerra y la posibilidad de una nueva emboscada, el menguado grupo de Fidel cruzó cautelosamente la sierra hacia el lugar de reunión. El encuentro resultaría decisivo, porque en el breve lapso de tres días se producirían una serie de sucesos que cambiarían el curso de la guerra, y en uno de ellos se revelaría una nueva faceta de la personalidad emergente de Ernesto «Che» Guevara.

15. DÍAS DE «AGUA Y BOMBAS»

I

Ernesto Guevara estaba en *guerra*, trataba de hacer una revolución, como resultado de un salto consciente en su fe. Había cruzado un umbral que era invisible para los extraños y había entrado en un terreno donde la vida se podía considerar una abstracción y el fin sí justificaba los medios.

Para Ernesto, una persona ya no era simplemente una persona; cada una ocupaba un lugar dentro de un esquema global de las cosas, del cual poseía una estructura mental coherente. Su visión del mundo, que se había expandido cuando abandonó el hogar, luego se había estrechado cuando su búsqueda de convicciones quedó enmarcada en una percepción marxista.

Para él, la realidad se aparecía en blanco y negro, pero al mismo tiempo creía que los confines de su fe eran ilimitados. Su convicción de obedecer a un imperativo histórico le permitía asumir la posición del juez, y desde allí consideraba a la mayoría de las personas como amigos o enemigos. Cualquiera que ocupase una posición intermedia merecía su desconfianza, y así debía ser porque su objetivo era hacer la guerra y tomar el poder. Cada día se renovaba la perspectiva de matar y morir por la causa.

II

El segundo día de marcha hacia la granja donde se reuniría el Directorio Nacional, cuando los rebeldes se sentaban a comer un guiso de chivo preparado por una familia negra simpatizante, reapareció el Gallego Morán. Justificó su desaparición con un pretexto que no convenció a nadie: al salir en busca de alimentos, había visto al traidor Eutimio Guerra. Pero luego lo perdió de vista y no pudo hallar el camino de regreso al campamento. El Che observó en su diario: «La verdad de la actitud del Gallego es muy difícil saberla, pero para mí se trata simplemente de una deserción frustrada... Aconsejé matarlo ahí mismo, pero Fidel dio larga al asunto.»

Al proseguir la marcha, llegaron a una tienda de comestibles, propiedad de un amigo de Eutimio Guerra. Como no había nadie la tomaron por asalto y se encontraron con un «verdadero paraíso de latas», de los que comieron a discreción. Después de dejar un rastro falso para despistar a los

perseguidores, continuaron la marcha durante toda la noche y al amanecer del 16 de febrero llegaron al bohío del campesino colaborador Epifanio Díaz, donde se debían celebrar las reuniones.

Los miembros del Directorio Nacional habían empezado a llegar. Frank País y Celia Sánchez estaban ahí; luego se presentaron Faustino Pérez y Vilma Espín, una nueva activista del Movimiento que venía de Santiago; más tarde, Haydée Santamaría y Armando Hart. Éste era el núcleo central activo del grupo de dirección del 26 de Julio que Fidel había creado en el verano de 1955 al ser liberado de la cárcel de isla de Pinos.

Frank País, de veintitrés años, era el miembro más joven del Directorio, pero acreditaba una carrera impresionante como activista político en Oriente, donde era vicepresidente de la federación estudiantil. Desde la creación del 26 de Julio, había decidido compartir la suerte de Fidel como coordinador de las actividades rebeldes en Oriente. Celia Sánchez, de treinta y siete años, había impulsado la campaña por la liberación de los presos del Moncada y desde su ciudad de Manzanillo colaboraba con Fidel desde la fundación del Movimiento. Ella había reclutado a Crescencio Pérez y organizado el grupo que aguardaba la llegada del *Granma*. Al igual que Fidel, el médico Faustino Pérez, de treinta y siete años, se había licenciado en la Universidad de La Habana, donde a partir del golpe de 1952 había encabezado la lucha estudiantil contra Batista. Se había reunido con Fidel en México y regresado con él a bordo del *Granma*.

Armando Hart, estudiante de derecho de veintisiete años, hijo de un conocido juez, había comenzado su militancia en la Juventud Ortodoxa, luego se había unido a Faustino Pérez en la lucha estudiantil y en la fundación del Movimiento de Fidel. Su novia, Haydée Santamaría, de veinticinco años, había participado en el asalto al Moncada y luego había pasado siete meses en la cárcel; era otra fundadora del 26 de Julio y participante en la insurrección de Oriente en noviembre de 1956, encabezada por Frank País. Su familia había pagado muy caro la amistad con Fidel. Su hermano Abel, militante de la Juventud Ortodoxa, había sido el lugarteniente de Fidel hasta su muerte bajo tortura en el Moncada; su hermano Aldo estaba preso por sus actividades en el Movimiento. La más nueva del grupo era Vilma Espín, de veintisiete años, miembro de una familia acomodada de Santiago y poseedora de un título universitario del Massachusetts Institute of Technology de Estados Unidos. Como activista del grupo estudiantil de Frank País que se había unificado con el Movimiento 26 de Julio, había participado en la insurrección de noviembre de 1956.

Estos jóvenes, provenientes en su mayoría de la clase media alta urbana, dirigían la estructura clandestina nacional del Movimiento, encargada de toda clase de tareas: la captación de militantes, la adquisición y transporte de armas y voluntarios a la sierra, la recaudación de fondos y recolección de provisiones, las relaciones con el exterior, el sabotaje urbano y la elaboración de un programa político.

Fue un día histórico para todos. Fidel conoció a Celia Sánchez, quien

en poco tiempo se convertiría en su confidente íntima y su amante. Raúl conoció a su futura esposa, Vilma Espín. Y el Che conoció a los hombres y mujeres que conformaban la columna vertebral, la élite del movimiento revolucionario de Fidel. Quería formarse una opinión de todos ellos.

En líneas generales, ya consideraba que los colegas de Fidel en el 26 de Julio estaban sujetos por su origen de clase media y su educación privilegiada a una concepción tímida de los objetivos de la lucha, y pensaba con justa razón que sus posiciones eran muy distintas de la suya. Carecían de una concepción marxista de transformación social revolucionaria y en su mayoría consideraban que el objetivo de la lucha era derrocar una dictadura corrupta para reemplazarla por una democracia occidental convencional. Sus primeras reacciones ante los dirigentes urbanos confirmaron sus presentimientos negativos. «Por conversaciones aisladas me enteré de la evidente filiación anticomunista de la mayoría de ellos, sobre todo Hart», escribió en su diario. Pero al día siguiente había modificado levemente sus análisis: «De las mujeres, Haydée me parece la mejor orientada políticamente, Vilma la más interesante, Celia Sánchez es muy activa pero políticamente ahogada. Armando Hart [es] permeable a las nuevas ideas.»*

Con todo, a medida que se desarrollaba la reunión de Fidel con los dirigentes urbanos, un hecho quedó muy claro. Fidel quería que el Ejército Rebelde fuera la prioridad absoluta del Movimiento. Ellos traían sus propias ideas sobre la estrategia nacional del Movimiento, pero Fidel sostuvo que debían encaminar sus esfuerzos al sostén y fortalecimiento de sus guerrillas como asunto de la mayor prioridad. Obvió la propuesta de Faustino de abrir un «segundo frente» cerca de La Habana, en los montes Escambray de la provincia de Santa Clara, así como la de Frank País de abandonar la sierra para dar discursos y recaudar fondos en el exterior. Finalmente, abrumados por los argumentos de Fidel, acordaron organizar una red nacional de «resistencia cívica» para apoyarlo. Frank País se comprometió a enviar un nuevo contingente de combatientes desde Santiago en una quincena. Se reunirían en el bohío de Epifanio Díaz, que serviría de puerta de entrada clandestina a la sierra.

El Che, que no era miembro del Directorio Nacional, se abstuvo de asistir a las reuniones a fin de no abusar de su autoridad en la etapa inicial. Pero estaba enterado de todo lo que se decía y, como revela su diario, ya aparecían las primeras señales de la brecha que se abriría entre los combatientes armados de la sierra y sus contrapartes urbanas del llano. Por el momento, Fidel pudo establecer la prioridad de la sierra con el argumento irrefutable de la necesidad de sobrevivir. Pero en meses posteriores, a medida que la guerra se extendía, la brecha saldría a la luz bajo la forma de una disputa ideológica entre la izquierda y la derecha y como una lucha por el control del Movimiento rebelde entre los dirigentes del llano y Fidel. En definitiva, el triunfador sería Fidel con la inestimable colaboración del Che.

* Véanse más detalles en el apéndice.

El 17 de febrero llegó Herbert Matthews, prestigioso corresponsal del *New York Times*, veterano de la Guerra Civil española, la campaña de Mussolini en Abisinia y la Segunda Guerra Mundial. El Che no presenció la entrevista de tres horas con Fidel, pero éste después le informó, y pudo anotar en su diario los conceptos que le parecieron más significativos: Fidel se quejó de la ayuda militar norteamericana a Batista, y cuando Matthews preguntó si era antiimperialista, respondió que sí, en el sentido de querer liberar a su país de las cadenas económicas. Se apresuró a añadir que no odiaba a Estados Unidos ni a su pueblo. El gringo, dijo Fidel al Che, «hizo preguntas concretas y ninguna capciosa, se mostró como un simpatizante de la Revolución».

En cambio, Fidel había dispuesto una pequeña comedia: un combatiente sudoroso debía irrumpir en medio de la entrevista con un «mensaje de la Segunda Columna». Esperaba hacerle creer a Matthews que contaba con un buen número de combatientes, cuando en realidad, en ese momento el Ejército Rebelde tenía menos de veinte hombres armados. Finalizada la entrevista, llevaron a Matthews a Manzanillo, desde donde viajaría a Santiago, luego volaría a La Habana y tomaría el avión a Nueva York; con una primicia tan importante entre manos, tenía prisa por publicarla.

«Temprano se fue el gringo –escribió el Che en su diario– y yo estaba de guardia cuando me avisaron que redoblara la vigilancia, pues Eutimio estaba en casa de Epifanio.» Una patrulla rebelde encabezada por Juan Almeida fue a buscar al traidor, quien desconocía que estaban al tanto de su traición. Fue detenido, desarmado y llevado ante Fidel. Entonces éste le mostró un salvoconducto del ejército a su nombre como colaborador del régimen.

«Eutimio se puso de rodillas pidiendo que lo mataran de una vez –escribió el Che–, Fidel trató de engañarlo haciéndole creer que se le perdonaría la vida, pero Eutimio recordaba la escena de Chicho Osorio y no se dejó engañar. Entonces Fidel le anunció que sería ejecutado y Ciro Frías le espetó un sentido sermón a fuer de viejo amigo. El hombre esperó la muerte en silencio y cierta dignidad. Se largó un chaparrón tremendo y se puso todo negro.»

Lo que sucedió a continuación ha sido un secreto de Estado cubano celosamente guardado durante cuatro décadas. Ninguno de los testigos oculares de la ejecución de Eutimio Guerra –el primer traidor ejecutado por los rebeldes– ha dicho públicamente quién hizo el disparo fatal. El motivo es fácil de comprender, según se desprende del diario privado del Che.

«La situación era incómoda para la gente y él, de modo que acabé el problema dándole en la sien derecha un tiro de pistola [calibre] 32, con orificio de salida en el temporal derecho. Boqueó un rato y quedó muerto. Al proceder a requisarle las pertenencias no podía sacarle el reloj amarrado con una cadena al cinturón, entonces él me dijo con una voz sin temblar muy lejos del miedo: "Arráncala, chico, total..." Eso hice y sus pertenencias pasaron a mi poder. Dormimos muy mal, mojados y yo con algo de asma.»

El relato del Che es tan sobrecogedor como revelador de su personalidad. La fría objetividad con que describe la ejecución, sus apuntes científicos sobre los orificios de entrada y salida del proyectil, sugieren una indiferencia

notable frente a la violencia. La decisión de hacerse cargo de la ejecución de Eutimio obedeció simplemente a la necesidad de «acabar» una «situación incómoda». Su recuerdo de las «últimas palabras» de Eutimio es simplemente inexplicable, y añade una dimensión surrealista a la tétrica escena.

Es notable el contraste con el relato que escribió el Che para su publicación. En un artículo titulado «La muerte de un traidor», describió la escena con aplomo literario y la transformó en una sombría parábola revolucionaria sobre la redención mediante el sacrificio. Sobre el momento en que Eutimio cayó de rodillas delante de Fidel, escribió: «En ese momento parecía envejecido; en su sien había muchas canas que nunca habíamos visto antes.»

También describió el «sermón» de Ciro, en que fustigó a Eutimio por causar la muerte y el martirio de muchos amigos comunes y vecinos: «Fue un discurso largo y conmovedor que Eutimio escuchó en silencio, con la cabeza gacha. Le preguntamos si quería algo y respondió que sí, quería que la Revolución, o mejor dicho nosotros, cuidáramos de sus hijos.» La Revolución había cumplido su promesa a Eutimio, escribió el Che, pero su nombre «ya había sido olvidado, tal vez incluso por sus hijos», quienes habían recibido nombres nuevos, asistían a las escuelas del Estado, recibían el mismo trato que los demás niños y se preparaban para una vida mejor.

«Pero algún día –añadió– tendrán que saber que su padre fue ejecutado por el poder revolucionario debido a su traición. También es justo que se les diga cómo su padre, un guajiro que se había dejado tentar por la corrupción y había tratado de cometer un crimen grave, movido por el deseo de gloria y riqueza, no obstante había reconocido su error y ni había sugerido un pedido de clemencia, sabiendo que no la merecía. Finalmente, también deberían saber que en sus últimos momentos recordó a sus hijos y pidió que se los tratara bien.»

En el relato publicado, el Che concluye la parábola con una descripción de los últimos momentos de la vida de Eutimio cargada de simbolismo religioso. «En ese momento se desencadenó una fuerte tormenta y el cielo se oscureció; en medio de un diluvio, con el cielo cruzado por relámpagos y el ruido de truenos, cuando cayó uno de esos rayos seguido inmediatamente por el trueno, terminó la vida de Eutimio Guerra e incluso los camaradas parados cerca de él no oyeron el disparo.»

El incidente sirvió como ningún otro para difundir la mística del Che entre los guerrilleros y guajiros de la Sierra Maestra. A partir de entonces adquirió fama por estar dispuesto a actuar fríamente contra los transgresores de las normas revolucionarias. Fuentes cubanas que hablaron a condición de no ser identificadas dicen que el Che se adelantó para matar a Eutimio cuando resultó claro que nadie más tomaría la iniciativa. Esto aparentemente incluye a Fidel, quien tras dar la orden de matar a Eutimio sin indicar quién debía cumplirla, se alejó para guarecerse de la lluvia.

Un guajiro quería colocar una cruz de madera en la tumba de Eutimio, pero el Che lo prohibió porque podía comprometer a la familia propietaria de la tierra donde acampaban. En cambio permitió que tallaran una cruz en un árbol cercano.

Si el acto de ejecutar a Eutimio lo había perturbado, no hubo señales de ello al día siguiente. En su diario comentó la llegada de una bonita activista del 26 de Julio: «[es una] gran admiradora del movimiento que me parece tiene más ganas de coger que otra cosa».

III

La conferencia de dirigentes del 26 de Julio terminó en la mañana del 18 de febrero. Fidel dedicó la mañana a redactar un «manifiesto para que sus camaradas urbanos lo difundieran por toda la isla». El «Llamamiento al pueblo cubano» estaba redactado en un lenguaje combativo caro al corazón del Che, quien lo elogió en su diario: «Sí, es revolucionario.»

El manifiesto comenzaba con un breve resumen de la guerra, redactado con una exageración retórica acorde con la ocasión. Lejos de ser una fuerza exterminada, decía el documento, los rebeldes habían «resistido valientemente» las armas modernas y las fuerzas superiores del enemigo a lo largo de ochenta días de lucha y sus fuerzas habían sido «constantemente reforzadas por los campesinos de la Sierra Maestra». Habían sobrevivido a los intentos del régimen de transformar a la región en un infierno de bombas acompañadas por el tableteo incesante de las ametralladoras y las ráfagas de los fusiles. Para desmoralizar a las tropas regulares, evocó la imagen de los soldados muertos, abandonados en el campo por oficiales indiferentes para que los «devoraran los buitres».

Concluía con una «guía para el país» de seis puntos en la que llamaba al sabotaje creciente de la zafra azucarera, los servicios públicos, el transporte y las comunicaciones; «las ejecuciones sumarias e inmediatas de los sicarios que torturan y matan a los revolucionarios; de los políticos del régimen cuya obstinación e inflexibilidad han llevado el país a esta situación y todos los que cierran el camino al éxito del Movimiento». También llamó a organizar la «resistencia cívica» en toda Cuba; mayores esfuerzos para recaudar fondos a fin de «cubrir los gastos crecientes del Movimiento» y una «huelga general revolucionaria» para llevar hasta el final la lucha contra Batista.

En defensa de su pronunciamiento acerca de quemar los cañaverales, escribió: «A los que invocan los medios de vida del trabajador para combatir esta medida, preguntamos: ¿Por qué no defienden a los trabajadores cuando... les chupan los sueldos, cuando los estafan con sus jubilaciones, cuando les pagan con bonos y los matan de hambre durante ocho meses?[1] ¿Por qué derramamos nuestra sangre si no es por los pobres de Cuba? ¿Qué importa un poco de hambre hoy si podemos ganar el pan y la libertad de mañana?»

1. La mayoría de los trabajadores del azúcar eran contratados para los cuatro meses de la zafra. Durante el llamado «tiempo muerto» viajaban por el país como trabajadores itinerantes o iban a la cosecha del café o el tabaco.

El «Manifiesto» de Fidel era escasamente veraz. Así como había engañado a Herbert Matthews sobre el verdadero número de sus efectivos, ahora declaraba que las filas de su ejército «crecían constantemente» gracias al «apoyo campesino». A esas alturas ese apoyo era en gran medida ficticio y en modo alguno espontáneo, ya que lo había «comprado» tras obtener la lealtad de Crescencio. La banda rebelde había estado a punto de ser aniquilada debido a la traición de un campesino, Eutimio Guerra, en tanto que muchos lugareños seguían el consejo del ejército y abandonaban la sierra después del asalto en La Plata. Con algunas excepciones notables, muchos de sus campesinos de confianza actuaban movidos por sus intereses egoístas, fuese como contrabandistas a sueldo o proveedores de comida y otras provisiones. Ciertamente, el hábito de Fidel de presentarse como oficial de la Guardia ante campesinos desconocidos demuestra que era consciente del carácter precario de sus lealtades.

Al volver a las montañas desde las tierras de Díaz, Fidel hizo traer a su presencia a un campesino detenido y le dijo que eran guardias rurales en busca de información sobre «los revolucionarios». El hombre, asustado, negó tener conocimiento de ellos, pero ante la insistencia de Fidel prometió informar al cuartel más cercano si veía a gente extraña. El Che describió la escena en su diario: «Entonces Fidel le dijo que nosotros éramos revolucionarios y que defendíamos la causa del pobre, pero como él se mostraba dispuesto a ayudar a la guardia se le iba a ahorcar. La reacción del hombre, Pedro Ponce, fue extraordinaria, se levantó sudando y temblando. "No, cómo va a ser, vengan a mi casa a comer arroz con pollo." Después de una filípica de Fidel quejándose de la poca ayuda de los campesinos le pedimos la comida ofrecida...»

Este episodio fue omitido de los relatos de la guerra publicados, sin duda porque demostraba que a veces Fidel se dejaba llevar en exceso por su tendencia al engaño. Aunque en esa ocasión obtuvo lo que buscaba, tuvo que recurrir a una amenaza de muerte, de modo que no podía saber qué pensaba realmente el aterrado Pedro Ponce.

Con todo, Fidel probablemente demostraba prudencia al tomar esas precauciones. Algunos guajiros simpatizaban con la causa sin necesidad de estímulos, pero para muchos más los rebeldes eran una presencia indeseada que había traído la muerte y la destrucción a la Sierra Maestra, y no podían ofrecer demasiados incentivos o seguridad a quienes les brindaban su adhesión. La relación de fuerzas favorecía al ejército, que controlaba los pueblos y caminos y podía ganar a individuos como Eutimio Guerra por medio de una combinación de incentivos materiales y terror. Para ganar a los campesinos, Fidel debía convertirse en la fuerza militar superior en la sierra. Hasta entonces había tenido que utilizar todos los medios para conseguir apoyo, y además de las dádivas posibilitadas por su red de campesinos voluntarios, sus medios también incluían el engaño, el soborno y el terror selectivo para neutralizar a traidores potenciales y espías.

A fines de febrero, al volver a las montañas, los rebeldes pudieron convencerse de la eficacia de las violentas represalias del ejército entre la pobla-

ción civil. Quienes ayudaban a los rebeldes sufrían las consecuencias, y todos los guajiros lo sabían. Se enteraron de que las tropas del mayor Casillas habían asesinado a su principal proveedor de alimentos, y pocos días después, cuando llegaron a la casa de sus padres, los ancianos se encerraron y desde el interior les gritaron que se fueran.

La población civil estaba atrapada en una trampa perversa, entre el salvajismo desenfrenado del ejército por un lado y las represalias de los guerrilleros contra los delatores por el otro. Con todo, no había otra manera de librar una guerra, y al ejecutar a Eutimio Guerra el Che se había colocado en la vanguardia de la «justicia revolucionaria veloz». Con ello, cimentaba su fama de hombre feroz e implacable.

La cimentó aún más con un incidente que se produjo el 18 de febrero. Cuando los miembros del Directorio estaban por partir de la casa de Díaz, se oyó un disparo de pistola y todos corrieron a sus armas. Pero era una falsa alarma: «Enseguida se oyó un grito de no es nada, no es nada, y apareció el gallego Morán herido con una bala [calibre] 45 en una pierna... Le hice una cura de urgencia, poniéndole penicilina y dejándole la pierna entablillada y estirada. Raúl y Fidel lo acusaron de haberlo hecho adrede. Yo no estoy seguro de una cosa u otra.» Nuevamente carecían de pruebas sobre las motivaciones verdaderas de Morán, pero el «accidente» despertaba sospechas por ser tan «oportuno»: había sucedido al día siguiente de la ejecución de Eutimio y cuando los últimos visitantes se aprestaban a partir, lo que permitía evacuarlo del campo.

Seguramente Morán vivía aterrado por la presencia del Che Guevara. Sabía que la «deserción, la insubordinación y el derrotismo» se castigaban con la muerte, y se sospechaba abiertamente que quería desertar. El Che era su némesis personal: lo observaba constantemente, días atrás había pedido la pena de muerte para él y además, con la muerte de Eutimio, había demostrado que era perfectamente capaz de ejecutar esa sentencia. Morán pensaba, y con razón, que sus días estaban contados.

Más adelante, después de la deserción de Morán al bando de Batista, el Che escribiría su epitafio: «La historia posterior de Morán, con su traición y su muerte a manos de los revolucionarios en Guantánamo, indica que muy probablemente se dio el tiro.»

Hay un hilo conductor en esta breve conclusión de su relato sobre Morán y en muchos de sus retratos de los hombres que combatieron en la guerra. Consciente de su papel como arquitecto de la nueva historia oficial de Cuba, el Che imbuía a cada individuo de un significado totémico, encarnación de valores que la «nueva» Cuba debía exaltar o repudiar. Eutimio Guerra era un campesino que había corrompido su alma; su nombre era sinónimo de traición y de errores que no se debían repetir. En cambio, el guajiro Julio Zenón Acosta aparece en su prosa como un mártir revolucionario, un arquetipo ejemplar a quien obreros y campesinos debían imitar. El Gallego Morán, desertor y luego traidor, había pagado el precio máximo que el Che deseaba de todo corazón a los enemigos de la Revolución. Desde luego, sus

enemigos oficiales eran el ejército y la policía secreta, pero el enemigo *interior* representaba un peligro igualmente grande.

En los corazones y las almas de sus camaradas estaban encerradas las claves de sus verdaderas lealtades y con ellas el destino de «La Revolución». Pocos hombres eran inmunes al ojo desconfiado del Che. A los que se desviaban del «camino recto» los perseguía con fervor calvinista. Había abrazado en cuerpo y alma a la revolución como encarnación culminante de las lecciones de la historia y el camino justo al futuro. Convencido de su verdad, su ojo implacable de inquisidor buscaba a quienes pudieran hacer peligrar su supervivencia.

IV

Cuando marchaban hacia los cerros, pero con la decisión de permanecer en la zona hasta el 5 de marzo, fecha prevista para la llegada de los voluntarios de Frank País, el Che sufrió un violento ataque de asma que le provocó lo que años después llamaría «para mí personalmente los días más amargos de la guerra».

Finalmente el ataque disminuyó, pero durante el resto de la guerra el Che padecería crisis extenuantes de su mal crónico. Camaradas más robustos que él se maravillaban de la fuerza de voluntad que le permitía realizar las marchas interminables. Pero a veces el asma lo discapacitaba hasta el punto de que debían ayudarlo, incluso cargarlo físicamente. Era irónico que un asmático grave como el Che fuera a parar a Cuba, húmeda y subtropical, posiblemente el país con mayor proporción de asmáticos de todo el hemisferio occidental.

Es difícil sustraerse a la idea de que el deseo profundo del Che de despojarse de su «yo» para formar parte de un grupo era producto del aislamiento inherente impuesto por el asma. Felizmente para él, había hallado la confraternidad que anhelaba, y aunque no se curó de su mal –y jamás lo haría–, nunca más tuvo que padecerlo a solas. Hubo momentos en la Sierra Maestra en que se halló totalmente indefenso, en que su supervivencia dependió del apoyo de sus camaradas. Sin embargo, en la vida comunitaria de la guerra de guerrillas, nadie sufría a solas; la necesidad de la supervivencia daba lugar a una interdependencia mutua: si un día había que socorrer al Che, al siguiente le tocaría a otro. Es muy posible que su intensa veneración personal por la moral de la vida en la guerrilla se debiera más que nada a este sentimiento de comunidad.

El 25 de febrero –un «día de agua y bombas», lo llamó en su diario– los despertaron estruendos de morteros, ametralladoras y fusiles que se acercaban gradualmente. Ante la sospecha de que el ejército rastrillaba la zona, levantaron el campamento después del anochecer, pero se hallaban en mal estado: se agotaban las provisiones, vivían de leche condensada y chocolate. Para colmo, desde varios días antes el Che sentía los signos de un «peligroso

ataque de asma», y cuando éste llegó, fue tan violento que le impidió dormir. Después un campesino simpatizante les preparó un plato de lechón que sentó mal a muchos y le provocó al Che un acceso de vómitos que lo debilitó aún más. Tras una marcha bajo la lluvia, su resuello se volvió constante. Los campesinos de la zona los rechazaban, se habían agotado las provisiones y su último guía había desaparecido repentinamente. Fidel temía un nuevo chivatazo como el de Eutimio y dio la orden de retirarse hacia los cerros, pero el Che estaba tan débil que no podía caminar. Mientras los demás esperaban, se inyectó sus dos últimas ampollas de adrenalina, que le dieron apenas la fuerza suficiente para ponerse de pie.

Al subir hacia una cresta los rebeldes divisaron una columna enemiga que se dirigía al mismo lugar, y tuvieron que correr cuesta arriba para adelantarse. El primer morterazo les indicó que los soldados habían descubierto su presencia. Como reconocería luego, el Che estuvo a punto de perder la partida: «Yo no podía mantener el ritmo de marcha y constantemente me quedaba atrás.» Afortunadamente, lo acompañaba su fiel camarada Luis Crespo, que lo ayudaba cargándolo a él o su mochila, lo amenazaba con darle culatazos y lo llamaba «argentino hijo de puta».

Escaparon de los soldados, pero nuevamente cayó una lluvia torrencial y hubo que cargar al Che durante la última parte de la marcha ya que casi no podía respirar. Se refugiaron en un lugar con el nombre muy pertinente de Purgatorio, y allí Fidel tomó una decisión. Ya que evidentemente el Che no podía seguir adelante sin medicamentos para el asma, pagó a un campesino para que fuera a Manzanillo a comprarlos, lo dejó allí al cuidado de un guajiro y partió con los demás. El plan era que apenas se restableciera un poco, el Che iría a la casa de Díaz a esperar a los nuevos voluntarios rebeldes para conducirlos a la reunión con Fidel en la sierra.

El hombre designado para acompañarlo era un voluntario reciente apodado «el Maestro», quien decía ser veterano del Moncada. Aunque sabían que mentía, lo aceptaron en sus filas. Según el Che, era «un hombre de dudosa reputación pero gran fortaleza». Tras la partida de Fidel, se refugiaron en la manigua para aguardar el regreso del campesino con los medicamentos. Una noche de insomnio, el Che puso su diario al día: «Fue uno de esos días que se graban en la memoria como ejemplo de incomodidad, de cosa viscosa. Sentado a 100 metros de la casa... pasé 12 horas, con mi asma cediendo y aumentando pero sin desaparecer. Luego caminar 10 pasos y pasar toda la noche en una incómoda ladera con el asma prendida al cuello, sin poder dormir hasta la madrugada y sabiendo irremisiblemente que hay que esperar hasta el día siguiente a las 3, si cumplía el hombre su encargo. Por la noche 3 temblores de tierra pusieron una nota distinta en la calcomanía de las horas nocturnas llenas de ahogos. Durante el día el tabletear de los morteros y ametralladoras en el mismo monte donde habíamos pasado el día anterior, indicaba que la tropa alguna noticia tendría de nuestra aparición en el lugar y que tal vez mañana peinara el monte donde ahora estamos. El Maestro, mi compañero, se lo pasa bastante nervioso queriendo meterse continuamente más adentro de la manigua.»

Al cabo de dos días de «esperanza y temor» llegó el mensajero del Che con el medicamento para el asma. «Un solo frasco, es cierto –escribió–, pero lo trajo, además de la leche, el chocolate y un poco de galleta.» Pero la medicación sólo alivió parcialmente sus síntomas. El 3 de marzo hizo un esfuerzo tremendo para ponerse en marcha, empeñado en llegar a la casa de Díaz el día señalado. Pero para su extrema frustración, tardó cinco horas en escalar una ladera que normalmente hubiera trepado en una, y esa noche escribió que había pasado un «día marcado por una victoria espiritual y una derrota corpórea».

A pesar de sus esfuerzos, tardó una semana en llegar a la granja de Díaz, donde llegó con cinco días de retraso. El Maestro era de escasa ayuda, y en determinado momento, al sospechar que pensaba desertar, lo invitó a hacerlo si lo deseaba. El Maestro se negó: «No está clara su actitud pero le tiré los cojones», comentó el Che. Los campesinos le daban poca ayuda, y uno de ellos, que en general se mostraba solidario, se puso tan nervioso al verlo que el Che comentó con desdén: «Su miedo parece que es de romper caquímetros.»

El 10 de marzo, un poco repuesto del ataque de asma, alcanzó su destino, pero los voluntarios aún no habían llegado. Epifanio Díaz tenía malas noticias para él. Días antes, tras un nuevo chivatazo, las tropas enemigas habían sorprendido a la columna de Fidel en un lugar llamado Los Altos de Merino. Los rebeldes se habían dividido en dos grupos y no había noticias sobre la suerte de Fidel.

V

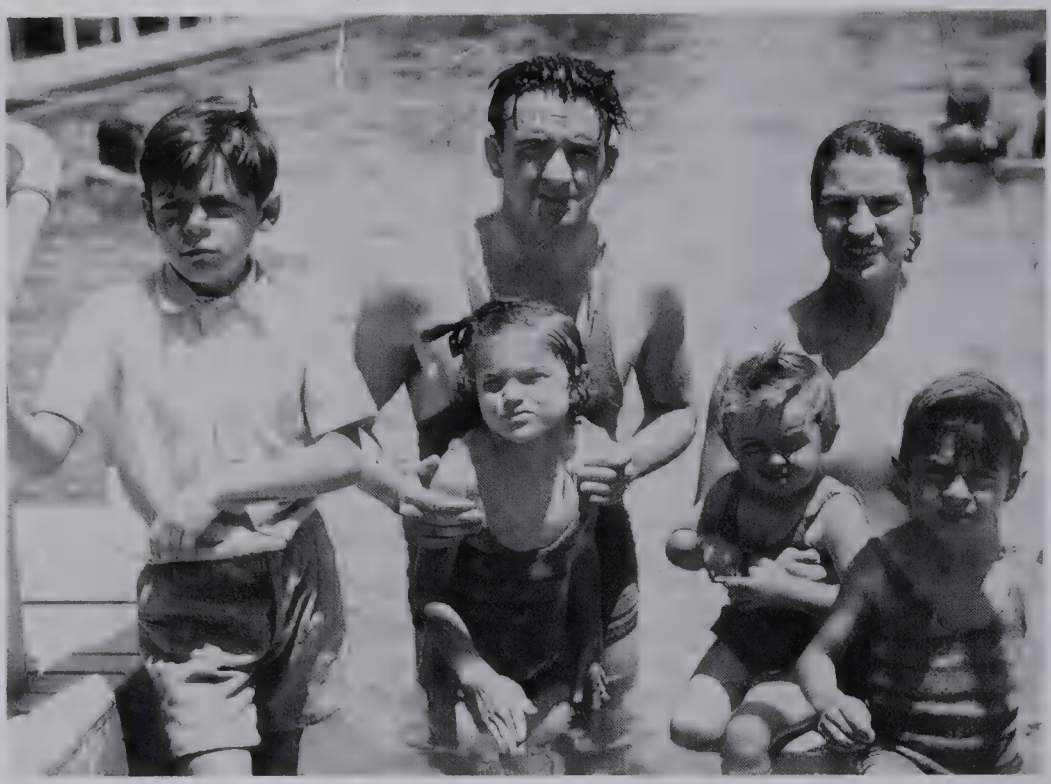
Entonces se produjo una de las muchas ironías que caracterizarían a la Revolución Cubana: los días más desesperantes del grupo rebelde en la Sierra Maestra coincidieron con uno de los golpes más duros que sufrió el régimen de Batista.

A finales de febrero, la noticia de la entrevista provocadora de Fidel con Herbert Matthews cayó sobre Cuba como una bomba y causó un tremendo alboroto tanto en los medios políticos como en la prensa. El Che comentó, eufórico: «Lo que ha batido récord de expectación es la entrevista de Matthews con Fidel.» El ministro de Defensa de Batista se apresuró a acusar a Matthews de inventar la entrevista y lo invitó a publicar una fotografía en la que apareciera con Fidel, pero la bravata del general fue una más en la rápida sucesión de torpezas que acosarían al presidente. Éstas comenzaron cuando levantó la censura de prensa el 25 de febrero, al día siguiente de la aparición de la primera parte de las tres que constaba el artículo de Matthews en el *New York Times*.

Traducida y reproducida por los diarios, comentada y discutida en las radioemisoras de toda la isla, la entrevista demostraba que Fidel, a pesar de lo que aseguraba el gobierno, estaba vivito y coleando. Su aparición en el diario más influyente de Estados Unidos era un triunfo publicitario mayúsculo para el dirigente rebelde. Y, para colmo, los artículos hablaban bien



Ernesto Che Guevara, 1960. *Salas*



La familia Guevara en la piscina del Hotel Sierras de Alta Gracia (Argentina), 1936. De izquierda a derecha: Ernesto, con ocho años; su padre, Ernesto Guevara Lynch; su hermana Celia; su madre, Celia de la Serna; su hermana Ana María y su hermano Roberto. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



La familia al completo en Alta Gracia, 1939. De izquierda a derecha: la abuela Ana Isabel Guevara Lynch con Ana María, Ernesto Guevara Lynch, el pequeño Che (once años) y su tía Beatriz. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Ernesto y su «barra» (pandilla) de Alta Gracia, 1939 o 1940. Ernesto es el segundo por la derecha, el que viste un chaleco de lana. El del extremo derecho es su hermano Roberto. En el extremo izquierdo, Ana María, la hermana menor de los dos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Celia de la Serna y Ernesto Guevara Lynch con su enfermizo primogénito, Ernesto, Alta Gracia, 1935. Ernesto sufrió ataques de asma desde los dos años hasta el final de su vida. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Celia de la Serna y sus hijos en Alta Gracia, 1937. De izquierda a derecha: Celia, Celia de la Serna, Roberto (de vaquero), Ernesto (con penacho indio) y Ana María. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El joven Che era un temerario. Aquí lo vemos, con veintidós años de edad, haciendo equilibrismo sobre una tubería que cruza un barranco. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



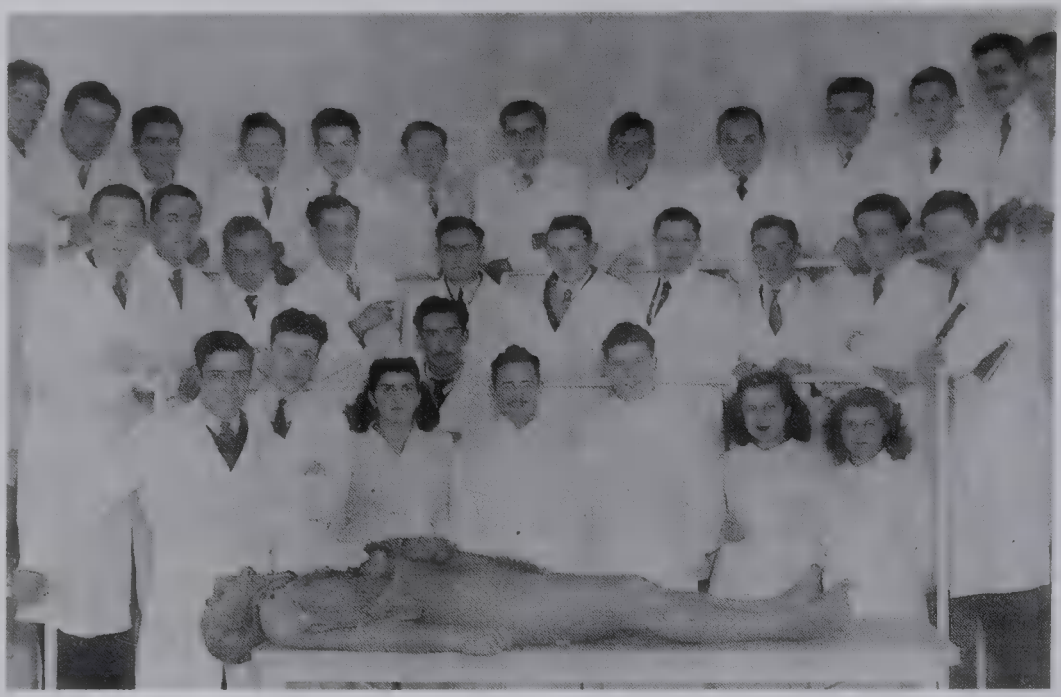
En 1942, Ernesto, con catorce años, empezó a ir a un instituto de enseñanza media de Córdoba. Todos los días tenía que ir en autobús desde Alta Gracia con estudiantes mayores que él. En la foto está sentado en el parachoques del vehículo, el tercero por la izquierda. *Cortesía de Carlos Barceló*



El presidente argentino Juan Domingo Perón y la mítica Evita saludando a la multitud, 1951. A comienzos de la década, Perón cambió radicalmente la política argentina, causando una honda impresión en la generación de Ernesto Che Guevara. *Corbis-Bettmann*



Ernesto Guevara, ya estudiante de medicina, meditando en el balcón de la nueva casa que tenía su familia en la calle Aráoz de Buenos Aires, 1948 o 1949. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Ernesto ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en 1947. Aquí lo vemos un año después, en el anfiteatro anatómico, sonriendo (fila superior, el sexto por la derecha). La segunda chica por la derecha de la fila inferior es Tita, Berta Gilda Infante. Los dos fueron muy buenos amigos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Ernesto era un veinteañero guapo y extrovertido. Aquí lo vemos en 1952 o 1953 en un coche lleno de chicas. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En 1950 se enamoró de María del Carmen Ferreyra (Chichina), que tenía dieciséis años y pertenecía a una de las familias más ricas de Córdoba. Ernesto quiso casarse con ella, pero la familia de la joven se opuso. María del Carmen rompió con Ernesto en 1952. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Haciendo autostop en 1948. Mientras estudiaba en la universidad, Ernesto quiso ampliar horizontes y los fines de semana se iba por los campos viajando en autostop. Pronto comenzó a viajar cada vez más lejos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Haciendo el ganso con sus amigos los hermanos Granado. De izquierda a derecha: Ernesto, Gregorio Granado y Alberto Granado. La foto, de 1950, se tomó durante una parada de abastecimiento en el viaje en solitario que emprendió Ernesto por el norte de Argentina. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Dispuesto a emprender un viaje en velomotor, 1950. Esta foto la aprovechó más tarde publicitariamente la empresa que le vendió el motor. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Mientras estuvo en la universidad, Ernesto volaba a veces con su tío Jorge de la Serna, un personaje excéntrico con el que simpatizaba mucho. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Un descanso con chapuzón mientras viajaba por América Central, 1953. Ernesto en primer plano. Detrás, de izquierda a derecha, sus compañeros de viaje Eduardo García (Gualo) y Ricardo Rojo. *Cortesía de Carlos Calica Ferrer*



Guatemala, 1954. Ernesto junto a su futura primera mujer, Hilda Gadea, una refugiada política peruana. No tardarían en ser amantes. De derecha a izquierda: Ricardo Rojo, Hilda y Ernesto (con traje blanco). Acuclillado en primer término está Gualo García. *Cortesía de Carlos Calica Ferrer*



Luna de miel en Yucatán, 1955. Después de que la CIA derrocara al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, Hilda y Ernesto huyeron a México. Hilda se quedó embarazada y contrajeron matrimonio en agosto de 1955. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En febrero de 1956, Hilda dio a luz una niña a la que pusieron Hilda Beatriz, por la madre de Hilda y en honor de la tía preferida de Ernesto, aunque Ernesto llamaba a la niña «mi pequeña Mao». *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El depuesto presidente guatemalteco Jacobo Arbenz (izquierda) al llegar a México en 1954. La incapacidad de Arbenz para «armar al pueblo» en defensa de su régimen izquierdista trazó una línea divisoria en la evolución política del Che. *AP/Wide World Photos*



El «Libertador» de Guatemala, el coronel Carlos Castillo Armas. Ferviente anticomunista, Castillo Armas fue elegido a dedo para encabezar la Operación Éxito que la CIA organizó en 1954 para acabar con el gobierno izquierdista de Jacobo Arbenz. *AP/Wide World Photos*



El dictador cubano Fulgencio Batista tomando mojitos con el vicepresidente de Estados Unidos Richard Nixon y su mujer, Pat, durante una visita de los dos últimos a La Habana, 1955. La visita de Nixon otorgó a Batista, que se había hecho con el poder en 1952, el visto bueno del gobierno Eisenhower. El descontento popular que suscitaba el régimen de Batista acabó por traducirse en guerra civil. *UPI/Corbis-Bettmann*



Un Fidel Castro sin barba (mayo de 1955) saliendo de la cárcel cubana donde había estado casi dos años tras el asalto frustrado al cuartel Moncada en julio de 1953. De izquierda a derecha: Raúl Castro, Juan Almeida, Fidel Castro y Ciro Redondo. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Primera foto conocida donde aparecen juntos Fidel y el Che. Tras unirse a las fuerzas castristas en México y someterse a instrucción militar, Guevara pasó a ser oficial de Castro. En junio de 1956, Castro y casi todos sus hombres fueron detenidos por la policía mexicana; la foto se hizo en la celda que Castro y Guevara compartieron en la cárcel. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Ernesto Guevara, a quien sus compañeros cubanos ya llamaban «el Che», solía hacer alpinismo en México para acostumbrarse a los rigores de la guerra de guerrillas que estaba a punto de iniciarse en Cuba. Aquí lo vemos en 1956 escalando el Popocatépetl (5.452 m). *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*

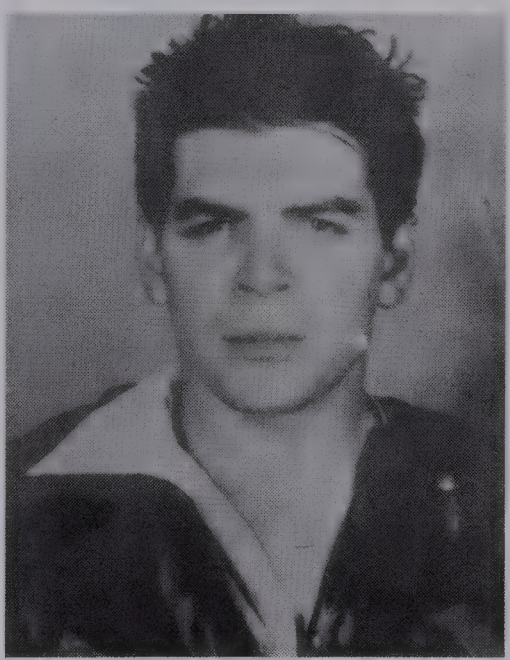


Foto de la ficha que la policía mexicana hizo al Che en verano de 1956. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Tras salir de México en una embarcación atestada y desembarcar en los pantanos del este de Cuba en diciembre de 1956, los rebeldes castristas fueron atacados y dispersados por el ejército de Batista. Menos de veinte consiguieron reagruparse en Sierra Maestra. En la foto, de comienzos de 1957, vemos al Che sentado en primer término con algunos compañeros cubanos. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che, encendiendo un puro cubano, y Fidel Castro, durante los primeros días de la guerra de guerrillas cubana. Fidel se dio cuenta en seguida de que el Che era algo más que un médico y en julio de 1957 recompensó su valor en el combate nombrándolo comandante. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che y Raúl Castro, los dos «radicales» del ejército rebelde de Fidel. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



Tras pasar menos de un año en las montañas, el Che fundó un «territorio libre» en un valle de Sierra Maestra. Orgulloso de su hazaña, hizo que sus hombres pintaran esta bandera para celebrar el Año Nuevo de 1958. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En 1958, el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti (derecha) consiguió llegar a Sierra Maestra y la voz del Che se emitió por radio por primera vez. Masetti acabó siendo un «protegido» del Che y dirigiendo una operación guerrillera en Argentina. Murió en 1964, en algún lugar de la jungla septentrional argentina. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



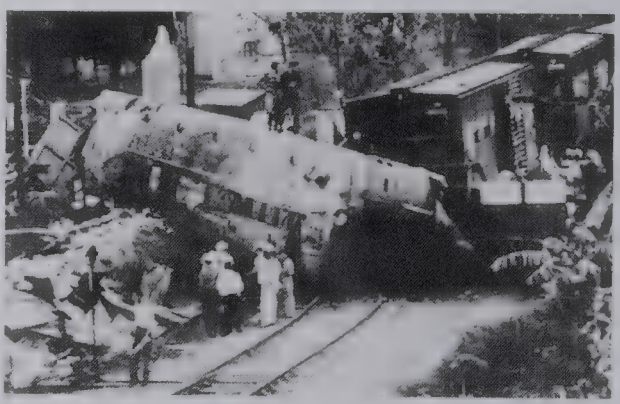
El Che y Camilo Cienfuegos (derecha), un oficial del ejército rebelde cubano. De espíritu aventurero y corazón noble, Cienfuegos fue uno de los amigos íntimos del Che y un héroe de la Revolución Cubana. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



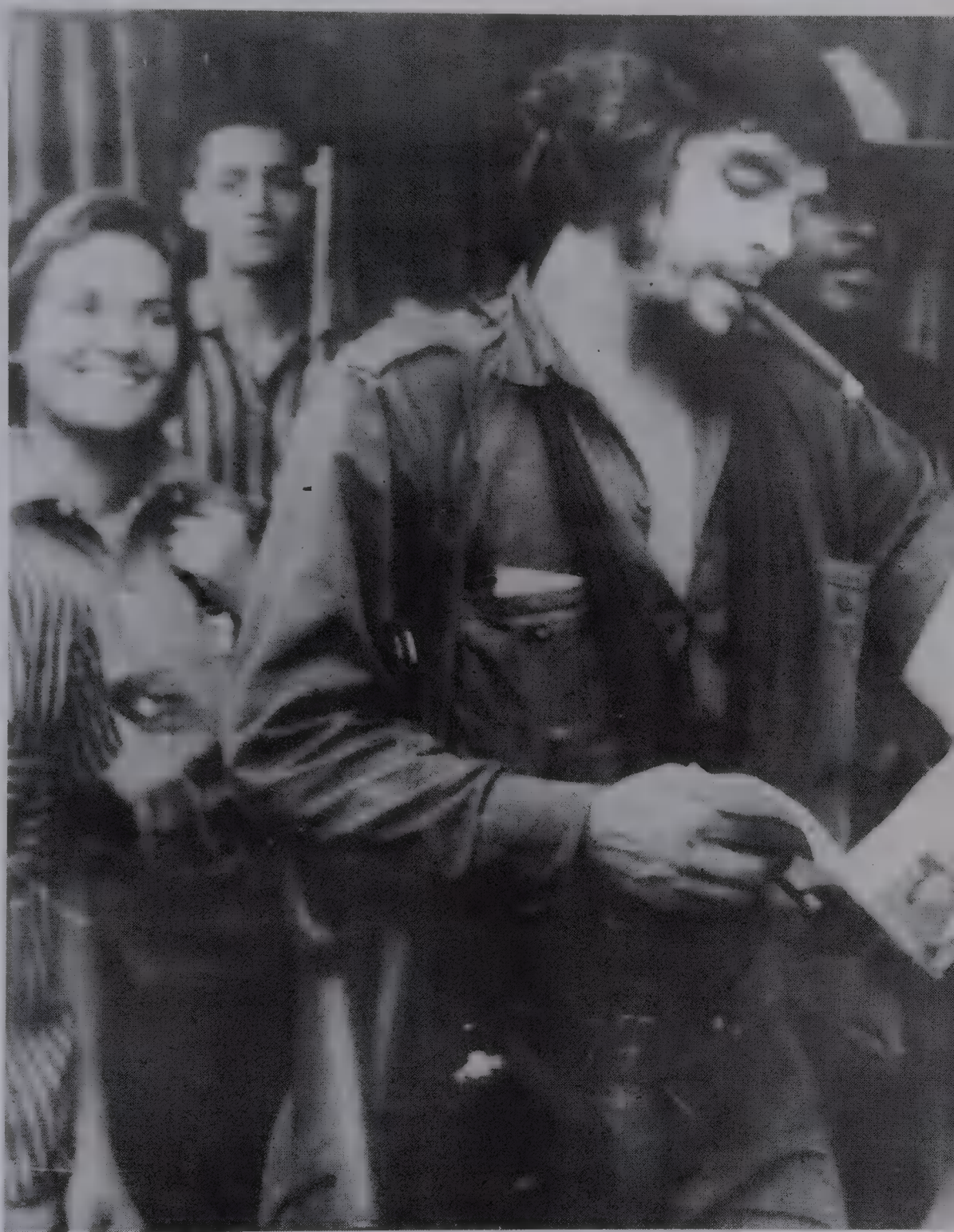
En las últimas etapas de la lucha, a fines de 1958, Guevara dirigió una serie de ataques contra las tropas regulares de la provincia de Las Villas, en el centro de Cuba. Mientras tanto preparaba la toma de la ciudad de Santa Clara, el último bastión del gobierno antes de la capital. En la foto vemos al Che arengando a los civiles de Cabaiguán. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En pleno combate en Las Villas, el Che habla con sus «escoltas» y con el dirigente rebelde Víctor Bordón (de espaldas). En el extremo izquierdo vemos a Hermes Peña, fallecido cinco años más tarde en Argentina durante los combate guerrilleros a los que el Che tenía intención de unirse. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El 28 de diciembre de 1958, los hombres del Che descarrilaron un tren blindado del gobierno que transportaba armas y hombres para el ejército sitiado en Santa Clara. Fue el toque de difuntos para el régimen de Batista. Tres días más tarde, en las sombras de la madrugada del 1 de enero de 1959, Batista huía de Cuba y el ejército regular se rendía poco después a las fuerzas rebeldes de Castro. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



En noviembre de 1958, mientras organizaba los combates desde la base de los montes Escambray, el Che conoció a Aleida March, una guerrillera de veinticuatro años. Semanas después, durante la toma de Santa Clara, comprendió que estaba enamorado y al cabo de seis meses se casó con ella. *Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*



El Che Guevara y Castro en 1964. Aunque Fidel nombró sucesor a su hermano Raúl, muchos observadores pensaban que el Che era su verdadero brazo derecho. *Salas*



Las tropas victoriosas de Castro cruzan Santa Clara, camino de La Habana, a principios de enero de 1959. *Burt Glinn/Magnum Photos Inc*

de él: Fidel había sabido ganarse la simpatía del corresponsal de cincuenta y siete años para él y su causa.

«Fidel Castro, dirigente rebelde de la juventud cubana –escribió Matthews–, está vivo y combatiendo con vigor y con éxito en su plaza fuerte accidentada, casi impenetrable, de la Sierra Maestra, en el extremo austral de la isla... Miles de hombres y mujeres siguen en cuerpo y alma a Fidel Castro y la nueva política que ellos creen que representa... Cientos de ciudadanos respetados ayudan al señor Castro... [y] la feroz [política] antiterrorista del gobierno ha inflamado al pueblo más que nunca contra el general Batista... Por lo visto, el general Batista no puede tener la menor ilusión de aplastar la rebelión castrista.»

En su retrato de Fidel, Matthews evoca una figura admirable y viril, y demuestra que se dejó engañar sobre la verdadera magnitud de sus fuerzas: «Es un hombre notable: robusto, de casi dos metros de estatura, tez aceitunada, cara redonda y barba rala. Vestía uniforme de combate verde oliva y llevaba un fusil con mira telescópica del que estaba muy orgulloso. Aparentemente sus hombres tienen más de medio centenar de estas armas, según él muy temidas por los soldados. "Con estos fusiles los alcanzamos a mil metros", dijo... Su personalidad es avasalladora. Es evidente que sus hombres lo adoran y se comprende fácilmente cómo ha despertado las simpatías de la juventud cubana en toda la isla. Es un fanático culto y abnegado, un hombre que posee ideales, coraje y notables cualidades de dirigente.»

Definió la tendencia política del Ejército Rebelde en términos afines al liberalismo rooseveltiano: «Es un movimiento revolucionario que se define socialista. También es nacionalista, lo cual en América Latina generalmente significa antiyanqui. El programa es vago y expresado con generalidades, pero en síntesis representa un *new deal*[1] para Cuba de carácter drástico, democrático y por lo tanto anticomunista. El verdadero origen de su fuerza radica en la lucha contra la dictadura militar del presidente Batista... [Castro] tiene ideas firmes sobre la libertad, la democracia, la justicia social, así como la necesidad de restaurar la Constitución y llamar a elecciones.»

La batalla periodística continuó con todo vigor durante varios días; los rebeldes la seguían con regocijo por la radio. Alcanzó el clímax el 28 de febrero, cuando el *New York Times* publicó una foto de Matthews con Fidel, drástico mentís a la afirmación temeraria del gobierno de que todo era un invento del periodista. Cuando el comandante militar de Oriente se jactó de que era «físicamente imposible acceder al lugar donde se produjo la entrevista imaginaria», sólo dio mayor credibilidad a la pretensión de Fidel de ser invencible e inalcanzable.

Tras el gran triunfo en los medios llegó la mala noticia de que Frank País y Armando Hart estaban en la cárcel. El 13 de marzo, mientras esperaba a los voluntarios rebeldes en la casa de Díaz, el Che escuchó los primeros

1. *New deal*, la política del presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt (1932-1944) para combatir la Depresión y el desempleo. (*N. del T.*)

boletines radiofónicos sobre un atentado contra Batista en La Habana. Grupos armados del Directorio Revolucionario encabezado por José Antonio Echevarría, juntamente con miembros del Partido Auténtico de Carlos Prío, habían asaltado temerariamente el palacio presidencial a plena luz del día y tomado la emisora Radio Reloj de La Habana, que transmitía las veinticuatro horas del día. Pero los dos asaltos fracasaron y en los tiroteos cayeron más de cuarenta personas. Entre los muertos estaban Echevarría y sus seguidores, cinco guardias del palacio y un turista norteamericano que se encontraba allí por casualidad. Batista, que irónicamente en el momento del atentado estaba leyendo un libro sobre el asesinato de Lincoln, resultó ileso.

En sus apuntes el Che llamaba al Directorio «el grupo terrorista», lo que da una idea de su opinión acerca del combativo grupo estudiantil. Aunque habían firmado un documento en México, Fidel y Echevarría eran rivales enconados. Cabía poca duda de que el objeto del asalto frustrado había sido presentar un hecho consumado en La Habana a fin de desplazar a Fidel y su Movimiento en la lucha por el poder. La muerte del dirigente fue un golpe duro para el Directorio, que no obstante, como se demostraría luego, no había desaparecido de la escena y pondría en duda la hegemonía de Fidel hasta el fin. Por el momento, las células del 26 de Julio en La Habana acudieron en su ayuda para atender a los heridos, ocultar a los prófugos en sus propias casas clandestinas y, de paso, apoderarse de un depósito de armas intacto.

A corto plazo el atentado benefició a Batista, ya que la conservadora comunidad empresaria le dio su apoyo y condenó «el acto terrorista». Asimismo, apareció ante el público como un hombre fuerte que dominaba la situación, un caudillo que representaba la última defensa entre la sociedad cubana tradicional y la anarquía. En días siguientes la policía realizó detenciones y mató a varios prófugos del atentado. Asesinó a Pelayo Cuervo Navarro, destacado ex senador y dirigente en funciones del Partido Ortodoxo, por sospechar que era cómplice del atentado.

A pesar de algunos incidentes menores, el 17 de marzo cincuenta reclutas de Santiago llegaron a la casa de Díaz con un puñado de armas nuevas. Después de ocultarlos en el monte, el gran problema del Che era obtener alimentos suficientes para tanta gente y luego conducirlos hasta el lugar de la cita concertada con Fidel, no lejos de Los Altos de Espinosa. Al iniciar la marcha, el Che observó que las flamantes tropas santiaguinas mostraban los mismos defectos que los hombres del *Granma* en los primeros días: escaso sentido de la disciplina militar y resistencia física más escasa aún. Se quejaban de la comida y sólo con gran dificultad llegaron a la cima de la primera loma. Luego el Che les dio todo un día de descanso para reponerse «de la para ellos más grande hazaña de la revolución», según lo expresó irónicamente en su diario.

Con la ayuda de algunos guajiros, se pusieron en camino hacia la sierra y al cabo de ocho días de marcha lenta y penosa se reunieron con Fidel y los demás: todos habían sobrevivido a la emboscada. Por el momento estaban a salvo; el Che había cumplido su misión y el Ejército Rebelde no tenía dieciocho hombres sino setenta.

16. VACAS FLACAS Y CARNE DE CABALLO

I

Después de una semana de marcha hacia la Sierra Maestra con su ejército de novatos doloridos y quejumbrosos, el Che se reunió con Fidel en la remota aldea serrana de La Derecha. De nuevo recibió un rapapolvo de Fidel, esta vez por no haber impuesto su «autoridad» a Jorge Sotús, dirigente de los voluntarios nuevos. La soberbia del advenedizo había irritado al Che y provocado las protestas de sus hombres durante la marcha, pero éste se había limitado a darles un sermón sobre la «disciplina»; evidentemente, prefería que Fidel se ocupara de Sotús.

Pero Fidel consideró que el Che no había sabido «tomar el mando» y expresó su disgusto con una nueva reorganización del estado mayor tras la llegada. Otorgó algunos ascensos y dividió a la tropa en tres pelotones ampliados bajo el mando de Raúl, Juan Almeida y Jorge Sotús, a la vez que confirmó al Che en su cargo modesto de «médico del estado mayor». El Che comentó en su diario que «Raúl trató de que yo también fuera comisario político pero Fidel se opuso».

Este notable detalle, jamás incluido en los relatos publicados del Che sobre la guerra, es revelador no sólo del respeto que Raúl sentía por él sino también de la astucia política de Fidel. Batista acusaba a Fidel de comunista, calificación que éste rechazaba con vehemencia. Designar comisario político a un marxista confeso como el Che le habría hecho el juego al dictador y además habría ofendido a buena parte de la base del 26 de Julio, mayoritariamente anticomunista.

A continuación, Fidel celebró un cónclave con sus ocho jefes, el Che entre ellos, para elaborar sus planes de guerra inmediatos. Éste propuso un ataque al ejército para que los hombres recibieran su bautismo de fuego, pero Fidel y los demás se opusieron, ya que preferían una adaptación gradual. Entonces se resolvió «caminar por el monte hasta el [Pico] Turquino, tratando de no dar batalla», escribió el Che en su diario.

Entonces, el 25 de marzo, llegó un correo con un mensaje que Frank País había logrado enviar desde su celda en la cárcel de Santiago, con informes alarmantes sobre Crescencio Pérez. Según sus fuentes, escribía País, Crescencio había hecho un trato con el mayor Joaquín Casillas: le revelaría la posición del campamento cuando todos los rebeldes se encontraran allí

para que el ejército pudiera aniquilarlos. Al relatar el hecho en su diario, el Che pareció dar crédito a la denuncia de País. Tenía sus motivos para dudar de la lealtad de Crescencio, ya que el caudillo guajiro había estado ausente durante cierto tiempo con la misión de reclutar combatientes campesinos y en los últimos tiempos había informado que tenía consigo a «140 hombres armados». Sin embargo, durante la marcha desde la granja de Díaz, el Che se había desviado para hablar con él y había hallado sólo cuatro hombres –todos convalecientes de sus heridas– y ningún recluta. Asimismo, Crescencio estaba confundido y consternado por el decreto de Fidel de incendiar los cañaverales. Este desacuerdo ponía de manifiesto las divergencias sobre la estrategia revolucionaria entre el liderazgo rebelde y su aliado campesino más importante en un momento crucial. La dirección no sabía a ciencia cierta si esas divergencias lo habían conducido a la traición, pero no podía correr riesgos. Fidel reunió a su grupo de confianza y les dijo que se movilizarían esa misma noche.

Pero la primera marcha del reconstituido Ejército Rebelde pareció una escena de *Keystone Kops*. Al ascender la primera cuesta escarpada, uno de los elementos más exóticos entre los voluntarios nuevos (uno de tres adolescentes norteamericanos fugados de la base naval de la bahía de Guantánamo) sufrió un desmayo. Durante el descenso, dos integrantes del grupo de vanguardia se desviaron del camino y todo el segundo pelotón los siguió. A continuación se extraviaron el pelotón de Sotús y el grupo de retaguardia. «Fidel se pescó un berrinche terrible, pero al fin llegamos a una casa ya fijada», escribió el Che.

Pasaron un día de descanso, comiendo yuca y plátanos que robaron de un campo, y luego iniciaron «una penosa marcha ascendente» (en palabras del Che) hasta Los Altos de Espinosa, la loma donde habían sufrido la emboscada. En la tumba de Julio Zenón Acosta realizaron una breve guardia de honor. Colgada de un espino cercano, el Che halló una manta que había perdido, recuerdo de su «veloz retirada estratégica», y juró que jamás volvería a perder una pieza de su equipo «de esa manera». Agregaron al grupo del estado mayor a otro recluta –«un mulato llamado Paulino»–, encargado de llevar el pesado botiquín del Che, porque el esfuerzo de cargarlo le provocaba asma.

Así sería la vida de los rebeldes durante las semanas siguientes. La intención de Fidel era aprovechar la tregua momentánea para acumular reservas de alimentos, armas y municiones y extender la red de apoyo campesino, pero antes debían conseguir comida para vivir de un día a otro. En sus marchas por la sierra, negociaba con los campesinos para que le reservaran una parte de sus futuras cosechas a fin de abastecer al ejército, pero ahora que superaban los ochenta efectivos, los rebeldes no podían llegar en masa a la casa de un campesino y esperar que les dieran de comer. La carne se volvió un lujo; la dieta consistía sobre todo en plátanos, yuca y *malanga*, el tubérculo púrpura, rico en almidón, que formaba parte de la dieta campesina. Para Fidel, que disfrutaba de la buena mesa, la época de «vacas flacas» fue un período particularmente desagradable que lo ponía de mal humor. El 8 de abril,

el Che apuntó que estaba irritado por tener que partir del campamento en una misión a la hora de la cena. Fidel «volvió tarde, encojonado porque habíamos comido arroz y no le había salido todo como él esperaba».

La falta de comida los impulsó a realizar más acciones desesperadas, algunas rayanas en el bandidaje liso y llano. Una noche salieron varios hombres para asaltar una tienda de comestibles y otra partida fue a darle «un susto» a un presunto chivato llamado Popa y confiscar una de sus vacas. Cuando volvieron, el Che comentó que «habían dado un buen golpe y tomado un caballo a Popa, pero sacando la impresión de que éste no era chivato. El caballo no se le pagó pero se le dio promesa de pagarlo si él se portaba bien». El caballo fue a parar a la olla, pero al principio los guajiros se negaron a comerlo, furiosos porque se había sacrificado a un animal de labranza con ese fin. Luego salaron los restos para hacer tasajo. Los prolongados preparativos que esto requería demoraron los planes de Fidel de trasladar el campamento. El Che observó irónicamente que «la consideración sobre el tasajo [hizo] cambiar de parecer a Fidel».

Mientras tanto, lejos de la Sierra Maestra, crecía la inestabilidad política. Ante la creciente violencia política, los partidos exigían la convocatoria de elecciones. Algunos políticos reclamaban «negociaciones con los grupos insurreccionales» y sugerían que se prestara mayor atención a los rebeldes, pero Batista declaró que las conversaciones eran innecesarias, «ni siquiera existían los rebeldes». Pero poco después resultó evidente que era sólo una baladronada porque el mayor Barrera Pérez, el «pacificador» de la sublevación de noviembre en Santiago, fue ascendido a coronel y puesto al mando de mil quinientos hombres para limpiar la Sierra Maestra.

Mientras las ciudades eran escenario de maniobras políticas, los rebeldes recorrían la sierra. Fidel recibió un mensaje algo confuso de Crescencio Pérez. El dirigente guajiro reconocía que no tenía tantos hombres como había dicho ni estaban armados, pero había reunido algunos voluntarios, y pedía a Fidel que fuera a «recogerlos». Él mismo no podía hacerlo, dijo, debido a que estaba «mal de una pierna». El Che comentó enigmáticamente: «Fidel le contestó que aceptaba todas las ofertas que fueran serias y que debía venir más adelante con [los] hombres armados.» Evidentemente, Fidel se mostraba cauto y deseoso de evitar cualquier situación que pudiera transformarse en una trampa, ya que el guajiro bien podía tener un pie en cada bando.

La necesidad obligó a los rebeldes a desplegar mayores esfuerzos para relacionarse con los habitantes de la sierra. El Che empezó a realizar consultorías médicas al aire libre. «Era monótona», recordaría mucho después. «Pues no tenía muchos medicamentos que ofrecer y no presentaban una gran diferencia los casos clínicos de la Sierra: mujeres prematuramente avejentadas, sin dientes, niños de vientres enormes, parasitismo, raquitismo, avitaminosis en general.» El Che atribuyó sus síntomas al exceso de trabajo y la desnutrición: «Allí, en aquellos trabajos, empezaba a hacerse carne en nosotros la conciencia de la necesidad de un cambio definitivo en la vida del pueblo. La idea de la reforma agraria se hizo nítida y la comunión con

el pueblo dejó de ser teoría para convertirse en parte definitiva de nuestro ser.» Acaso sin ser consciente de ello, el Che se había convertido en el «médico revolucionario» que soñaba ser. Desde luego, sus ideas sobre políticas revolucionarias como la reforma agraria ya estaban presentes, pero la experiencia de vivir entre los campesinos ayudó a que estos conceptos cristalizaran en su mente.

II

Mientras los rebeldes se adaptaban a la vida en la sierra, los dirigentes del Movimiento en el llano se esforzaban por establecer líneas de comunicación por medio de la Resistencia Cívica, la red clandestina de apoyo. Frank País había convencido a Raúl Chibás, presidente del Partido Ortodoxo y hermano del difunto senador Eddy Chibás, para que dirigiera la regional de La Habana. Felipe Pazos, economista y ex presidente del Banco Nacional de Cuba, se unió a ellos siguiendo el ejemplo de su hijo Javier, quien había ayudado a concertar la entrevista con Herbert Matthews. En Santiago, la red era encabezada por el doctor Ángel Santos Busch, un médico prominente.

Pero las operaciones de coordinación habían sufrido un duro revés con la detención reciente de algunos miembros clave del Directorio Nacional. Faustino Pérez y el periodista Carlos Franqui, propagandista clandestino del Movimiento 26 de Julio, estaban detenidos bajo sospecha de haber participado en el asalto al palacio. Se encontraban con Armando Hart en la cárcel habanera de El Príncipe, mientras Frank País seguía detenido en Santiago. Sin embargo, continuaban sus actividades conspirativas desde la cárcel y se mantenían en contacto entre ellos y con Fidel por medio del correo clandestino. Celia Sánchez, casi la única dirigente del Movimiento que seguía en libertad, se convirtió en el principal contacto de Fidel con el mundo exterior. Entre halagos y amenazas, le pedía constantemente que le enviara fondos y provisiones para abastecer a su ejército cada vez mayor.

El 15 de abril, los rebeldes ya estaban de vuelta en Arroyo del Infierno, el lugar donde el Che había matado por primera vez a un hombre. Pelotones rebeldes salieron en busca de provisiones e información de los habitantes, y así se enteraron de la presencia de un chivato llamado Filiberto Mora. Mientras Guillermo García, uno de los nuevos jefes de pelotón, salía en busca del sospechoso, Fidel estaba nervioso: la novedad sobre el chivato había coincidido con el paso de un avión del gobierno y estaba ansioso por partir. Cuando estaban a punto de abandonar el campamento apareció Guillermo García con el presunto soplón. Siguiendo el ejemplo de Fidel, García se había hecho pasar por un oficial del ejército, y la consternación del chivato se hizo evidente apenas llegaron al campamento rebelde. «El hombre, Filiberto, vino engañado, pero apenas vio a Fidel se dio cuenta de lo que pasaba y empezó a disculparse», anotó el Che en su diario. El aterrado soplón confesó todos sus crímenes, incluso que había guiado a las tropas

en la emboscada de Arroyo del Infierno. Más grave aún, resultó que uno de sus secuaces había ido a delatar la posición actual de los rebeldes al ejército. El apunte del Che concluye: «Se ajustició al chivato; a los diez minutos de darle el tiro en la cabeza lo declaré muerto.»

En el campamento los alcanzó un mensajero con una carta de Celia y quinientos dólares. La carta decía que próximamente enviaría más dinero y, en respuesta a la petición de nuevas entrevistas, prometía guiar a varios periodistas hasta la sierra. También llegó una carta de Armando Hart desde la cárcel. Como siempre, el Che se mostró disgustado y suspicaz con los mensajes de Hart: «Se muestra positivamente anticomunista y hasta parece que insinúa cierta clase de arreglo con la embajada yanqui.»[1]

Para fines de abril se les habían unido más campesinos y el sistema de aprovisionamiento era más eficiente. Hombres y mulas llegaban a diario con provisiones. Llegó la noticia de que los periodistas gringos Robert Taber y Wendell Hoffman, de la cadena CBS, irían a entrevistar a Fidel, acompañados por Celia Sánchez y Haydée Santamaría. Ciertamente Celia no había tardado en conseguir periodistas dispuestos a ir a la sierra porque los artículos de Herbert Matthews en el *New York Times* sobre Fidel y la rebelión en Cuba habían despertado el interés de la prensa norteamericana. Taber prepararía un programa para la radio de la CBS y, junto con su cámara, tenía el proyecto de filmar un documental para la televisión. En espera de su llegada, Fidel y el estado mayor se desplazaron a la cima de una colina, en lo alto del campamento principal de los rebeldes, tanto para su mayor protección como para «impresionar a los periodistas», según escribió el Che.

Efectivamente, los periodistas quedaron impresionados y de inmediato pusieron manos a la obra. El primer día entrevistaron a los tres prófugos norteamericanos, que se habían convertido en una *cause célèbre* en su país por haberse unido a los rebeldes. Para su entrevista, Fidel proyectaba un golpe propagandístico espectacular: escalaría el pico Turquino, el más alto de Cuba, y daría la conferencia de prensa en la cima. El 28 de abril, casi todos llegaron a la cima, a 1.850 metros de altura según el altímetro que Fidel tenía a mano. En la cumbre mayor de Cuba, Fidel concedió la entrevista filmada a Taber y Hoffman, y sus hombres realizaron prácticas con las armas. Resollando a causa del asma, el Che fue el último en llegar, pero estaba sumamente orgulloso de haberlo logrado.

Durante el descenso del Turquino el Che notó con alivio que el ataque de asma empezaba a pasar, pero Fidel lo envió a la retaguardia con Victor Buchman, uno de los tres prófugos norteamericanos, que, por encontrarse débil y padecer dolor de estómago, no podía cargar su mochila. El Che lo

1. Esta carta desapareció de los archivos oficiales de la historia revolucionaria de Cuba, al igual cualquier otro testimonio sobre los contactos secretos entre miembros del 26 de Julio con el gobierno norteamericano durante la campaña guerrillera. Sin embargo, es evidente que esos contactos se produjeron. Crónicas anteriores indican que comenzaron en el verano boreal de 1957. La observación del Che sugiere que ya en marzo funcionarios del gobierno norteamericano sostenían conversaciones con camaradas de Fidel en la clandestinidad.

ayudó con renuencia y anotó en su diario que el joven norteamericano parecía sufrir de «añoranza» más que de cualquier otra cosa.

El ascenso al Turquino coincidió con la llegada de un nuevo tipo de reclutas, jóvenes atraídos por el romanticismo de la causa rebelde difundida por la prensa. Uno de ellos dijo que hacía dos meses que los rastreaba. A dos adolescentes que venían de la provincia central de Camagüey, el Che los calificó desdeñosamente de «un par de aventureros», pero el Ejército Rebelde no podía darse el lujo de ser demasiado exigente y los aceptó. Como escribió el Che años después, uno de ellos se convertiría en uno de los «más simpáticos y queridos personajes de nuestra guerra revolucionaria, el Vaquerito», cuyas osadas hazañas le ganarían un lugar sagrado en el panteón de los héroes revolucionarios.

Además de sus funciones de médico, el Che empezó a ejercer una importante responsabilidad adicional. Aunque Fidel se había negado a designarlo comisario político, había asumido de oficio la tarea de interrogar a los nuevos reclutas e impartirles la orientación política básica. Interrogó a Vaquerito, y años después escribió: «El Vaquerito no tenía ninguna idea política ni parecía ser otra cosa que un muchacho alegre y sano, que veía todo esto como una maravillosa aventura. Venía descalzo y Celia Sánchez le prestó unos zapatos que le sobraban, de manufactura o de tipo mexicano, grabados. Éstos eran los únicos zapatos que le servían a El Vaquerito dada su pequeña estatura. Con los nuevos zapatos y un gran sombrero de guajiro, parecía un vaquero mexicano y de allí nació el nombre de El Vaquerito.»

Otro de los flamantes voluntarios era un guajiro llamado Julio Guerrero, vecino del difunto Eutimio Guerra en el valle de El Mulato. A raíz de la sospecha de que estaba en contacto con los rebeldes, el ejército había incendiado su casa y por entonces lo perseguía. Guerrero reveló que el ejército le había ofrecido una recompensa por la muerte de Fidel, pero mucho más modesta que la de diez mil dólares que le había prometido a Eutimio: apenas trescientos dólares y una vaca preñada.

Así como no podía darse el lujo de rechazar a combatientes voluntarios cuya orientación política no estaba definida, el Ejército Rebelde tampoco podía ser demasiado selectivo al aceptar aliados civiles. Cuando llegó un mensajero del 26 de Julio con la noticia de que las armas rescatadas del frustrado asalto del Directorio estaban en Santiago, Fidel pidió algunas armas y envió de vuelta al mensajero con un guía que, según el Che, conocía la sierra «gracias a su oficio de distribuidor de marihuana».

El Che tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con otra cara conocida: el Gallego Morán, que aún cojeaba debido a su pierna herida, pero desbordaba de entusiasmo por presentar un «plan supersecreto». Fidel escuchó el «plan» y, para disgusto del Che, aceptó la propuesta: «[Fidel me dijo que] mandaría al Gallego a México a traer otra expedición con la gente restante y las armas y después iría a Estados Unidos a recaudar fondos y hacer propaganda. Fue inútil todo lo que yo le dijera sobre lo peligroso de mandar un hombre como el Gallego, desertor confeso, de una moral muy baja, in-

trigante y charlatán y mentiroso al máximo. Él argumenta que es mejor mandar al Gallego a hacer algo y no dejarlo ir a Estados Unidos resentido.» Los argumentos no convencieron al Che: «Lo que quiere el Gallego es ir a Estados Unidos y abandonar esto.» (Poco después se demostró que sus sospechas estaban bien fundadas porque Morán se pasó a la inteligencia militar de Batista y colaboró activamente en la persecución de sospechosos de simpatizar con los rebeldes.)

Después de la marcha de Morán, llegó la noticia de que otro periodista norteamericano estaba en camino para entrevistar a Fidel. El cámara había partido, y habían sacado la película de contrabando por otra ruta, pero Taber se había quedado para escribir un artículo para la revista *Life*. Al enterarse, pidió a Fidel que demorara al otro periodista hasta que él terminara a fin de asegurarse la primicia. Fidel aceptó e hizo demorar al otro durante varios días.

Volvió el guía marihuanero con provisiones, dinero y el anuncio de que les entregarían las armas en un punto de encuentro que estaba a varios días de marcha al nordeste del pico Turquino. Cuando se preparaban para partir, el Che fue a llevar el mensaje de Fidel al campamento principal, pero era de noche y se perdió. Pasó tres días solo, ocultándose y vagando por el monte, hasta que halló a sus camaradas. Al llegar al campamento de retaguardia de los rebeldes, donde aún se encontraba «detenido» el último periodista, un norteamericano de origen húngaro llamado Andrew St. George, los camaradas lo recibieron con «un aplauso espontáneo». Evidentemente conmovido, comentó que «el recibimiento de todos fue afectuoso». Pero se inquietó al recibir la noticia de que los combatientes habían realizado un «juicio popular» por su propia cuenta. «Me contaron que habían liquidado un chivato llamado Nápoles y puesto en libertad a otros dos que no eran tan culpables. La gente anda por la libre.» (En el relato publicado años después, el Che mencionó el incidente, pero no su observación crítica.)

Durante su ausencia, Bob Taber había partido llevando consigo a dos de los tres muchachos norteamericanos, que querían volver a su casa.[1] Ya reunidos, los rebeldes continuaron la marcha hacia el lugar donde debían recibir las armas, un aserradero llamado Pino de Agua. Al ver que nadie los esperaba, se retiraron al monte, donde se encontraron con Crescencio Pérez. El guajiro por fin cumplía su promesa, ya que tenía consigo a un grupo de veinticuatro voluntarios mal armados. Se habían topado con una patrulla del ejército, la habían atacado y, después, huido, pero los soldados capturaron a un joven rebelde, lo mataron a tiros y bayonetazos y luego abandonaron su cadáver en el camino. La mayoría de los rebeldes, incluido el Che, exigieron en venganza que se ejecutara a un cabo del ejército que habían atrapado; pero Fidel ordenó que lo dejaran partir: aún tenía la esperanza de ganar algunos miembros de las fuerzas armadas. (Cualquier duda que aún

1. El tercer joven, Charles Ryan, se quedó unos meses más, hasta que se cansó de la vida guerrillera y decidió partir.

quedara sobre la lealtad de Crescencio quedó olvidada o bien resuelta en secreto, porque el Che jamás volvió a mencionar el asunto en su diario, y el episodio en que Crescencio estuvo bajo sospecha no aparece en otras crónicas de la guerra.)

Mientras los rebeldes esperaban un nuevo aviso de dónde y cuándo tendría lugar la entrega de armas, la radio difundió la noticia de que la causa rebelde había obtenido una importante victoria simbólica. En Santiago había terminado el juicio de varios camaradas del 26 de Julio entre los cuales había varios supervivientes del *Granma*. Tal como se preveía, fueron condenados a la cárcel, a pesar del voto en contra del fiscal y el presidente del tribunal, Manuel Urrutia, quien sostuvo con valentía que, debido a la «situación anormal» del país, los acusados tenían el derecho constitucional de tomar las armas. Para colmo de buenas noticias, Frank País estaba en libertad, lo cual demostraba que las autoridades desconocían su posición en el movimiento rebelde. Tras estas noticias positivas llegaron dos militantes del 26 de Julio para acordar un nuevo punto de entrega de las armas, en mayor cantidad de lo esperado: «alcanza ahora a 50 hierros», anotó el Che con júbilo.

Pero estos hechos positivos no bastaron para alegrar a Fidel, que se encontraba de pésimo humor desde el fracaso de la entrega de armas. Ignoraba ostensiblemente al periodista Andrew St. George, quien preguntaba con impaciencia al Che si la entrevista se realizaría o no. Al cabo de dos semanas con los rebeldes, ansiaba poner fin a su misión. Quería grabar una entrevista para ser emitida por radio y había presentado un cuestionario que el Che había traducido al español. Ninguno de los rebeldes hablaba inglés, pero puesto que el Che y St. George hablaban francés, se había convertido en su escolta e intérprete. Sin embargo, la función de intermediario le resultaba cada vez más molesta: «Le inventé cualquier cosa para disculparlo, pero la verdad es que la forma de actuar [de Fidel] es realmente chocante; a la hora de la fotografía no se movió de la hamaca donde se pasó leyendo *Bohemia* con aire de majestad ofendida y finalmente echó a toda la gente del estado mayor. La entrevista radial ya está traducida y solamente falta grabarla; por la noche siguió el mal humor de Fidel que no quiso grabarla, dejándola para el día siguiente, y se negó a comer con nosotros alegando lo malo de la comida.»

Al día siguiente, antes de que pudieran realizar la entrevista, llegó el aviso de que el enemigo se movilizaba y los rebeldes tuvieron que marchar inmediatamente bajo una lluvia torrencial. St. George estaba furioso: «El hombre se puso de un humor de perros y se me quejó amargamente de la falsedad en que se incurría con él posponiendo la entrevista; yo no supe cómo disculparme.» Acamparon junto a un arroyo, pero Fidel postergó nuevamente la entrevista «por el ruido del agua».

Esa noche se produjo una deserción en masa cuando uno de los reclutas más jóvenes, un chico de quince años, pidió su retiro por razones de salud. Un hombre pidió permiso para ir con él y a continuación otro chico de dieciséis años pidió su baja, seguido por otro hombre «por estar débil». El diario del Che dice que Fidel ordenó la «detención de los mayores», pero dejó

partir a los jóvenes «por razones de edad». El Che comenta que siete rebeldes licenciados anteriormente habían sido apresados y contaron todo lo que sabían: «En este caso la situación es particularmente peligrosa porque ya se ha difundido entre la tropa la forma en que van a llegar las armas.»

La situación mejoró para St. George cuando Fidel por fin se dignó concederle la demorada entrevista. Pero el 18 de mayo la radio informó que la película de Taber, *La historia de los combatientes de la selva cubana*, y la entrevista con Fidel se difundirían al día siguiente en Estados Unidos. Molesto por la noticia, St. George partió sin despedirse.

El 19 de mayo se les avisó que las armas habían llegado al lugar acordado. Veinticinco hombres fueron a recogerlas y volvieron al alba siguiente con lo que el Che llamó la «preciosa carga»: tres trípodes de ametralladora, tres ametralladoras Madsen, nueve carabinas M-1, diez fusiles de repetición Johnson y seis mil proyectiles. «Para nosotros aquello era el espectáculo más maravilloso del mundo –escribiría luego el Che–. Estaban como en exposición ante los ojos codiciosos de todos los combatientes los instrumentos de muerte.»

Y de los suyos. Cuando Fidel distribuyó las armas, el Che sintió júbilo al enterarse de que una de las Madsen sería para el estado mayor y estaría a su cargo. «De tal manera me iniciaba como combatiente directo –escribiría más adelante–, pues lo era ocasional, pero tenía como fijo el cargo de médico; empezaba una nueva etapa para mí en la Sierra.»

III

Provistos de armas nuevas, los rebeldes estaban preparados para atacar. Las tropas «nuevas» ya no eran tal cosa –tras dos meses de marchas y de merodear por la Sierra Maestra habían adquirido fuerza y resistencia–, pero no conocían el combate, y había llegado el momento del bautismo de fuego.

Se encontraban en Pino de Agua, una zona maderera de numerosos aserraderos surcada por caminos que el ejército patrullaba con frecuencia. El Che quería tender una emboscada a un par de camiones de transporte de tropas, pero Fidel dijo que tenía un plan mejor: asaltarían el cuartel militar de El Uvero, que estaba sobre la costa. Se encontraba al este, en una zona donde no habían operado hasta entonces. Con sesenta soldados, era el blanco más importante que habían acometido hasta la fecha y una victoria tendría un enorme impacto moral y político.

Fidel contó con la ayuda de Enrique López, un amigo de la infancia que administraba el aserradero de los hermanos Babún, cubanos de origen libanés, cuya empresa estaba cerca de El Uvero. Los Babún –dueños de fábricas de cemento, astilleros y tierras, con grandes intereses madereros en la provincia de Oriente– ya habían colaborado secretamente con los rebeldes al transportar armas en uno de sus barcos desde Santiago y permitir que la entrega se efectuara en sus tierras. Enrique López había comprado alimen-

tos y otras provisiones para los rebeldes con la excusa de adquirirlas para sus propios empleados.

Mientras se preparaban para ponerse en marcha, Fidel hizo algunas modificaciones en la tropa. Asignó un pelotón de cuatro jóvenes para ayudar al Che a transportar y manejar la ametralladora Madsen. Eran los hermanos Manolo y Papo Beatón, otro joven llamado Oñate –a quien bautizaron Cantinflas, como el actor cómico mexicano– y un muchachito de quince años llamado Joel Iglesias. Como el Vaquerito, Joel se convertiría en uno de los fieles seguidores del Che.[1]

En la víspera de la batalla, Fidel decidió «limpiar un poco el ambiente»: quien quisiera abandonar, tenía la última oportunidad de hacerlo. Un buen número de hombres levantó la mano. «Algunos, luego que Fidel los tratara duro, quisieron echar marcha atrás pero no se les permitió –escribió el Che–. En total se fueron 9, dejando el total de hombres en 127; casi todos armados ahora.»

Los rebeldes partieron hacia el interior de la sierra. Acampados en las montañas escucharon un informe alarmante por la radio: una fuerza armada rebelde había desembarcado en Mayarí, sobre la costa norte de Oriente, y se había topado con una patrulla militar; se decía que cinco de los veintisiete hombres habían caído presos. Los fidelistas no sabían que era el *Corinthia*, un buque que había zarpado de Miami cinco días antes al mando de Calixto Sánchez, hombre del Partido Auténtico y veterano del ejército de Estados Unidos. La expedición, integrada por *auténticos* y hombres del Directorio, estaba armada y financiada por el ex presidente Carlos Prío, eterno conspirador, quien evidentemente deseaba contar con una fuerza propia que compitiera con el Ejército Rebelde de Fidel. (Los informes iniciales resultaron erróneos: veintitrés de los hombres del *Corinthia*, incluido el propio Sánchez, fueron capturados por el ejército y ejecutados días después. Unos meses más tarde, uno de los tres supervivientes llegó a la sierra y se unió a las fuerzas de Fidel.)

Mientras tanto, Enrique López, el administrador del aserradero próximo a El Uvero, les hizo saber que tres guardias vestidos de paisano andaban husmeando cerca de sus instalaciones, y Fidel envió a varios hombres a detenerlos. Volvieron con dos espías, ya que uno había huido antes de que llegaran. El Che anotó en su diario que ambos, un negro y un blanco –que «lloraba a lágrima viva»–, confesaron ser espías del mayor Joaquín Casillas, y agregó: «No daban lástima pero sí repugnancia en su cobardía.»

Por el momento los retuvieron como prisioneros, pero a la mañana siguiente Fidel reunió a sus oficiales y les ordenó que prepararan a sus hombres y armas porque entrarían en combate en cuarenta y ocho horas. La úl-

1. Después de la guerra los hermanos Beatón se convirtieron en forajidos, asesinaron a un comandante revolucionario y se alzaron en armas contra la revolución, hasta que fueron detenidos y ejecutados. Joel Iglesias llegó a ser comandante del ejército y dirigente de la organización Juventud Rebelde. Después de la guerra, Cantinflas continuó en el ejército con el grado de teniente.

tima tarea fue el fusilamiento de los dos espías. «Se cavó la fosa para los dos guardias chivatos y se dio la orden de marcha. La retaguardia los ajustició», escribió el Che.

Marcharon toda la noche hasta El Uvero. Cerca del aserradero se encontraron con Gilberto Cardero, un empleado de la Compañía Babún que simpatizaba con ellos. Cardero se había adelantado para advertir al administrador que debía evacuar a su esposa e hijos, pero la familia se negó para evitar sospechas. Fidel dijo que se tomarían precauciones para no herir a los civiles, pero que el ataque se produciría al amanecer.

Al alba del 28 de mayo los rebeldes se encontraron con la «desagradable realidad» de que desde sus posiciones no se veía claramente el cuartel. El Che sí tenía una buena vista, pero se hallaba a quinientos metros del blanco. Sin embargo, ya era tarde para realizar cambios, y comenzó el ataque.

«Apenas se dio la orden de fuego por medio del disparo de Fidel empezaron a tabletear las ametralladoras. El cuartel respondió al fuego y con bastante efectividad, como luego supe. La gente de Almeida avanzaba a pecho descubierto impulsados por su ejemplo temerario. Veía avanzar a Camilo con su gorra adornada con el brazalete del 26 de Julio. Yo avanzaba por la izquierda con los dos ayudantes llevando peines y Beatón con la ametralladora de mano.»

Varios hombres se unieron al grupo del Che. Estaban a sesenta metros de la posición enemiga y los resguardaban los árboles. Cuando llegaron a campo abierto se arrojaron a tierra para arrastrarse, pero Mario Leal, que avanzaba junto al Che, resultó herido. Después de hacerle la respiración boca a boca y cubrir la herida con lo único que encontró, un trozo de papel, lo dejó al cuidado del joven Joel y cogió nuevamente la Madsen para disparar hacia el cuartel. Momentos después, Juan Acuña cayó herido en la pierna y el brazo. Pero cuando los rebeldes cobraban ánimo para un asalto frontal, los soldados se rindieron.

Los fidelistas obtuvieron la victoria que buscaban, pero a un precio muy alto. Habían perdido a seis hombres, entre ellos uno de los primeros guías guajiros, Eligio Mendoza. Se había lanzado temerariamente al asalto, diciendo que tenía un «santo» protector, pero cayó a los pocos minutos. Mario Leal, herido en la cabeza, y Silleros, con una herida en el pulmón, estaban en estado crítico. Hubo otros siete heridos, entre ellos Juan Almeida, que recibió disparos en la pierna y el hombro derechos. Entre las tropas del enemigo hubo catorce muertos, diecinueve heridos y catorce prisioneros; sólo seis pudieron escapar. Es notable que, a pesar del intenso tiroteo, ninguno de los civiles, incluida la familia del administrador, sufrió heridas.

Antes de la retirada, había que atender a los heridos, tanto soldados como rebeldes, y el Che sintió que la tarea lo superaba. «Mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes; la cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad.» Pidió ayuda al médico del cuartel, pero a pesar de su avanzada edad éste dijo que tenía poca experiencia. «Desde aquel momento

tuve que cambiar una vez más fusil por mi uniforme de médico que, en realidad, era un lavado de manos.» Atendió a todos los hombres que pudo.

«El reencuentro con la profesión médica tuvo para mí algunos momentos muy emocionantes –relata en la crónica publicada–. El primer herido que atendí, dado su gravedad, fue el compañero Silleros... Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor. Tratamos de salvarlo en la única forma posible en esos momentos; llevándonos los catorce soldados prisioneros con nosotros y dejando a dos heridos: Leal y Silleros, en poder del enemigo y con la garantía del honor del médico del puesto. Cuando se lo comuniqué a Cilleros, diciéndole las palabras reconfortantes de rigor, me saludó con una sonrisa triste que podía decir más que todas las palabras en ese momento y que expresaba su convicción de que todo había acabado.

»Lo sabíamos también y estuve tentado en aquel momento de depositar en su frente un beso de despedida pero, en mí más que en nadie, significaba la sentencia de muerte para el compañero y el deber me indicaba que no debía amargar más sus últimos momentos con la confirmación de algo de lo que él ya tenía casi absoluta certeza. Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo. Ellos clamaban que preferían morir en nuestras tropas, pero teníamos nosotros también el deber de luchar hasta el último momento por sus vidas. Allí quedaron, hermanados con los 19 heridos del ejército batistiano a quienes también se había atendido con todo el rigor científico de que éramos capaces.» (Lo cierto es que el ejército cubano brindó a los dos rebeldes heridos un trato digno, pero Silleros murió antes de llegar al hospital. Mario Leal sobrevivió milagrosamente a su herida en la cabeza y pasó el resto de la guerra en la cárcel de la isla de Pinos.)

Los rebeldes se retiraron de El Uvero en camiones de la compañía Babún, llevándose a sus muertos, sus heridos leves y todo el botín que pudieron recoger en el cuartel. El Che se hizo con todos los suministros médicos que pudo encontrar y fue el último en partir. Esa tarde asistió a los heridos y estuvo presente en el funeral de los seis camaradas muertos, que fueron enterrados junto a un recodo del camino. Conscientes de que el ejército vendría en su persecución, resolvieron que el Che se quedaría con los heridos para que la columna principal pudiera escapar. Enrique López, el amigo de Fidel, sería el enlace, les conseguiría guías y vehículos, así como contactos para abastecerlos de medicamentos.

A la mañana siguiente empezaron a sobrevolar la zona los aviones militares de reconocimiento, y los rebeldes comprendieron que debían partir. Con el Che quedaron los siete heridos, un guía y sus dos fieles ayudantes, Joel y Cantinflas. También se quedó «Vilo» (Juan Vitalio) Acuña para ayudar a su tío Manuel, herido de bala. Vilo sería otro de los veteranos de la guerra en la sierra cuyo destino estaría ligado al del Che. (Antes del fin de la guerra alcanzaría el grado de comandante del Ejército Rebelde y en 1967 combatiría con el Che en la guerrilla boliviana. Su nombre de guerra era Joaquín.)

Después de la guerra, el Che calificaría el sangriento ataque a El Uvero de punto de inflexión del Ejército Rebelde. «Si se considera que nuestros combatientes eran unos 80 hombres y los de ellos 53, se tiene un total de 133 hombres aproximadamente, de los cuales 38, es decir, más de la cuarta parte, quedaron fuera de combate en poco más de dos horas y media de combate. Fue un ataque por asalto de hombres que avanzaban a pecho descubierto contra otros que se defendían con pocas posibilidades de protección. Debe reconocerse que por ambos lados se hizo derroche de coraje. Para nosotros fue, además, la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla. A partir de este combate, nuestra moral se acrecentó enormemente, nuestra decisión y nuestras esperanzas de triunfo aumentaron también.»

En efecto, El Uvero había sorprendido al régimen de Batista, porque durante el largo período de inactividad de los rebeldes fidelistas, el dictador y sus oficiales habían multiplicado sus proclamas de victoria. El coronel Barrera Pérez, quien en marzo se había hecho cargo de las operaciones antiguerrilleras en la sierra, había permanecido allí por poco tiempo. Después de una campaña de «guerra psicológica» para ganarse a los campesinos con alimentos y servicios médicos gratuitos, había regresado a La Habana con el informe de que había aislado a los rebeldes de su red de apoyo civil. Sin embargo, la derrota vergonzosa en El Uvero reveló el fracaso de la misión de Barrera Pérez, quien recibió órdenes de regresar al escenario de la guerra.

El coronel instaló su centro de mando en el ingenio azucarero Estrada Palma, al norte de las estribaciones de la sierra, pero reemplazó su campaña para ganarse «los corazones y las mentes» por una nueva y vigorosa estrategia antiguerrillera. Su superior inmediato, Díaz Tamayo, comandante de las fuerzas de Oriente, fue reemplazado por el oficial Rodríguez Ávila, con órdenes del jefe del estado mayor de las fuerzas batistianas, general Francisco Tabernilla, de aniquilar a los rebeldes utilizando los medios que fueran necesarios. La nueva estrategia requería la evacuación obligatoria de los civiles de las regiones controladas por los rebeldes con el fin de crear zonas de fuego libre donde la fuerza aérea pudiera realizar bombardeos masivos. Y lo que fue más importante aún, cuando el asalto a El Uvero demostró la imposibilidad de defender los pequeños cuarteles situados en zonas remotas, el ejército empezó a abandonarlos, dejando el territorio libre para los rebeldes.

Tras la partida de Fidel, el Che enfrentó la tarea ímproba de desplazar a los heridos a un lugar seguro ante la inminencia de una incursión militar. Asimismo debía transportar las armas capturadas en el cuartel, una carga excesiva para los combatientes en fuga. Su propia huida dependía de Enrique López, y cuando éste no apareció con el camión que le había prometido, el Che se vio obligado a ocultar temporalmente la mayor parte de las armas y escapar a pie. La mayoría de los hombres podía caminar, pero uno estaba herido en el pulmón y las tres heridas de otro se habían infectado. Improvisaron camillas con las hamacas e iniciaron la penosa marcha hacia el interior de la selva.

Durante los días siguientes, mientras se desplazaban de finca en finca en busca de alimentos, descanso y refugio, el Che tuvo que tomar todas las

decisiones importantes. Juan Almeida era capitán y teóricamente su superior, pero no estaba en condiciones de hacerse cargo de nada. Uno de los problemas más graves era hallar hombres para transportar a los heridos. Al tercer día se cruzaron con un grupo de soldados desarmados que estaban perdidos en el monte: eran los prisioneros de El Uvero, liberados por Fidel. Después de dejarlos partir, el Che se congratuló con regocijo por haber creado la falsa impresión de la «efectividad» de los rebeldes en el monte. Sin embargo, le preocupaba que los soldados delataran su presencia en la zona.

Durante la marcha, a la que se sumaron algunos voluntarios campesinos, empezaron a surgir problemas disciplinarios en el harapiento grupo. El Che dio un ultimátum a Teodoro Banderas, uno de los nuevos, por mostrar renuencia en una misión para traer una vaca que habían descuartizado. «Hablé con Banderas y le planteé cuál era mi posición; si seguía con el movimiento debía meterse en la disciplina...» Banderas prometió seguir adelante y y en la siguiente misión para conseguir viandas trató de rehabilitarse. El Che apuntó con humor en su diario: «Por la mañana aparecieron los primeros expedicionarios de la vaca. La empresa había sido dura, pues la vaca era grande y el río estaba crecido, de modo que fue muy difícil pasarlo. El héroe fue Banderas.»

En aquellos días, el Che conoció a un hombre que en poco tiempo le sería de gran ayuda. Era David Gómez, mayoral de una finca en Peladero que pertenecía a un abogado de La Habana. Aunque su primera impresión no fue buena, el Che tuvo en cuenta la situación desesperada del grupo. «D. es un individuo de la vieja formación auténtica, católico y racista, de fidelidad servil hacia el patrón, que atiende sólo a fines electorales y a salvar para el amo todas las tierras mal habidas por estas comarcas; sospecho también que él tiene su partición en los despojos a los campesinos. Pero, dejando de lado esto, es un buen informante y está decidido a ayudar.»

En realidad, Gómez ya los ayudaba; las vacas que comían eran propiedad de su patrón, sacrificadas con su connivencia. Y se ofreció para hacer algo más. Para probarlo, el Che le dio una lista de compras para hacer en Santiago. Hambriento de noticias del mundo exterior, también le pidió que trajera las últimas ediciones de *Bohemia*. La relación con el capataz demostró que el Che empezaba a aprender de su jefe. Fidel sabía que una de las claves para triunfar en la lucha por el poder era realizar alianzas tácticas, a breve plazo, incluso con adversarios ideológicos. Como jefe de un grupo de perseguidos en territorio enemigo, el Che descubrió que sólo un hombre como Gómez podía satisfacer ciertas necesidades; de ahí que pudo tragarse su aversión y actuar de manera pragmática.

En efecto, la experiencia en Cuba le había demostrado que la revolución no sería consumada por una fraternidad idealizada de espíritus nobles. En las filas rebeldes había unos cuantos canallas: ladrones de ganado, asesinos prófugos, delincuentes juveniles, traficantes de marihuana. El corrupto Carlos Prío había contribuido con fondos para la compra del *Granma*, y la victoria de El Uvero se debía en gran medida a la ayuda de los ricos y trai-

cioneros hermanos Babún, que aunque eran amigos de Batista, esperaban proteger sus intereses en Oriente al prestar ayuda a los rebeldes.

David Gómez volvió de Santiago con las provisiones, y el Che, más confiado, le encomendó una nueva misión, la de hacer llegar mensajes al Directorio Nacional. Habían pasado tres semanas de la batalla de El Uvero, la mayoría de los hombres se habían recuperado de sus heridas y todos estaban en condiciones de caminar. Trece voluntarios se habían unido al grupo, pero uno solo con un arma: una pistola automática calibre 22. El 21 de junio, el Che hizo un inventario de sus fuerzas. «El ejército asciende a: 5 heridos ya restablecidos, 5 sanos que acompañamos a los heridos, 10 hombres de Bayamo, 2 más incorporados al final y 4 hombres de la zona, total 26 pero deficientes en armamentos.»

Días después, al iniciar la lenta marcha hacia la montaña, el Che anotó que su ejército comprendía «36 terribles soldados». Al día siguiente ofreció a quienes quisieran hacerlo la posibilidad de abandonar el grupo. Lo hicieron tres, incluso uno que se les había unido el día anterior. Durante los días siguientes, se les unieron varios hombres y otros partieron, algunos como desertores y otros expulsados por el Che. Pero aunque la mayoría eran «terribles», constituían el núcleo de una nueva fuerza guerrillera que crecía espontáneamente bajo su mando. Para fines de junio, el pequeño ejército del Che funcionaba de manera autónoma, con su propia red de correos, informantes, proveedores y exploradores.

El 1 de julio fue un mal día para él (se despertó con asma y pasó el día tendido en la hamaca), pero interesante en cuanto a novedades, ya que la radio informaba de acciones rebeldes en toda la isla. «En Camagüey se patrullaban las calles –anotó el Che en su diario–; en Guantánamo se habían incendiado varias tabaqueras y se pretendió incendiar los depósitos de azúcar de una fuerte firma norteamericana. En Santiago mismo mataron dos guardias y se hirió un cabo. Las bajas nuestras fueron de 4 hombres, entre ellos un hermano de Frank País llamado Josué.»

El 2 de julio se cumplió el séptimo mes desde el desembarco del *Granma*. El Che encabezó una penosa marcha hacia la cima del monte La Botella, de 1.550 metros de altura. Dos hombres desertaron durante el día, y esa noche, cuando acamparon, otros tres dijeron que querían partir. Este incidente le sirvió al Che años después para relatar una anécdota divertida. «Algunos tuvieron el pudor de manifestar sus temores e irse, pero hubo uno, de nombre Chicho, que aseguró a nombre de un grupo que ellos seguirían hasta la muerte, con un acento de convicción y decisión extraordinarias. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando... al acampar en un pequeño arroyo para pasar la noche, ese mismo grupo nos comunicaba su deseo de abandonar la guerrilla. Accedimos a ello y bautizamos jocosamente ese lugar como «el arroyo de la muerte», pues hasta allí había durado la tremenda determinación de Chicho y sus compañeros.»

Para prevenir nuevas deserciones, el Che invitó a quienes quisieran partir que lo hicieran; era, dijo, «la última oportunidad». Dos hombres acepta-

ron la invitación, pero esa tarde llegaron otros tres, cada uno con su arma. Dos venían de La Habana, eran sargentos dados de baja del ejército. «Según ellos son instructores –escribió el Che con desconfianza–, para mí son un par de comemierdas que tratan de acomodarse.» A pesar de sus sospechas, permitió que se quedaran.

Más tarde se incorporó nada menos que Enrique López, el amigo de Fidel en la Compañía Babún, quien quería participar en la lucha armada. Luego apareció otro hombre con un «plan fantástico» para atacar un puesto de la Guardia donde según él había cuarenta hombres sin comandante. También pidió dos hombres para ir a «pelar un chivato». El Che lo rechazó: «Se le contestó que dejara de joder, que mandara balas y matara al chivato con su gente mandándola después para aquí.»

Para reunirse con Fidel, que había regresado a sus escondites cerca de Palma Mocha y El Infierno, el Che se desplazó con su fuerza hacia el oeste en dirección al pico Turquino. Sus exploradores le avisaron que en aquella dirección se encontrarían con una fuerza militar importante, que se libraba un combate reñido cerca de la base militar de Estrada Palma y que Raúl Castro estaba herido, pero este último informe resultó ser falso. El Che decidió seguir adelante, pero por una ruta de montaña más difícil para esquivar al enemigo.

El 12 de julio, su guía Sinecio Torres y otro hombre desertaron, llevándose sus armas. Tras intentar en vano darles caza, el Che se enteró de algunos detalles sobre los dos: resultó que eran bandoleros, y se habían ido para asaltar el plantío de marihuana que tenían dos de los novatos, Israel Pardo y el «héroe de la vaca», Teodoro Banderas. Ante la sospecha de que los marihuaneros desertarían para ocuparse de sus propios intereses, el Che les ordenó que persiguieran a los prófugos; suponía que no volverían. Al día siguiente surgió un nuevo problema: el Che se enteró de que un pequeño grupo estaba tramando una deserción colectiva. El supuesto plan consistía en escapar con las armas, robar y matar a un chivato que ellos conocían y luego formar una banda de forajidos para seguir perpetrando asaltos y robos. El Che habló con varios de los inculpados: todos negaron la acusación y denunciaron a un hombre llamado «el Mexicano». Al comprender que su plan había sido descubierto, el Mexicano se presentó espontáneamente ante el Che para declarar su inocencia. Sus explicaciones no resultaron convincentes, pero el Che escribió: «Lo dejamos pasar como si fuera cierto, para evitar más complicaciones.»[1]

Durante la marcha, el Che hizo su debut como dentista. Por carecer de anestesia para los desventurados pacientes, recurrió a la «anestesia psicológica», que consistía en insultarlos cuando se quejaban. Pudo curar a Israel Par-

1. Israel Pardo y Teodoro Banderas regresaron sin haber podido encontrar ni a René Cuervo ni a Sinecio Torres. Más tarde, Cuervo fue detenido y fusilado por un pelotón revolucionario. Se desconoce la suerte de Sinecio Torres. Banderas murió en combate. Pardo sobrevivió y continuó en el ejército revolucionario después de la guerra, cuando alcanzó el grado de capitán. El Mexicano alcanzó el grado de capitán en el Ejército Rebelde, pero cuando uno de los hombres que lo había delatado murió en combate, se sospechó que él lo había asesinado. En 1962, según el Che, vivía en Miami y era un «traidor a la revolución».

do, pero no tuvo suerte con Joel Iglesias. Posteriormente escribió que hubiera hecho falta un cartucho de dinamita para extraerle el molar podrido. La pieza rota permaneció en su boca hasta el final de la guerra, y Joel dijo que a partir de esa experiencia siempre tuvo terror a los dentistas. Aunque el Che también padeció dolor de muelas, tuvo el buen tino de dejar su boca en paz.

El 16 de julio llegaron a terreno conocido en el flanco occidental del Turquino, y al día siguiente llegaron al campamento de Fidel. El Che advirtió inmediatamente cuánto había madurado el Ejército Rebelde durante el mes y medio transcurrido. Eran ya doscientos hombres, y parecían disciplinados y confiados. También habían recibido armas. Pero lo más importante era que después de rechazar una incursión reciente comandada por el tenaz capitán Ángel Sánchez Mosquera, uno de los varios oficiales con mando de tropas en la zona, los rebeldes ya poseían un «territorio liberado».

Pero la felicidad del encuentro se vio disminuida por la noticia de que Fidel acababa de firmar un pacto con representantes de la oposición política burguesa, Raúl Chibás y Felipe Pazos, quienes en ese momento se encontraban en el campamento. El pacto, llamado «Manifiesto de la Sierra Maestra», estaba fechado el 12 de julio y ya lo habían enviado a *Bohemia* para su publicación. El Manifiesto aparecía en un momento oportuno, ya que varios meses de disputas políticas entre Batista y los partidos legales de la oposición habían culminado con la aprobación parlamentaria de una ley de reforma que convocaba elecciones presidenciales para el 1 de junio de 1958. Aunque Batista había jurado no presentar su candidatura, existía un difundido escepticismo acerca de sus intenciones verdaderas. La mayoría de los observadores sospechaban que quería manipular las elecciones para ganarlas él mismo o un sucesor elegido por él a dedo. Tanto el Partido Auténtico de Carlos Prío como el Ortodoxo de Chibás repudiaron la iniciativa electoral, pero fracciones de ambos partidos formaron una coalición con partidos menores y anunciaron que se presentarían a los comicios.

Mediante el Pacto de la Sierra, Fidel hacía conocer su rechazo de las maquinaciones de Batista en el momento más oportuno. Al aliarse con dos ortodoxos respetados como Chibás y Pazos, esperaba establecer su supremacía moral y ampliar su base de apoyo entre los cubanos moderados, desprovistos de alternativas. El Che se mostró prudente en los comentarios anotados en su diario el 17 de julio, pero es evidente que le desagradaba comprobar la influencia de Chibás y Pazos sobre Fidel. Según él, el Manifiesto llevaba la impronta indeleble de estos políticos «centristas», la especie que despertaba su mayor desdén y desconfianza. «Fidel me estuvo contando proyectos y realidades; ya está enviado un texto en que se propone la renuncia inmediata de Batista, se rechaza la Junta Militar y se propone a un miembro de las instituciones cívicas como candidato para la transición, que no debe durar más de un año, y convocar elecciones dentro de ese plazo. Se da también un programa mínimo en que están comprendidas las bases de la reforma agraria.» Y a continuación añadió: «Fidel no me lo dijo, pero me parece que Pazos y Chibás limaron bastante sus declaraciones.»

Desde luego, la realidad era mucho más compleja. Lejos de dejarse engañar, Fidel había buscado el apoyo de Chibás y Pazos, y si el Manifiesto firmado no expresaba sus verdaderas aspiraciones, sí lo ayudaba a corto plazo. El pacto, como tantos otros que firmaría durante su vida, era sólo una alianza táctica que violaría a la primera oportunidad. Como escribió el Che más adelante: «No estábamos satisfechos con el compromiso pero era necesario; era progresista en aquel momento. No podía durar más allá del momento en que significara una detención en el desarrollo revolucionario... Nosotros sabíamos que era un programa mínimo, un programa que limitaba nuestro esfuerzo, pero también sabíamos que no era posible establecer nuestra voluntad desde la Sierra Maestra.»

Si en aquella época volvió a meditar sobre el Pacto de la Sierra, eso no se refleja en su diario. Su interés estaba centrado en su nuevo puesto de mando, que Fidel le confirió el 17 de julio, el día que llegó al campamento. El Che lo anotó en su diario sin expresar la emoción que sin duda sentía. «[Fidel] me contó además que el pobre Universo había sido quitado de su apreciado cargo...[1] Hay nuevos ascensos como Ramirito [Valdés] a capitán, Ciro [Redondo] a teniente, el Guajiro [Luis Crespo] al puesto de Universo, Almeida a segundo comandante y yo a capitán y jefe de una columna que deberá cazar a Sánchez Mosquera en Palma Mocha.»

Se le asignaba una tropa de setenta y cinco hombres. A los hombres con que había llegado se sumarían los pelotones comandados por los camaradas del *Granma* Ramiro Valdés y Ciro Redondo y otro dirigido por Lalo Sardiñas, un comerciante de la sierra que se había unido a los rebeldes luego de matar a un desconocido en su casa. Sardiñas sería su lugarteniente.

Al otorgarle aquel puesto, Fidel le daba la máxima prueba de su estima. El Che había luchado tenazmente para que se reconociera su capacidad, y había madurado en ese proceso. Había realizado con éxito una misión difícil, la de llevar a los heridos a lugar seguro. Había cumplido sus deberes de médico al curar a los heridos a la vez que evitaba entrar en combate y arriesgarse a sufrir nuevas bajas; había fortalecido el Ejército Rebelde al crear una columna nueva y al mismo tiempo había establecido contactos valiosos con la población civil. Había demostrado ser un jefe exigente, riguroso con los haraganes y los mentirosos, y honesto a carta cabal consigo mismo. Sobre todo, había demostrado ser un conductor de hombres y por ello se lo premiaba con su primer mando militar.[2]

Puso manos a la obra inmediatamente: a la mañana siguiente partió

1. Universo Sánchez era guardaespaldas de Fidel desde su exilio en México, pero en las promociones de marzo Fidel lo había ascendido a jefe de escuadrón y miembro del estado mayor, a la vez que escogió como guardaespaldas a uno de los guajiros de Crescencio Pérez, el ex carnicero Manuel Fajardo.

2. Al instituir una jerarquía, el Che bautizó a los novatos de su columna «los descamisados», el célebre término que usaba Evita Perón para sus seguidores obreros. Todos empezaban como humildes descamisados y realizaban trabajo de «fajina» para ganarse el reconocimiento de «combatiente».

con sus hombres para tomar posiciones de emboscada en la Maestra, una altura situada entre los ríos Palma Mocha y La Plata. Era el preciso lugar donde estaba enterrado el chivato ejecutado Filiberto Mora, y lo bautizó con su nombre: «el Firme de Filiberto». Pasaron los tres días siguientes preparando las emboscadas y enviando exploradores en busca de los soldados. La mañana del 22 de julio, un rebelde disparó su arma accidentalmente y lo llevaron ante Fidel, quien nuevamente estaba de un humor implacable y ordenó sumariamente que lo ejecutaran. «Tuvimos que interceder ante él Lalo, Crescencio y yo para que atenuara la pena, debido a que el infeliz no se merecía un castigo tan drástico como ése», escribió el Che en su diario.

Esa misma mañana, los oficiales rebeldes firmaron una carta de pésame que Fidel enviaría a Frank País por la muerte reciente de su hermano. Sin aviso, Fidel eligió ese momento para conferir al Che un nuevo ascenso. Más adelante el Che escribiría que cuando llegó el momento de firmar la carta, Fidel le dijo que lo hiciera con el grado de «comandante». «De ese modo informal y casi de soslayo, quedé nombrado comandante de la segunda columna del ejército guerrillero, la que se llamaría número 4 posteriormente.»[1]

Con este ascenso, el Che recibió las insignias de su nuevo grado. «El símbolo de mi nombramiento, una pequeña estrella, me fue dado por Celia junto a uno de los relojes de pulsera que habían encargado a Manzanillo.» Era un gran honor. El grado de comandante, equivalente al de mayor, era el más alto del Ejército Rebelde. Hasta entonces sólo lo poseía Fidel, y el segundo en recibirlo no fue un cubano sino el Che, «el argentino».

«La dosis de vanidad que todos tenemos dentro –escribió el Che tiempo después– hizo que me sintiera el hombre más orgulloso de la tierra ese día.» En verdad, siempre se sintió orgulloso de ese título, y en lo sucesivo, salvo para sus amigos más íntimos, fue el comandante Che Guevara.

1. La del Che era la Segunda Columna del Ejército Rebelde, pero la llamaban la Cuarta para despistar al enemigo.

Los historiadores cubanos suelen mencionar el ascenso del Che como prueba de la alta estima en que lo tenía Fidel, quien lo favoreció más que a su hermano, pero sin explicar por qué Raúl no mereció ese honor. Tal vez la respuesta se encuentre en la breve crónica de ese día clave en el diario del Che: «Allí se vieron varios ascensos. Yo tenía cargo de comandante, al guajiro Luis [Crespo] se le daba cargo de teniente, Ciro [Redondo] era capitán y se nombraba teniente a Raúl Castro, que había sido destituido por una insubordinación de todo el pelotón...»

Lo que sucedió ese día con Raúl y sus hombres no consta en los escritos publicados del Che ni en las historias oficiales de la Revolución Cubana. Los historiadores cubanos difícilmente podrían obtener los detalles: Raúl Castro es el poderoso jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y heredero designado de su hermano.

17. ENEMIGOS DE TODAS CLASES

I

El nuevo puesto de mando trajo consigo responsabilidades nuevas, y el Che ardía en deseos de mostrar que estaba a la altura de la tarea. Tenía la orden de perseguir a Sánchez Mosquera, pero apenas se separó de Fidel, descubrió que su presa había partido de la sierra.

Mientras estudiaba las alternativas, el Che se dedicó a imponer su autoridad sobre su heterogénea banda de «descamisados» díscolos. Desde el comienzo lo afectaron las deserciones, que trató con gran severidad. Envió a dos hombres a rastrear un prófugo con la orden de «matarlo donde lo encontraran». Su desconfianza hacia los nuevos reclutas aumentó al recibir un mensaje de su aliado el mayoral David Gómez advirtiéndole que el ejército enviaba chivatos a infiltrarse entre los rebeldes.

Para el bautismo de su nuevo cargo, ideó un plan para atacar al enemigo en el flanco opuesto del pico Turquino con el fin de desviar su atención de la columna de Fidel, e inició la marcha en esa dirección. El 28 de julio, Baldo, uno de los dos hombres enviados a ejecutar al desertor, volvió solo y con un relato que el Che calificó de «sencillo y patético».

Según Baldo, su camarada Ibrahim trató a su vez de desertar y por eso «lo mató dándole tres tiros. El cadáver quedó en la Maestra insepulto». El Che decidió que la suerte de Ibrahim era una buena lección para sus hombres, sobre todo para ciertos voluntarios cuya llegada había coincidido con el incidente. Así lo relató mucho después: «Reuní toda la tropa en la loma anterior al teatro del suceso macabro, explicándole a nuestra guerrilla lo que iba a ver y lo que significaba aquello, el por qué se castigaría con la muerte la deserción y el por qué de la condena que había que hacer contra todo aquel que traicionara la Revolución. Pasamos en fila india en riguroso silencio, muchos de los compañeros todavía consternados ante el primer ejemplo de la muerte, junto al cadáver de aquel hombre que trató de abandonar su puesto, quizá movidos más por algunas consideraciones de afecto personal hacia el desertor primero y por una debilidad política natural de aquella época, que por deslealtad a la Revolución. Naturalmente, los tiempos eran duros y se dictaminó como ejemplar la sanción.»

Pero en su diario íntimo expresó sus dudas: «El cadáver estaba boca abajo, presentaba a la vista un orificio de bala en el pulmón izquierdo y te-

nía las manos juntas y los dedos plegados como si estuviera atado. No estoy muy convencido de la legalidad de esa muerte, aunque la puse de ejemplo...»

Siguieron su camino. El Che decidió atacar el cuartel del ejército en Bueycito, a un día de marcha. El ataque se produjo el 31 de julio, pero como reconocería más adelante, no resultó según su plan «sencillo pero pretencioso». Aunque algunas de sus unidades no aparecieron en el momento indicado, el Che inició el ataque por su cuenta. Caminó derecho hacia el cuartel y al toparse con el centinela, apuntó su metralleta Thompson y le dio la voz de alto. El centinela reaccionó y, sin esperar más, el Che apretó el disparador, apuntando al pecho del soldado. No pasó nada. El joven rebelde que acompañaba al Che trató de dispararle al centinela, pero su fusil también se trabó. En ese momento, movido por el instinto de supervivencia, el Che escapó bajo una lluvia de proyectiles procedente del arma del centinela. «Corrí con velocidad que nunca he vuelto a alcanzar –escribió después–, y pasé, ya en el aire, doblando la esquina para caer en la calle transversal.»

Los rebeldes ocultos respondieron a los disparos del centinela con una lluvia de proyectiles, pero la acción terminó antes de que el Che pudiera recuperarse; mientras destrababa la metralleta, el cuartel se rindió. Los hombres de Ramiro habían irrumpido por la parte trasera y reducido a los doce soldados que lo ocupaban. Seis soldados estaban heridos, dos de ellos de muerte; los rebeldes habían perdido un hombre. Desvalijaron el cuartel, lo incendiaron y partieron de Bueycito en camiones, llevando como prisioneros al sargento al mando del puesto y un chivato llamado Orán.

Amenizaron la huida con cerveza helada provista gratuitamente por un bodeguero y con una explosión al detenerse a dinamitar un puentecito de madera. En la aldea de Las Minas los recibieron los «vivas» de la población, y allí el Che hizo un poco de teatro para la gente con un comerciante árabe. «Un moro que es gente nuestra improvisó un discurso pidiendo que dejáramos en libertad a los dos prisioneros. Yo le expliqué que se los había tomado para evitar con su presencia que se ejercieran represalias contra el pueblo, pero que si ésa era la voluntad de sus propios habitantes yo no tenía nada que agregar.» Los rebeldes liberaron a los prisioneros, enterraron a su camarada muerto en el cementerio local y siguieron su camino.

II

Pero al regresar a su escondite en La Maestra, los rebeldes recibieron la noticia de que la policía había asesinado en Santiago a Frank País, coordinador del Movimiento en Oriente. El Movimiento había redoblado sus acciones antigubernamentales en Santiago para conmemorar el 26 de julio, con el consiguiente aumento de la represión policial. Bajo el coronel José Salas Cañizares y sus matones, la detención y el asesinato de sospechosos era cosa de todos los días: cuerpos torturados aparecían colgados de los ár-

boles o tirados en las cunetas. Desde su liberación, País había pasado a la clandestinidad y se trasladaba de un escondite a otro, pero en sus últimas cartas a Fidel decía que su caída probablemente era cuestión de tiempo. El 30 de julio, para su desgracia, descubrieron el escondite donde se hallaba. El joven de veintitrés años y un camarada fueron ejecutados sumariamente en la calle a plena luz del día.

El asesinato de Frank País provocó gran indignación. Durante su entierro se produjeron ruidosas manifestaciones antigubernamentales y huelgas por toda la isla. En respuesta a los disturbios, Batista impuso nuevamente el Estado de sitio y la censura a la prensa. Desgraciadamente para el dictador, los sucesos de Santiago coincidieron con la visita a la segunda ciudad de Cuba del nuevo embajador norteamericano, Earl Smith, en gira oficial para conocer el país.

A mediados de 1957, pocos funcionarios del Departamento de Estado norteamericano seguían haciéndose ilusiones sobre Fulgencio Batista. Militante fervoroso de la campaña anticomunista de Washington, recibía de buen grado las inversiones norteamericanas, pero su régimen cada vez más represivo y corrupto constituía un bochorno. Con todo, Estados Unidos aún no modificaba su política con respecto al dictador, y su nuevo enviado Smith tenía instrucciones de mostrarse ecuánime con el fin de contrarrestar la impresión generalizada en Cuba de que Washington quería mantener a Batista en su puesto a toda costa.

El objetivo principal de la política norteamericana era la protección de los importantes intereses económicos norteamericanos en la isla. Los disturbios afectaban a los negocios, y la opinión prevaleciente en Washington era que la mejor manera de contrarrestar la violencia era alentar a Batista a «democratizar» el país mediante elecciones que, con suerte, llevarían al poder a alguno de los partidos tradicionales «de confianza». Pero la obstinación de Fidel había introducido una incógnita en la ecuación. Los diplomáticos, los espías y los militares no se ponían de acuerdo sobre la manera de abordar el problema y por eso, durante 1957 y parte de 1958, los distintos organismos del gobierno norteamericano aplicaron cada uno su propia política en Cuba, políticas que no siempre eran compatibles.

Antes de tomar posesión de su cargo, Smith había realizado averiguaciones en Washington y tenía la clara impresión de que el Departamento de Estado deseaba la caída de Batista y por eso apoyaba de manera activa, aunque encubierta, los esfuerzos de Castro para tomar el poder. Tanto el subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Roy Rubottom, como el flamante titular de la oficina del Caribe, William Wieland, se oponían a Batista, al igual que el especialista de la CIA en asuntos cubanos J. C. King. Al llegar a La Habana, Smith descubrió que los agentes de la CIA en la isla eran igualmente antibatistianos. En cambio, los oficiales de la misión militar norteamericana conservaban vínculos estrechos con sus colegas cubanos. La división anticomunista de la policía, el BRAC, funcionaba con ayuda norteamericana, y en una actitud aún más polémica, los militares de

Batista utilizaban pertrechos asignados a la «defensa hemisférica» en su campaña contra la guerrilla.

Las opiniones con respecto a la posición política de Castro estaban igualmente divididas, pero pocos dirigentes daban crédito a las denuncias insistentes de Batista de que era comunista. En su primera conferencia de prensa, Smith se mostró cauteloso: elogió la participación de Cuba en la lucha contra el comunismo. Pero en Santiago, después de ver cómo la policía usaba porras y mangueras de agua para dispersar una manifestación de mujeres, Smith deploró públicamente las violentas tácticas policiales y antes de partir dejó una corona de flores en la tumba de País. El gesto despertó esperanzas entre los cubanos sobre un giro en la política de Washington porque contrastaba fuertemente con las actitudes en favor de Batista del antecesor de Smith, Arthur Gardner. El impopular Gardner jamás había criticado públicamente los excesos de Batista, y en privado le había sugerido al dictador que enviara un asesino a la sierra para matar a Fidel.

Las temerarias observaciones de Smith sobre la violencia policial en Santiago agitaron la polémica sobre Castro: funcionarios de Batista y ultraconservadores norteamericanos acusaron a Washington de mostrarse flexible con el comunismo. En agosto, el ubicuo Spruille Braden, embajador norteamericano durante el primer período presidencial de Batista en la época de la Segunda Guerra Mundial, arrojó el guante al calificar a Castro de «compañero de viaje» de los comunistas.

Lo cierto era que la CIA ya buscaba contactos con el movimiento rebelde de Fidel a través de sus agentes en Santiago y La Habana. El primer indicio de esos contactos aparece en el comentario acerbo del Che a una carta de Armando Hart de abril de 1957 en la que «sugiere un acuerdo con la embajada yanqui». El siguiente aparece en una carta de Frank País a Fidel fechada el 5 de julio, durante el interregno entre la partida del embajador Gardner y la llegada de Earl Smith a La Habana. La carta informaba que había obtenido un visado norteamericano para Lester «el Gordito» Rodríguez, un dirigente del 26 de Julio que debía coordinar la recaudación de fondos y la compra de armas para los rebeldes, y explicaba: «La muy meritoria y valiosa Embajada Americana vino a vernos y ofreció cualquier clase de ayuda a cambio de que abandonemos el robo de armas de su base [en Guantánamo].[1] Lo prometimos a cambio de una visa de dos años para el Gordito y que ellos lo sacaran del país. Hoy cumplieron su promesa: el cónsul lo llevó personalmente y los papeles, diarios y mapas que necesitaba salieron por valija diplomática. Buen servicio...»

Seis días después, el 11 de julio, Frank escribió nuevamente a Fidel: «María A. me dijo muy urgentemente al mediodía de hoy que el vicecónsul norteamericano quería hablar contigo en presencia de otro hombre, pero

1. El Movimiento 26 de Julio tenía una célula clandestina activa entre los empleados cubanos de la base de Guantánamo, y robaba armas y municiones de los depósitos desde antes de la expedición del *Granma*.

no sabía quién... Estoy harto de tantas idas y venidas y conversaciones con la embajada, y creo que nos convendría estrechar filas un poco más, sin perder el contacto con ellos, pero sin darles tanta importancia como ahora; veo que están maniobrando pero no veo claramente cuáles son sus verdaderos fines.»

El «vicecónsul» era Robert Wiecha, en realidad un agente de la CIA. El «otro hombre» sigue siendo un misterio, pero podía ser el jefe de la CIA en La Habana o su segundo, William Williamson; ambos, según Earl Smith, eran «pro Castro». En su biografía de Fidel Castro, Tad Szulc dice que entre el otoño de 1957 y mediados de 1958 la CIA entregó no menos de cincuenta mil dólares a diversos agentes del 26 de Julio, y que el pagador era Wiecha.

Fidel aceptó el encuentro. En una respuesta sin fecha a Frank, escribió: «No veo por qué debemos poner la menor objeción a la visita del diplomático norteamericano. Podemos recibir a cualquier diplomático norteamericano aquí como recibiríamos a un diplomático mexicano o un diplomático de cualquier país.» La grandilocuencia de la redacción sugiere que esperaba que los norteamericanos leyeran la carta. «¿Quieren mantener lazos de amistad más estrechos con la democracia triunfante de Cuba? ¡Magnífico! Es una señal de que reconocen el desenlace final de esta batalla. ¿Proponen una mediación amistosa? Les diremos que no hay mediación honorable, no hay mediación patriótica: no hay mediación posible en esta batalla...»

Aunque Fidel estaba dispuesto, aparentemente no se llevó a cabo la reunión con los agentes de la CIA. Posiblemente la postergó la muerte de País, y luego la CIA modificó su política. Pero la agencia de espionaje mantuvo contacto con funcionarios del Directorio Nacional en el llano, con lo cual el Movimiento evidentemente obtuvo fondos y acaso otro tipo de ayuda. Cabe observar que mientras la CIA presentaba sus proposiciones, País se reunía con un grupo de oficiales reformistas de la base naval cubana de Cienfuegos que conspiraban contra Batista para derrocarlo; también ellos tenían apoyo encubierto de Estados Unidos.

William Williamson, el subjefe de la CIA en La Habana, había asegurado a los marinos conspiradores que, en caso de triunfar, tendrían el reconocimiento de Estados Unidos. En julio el grupo ya había tomado contacto con Faustino Pérez en La Habana y Frank País en Santiago para proponerles una alianza. Después de escucharlos con atención, País había aprobado su plan con entusiasmo y lo había transmitido a Fidel.

Era una oferta tentadora: los oficiales no se proponían un mero «cuartelazo» sino una insurrección total para derrocar a Batista, apoyados por fracciones disidentes del ejército y la fuerza aérea, con sublevaciones simultáneas en Cienfuegos, Santiago y La Habana. A pesar de su oposición pública a cualquier junta militar posbatistiana que pudiera frustrar sus intenciones de conquistar el poder, Fidel no era la clase de hombre que desaprovechaba una oportunidad y tenía poco que perder si apoyaba a los conspiradores de Cienfuegos. En primer lugar, los participantes del Movimiento serían los hombres del llano, no los de la sierra, lo que le daba cier-

to margen para negar todo conocimiento de los hechos si la conspiración salía a la luz. En segundo lugar, si se oponía al plan y éste triunfaba, quedaría enemistado con los conspiradores y atrapado en la sierra. Claro que si los ayudaba, corría el riesgo de quedar marginado por una maniobra, pero en ese caso podría cumplir el compromiso hecho en el Manifiesto de continuar la lucha desde la sierra. Por el momento, su posición era buena: tanto los norteamericanos como los amotinados militares cubanos acudían a *él*. Se había convertido en un intermediario en la pugna por el poder y podía darse el lujo de mostrarse prudente con respecto a las diversas «componendas» en danza mientras continuaba su guerra en la sierra.

Entretanto, debía ocuparse de otros problemas. El asesinato de País coincidió con un aumento de las tensiones entre Fidel y el Directorio Nacional en el llano, en torno al control y el liderazgo del Movimiento 26 de Julio. Desde la reunión de febrero en la granja de Epifanio Díaz, País y Faustino Pérez lo presionaban para que les permitiera abrir un segundo frente.

El propósito era doble: un segundo frente guerrillero no sólo aliviaría la situación de los rebeldes en la sierra al dividir la atención del enemigo, sino que contrarrestaría las maniobras de Fidel para ejercer el control total de la lucha armada. Con la misma firmeza, Fidel imponía al Movimiento el apoyo a *sus* combatientes en la Sierra Maestra como prioridad absoluta: mientras sus fuerzas no estuvieran consolidadas, no se debía enviar armas a otra parte. En febrero había impuesto su posición; el plan del segundo frente había quedado archivado, pero no olvidado.

Ése era apenas el comienzo de la brecha entre la sierra y el llano. Durante su encarcelamiento, Carlos Franqui, Faustino Pérez y Armando Hart habían mantenido conversaciones prolongadas con dirigentes presos de otros partidos cubanos de oposición. Habían llegado a la conclusión de que las «diferencias ideológicas insuperables» habían obstaculizado la alianza del 26 de Julio con el Partido Socialista Popular, el partido comunista cubano, que aún criticaba la estrategia «putschista» de Fidel para tomar el poder. Con todo, pensaban que el pacto con el Directorio era posible, pero hasta el momento la posibilidad de lograr una alianza funcional había sido frustrada por los temores que despertaba en los dirigentes el «caudillismo» de Fidel. Era una característica muy criticada de Fidel, reconocida por los propios hombres del Movimiento. Los dirigentes del llano se sentían agraviados por sus reclamos autoritarios, sus quejas incesantes sobre la insuficiencia de los esfuerzos realizados. Las cartas de Fidel revelan que, lejos de considerarlos socios en pie de igualdad en una guerra de guerrillas rural y urbana, para él eran poco más que *proveedores*. Parecía desconocer la precariedad de la vida en las ciudades, donde la detención, la tortura y la ejecución eran peligros constantes.

Además de acrecentar los vínculos del Movimiento con otros grupos, la gente del llano supervisaba la campaña urbana de atentados, sabotaje y asesinatos, así como las operaciones de contraespionaje en las fuerzas armadas;

mantenían las casas y clínicas clandestinas y las bandas de contrabandistas de armas. A ello se sumaban en aquellos momentos las tareas de la campaña de sabotaje industrial y rural decretada en el Manifiesto de febrero; la conformación de un frente obrero nacional para competir con los sindicatos batistianos y organizar una huelga general; y, para colmo, debían abastecer a Fidel de dinero y armas por medio de la Resistencia Cívica.

La perspectiva de abrir nuevos frentes guerrilleros se había presentado a partir de que el Movimiento se apoderara de las armas sobrantes del ataque del Directorio al palacio presidencial. Fidel había recibido algunas de esas armas en vísperas del ataque a El Uvero, pero con el resto Frank País había conformado un nuevo grupo rebelde dirigido por el ex estudiante de derecho René Ramos Latour, alias «Daniel». El grupo de Daniel se había instalado en la estratégica Sierra Cristal –al este de la Sierra Maestra, entre Santiago y Guantánamo–, pero su primer asalto a un cuartel militar en junio había fracasado, dejando un saldo de varios muertos y muchas armas perdidas. Frank País había recuperado algunas de esas armas y ocultado a Daniel con veinte de sus hombres en las casas clandestinas en Santiago. País había concebido luego un plan audaz: colocar una bomba de tiempo en una concentración a favor de Batista organizada por el gángster político Rolando Masferrer, dirigente de la fuerza paramilitar Los Tigres. Pero la bomba había fallado y poco después País sufrió el golpe final a sus aspiraciones con la muerte de su hermano Josué y otros dos camaradas.

Después de esos fracasos, País había empezado a presionar a Fidel para que ampliara el frente político mediante vínculos con personalidades políticas reconocidas; para ello había alentado la visita de Raúl Chibás y Felipe Pazos a la sierra. Él y Armando Hart –que por esa época se había fugado de la cárcel– habían elaborado una reestructuración global del Movimiento por la cual el poder decisorio quedaría en manos de un nuevo organismo ejecutivo; el plan contemplaba la integración de un nuevo Directorio Nacional con seis dirigentes provinciales. El resultado buscado era evidente: los poderes de Fidel quedarían sumamente reducidos ya que él sería un miembro más del Directorio, representante de los rebeldes en la sierra. «Si tienes alguna sugerencia o tareas a realizar, dímelo –le escribió País–. En todo caso, cuando esté terminado el proyecto de programa te lo enviaré para que lo estudies y des tu opinión.»

Fidel respondió con su «Manifiesto de la Sierra Maestra», que aniquilaba cualquier intento de reducir su poder. En una carta posterior, Fidel soslayó hábilmente la propuesta al afirmar de manera ambigua: «Estoy muy feliz –y te felicito– de que vieras tan claramente la necesidad de formular planes en una escala nacional y sistemática. Seguiremos luchando aquí mientras sea necesario. Y terminaremos esta batalla con la muerte o el triunfo de la *verdadera* Revolución...»

Semanas después, Frank País había muerto y Fidel se apresuró a llenar ese vacío. El 31 de julio, al día siguiente de su muerte, escribió una carta a Celia Sánchez para expresar su dolor e indignación por la pérdida y pedirle

que se hiciera cargo de «buena parte del trabajo de Frank». Proponía que Faustino Pérez reemplazara a País en el Directorio Nacional y que ella lo pusiera al corriente de sus deberes. Pero en esta ocasión el Directorio Nacional obtuvo una de sus escasas victorias sobre Fidel al designar a «Daniel» –René Ramos Latour– en lugar de Pérez como reemplazante de País.

En los últimos tiempos Fidel confiaba cada vez más en Celia Sánchez para llevar a cabo sus instrucciones. La bombardeaba con su correspondencia, le decía que era indispensable para su supervivencia y se quejaba amargamente de la falta de apoyo del llano. En efecto, desde su primer encuentro en febrero, Celia era la principal confidente de Fidel en el llano, y en aquellos momentos su autoridad se acrecentaba. Los demás dirigentes del 26 de Julio comprendieron que era su principal intermediario con Fidel.

Como sucesor de País en el intento de ejercer mayor control sobre Fidel y los rebeldes, Daniel apuntó sus cañones hacia el Che: en una carta a Fidel se quejó de que aquél no se había comunicado una sola vez con él desde que reemplazó a País y causaba problemas al resolver sus dificultades de abastecimiento mediante personas «no autorizadas» por el Directorio. Fidel optó por hacer caso omiso de las acusaciones de Daniel mientras multiplicaba sus rencorosas quejas a Celia sobre el «abandono» de la sierra por el llano. La disputa continuaba por lo bajo, sin resolverse, y mientras tanto había que ocuparse de la guerra.

III

Mientras se preparaba para atacar de nuevo a las fuerzas del mayor Joaquín Casillas, el Che debía ocuparse de los problemas cotidianos de los reclutas nuevos, los chivatos y los desertores. Recibió un grupo nuevo de voluntarios de Las Minas, entre ellos la primera mujer, Oniria Gutiérrez, de diecisiete años. Como siempre, los dejó partir varios días después, apenas empezaron a mostrar síntomas de *cafard*, el término francés que empleaba para referirse a la cobardía.

Se enteró de que David Gómez, el mayoral que colaboraba con él, había sido detenido, torturado y aparentemente asesinado por el ejército. Las tropas habían ocupado la finca de Peladero, donde uno de los trabajadores reveló bajo presión todo lo que sabía sobre los contactos locales de los rebeldes. El Che escribió con indignación: «El resultado fue que mataron a 10 personas, incluyendo dos arrieros que tenía David, tomaron toda la mercancía, quemaron todas las casas del contorno y golpearon malamente a varios vecinos, algunos de los cuales luego fueron muertos y otros, como el papá de Israel, sufrieron fracturas. Había, según los informes, tres chivatos y yo pedí voluntarios para matarlos. Se brindaron varios voluntarios pero elegí a Israel, a su hermano Samuel, a Manolito y a Rodolfo, que salieron temprano con unos cartelitos que decían: Ajusticiado por traidor al pueblo M-26-7.»

El grupo de ejecución volvió una semana después, tras haber capturado y matado a uno de los chivatos. (El informe sobre la muerte de David resultó inexacto: él mismo fue a informar al Che de que lo habían detenido y torturado brutalmente, pero que no había abierto la boca.) Poco después, cuando la columna se retiraba por el mismo territorio que habían recorrido tras la batalla de El Uvero, recibió un mensaje de un desertor de esa odisea, René Cuervo, quien pedía perdón y decía, como si quisiera congraciarse, que había matado a un chivato. En La Mesa, uno de sus proveedores dijo que Cuervo andaba por la aldea y preguntó qué debía hacer con él. «Di orden de que lo mataran si los molestaba mucho», escribió el Che sin rodeos.[1]

A finales de agosto la columna del Che se encontraba acampada en el valle de El Hombrito. A pesar de la búsqueda afanosa del enemigo, sus hombres no entraban en combate desde Bueycito, casi un mes antes. El 29 de agosto, un campesino avisó al Che de que se acercaba una gran columna enemiga y le indicó dónde acampaban. El Che decidió atacar inmediatamente antes de que el enemigo pudiera avanzar más. Esa noche apostó a sus combatientes a ambos lados de una senda que conducía al campamento de los soldados y por la cual vendrían marchando al día siguiente. El plan era dejar pasar a los primeros diez o doce soldados, luego atacar el centro de la columna y así dividirla en dos grupos que se pudiera rodear y reducir fácilmente.

A primera luz observaron a los soldados que se despertaban y se colocaban los cascos, disponiéndose a partir. Cuando los soldados iniciaron la marcha cuesta arriba, el Che se sintió intranquilo, inquieto por la inminencia de la batalla y ansioso por estrenar su nueva Browning. A medida que se acercaban, empezó a contar. Pero cuando llegó al sexto, un soldado gritó y el Che abrió fuego en un acto reflejo; cayó el sexto hombre. Al segundo disparo, y antes de que sus hombres pudieran reaccionar, los otros cinco soldados desaparecieron de la vista. El Che ordenó el ataque, pero la columna enemiga, recuperada de la sorpresa, abrió fuego con lanzagranadas. Al ordenar la retirada a la posición defensiva se enteró de la muerte de Hermes Leyva, el primo de Joel Iglesias. Desde su puesto de observación, a un kilómetro de distancia, vieron cómo los soldados avanzaban, se detenían y a plena vista de ellos mutilaban y quemaban el cadáver de Leyva. «Nuestra ira impotente se limitaba a disparar desde lejos con fusiles y algunas ráfagas que ellos contestaban con bazookas», escribió el Che.

El intercambio de disparos duró todo el día, y al anochecer la columna enemiga se retiró. El Che calificó esa acción de «gran triunfo» a pesar de que había perdido a un hombre valioso y tomado una sola arma enemiga.

1. La primera sección del diario de campaña de Guevara obtenida por el autor comienza el 2 de diciembre de 1956 y termina el 12 de agosto de 1957. Se ha perdido la sección central, que va del 13 de agosto de 1957 al 17 de abril de 1958. La segunda sección que posee el autor va del 18 de abril de 1957 al 3 de diciembre de 1959, un mes antes del fin de la guerra. El autor obuvo información sobre los meses que faltan a partir de entrevistas realizadas por él y materiales publicados, incluidos los escritos de Guevara sobre el período. Véase *Pasajes de la guerra revolucionaria* en la bibliografía.

Con un puñado de armas, sus hombres habían detenido el avance de una compañía de ciento cuarenta soldados armados con lanzagranadas. Pero días después el Che se enteró de que la compañía había asesinado a varios campesinos e incendiado sus casas en represalia por su presunta complicidad con los rebeldes; fue una dura lección sobre el precio que pagaban los civiles en las zonas no protegidas. Resolvió que en el futuro evacuaría a los civiles antes de los ataques para evitar semejantes atrocidades.

Después de la batalla, el Che se reunió nuevamente con Fidel, quien acababa de atacar un campamento militar cerca de Las Cuevas. Había perdido a cuatro hombres, pero había causado bajas y obligado al enemigo a retirarse. Resueltos a aprovechar el impulso, decidieron atacar juntos un cuartel pequeño en Pino del Agua. Si había tropas, atacarían; si no, dejarían señales de su presencia para atraer al enemigo hacia el monte. La columna de Fidel sería el cebo; la del Che aguardaría en la emboscada. Elaborado el plan, las dos columnas se pusieron en marcha hacia el objetivo.

Pero las cosas no iban bien en la columna del Che. Hubo varias deserciones y luego un joven rebelde llamado Roberto Rodríguez, desarmado por insubordinación a su teniente de pelotón, consiguió un revólver y se mató de un tiro en la cabeza frente a sus atónitos camaradas. En el entierro surgió una discusión entre el Che y algunos hombres sobre si Rodríguez merecía honores militares. El Che se opuso. «Nosotros argumentábamos que suicidarse en unas condiciones como las nuestras era un acto repudiable, independientemente de las buenas cualidades del compañero. Tras un conato de insubordinación, solamente se veló el cuerpo del compañero, sin rendirle honores.»

Ante semejantes muestras de insatisfacción, el Che decidió tomar medidas más estrictas y designó una nueva «comisión de disciplina» encabezada por un muchacho. Enrique Acevedo, un chico de quince años que había huido de su hogar para incorporarse como descamisado a la columna con su hermano Rogelio, recuerda que la decisión despertó el encono de los combatientes. «Algo así como una pequeña policía militar –dice Acevedo– que, entre otras cuestiones, debe velar por que no se hable alto, no se encienda fuego antes del anochecer, por que al lado de las fogatas haya agua o mantas para apagarlas en caso de que aparezca la aviación... recorrer las postas e impedir que se lleven diarios. En fin, que sentimos el rigor de una nueva medida disciplinaria. El elegido disfruta con el cargo y le coge el gusto hasta llegar a ser una pesadilla para todos.»

El Che tenía fama entre los rebeldes por su tendencia a ser estricto en la disciplina, y algunos pedían que los transfirieran de su columna a la otra. El joven Acevedo continuaba en ella a pesar de la renuencia inicial del Che –«¿Vos crees que esto es un orfelinato o una creche [guardería]?»– y se dedicó a observarlo con gran cuidado. Escribió en su diario «ilegal»: «Todos lo tratan con gran respeto. Es duro, seco, a veces irónico con algunos. Sus modales son suaves. Al impartir una orden se ve que manda de verdad. Se cumple en el acto.»

Días después, los hermanos presenciaron un ejemplo de la justicia sumaria del Che. Enrique Acevedo tomó nota de la escena: «Al amanecer traen a un hombre fornido vestido de verde, pelado a lo militar, con grandes bigotes: es [René] Cuervo, quien campea por sus respetos en la zona de San Pablo de Yao y Vega la Yúa. Ha cometido tropelías bajo las banderas del 26 de Julio... El Che lo recibe en una hamaca. El prisionero intenta darle la mano, pero no encuentra respuesta. Lo que se habla no llega hasta nosotros, pese a que se discute fuerte, parece un juicio sumario. Al final [el Che] lo manda a retirarse con un gesto de desprecio de su mano. Lo llevan a una cañada y lo ejecutan con un fusil [calibre] 22, por lo cual hay que darle tres disparos. El Che salta de la hamaca y grita: "¡Basta!"» Más adelante, dijo Acevedo, bautizaron al lugar como el Hoyo del Cuervo.

Posteriormente, el Che justificó su decisión de matar a Cuervo. «Con el pretexto de luchar por la causa revolucionaria y ejecutar a los espías, hostigaba a todo un sector de la población de la sierra, tal vez en complicidad con el ejército. En vista de su carácter de desertor, el juicio fue veloz, procediéndose luego a su eliminación física. La ejecución de individuos antisociales que aprovechaban el clima prevaleciente en la zona para cometer crímenes desgraciadamente no era infrecuente en la Sierra Maestra.»

Pero unas semanas después, en otra batalla breve, salió a la luz una faceta más compasiva del Che, tan respetuoso de los enemigos que enfrentaban con valor la muerte en combate como era implacable con los espías, traidores y cobardes. Después de emboscar un camión de transporte de tropas cerca de Pino del Agua, el Che se acercó a inspeccionar los resultados. Según su relato escrito años después: «Al tomar el primer camión encontramos dos muertos; un herido, que todavía hacía gestos de pelea en su agonía, fue rematado sin darle oportunidad de rendirse, lo que no podía hacer un combatiente cuya familia había sido aniquilada por el ejército batistiano. Le recriminé violentamente esa acción sin darme cuenta que me estaba oyendo otro soldado herido que se había tapado con unas mantas y había quedado, quieto, en la caja del camión. Al oír eso y las disculpas que daba el compañero nuestro, el soldado enemigo avisó de su presencia pidiendo que no lo mataran; tenía un tiro en la pierna, con fractura, y quedó a un costado del camino mientras proseguía el combate en los otros camiones. El hombre, cada vez que pasaba un combatiente por el lado, gritaba: "No me mate, no me mate, el Che dice que no se matan los prisioneros." Cuando finalizó el combate, lo llevamos al aserrío, le hicimos las primeras curas y quedó allí para ser devuelto.»

IV

En la primera semana de septiembre, mientras avanzaban por la sierra, los rebeldes se enteraron de que se había producido la insurrección nacional. El 5 de septiembre, se había atacado y tomado la base naval y el cuartel

de la policía en la ciudad de Cienfuegos. Junto con los amotinados de la marina habían participado hombres de otros grupos como el Partido Auténtico y el 26 de Julio. Pero los planes no se habían cumplido: a último momento, los jefes de la conspiración en Santiago y La Habana se habían echado atrás, dejando aislada la insurrección de Cienfuegos.

Los rebeldes controlaron la ciudad durante la mañana, pero a la tarde el régimen envió los tanques de la gran guarnición de Santa Clara y bombarderos norteamericanos B-26 para atacarlos desde el aire. En lugar de huir a la vecina sierra de Escambray, los rebeldes cometieron el error fatal de permanecer en la ciudad, y allí los masacraron. Los tres dirigentes del 26 de Julio que participaron en los sucesos –Javier Pazos, jefe en ejercicio del aparato clandestino en La Habana; Julio Camacho, jefe en la provincia de Las Villas, y Emilio Aragonés, dirigente del 26 de Julio en Cienfuegos– pudieron escapar, pero murieron unos trescientos de los cuatrocientos hombres de las diversas organizaciones participantes; a varios los fusilaron después de entregarse. El régimen se tomó venganza de la manera más bárbara; se hablaba de heridos enterrados vivos, y al cabecilla, alférez de navío Dionisio San Román, lo torturaron durante meses.

La acción, la más grande y sangrienta hasta el momento en el conflicto cubano, tuvo abundantes secuelas. Fidel fue acusado de traición por Justo Carrillo, ex ministro del gabinete de Prío y dirigente del grupo antibatistiano Montecristi, que había participado en la conspiración junto con una de las fracciones militares. Carrillo había enviado fondos al Movimiento 26 de Julio; luego había estudiado –y finalmente rechazado– la oferta de Fidel de formar una alianza en la época del Pacto de la Sierra. Ahora, Carrillo lo acusaba de perfidia, de dar luz verde a la revuelta de Cienfuegos sabiendo que fracasaría y provocaría la muerte de los militares que consideraba rivales suyos en la disputa por el poder. Tiempo después, el Che respondió indirectamente a esta acusación: «El Movimiento 26 de Julio, participando como aliado desarmado, no hubiera cambiado el curso de los acontecimientos aunque sus dirigentes hubieran previsto claramente el desenlace, lo que no sucedió. La lección para el futuro es: el que tiene la fuerza dicta la estrategia.»

Pero también Batista sufriría las consecuencias de Cienfuegos. El Departamento de Estado consideraba que el uso de armas norteamericanas para aplastar la revuelta constituía una violación flagrante de los tratados de defensa entre los dos países; habían proporcionado los tanques y los bombarderos B-26 para la «defensa hemisférica» de Cuba, no para la represión de sublevaciones internas. Los norteamericanos pidieron explicaciones a las fuerzas armadas cubanas, y cuando éstas no las brindaron, empezaron a estudiar la suspensión de envíos futuros de armas al régimen.

Mientras tanto, en la Sierra Maestra, el Che y Fidel se acercaban a un nuevo blanco militar. El 10 de septiembre, las dos columnas llegaron a Pino del Agua. Fidel se aseguró de que los habitantes de la zona se enteraran de su presencia y hacia dónde se dirigía con el fin de que alguno lo delatara al ejército y luego se puso en marcha. Aquella noche, el Che montó

su emboscada junto a los caminos y senderos por donde, según las previsiones, avanzaría el enemigo. El objetivo del plan era atacar un convoy motorizado y capturar varios camiones. Después de una semana de espera en un bosque sobre una loma que dominaba el camino principal, el Che y sus unidades oyeron ruidos de motores. El enemigo había mordido el cebo.

Más que una batalla, resultó un choque en pequeña escala. Una vez que se inició la emboscada, dos camiones cargados de soldados pudieron escapar, pero los rebeldes capturaron otros tres –los cuales incendiaron– y un cargamento valioso de armas y municiones. Mataron a tres soldados y tomaron un prisionero, un cabo que se unió a ellos y a partir de entonces fue su cocinero. Para su gran tristeza, perdieron a «Crucito», un poeta guajiro cuyos duelos con el otro verseador rebelde, Calixto Morales, entretenían a los combatientes. Crucito se había bautizado «el ruiseñor de la Maestra», y a su rival le había puesto el mote de «el buitre de los llanos».

V

El Che y sus hombres se pusieron en marcha hacia Peladero, adonde se dirigía la columna de Fidel. Por el camino confiscó la mula del comerciante Juan Balansa que, si bien no se había mostrado hostil con los rebeldes, era sospechoso de simpatizar con Batista y ser amigo de los grandes terratenientes. A esto, que para el Che era suficiente, se sumaba otro incentivo: «Juan Balansa tenía un mulo de mucha fama en la zona como animal resistente y útil y, como impuesto de guerra, se lo quitamos.» La hubieran sacrificado para comérsela, pero la mula demostró ser ágil y segura, y el Che la perdonó porque se había «ganado el derecho de vivir». Luego se la apropió como su cabalgadura personal hasta que, más adelante, la «recuperó» el oficial que ya se convertía en su pesadilla, el capitán Ángel Sánchez Mosquera.

Había llegado el momento en que los rebeldes debían imponer su autoridad sobre los serranos y establecer una apariencia de ley y orden en la región. Por toda la Sierra Maestra rondaban hombres armados y reinaba una suerte de anarquía en la que desertores, grupos de forajidos que se hacían pasar por rebeldes y estos mismos cometían abusos, aprovechando sus armas y la ausencia de autoridad gubernamental para robar, violar y asesinar. La rigidez del nuevo código de conducta de los rebeldes causaba encono, sobre todo en la columna del Che, donde reinaba la tensión provocada por el celo de la flamante «comisión disciplinaria». En aquel momento, las tensiones alcanzaron un clímax sangriento.

Días después de la llegada de su columna a Peladero, el Che visitó el campamento vecino de Fidel. Estaban conversando cuando los interrumpió Ramiro Valdés. Era urgente; había sucedido algo terrible. «A Lalo Sardiñas, al castigar impulsivamente a un compañero indisciplinado y pretender darle con la pistola en la cabeza –escribió el Che–, se le había escapado un tiro, matándolo en el acto. Había un principio de motín en la tropa.»

De vuelta en el campamento, se halló ante un motín en toda regla: muchos exigían un juicio sumario y la ejecución de Lalo. El Che empezó a tomar declaración a los hombres: algunos decían que Lalo había cometido un asesinato premeditado, otros que había sido un accidente. Llegó Fidel y se celebró un juicio para determinar la suerte de Lalo. Éste era un oficial, un buen combatiente que había demostrado su valentía; tanto el Che como Fidel querían perdonarle la vida. Pero debían consultar a los combatientes, y por sus declaraciones era evidente que la mayoría deseaba la pena de muerte. Intervino el Che: «Trataba de explicar que la muerte del compañero debía ser achacada a las condiciones de la lucha –relató tiempo después–, a la misma situación de guerra, y que, en definitiva, el dictador Batista era el culpable. Pero mis palabras sonaban muy poco convincentes ante ese auditorio hostil.»

A continuación tomó la palabra Fidel, quien según el Che habló largamente en defensa de Lalo. «En definitiva, el acto repudiable fue cometido en defensa del concepto de la disciplina y que había que considerar siempre esto.» Muchos hombres se inclinaron ante lo que el Che llamó el «enorme poder de persuasión» de Fidel, pero muchos otros se mantuvieron firmes. Finalmente se decidió resolver la cuestión mediante el voto: fusilar o degradar a Lalo. Se respetaría la decisión mayoritaria. El Che anotó los votos en un cuaderno. De los 146 combatientes, 70 votaron por la muerte, 76 por la degradación.

Perdonaron la vida de Lalo. Lo despojaron de su grado y le ordenaron rehabilitarse combatiendo como soldado raso. Pero el asunto no terminó ahí. Al día siguiente, un grupo importante de combatientes, disgustados por la decisión, arrojaron sus armas al suelo y exigieron autorización para marcharse. Como hecho curioso, entre ellos se hallaban el presidente y varios miembros de la comisión disciplinaria formada por el Che. Como era su costumbre, al relatar el incidente el Che no dejó de señalar que varios de los renunciantes se convirtieron luego en traidores a la Revolución. «Aquellos hombres que no respetaron la mayoría y que demostraron su inconformidad abandonando la lucha, después se pusieron al servicio del enemigo y vinieron como traidores a luchar en nuestro suelo.»

Por más que el Che se empeñe en atribuir motivaciones traicioneras a los renunciantes, el incidente es revelador no tanto de la moral revolucionaria como de la dureza de su personalidad en aquella época. La marcha del Che a través de la Sierra Maestra estaba sembrada de cadáveres de chivatos, desertores y delincuentes, hombres cuyas muertes había ordenado y en ocasiones ejecutado él mismo. El código disciplinario impuesto hacia dentro y hacia fuera de la familia creciente de guerrilleros había generado un clima propicio para los abusos como el de Lalo. El líder da el ejemplo y, a su manera tosca, los subordinados del Che no hacían más que emular su conducta.

Después del motín, Fidel transfirió a varios hombres a la columna del Che para reemplazar a los renunciantes. En reemplazo de Lalo envió a Camilo Cienfuegos. El ex jugador de béisbol, apuesto, rubio y extrovertido,

fue designado capitán del pelotón de vanguardia. Resultó ser una decisión acertada, porque la personalidad despreocupada de Camilo sirvió para compensar la rigidez del Che. Había entre los dos un gran respeto mutuo y el Che le dispensaba a Camilo un grado de confianza que no le permitía a nadie más; sus conversaciones estaban sembradas de bromas procaces, regaños y pullas amistosas.

Llegó el momento de reanudar la marcha, y Fidel dio nuevas órdenes. «Inmediatamente teníamos que ponernos en camino para liquidar el intento de unos bandoleros, que, amparados en el nombre de nuestra Revolución, estaban cometiendo sus fechorías en los escenarios primeros de nuestra lucha y en la zona cercana a Caracas y el Lomón. La primera tarea de Camilo en nuestra columna fue marchar a paso rápido para tomar prisioneros a todos estos elementos y poder juzgarlos posteriormente.»

Mientras Camilo perseguía a los «bandidos», el Che volvió a la zona donde había instalado su propio cuartel general: el valle de El Hombrito. Desde la emboscada de agosto, el ejército no había regresado al lugar, y el Che había echado los cimientos de una base permanente. Dejó a un guajiro llamado Aristidio al frente de un campamento para nuevos voluntarios en el valle e incluso construyó un horno para pan. Pero a pesar de la calma momentánea, la posible incursión del ejército aterraba a los campesinos. Sánchez Mosquera había establecido su base en Minas de Bueycito y se pensaba que el ataque se produciría en cualquier momento. Evidentemente, Aristidio no era inmune al miedo generalizado porque durante la ausencia del Che había vendido su revólver y cometido el desatino de advertir a varias personas que pensaba tomar contacto con el ejército antes de que éste atacara. Todo esto llegó a oídos del Che, quien tomó medidas inmediatamente. «Aquéllos eran momentos difíciles para la Revolución –recordaría después–, y en uso de las atribuciones que como jefe de una zona tenía, tras de una investigación sumarísima, ajusticiamos al campesino Aristidio.»

El adolescente Enrique Acevedo estaba presente cuando trajeron a Aristidio: «Por nuestro lado pasa un prisionero descalzo, lo llevan amarrado. Es Aristidio. Nada queda de su facha de cacique. Más tarde se siente un disparo. Cuando llegamos al lugar ya le están echando tierra. Al amanecer, luego de una jornada agotadora, se nos explica que Aristidio fue ejecutado por mal empleo del dinero y los medios de la guerrilla...»

Pero más adelante, el Che relató la suerte del campesino casi con remordimiento. «Este Aristidio fue uno de los casos típicos de campesinos que se unieron a la Revolución sin una clara conciencia de lo que significaba... Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria. La guerra es difícil y dura y durante los momentos en que el enemigo arrecia su acometividad no se puede permitir ni el asomo de una traición. Meses antes, por una debilidad mucho más grande de la guerrilla, o meses después, por una fortaleza relativamente mucho mayor, quizá hubiera salvado su vida.»

Después de ajusticiar a Aristidio, el Che se desplazó hacia el cerro Caracas en otra misión punitiva, para ayudar a Camilo a cazar a una banda armada dirigida por el Chino Chang, un bandido cubano de origen chino. Aunque tenía una suerte de alianza con los rebeldes, Chang había robado y matado campesinos en la zona. Camilo ya había detenido a varios acusados, que serían juzgados por un tribunal revolucionario porque por primera vez los rebeldes contaban con un abogado de verdad para aplicar su sistema judicial: Humberto Sorí Marín, un prominente abogado y miembro del 26 de Julio en La Habana.

Apenas detuvieron al Chino Chang comenzaron los juicios. El tribunal absolvió a la mayoría de los acusados, pero condenó a muerte a Chang y a un campesino que había violado a una joven. Como siempre, el Che observó cuidadosamente sus últimos momentos para ver si demostraban coraje o cobardía frente a la muerte. «Primero fueron ajusticiados el campesino violador y el Chino Chang, ambos serenos, fueron atados en los palos del monte y el primero, el violador, murió sin que lo vendaran, de cara a los fusiles, dando vivas a la Revolución. El Chino afrontó con toda serenidad la muerte pero pidió auxilios religiosos del padre Sardiñas, que en ese momento estaba lejos del campamento,[1] no se le pudo complacer y pidió entonces Chang que se dejara constancia de que había solicitado un sacerdote, como si ese testimonio público le sirviera como atenuante en otra vida.»

Los rebeldes decidieron aleccionar a tres jóvenes de la pandilla de Chang mediante una ejecución fingida. Los muchachos fueron sentenciados a muerte y obligados a presenciar la ejecución de Chang y el violador mientras aguardaban la suya. Relata el Che: «Luego se realizó el fusilamiento simbólico de tres de los muchachos que estaban más unidos a las tropelías del Chino Chang, pero a los que Fidel consideró que debía dárseles una oportunidad; los tres fueron vendados y sujetos al rigor de un simulacro de fusilamiento; cuando después de los disparos al aire se encontraron los tres con que estaban vivos; uno de ellos me dio la más extraña espontánea demostración de júbilo y reconocimiento en forma de un sonoro beso, como si estuviera frente a su padre.» Según el Che, la decisión de perdonarles la vida resultó acertada; los tres permanecieron en el Ejército Rebelde, uno de ellos en la columna del Che, y se rehabilitaron al convertirse en «buenos combatientes de la revolución».

El periodista Andrew St. George, que había reaparecido, presenció las ejecuciones –tanto las verdaderas como las simuladas– y tomó fotografías del drama a medida que se desarrollaba. Éstas y su artículo aparecieron en la revista norteamericana *Look*. Aparentemente también envió informes al servicio de inteligencia norteamericano. (Varias fuentes coindicen en que el verdadero motivo de los viajes periodísticos de St. George era reunir información sobre Fidel y el movimiento rebelde para el gobierno norteamericano.)

1. El padre Guillermo Sardiñas, un sacerdote de Santiago, se había unido a los rebeldes en junio.

Durante los días siguientes cayeron otros transgresores. Uno de ellos era Dionisio Oliva, un campesino que había cumplido un papel clave para desenmascarar a Eutimio Guerra. Posteriormente, él y su cuñado habían robado provisiones destinadas a los rebeldes y se habían convertido en cuatreros. Dionisio había expropiado casas privadas donde mantenía a dos amantes. Con ellos cayeron varios hombres más, incluido un joven llamado Echevarría. Tenía a varios hermanos en la guerrilla; uno de ellos había desembarcado del *Granma*. En cambio, este joven había optado por unirse a una pandilla de bandoleros. Con todo, su caso fue «conmovedor», según el Che. Echevarría suplicó que lo dejaran morir en combate (no quería deshonrar a su familia al morir frente a un pelotón de fusilamiento revolucionario), pero el tribunal confirmó la sentencia. Antes de que lo fusilaran, escribió el Che, Echevarría envió una carta a su madre, «explicándole la justicia de la sanción que en él se ejecutaba y recomendándole ser fiel a la revolución».

El último de los ejecutados fue nada menos que «el Maestro», el acompañante timorato del Che cuando, atormentado por el asma, fue a Santiago a conocer a los nuevos voluntarios. Posteriormente el Maestro había abandonado la guerrilla con el pretexto de una enfermedad y se había «dedicado a una vida de inmoralidades». Se había hecho pasar por el «doctor» Che para tratar de violar a una campesina que acudió a él como paciente.

Después de la victoria revolucionaria, Fidel habló de esas ejecuciones con Carlos Franqui, periodista del 26 de Julio. Mintió en cuanto al número de ejecuciones que autorizó durante la guerra, pero se explayó sobre el caso del Maestro. «Llevamos muy poca gente delante de los pelotones de fusilamiento, realmente muy poca. En toda la guerra no fusilamos a más de diez tipos, en veinticinco meses.» En cuanto al Maestro: «Era un orangután: tenía una barba enorme. También era un payaso nato y llevaba cargas como si fuera Hércules, pero era mal soldado... ¡Le gustaba ser médico más que maestro! Qué estupidez, hacerse pasar por el Che en esa zona donde habíamos estado mucho tiempo, donde todos nos conocían... Y ahora, con la nueva barba, el Maestro se hacía pasar por el Che: "Tráiganme mujeres. ¡Las voy a examinar a todas!" ¿Alguna vez escuchaste algo más indignante? Lo fusilamos.»

VI

Después de la oleada de ejecuciones, el Che y sus hombres volvieron a El Hombrito. Ya era finales de octubre de 1957, y el Che quería iniciar la construcción de una infraestructura «industrial» para sostener la presencia permanente de la guerrilla. Esta ambiciosa intención recibió un impulso adicional con la llegada de dos estudiantes universitarios de La Habana a quienes encargó la construcción de una represa para obtener energía hidroeléctrica del río Hombrito. Su otra tarea fue ayudarlo a lanzar un diario de la guerrilla: *El Cubano Libre*. El primer número apareció a principios de noviembre, impreso con una antigua multicopista de 1903 que llevaron a la sierra con ese fin.

El Che tomó nuevamente la pluma y escribió una serie de artículos bajo su antiguo seudónimo: «El Francotirador». En su primer artículo, «El principio del fin», vinculó hábilmente el problema de la ayuda militar norteamericana a Batista con las recientes protestas de los defensores de los animales frente a la ONU en Nueva York por la decisión soviética de enviar al espacio a una perra llamada Laika en su satélite *Sputnik II*. (El mes anterior los soviéticos habían puesto en órbita el *Sputnik I*, el primer satélite artificial.)

«El alma se nos llena de compasión, pensando en el pobre animal que morirá gloriosamente en aras de una causa que no comprende. Pero no hemos oído que ninguna sociedad filantrópica norteamericana haya desfilado frente al noble edificio, pidiendo clemencia para nuestros guajiros, y ellos mueren en buen número, ametrallados por los aviones P-47 y B-26 enviados por las fragatas o acribillados por los competentes M-1 de la tropa. ¿O será que en el marco de la conveniencia política vale más una perra siberiana que mil guajiros cubanos?»

Ese periódico fue apenas el comienzo. Con su visión de dejar instalada una infraestructura social eficiente en El Hombrito, hizo construir un hospital rudimentario y trazó planos para otro más. En poco tiempo, además de la panadería, tenían una «embrionaria» granja avícola y porcina, un taller de zapatería y talabartería, y una «armería» que funcionaba a todo vapor. Habían iniciado la producción de minas terrestres rudimentarias y granadas para lanzar con fusil, llamadas «Sputnik» en honor de los nuevos satélites soviéticos, y empezaban a reunir los materiales para fabricar obuses. Para coronar simbólicamente estos logros, el Che encargó la confección de una enorme bandera del 26 de Julio con la inscripción «Feliz Año 1958» para izarla en la cima del monte El Hombrito. Supervisaba estas actividades con el orgullo de saber que instituía una «autoridad real» en la zona. Al mismo tiempo, consciente de que las tropas del capitán Sánchez Mosquera merodeaban por la zona, hizo construir refugios antiaéreos y fortificaciones defensivas a lo largo de las rutas que conducían al interior de su pequeño feudo. «Decidimos entonces crear una base de operaciones fija... y crear allí nuestra industria pesada», escribió a Fidel el 24 de noviembre.

Pero en el momento de escribir esa carta recibió la noticia de que las tropas de Sánchez Mosquera atravesaban el valle adyacente de Mar Verde, incendiando en su camino los bohíos de los campesinos. El Che envió a Camilo Cienfuegos a emboscar a las tropas y lo siguió con la intención de atacar al enemigo por la retaguardia.

Mientras los soldados avanzaban cuesta arriba por el valle de Mar Verde, los hombres del Che lo hacían por las laderas boscosas que lo flanqueaban para alcanzarlos sin dejarse ver. Trataron de apretar la marcha, pero descubrieron que los seguía su nueva mascota, un cachorro. El Che le dijo al combatiente que cuidaba del cachorro, un hombre llamado Félix, que lo obligara a volver, pero el perrito fiel siguió a la columna. Descansaron junto a un arroyo y el perrito empezó a aullar. Trataron de hacerlo callar con caricias, pero el perrito seguía aullando. El Che ordenó que lo mataran. «Félix me

miró con unos ojos que no decían nada –escribió el Che tiempo después–. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo, estaban él y el perrito. Con toda lentitud sacó una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extiguiéndose al compás de un quejido muy fino que podía burlar el círculo atenazante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.»

El grupo reanudó la marcha en silencio. El enemigo se había alejado. Disparos remotos les indicaron que las emboscadas de Camilo habían atacado, pero los exploradores enviados por el Che sólo hallaron una tumba cavada poco antes. El Che ordenó que la abrieran y en su interior hallaron el cadáver de un soldado enemigo; la escaramuza había terminado y tanto las tropas como el grupo de Camilo se habían alejado. Decepcionados por no haber podido entrar en acción, volvieron al fondo del valle y al anochecer llegaron a la aldea de Mar Verde. Los habitantes habían huido sin llevarse sus pertenencias. Los rebeldes cocinaron un cerdo y un poco de yuca, y uno de ellos se puso a cantar al son de una guitarra.

«No sé si sería sentimental la tonada, o si fue la noche, o el cansancio –escribió el Che–. Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogió. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró; Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca con algo de reproche, aunque obervábamos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado.»

Todavía estaban en Mar Verde cuando al día siguiente los exploradores avisaron que las tropas de Sánchez Mosquera estaban acampadas a menos de dos kilómetros de ahí. La fuerza de Camilo ya estaba en posición y antes de atacar esperaba que lo hiciera la columna del Che. Ésta se desplazó rápidamente hasta el lugar. Al amanecer del día siguiente, 29 de noviembre, los rebeldes ocupaban sus posiciones en las márgenes del río Turquino, bloqueando las posibles vías de escape. El Che apostó su propia unidad en el punto más vulnerable; si los soldados pasaban por ahí, tendrían que dispararles a quemarropa.

El Che con dos o tres hombres estaba oculto detrás de unos árboles cuando pasó un pequeño pelotón enemigo. Armado sólo con una pistola Luger, el Che se apresuró nerviosamente en su primer disparo y erró. Comenzó el tiroteo, y en la confusión los soldados se refugiaron en el monte. Al mismo tiempo las demás unidades abrieron fuego sobre la casa donde se hallaba la mayoría de los soldados enemigos. Durante el tiroteo, Joel Iglesias fue herido de seis balazos mientras perseguía a los soldados. El Che lo halló bañado en sangre, pero vivo. Después de evacuar al chico al hospital de campaña en El Hombrito, volvió a la batalla, pero las tropas de Sánchez Mosquera, bien atrincheradas, mantenían un fuego intenso, por lo cual un

asalto sobre su posición era sumamente peligroso. Cuando empezaron a llegar refuerzos militares, el Che envió a varios pelotones a detenerlos mientras sus hombres mantenían inmovilizados a los de Sánchez Mosquera. Ciro Redondo, amigo del Che y veterano del *Granma*, trató de acercarse, pero cayó muerto de un balazo en la cabeza.

Hacia la media tarde terminó todo. Los refuerzos enemigos habían logrado atravesar las emboscadas, y el Che ordenó la retirada. Había sido un día sangriento. Además de Ciro, habían perdido a otro hombre, asesinado después de caer prisionero. Otros cinco, incluido Joel, estaban heridos. Pensaban que el ejército los perseguiría y volvieron a El Hombrito a marchas forzadas para prepararse para la confrontación.

Después de varios días de preparativos febriles para la defensa, recibieron el aviso: las tropas de Sánchez Mosquera estaban en camino. El Che había trasladado a los heridos y las provisiones a su nueva posición de retirada en La Mesa. Esperaba que las nuevas minas terrestres fabricadas por su armería, colocadas en la ruta de aproximación a El Hombrito, detendrían el avance enemigo. Pero las minas no explotaron, y las unidades guerrilleras de vanguardia tuvieron que abandonar rápidamente sus posiciones. La ruta hacia El Hombrito estaba despejada y había poco tiempo que perder. El Che y sus hombres se retiraron del valle por una senda que ascendía la cuesta bautizada como Los Altos de Conrado en honor a un guajiro comunista que los ayudaba. Debían subir una cuesta abrupta hasta una casa abandonada, que el Che consideraba el mejor lugar donde apostarse. Montaron la emboscada detrás de una gran piedra que dominaba el camino. Allí esperarían durante los tres días siguientes.

El plan, aunque escasamente ambicioso, era arriesgado. Oculto detrás de un gran árbol junto al camino, Camilo Cienfuegos trataría de matar al primer soldado que apareciera. Los francotiradores apostados a ambos lados del camino abrirían fuego y otros lo harían desde el frente. El Che y un par de hombres ocupaban posiciones de reserva a unos veinte metros, pero no estaban totalmente ocultos. El Che había ordenado que nadie se asomara a echar una mirada (el primer disparo les indicaría la llegada de los soldados), pero él violó su propia orden.

«Pude apreciar ese momento tenso antes del combate –escribió–, en que el primer soldado apareció mirando desconfiado a uno y otro lado y fue avanzando lentamente... Escondí la cabeza esperando el comienzo del combate; sonó un disparo y enseguida se generalizó el fuego.» El estrépito de la batalla invadió el bosque mientras los dos bandos disparaban a corta distancia uno del otro. Los soldados dispararon rápidamente algunos obuses, pero éstos cayeron lejos de los rebeldes, y en ese momento una bala impactó en el Che. «De pronto sentí la desagradable sensación, un poco como de quemadura o de la carne dormida, señal de un balazo en el pie izquierdo que no estaba protegido por el tronco.»

Oyó ruidos de hombres que se acercaban a través de la maleza y comprendió que estaba indefenso. Había vaciado el cargador del fusil y no ha-

bía tenido tiempo para cambiarlo; su pistola había caído al suelo y ahora la cubría con su propio cuerpo, pero no podía alzarse para recogerla por temor a que lo descubriera el enemigo. Rodó desesperado y cogió la pistola en el momento en que uno de sus hombres, el llamado «Cantinflas», venía hacia él para decirle que se retiraba porque su arma estaba trabada. Colocó el cargador en el arma y alejó al joven con un insulto. En un alarde de coraje, Cantinflas salió al descubierto para disparar al enemigo, pero recibió un balazo que entró por su brazo izquierdo y salió por el omoplato.

Los dos estaban heridos y no tenían la menor idea de dónde estaban sus camaradas. Se arrastraron para salir de la línea de fuego y conseguir ayuda. Huyeron hacia la casa de un colaborador, a varios kilómetros de distancia. Cantinflas iba en una camilla, pero el Che, sostenido por la adrenalina, anduvo a pie hasta que el dolor lo doblegó y tuvieron que subirlo a un caballo.

Temeroso de que el enemigo continuara su avance, el Che organizó una nueva emboscada en La Mesa y envió una carta urgente a Fidel para ponerlo al tanto de los sucesos: «La ayuda rápida con 30-06 y automáticas calibre 45 sería muy oportuna.» Informó de que había vengado la pérdida de El Hombrito matando a «por lo menos tres soldados enemigos», y luego dio las malas nuevas; habían perdido un fusil, no habían tomado armas del enemigo y él mismo estaba herido. «Lamento muchísimo no haber seguido tu consejo, pero la moral de los hombres estaba bastante baja... y consideraba que mi presencia en las primeras líneas era absolutamente necesaria. Sin embargo, en general me cuidé mucho y la herida fue accidental...»

Después de escribir la carta, el Che descubrió que su situación no era tan mala como temía. El enemigo, lejos de aprovechar su ventaja, se había retirado totalmente de la zona. Y no era ésa la única buena noticia. Habían operado al joven Joel Iglesias, quien ya se recuperaba. En el nuevo refugio, uno de los médicos que se habían unido recientemente a los rebeldes «operó» al Che. Con una hoja de afeitar le extrajo el proyectil del M-1 del pie, y el Che pudo volver a caminar.

Pero al volver a El Hombrito, halló que el lugar estaba devastado. «Nuestro horno de pan había sido concienzudamente destruido y entre las ruinas humeantes solamente se encontraron algunos gatos y algún puerco que escapó a la vesania del ejército invasor para caer en nuestras fauces.» Volverían a empezar de cero, pero no en El Hombrito. Al finalizar su primer año de guerra y comenzar 1958, el Che empezó a construir una nueva base en La Mesa.

VII

En su carta a Fidel del 9 de diciembre, el Che abordaba un tema mucho más importante que su dilema militar inmediato. Estaba relacionado con su disputa creciente con el Directorio Nacional del 26 de Julio en el llano. El Che jamás había sentido estima por la gente del llano –ni, evidentemente, ellos por él–, pero ahora la relación se volvía abiertamente hostil.

El problema tenía que ver formalmente con el abastecimiento. Desde su ascenso a comandante, el Che había ignorado a Daniel, el sucesor de Frank País como coordinador del Ejército Rebelde en Oriente, para tratar por su cuenta con proveedores no autorizados por el Directorio. Pero éste era el aspecto superficial del problema. Para el Directorio Nacional, él era un marxista «extremista». Lo que alarmaba a Daniel y Armando Hart, patentes anticomunistas ambos, era la autonomía casi total de la columna del argentino y su evidente influencia sobre Fidel, en momentos en que sus relaciones con él se debilitaban. La negativa del Che a ponerse en contacto con Daniel o utilizar la organización en Santiago socavaba la autoridad del llano. Para controlarlo, querían obligarlo a utilizar los «canales correspondientes».

Para resolver las desavenencias, a fines de octubre Daniel y Celia Sánchez fueron a la Sierra Maestra a hablar con Fidel. La visita coincidió con una serie de procesos políticos lejos de la sierra. Armando Hart, jefe de la «organización general» del 26 de Julio en el llano, informó del hecho potencialmente auspicioso de que los partidos de oposición gestionaban la conformación de un gobierno revolucionario en el exilio dominado por el 26 de Julio y los auténticos de Prío. En octubre escribió a Fidel que continuaban las «relaciones cordiales con ciertos círculos diplomáticos» y que se había enterado de que personas «cercanas a la Embajada [estadounidense]» habían intercedido por ellos ante el embajador. «Creo que ésta es la mejor política –escribió a modo de conclusión–, ya que se nos mantiene al tanto de todo lo que sucede ahí y de todos los planes norteamericanos, y al mismo tiempo el Movimiento no se compromete oficialmente...»

Como secuela de la frustrada sublevación en Cienfuegos, apoyada clandestinamente por la CIA, los norteamericanos probablemente trataban de compensar sus pérdidas, buscando distintos medios para echar a Batista. Una coalición amplia de grupos políticos *aceptables* –incluyendo un 26 de Julio moderado– les debió de parecer la solución ideal. El conflicto cubano escapaba a todo control. Cuando el ejército se reveló incapaz de dar a los rebeldes un golpe mortal, Batista optó por soltar a los perros. Los asesinatos policiales de sospechosos eran cosa de todos los días, mientras las masacres periódicas de guajiros por el ejército en Oriente exacerbaban el clima de anarquía creciente. El oficial Alberto del Río Chaviano, conocido por haber torturado a los rebeldes del Moncada hasta matarlos, había sido ascendido y puesto al mando de la campaña antiguerrillera en la Sierra Maestra, y se había puesto un precio de cien mil dólares a la cabeza de Castro.

Los enemigos de Batista también multiplicaban los actos de violencia. En octubre y noviembre, el Movimiento 26 de Julio se lanzó a perseguir espías y traidores en las ciudades y por fin pudo matar al Gallego Morán, que había causado estragos al pasarse a las filas del servicio de inteligencia militar batistiano. El brutal jefe militar de Holguín, el coronel Fermín Cowley, responsable de la matanza de los hombres del *Corinthia* y otros asesinatos, fue muerto por un comando del 26 de Julio. Los rebeldes también incrementaron el sabotaje económico. Sus unidades partían de la sierra para in-

cendiar cañaverales en una escala hasta entonces nunca vista. Fidel pensaba incrementar el ataque a la economía nacional para sacar la guerra de su aislamiento en la Sierra Maestra y transformarla en una campaña nacional. Como prueba de sus intenciones, prometió incendiar los importantes cañaverales de su familia en Birán.

Paradójicamente, a pesar del conflicto, la economía cubana pasaba por un boom gracias a los altos precios del azúcar y el aumento de las inversiones extranjeras, casi todas provenientes de Estados Unidos. Las empresas extractoras de níquel en Oriente, de capitales norteamericanos, habían anunciado sus planes de expansión, y en La Habana se ampliaban las instalaciones portuarias para hacer frente al crecimiento del comercio marítimo. Oleadas de turistas afluían a La Habana, y se construían nuevos hoteles de lujo para recibirlos. La última zafra azucarera, una de las mejores de la historia de Cuba, había dado un excedente de cientos de millones de dólares para el Estado.

Con todo, Washington aún desconfiaba de la aptitud de Batista para dominar la situación y enviaba señales contradictorias a su régimen. Mientras el Departamento de Estado y la CIA expresaban su disgusto creciente, los militares apoyaban al dictador. En noviembre, el jefe de la fuerza aérea de Batista, coronel Carlos Tabernilla, había recibido una condecoración militar, mientras el general de marines Lemuel Shepherd, en un discurso, brindaba por Batista, «un gran general y un gran presidente». Después de unos meses en funciones, el embajador Earl Smith había recibido abundantes noticias sobre las «influencias comunistas» entre los rebeldes y se mostraba escéptico sobre Fidel Castro, hasta el punto de sugerirle al director de la CIA, Allen Dulles, que enviara un espía a la Sierra Maestra para determinar «los alcances del control comunista» en el movimiento.

Mientras tanto, Fidel se balanceaba sobre la cuerda floja en su intento de aparecer como el caudillo indiscutido de la oposición política cubana. Para ello, debía fortalecerse militarmente mediante la extensión de la guerra, lo cual requería un mayor apoyo político y económico. Y para lograr este último debía mostrar una fachada moderada, tranquilizadora.

Al recibir la carta de Armando Hart sobre el inminente pacto de unidad, Fidel encomendó a su representante en Estados Unidos la tarea de conducir una delegación a la reunión del 1 de noviembre y le dio una lista de los nombres que proponía para ocupar los puestos clave en la alianza propuesta. Sin dudar de que sus deseos serían cumplidos, Fidel volvió a ocuparse de los asuntos de la guerrilla. Debidamente amonestado en las reuniones con Fidel, Daniel volvió a Santiago y enseguida puso manos a la obra para conseguir las municiones y provisiones que requería la guerrilla. Celia Sánchez se quedó en el campamento. Fidel le había dicho que deseaba su «presencia femenina» a su lado durante algún tiempo y ella había aceptado la propuesta. Permanecería con él hasta el fin de la guerra.

El 1 de noviembre, se constituyó en Miami una Junta de Liberación Cubana con representantes de la mayoría de los partidos de la oposición. Los

comunistas estaban excluidos, pero el Movimiento 26 de Julio dominaba el «comité nacional» de la junta. Sin embargo, Felipe Pazos se había presentado por su cuenta como representante oficial del 26 de Julio, lo que para Fidel constituyó un intento de desplazarlo. Y aparte de los reclamos consabidos de renuncia de Batista, elecciones justas y retorno al estado de derecho, el Pacto buscaba abiertamente satisfacer a Washington. No se produjo declaración alguna que se opusiera a la intervención extranjera o a la idea de que una junta militar sucediera a Batista (uno de los grandes temores de Fidel) y en cambio se reclamó la incorporación de las guerrillas fidelistas a las fuerzas armadas cubanas «después de la victoria» para asegurar la futura disolución del Ejército Rebelde. En cuanto a la injusticia social, se limitó a incluir una tibia promesa de crear puestos de trabajo y elevar el nivel de vida. En síntesis, era un manifiesto político destinado a ganar el corazón de Washington.

Las novedades llegaron a la sierra en cartas de Daniel y Armando Hart, quienes denunciaban los términos del pacto pero insinuaban que les parecían «aceptables». Raúl, indignado, acusó a Felipe Pazos de traición lisa y llana y propuso desatinadamente que lo fusilaran. Fidel les hizo saber su disgusto, pero sin pronunciarse públicamente, y mientras los dirigentes del llano se apresuraban a clarificar sus posiciones, se sumió en un silencio enigmático. Ocupado con la guerra, el Che mantuvo silencio, pero aguardaba con preocupación el pronunciamiento definitivo de Fidel. El 1 de diciembre, después de la batalla de Mar Verde, instó diplomáticamente a Fidel a que emitiera un manifiesto para publicarlo en *El Cubano Libre*. Luego se produjo su retirada de El Hombrito seguida por la acción en Altos de Conrado donde fue herido. Finalmente, en su carta del 9 de diciembre desde La Mesa, le arrojó el guante a Fidel. Expuso sus sospechas sobre el Directorio Nacional, al que acusó de sabotearlo «intencionalmente» y exigió que se le permitiera tomar «medidas severas» no especificadas para remediar la situación; caso contrario, presentaría su renuncia. A pesar de su lenguaje diplomático, la carta era un ultimátum al jefe.[1] La respuesta determinaría no sólo las futuras relaciones del Che con Fidel Castro sino, más aún, el rumbo político de la lucha revolucionaria en Cuba.

Cuatro días después, el Che recibió la respuesta. Jamás se divulgaron los términos de esa carta, pero, cualesquiera que fuesen, el Che experimentó una reafirmación de su fe. El 15 de diciembre escribió a Fidel: «En este preciso instante llegó un mensajero con tu nota del trece. Confieso que... me llenó de paz y felicidad. No por razones personales sino por lo que significa este paso para la Revolución. Sabes muy bien que no confiaba en absoluto en la gente del Directorio Nacional: ni como dirigentes ni como re-

1. El Che reconoció su período de dudas –dentro del cual este episodio fue un hito importante– en su carta de despedida a Fidel antes de partir al Congo en 1965. «Al pasar revista a mi vida pasada, creo que he trabajado con suficiente integridad y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única deficiencia seria fue no haber confiado más en ti desde los primeros momentos en la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente rapidez tus cualidades de líder y revolucionario.»

volucionarios. Pero no pensé que llegarían al extremo de traicionarte tan abiertamente...»

La carta advertía luego a Fidel sobre la «inconveniencia» de continuar en silencio: evidentemente, los norteamericanos «mueven los hilos de esta tramoya» y había llegado el momento de actuar sin miramientos. «Desgraciadamente, tenemos que afrontar al Tío Sam antes de tiempo.» Nuevamente instaba a Fidel a denunciar el Pacto de Miami mediante un documento firmado; *él* imprimiría diez mil ejemplares y los distribuiría por todo Oriente y La Habana, en lo posible por toda la isla. «Más adelante, si se complica, con ayuda de Celia podemos despedir a todo el Directorio Nacional.»

Fidel sí rompió su silencio. El mismo día de la carta, emitió una declaración de condena al Pacto de Miami que envió al Che, al Directorio Nacional y a los firmantes del pacto, cuyo «patriotismo tibio y cobardía» fustigó. «La dirección de la lucha contra la tiranía está y seguirá estando en Cuba y en las manos de combatientes revolucionarios.» En cuanto al futuro de sus fuerzas guerrilleras después de la victoria, declamó: «El Movimiento 26 de Julio reclama para sí la función de mantener el orden público y reorganizar las fuerzas armadas de la república.» Finalmente, para sabotear el intento (según lo entendía él) de Felipe Pazos de asegurarse la presidencia de un futuro gobierno de transición, Fidel designó a su propio candidato: el anciano jurista santiaguino Manuel Urrutia. Para concluir su *tour de force*, afirmó: «Éstas son nuestras condiciones... Si se las rechaza, entonces continuaremos la lucha por nuestra cuenta... Para morir con dignidad no hace falta compañía.»

La vigorosa denuncia obtuvo el efecto deseado de destruir la flamante Junta. Los ortodoxos se retiraron del Pacto; Felipe Pazos renunció al Movimiento 26 de Julio; Faure Chomón, el nuevo dirigente del Directorio, atacó violentamente la posición de Fidel y empezó a planificar su propia invasión de Cuba. Todavía faltaba el enfrentamiento definitivo de Fidel con su Directorio en el llano, pero eso sucedería unos meses después. Mientras tanto, el Che y Daniel dirimieron su pleito en un cruce de cartas enconadas. El Che proclamó en tono desafiante su credo marxista y su fe renovada en Fidel «como un auténtico dirigente de la burguesía izquierdista», a la vez que fustigó a Daniel y los «derechistas» del Directorio por la vergüenza de permitir que «cogieran por el culo» al movimiento rebelde en Miami. Daniel rechazó enérgicamente las acusaciones y lo acusó a su vez de preferir la «dominación soviética» para Cuba. Insistió en que él y los camaradas del llano tenían sus reservas sobre el Pacto de Miami, pero pensaban que antes de denunciarlo, el Movimiento 26 de Julio debía decidir «de una vez por todas» dónde estaba y hacia dónde se dirigía.*

La guerra epistolar entre Daniel y el Che revela mejor que cualquier documento histórico la profundidad de las divisiones ideológicas en el seno del movimiento rebelde cubano en esa época. Daniel escribió su respuesta a

* Véanse más detalles en el apéndice.

la carta del Che antes de enterarse de que Fidel había denunciado el Pacto de Miami, pero la suerte estaba echada: se advertía a los grupos de oposición cubanos que sólo se les permitiría cumplir un papel en la revolución si reconocían a Fidel como dirigente supremo y aceptaban sus condiciones. En poco tiempo la ruptura de Fidel se conoció en toda la isla. Tal como había prometido, el Che la reprodujo con su multicopista y el 2 de febrero *Bohemia* la publicó en una edición especial de medio millón de ejemplares. El 6 de enero, mientras mandaba imprimir la carta, el Che elogió el documento «histórico» en carta a Fidel. «Ya lo decía Lenin, la política de principios es la mejor política. El resultado final será magnífico... Ahora vas por el camino más grande de ser uno de los dos o tres [dirigentes] de América que llegarán al poder por una lucha armada multitudinaria.»

En ese momento, pocas personas aparte del Che tenían plena conciencia del paso trascendental que había dado Fidel, y que con el tiempo afectaría a las vidas de millones de personas, tanto en Cuba como en el exterior. La denuncia pública del Pacto de Miami era apenas la punta visible de una decisión política de gran magnitud, que por el momento sería un secreto celosamente guardado.

VIII

Desde el comienzo, Fidel era consciente de que el enfrentamiento con los norteamericanos era un hecho ineludible, pero esperaba postergarlo hasta *después* de la conquista del poder. Los profundos tentáculos de éstos en su patria no admitían medidas tibias, y si alguna vez había de gobernar como correspondía y conquistar la auténtica liberación nacional de Cuba, tendría que cortarlos de raíz. Para el Che esto significaba llevar a cabo una revolución socialista, pero Fidel se cuidaba de emplear en público esa palabra tan temida.

Hasta entonces Fidel se había mantenido a prudente distancia del Partido Socialista Popular, el partido comunista cubano. Para ganar terreno había suavizado su mensaje político para concertar una amplia alianza política y evitar la hostilidad de los norteamericanos. Pero los signos inconfundibles de la influencia de Washington sobre el Pacto de Miami y sobre algunos dirigentes del 26 de Julio en el llano demostraban que los días de contemporizar habían pasado.

Entonces aparecieron los comunistas. La víspera de la partida del *Granma*, el PSP le había dicho claramente a Fidel que coincidía con su objetivo de derrocar a Batista, pero no con sus tácticas.

A medida que pasaba el tiempo, el PSP se veía obligado a estudiar la posibilidad de participar en la lucha armada. Aunque no aceptaba la estrategia bélica de Fidel, parecía lógico que el partido buscara algún tipo de acuerdo con él si aspiraba a tener voz en el futuro político del país. Además, tenía poco que perder. Presionado por los norteamericanos, Batista perseguía im-

placablemente a los militantes del partido, los utilizaba como chivos emisarios de la violencia política, a la vez que la guerra afectaba directamente la vida de muchos simpatizantes. Dada la conocida filiación política del Che Guevara y su relación estrecha con Fidel, sin duda era el dirigente rebelde a quien el partido debía acudir en busca de una vinculación con Castro. Lo hicieron a poco de comenzar la guerra. En el verano de 1957, dos comunistas jóvenes partieron de La Habana con órdenes del partido de unirse al Che.

Pablo Ribalta, un negro cubano, había estudiado en la Unión Internacional de Estudiantes en Praga y se había graduado en la escuela de cuadros políticos de élite del Partido Comunista. En la época de su viaje, era miembro del Secretariado Nacional de la Juventud Comunista. Ribalta ha confirmado que el partido lo designó a mediados de 1957 para unirse al Che en la sierra con la misión concreta de llevar a cabo el adoctrinamiento político de las tropas rebeldes. «El Che había pedido una gente de las características mías: un maestro, con algún grado de instrucción política y con experiencia en el trabajo político.»

Ribalta entró en la sierra desde Bayamo y llegó a La Mesa cuando el Che estaba en campaña. En su ausencia, organizó el ingreso de comunistas locales en la guerrilla y creó una escuela de adoctrinamiento político. Cuando regresó, el Che se sentó con él y lo interrogó sobre sus conocimientos. Aparentemente satisfecho, le ordenó que se sometiera a un período de instrucción como guerrillero. Meses después lo envió a su base permanente de retaguardia en Minas del Frío, donde había una escuela para reclutas, una cárcel y otras instalaciones. Como instructor, Ribalta debía producir combatientes «con educación integral». Según él, «llevaban indicaciones precisas de no decir que era miembro del PSP, aunque un grupo de dirigentes, entre ellos Fidel, conocía esto; pero en aquel momento podía crear divisiones, y yo lo cumplí al pie de la letra».

Los contactos discretos del partido con Fidel y otros miembros del Directorio culminaron en octubre de 1957 con una reunión entre aquél y Urbino Rojas, dirigente del PSP y ex directivo del Sindicato de Trabajadores Azucareros. Según Rojas, estudiaron la posibilidad de formar una coalición entre sus organizaciones y a la vez los obstáculos que se oponían a ese plan: el anticomunismo furioso de algunos dirigentes del Movimiento en el llano y del Frente Obrero Nacional, la fachada sindical del Movimiento. Fidel consideraba que existían buenas razones prácticas para una alianza con el PSP. Cualesquiera que fueran sus diferencias con el PSP, éste poseía la organización política mejor estructurada del país, y sus vínculos antiguos y profundos con el movimiento obrero organizado hacían de él un partícipe vital en la futura huelga general. Pero hasta que Fidel impusiera su supremacía sobre todo el Movimiento 26 de Julio, los vínculos con el PSP debían ser tan graduales como discretos.

Más seguro que antes sobre el rumbo político de la revolución y renovada su fe en Fidel, el Che empezó a proclamar abiertamente sus convicciones marxistas. Incluso se dedicó a cierto proselitismo discreto entre sus comba-

tientes, que en su mayoría eran políticamente ignorantes y visceralmente anticomunistas. Para ellos, como para sus vecinos norteamericanos en la guerra fría, el comunismo era la «amenaza roja», una insidiosa infección extranjera que se debía temer y resistir. Es interesante ver cómo el Che combatió esa mentalidad entre sus hombres.

Enrique Acevedo, el prófugo de quince años que se había unido a la guerrilla con su hermano mayor como uno de los descamisados, recuerda una ocasión en que los hombres discutían, en ausencia del Che, si su jefe era comunista. Uno de ellos insistió en que el Che era un *ñangaro*, un «rojo»: «Bueno, ¿tú no ves que en la escuadra de la comandancia siempre hay un gran misterio con los libros del Che y que por la noche se leen en un círculo cerrado? Ésa es su labor: primero capta a los más cercanos, luego ellos lo van regando en la tropa.»

Acevedo sentía demasiada veneración por el Che para abordarlo directamente, pero gradualmente los combatientes de su columna comprendieron que su comandante creía en el socialismo. Los primeros rebeldes en enterarse fueron los miembros de su estado mayor. Uno era Ramón «Guile» Pardo, un adolescente que se había incorporado a la columna en agosto de 1957, siguiendo las huellas de su hermano Israel. En el curso de algunos meses el joven Pardo ingresó en el grupo de fieles seguidores, en su mayoría adolescentes, que le servían de mensajeros y escoltas.

«Cuando estábamos en El Hombrito –recuerda Pardo–, oí decir que había algunos campesinos que pertenecían al Partido Socialista Popular... En los recorridos, el Che los visitaba y noté que tenía afinidad con ellos. También discutía mucho de política con el padre [Guillermo] Sardiñas, que permaneció durante algún tiempo en nuestra tropa. El Che tenía un libro azul, que era un tomo de las obras escogidas de Lenin, y lo estudiaba con frecuencia. Me llamó la atención y quise saber quién era Lenin y se lo pregunté. Me explicó: "Tú conoces a José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez.[1] Lenin fue como ellos. Luchó por su pueblo." Fue la primera vez que alguien me habló de Lenin.»

Los combatientes jóvenes eran tablas rasas sobre las cuales el Che imprimió una huella profunda. Enseñó a los analfabetos Israel Pardo y Joel Iglesias a leer y escribir. Para Guile y otros, que tenían algo de instrucción, instituyó grupos de estudio diarios. El material de estudio pasaba gradualmente de la historia cubana y la doctrina militar a la política y el marxismo. Cuando Joel aprendió a leer, el Che le hizo estudiar una biografía de Lenin.

Así como se mostró discreto con respecto a su papel político durante la guerra, el Che en sus escritos publicados sólo se refirió indirectamente a las relaciones iniciales entre el PSP y el 26 de Julio. Trató de demostrar que la revolución había evolucionado *naturalmente* hacia el socialismo como resultado orgánico de la vida del Ejército Rebelde entre los campesinos desposeídos de la Sierra Maestra.

1. Héroes de la guerra de independencia nacional cubana a fines del siglo XIX.

«La guerrilla y el campesinado se iban fundiendo en una sola masa, sin que nadie pueda decir en qué momento del largo camino se produjo, en qué momento se hizo íntimamente verídico lo proclamado y fuimos parte del campesinado.»

En sus escritos sobre la aceptación gradual de la revolución por parte de los campesinos, el Che recurrió al simbolismo religioso. Sus sufrimientos eran una suerte de arduo peregrinaje en el cual los individuos se redimían mediante el sacrificio y alcanzaban la iluminación al aprender a vivir para el Bien Común. «En un nuevo milagro de la Revolución, el individualista acérrimo que cuidaba celosamente los límites de su propiedad y de su derecho propio, se unía, por imposición de la guerra, al gran esfuerzo común de la lucha. Pero hay un milagro más grande. Es el reencuentro del campesino cubano con su alegría habitual, dentro de las zonas liberadas. Quien ha sido testigo de los apocados cuchicheos con que nuestras fuerzas eran recibidas en cada casa campesina, nota con orgullo el clamor despreocupado, la carcajada alegre del nuevo habitante de la Sierra. Ése es el reflejo de la seguridad en sí mismo que la conciencia de su propia fuerza ha dado a los habitantes de nuestra porción liberada.»

El Che escribió este artículo, titulado «Guerra y población campesina», apenas siete meses después del fin de la guerra. Por más que idealizara conscientemente la vida en la sierra para el consumo público, posteriormente trató de reproducir a escala nacional esta visión de una utopía pastoral forjada por medio de la lucha armada. Más importante aún, identificó la *revolución* como la circunstancia ideal para adquirir la conciencia socialista. En esencia, el socialismo era el orden natural de la humanidad y la guerra de guerrillas la crisálida a partir de la cual se originaba.

18. LA GUERRA SE EXTIENDE

I

Al llegar diciembre de 1957, Fidel quería extender la guerra de la Sierra Maestra al llano. Grupos de rebeldes bajaban subrepticiamente para acosar a los soldados en cuarteles tan distantes como el de Manzanillo, e incendiar camiones cargados de caña de azúcar y autobuses en las rutas. Esta estrategia, además de perseguir el objetivo evidente de extender la guerra, servía para desviar la atención de la Sierra Maestra, donde los rebeldes se habían apresurado a consolidar su dominio del terreno. Esta situación de equilibrio inestable se prolongó a los primeros días del año nuevo: el ejército no realizaba incursiones y los rebeldes se abstenían de efectuar asaltos a gran escala.

En esa calma relativa nadie se mostraba tan activo como el Che Guevara. En su nueva base de operaciones de La Mesa hizo construir instalaciones para reemplazar las de El Hombrito, incluidos una carnicería, un taller de talabartería y una fábrica de cigarros. El Che se había vuelto adicto al tabaco cubano y, al igual que Fidel, fumaba habanos cuando podía conseguirlos.

El taller de talabartería debía abastecer a las tropas de calzado, mochilas y cananas. Cuando produjo la primera gorra militar, el Che se la presentó con orgullo a Fidel, pero en lugar de elogios escuchó una carcajada estrepitosa; sin quererlo, era una gorra casi idéntica a la que usaban los conductores de autobuses. Recuerda el Che: «El único que se mostró clemente conmigo fue un concejal batistiano de Manzanillo que había ido de visita... y se la llevó como recuerdo.»

Otorgaba gran importancia a los proyectos periodísticos del Ejército Rebelde, ya que eran el medio para violar la censura impuesta por el gobierno y contrarrestar la desinformación difundida por los militares. Había traído una multicopista nueva para imprimir *El Cubano Libre*, y uno de sus proyectos más ambiciosos era la instalación de un pequeño transmisor de radio. Radio Rebelde empezó a emitir en febrero.

El Che también dedicó grandes esfuerzos a mejorar la calidad y la producción total de material de guerra que salía de la fábrica de armas reconstruida. Lo entusiasmaban sobre todo las nuevas bombas M-26, llamadas Sputnik. Las primeras Sputnik eran bombas pequeñas lanzadas por medio de las bandas elásticas de arpones. Más adelante las perfeccionaron para poder lanzarlas mediante fusiles, pero los primeros modelos eran poco más

que hondas explosivas: un poco de pólvora comprimida en una lata de leche condensada. Provocaban un estruendo aterrador pero escasos daños, y el enemigo aprendió rápidamente a rodear sus campamentos con alambradas «antisputnik». A principios de 1958 aún no estaban probadas en combate y el Che tenía grandes esperanzas en su eficacia.

Mientras tanto, Fidel hizo una propuesta extraña a Batista. Le hizo saber por un intermediario que si el ejército se retiraba de Oriente, él estaba dispuesto a aceptar la convocatoria de elecciones bajo supervisión internacional. En aquellos momentos reinaba un ambiente de fuerte intranquilidad debido a los sabotajes rebeldes y la brutalidad policial en las ciudades, y aparentemente Fidel quería dar la impresión de un campeón de la paz. El aspirante a mediador llevó el mensaje a La Habana, donde el régimen de Batista rechazó la oferta con una vehemencia tal que el mensajero huyó al exilio.

Al mismo tiempo, Fidel se convertía en el hombre más solicitado por la prensa internacional. El problema cubano ocupaba un espacio en los medios; el *New York Times* le dedicaba editoriales, y el *Chicago Tribune* había enviado a su corresponsal en Latinoamérica, Jules Dubois, a cubrirlo. Durante enero y febrero, multitud de periodistas escalaron la sierra en busca de entrevistas; entre ellos había corresponsales del *New York Times, Paris Match* y los periódicos latinoamericanos. Volvió Andrew St. George, y Fidel lo aprovechó para hacer llegar mensajes tranquilizadores a la opinión pública norteamericana. Incluso escribió un artículo para la revista *Coronet*, uno de los medios de comunicación en que St. George colaboraba, que lo publicó en febrero. En esa nota Fidel se declaraba partidario de la libre empresa y las inversiones extranjeras, y enemigo de las nacionalizaciones. El gobierno provisional que reemplazaría a Batista estaría integrado por miembros del Rotary Club y, en general, por profesionales de clase media.

En enero, el movimiento sufrió un revés que pudo haber sido desastroso cuando Armando Hart y otros dos miembros del 26 de Julio cayeron presos después de una visita a Fidel. Todos los relatos del episodio coinciden en que los hubieran matado si el vicecónsul norteamericano en Santiago (y agente de la CIA), Robert Wiecha, no hubiera logrado que el embajador Smith se interesara por su suerte.

Desgraciadamente, en el momento en que lo capturaron, Hart tenía consigo un documento bastante comprometedor, una crítica furibunda de la fogosa carta a Daniel del Che en la que abordaba tanto el marxismo de éste y Raúl como la disputa entre el llano y la sierra. Después de leer la carta, Fidel había ordenado a Hart que no la enviara por temor a que si continuaba la guerra epistolar, tarde o temprano una carta caería en manos del enemigo y le daría a Batista una nueva arma propagandística. Ese temor se vio justificado. Días después de la detención de Hart, Rafael Díaz-Balart, un ex cuñado de Fidel que lo detestaba con virulencia, citó la carta en una entrevista radial como prueba de la influencia comunista en la organización rebelde.

Sin embargo, la campaña propagandística surtió escaso efecto. Días después de la detención de Hart, el ejército sacó a veintitrés rebeldes de la

cárcel de Santiago, los llevó a las estribaciones de la sierra y los masacró. Luego informó de que habían muerto en una batalla en la cual el ejército no había sufrido bajas. El Che publicó una réplica ferozmente irónica en su columna «Tiro al aire» de *El Cubano Libre*, bajo el seudónimo de El Francotirador. Tras reseñar varias guerras revolucionarias en el mundo, observó:

> Todas tienen características comunes: *a)* El poder gobernante «ha infligido numerosas bajas a los rebeldes». *b)* No hay prisioneros. *c)* «Sin novedad» por parte del poder gobernante. *d)* Todos los revolucionarios, cualquiera que sea el nombre del país o la región, reciben «ayuda subrepticia de los comunistas».
>
> ¡Qué cubano nos parece el mundo! Todo es igual. Un grupo de patriotas es asesinado, tengan o no armas, sean o no rebeldes, siempre después de «una batalla encarnizada»..., matan a todos los testigos, por eso no hay prisioneros. El gobierno nunca sufre una baja, lo cual a veces es cierto, porque matar a seres humanos indefensos no es muy peligroso, pero a veces también es una gran mentira; la Sierra Maestra es nuestro testigo irrefutable.
>
> Y finalmente, tienen a mano la acusación de siempre: «comunistas». Comunistas siempre son los que toman las armas cansados de tanta miseria, en cualquier parte del mundo donde suceda la acción; los demócratas son los que matan al pueblo indignado, sean hombres, mujeres o niños. ¡Qué cubano es el mundo! Pero en todas partes, como en Cuba, el pueblo tendrá la última palabra, la de la victoria, contra la fuerza bruta y la injusticia.

Gracias a la masacre de Santiago, la opinión pública dejó de prestar atención a la ofensiva propagandística batistiana sobre la influencia comunista en el grupo de Fidel, pero no sucedió lo mismo con los norteamericanos. El embajador Earl Smith consideró que la carta secuestrada a Hart confirmaba sus sospechas crecientes sobre la infiltración «roja» del Movimiento 26 de Julio; esto a su vez alentó su creciente aceptación de Batista. En enero, Smith viajó a Washington para promover la causa del dictador ante el Departamento de Estado, basándose en su promesa de restaurar las garantías constitucionales y realizar las elecciones de junio si Estados Unidos continuaba enviándole armas. Dijo a la prensa que no confiaba en Castro ni pensaba que el gobierno norteamericano pudiera «hacer tratos» con él.

A principios de febrero, la fábrica de armas del Che se apresuró a perfeccionar los Sputnik en previsión de la primera gran acción militar rebelde del año. Fidel había resuelto atacar nuevamente la comunidad maderera de Pino del Agua, donde el ejército había instalado una base permanente. Batista había eliminado la censura en toda la isla salvo la provincia de Oriente, y Fidel quería «dar un golpe espectacular» que le mereciese los titulares de primera plana.

II

El ataque se inició en la madrugada del 16 de febrero. El plan de Fidel era rodear y atacar el cuartel militar, eliminar los puestos de guardia y luego emboscar los refuerzos a medida que llegasen. Los hombres del Che trajeron seis Sputnik para iniciar el asalto. Otro producto de la fábrica de armas, una mina terrestre hecha de bombas de avión que no habían explotado, fue puesta a prueba por primera vez en un camino por donde se suponía que vendría el enemigo. Los resultados fueron decepcionantes. Los Sputnik causaron escasos daños, y las minas produjeron, según el Che, «un resultado lamentable»: la primera víctima fue un camionero civil que pasó por ahí en el momento menos oportuno.

El ataque comenzó bastante bien. La primera oleada de combatientes copó los puestos de guardia, mató a media docena de centinelas y tomó tres prisioneros, pero el cuerpo principal del enemigo se reorganizó rápidamente y detuvo el avance rebelde. En pocos minutos cuatro rebeldes cayeron muertos y otros dos mortalmente heridos; Camilo Cienfuegos sufrió dos heridas en el intento de recuperar una ametralladora abandonada.

Los rebeldes tuvieron mejor suerte con los refuerzos que acudieron al combate. La primera patrulla cayó en una emboscada y fue aniquilada. Pero el Che quería infligirles una derrota total y suplicó a Fidel que atacara nuevamente para aniquilar el campamento. Fidel cedió a sus ruegos y envió un par de pelotones para intentarlo nuevamente, pero tuvieron que retroceder bajo el fuego. El Che pidió entonces que le permitiera encabezar un nuevo asalto; trataría de incendiar el campamento para obligar a los soldados a salir a descubierto. Fidel accedió con renuencia, pero le ordenó que actuara con gran cuidado.

Sin embargo, cuando se disponía a atacar, recibió una nota de Fidel: «16 de febrero de 1958. *Che:* Si todo depende del ataque por este lado, sin apoyo de Camilo y Guillermo [García], no creo que deba hacerse nada suicida porque se corre el riesgo de tener muchas bajas y no lograr el objetivo. Te recomiendo, muy seriamente, que tengas cuidado. Por orden terminante, no asumas posición de combatiente. Encárgate de dirigir bien a la gente, que es lo indispensable en este momento. Fidel.»

Fidel imaginó que el Che desistiría del ataque si no se le permitía participar en el combate... y tuvo razón. Como escribió el Che tiempo después: «Toda la responsabilidad sobre mis hombros; fue demasiado para mí y, cabizbajo, tomé el mismo camino de mi antecesor.» Ordenó la retirada.

No era la primera vez que Fidel contenía al Che por su propia seguridad, ni sería la última. Acerca de su temeraria obstinación en combate, escribió: «De alguna manera, violaba las reglas del combate (es decir, las normas ideales, los métodos más perfectos) al arriesgar su vida en la batalla llevado por ese carácter, esa tenacidad, ese espíritu... Por eso teníamos que imponerle ciertas reglas y normas.»

A la mañana siguiente, mientras los aviones del gobierno surcaban el cielo sobre sus cabezas, los rebeldes se retiraron a la sierra, llevando consigo

cinco prisioneros y cuarenta armas. Después de la retirada, el ejército aparentemente asesinó a trece campesinos que se ocultaban cerca de las posiciones rebeldes. Al denunciar la atrocidad en *El Cubano Libre*, el Che estimó las bajas del ejército entre dieciocho y veintidós hombres. El ejército divulgó otras cifras. Un despacho oficial dijo que «dieciséis insurgentes y cinco soldados» murieron en el combate, pero no pudo confirmar el informe de que «el conocido comunista argentino Che Guevara estaba herido». A esas alturas el Che se había convertido en la obsesión de la prensa antifidelista; un diario de La Habana informó de que el asalto había sido encabezado por «el agente comunista internacional conocido como "Che" Guevara».

Durante las semanas posteriores a la batalla de Pino del Agua, los rebeldes multiplicaron las acciones de sabotaje en todo el país. El 23 de febrero, el movimiento produjo uno de los golpes propagandísticos más espectaculares de la guerra hasta entonces. Una célula del 26 de Julio secuestró al célebre piloto de carreras argentino Juan Manuel Fangio, quien se hallaba en La Habana para participar en una carrera automovilística internacional. Puesto en libertad e ileso, Fangio dijo que los secuestradores se habían mostrado «amables» y el trato había sido «amistoso y cordial».

El Directorio, virtualmente anulado después del desastroso asalto al palacio presidencial en marzo de 1957, reanudaba sus actividades. Un grupo pequeño que se había separado de la organización operaba en los montes Escambray cerca de Cienfuegos desde hacía varios meses. Lo dirigía Eloy Gutiérrez Menoyo, hermano de un caído en el asalto al palacio, con ayuda de un veterano militar norteamericano llamado William Morgan. En febrero recibieron el refuerzo de un grupo expedicionario de quince hombres del Directorio proveniente de Miami y encabezado por Faure Chomón. Se unieron temporalmente para realizar una serie de ataques relámpago y emitieron una proclama más bien altisonante a favor del pleno empleo, educación para todos y la creación de una «confederación de repúblicas americanas» en el espíritu bolivariano. Al enterarse de las novedades, Fidel asumió el papel del estadista magnánimo: declaró su beneplácito por el ingreso de los guerrilleros del Directorio en la «lucha común» y les ofreció su ayuda.

Fidel tomó una serie de medidas para ampliar su campo de operaciones. El 27 de febrero designó a sus tres lugartenientes principales (su hermano Raúl, Juan Almeida y Camilo Cienfuegos) comandantes de sus propias columnas. Fiel a la costumbre de exagerar la magnitud de sus fuerzas, designó a la unidad «Frank País», al mando de Raúl, la Sexta Columna; la unidad «Santiago de Cuba» de Almeida era la Tercera Columna. Raúl debía abrir un segundo frente oriental en la Sierra Cristal en el nordeste de Oriente, adyacente a la base naval norteamericana de bahía de Guantánamo, y Almeida iniciaría el «tercer frente oriental», desde el este de la Sierra Maestra hasta la ciudad de Santiago. (Designaría el teatro de operaciones de Camilo cuando éste se recuperara de las heridas sufridas en Pino del Agua.)

Al mismo tiempo, Fidel se dedicó a consolidar su poder en el «territorio libre» de la Sierra Maestra. El abogado Humberto Sorí Marín, ex afiliado del

Partido Auténtico que había actuado en los «juicios a los bandidos» en octubre, redactó un proyecto de legislación judicial para imponer la autoridad revolucionaria sobre los habitantes del territorio en poder de los rebeldes. Luego redactó un proyecto de ley de reforma agraria para dar respaldo «legal» a una práctica ya iniciada por Fidel: el robo generalizado de ganado a los terratenientes y su reparto a los combatientes y los campesinos de la zona.[1] En marzo se impulsó la realización de otro proyecto pendiente, la creación de una escuela para reclutas y oficiales en Minas del Frío. El Che era el director y la administración cotidiana quedó a cargo de un converso reciente llamado Evelio Lafferte.

Conformaban un equipo poco común, porque apenas un mes antes Lefferte, teniente del ejército de veintiséis años, había combatido a los rebeldes en Pino del Agua y a nadie temía más que al Che Guevara. «La propaganda contra él era masiva; se decía que era un asesino a sueldo, un criminal patológico..., un mercenario, que prestaba servicios al comunismo internacional... que utilizaban métodos terroristas y que socializaban a las mujeres y quitaban a los hijos... Ellos decían que a los soldados que caían prisioneros, los amarraban a un árbol y les abrían el vientre con una bayoneta.»

Su miedo aumentó cuando, después de la emboscada en la que lo hicieron prisionero y murieron tantos de sus camaradas, lo condujeron a la presencia del argentino tan temido. «Me dijo: "Tú eres de los oficialitos que vienen a acabar con el Ejército Rebelde, ¿no?" Repitió lo de "oficialito" y eso me disgustó; fue en un tono irónico y me pareció el preámbulo de algo peor.» Convencido de que los rebeldes iban a matarlo, Lefferte fue a parar a una cárcel improvisada en el campamento del Che en La Mesa, pero el trato era respetuoso y poco a poco sus temores se disiparon.

Los rebeldes comprendieron que tenían en sus manos a un hombre que podía resultar valioso. Oficial inteligente, destacado a pesar de su corta edad, el mejor de su promoción de la academia militar cubana, Lafferte se sentía acosado por las dudas ante la guerra brutal que libraba el ejército. Fidel lo instó a unirse a su bando, y después de un mes de cautiverio Lafferte aceptó la invitación. Fidel lo designó capitán y lo envió a la escuela de instrucción de reclutas en Minas del Frío.

El Che se mostró cuidadoso en su trato con él; le expuso sus puntos de vista con tacto y discreción. Dedicó mucho tiempo al joven oficial, conversó con él sobre su familia y sobre su afición común a la literatura y la poesía. Lafferte le dio a leer algunos poemas suyos y el Che le obsequió un ejemplar del *Canto general* de Neruda. Escuchó las sugerencias de Lafferte sobre la administración de la escuela, aceptó algunas y rechazó otras. Entre estas últimas estaba la idea de que el juramento de lealtad de los reclutas debía invocar a Dios.

1. Al finalizar la guerra los rebeldes de Oriente habían «liberado» de esta forma unas diez mil cabezas de ganado. Fue una de las medidas más aplaudidas del Ejército Rebelde y le granjeó el apoyo de muchos guajiros que por primera vez poseían ganado.

«[El Che] me dijo: "Cuando llegan los compañeros a la Sierra, no se tiene en cuenta si creen en Dios o no, por lo tanto, no podemos obligarlos a jurar por Dios. Por ejemplo, yo no creo y soy combatiente del Ejército Rebelde." Me preguntó: "¿Tú crees que sea justo obligarme a jurar por algo en que no creo?".»

Lefferte, perplejo, se dejó convencer por el argumento del Che: «Eso no me gustó, porque yo era católico, pero entendí correcto lo que estaba planteando y a Dios lo quité del juramento.»

Una vez instalada la escuela, el Che puso al dirigente juvenil comunista Pablo Ribalta a cargo de la orientación ideológica de los reclutas. Ribalta adoptó el seudónimo de Moisés Pérez para ocultar su identidad. En lugar de textos marxistas que pudieran espantar a sus alumnos, ilustraba sus lecciones con las experiencias de la guerra, la historia cubana, los escritos y discursos de Fidel «y otros dirigentes guerrilleros». Uno de éstos era nada menos que Mao Tse-tung.

Harry Villegas Tamayo, que entonces era un joven de dieciséis años de la ciudad de Yara en Oriente, recuerda sus experiencias en Minas del Frío. «La guerrilla para el Che era una escuela no sólo militar, sino cultural y educacional, se preocupaba por formar a los futuros cuadros de la Revolución.»

La previsión del Che dio buenos frutos. Al igual que otros jóvenes a los que el Che brindó atención especial, Villegas se convirtió en un cuadro leal de la revolución, primero como miembro de su grupo de escoltas, luego a su lado en las guerrillas del Congo y Bolivia y finalmente en el ejército, donde alcanzó el grado de general. Hoy, pasados los cincuenta, Villegas es uno de los pocos cubanos vivos que ostenta la condecoración de «Héroe de la Revolución».

III

Los periodistas que conocieron al Che en la Sierra Maestra pudieron comprobar la extraordinaria lealtad que inspiraba en sus hombres, y algunos se convirtieron en admiradores incondicionales y discípulos suyos. Entre ellos estaba el uruguayo Carlos María Gutiérrez, quien conoció al Che inmediatamente después de la batalla de Pino del Agua.

Con su apreciado mate en la mano, el Che se acercó a Gutiérrez y lo bombardeó con preguntas sobre su equipo fotográfico, desde los fotómetros que utilizaba hasta el tiempo de exposición de su película. Una pregunta que jamás dejaba de hacer a sus visitantes del Cono Sur era si habían traído yerba mate. Mientras lo acompañaba a inspeccionar el hospital de campaña y la «fábrica de zapatos», el uruguayo lo observaba todo. Le impresionaba en especial la cordialidad y la camaradería que reinaba entre los hombres del Che.

«No había órdenes, ni venias, ni protocolo militar, la guerrilla de La Mesa trasuntaba una disciplina más íntima, derivada de la confianza de los

hombres en sus jefes. Fidel, el Che y los demás vivían en los mismos sitios, comían lo mismo, y a la hora de la pelea disparaban desde la misma línea que ellos. Guevara no tenía que abandonar su brusquedad porteña ni su ironía para demostrar que los quería, y ellos le pagaban con la misma reticencia viril, de una adhesión más honda que la mera obediencia.»

En la primavera de 1958 también lo visitó en la sierra el joven periodista argentino Jorge Ricardo Masetti. A Masetti, un apuesto periodista sin mayores credenciales en la profesión, que provenía de un grupo juvenil peronista de ultraderecha, le sucedería lo mismo que a algunos de sus predecesores:[1] la experiencia modificaría su vida de manera irrevocable, y su fascinación por la revolución tendría consecuencias drásticas.

Casualmente, Masetti traía una carta de presentación de un viejo conocido de Ernesto Guevara, el abogado Ricardo Rojo, quien había regresado a la Argentina después del golpe derechista de 1955 que derrocó a Perón.[2] A fines de 1957, Masetti había buscado a Rojo en el café La Paz, un reducto de escritores y gente de teatro en el centro de Buenos Aires, y le había pedido ayuda para llegar a los rebeldes en la Sierra Maestra. Rojo garabateó unas líneas para Guevara.

«Querido Chancho: El portador es un periodista amigo que quiere hacer un programa para Radio El Mundo de Buenos Aires. Por favor tratalo bien, es un buen hombre.» Rojo firmó «El Francotirador», el mote que había intercambiado con Guevara durante sus correrías por Centroamérica, sin saber que su joven amigo se lo había apropiado.

Masetti llegó a la Sierra Maestra en marzo. Era el primer argentino que visitaba el monte, y algunos rebeldes jóvenes le preguntaron emocionados si era «hermano» del Che. Masetti decidió que no se dejaría impresionar a primera vista: «Del mentón anguloso asomaban algunos pelos que querían ser barba... El famoso Che Guevara me parecía un muchacho argentino típico de clase media.»

Durante un desayuno común, Masetti preguntó por qué combatía por un país que no era el suyo. El Che fumaba una pipa mientras habla-

1. Bob Taber, el periodista de la CBS, acabaría por cruzar la barrera al convertirse en activista, fundar el Fair Play for Cuba Committee y abogar por el gobierno de Castro en Estados Unidos. El espíritu romántico que llevó a Herbert Matthews a ensalzar a Fidel Castro en un principio minó su credibilidad periodística y finalmente arruinó su carrera en el *New York Times*. El joven periodista ecuatoriano Carlos Bastidas, que llegó a la Sierra a principios de 1958, partió con la decisión de abogar por la causa revolucionaria ante la Organización de Estados Americanos en Washington. Pero antes de que pudiera abandonar el país, fue asesinado por el servicio de inteligencia de Batista.

2. Rojo se había unido a su mentor político, Arturo Frondizi, quien en 1956 se había separado del Partido Radical para formar la facción liberal Unión Cívica Radical Intransigente. Cuando el general Aramburu convocó elecciones, Rojo desempeñó un papel fundamental en el inicio de las negociaciones entre el partido de Frondizi y Perón –quien aun en el exilio ejercía un gran poder– para obtener el crucial voto peronista para aquél. La gestión tuvo éxito: Frondizi ganó las elecciones presidenciales de febrero de 1958. La recompensa de Rojo fue un puesto diplomático en Bonn.

ba, y a Masetti le pareció que su acento no era argentino sino una mezcla de «cubano y mexicano».

«En primer lugar –le dijo a Masetti–, yo considero mi patria no solamente a la Argentina, sino a toda América. Tengo antecedentes tan gloriosos como el de Martí y es precisamente en su tierra en donde yo me atengo a su doctrina. Además, no puedo concebir que se llame intromisión al darme personalmente, al darme entero, al ofrecer mi sangre por una causa que considero justa y popular, al ayudar a un pueblo a liberarse de una tiranía, que sí admite la intromisión de una potencia extranjera que le ayuda con armas, con aviones, con dinero y con oficiales instructores. Ningún país hasta ahora ha denunciado la intromisión norteamericana en los asuntos cubanos ni ningún diario acusa a los yanquis de ayudar a Batista a masacrar a su pueblo. Pero muchos se ocupan de mí. Yo soy el extranjero entremetido que ayuda a los rebeldes con su carne y su sangre. Los que proporcionan las armas para una guerra interna no son entremetidos. Yo sí.»

Escuchando al Che, Masetti advirtió su tono absolutamente impersonal y a la vez la sonrisa que aparecía constantemente en sus labios. Le preguntó si Fidel Castro era comunista. El Che respondió esta vez con una sonrisa amplia, pero con el mismo tono despreocupado. «Fidel no es comunista. Si lo fuese, tendría al menos un poco más de armas. Pero esta revolución es exclusivamente cubana. O mejor dicho, latinoamericana. Políticamente podría calificárselo a Fidel y a su movimiento como "nacionalista revolucionario". Por supuesto que es antiyanqui, en la medida que los yanquis sean antirrevolucionarios. Pero en realidad no esgrimimos el antiyanquismo proselitista. Estamos contra Norteamérica porque Norteamérica está contra nuestros pueblos... Al que más atacan con el asunto comunista es a mí.»

En cuanto a sus motivos para unirse a los cubanos en México, el Che los atribuyó a sus años de viaje. «En realidad, después de la experiencia vivida a través de mis caminatas por toda Latinoamérica y del remate de Guatemala, no hacía falta mucho para incitarme a entrar en cualquier revolución contra un tirano, pero Fidel me impresionó como un hombre extraordinario. Las cosas más imposibles eran las que encaraba y resolvía. Tenía una fe excepcional en que una vez que saliese hacia Cuba, iba a llegar. Que una vez llegado, iba a pelear, Y que peleando, iba a ganar. Compartí su optimismo. Había que hacer, que luchar, que concretar. Que dejar de llorar y pelear.»

Masetti volvió a la Argentina con su reportaje exclusivo: había entrevistado a Fidel y al Che, y éste había hablado por primera vez a una audiencia radiofónica internacional. También volvió con un mensaje grabado del Che para su familia. La visita de Masetti fue un hecho excepcional para el clan Guevara, porque durante el año anterior habían recibido pocas cartas de su «Ernesto». Generalmente se enteraban de las novedades por medio de los periódicos y las revistas. La familia se había henchido de orgullo ante la fotografía publicada con el célebre artículo de Herbert Matthews en el *New*

York Times en la que Ernesto aparecía con un fusil y lucía una barba rala. Los artículos de Matthews también tranquilizaron a los Guevara respecto de la causa adoptada por su hijo. «Ahora sabíamos que Ernesto estaba luchando por una causa reconocida como justa», escribió su padre. En la primavera de 1958 apareció una nota de Bob Taber sobre el Che titulada «¿Podrá el Che cambiar el destino de América?». Para Guevara padre, era la prueba de que su hijo era *alguien*. «Confieso que lo escrito por Taber impresionó a toda nuestra familia. Ernesto ahora no sólo era un guerrillero más, sino que se le mencionaba como un futuro conductor de pueblos.»

Los Guevara también recibían noticias de Dolores Moyano, la amiga de infancia de Ernesto que vivía en Nueva York y les enviaba recortes del *Diario de las Américas*, periódico en español publicado en Miami. A la vez, el Comité del 26 de Julio en Nueva York les enviaba copias de los comunicados del Ejército Rebelde. Además, Guevara Lynch recibía información de Jules Dubois, corresponsal en Latinoamérica del *Chicago Tribune*. Dubois había buscado al padre del Che en Buenos Aires, y desde entonces, cada vez que el periodista venía a la ciudad, los dos se reunían para conversar mientras bebían un whisky.

Ambos aguardaban aquellos encuentros con gran expectación. Dubois viajaba a Cuba con frecuencia y a cambio de relatar las hazañas del Che con todo lujo de detalles, interrogaba a Guevara padre sobre la juventud del Che. Pero Dubois despertó las sospechas de Guevara Lynch cuando le pidió que escribiera un resumen de todo lo que sabía sobre Fidel Castro. Tiempo después, Guevara Lynch aseguró que sus sospechas se vieron confirmadas cuando supo de «muy buena fuente» que Dubois era agente de la CIA. (Sea veraz o no, la acusación era dogma oficial en Cuba, donde vivía Guevara padre en el momento de escribir sus memorias.)

Al volver de Cuba, el periodista uruguayo Carlos María Gutiérrez también visitó a la familia Guevara en Buenos Aires y expresó su admiración por la revolución y el Che. «Cuando nos hablaba de Ernesto, su palabra no nos convencía completamente, pues hablaba de un héroe romántico y bohemio», escribió Guevara Lynch. Además, el Che era un héroe muy atareado; según Gutiérrez: «Echó los cimientos de la reforma agraria en la Sierra; construyó una fábrica de armas; inventó un fusil bazooka...; inauguró la primera fábrica de pan en la montaña; construyó y equipó un hospital...; creó las primeras escuelas y entre otras cosas instaló una radio emisora que denominó Radio Rebelde...; y aún le quedó tiempo para fundar un pequeño diario destinado a informar a las tropas rebeldes, llamado *El Cubano Libre*.»

La visita de Masetti fue para los Guevara la coronación de la fama derivada de su hijo. Escucharon la grabación traída por el admirador más reciente de su hijo y las entrevistas transmitidas por Radio el Mundo. Después de las primeras visitas, Masetti y Gutiérrez se hicieron amigos y visitantes asiduos, y contagiaron a Guevara Lynch su fervoroso entusiasmo por la Revolución Cubana. «La defensa de la Revolución Cubana nos atrapó a todos –escribió–. Mi casa de la calle Aráoz se convirtió en un centro revo-

lucionario.» Alquiló un estudio cerca de su oficina para convertirlo en local del comité de apoyo al 26 de Julio. En un gesto que recordaba su militancia durante la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, fundó un Comité de Ayuda a Cuba que organizaba bailes y vendía bonos para recaudar fondos. Ahora la causa de su hijo era suya.

En Lima, Hilda también realizaba actividades de apoyo al Movimiento 26 de Julio, del cual era representante oficial en Perú. Para entonces se habían creado organizaciones locales del 26 de Julio en toda América Latina y Estados Unidos que recaudaban fondos, hacían propaganda sobre sus objetivos y difundían información a la prensa. «Yo recibía instrucciones del comité y colaboraba en la propaganda y la recaudación de fondos», escribió Hilda. Había regresado al APRA, y con algunos militantes del ala izquierda fundó un grupo de apoyo a los exiliados cubanos que buscaban asilo en Perú.

Pero a pesar de tanta actividad política, en los recuerdos de Hilda se trasluce un cierto tono de reproche. «De tanto en tanto recibía cartas de Ernesto. Pero muy pocas de las mías le llegaban, aunque yo seguía sus instrucciones... El 15 de febrero de 1958, cuando Hildita cumplió dos años, escribí a Ernesto para que autorizara mi llegada a las montañas de Cuba para estar con él y ayudarlo; la niña tenía edad suficiente para quedar al cuidado de mi familia o la suya. Su respuesta tardó cuatro o cinco meses. Dijo que yo no podía ir todavía; la lucha estaba en una etapa peligrosa, y se lanzaría una ofensiva en la cual él mismo no permanecería en un lugar determinado.»

Pero existía otra razón por la cual la presencia de Hilda en la Sierra Maestra no sería oportuna. Desde la primavera de 1958, el Che tenía una amante, la joven guajira Zoila Rodríguez. Joel Iglesias, el adolescente protegido del Che, fue testigo del fulminante enamoramiento. «En Las Vegas de Jibacoa, el Che se encontró con una muchacha negra, o más bien mulata, de un cuerpo muy hermoso, que se llama Zoila, y le simpatizó muchísimo. Muchas mujeres se volvían locas por él, pero en ese sentido fue muy estricto y respetuoso, sin embargo le gustó aquella joven.»

Madre soltera de dieciocho años, Zoila vivía con su padre cuando conoció al Che. «Eran como las cuatro de la tarde de un día que no recuerdo –evocó años después–. Yo estaba encerrando un ganado cuando llegó. Venía montado en un mulo... Estaba vestido de un verde raro, con una boina negra.» Iba en busca del padre de la chica, un colaborador de los rebeldes, para pedirle que herrara su mulo. El padre se había ausentado, y Zoila dijo que podía hacerlo. «Mientras herraba el mulo, lo miré de costado y me di cuenta que me estaba observando, pero me miraba de la forma en que miran los jóvenes a las muchachas y me puse sumamente nerviosa. Cuando fui a la caja de los hierros para escoger una escofina, me preguntó qué iba a hacer y le expliqué que ya había cortado los cascos y tenía que emparejarlos para poder montar las herraduras. Guevara dijo que si era tan imprescindible dejarlos tan bonitos. Le respondí que así era. Él me siguió mirando de esa forma que les digo, era una mirada un poco pícara que parecía que me quería regañar por algo que yo no había hecho.»

Después de herrar la mula, Zoila le ofreció un café. Mientras lo sorbía, interrogó a Zoila sobre su vida. ¿Dónde había aprendido a herrar mulas? ¿Era casada o soltera? Si quería seducirla, lo consiguió. «Me impresionó mucho, la verdad es que no lo puedo negar, como mujer me gustó muchísimo, sobre todo la mirada, tenía unos ojos tan bellos, una sonrisa tan tranquila que movía cualquier corazón, conmovía a cualquier mujer.»

Más tarde, su padre le explicó con admiración quién era Guevara, un hombre extraordinario que había venido a liberarlos de la miseria y la desgracia. Poco después, Zoila empezó a hacer recados para los rebeldes y a veces se cruzaba con el Che, quien finalmente le pidió que se quedara en Minas del Frío. Ayudaba en la cocina y el hospital, y trabajaba muchas horas.

«Él me dijo que me admiraba y que admiraba a los campesinos por los trabajos difíciles que realizábamos –recuerda Zoila–... Me preguntaba muchas cosas de la Sierra Mestra, cómo se llamaban las plantas, para qué servían, especialmente las medicinales... Él quería conocer acerca de los animales y las aves del monte. En mí surgió un amor muy grande y muy lindo, me comprometí con él, no sólo como combatiente sino como mujer.»

Zoila permaneció junto al Che durante varios meses. Es interesante notar que aparentemente no trató de instruirla en política. Zoila recuerda que un día vio uno de sus libros y quedó asombrada al ver las letras doradas. «Le pregunté si eran de oro. Le dio gracia la pregunta, se rió y me respondió: "Este libro es de comunismo." Me dio pena preguntarle qué quería decir comunismo, porque esa palabra nunca la había escuchado.»

IV

En marzo de 1958, Fidel Castro debió enfrentar un nuevo obstáculo en potencia en su camino hacia el poder: una iniciativa de paz. La Iglesia católica pidió el cese de la violencia rebelde y la creación de un gobierno de unidad nacional. Con ese fin creó una «comisión de armonía» integrada por políticos conservadores, empresarios y un sacerdote como mediador. Mientras Batista hacía los gestos conciliadores de rigor, Fidel rechazó la comisión por considerarla excesivamente oficialista. Era una jugada arriesgada, porque la opinión pública empezaba a clamar por una solución negociada y Fidel podía aparecer como el obstáculo. Pero en el momento crucial, el propio Batista le resolvió el problema.

El catalizador fue un juez de La Habana que inició proceso por asesinato a dos conocidos secuaces de Batista; a su vez el dictador suspendió las garantías constitucionales y anuló el proceso, lo que obligó al temerario juez a huir del país. Estados Unidos respondió con la suspensión de los envíos de armas a Cuba. Acosado por la ira de Washington, los sabotajes rebeldes y las instituciones cívicas que exigían su renuncia, Batista agravó su situación al postergar las elecciones previstas para junio hasta noviembre. Después de recibir un cargamento de armas traídas en un avión C-47 desde Costa Rica

a un lugar de encuentro cerca de Estrada Palma, Fidel se reunió con el Directorio Nacional (menos Armando Hart, que estaba encarcelado en la isla de Pinos y permanecería allí hasta la victoria de los rebeldes).[1] El 12 de marzo firmaron un manifiesto conjunto que emplazaba a iniciar los preparativos de la demorada huelga general y la «guerra total» contra el régimen.

Se trataba de provocar la parálisis total de la nación, nada menos. A partir del 1 de abril nadie debía pagar impuestos; a partir del 5, se consideraría traidor a quien permaneciera en el poder ejecutivo y criminal a quien ingresara en las fuerzas armadas; los jueces debían renunciar. Cuando la radio anunciara el llamamiento a la huelga, los rebeldes iniciarían ataques armados en La Habana y todo el país. Faustino Pérez, recientemente liberado de la prisión, organizaría la huelga en La Habana. Mientras tanto, Fidel preparaba su ejército en previsión de una insurrección a gran escala.

El partido comunista cubano PSP, que anhelaba participar en los sucesos, ordenó a sus militantes que atendieran el llamamiento y se organizaran para la acción, pero una vez más los dirigentes conservadores del Directorio Nacional en el llano impidieron su participación. Aunque el PSP envió un emisario a Fidel para abogar por su causa, y éste ordenó al movimiento que admitiera en los comités de huelga «a todos los trabajadores cubanos, cualquiera que sea su filiación política o revolucionaria», los dirigentes del llano excluyeron cuidadosamente a los comunistas.

La huelga, convocada para el 9 de abril, fue un desastre. La Confederación de Trabajadores Cubanos, la central obrera controlada por Batista, y el marginado PSP desoyeron el llamamiento a la huelga. En La Habana, la mayoría de los comercios y las fábricas permanecieron abiertos, y sectores clave como el transporte y la electricidad trabajaron normalmente. La huelga también fracasó en Santiago, donde al final del día habían muerto unas treinta personas a manos de la policía y los escuadrones de la muerte de Rolando Masferrer. Casi nadie hizo caso a los decretos de renuncias e impago de los impuestos. No obstante, resuelto a no mostrarse abatido, el 10 de abril Fidel pronunció una arenga inflamada por radio: «Toda Cuba arde y estalla en una explosión de ira contra los asesinos, los bandidos y los gángsters, los alcahuetes y los esquiroles, los matones y los militares aún leales a Batista.»

Pero a pesar de la retórica destinada a salvar las apariencias, la causa rebelde había sufrido un golpe duro con el fracaso de la huelga, y lo que se

1. Junto con este cargamento de armas llegó Pedro Miret, que en el momento de la partida del *Granma* estaba encarcelado en México, y se incorporó al estado mayor de Fidel. Con él venía Huber Matos, maestro y cultivador de arroz en Manzanillo que se había exiliado el año anterior después de ayudar al transporte de los primeros refuerzos rebeldes hacia la sierra. Fidel lo ascendió a oficial y luego a comandante de la Columna 9. El piloto del avión (que los rebeldes quemaron después de descargarlo) era Pedro Luis Díaz Lanz, desertor de la fuerza aérea batistiana. Antes del fin de la guerra Díaz Lanz realizaría varios transportes de armas, y recibiría el grado de jefe de la fuerza aérea revolucionaria. Más adelante se convirtió en uno de los enemigos más peligrosos del régimen castrista.

abstuvo de decir en público, Fidel lo expresó en una carta a Celia el 16 de abril. «La experiencia de la huelga significó un gran revés moral para el Movimiento, pero espero que podamos recuperar la fe del pueblo. La Revolución nuevamente está en peligro y su salvación está en nuestras manos.» A pesar del golpe que había sufrido su orgullo, el amor propio de Fidel estaba prácticamente ileso. «No podemos seguir desilusionando a la nación. Hay muchas cosas que debemos hacer, hacerlas bien y a gran escala; y las haré. Algún día el tiempo me justificará.»

Después fue el momento de las recriminaciones. Fidel echó la culpa a la dirección en el llano; los comunistas fustigaron el «aventurerismo» del Movimiento 26 de Julio. Para Batista, el fiasco del 9 de abril fue un regalo del cielo. El envío de cinco aviones cargados de armamentos por parte de su antiguo enemigo el dictador dominicano Rafael Trujillo, así como la notable disminución de la actividad rebelde después de la huelga, lo impulsaron a trazar planes ambiciosos para lanzar una ofensiva en verano que pusiera fin a la insurgencia fidelista de una vez por todas.

La huelga también atrajo miradas indeseadas y molestas, porque el llamamiento mal disimulado de Fidel a la «unidad obrera» constituía una nueva prueba de sus buenas relaciones con los comunistas. En efecto, si en el pasado había mantenido en secreto sus conversaciones con Fidel, últimamente el PSP no ocultaba su apoyo al movimiento rebelde. En febrero, el Comité Nacional había emitido un documento en el cual declaraba que el partido, «a pesar de las discrepancias drásticas que tiene con las tácticas del 26 de Julio en el resto del territorio del país, justifica y comprende la acción guerrillera en la Sierra Maestra». Esto constituía un respaldo indisimulado a la dirección rebelde en la sierra y a la vez subrayaba las profundas reservas del partido con respecto a los dirigentes derechistas del movimiento en el llano. En su edición del 12 de marzo, el boletín del partido *Carta Semanal* incluía un artículo titulado «Por qué nuestro partido apoya la Sierra Maestra».

«No nos limitamos a mirar con simpatía la actividad de las fuerzas en armas comandadas por Fidel Castro, "Che" Guevara y otros. Adoptamos la posición de apoyar activamente, en toda la zona guerrillera, las tropas que luchan contra la tiranía [batistiana]... Además de tratar de apoyar las actividades de las fuerzas patriotas que operan en Sierra Maestra, tratamos de fomentar los vínculos entre la acción guerrillera y la lucha de clases en la zona vecina.»

Aún hoy, a pesar de las abundantes pruebas en contra, la mayoría de los ex funcionarios soviéticos que sobreviven de esa época ratifican el dogma oficial de que la dirigencia soviética desconocía en gran medida los sucesos en Cuba y que la victoria rebelde en enero de 1959 los sorprendió. En primer lugar, los soviéticos ya habían mantenido contactos directos con el Che y Raúl Castro en México, donde la Unión Soviética tenía una gran embajada cuyos funcionarios se comunicaban regularmente con los partidos comunistas de la región, incluso el PSP cubano. Y si bien los viejos comunistas latino-

americanos rechazaban con indignación la idea de que estuviesen subordinados a Moscú, lo cierto era que la mayoría de los partidos comunistas regionales de la época recibían de la capital soviética no sólo subsidios sino también directrices políticas. Parece imposible, rayano en lo absurdo, que el liderazgo soviético desconociera que el partido cubano buscaba una alianza con la revolución de Fidel Castro en la primavera de 1958. En cambio, se sabe con certeza que a principios de 1958 un número creciente de comunistas ingresaban en el Ejército Rebelde, sobre todo en las columnas del Che y Raúl.

Entretanto, Fidel preparaba un golpe mortal contra el movimiento en el llano. El fracaso de la huelga general, amarga prueba de la debilidad de la dirección, había colocado a Fidel en una nueva posición de fuerza para asumir el control directo del movimiento en su conjunto. En esa época escribió a Celia Sánchez: «Nadie podrá jamás devolverme la confianza en la organización... Se supone que soy el líder de este Movimiento y a los ojos de la historia debo asumir la responsabilidad por la estupidez ajena... Con la excusa de combatir el caudillismo, cada uno trata cada vez más de hacer lo que le viene en gana. No soy tan necio como para no darme cuenta de ello ni soy un hombre dado a ver visiones y fantasmas.»

El 16 de abril, cuando la columna de Camilo Cienfuegos regresó de una breve incursión al llano, Fidel lo designó jefe militar del triángulo comprendido entre las ciudades de Bayamo, Manzanillo y Las Tunas, con la orden de coordinar todas las actividades guerrilleras en la región. Debía tomar el mando de las actividades de sabotaje y abastecimiento realizadas por los grupos de acción del llano, llevar a cabo la reforma agraria y «modificar el código civil»: en suma, extender la jurisdicción revolucionaria de Fidel de la Sierra Maestra al llano. Con ese alarde de autoridad, en teoría los rebeldes fidelistas podían atacar cualquier punto de Oriente, pero Fidel comprendió que antes de armar las fuerzas que debían llevar a cabo el plan, era necesario consolidar las defensas de la Sierra Maestra; evidentemente, Batista se aprestaba a lanzar una ofensiva militar a gran escala.

A mediados de abril, Fidel y el Che trasladaron sus bases de La Plata y La Mesa a las estribaciones del nordeste. Fidel instaló su cuartel general en El Jíbaro. La unidad del Che lo hizo a un día de marcha, cerca de la aldea Minas de Bueycito, donde Sánchez Mosquera había acuartelado sus tropas. La misión del Che era defender el frente rebelde de la penetración del ejército, y se instaló en la casa expropiada de un terrateniente en un paraje llamado La Otilia, a escasos dos kilómetros de la base enemiga. Ninguno de los bandos parecía desear el riesgo de una batalla decisiva. Durante la noche, los rebeldes lanzaban sus bombas M-26 y sus patrullas mantenían escaramuzas frecuentes con el ejército, pero la actividad principal de Sánchez Mosquera consistía en tomar represalias contra los civiles en la zona, quemar y saquear sus casas y matar a los sospechosos de colaborar con los rebeldes. Por alguna razón, jamás atacó La Otilia.

«Nunca he podido averiguar por qué razón Sánchez Mosquera permitió que estuviéramos cómodamente instalados en una casa, en una zona re-

lativamente llana y despoblada de vegetación, sin llamar a la aviación enemiga para que nos atacara –escribiría el Che más adelante–. Nuestras conjeturas eran que él no tenía interés en entablar combate y que no quería hacer ver a la aviación lo cercanas que estaban las tropas, ya que tendría que explicar por qué no atacaba.»

Si bien La Otilia salió ilesa, los caminos de aproximación comprendían una zona peligrosa de fuego libre. Una noche, al regresar de una visita a Fidel, el Che y su guía se encontraron con una escena sobrecogedora. «En esta última etapa, cerca ya de la casa, se presentó un raro espectáculo, a la luz de una luna llena que iluminaba claramente los contornos, en uno de esos potreros ondulados, con palmas diseminadas, apareció una hilera de mulos muertos, algunos con sus arreos puestos. Cuando nos bajamos de los caballos a examinar el primer mulo y vimos los orificios de las balas, la cara con que me miró el guía era una imagen de película de *cowboys*. El héroe de la película que llega con su compañero y ve, por lo general, un caballo muerto por una flecha, pronuncia algo así como: "Los sioux", y pone una cara especial de circunstancias, así era la del hombre y, quizá, también la mía propia, pero yo no me preocupaba mucho de examinarme. Unos metros más lejos estaba el segundo, luego el tercero y el cuarto o quinto mulo muertos. Había sido un convoy de abastecimientos para nosotros, capturado por una excursión de Sánchez Mosquera, creo recordar que también hubo algún civil asesinado. El guía se negó a seguirme, alegó desconocer el terreno y simplemente subió en su cabalgadura y nos separamos amigablemente.»

Pocas semanas después de instalar su campamento en La Otilia, el Che recibió nuevas órdenes. Entre los preparativos para la invasión del ejército, que día a día parecía más inminente, Fidel quería que el Che se hiciera cargo de la escuela de instrucción de reclutas en Minas del Frío, donde se había reunido un grupo grande de voluntarios nuevos. Éstos debían constituir la columna vertebral de un comando nuevo que emprendería una arriesgada travesía de la isla cuando estuvieran preparados y se produjeran las condiciones adecuadas. Ramiro Valdés, el segundo del Che, se haría cargo de la columna que se hallaba en el frente contra Sánchez Mosquera.

Como salvaguarda adicional, Fidel quería consolidar la infraestructura del Ejército Rebelde. Por eso trasladó Radio Rebelde y *El Cubano Libre* de La Mesa a su cuartel en La Plata. Con sus hospitales, centrales eléctricas y depósitos de municiones, éste era un centro neurálgico vital que los rebeldes no podían darse el lujo de perder, y sería la última línea de defensa. Había que llevar medicamentos y alimentos para almacenarlos en previsión de un sitio prolongado.

Con cierto fastidio, el Che reunió a un puñado de combatientes y partió para hacerse cargo de sus nuevas tareas. Su diario íntimo refleja su depresión: «Salimos por la madrugada, yo con el ánimo decaído por tener que abandonar una zona que tuve bajo mi control durante casi un año en momentos bastante críticos pues las tropas de Sánchez Mosquera van para arriba con más ánimo y eso queda solo.»

Las nuevas órdenes también frustraban sus esperanzas de unirse a Camilo Cienfuegos en el frente extendido del llano. Enterado del hecho, Camilo le envió una nota para consolarlo:

«Che. Hermano del alma: Recibí tu nota, veo que Fidel te ha puesto al frente de la Escuela Militar, mucho me alegra pues de ese modo podremos contar en el futuro con soldados de primera... Tú has desempeñado papel principalísimo en esta contienda; si te necesitamos en esta etapa insurreccional, más te necesita Cuba cuando la guerra termine, por lo tanto bien hace el Gigante [Fidel] en cuidarte. Mucho me gustaría estar siempre a tu lado, fuiste por mucho tiempo mi jefe y siempre lo seguirás siendo. Gracias a ti tengo la oportunidad de ser ahora más útil, haré lo indecible por no hacerte quedar mal. Tu eterno chicharrón, Camilo.»

V

El Che pasó el resto de abril en marcha constante. Junto con algunos pilotos que se habían pasado al bando rebelde, buscó un buen lugar donde construir una pista aérea y lo halló cerca de La Plata; dejó a varios hombres encargados de limpiar la maleza y cavar un túnel donde ocultar los aviones de abastecimiento. Inspeccionaba las obras de construcción de la escuela para reclutas en Minas del Frío y se reunía con Fidel a intervalos de algunos días.

Tanto en Cuba como en el exterior, los grupos de oposición a Batista maniobraban con ahínco. Con todo, el debilitamiento patente del régimen batistiano, lejos de impulsarlos a buscar la unidad, provocaba una sucesión de maniobras políticas incesantes. Dada la prominencia y la autoridad moral de Fidel Castro y su banda rebelde, los demás grupos se dedicaban a un juego bizantino: le proponían alianzas con el fin de ganar sus favores a la vez que trataban de socavarlo y obtener el apoyo destinado a él. Justo Carrillo, dirigente exiliado de una frustrada sublevación militar en 1956 que aún tenía fuertes vínculos con elementos del ejército cubano, le ofreció apoyo militar si Fidel «elogiaba» a las fuerzas armadas. Si bien Fidel quería poner de su parte a sectores de éstas, comprendió que se trataba de una maniobra peligrosa. Un golpe militar de Carrillo y su cómplice en la conspiración, el coronel Ramón Barquín, que aún estaba en la cárcel, probablemente atraería a la comunidad empresarial cubana, los partidos políticos tradicionales y Washington. Entonces Carrillo podría traicionar fácilmente a Fidel.

Con todo, la mayor amenaza contra su poder probablemente se encontraba en el seno de su propio Movimiento 26 de Julio, y el 1 de mayo convocó a los dirigentes del Directorio Nacional a los Altos de Mompié. El vergonzoso fracaso de la huelga general le daba el arma que necesitaba para actuar contra los dirigentes del llano, y se apresuró a utilizarla. El Che desempeñó un papel clave en la dramática confrontación del 3 de mayo.

«Yo hago un pequeño análisis de la situación planteando la realidad de dos políticas antagónicas, la de la Sierra y la del Llano, la vigencia de la política de

la Sierra y nuestra razón al temer por la suerte de la huelga», escribió en su diario. Fustigó el sectarismo de los dirigentes del llano al impedir la participación del PSP, que había condenado a la huelga al fracaso. «Opiné que la mayor responsabilidad recaía sobre el responsable obrero, sobre el máximo dirigente de las brigadas [las milicias del llano] y sobre el jefe de La Habana, es decir Mario [David Salvador], Daniel y Faustino. De modo que debían renunciar.»

Después de un debate acalorado que duró hasta entrada la noche, Fidel sometió a votación la propuesta del Che, que ganó por mayoría. El resultado fue una reestructuración global de la dirección del llano. Faustino, Daniel y David Salvador fueron relevados de sus puestos y transferidos a la Sierra Maestra. El cambio más importante fue el traslado del Directorio Nacional a la sierra. A partir de entonces, Fidel era «secretario general», la autoridad suprema en materia de relaciones exteriores y abastecimiento de armas, además de «comandante en jefe» de la red nacional de milicias clandestinas. Un secretariado de cinco miembros, subordinado a él, se ocuparía de las finanzas, los asuntos políticos y los problemas obreros. El local del 26 de Julio en Santiago, hasta entonces la sede del movimiento en Oriente, quedó relegado al papel de una «delegación» subordinada al secretario general.

A fines de 1964, el Che escribió el artículo «Una reunión decisiva» para la revista de las fuerzas armadas *Verde Olivo* en el que sintetizó los sucesos de ese día crucial en la carrera de Fidel Castro: «En esa reunión se tomaron decisiones en las que primó la autoridad moral de Fidel, su indiscutible prestigio y el convencimiento de la mayoría de los revolucionarios allí presentes de los errores de apreciación cometidos.... Pero lo más importante, es que se analizaban y juzgaban dos concepciones que estuvieron en pugna durante toda la etapa anterior de conducción de la guerra. La concepción guerrillera saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel... Surgía ya una sola capacidad dirigente, la de la Sierra, y, concretamente, un dirigente único, un comandante en jefe, Fidel Castro.»*

Si el caudillismo de Fidel preocupaba a alguien, a partir de entonces se volvió una cuestión discutible. El problema jamás había quitado el sueño al Che. Él siempre había pensado en la revolución *verdadera* y considerado que ésta requería un hombre fuerte. A partir de entonces, el camino estaba despejado.

Tuvo poco tiempo para saborear la victoria. El ejército ya realizaba los primeros movimientos de su ofensiva estival al apostar tropas en los flancos de las montañas y reforzar los cuarteles de la costa. Había que planificar las emboscadas, cavar las trincheras, trazar rutas de abastecimiento y retirada, todo en el marco de un plan de acción coordinado. Hacia el oeste, en las colinas en torno al monte Caracas, Crescencio Pérez tendría que defender la línea con sus «grupos pequeños y mal armados», mientras que en el este correspondería a Ramiro Valdés defender el territorio en torno a La Botella y La Mesa. Una pesada responsabilidad recaía sobre los hombros del Che,

* Véanse más detalles en el apéndice.

quien desplegaba una actividad febril para cumplir con ella. «Este pequeño territorio debería defenderse con no muchos más de doscientos fusiles útiles, cuando pocos días después comenzara la ofensiva de "cerco y aniquilamiento" del ejército de Batista.»

VI

Junto con la estación lluviosa, que estaba en su plenitud, una atmósfera de crisis embargó la sierra, provocada por los informes diarios y los rumores de que se acercaban las tropas enemigas. El 6 de mayo, el ejército ocupó dos plantaciones arroceras al pie de la sierra y tomó prisionero a un rebelde. El 8 de mayo desembarcaron tropas en dos puntos de la costa. El 10 de mayo, La Plata fue bombardeada desde el aire. El Che corría de un lugar a otro para desplazar o reforzar las posiciones rebeldes de acuerdo con la última información.

Además de inspeccionar los frentes, el Che realizaba otras misiones tales como promover la reforma agraria y cobrar impuestos a los terratenientes y hacendados de Oriente. Fidel quería recaudar la mayor cantidad de fondos para mantener al Ejército Rebelde durante la ofensiva, pero los hacendados se mostraban renuentes. «Más adelante, cuando se consolidó nuestra fuerza, nos vengamos», escribió en su diario.

El Che tomó reclutas de la escuela en Minas del Frío, donde el comunista Pablo Ribalta cumplía la función de comisario político, y formó una nueva columna, que llamó Número Ocho en honor de su difunto camarada Ciro Redondo. Al conjunto de personalidades pintorescas de la escuela se sumó un nuevo instructor de tiro, un norteamericano veterano de la guerra de Corea llamado Herman Marks.

Entretanto, Fidel evidentemente dudaba de que sus fuerzas pudieran resistir la invasión y pergeñaba planes rayanos en lo apocalíptico. El 26 de abril había escrito a Celia: «Necesito *cianuro.* ¿Sabes cómo se puede obtener en buena cantidad? Pero también necesitamos *estricnina:* la mayor cantidad posible. Debemos obtenerlos de la manera más circunspecta, porque si se corre la voz será inútil. Me reservo algunas sorpresas para cuando nos golpee la ofensiva.» No se sabe si Fidel obtuvo los tóxicos ni qué pensaba hacer con ellos. Probablemente su intención era envenenar el agua si se hacía necesario abandonar los campamentos. Embargado por esta mentalidad de búnker, envió una nota urgente al Che, quien inspeccionaba las defensas de primera línea del frente, con la orden de volver al cuartel general.

Al obedecer la orden, el Che llevó consigo a un voluntario nuevo, Oscar «Oscarcito» Fernández Mell, un médico de veinticinco años que acababa de llegar de La Habana. El Che tomó el volante de un jeep y lo condujo a gran velocidad por un estrecho camino de tierra bordeado por precipicios. Advirtió que Oscarcito estaba nervioso y le dijo que no debía preocuparse, pero agregó: «Que ahorita cuando lleguemos te voy a contar una

cosa.» Cuando llegaron, el Che dijo que era la primera vez que conducía un automóvil. Era verdad. Con su antiguo compinche Alberto Granado había aprendido a conducir una moto, pero jamás se había sentado detrás del volante de un automóvil.

En el cuartel, mientras esperaba el regreso de Fidel de una inspección del frente costero, despidió a Lidia, una correo que partía a establecer contacto con «amigos» en La Habana, Camagüey y Manzanillo. Lidia, una cuarentona, había abandonado su panadería en San Pedro de Yao para unirse a la fuerza rebelde siguiendo a su único hijo. Durante el año anterior se había convertido en la mensajera preferida del Che, y transportaba los comunicados y documentos rebeldes «más comprometedores» entre la Sierra Maestra, La Habana y Santiago. En esas peligrosas misiones cruzaba una y otra vez las líneas enemigas; su caída hubiera significado la tortura y casi con seguridad la muerte. En esta misión debía salir de la sierra por un lugar donde había un puesto de la Guardia.

El Che llegaría a sentir veneración por la personalidad revolucionaria de Lidia, a quien tomaba como ejemplo de abnegación, lealtad, honestidad y valentía. «Cuando evoco su nombre –escribió más adelante–, hay algo más que una apreciación cariñosa hacia la revolucionaria sin tacha, pues tenía ella una devoción particular por mi persona que la conducía a trabajar preferentemente a mis órdenes, cualquiera que fuera el frente de operaciones al cual yo fuera asignado.»

Además de encargarle las misiones más confidenciales, el Che recompensó la lealtad de Lidia al darle el mando de un campamento auxiliar en el frente cerca de las líneas enemigas. Era un lugar peligroso y varias veces el Che quiso retirarla, pero Lidia se negó a hacerlo y lo defendió con un celo suicida que asustó a los camaradas varones. Sólo accedió a dejar su mando para seguir al Che, transferido a otro frente. Pero lo arriesgado del lugar no era el único motivo para querer sacarla de ahí.

Dejó traslucir cierto regocijo cómplice al escribir que Lidia había ejercido el mando «gallardamente y, hasta un poco, tiránicamente, provocando resquemor entre los cubanos no acostumbrados a estar bajo el mando de una mujer». Finalmente, con palabras que evocan las empleadas por sus camaradas guerrilleros para describirlo a él, el Che, elogió su «audacia ilimitada» y «desdén por la muerte».

Entre el 15 y el 18 de mayo, mientras aguardaba el regreso de Fidel de su inspección, recibió visitas de varios representantes políticos. Las anotaciones en su diario son vagas, pero indican que recibía propuestas del Partido Comunista y otros grupos políticos que buscaban alianzas con el Movimiento 26 de Julio. La más importante fue la de un hombre identificado como «Rafael, viejo conocido», que venía con un ex representante del PSP llamado Lino. Trae una proposición de frente único basado en la negativa actitud del D. N. [Directorio Nacional] y sus consecuencias, y llaman al trabajo conjunto. Para el 19 de mayo habían partido todos salvo el hombre del PSP, que quería hablar con Fidel. Entonces el periodista José Ricardo

Masetti reapareció de improviso: había regresado a la sierra para realizar una nueva entrevista con Fidel. Esto provocó una nueva demora de la reunión con los comunistas porque, como apuntó el Che en su diario, «no conviene que [Masetti] escuche nada».

El 22 de mayo, después de la partida de Masetti, finalmente se realizó la cumbre de Fidel con el PSP. «Conversamos con Rafael y Lino, que plantean la necesidad de una unión de todas las fuerzas revolucionarias. Fidel acepta en principio, pero pone algunos reparos a las formas sin acabar la discusión.»

La prioridad absoluta para Fidel era rechazar la ofensiva enemiga en curso; la unidad de las fuerzas en el llano, aunque deseable, no era esencial en ese momento. Quería evitar una confrontación prolongada y sangrienta con las fuerzas armadas, y la manera de hacerlo era reducir su moral en la sierra; luego bajaría al llano y podría formar las alianzas políticas que deseara. Además, como siempre, el temor de una intervención norteamericana en defensa de Batista lo obligaba a andar con pies de plomo en sus tratos con el Partido Comunista.

Ciertamente, abundaban las señales de que ese temor no carecía de fundamentos. A pesar de la suspensión de los envíos de armas por parte del Departamento de Estado, el de Defensa acababa de enviar trescientos cohetes a la fuerza aérea cubana desde sus arsenales en la base norteamericana de Guantánamo. Y a principios de mayo, un barco proveniente de Nicaragua con una carga de treinta tanques había alimentado sus sospechas de que Trujillo y Somoza abastecían a Batista de armas por cuenta de Estados Unidos.

En todo caso, las sospechas norteamericanas acerca de la verdadera inclinación política de Fidel habían crecido en los últimos meses. En mayo, Jules Dubois, el corresponsal del *Chicago Tribune*, aprovechó el nuevo transmisor más potente de Radio Rebelde que le permitía el enlace con el mundo exterior para entrevistar a Fidel desde Caracas. Lo esencial de su interrogatorio se centró en las presuntas relaciones del líder rebelde con el comunismo. Fidel rechazó nuevamente las acusaciones, acusó a Batista de difundir rumores para obtener armas norteamericanas y negó que tuviera intenciones de nacionalizar la industria o la empresa privada. Fidel dijo que si bien él mismo no aspiraba a la presidencia, el Movimiento 26 de Julio se constituiría en partido político después de la revolución para «luchar con las armas de la Constitución y la ley».

Pero entre las declaraciones públicas de Fidel y sus pensamientos íntimos se abría una brecha creciente, como lo revela una nota suya a Celia del 5 de junio, poco después de que la fuerza aérea utilizara por primera vez sus cohetes de origen norteamericano para bombardear la Sierra Maestra. En la incursión habían destruido la casa de un civil. «Cuando vi los cohetes con que dispararon a la casa de Mario, juré que los norteamericanos van a pagar caro por lo que están haciendo. Cuando termine esta guerra, iniciaré una guerra propia, mucho más larga y más grande: la guerra para combatirlos. Comprendo que éste será mi verdadero destino.»

En el corto plazo, Fidel lanzó una campaña para ganar a ciertos oficiales clave –envió una carta elogiosa al general Eulogio Cantillo, comandante de la guarnición de La Habana– mientras a través de la prensa libraba una guerra psicológica contra las tropas acuarteladas en la sierra.

«Las fuerzas armadas afrontan una tarea muy difícil –aseguró en una declaración a la prensa venezolana–. Cada entrada de la Sierra Maestra es como el paso de las Termópilas y cada pasadizo estrecho se convierte en una trampa mortal. Últimamente el ejército cubano ha empezado a comprender que lo han conducido a una verdadera guerra, una guerra absurda, una guerra insensata que puede costarle miles de vidas, una guerra que no es la suya porque después de todo, no estamos en guerra contra las fuerzas armadas sino contra la dictadura. Estas circunstancias siempre han conducido inevitablemente a una rebelión militar.»

La vida cotidiana de Fidel se volvía cada vez más administrativa. Como «comandante supremo» de las fuerzas rebeldes no podía ausentarse de su cuartel y su nuevo centro de comunicaciones, y mantenía un ritmo de actividad frenético. En cartas y conversaciones con sus nuevos representantes en el exterior, pedía envíos de armas por avión y coordinaba su recepción. Controlaba las municiones enviadas a los comandantes en el campo y les daba instrucciones precisas sobre su uso. Solicitaba contribuciones a cubanos adinerados y algunos enviaron señales prometedoras: estaban dispuestos a contribuir *si* derrotaba la ofensiva del ejército. Al mismo tiempo, en las cartas a Celia se quejaba amargamente de tener que controlarlo todo.

«Estoy harto del papel de capataz y de ir y venir sin un minuto de descanso, de ocuparme de los detalles más insignificantes porque alguien olvidó esto o pasó por alto aquello. Echo de menos los días en que era un soldado de verdad y era mucho más feliz que ahora. Esta lucha se convierte para mí en una tarea burocrática miserable y mezquina.»

A pesar de sus quejas, su propia naturaleza lo impulsaba a hacerse cargo de todo, y mientras elaboraba la estrategia global de la guerra se ocupaba obsesivamente de los detalles más pequeños y mundanos. Entre un pedido de fulminantes y otro de grasa para los fusiles, acosaba a Celia para que le enviara las comodidades materiales que echaba de menos. «Necesito una pluma fuente –escribió un día–. Detesto no tenerla.» El 8 de mayo escribió, irritado: «Como pésimamente. No se presta el menor cuidado a la preparación de mi comida... Estoy de pésimo humor.» El 17 de mayo le envió una lista más larga de quejas. «No tengo tabaco, no tengo vino, no tengo nada. Dejaron una botella de vino rosado, dulce y español, en la casa de Bismarck, en la nevera. ¿Dónde está?»

Fidel desconfiaba del discernimiento y las decisiones de prácticamente todos sus subordinados, pero esas dudas no se extendían al Che, quien se había convertido en su principal confidente y, en los hechos, jefe de estado mayor. Cuando estaban separados, le enviaba esquelas constantemente para comunicarle planes militares, asuntos financieros, maniobras políticas y, como un joven entusiasta, relatar los experimentos con las armas nuevas producidas por la fábrica.

«Han pasado demasiados días desde que conversamos –escribió al Che el 19 de mayo–, y eso es necesario entre nosotros. Echo de menos a los viejos camaradas. Ayer realicé un experimento con una granada de estaño que produjo un resultado extraordinario. La colgué de un árbol a unos 2 metros del suelo y la detoné. Lanzó una lluvia de fragmentos letales en todas las direcciones. Lanza fragmentos hacia abajo y los costados como una regadera. Creo que en terreno abierto te mataría a 50 metros.»

En la tercera semana de mayo, las tropas del gobierno iniciaron sus primeros avances tentativos en territorio enemigo. El general Cantillo contaba con un total de catorce batallones para el asalto a la sierra apoyados por la aviación, la artillería y regimientos blindados. Su plan era avanzar hacia el interior de la sierra desde varios puntos, rodear gradualmente a los rebeldes y reducir su territorio hasta el punto de atacar y destruir a Fidel en su comandancia, en la cresta central de la Sierra Maestra.

Hacia el sur había reforzado las guarniciones costeras y apostado fragatas navales para proporcionarle apoyo de artillería y evitar las fugas en esa dirección. Hacia el norte, por los flancos oriental y occidental del territorio rebelde, había desplegado dos unidades del ejército integradas por dos batallones cada una. Unos kilómetros al norte de Las Mercedes, ocupada por la columna de Crescencio, se había reunido una compañía militar al mando del mayor Raúl Corzo Izaguirre en la central azucarera de Estrada Palma. Al este, en Bueycito, una compañía al mando del ahora teniente coronel Sánchez Mosquera se aprestaba a penetrar en los cerros ocupados por la antigua columna del Che, ahora a cargo de Ramiro Valdés. El punto débil de Cantillo era el grado de instrucción de sus efectivos: sólo un tercio de sus diez mil soldados tenía alguna experiencia; los demás eran conscriptos convocados para la campaña. Pero si se cumplían los planes, los rebeldes quedarían encerrados en un círculo cada vez más estrecho.

El círculo inicial no era demasiado amplio. La plaza fuerte rebelde, con sus valiosas instalaciones en La Plata, Las Vegas de Jibacoa, Mompié y Minas del Frío, ocupaba un territorio diminuto de apenas unos kilómetros cuadrados. De la comandancia de Fidel a la aldea de Las Mercedes en el límite norte había doce kilómetros; la escuela de reclutas de Minas del Frío estaba a mitad de camino entre ambas. Hacia el sur, a menos de ocho kilómetros del cuartel general rebelde, estaba el mar. Y para defender su territorio serrano, Fidel contaba con doscientos ochenta combatientes armados y unos cincuenta proyectiles para cada uno.

El 19 de mayo, después de ametrallar las defensas rebeldes desde el aire para ablandarlas, las tropas de Corzo Izaguirre trataron de ocupar Las Mercedes, pero las unidades de Crescencio las detuvieron en las afueras. Las líneas de batalla estaban tendidas y los bandos se enfrentaban a una distancia de aproximadamente cuatrocientos metros. Pero aunque sus comunicados proclamaban la «sólida resistencia» de los combatientes y una tregua fugaz descendía sobre el campo de batalla, Fidel en su fuero íntimo dudaba de la capacidad de Crescencio como comandante; días después pidió al Che que asumiera el mando.

En un gesto casi surrealista, antes de partir hacia Las Mercedes el Che asistió a una asamblea de campesinos convocada por Humberto Sorí Marín para discutir cómo realizarían la cosecha del café; para sorpresa de todos, asistieron trescientas cincuenta personas. «Se propuso por la mesa directiva en la que estaba Fidel las siguientes medidas: crear un tipo de dinero de la Sierra para pagar al trabajador, traer el yarey [paja] y los sacos para los envases, crear una cooperativa de trabajo y consumo, crear una comisión de fiscalización del trabajo y prestar la colaboración de la tropa en la recogida del café. Todo fue aprobado pero, cuando Fidel iba a cerrar el acto con su discurso, los aviones empezaron a ametrallar en la zona de Las Mercedes y la gente perdió interés.» Era el 25 de mayo, y aparentemente se había iniciado una ofensiva enemiga en toda regla.

El Che acudió rápidamente a Las Mercedes. A partir de entonces y durante los tres meses siguientes permaneció poco tiempo en un mismo lugar pues animaba a las fuerzas rebeldes a resistir la abrumadora capacidad de fuego y la contundencia de las fuerzas del ejército invasor de Batista. Su mensajera Lidia, que volvía de su misión, se reunió con él. Le informó de que en La Habana, Faustino Pérez se negaba a entregar su mando tal como le habían ordenado. «La cosa pinta cada vez peor», escribió en su diario; evidentemente, en ese momento le preocupaba una ruptura con la fracción descontenta del llano.

En el inicio de la ofensiva del ejército, el Che sólo tuvo tiempo para recibir las noticias de Lidia antes de volver al frente. Además de distribuir las escasas armas que llegaban del exterior, eligió a algunos voluntarios entre los alumnos de Minas del Frío para enviarlos al frente y otros –«los malos»– para mandarlos a cavar fortificaciones en Las Mercedes. Como siempre, había problemas disciplinarios con los reclutas que trataban de escapar de las redes cada vez más estrechas del ejército.

Estando Fidel de visita, llevaron ante él a un recluta que había intentado escapar. «Fidel era partidario de fusilarlo inmediatamente pero yo me opuse y al final triunfó la tesis de condenarlo a reclusión indefinida en [la cárcel militar rebelde de] Puerto Malanga. Hubo otro alumno castigado por mí a 10 días sin comer que le pidió clemencia a Fidel, éste le dio a escoger entre levantarle el ayuno e ir a Puerto Malanga y quedar como estaba. No se decidió por nada y entonces se resolvió pasarlo un mes a Puerto Malanga.» Días después, en una muestra de su manera errática de administrar la justicia revolucionaria, Fidel «absolvió» a un reo que había sido capturado después de desertar. En cuanto a la retórica de Fidel sobre convertir los desfiladeros en trampas mortales para el ejército, el diario del Che revela la verdad sobre la escasez de efectivos de los rebeldes y la debilidad de su moral de combate. El 4 de junio escribió: «Temprano salió Fidel para su lugar del campamento y a la hora vinieron a hacernos la visita dos cazas con cargas de cohetes, tirando 6 de ellos y ametrallando un poco. La reacción fue negativa en los alumnos, 10 de los cuales pidieron licencia.» Ese día, dos lanzadores de granadas voluntarios se acobardaron y el Che tuvo que buscar reemplazantes. Al día si-

guiente, de regreso en la escuela, se enteró de que habían vuelto los cazas enemigos, provocando la fuga de ocho alumnos más.[1]

Cuando desembarcaron tropas enemigas en la costa, Fidel se hizo cargo de la defensa de Las Vegas y envió al Che a poner orden en el mando de Crescencio Pérez, donde se decía que un oficial se comportaba de modo abusivo con sus hombres. Antes de partir, presidió un juicio sumario de un oficial rebelde acusado de homicidio y lo condenó a muerte. El día de su trigésimo cumpleaños lo dedicó al juicio del oficial de Crescencio, a quien relegó de su mando.

De vuelta en el frente, se encontró con una situación caótica; el enemigo avanzaba. Fidel se había retirado a Mompié; Las Vegas había caído. El enemigo amenazaba Minas del Frío, y el Che dedicó varios días a reforzar el frente de Fidel con sus hombres: construyó nuevas defensas, despojó a otro oficial de su mando y desarmó a los insubordinados.

El 26 de junio se reunió con Fidel, quien le ordenó que permaneciera con él en Mompié. Las perspectivas eran sombrías; los rebeldes cedían terreno en todos los frentes. Fidel había ordenado a Camilo y Almeida que regresaran a la sierra con sus columnas, pero un espíritu derrotista cundía en las filas rebeldes.

«En la noche se operaron tres fugas y una de ellas doble –escribió el Che en su diario–; Rosabal, condenado a muerte por chivato, Pedro Guerra, de la escuadra de Sorí, y dos militares presos. Pedro Guerra fue capturado; se había robado un revólver para la fuga. Fue ajusticiado inmediatamente.»

A fines de junio los rebeldes obtuvieron su primera victoria nítida –rechazaron una compañía al mando de Sánchez Mosquera, capturaron a veintidós soldados y cincuenta o sesenta armas–, pero en otras partes avanzaba el ejército, según los informes que llegaban de La Maestra y otros montes. Evidentemente era el comienzo de la segunda oleada. Enterado de que los soldados venían a tomar los Altos de Merino, el Che llegó allí la mañana del 3 de julio.

«Al llegar me encontré con que los guardias ya avanzaban. Se trabó un combatico en el que nos retiramos muy pronto. La posición era mala y nos venían rodeando, pero se les hizo poca resistencia. Personalmente noté algo que nunca había sentido: la necesidad de vivir. Eso debe corregirse para la próxima oportunidad.»

Es difícil imaginar que muchos hombres en la misma situación harían semejante juicio autocrítico, pero así enfrentaba la vida Ernesto Guevara en

1. El 8 de junio, en medio del caos generalizado, un extraño visitante norteamericano apareció en el campamento rebelde. Según el Che, era «un gringo muy sospechoso con mensajes de gente de Miami y unos planes estrafalarios». El hombre quiso hablar con Fidel, pero lo retuvieron. A la mañana siguiente, después de un bombardeo intenso en el sector oriental del frente cerca de la aldea de Santo Domingo, el Che informó a Fidel de la visita. «Fidel había recibido aviso que el gringo era o FBI o contratado para matarlo.» Según Pedro Álvarez Tabío, director del archivo histórico del gobierno cubano, probablemente se trataba de Frank Fiorini, un contrabandista de armas. Posteriormente, Fiorini participó en las operaciones anticastristas de la CIA de los años setenta bajo el seudónimo de «Frank Sturgis» y ganó fama como uno de los «ladrones» del escándalo Watergate.

su nueva identidad del Che. Era una de las facetas de su carácter que lo destacaba de la vasta mayoría de sus camaradas guerrilleros, los que en pleno combate aún esperaban sobrevivir a la experiencia.

En verdad, la mayoría de los problemas que surgían cotidianamente entre él y sus hombres apuntaban a esa diferencia fundamental. El nerviosismo, la falta de «combatividad», las deserciones, no ocupar el lugar indicado en el frente, todas las quejas y observaciones que aparecen en su diario íntimo se reducen a una sola: experimentaban *«la necesidad de vivir»*.

VII

En medio de la ofensiva del ejército, el Che recibió una carta que su madre enviaba desde Buenos Aires. En vísperas de la batalla, había utilizado el nuevo transmisor de radio de la Sierra Maestra para llamarla, y ella le escribía para desearle feliz cumpleaños al cumplir los treinta.

Querido Teté:

Me sentí tan emocionada al escuchar tu voz después de tanto tiempo. No la reconocí: parecías otro. Tal vez la línea estaba mal o tal vez cambiaste. Sólo cuando me llamaste «vieja» me pareció la voz de siempre. Qué noticia maravillosa me diste. Qué lástima que se cortara la comunicación antes de que pudiera darte la mía. Y hay mucho que contar. Ana [María, hermana menor del Che] se casó el 2 de abril con Petit [Fernando Chávez] y se fueron a Viena... ¡Qué cosa que se van todos mis hijos! Dejó un gran vacío en la casa... Roberto tiene dos hermosas hijas rubias que cumplirán dos y uno el primero de julio, y espera el heredero para agosto. Trabaja mucho y bien para mantener a su familia numerosa...

Celia acaba de ganar un importante premio [de arquitectura] con Luis [Argañaraz, su novio] y Petit. Entre los tres ganan 2 y 1/2 millones de pesos. Estoy tan orgullosa de tener hijos tan capaces que no quepo en mi ropa. Juan Martín, por supuesto, cabe en tu ropa. No es que sea alto. Es tan flacucho como eran sus hermanos y hermanas y sigue siendo un chico encantador. A éste la vida no lo va a baquetear.

María Luisa [tía del Che] está como siempre. Física y emocionalmente discapacitada y muy triste. Parece característico de su enfermedad. Siempre pregunta por vos... Yo también sigo como siempre. Con unos años más y una tristeza que ya no es tan aguda. Se ha vuelto una tristeza crónica mezclada de vez en cuando con grandes satisfacciones. El premio que ganó Celia fue una de ellas, el regreso del Pequeño será otra, escuchar tu voz fue una muy grande. Me he vuelto muy solitaria. No sé cómo escribirte, ni siquiera qué decir: he perdido la medida.

El trabajo de la casa me cansa mucho. Por mucho tiempo he cocinado para mí y sabés cuánto detesto las tareas del hogar. La cocina es mi cuartel general y allí paso la mayor parte del tiempo. Con el viejo [el

padre del Che] hubo una gran pelea y ya no viene por aquí. Mis acompañantes son Celia, Luis y Juan Martín. Tantas cosas que quería decirte, querido. Tengo miedo de soltarlas. Las dejo a tu imaginación.

Un abrazo y un beso de años, con todo mi amor, Celia.

Uno se pregunta cómo reaccionó el Che al leer esta carta desgarradora, si lo hizo con indiferencia o sufrió el dolor de la nostalgia y el anhelo de la vida que continuaba normalmente en su ausencia: los hermanos y hermanas que crecen, se casan, dejan el hogar, tienen hijos; los padres que envejecen. ¿Y qué había de su familia, su esposa Hilda y su hija Hildita?

Pero algo más que la voz había cambiado en Teté. Junto con su entrega a la revolución, había optado conscientemente por divorciarse de su vida «exterior». No le faltaba oportunidad para escribir a Hilda o a sus padres, pero lo hacía en raras ocasiones. A fines de abril, Fidel le dijo que alguien había tratado de llamarlo desde Perú; probablemente era Hilda. Evidentemente, él no devolvió la llamada porque no hay mención de ello en las memorias de Hilda. En verdad, uno de los aspectos más notables de su diario de esta época es la ausencia casi total de detalles de su vida personal o de pasajes introspectivos, sobre todo cuando se lo compara con el ensimismado vagabundo Ernesto de pocos años atrás.

VIII

Los grandiosos planes del ejército cubano de atrapar a los rebeldes en un lazo corredizo aparentemente no habían tenido en cuenta la topografía del campo de batalla. Las unidades de ataque del ejército se empantanaban en los bosques tupidos y las profundas hondonadas de la Sierra Maestra y perdían el contacto entre sí. Por eso los rebeldes podían ceder terreno para luego rodear a las unidades aisladas. En poco tiempo se tuvo la impresión de que la ofensiva pertenecía a los rebeldes.

Para aprovechar el impulso, el Che y Fidel decidieron dividir sus fuerzas, éste se dirigió hacia Jigüe para atacar a las tropas mientras aquél se ocupaba de la defensa de Mompié y dirigía la resistencia en Minas del Frío. El 11 de julio, cuando el Che llegó a Mompié, la fuerza aérea cubana inició un bombardeo feroz del lugar con napalm además de explosivos. Entonces llegó una noticia desconcertante. Raúl Castro, que conducía las fuerzas rebeldes en Sierra Cristal, había tomado cuarenta y nueve rehenes norteamericanos. Además, según el Che, había escrito «un manifiesto hecho al mundo entero y firmado por él. Estaba demasiado fuerte y sumado al arresto de los 49 norteamericanos parecía una nota de peligroso "extremismo"».

En cuatro meses desde su traslado a la Sierra Cristal, Raúl había construido rápidamente una fuerza de combate y hecho sentir su presencia en todo el este de Oriente. En julio tenía más de doscientos combatientes y había construido una infraestructura guerrillera con armería, hospitales

y escuelas, una unidad de construcción de caminos, servicio de inteligencia y sistema judicial revolucionario. La ofensiva del ejército amenazaba poner fin a todo. Si bien no enfrentaba un asalto terrestre en toda la línea, como su hermano en la Sierra Maestra, los aviones de Batista hostigaban sus fuerzas. En junio, cuando estaba escaso de municiones, decidió tomar la medida drástica de secuestrar a todos los norteamericanos hallados en su territorio.

El 26 de junio sus combatientes atacaron la Moa Bay Mining Company y detuvieron a doce empleados norteamericanos y canadienses. Secuestraron a otra docena en la mina de níquel Nicaro y en el ingenio azucarero de la United Fruit en Guaro. Secuestraron a veinticuatro marineros e infantes de marina que regresaban en autobús a la base naval de Guantánamo. En un comunicado de prensa, Raúl dijo que su acción era una protesta por el envío norteamericano de cohetes y napalm a Batista y por el reabastecimiento secreto, de bombas y combustible, de aviones cubanos en la base de Guantánamo. El secuestro provocó indignación en Washington, donde varios senadores exigieron una intervención militar. Park Wollam, el cónsul norteamericano en Santiago, fue a un encuentro con Raúl y comenzaron las negociaciones.

Enterado de la crisis por informes de la prensa, Fidel replicó con una orden a Raúl, transmitida por Radio Rebelde, de liberar a los rehenes. En una declaración pública cuidadosamente equilibrada, dijo que la toma de rehenes no era la política del movimiento, pero que tales acciones eran comprensibles en vista del envío de cohetes norteamericanos a Batista. Luego envió a Raúl una carta personal en la que aparentemente le advirtió que no debía tomar medidas drásticas con los rehenes que dañaran la imagen de los rebeldes en Estados Unidos.*

Con todo, Raúl obtuvo algunos beneficios con su demostración de fuerza. En una confirmación de la enorme influencia que ejercían los norteamericanos sobre Batista, los ataques aéreos a sus fuerzas en la Sierra Cristal cesaron bruscamente. Ante esa comprobación, Raúl no liberó a todos los rehenes de una vez sino que alargó el proceso y aprovechó la tregua para reabastecer a sus fuerzas. El 18 de julio liberó a los últimos rehenes y a continuación se reanudaron los ataques, pero para entonces su Segundo Frente estaba reabastecido, en condiciones de defenderse y listo para la acción.

La crisis de los rehenes puso de manifiesto una faceta del carácter de Raúl que preocupaba a algunos camaradas: lo que el Che llamó apropiadamente su «extremismo». Sin un control estricto, Raúl era una especie de bala perdida, y en el futuro otros excesos difundidos por la prensa lo mostrarían como un hombre violento que no se detenía ante nada para garantizar la seguridad revolucionaria.

Mientras tanto, la muerte de camaradas se convertía en un hecho cotidiano en la Sierra Maestra. Geonel Rodríguez, que había ayudado al Che a

* Véanse más detalles en el apéndice.

fundar *El Cubano Libre* cuando El Hombrito era el primer «territorio libre» de la Sierra Maestra, murió al caer un mortero en la casa donde se encontraba. En su diario, el Che le dedicó el máximo elogio: «Era uno de los colaboradores más queridos, un verdadero revolucionario.» Esa noche recibió la noticia de la muerte de Carlitos Más, «viejo-joven combatiente que murió a resultas de quemaduras y fracturas sufridas junto con Geonel». Lo más frustrante era que esas muertes no se traducían en avances en el campo de batalla, al menos en el sector del Che. Defendía la línea en Minas del Frío, pero la situación había caído en un punto muerto; los soldados enemigos se atrincheraban, sin retroceder ni avanzar. Continuaban los bombardeos aéreos. El 17 de julio los aviones atacaron el hospital de Mompié; el Che supervisó el traslado de los pacientes. Al día siguiente escribió: «Todo sin novedad en la zona. El único pasatiempo de los guardias es matar los puercos que dejamos regados.»

Mientras el Che trataba de reforzar las defensas en el perímetro de Minas del Frío, Fidel desgastaba las tropas enemigas en el sitio de Jigüe. En dos días a principios de julio tomó diecinueve prisioneros y capturó dieciocho piezas, entre ellas varias granadas para lanzar con fusil. Pensaba que el enemigo, imposibilitado de recibir alimentos, capitularía en cuarenta y ocho horas.

Al enterarse de que el comandante enemigo, mayor José Quevedo, era un antiguo compañero suyo de la Facultad de Derecho, el 10 de julio le envió una nota curiosa. «Muchas veces he recordado al grupo de jóvenes oficiales que atraían mi atención y despertaban mis simpatías por su gran anhelo de cultura y los esfuerzos que hacían para continuar sus estudios... ¡Qué sorpresa saber que estás por aquí! Y por difíciles que sean las circunstancias, siempre me alegra tener noticias de uno de ustedes, y escribo estas líneas impulsivamente, sin decirte ni pedirte nada, sólo para saludarte y desearte, muy sinceramente, buena suerte.»

Si su intención era debilitar la voluntad de Quevedo, no lo consiguió. Luego instaló altavoces y bombardeó a los sitiados con «proclamas bien preparadas y consignas cuidadosas» con la intención de debilitar su moral de combate. El 15 de julio, en una nueva carta a Quevedo, le pidió directamente la rendición. «No será una rendición ante un enemigo de la patria sino ante un revolucionario sincero, un combatiente que lucha por el bien de todos los cubanos.»

Pero Quevedo aún resistía. Entonces, Fidel ordenó a uno de sus hombres que se hiciera pasar por soldado de comunicaciones del ejército y comunicara a la fuerza aérea que los rebeldes habían tomado el campamento. El ardid surtió efecto: los aviones bombardearon la fuerza de Quevedo y sembraron el pánico entre sus hombres. El 18 de julio, tras tomar cuarenta y dos prisioneros y un botín de sesenta y seis armas y dieciocho mil proyectiles, comunicó al Che: «Las tropas rodeadas están al borde del colapso.»

La caída de Jigüe se produjo la noche del 20 de julio: Quevedo se entregó con ciento cuarenta y seis soldados. Para los rebeldes, la victoria fue

un punto de inflexión; habían desbaratado la ofensiva del ejército y ahora podían aprovechar su ventaja.[1]

El día de la rendición de Quevedo, Radio Rebelde anunció la firma del «Pacto de Caracas». Firmado previamente por Fidel en nombre del Movimiento 26 de Julio, el pacto reunía a ocho grupos de oposición, incluidos los Auténticos de Carlos Prío, el Directorio Revolucionario, la llamada fracción militar «barquinista» y el Movimiento Montecristi de Justo Carrillo, que se comprometían a derrocar a Batista mediante la insurrección armada y formar un gobierno provisional de breve duración. Más importante aún, el «Manifiesto de Unidad de la Sierra Maestra» reconocía a Fidel Castro como «comandante en jefe de las fuerzas revolucionarias». Como en todos los pactos anteriores, el más importante de los grupos de oposición excluidos era el PSP. El Che, que evidentemente pensaba que estaría incluido, escribió en su diario: «La unidad por fuera marcha bien pero en el llamamiento no está incluido el Partido Socialista [Popular], lo que me extraña.» (Parecía que en lo relativo a las vinculaciones PSP-26 de Julio, Fidel momentáneamente ocultaba su pensamiento al Che, y que a pesar de las conversaciones de alto nivel, ambas organizaciones habían resuelto mantener su diálogo en secreto y evitar una unificación pública que pudiera provocar controversias.)

Finalmente, con intermediación de la Cruz Roja se negoció una tregua de dos días. El 23 y 24 de julio, se entregaron 253 prisioneros del ejército famélicos y exhaustos; entre ellos había 57 heridos. Dejaron en manos de los rebeldes un total de 161 armas, incluidos dos morteros, un lanzagranadas y dos ametralladoras pesadas. Dos horas antes del fin del cese de fuego, el Che movilizó a sus hombres; algunos debían defender el paso de La Maestra mientras otros ponían sitio a las tropas en Las Vegas.

En un día rodearon el campamento y, siguiendo el ejemplo de Fidel en Jigüe, el Che instó a los soldados a entregarse. La mañana del 28 de julio, el Che se reunió con dos emisarios del capitán del ejército en una granja situada entre las líneas. Los oficiales traían una oferta: si se les permitía retirarse, dejarían sus alimentos pero se llevarían sus armas. El Che respondió que era inaceptable y volvió a sus líneas. Poco después, un centinela le advirtió que el enemigo huía en sus vehículos con una bandera blanca y una de la Cruz Roja; evidentemente, el encuentro había sido una táctica de distracción. El Che ordenó a sus fuerzas que abrieran fuego y él mismo encabezó la persecución.

«Se veía un espectáculo desolador de derrota –escribió–; mochilas y cascos regados por todo el camino, bolsas con balas y toda clase de enseres, hasta un jeep y un tanque intacto... Luego cayeron los primeros prisioneros, entre ellos el médico de la compañía.» Sin embargo, al continuar el avance, las fuerzas del Che cayeron bajo el fuego de su propia tropa oculta en las laderas circundantes; murió un prisionero del Che y un oficial rebelde resultó herido de gravedad. «Tenía la incómoda situación de estar sitia-

1. Fidel convenció a Quevedo para que se uniera al Ejército Rebelde. Varios oficiales lo hicieron durante la guerra.

do por nuestras fuerzas que hacían fuego apenas veían moverse los cascos. Mandé un soldado a que parara el fuego con las manos en alto y en un lugar dio resultado pero del otro siguieron tirando un rato, hiriendo a dos guardias más.»

Finalmente se normalizó la situación y se condujo a decenas de guardias prisioneros de vuelta a Las Vegas. Cuando inspeccionaba el tanque capturado, el Che recibió un mensaje urgente de Fidel. Aparentemente, la segunda retirada del ejército ese día, desde el sector de Santo Domingo, había sido una maniobra, porque mientras los rebeldes perseguían a las tropas en su retirada, la compañía de Sánchez Mosquera había tomado la colina Los Arroyones cerca de Las Mercedes y los habían flanqueado. Uno de los capitanes rebeldes al mando de la fuerza había muerto; el otro –que era René Ramos Latour, el antiguo rival del Che en el llano– aún vivía y devolvía el fuego, pero el combate era encarnizado. La tarde del día siguiente, Daniel murió de una herida de granada en el abdomen. «Profundas divergencias ideológicas me separaban de René Ramos y éramos enemigos políticos –escribió el Che en su diario–, pero supo morir cumpliendo con su deber, en la primera línea y quien muere así es porque siente un impulso interior que yo le negara y que en esta hora rectifico.»

Durante la siguiente, caótica semana de guerra, los combates se centraron en un objetivo nuevo y casi gracioso: el tanque capturado por el Che en Las Mercedes. Como un indicio de que la Revolución Cubana jamás superó la pequeña escala, ese tanque solitario era un gran trofeo que Fidel quería conservar a toda costa, y con el mismo encarnizamiento el enemigo se empeñaba en destruirlo. Aviones enemigos realizaban incursiones para bombardearlo mientras las fuerzas de Fidel trataban de sacarlo del barro del camino donde había quedado atascado.

Los esfuerzos de ambos bandos resultaban vanos; el tanque seguía intacto. El 5 de agosto, Fidel envió a un campesino con una yunta de bueyes a sacarlo del barro, pero se rompió el volante y había pocas esperanzas de repararlo. «Esperanzas destruidas –escribió Fidel al Che esa noche–. Hacía mucho que no tenía tales fantasías.»

Dos días después, protegidos por un fuego mortífero, el ejército inició la retirada en masa de su última posición asediada en la Sierra Maestra. Era el fin de la alardeada ofensiva de Batista... pero no de las muertes. El 9 de agosto, Beto Pesant, veterano del primer grupo de voluntarios de Manzanillo, murió al manipular un proyectil antiaéreo. Zoila Rodríguez, la amante del Che, presenció la escena.

«El comandante Guevara, otros rebeldes y yo fuimos a cumplir una misión, en esa ocasión murió Alberto Pesant. Cuando escuché una explosión, observé que el mulo de Guevara, llamado Armando, resultó herido y lo había lanzado [al Che] por los aires, corrí a su lado pero ya se estaba levantando. Miré para Pesant y le faltaba un brazo, tenía la cabeza destrozada y el pecho abierto... Empecé a gritar: "Beto, no te mueras, no te mueras." Rápidamente lo atendieron. El comandante me dijo: "Zoila, está muerto."» El Che ordenó

que llamaran a la esposa del muerto en Manzanillo. Cuando llegó, «se puso a llorar en la tumba –recuerda Zoila–, todos lloramos y cuando miré a Guevara tenía los ojos con lágrimas».

Tras la retirada del ejército, Fidel aún tenía ciento sesenta prisioneros, varios de los cuales estaban heridos, y quería deshacerse de ellos rápidamente. Después de muchas idas y venidas, la mañana del 11 de agosto Fidel, el Che y los comandantes del ejército se reunieron con representantes de la Cruz Roja. Conversaron amablemente mientras bebían café. Se impuso una tregua de dos días para liberar a los militares, tanto los ilesos como los heridos. En un momento el Che y Fidel realizaron un breve vuelo en helicóptero con sus contrapartes enemigos. Los rebeldes aprovecharon la tregua para efectuar procesos judiciales. El Che apuntó que se ajustició «a un desertor del ejército que intentó violar una muchacha».

Durante la pausa, un alto oficial del ejército que los rebeldes creían que era un enviado especial de Batista instó a Fidel a negociar con el régimen. «Propuso veladamente el reemplazo [de Batista] por un magistrado del Supremo [Tribunal de Justicia] (el más viejo) y la salida pacífica. No se llegó a nada concreto.» Fidel no respondió al ofrecimiento. No veía motivos para apresurarse a iniciar negociaciones porque tenía planes para extender la guerra al resto de la isla y aún tenía esperanzas de ganar al general Cantillo, cuya ofensiva acababa de derrotar. Como señaló el Che más adelante: «El ejército batistiano salió con su espina dorsal rota de esta postrera ofensiva sobre la Sierra Maestra, pero aún no estaba vencido. La lucha debía continuar.» Efectivamente, el 14 de agosto, después de una desusada muestra de humanidad en la que el ejército envió plasma sanguíneo a los rebeldes, la fuerza aérea reanudó los bombardeos.

Mientras tanto, sin que lo advirtiera el enemigo ni los aliados putativos de Fidel en el Pacto de Caracas, un visitante distinguido partió del territorio rebelde en la Sierra Maestra. Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Comité Central del Partido Comunista, había mantenido conversaciones secretas con Fidel después de visitar el Segundo Frente de Raúl en la Sierra Cristal. El Che mencionó la visita discretamente y sólo después de la partida del dirigente del PSP. «Carlos Rafael salió para la zona libre. Su impresión es positiva a pesar de todas las intrigas de dentro y fuera.»[1]

A pesar del secreto que aún persiste acerca de la visita de Rodríguez, es evidente que Fidel le dio la luz verde para buscar la unidad del PSP y el 26 de Julio en un frente obrero reconstruido. Otra señal de cooperación que

1. Rodríguez nunca habló mucho sobre este viaje. Sólo dijo que en la zona de Raúl no había hallado «sino comprensión para los comunistas, pero cuando llegué a Fidel en la Sierra Maestra esta comprensión se había vuelto suspicacia». Rodríguez indudablemente se refería al antagonismo que despertó su presencia en Carlos Franqui, Faustino Pérez y otros hombres del llano que se encontraban en la sierra. El Che parecía aludir a esto cuando, días después de la partida de Rodríguez, advirtió «la formación de una oposición dirigida por Faustino y compuesta también por Franqui y Aldo Santamaría [hermano de Haydée Santamaría y del difunto Abel Santamaría] en la Sierra Maestra».

envió Fidel fue su autorización para que el partido tuviera un delegado permanente en la sierra. Tres semanas después de la partida de Rodríguez, llegó el veterano dirigente Luis Más Martín, un viejo amigo de los Castro. En septiembre volvió el propio Rodríguez para permanecer junto a Fidel hasta el fin de la guerra.

Entretanto, en la Sierra Cristal, Raúl Castro y el PSP habían avanzado mucho más allá de un «entendimiento». Se habían establecido vínculos organizativos serios desde la llegada de Raúl a principios de marzo. En la misma época que Raúl abandonó la Sierra Maestra para abrir el nuevo frente, José «Pepe» Ramírez, jefe de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), controlada por el PSP, recibió órdenes del partido de «presentarse a Raúl». Éste le encomendó que organizara a los campesinos de la zona y convocara a un «Congreso Campesino» en el otoño. El trabajo estaba bien encaminado. Ramírez realizaba reuniones con ayuda de la red local del PSP. Asimismo, se había creado una escuela para instructores de la tropa dirigida por los comunistas, cuya orientación política era marxista.

Resulta curioso que además del apoyo de los comunistas, Raúl también contara con el apoyo de un número importante de activistas católicos de la ciudad de Santiago. También entre ellos había un voluntario norteamericano, Russell Evans, que trabajaba en la fábrica de bombas de los rebeldes. Pero la característica destacada del Segundo Frente de Raúl era la influencia comunista. En efecto, el frente fue el semillero de muchos futuros dirigentes del partido. Expulsado de la Juventud Socialista a raíz de su papel en la aventura «putschista» de Fidel en el Moncada, Raúl no era miembro del partido, pero conservaba su lealtad y, con un guiño de aliento de Fidel, procedió a cimentar sus vínculos con él.

Estos sucesos sin duda no eran vistos con buenos ojos por los norteamericanos, pero por el momento no era mucho lo que se podía hacer para apaciguar sus temores sobre los verdaderos objetivos de un Ejército Rebelde cuyo poderío crecía constantemente. Por el momento, esos objetivos exigían una audaz expansión de la guerra. El Che y Camilo Cienfuegos debían abandonar la Sierra Maestra para llevar la guerra al centro y el oeste de la isla. La columna Ciro Redondo del Che debía asumir la autoridad revolucionaria en los montes Escambray de la provincia central de Las Villas, «golpear implacablemente al enemigo» y dividir la isla en dos. Al mismo tiempo, la columna Antonio Maceo de Camilo debía emular la hazaña de ese ilustre prócer de la independencia en el siglo XIX al marchar hasta la provincia de Pinar del Río, en el extremo occidental de Cuba.

El Che estaba impaciente por iniciar la marcha, pero el 15 de agosto escribió: «No he podido organizar todavía la columna, pues ha habido un cúmulo de órdenes contradictorias sobre su composición.» Se trataba de reunir a los hombres que marcharan con él y estaba decepcionado por la escasa cantidad de voluntarios que se presentaban en los distintos pelotones. Él mismo no los alentaba demasiado a seguirlo, ya que les decía que probable-

mente sólo la mitad sobreviviría a la misión y que debían prepararse para el combate y el hambre constantes. Evidentemente, no cualquiera podía participar en la misión. Fidel convocó al Che a Mompié. Le había organizado una unidad al mando del Vaquerito y le dijo que eligiera a los hombres que necesitara en los demás pelotones. Pablo Ribalta, el comisario político en Minas del Frío, empezó a seleccionar hombres de la escuela sobre la base de las instrucciones recibidas del Che.

Durante la quincena siguiente, bajo los incesantes bombardeos aéreos, el Che reunió su fuerza expedicionaria con sumo cuidado: era una columna de 148 hombres con media docena de jeeps y camionetas. La fuerza de Camilo, de 82 hombres, también estaba preparada para partir. La noche del 29 de agosto, cuando cargaba unos jeeps con municiones traídas desde Miami y se aprestaba a partir al amanecer, el ejército capturó dos camionetas cargadas con provisiones y todo el combustible para la travesía. Resolvió partir a pie.

El 31 de agosto, cuando se preparaba para partir, Zoila le pidió que le permitiera acompañarlo. El Che se negó. Se despidieron en la aldea de El Jíbaro. Fue su último encuentro como amantes. «Me encargó que cuidara a su mulo Armando –recuerda Zoila–. Lo atendí como si fuera un cristiano.»

19. LA OFENSIVA FINAL

I

Durante las seis semanas siguientes, bajo los incesantes aguaceros de la estación lluviosa, las columnas del Che y Camilo vadearon los arrozales y pantanos del llano, cruzaron ríos crecidos, esquivaron al ejército y sufrieron frecuentes ataques aéreos. Las «marchas agotadoras» a través de «pantanos hediondos» y por «sendas infernales» eran «realmente horribles», escribió el Che. El enemigo había detectado su presencia, y después de un par de escaramuzas el 9 y 14 de septiembre, el ejército rastreaba sus movimientos.

«El hambre y la sed, el cansancio, y la sensación de impotencia frente a las fuerzas enemigas que cada vez nos cercaban más y, sobre todo, la terrible enfermedad de los pies conocida por los campesinos con el nombre de mazamorra (que convertía en un martirio intolerable cada paso dado por nuestros soldados), habían hecho de éste un ejército de sombras. Era difícil adelantar; muy difícil. Día a día empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa y las comidas, un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuían a mejorar ese nivel de miseria, que estábamos soportando.»

En las escaramuzas murieron varios combatientes, otros desertaron y el Che permitió que varios hombres desmoralizados o temerosos abandonaran la columna. Como siempre, los chivatos causaban problemas. El Che informó a Fidel de que «la conciencia social del campesinado camagüeyano es mínima, y tuvimos que enfrentar las consecuencias de numerosos informantes».

Mientras tanto, el gobierno intensificaba la propaganda sobre el comunismo del Che. El 20 de septiembre, después de las escaramuzas con las tropas en el llano, el jefe de estado mayor de Batista, general Francisco Tabernilla, informó de que el ejército había «destruido» una columna de cien hombres conducida por el «Che Guevara» y había capturado pruebas de que sus rebeldes eran entrenados mediante métodos comunistas.

Lo cual era totalmente cierto. «Lo que pasó –explicó el Che a Fidel más adelante– es que en una de las mochilas [abandonadas durante una escaramuza] encontraron un cuaderno que daba el nombre, dirección, arma y municiones de toda la columna, miembro por miembro. Además, un miembro de esta columna que también es miembro del PSP [Pablo Ribalta] abandonó su mochila conteniendo documentos de esa organización.»

Además de la ofensiva propagandística, el ejército utilizó las «pruebas comunistas» para inculcar el miedo y el odio a los rebeldes entre sus tropas. El 21 de septiembre, en un radiograma a las unidades apostadas en la ruta del Che, el teniente coronel Suárez Suquet exhortó a los oficiales a que emplearan todos los recursos disponibles y «juntaran coraje» para detener al «enemigo guerrillero» que «asesinaba hombres cualesquiera que fuesen sus ideas». Señaló que «la reciente captura de documentación comunista del extranjero conocido como "Che Guevara" y sus secuaces, que siempre han vivido fuera de la ley [demuestra que están] a sueldo del Kremlin... Adelante, Soldado Cubano: no permitiremos que estas ratas que penetraron subrepticiamente en esta provincia vuelvan a salir».

Y por si la persecución del ejército no fuera problema suficiente, el Che sabía que al acercarse a la sierra de Escambray penetraba en un avispero de rivalidades e intrigas. Varios grupos armados operaban en la zona, prácticamente todos competían por la influencia y el control territorial y algunos eran poco menos que bandas de cuatreros llamados *comevacas.* El 7 de octubre, aún en ruta, lo visitó una delegación rebelde del Escambray con un «rosario de quejas» sobre Eloy Gutiérrez Menoyo, quien se había escindido del Directorio de Chomón y constituido su propio «Segundo Frente Nacional del Escambray». Cada fracción se había adueñado de una porción de territorio y no ocultaba su hostilidad por la otra. Poco antes, Gutiérrez Menoyo había secuestrado brevemente a Víctor Bordón Machado, dirigente de la guerrilla del 26 de Julio en Las Villas, y sus respectivas fuerzas estaban al borde de una confrontación armada. El Che mandó aviso de que Bordón fuera a verlo y escribió en su diario: «Me da la impresión desde aquí que hay muchos trapos sucios que limpiar por todos lados.»

Además de extender la guerra al centro de Cuba, Fidel le había ordenado que «unificara» a las diversas fracciones y las pusiera bajo su control, pero para ello no podía contar con la ayuda del Movimiento 26 de Julio. Hasta entonces, su experiencia en el llano indicaba que el aliado natural era el PSP.

La llegada del Che brindaba al PSP una oportunidad única para desempeñar un papel importante en la lucha armada, algo que le negaban las demás corrientes. En Yaguajay, un distrito rural en el norte de Las Villas, el PSP tenía su propia columna rebelde, la «Máximo Gómez», con sesenta y cinco hombres armados y encabezada por el dirigente del partido Félix Torres. Tanto la organización local del Movimiento 26 de Julio como el Segundo Frente de Gutiérrez Menoyo habían rechazado sus ofrecimientos de unirse a ellos.

A principios de octubre, al llegar el Che a la región, el Partido envió emisarios a su encuentro. Le ofrecieron guías y dinero y le prometieron un transmisor de radio y una multicopista para llevar adelante su campaña de propaganda una vez que se instalara en el Escambray. El Che aceptó con gratitud y pidió que lo comunicaran directamente con los dirigentes del PSP en Las Villas.

Tras una semana atroz de marchas por el fango y los pantanos bajo el acoso constante de los aviones, el Che y sus hombres llegaron a una finca en las estribaciones del Escambray. Estaban famélicos, enfermos y exhaustos, pero habían recorrido casi la mitad del largo de Cuba, algo más de seiscientos kilómetros, casi siempre a pie. Y allí, tal como había pedido, los esperaba un dirigente comunista.

A los veintiséis años, Ovidio Díaz Rodríguez era el secretario de la Juventud Socialista en la provincia de Las Villas. El partido le había encomendado que recibiera al Che, y él había ido a su encuentro a caballo. Era un día horrible –había llovido y todo estaba empapado–, pero Díaz estaba eufórico. La propaganda incesante del gobierno sobre el «comunista argentino» había despertado en él una verdadera veneración por Guevara, y al acercarse al lugar del encuentro, Díaz se sintió embargado por una fuerte emoción. «Sentía deseos de abrazarlo cuando me lo encontrara», recuerda Díaz, pero cuando Guevara le tendió la mano, abandonó tímidamente la idea. «Lo vi muy delgado y me imaginé las penurias que seguramente vivió desde la salida de la Sierra Maestra. Me impactó su personalidad y el respeto con que todos lo trataban. La admiración que sentía por él aumentó.»

Con la aspereza que lo caracterizaba, el Che regañó a Díaz por su imprudencia al ir de frente hacia su campamento. «Debiste seguir mis pasos», dijo antes de invitarlo a sentarse para conversar. «Me pidió que le hiciera un recuento de todo lo que conocía, de la situación del Escambray, de los grupos de alzados que existían, de la situación del partido en la provincia y en las montañas, el apoyo que tenía, que si las bases socialistas eran fuertes en la zona. Habló conmigo con respeto y de forma muy afable.»

El 15 de octubre el Che apuntó en su diario que se había reunido con «un representante del PSP» quien le dijo que su partido se ponía «a nuestra disposición» si se podía lograr la unidad de los distintos grupos armados. Era un buen comienzo.

Para entonces, Camilo también tenía contactos con el PSP. Su columna se había desviado hacia el norte, a Yaguajay, donde se encontraba la de Félix Torres, y el 8 de octubre los dos hombres se habían conocido en el terreno. Torres había tenido el placer de colocarse con toda su columna bajo el mando de Camilo, y éste lo había aceptado con igual placer. A partir de entonces, cada uno en su propio campamento, coordinaron todas sus acciones. Fidel, complacido por el acuerdo, ordenó a Camilo que permaneciera en Las Villas y respaldara las acciones del Che en lugar de seguir adelante hasta Pinar del Río.

Durante los días siguientes, mientras el Che y sus hombres penetraban en el Escambray propiamente dicho, Díaz lo visitaba para coordinar las actividades. En cada visita aumentaba su admiración por las cualidades de mando del Che. «Conocía perfectamente a sus hombres, quiénes procedían de las diferentes organizaciones revolucionarias, quiénes se alzaron siendo campesinos y obreros, quiénes eran anticomunistas por una situación de incultura. Él apreciaba a sus hombres por su valor combativo, pero sabía dis-

tinguir perfectamente entre las personas de posiciones de izquierda o de derecha.»

El grupo era, como todos, heterogéneo. Además de los graduados relativamente inexpertos de Minas del Frío, el Che había traído a sus protegidos. Entre ellos estaban los comunistas Ribalta y Acosta y su lugarteniente de confianza, Ramiro Valdés. Ramirito lucía una barba de chivo que le daba un aspecto siniestro; según el Che, se parecía a Félix Dzerjinski, el fundador de la KGB. También estaba el joven médico Oscarito Fernández Mell, de quien el Che se mofaba por ser un «pequeñoburgués», a la vez que disfrutaba de su compañía.

Estaban asimismo presentes los jovencitos de la zona como Joel Iglesias, Guile Pardo, el Vaquerito, al frente de su temerario «escuadrón suicida», y los hermanos Acevedo. Y no faltaban personajes pintorescos como el «Negro» Lázaro, un hombre robusto y valiente, poseedor además de un gran sentido del humor. Durante toda la campaña arrastró consigo una silla de montar, diciendo que quería tenerla para el día en que consiguiera un caballo; de más está decir que ese día nunca llegó.

Por último, había un grupo de jóvenes cuyos destinos se enlazarían permanentemente con el del Che. Muchos lo acompañaron como guardaespaldas después de la guerra y participaron en sus aventuras guerrilleras. La mayoría de ellos carecían de formación política pero anhelaban vivir aventuras. Para ellos, el Che tenía la llave para una vida de gloria en la que uno podía llegar a ser como él, un «héroe de la liberación».*

¿En qué consistía el magnetismo del Che? Era imposible concebir una personalidad más distinta de la de casi todos ellos. Era un extranjero, un intelectual, un profesional, leía libros que ellos no comprendían. Era un comandante exigente, estricto, célebre por la severidad de sus castigos, sobre todo con aquellos que había escogido para formar como «verdaderos revolucionarios». En Minas del Frío, cuando Harry Villegas y otros jóvenes iniciaron una huelga de hambre en protesta por la mala calidad de la comida, el Che había amenazado con fusilarlos, pero después de conferenciar con Fidel había mitigado la pena, quitándoles los alimentos durante cinco días «para que supieran lo que era el hambre de verdad». Ese castigo no había sido un incidente aislado; habían padecido la severidad del Che por cometer errores que otros comandantes hubieran pasado por alto o cometido ellos mismos.

Pero el Che era distinto; todos lo sabían. Era tan exigente consigo mismo como con ellos. Cada sanción iba acompañada por una explicación, un discurso sobre la importancia de la abnegación, el ejemplo personal y la conciencia social. Quería que supieran por qué los castigaba y qué podían hacer para rehabilitarse. Naturalmente, no cualquiera podía militar en su columna. Los que eran incapaces de soportar las penurias y sus rigurosas exigencias quedaban atrás, pero para los que seguían adelante, el hecho de

* Véanse más detalles en el apéndice.

estar «con el Che» era motivo especial de orgullo. Y por el hecho de vivir con ellos, rechazar los lujos propios de su grado y correr los mismos riesgos en combate, se ganó su respeto y devoción. Para esos jóvenes, muchos de ellos negros y de familias campesinas pobres, el Che era un guía y maestro, un modelo a emular, y acabaron por creer en todo lo que él creía.[1]

Al mismo tiempo, aunque se esforzaba por ocultarlo, el Che sufría en carne propia a causa de la imagen de austeridad revolucionaria que se había creado. Su relación con Zoila, su afición por las mulas, su hábito de mantener mascotas podían considerarse señales de hambre de ternura y solaz para mitigar la dureza de la vida que había elegido.

Al llegar al Escambray, esperaba que su mensajera Lidia se reuniera con él. Además de servirle de correo con Fidel y La Habana, había prometido traerle un cachorro para reemplazar a «Hombrito», un perro que había bautizado con el nombre del valle donde había combatido y que había abandonado en la Sierra Maestra. Pero Lidia no logró llegar. Junto con su acompañante Clodomira, fueron traicionadas, apresadas y «desaparecidas» por los agentes de Batista.

El Che lamentó profundamente su muerte. Meses después de su asesinato, escribió: «Para mí, Lidia ocupa un lugar de preferencia. Por eso hoy vengo a dejar en homenaje estas palabras de recuerdo, como una modesta flor, ante la tumba multitudinaria que abrió sus miles de bocas en nuestra isla otrora alegre.»

Durante la travesía de Camagüey, el Che perdió la gorra militar que había pertenecido a Ciro Redondo y que usaba desde la muerte de éste. La reemplazó con la boina negra que con el tiempo se convertiría en su símbolo personal, pero en aquel momento había perdido un objeto irreemplazable. Oscarito Fernández Mell dijo que pocas veces lo vio tan trastornado como en aquella ocasión. «Pero la gorra..., que quería esa gorra que era un desastre, que tenía la visera caída, pero que había sido de aquel hombre, estaba sucia, cagada y todo, pero ésa era la que él quería... Porque era un poco la continuación de la amistad que él tenía con Ciro... El Che es este tipo de hombre, un hombre duro y hombre extraordinariamente sentimental.

1. Muchos hombres acompañaron al Che en su larga marcha hacia el Escambray, pero algunos empezaron a sufrir de *«apendijitis»* o cobardía. El 7 de octubre licenció a siete hombres «en un intento de barrer la escoria de la columna», según informó a Fidel. La noche siguiente despidió al voluntario norteamericano Herman Marks, quien tenía el grado de capitán. El gringo, veterano de la guerra de Corea, había sido un excelente instructor de los hombres del Che y en los últimos meses había demostrado su coraje en combate, pero el Che no lamentó su partida. «Estaba herido y enfermo pero, fundamentalmente, no encajaba en la tropa», escribió en su diario. Enrique Acevedo entró en mayores detalles. El norteamericano era «valiente hasta la locura en el combate, déspota y arbitrario en la paz del campamento». Según Acevedo, era particularmente inquietante su afición a las ejecuciones de los condenados y con frecuencia se ofrecía como voluntario con un entusiasmo obsceno.

II

Al evaluar los grupos rebeldes rivales en el Escambray, el Che comprendió que debía actuar con rapidez para imponer su autoridad y organizar un frente de combate efectivo. Su primera misión era atacar los destacamentos militares locales e interrumpir el tránsito en Las Villas como parte de la estrategia rebelde para sabotear la «farsa» electoral prevista para el 3 de noviembre, apenas dos semanas más adelante.

En verdad, los escasos candidatos constituían en conjunto un ejemplo de la política que ha perdido contacto con la realidad. Los opositores del candidato batistiano, el primer ministro Andrés Rivero Agüero, eran Carlos Márquez Sterling al frente de una facción que se había separado del Partido Ortodoxo y Ramón Grau San Martín, el desacreditado ex presidente que encabezaba un ala de los auténticos. No era casual que la ciudadanía demostrara poco entusiasmo, y se preveía una concurrencia mínima a las urnas.

En cambio, los rebeldes se fortalecían constantemente. Para un sector creciente de la opinión pública, la clave del futuro político de Cuba estaba en manos de los «barbudos» –el apelativo popular de los guerrilleros barbados y pelilargos–, no de los elegantes políticos habaneros. Fidel quería aprovechar las elecciones para lanzar una ofensiva por toda la isla y así capitalizar su popularidad creciente, y esta vez tenía la certeza de que la opinión pública estaría con él. Por ello, además de prohibir la circulación del tránsito, decretó que los consumidores debían boicotear la lotería, dejar de comprar diarios y de asistir a fiestas o ceremonias de cualquier tipo. Los ciudadanos debían limitar sus compras al mínimo esencial con el fin de reducir la recaudación fiscal. Y por si alguien dudaba de su oposición a las elecciones, Fidel amenazó a todos los candidatos con la prisión o la muerte.

Para asegurar el acatamiento de sus decretos, Fidel envió nuevas columnas al llano de Oriente y Camagüey, y dio a Juan Almeida la orden de empezar a rodear la ciudad de Santiago. Asimismo soltó las riendas de los grupos de acción urbana, los que en septiembre realizaron una serie de acciones espectaculares, entre ellas la destrucción de dos emisoras de radio del gobierno y el incendio de Rancho Boyeros, el aeropuerto más importante del país.

Por su parte, el gobierno respondía con la represión política desenfrenada. La opinión pública estaba indignada y asqueada por una serie de asesinatos brutales de civiles por la policía; entre las víctimas había dos jóvenes hermanas de La Habana. La tortura de los sospechosos detenidos por el Buró de Represión a las Actividades Comunistas (BRAC), el organismo financiado por la CIA, se hizo pública hasta el punto de motivar una protesta del inspector general del propio servicio de inteligencia norteamericano. En septiembre, una de las columnas del Che en Camagüey cayó en una emboscada. Dieciocho rebeldes murieron en la acción y los once supervivientes que cayeron prisioneros, incluyendo los heridos, fueron ejecutados sumariamente.

La revolución en Cuba también atraía participantes lejanos. Al prolongarse el bloqueo impuesto por el Departamento de Estado sobre la venta de

armas al régimen, Batista había buscado proveedores en otras latitudes. Cuando se informó de la venta de quince aviones británicos Sea Fury, los intermediarios de Fidel pidieron al primer ministro Harold Macmillan que la bloqueara, pero éste los desairó. En represalia, Fidel decretó la confiscación de las propiedades británicas en la isla y llamó al boicot de los bienes de ese origen.

En un ensayo general de su enfrentamiento futuro, Fidel y Washington iniciaron una guerra dialéctica. La Casa Blanca rechazó la petición rebelde de retirar la misión militar norteamericana de la isla, y el Departamento de Estado, en una muestra de hostilidad, insinuó que tomaría «medidas» cuando los rebeldes apresaron por poco tiempo a dos empleados de la petrolera Texaco en una emboscada. A fines de octubre, Batista retiró la guardia militar de la mina de níquel norteamericana en Nicaro. Cuando las fuerzas de Raúl fueron a tomar la mina, la armada de Estados Unidos envió un buque de transporte apoyado por un portaaviones para evacuar a los cincuenta y cinco civiles norteamericanos. El Departamento de Estado emitió una amenaza velada de represalias si se volvían a retener personas de nacionalidad estadounidense como rehenes.

Fidel respondió inmediatamente con otra amenaza: si el Departamento de Estado cometía el error de «conducir a su país a un acto de agresión contra nuestra soberanía, tenga la seguridad de que sabremos defenderla honrosamente».

Mientras tanto, a partir del fracaso de la ofensiva militar, crecían los rumores de descontento dentro de las fuerzas armadas. Para acentuar esta tendencia, Fidel no perdía oportunidad para proclamar elogios a los hombres de las fuerzas armadas cubanas a la vez que los instaba a abandonar «la tiranía» para servir a «la Patria» representada por él. Los oficiales y soldados que optaran por ésta serían bien recibidos en el «Territorio Libre» de los rebeldes siempre que trajeran sus armas; seguirían recibiendo sus salarios y tendrían alojamiento y comida gratuitos hasta el final de la guerra. Instó nuevamente al general Cantillo a encabezar una sublevación militar contra Batista, pero el jefe del ejército se negó a responder; el juego del gato y el ratón continuaría hasta el final. Al mismo tiempo, un agente de Fidel trataba de convencer a ciertos oficiales disidentes de que desertaran para conformar su propia columna rebelde. Semejante acción sería un golpe propagandístico espectacular y aceleraría la desintegración de las fuerzas armadas.

Mientras Fidel elaboraba planes y maniobras, visitantes y mensajeros iban y venían incesantemente de la Sierra Maestra. Algunos, como el dirigente del PSP Carlos Rafael Rodríguez, se quedaron como huéspedes permanentes. Entre todo el ajetreo, la vida de Fidel había adquirido cierta comodidad: Gracias a un cocinero traído especialmente de un restaurante del llano, Fidel comía bien e incluso engordaba. Tenía un jeep y un generador eléctrico propios. Tenía tiempo para leer y para escuchar música clásica en su tocadiscos. Se comunicaba por teléfono con el exterior cada vez que lo deseaba. Y tenía a Celia, su cancerbero, a su lado.

En cuanto al futuro, Fidel se mostraba confiado, pero no satisfecho. El Ejército Rebelde de Oriente contaba con más de ochocientos hombres. Gracias a los pertrechos capturados durante la ofensiva estival y los constantes vuelos de abastecimiento desde el exterior, no había escasez de armas ni municiones. Además, había encontrado la manera de llenar sus arcas para la guerra. Había establecido un impuesto de quince centavos sobre cada bolsa de doscientas cincuenta libras de azúcar cosechado, y los ingenios azucareros de Oriente, incluidos los de propiedad norteamericana, pagaban sin chistar. Incluso poseía una modesta fuerza aérea rebelde bajo el mando de Pedro Luis Díaz Lanz.

En esa época anunció el proyecto largamente planificado de reforma agraria, llamado «Ley 1 de la Sierra Maestra». El decreto prometía repartir las tierras fiscales y de Batista entre los campesinos sin tierra, respetar la propiedad de lotes que no superaran las sesenta hectáreas e indemnizar a los dueños de grandes propiedades «ociosas» si les eran confiscadas. Más importante aún, al menos en relación con los futuros sucesos internacionales, Fidel avanzaba sigilosamente hacia una alianza pública con el Partido Comunista. A fines de octubre anunció la constitución de un nuevo frente sindical, el Frente Obrero Nacional de Unidad (FONU) que incluía al PSP.

Fiel a su costumbre, Fidel maniobraba en varios niveles. Mientras apaciguaba a sus aliados anticomunistas con una ley de reforma agraria moderada, consolidaba una alianza eficiente con los comunistas que iba mucho más allá del acuerdo de unidad sindical. El Che, Raúl y Camilo ya sentaban las bases en la práctica.

En el Segundo Frente de Raúl ya funcionaba una alianza político-militar entre el PSP y el 26 de Julio. El Congreso Campesino organizado por Pepe Ramírez se reunió en septiembre bajo la presidencia de Raúl. Asimismo, a su llegada a Las Villas, Camilo puso en marcha su plan de convocar una Conferencia Nacional de Trabajadores Azucareros. Aunque se reunió en diciembre, apenas en la víspera del triunfo rebelde, la iniciativa de Camilo, así como las que el Che estaba a punto de poner en marcha, fue uno de los primeros pasos hacia la fusión eventual del 26 de Julio y el PSP que culminaría con la creación de un nuevo Partido Comunista cubano presidido por Fidel.

El Che había marchado a través de Oriente y Camagüey sin dejar de pensar en la reforma agraria, pero las necesidades de la supervivencia le habían impedido hacer demasiado al respecto. Una semana después de la partida, había instado a los trabajadores de una gran finca privada en el Camagüey oriental a conformar un sindicato de agricultores arroceros y éstos habían respondido con entusiasmo. «Un tipo con conciencia social puede hacer maravillas en esta zona y hay bastante monte para esconderse –le escribió a Fidel–. Una guerrilla armada de 30 hombres puede hacer maravillas en la zona y revolucionarla.»

Tres semanas más tarde, al encontrarse en una gran finca arrocera propiedad de un socio de Batista, se detuvo a conversar con el administrador norteamericano. Comentó luego en su diario: «Hablé con el administrador ex-

plicándole la esencia de nuestra concepción económica y la protección a la industria arrocera para que se lo transmitiera a su patrón.» Joel Iglesias recordó el encuentro con mayor detalle.

«Cuando salimos de allí me preguntó: "¿Qué tú crees de éste?" Le respondí que a mí no me gustaban estos tipos. Él me dijo: "A mí tampoco, a la larga tendremos que combatir contra ellos", y agregó: "Yo moriría con una sonrisa en los labios, en el pico de una loma, detrás de una piedra, combatiendo contra esta gente."»

Pero antes de combatir a los yanquis el Che tuvo que enfrentarse a otra clase de enemigo. A partir del 16 de octubre, cuando penetró en el Escambray propiamente dicho, se halló sumergido en un mar de intrigas. El Segundo Frente, el ala del Directorio dirigida por Gutiérrez Menoyo, no sólo se había mostrado hostil con el comandante Víctor Bordón del 26 de Julio sino que estaba enemistado con el grupo armado oficial del Directorio Revolucionario dirigido por Faure Chomón. Y había disidencias en el seno del propio 26 de Julio.

Una delegación representativa de la junta directiva del 26 de Julio en Las Villas vino a presentar sus quejas sobre Bordón, quien según ellos se mostraba «agresivo» y actuaba por cuenta propia. El Che convocó un consejo que tendría lugar días después en el campamento general del Directorio. Entretanto, trató de convencer al 26 de Julio local sobre la necesidad de un acuerdo de unidad y propuso una estrategia de insurrecciones urbanas y ataques guerrilleros conjuntos en las ciudades de Las Villas durante las elecciones. «No encontré mucho entusiasmo en la idea», escribió luego en su diario.

Acababa de instalar un campamento provisional en un paraje llamado Los Gavilanes cuando fue a verlo un oficial del Segundo Frente de Gutiérrez Menoyo. A pesar del *ethos* anticomunista del frente y su fama de dedicarse al bandidismo, el Che quería saber si se podía formar alguna clase de coalición antibatistiana. A mediados de octubre, se dirigió con sus hombres hacia el campamento de uno de los más destacados señores de la guerra del Segundo Frente, el comandante Jesús Carreras. Cuando llegaron al campamento al cabo de dos días de marcha, hallaron que Carreras se había ausentado, no sin dejar un mensaje amenazador. Según relató el Che en su diario, el mensaje decía que «ninguna tropa podía pasar por este territorio, que la primera vez sería advertida pero a la segunda expulsada o exterminada».

Al regresar Carreras, el Che vio que «ya llevaba en el cuerpo media botella de alcohol, que era aproximadamente la mitad de su cuota diaria». Le dijo enérgicamente que «no podía admitir» el uso del término «conminar». El comandante del frente se echó atrás, dijo que la amenaza estaba destinada a los combatientes del Directorio que le robaban cosas. Al partir, el Che pensaba que había manejado la situación de manera diplomática, pero también sabía que Carreras era «un enemigo».[1]

1. Después de la revolución, Carreras volvió al Escambray con otros excombatientes revolucionarios descontentos e inició una guerra de guerrillas contra la revolución. Fue apresado y ejecutado en 1961.

Continuó la marcha hasta el campamento general del Directorio en Los Arroyos, donde se reunió con sus dirigentes Faure Chomón y Rolando Cubela. Ambos acogieron la idea de colaborar con el Movimiento 26 de Julio, pero rechazaron cualquier posibilidad de reunirse con el Segundo Frente o los comunistas y declararon que no estaban dispuestos a ceder su independencia en un pacto de unidad con el Che. Como alternativa, el Che propuso una serie de medidas de «partición del territorio y zona de influencia donde fuerzas de otras organizaciones pueden operar libremente». Dejando de lado las sutilezas, propuso una acción conjunta sobre el pueblo y la guarnición de Güinía de Miranda, al pie del Escambray, «lo que aceptaron en principio pero sin entusiasmo».

Poca cosa, pero al menos era un paso adelante. Al mismo tiempo, lidiaba con el Movimiento 26 de Julio, cuyo nuevo coordinador en Las Villas, Enrique Oltuski, alias «Sierra», debía ir a verlo.

Oltuski llegó al campamento del Che en una noche oscura cuando los guerrilleros estaban reunidos en torno a una hoguera. Se acercó y trató de distinguir las caras. «Tenía en mente la imagen del Che que había visto publicada en los diarios. Ninguna de estas caras era esa cara. Pero había un hombre de contextura mediana que llevaba una boina negra y el pelo muy largo. La barba no era muy espesa. Llevaba una capa negra y la camisa abierta. Las llamas de la fogata y el bigote con puntas que enmarcaban la boca le daban un aspecto chino. Pensé en Gengis Kan.»

En su primera reunión no congeniaron. Oltuski, un habanero hijo de inmigrantes polacos, había estudiado ingeniería, pero abandonado la carrera para dedicarse a la revolución. Era uno de los organizadores de la Resistencia Cívica y miembro del Directorio Nacional del 26 de Julio. También era anticomunista.

Apenas se conocieron tuvieron su primer choque provocado por la propuesta del Che de asaltar bancos en Las Villas para conseguir fondos. Oltuski y sus camaradas del llano se opusieron con energía. El Che escribió con desdén en su diario: «Cuando le dije que nos dieran el informe de los bancos que hay en los pueblos, para atacarlos y llevarles el dinero, se tiraron al suelo angustiados. Se opusieron con el silencio a la distribución gratuita de la tierra y demostraron su subordinación al gran capital, sobre todo Sierra [Oltuski].»

En sus memorias, Oltuski reconstruyó lo que recordaba de su discusión sobre la reforma agraria como sigue:

> *Guevara:* Cuando hayamos ampliado y consolidado nuestro territorio llevaremos a cabo una reforma agraria. Repartiremos la tierra entre los que la trabajan. ¿Qué piensa de la reforma agraria?
>
> *Oltuski:* Es indispensable. *[Los ojos del Che se iluminaron.]* Sin la reforma agraria, el progreso económico no es posible.
>
> *Guevara:* Ni el progreso social.
>
> *Oltuski:* Ni el progreso social, claro. Yo escribí una tesis agraria para el Movimiento.

Guevara: ¿De veras? ¿Qué dice?

Oltuski: Que las tierras ociosas deben ser entregadas a los campesinos y que se debe presionar a los grandes terratenientes para que les permitan comprar la tierra con su propio dinero. Entonces se vendería la tierra a los campesinos al costo, con plazos de pago y créditos para la producción.

Guevara: ¡Ésa es una tesis reaccionaria! [*El Che hierve de indignación.*] ¿Cómo vamos a cobrarles a los que trabajan la tierra? Ustedes los del llano son todos iguales.

Oltuski [*Me enfurecí*]: ¿Y qué cree que debemos hacer, carajo? ¿Entregárselas sin más? ¿Para que la destruyan como en México? El hombre debe sentir que lo que posee le ha costado un esfuerzo.

Guevara: ¡Pero carajo, escuche lo que está diciendo! [*Al gritar se le hinchaban las venas del cuello.*]

Oltuski: Además, hay que disimular las cosas. No crea que los norteamericanos se van a quedar sentados mientras hacemos las cosas abiertamente. Es necesario ser más discretos.

Guevara: Así que usted es de los que cree que podemos hacer una revolución a espaldas de los norteamericanos. ¡Qué comemierda es usted! La revolución se debe llevar a cabo en una lucha de vida o muerte contra el imperialismo desde el primer momento. Una verdadera revolución no se puede disimular.

El 22 de octubre, cuando las diferencias entre el Che y sus colegas del 26 de Julio local aún no estaban resueltas, surgió un nuevo problema con el Segundo Frente al recibir la visita del comandante Peña, «famoso en la región por robar el ganado de los campesinos». El Che escribió en su diario: «Empezó muy amable pero luego mostró su hilacha. Nos despedimos cordialmente, pero como enemigos declarados.»

Peña había advertido al Che que no debía atacar Güinía de Miranda, que estaba dentro de *su* territorio. «Naturalmente, no le prestamos atención», escribió el Che, pero antes de proceder con el ataque debía conseguir calzado para sus hombres, cuyos borceguíes se caían a pedazos después de la larga marcha. Se enfureció al enterarse de que el Segundo Frente había «dispuesto» de un cargamento de cuarenta pares de zapatos enviados por el Movimiento 26 de Julio. Era el colmo. Entre las fuerzas del Che y el Segundo Frente «se avecinaba la tormenta».

En medio de la crisis llegó «Diego», jefe de acción de Las Villas, quien traía cinco mil pesos y una carta atrasada de Fidel, ambas cosas enviadas por Oltuski. Para la ofensiva inminente, Diego recibió la orden de «quemar las juntas electorales de dos-tres ciudades importantes del llano y comunicar a Camilo la orden de atacar Caibarién, Remedios, Yaguajay y Zulueta [pueblos del norte de Las Villas]». El Che aún debía elaborar su plan de ataque. Todo dependía de la eventual colaboración de las demás fuerzas rebeldes.

Por fin, el 25 de octubre, el jefe guerrillero local del 26 de Julio, Víctor Bordón, fue a ver al Che, quien lo castigó inmediatamente. El Che lo halló culpable, entre otras cosas, de excederse en su autoridad y de mentir sobre una supuesta reunión con Fidel que no se había producido. Lo degradó a capitán y ordenó a sus algo más de doscientos hombres que se pusieran bajo su mando; los que no estuvieran de acuerdo debían abandonar las montañas.

Esa misma noche, los dirigentes del Directorio comunicaron que «no estaban en disposición» de participar en el ataque. El Che, que ya lo había sospechado, respondió que procedería sin ellos. La noche siguiente, marcharon a Güinía de Miranda y abrieron fuego sobre el cuartel con un bazuca. El primer disparo erró el blanco y los soldados respondieron al fuego. Se generalizó el tiroteo y el bazuca disparó tres veces más sin dar en el blanco. Cayeron algunos rebeldes. Desesperado, el Che tomó el arma y su primer disparo hizo blanco. Los catorce soldados se rindieron inmediatamente.

A pesar de la capitulación, el Che estaba disgustado con el desenlace: «Se capturaron poquísimas balas y 8 fusiles, con pérdidas para nosotros [debido a] la cantidad de parque gastado y las granadas utilizadas.» Además, entre los rebeldes hubo dos muertos y siete heridos. Cuando amaneció, ya estaban a salvo en las montañas, pero antes de regresar a su base, el Che dejó como sarcástico «obsequio» en las cercanías del campamento del Directorio un jeep que había capturado, recuerdo de la batalla en la que no habían querido participar.

Con o sin la ayuda de las demás facciones, el Che decidió seguir atacando al ejército. La noche siguiente marchó para atacar el cuartel de Jíquima, defendido por cincuenta soldados. Esta vez fue más cauto: suspendió el ataque poco antes del amanecer porque Fonso, el servidor del bazuca, le dijo que no había posición para disparar. El 30 de octubre, de vuelta en la sierra, lo visitaron los jefes de acción del 26 de Julio de Sancti Spíritus, Cabaiguán, Fomento y Placetas; todos respaldaron su plan de atacar esos pueblos durante los días siguientes. «Estuvieron de acuerdo también en el asalto a los bancos y prometieron su ayuda», escribió.

Después de varios días de escaramuzas, el Che se dedicó a reorganizar su tropa para los ataques previstos para el 3 de noviembre, día de las elecciones, concertados con los grupos de acción urbanos. Sin embargo, en la víspera de la batalla lo visitó muy asustado el jefe de acción de Sancti Spíritus. Dijo que el coordinador de la ciudad se había enterado del plan de asaltar el banco y no sólo se negaba a ayudarles sino que amenazaba con tomar medidas si lo llevaban a cabo. Poco después, el Che recibió una carta amenazante de Sierra-Oltuski, coordinador del 26 de Julio en Las Villas, quien le ordenaba anular el ataque. El Che replicó inmediatamente con una carta enérgica.

> Dices que ni el mismo Fidel hizo eso cuando no tenía qué comer. Es verdad; pero cuando no tenía qué comer, tampoco tenía fuerzas para hacer un acto de esa naturaleza...

Según quien me trae la carta, las direcciones de los pueblos amenazan con renunciar. Estoy de acuerdo con que lo hagan. Más aún, lo exijo ahora, pues no se puede permitir un boicot deliberado a una medida tan beneficiosa para los intereses de la Revolución como es ésa.

Me veo en la triste necesidad de recordarte que he sido nombrado comandante en jefe, precisamente para dar una unidad de mando al Movimiento y hacer las cosas mejor... Renuncie o no renuncie, yo barreré, con la autoridad de que estoy investido, con toda la gente floja de los pueblos aledaños a la Sierra. No pensé que vendría a ser boicoteado por mis propios compañeros. Ahora me doy cuenta que el viejo antagonismo que creíamos superado, resurge con la palabra «llano» y los jefes divorciados de la masa del pueblo opinan sobre las reacciones de éste. Te podría preguntar: ¿por qué ningún guajiro ha encontrado mal nuestra tesis de que la tierra es para quien la trabaja, y sí los terratenientes? Y si eso no tiene relación con que la masa combatiente esté de acuerdo con el asalto a los bancos cuando ninguno tiene un centavo en ellos. ¿No te pusiste nunca a pensar en las raíces económicas de ese respeto a la más arbitraria de las instituciones financieras? Los que hacen su dinero prestando el dinero ajeno y especulando con él, no tienen derecho a consideraciones especiales. La suma miserable que ofrecen es lo que ganan en un día de explotación, mientras este sufrido pueblo se desangra en la Sierra y el Llano, y sufre diariamente la traición de sus falsos conductores.

Me adviertes con la responsabilidad total de la destrucción de la organización. Acepto esa responsabilidad revolucionariamente y estoy dispuesto a rendir cuentas de mi conducta ante cualquier tribunal revolucionario, en el momento que lo disponga la Dirección Nacional del Movimiento. Daré cuenta del último centavo que se confiera a los combatientes de la Sierra, o que éstos lograran por cualquier medio. Pero pediré cuenta de cada uno de los 50.000 pesos que anuncias...[1]

Me pides un recibo con mi firma, cosa que no acostumbramos a hacer entre compañeros... Mi palabra vale más que todas las firmas del mundo.

Acabo con un saludo revolucionario y te espero junto con Diego.[2]

Una vez más, el llano estropeaba los planes del Che. El día que supuestamente debían librar juntos la guerra contra el régimen, sus camaradas de las ciudades no hacían nada salvo atacarlo a él.

1. Oltuski dijo que el llano había recaudado esa suma, parte de la cual entregarían al Che para demostrar que contaban con apoyo suficiente como para prescindir del robo de bancos.

2. Víctor Paneque, apodado «Diego», era jefe de acción de Las Villas; Oltuski había dicho al Che que él también se oponía a los robos de bancos. En sus memorias, Oltuski dice que Diego quedó atónito al enterarse de los planes del Che, que era una «locura» que espantaría a los simpatizantes del 26 de Julio y estaba «seguro» de que Fidel no aprobaría semejantes acciones.

Resuelto a pesar de todo a llevar a cabo alguna acción, el Che ordenó un ataque a Cabaiguán por tres lados, que nuevamente debía comenzar con un disparo de bazuca. Pero alrededor de las cuatro de la madrugada el capitán Ángel Frías avisó de que no se podía atacar «porque había muchos guardias». El Che, furioso, escribió en su diario: «La indecisión de este capitán nos ha costado mucho prestigio, pues todo el mundo sabía que atacaríamos Cabaiguán y nos retiramos sin tirar un tiro.»

A la mañana siguiente, de vuelta en el Escambray, el Che ordenó atacar Jíquima esa misma noche, pero Ángel Frías anuló el plan «por falta de posición» de tiro. Con todo, estas frustraciones se vieron compensadas por las buenas noticias que llegaban de otras partes de la provincia.

Sus acciones combinadas con los ataques de Camilo en el norte prácticamente habían paralizado el tráfico en Las Villas el día de los comicios, y se había registrado una abstención electoral altísima. En todo el país se habían logrado resultados similares, y en Oriente los rebeldes acentuaron la parálisis mediante una serie de ataques. A nivel nacional, la estrategia rebelde obtuvo un éxito tremendo, ya que menos del treinta por ciento de los votantes habilitados acudieron a las urnas. Tal como estaba previsto, Rivero Agüero ganó las elecciones mediante el fraude a gran escala realizado con apoyo de las fuerzas armadas; debía asumir el cargo en menos de cuatro meses. Los rebeldes resolvieron que esa ceremonia no se llevaría a cabo.

El Che pasó algunos días en la sierra para vigilar las obras en Caballete de Casas, una base permanente de retaguardia que debía defenderse a toda costa de un ataque enemigo. Supervisó la construcción de trincheras y fortificaciones, así como de depósitos para municiones y alimentos de reserva. Las obras avanzaban a buen paso, ya se habían levantado varias casas de adobe, pero con el fin de acelerarlas el Che organizó a sus casi doscientos hombres en cuadrillas de trabajo. Creó una escuela para reclutas según el modelo de Minas del Frío, que llamó «Ñico López» en honor de su camarada fallecido, y nuevamente designó a Pablo Ribalta comisario político. Pocos días después llegó el personal de comunicaciones para instalar su sistema de radio en el frente, cortesía del PSP. Asimismo llegó la multicopista prometida y a mediados de noviembre empezó a publicar el periódico *El Miliciano*. En poco tiempo habría una central eléctrica, un hospital, una fábrica de tabaco, talleres de talabartería y metalúrgicos y una fábrica de armas.

En esa época llegaron al Escambray varias personas que establecerían vínculos estrechos con el Che. El 26 de Julio de Santa Clara envió a un estudiante de contabilidad de Holguín, un joven inteligente y serio llamado Orlando Borrego, que quería alistarse. Con el tiempo se harían amigos íntimos, pero en su primer encuentro el Che se mostró autoritario.

«No me simpatizó demasiado –recuerda Borrego–, porque fue muy crudo, muy frío, un poquito tratando despectivamente a los estudiantes.» Borrego era uno de siete hermanos criados en una finca pobre en Holguín, Oriente. Su padre era un capataz rural convertido en taxista y su madre una maestra rural. El dinero siempre era escaso, y a los catorce años Orlando ha-

bía empezado a trabajar para ayudar a la familia mientras asistía a la escuela nocturna. Ahora abandonaba todo para unirse a los rebeldes, y así lo recibían. Orlando «Olo» Pantoja, un guardaespaldas del Che, intercedió por él y sugirió que Borrego se hiciera cargo de las cuentas. El Che accedió a tenerlo a su lado como tesorero, pero antes lo envió a realizar instrucción militar en Caballete de Casas.

Durante el entrenamiento, Borrego se hizo amigo de un guerrillero del 26 de Julio, un joven alegre y vivaz de veintidós años llamado Jesús Suárez Gayol a quien apodaban «el Rubio» por su cabellera. Este ex dirigente estudiantil en Camagüey había abandonado la carrera de arquitectura para participar en una expedición del 26 de Julio que desembarcó en Pinar del Río. Inteligente y divertido, Suárez Gayol había conservado esos rasgos durante la guerra. En su última hazaña, de la que aún se recuperaba, había asaltado una emisora de radio en Pinar del Río, en pleno día, con un cartucho de dinamita en una mano y una pistola en la otra. Al encender la mecha, de alguna manera se prendió fuego. En calzoncillos, y con graves quemaduras en las piernas, salió a la calle en el momento que estallaba el edificio, y chocó con un agente de policía. Afortunadamente, éste huyó despavorido. Suárez Gayol corrió por la calle, pistola en mano, y se introdujo en la casa de una anciana. Ésta, que resultó ser simpatizante de los rebeldes, lo ocultó y curó sus heridas hasta que pudieron sacarlo de ahí y transportarlo al Escambray. La amistad entre Suárez Gayol y Borrego continuaría después de la guerra y ambos serían discípulos y hombres de confianza del Che.

A principios de noviembre llegó al campamento en Escambray un joven abogado perteneciente a una familia patricia de La Habana. Miguel Ángel Duque de Estrada había ingresado al 26 de Julio para luchar por la justicia social. Aunque no era marxista, admiraba al Che, se había interesado por los informes de su marcha a través de Cuba y pedido que lo enviaran al Escambray. El Che necesitaba a un hombre preparado para aplicar el código legal guerrillero en territorio rebelde, y el joven abogado era justamente la persona indicada; lo designó «auditor revolucionario», es decir, juez.

«Había elaborado una estrategia política clara –dijo Duque de Estrada–. Me dijo que a los prisioneros se los debía conservar con vida, que no debía haber pelotones. Eso cambiaría más adelante, pero por el momento no quería ejecuciones que arredraran a los hombres deseosos de rendirse a sus fuerzas.» Como Borrego y Suárez Gayol, Duque de Estrada sería uno de los cuadros selectos del Che después de la guerra.

En realidad, mientras proseguía con la guerra, el Che ya anticipaba el futuro. Así como había reunido muchos cuadros guerrilleros para las luchas revolucionarias futuras, ahora conformaba un cuerpo de ayudantes y asesores para la inminente batalla de la posguerra: la revolución política y económica necesaria para construir el socialismo en Cuba y liberarla de la dependencia impuesta por Estados Unidos a través del monocultivo de «Su Majestad el Azúcar».

- La ideología política no era el criterio esencial del Che para seleccionar

a los candidatos; creía que un hombre de ideas progresistas llegaría gradualmente a creer en el socialismo. Aparentemente tuvo razón. Al igual que la mayoría de sus protegidos en la guerrilla, los profesionales como Borrego, Duque de Estrada y Suárez Gayol no eran marxistas, pero acabaron por adoptar *formalmente* la ideología del Che.

La verdad es que antes de llegar al Escambray el Che ya hacía planes para desempeñar un papel de primer orden en la transformación revolucionaria de la economía cubana durante la posguerra. Si esto fue producto de un acuerdo elaborado con Fidel y el PSP es una cuestión que los cubanos se han abstenido deliberadamente de aclarar, pero ciertos hechos contundentes sugieren que así fue. El Che había empezado a estudiar economía política en México. A instancias de Fidel, había ayudado a poner en marcha el proceso de reforma agraria en la Sierra Maestra, había sido un participante clave en las dificultosas negociaciones con el PSP y ahora estaba investido de autoridad para llevar a cabo la reforma agraria en Las Villas.

Pero no era el protagonista absoluto de los sucesos. Al poner en práctica sus proyectos presentes y futuros, el Che requería la plena colaboración del PSP: además de los comunistas que se le habían unido en el Escambray, ya tenía a su disposición un pequeño grupo de militantes influyentes en La Habana. Uno era Alfredo Menéndez, de treinta y siete años, un especialista del Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar, la cámara de la industria azucarera con sede en la capital. Menéndez era un comunista veterano que durante años había aprovechado su puesto estratégico para proporcionar información económica confidencial al Buró Político del PSP, y ahora enviaba esa misma información al Che.

Con ayuda de su colega Juan Barroto y dos militantes del 26 de Julio en el Instituto, Menéndez enviaba al Che información sobre la industria azucarera y otros sectores de la economía. Los esfuerzos de estos hombres se verían debidamente recompensados; aunque ninguno de ellos lo conocería durante la guerra, pocos días después de su entrada en La Habana el Che mandó llamar a sus cuatro «topos» para que lo ayudaran a crear el motor del futuro gobierno revolucionario, el Instituto Nacional de Reforma Agraria.

Ahora bien, aunque dependía de la colaboración del PSP, el Che quería evitar la imagen de ser un agente del partido. Ovidio Díaz Rodríguez, el dirigente de la Juventud Socialista que ayudaba a coordinar la ejecución de los planes de reforma agraria en Las Villas, asistió a una reunión en la que un hombre del partido le entregó un obsequio al Che. «Era una latica de mate argentino y delante de todos le manifestó: "Mire, comandante, éste es un regalo de la Dirección del Partido." Lo aceptó sin decir nada, pero después me expresó: "Dile al Partido que no me mande compañeros tan indiscretos."»

III

Por ambiciosos que fueran los planes del Che para el futuro revolucionario de Cuba, aún debía ganar la guerra por el poder. En Las Villas, una piedra angular estratégica de la ofensiva final hacia la victoria, empezaba a dar algunos pasos. Con el simple expediente de lanzar ataques en la zona –algo que pocos grupos hacían a pesar de su presencia de meses en el Escambray– se había constituido en la autoridad de facto de la zona, y los lugareños acudían a presentar sus respetos.

El 8 de noviembre, dos inspectores de una empresa láctea fueron a verlo para saber si podían recoger leche; su empresa estaba casi paralizada debido a las actividades rebeldes. «Les dije que sí pero que cobraríamos un impuesto extraordinario de guerra, con lo que estuvieron de acuerdo.» Un dirigente del sindicato de transportes de Santa Clara fue a proponer la realización de acciones conjuntas en la ciudad. El Che respondió que estaba dispuesto a ello si el hombre organizaba una asamblea del sindicato y todos los dirigentes lo pedían. Una delegación de Placetas le llevó planos de la ciudad y ofrecieron su apoyo si la atacaba.

Evidentemente molestos porque el Che los desplazaba del centro de la escena en «su» zona de influencia, los señores de la guerra del Segundo Frente multiplicaban sus gestos belicosos. William Morgan, un veterano militar norteamericano que asesoraba a Gutiérrez Menoyo, le ordenó por escrito que devolviera las armas que Bordón había llevado consigo al unirse al Che. Éste desairó por completo a Morgan a la vez que enviaba una réplica enérgica a Gutiérrez Menoyo y ordenaba a sus hombres que «no entregaran una sola arma y rechazaran cualquier ataque» del grupo rival. Si el Segundo Frente persistía en su conducta hostil, estaba dispuesto a tomar represalias armadas.

En carta a Faure Chomón, dirigente del Directorio, le informó sobre la «delicada situación» con el Segundo Frente. Había una crisis que «hace imposible llegar a un acuerdo con la citada organización». Asimismo instó a Chomón a considerar la posibilidad de incluir al PSP en la alianza propuesta. «En conversaciones oficiales sostenidas con miembros del Partido Socialista Popular, éstos se han mostrado en una postura francamente unionista y puesto a disposición de esa unidad su organización en el llano y sus guerrillas del frente de Yaguajay.»

Al enterarse de que soldados leales a Peña, el comandante del Segundo Frente, extorsionaban a civiles de la zona para recaudar fondos, envió una partida a detener a los culpables. Pocos días después ésta regresó con dos columnas completas del Segundo Frente. El Che les advirtió que no podían seguir operando en la zona ni menos aún usar sus armas para extorsionar a la gente. Ante esta muestra de autoridad, una de las columnas pidió unirse a sus fuerzas, lo que el Che aceptó. Antes de liberar al resto, confiscó los tres mil pesos de «impuestos de guerra» que habían obtenido mediante la extorsión y envió una nota a Peña. En esta «Orden Militar n.º 1», el primer

decreto del Che en su carácter de «comandante en jefe de la región de Las Villas por el Movimiento 26 de Julio», dejó perfectamente claro que la vida en la zona iba a sufrir cambios. Después de esbozar los términos de la reforma agraria, atacó de manera indirecta a sus rivales del Segundo Frente.

«Cualquier miembro de una organización revolucionaria aparte del Movimiento 26 de Julio puede atravesar, vivir y operar militarmente en este territorio. Sólo se le exigirá que respete las órdenes militares que han sido o serán promulgadas.

»Nadie que no sea miembro de una organización revolucionaria tiene derecho a portar armas en este territorio. A ningún miembro de un cuerpo revolucionario le está permitido consumir bebidas alcohólicas en establecimientos públicos... Cualquier derramamiento de sangre debido a la violación de esta orden caerá bajo el Código Penal del ejército revolucionario...

»Todos los crímenes militares o civiles cometidos dentro de las fronteras del territorio administrativo abarcado por esta orden caerán bajo la jurisdicción de los reglamentos apropiados.»

Amedrentados tal vez por esta demostración de fuerza, la corriente del Directorio aceptó unificarse con el grupo del Che, acordó aplicar un impuesto único en la región y repartir los beneficios equitativamente entre las dos organizaciones. Como primera medida práctica de la nueva alianza, elaboraron planes para realizar ataques conjuntos. Restaba una disidencia, pues Chomón se negaba a incluir al PSP en la alianza ampliada. El Che lo dejó pasar por el momento, ya que eso no le impedía el trabajo conjunto con los comunistas. El 3 de diciembre, menos de tres semanas después del acuerdo de unidad entre el Directorio y el 26 de Julio, firmó el Pacto de Pedrero con el líder regional del Directorio Rolando Cubela por el cual declaraban su alianza en la lucha como «hermanos».

No obstante, continuaban las rencillas en el seno del 26 de Julio. A fines de noviembre, Enrique Oltuski, Marcelo Fernández, flamante jefe del Movimiento en La Habana, y tres dirigentes del directorio de Las Villas visitaron al Che para iniciar una nueva ronda de conversaciones. Halló a Fernández «con ínfulas sobradas» y se aprestó a pelear. «Discutimos toda la noche... Nos acusamos mutuamente, ellos [a mí] de comunista y yo [a ellos] de imperialistas. Les dije a los demás los hechos en que me basaba para emitir tal opinión y ellos lo mismo a mí. Al acabar la discusión quedamos más separados que antes.»

Cuando llegaron, recuerda Oltuski, el Che estaba ausente y los recibió el joven escolta Olo Pantoja. Como gesto de bienvenida, éste les ofreció carne de cabra, que estaba podrida hasta el punto de empezar a volverse verde. Para no ofenderlo, cada uno probó un bocado, cosa que Oltuski lamentó al instante: en un ataque de náusea, salió discretamente y escupió el bocado. A medianoche, cuando el Che regresó y se puso a comer, Oltuski lo observó con asqueada fascinación.

«Mientras comía, tomaba la carne con dedos sucios. A juzgar por la fruición con que comía, debía de saberle a gloria. Terminó de comer y sali-

mos... El Che repartió cigarros. Eran toscos, sin duda fabricados por un guajiro de la zona. Aspiré el humo amargo y fuerte: sentí calor en el cuerpo y un leve mareo. A mi lado, el Che fumaba y tosía, una tos húmeda como si estuviera mojado por dentro. Olía mal. Hedía a transpiración putrefacta. Era un olor penetrante, y lo combatí con humo de tabaco... El Che y Marcelo tuvieron algunas riñas verbales. Entre otras cosas, discutieron el programa del 26 de Julio...

»Cuando volvíamos, Marcelo me preguntó: "¿Qué te parece?"

»"A pesar de todo, uno no puede dejar de admirarlo. Sabe lo que quiere mejor que nosotros. Y vive sólo para eso."»

IV

No fue amor a primera vista. Aunque el comandante Che Guevara estaba en boca de todos en Cuba como jefe guerrillero de coraje legendario, la primera vez que lo vio de cerca Aleida March no lo consideró precisamente un buen partido. Su primera impresión fue la de un hombre con aspecto de «viejo» además de «flaco y sucio». Aunque ambos lo ignoraban, sus vidas estaban a punto de entrechocar.

A fines de noviembre, partió de Santa Clara para visitar el campamento del Che en misión especial para «Diego», su jefe en el movimiento rebelde clandestino de Las Villas. Hasta entonces había logrado eludir a la policía secreta de Batista, que buscaba a la mujer identificada en sus expedientes como «Cara Cortada» y «Teta Manchada». Sabían que era la lugarteniente o mano derecha de Diego, quien le encomendaba las misiones más difíciles.

Aleida debía sus apodos poco agraciados a las descripciones que los chivatos habían hecho a la policía, que incluían una pequeña cicatriz en la mejilla derecha, recuerdo de la mordedura de un perro en su infancia, y la gran mancha de nacimiento rosada que se extendía desde el seno izquierdo hasta más arriba de la clavícula. Pero los expedientes de la inteligencia policial eran engañosos, porque a pesar de esas señales Aleida March era una bonita rubia de veinticuatro años.

La menor de cinco hermanos, Aleida había crecido en una finca de veinte hectáreas en la ondulada zona rural al sur de Santa Clara. Su madre, Eudoxia de la Torre, era una mujer menuda, de poco más de un metro cincuenta de estatura; en cambio, su padre, Juan March, de ascendencia catalana, era alto, rubio y con ojos celestes, «un hombre decente de cierta cultura», como diría ella más adelante. Ambos eran hijos de familias de agricultores que habían perdido sus tierras, pero Aleida solía decir que su familia era de «clase media» porque su casa tenía suelo de hormigón; las de sus vecinos, así como la pequeña escuela primaria a la que había asistido hasta el sexto grado, tenían suelo de tierra.

Pero aparte del suelo de hormigón, su casa de dos dormitorios se parecía a las demás, con techo de hojas de palmera y paredes de adobe blan-

queado con cal, un salón familiar con cocina y un cuarto «de adelante» para recibir visitas. El cielo raso estaba teñido de amarillo debido a las bolsas de arroz que el padre de Aleida almacenaba en el altillo. Un poste de madera entre la sala y la cocina sostenía el techo; al atardecer, su padre se sentaba y apoyaba la espalda en él mientras le leía cuentos. De noche, Aleida escuchaba a su madre cantarle a su padre en el dormitorio contiguo. Surcaba el terreno un río donde su madre lavaba la ropa y bañaba a las niñas.

Los pobladores de esa región de Las Villas eran gente como ellos: campesinos blancos pobres, descendientes de inmigrantes de las regiones pauperizadas de España: gallegos, andaluces e «isleños» (de las islas Canarias). En el orden jerárquico social y racialmente estratificado de Santa Clara, como en buena parte de Cuba, esas familias vegetaban en el nivel más bajo de la sociedad blanca, pero aun así se hallaban por encima de los mulatos y los negros. Tres generaciones después de la abolición de la esclavitud, «los negros» eran trabajadores pobrísimos, la chusma despreciada de la sociedad cubana. En 1958, el Parque Central de Santa Clara les estaba vedado; lo rodeaba una verja en torno de la cual los negros podían congregarse, pero sin pasar al interior.

Como muchos blancos pobres, la madre de Aleida era racista y presumida. Le complacía jactarse de la estirpe supuestamente ilustre de su esposo, presunto descendiente de nobles de Cataluña. Cuando era niña, Aleida remedaba a su madre y decía a todos que era pariente de los «duques de Castilla». Fuese el padre descendiente directo de nobles o bien un hijo ilegítimo, Aleida nunca lo averiguó, pero lo cierto es que sus familias paterna y materna efectivamente habían poseído tierras y riquezas. La familia paterna había poseído una plantación azucarera, pero había perdido la tierra años antes. La tierra que su padre cultivaba como aparcero había pertenecido a los abuelos maternos de Aleida hasta que la perdieron durante la crítica década de 1920. Después de casarse, sus padres arrendaron la finca que antes había pertenecido a ella y se establecieron como aparceros. El último recuerdo de un pasado de afluencia, una antigua bombonera de cristal, ocupaba el centro de una cómoda en el cuarto para recibir visitas.

La posición social «elevada» de la familia se veía reforzada por el hecho de que la maestra de escuela local se alojó con ellos durante toda la infancia de Aleida, ya que era la única casa «digna» de recibirla. Pero los March tenían sus máculas. La madre de Aleida había escandalizado a los vecinos al dar a luz a la madura edad de cuarenta y dos, ya superados los años considerados «apropiados» para la maternidad. Esto nunca dejó de mortificar a las hermanas –la más cercana en edad a Aleida era quince años mayor que ella–, quienes solían decir a la gente que la menor de la familia en realidad era hija de la joven maestra.

La población más próxima era Seibabo, una aldea de pocas casas, pero una vez al mes su padre ensillaba el caballo para ir a Santa Clara a comprar provisiones a crédito en las bodegas chinas. Aunque en sus tierras cultivaba frutas y verduras y criaba un par de vacas lecheras, debía endeudarse para alimentar a la familia. Cuando los cultivos no bastaban para pagar el alqui-

ler, tenía que vender algunas posesiones. Un año desastroso se vio forzado a vender una ternera valiosa.

Al terminar sexto curso, Aleida se fue a vivir con una hermana casada en Santa Clara y asistió a la secundaria. Allí se ampliaron sus horizontes. Decidió que quería ser maestra y después de la secundaria cursó pedagogía en la Universidad de Santa Clara. Fue en la época en que Fidel realizó el asalto al Moncada. El suceso y su violento epílogo despertaron su interés por la política, como ocurrió a muchos otros jóvenes cubanos de su generación. Cuando se produjo el desembarco del *Granma* ella ya se había graduado en la universidad y militaba en el 26 de Julio clandestino.

Hasta pasados los veinte años Aleida no había conocido una ciudad más grande que Santa Clara. Viajó a La Habana por primera vez en misión para el 26 de Julio y se asombró al ver una autopista de cuatro carriles. Gino Donne, un marino mercante italiano, fue el primero que le habló del «Che Guevara».

Donne había navegado en el *Granma*, se había separado de sus camaradas en Alegría del Pío y después de muchas desventuras había llegado a Santa Clara. Cubierto de llagas, famélico y con un espantoso dolor de muelas, consiguió refugio en la casa de María Dolores «Lolita» Rossell, una morena bonita, madre de cuatro hijos y maestra de jardín de infancia. Su hermano Allan Rossell era coordinador del 26 de Julio en Las Villas, y su casa servía de refugio temporal en la ruta clandestina de los rebeldes.

Lolita y Aleida se conocieron debido a la presencia de Donne y se hicieron amigas íntimas. Para entonces, Aleida era la mensajera del jefe de acción del 26 de Julio en Villa Clara, con fama de mujer audaz al transportar armas y bombas ocultas bajo sus amplias faldas, típicas de los años cincuenta. «No tenía miedo a nada –recuerda Lolita–. Era muy abnegada, seria, soltera y no tenía afición a las fiestas y esa clase de cosas.»

Aleida iba a la casa de Lolita a planificar con Donne las acciones de sabotaje que ambos llevaban a cabo en la ciudad. Sin embargo, Donne permaneció poco tiempo allí; decepcionado por el ambiente festivo que encontró en Santa Clara durante la Navidad –que le pareció un síntoma de falta de espíritu insurreccional–, se embarcó en un buque que partía de Cuba.

Aleida continuó sus actividades, participó en la insurrección de septiembre de 1957 en Cienfuegos y en las acciones armadas que acompañaron la huelga general de abril de 1958 en Las Villas. Durante la ofensiva de las fuerzas de seguridad que siguió a la huelga, el Directorio de Las Villas formó una guerrilla para operar en las zonas rurales de la provincia. Aleida colaboró con ella: conducía a combatientes prófugos al campo, llevaba alimentos, armas, municiones y mensajes. Después de la llegada del Che, Aleida hizo muchos viajes a la sierra para acompañar visitantes y llevar correspondencia y fondos al controvertido comandante guerrillero. Hacia noviembre, los sectores del llano y la sierra del 26 de Julio habían logrado establecer una colaboración eficaz, aunque no libre de rencillas, en el Escambray, y Aleida, el principal enlace entre ambos, se volvió una cara conocida en el campamento

del Che. Un día, éste le dijo que había resuelto cobrar un impuesto de guerra a los dueños de los ingenios azucareros y le pidió que lo ayudara a recaudarlo. A fines de noviembre, de regreso de esa misión, Aleida se enteró de que la habían delatado y que la policía había entrado en su casa. De ninguna manera podía regresar a Santa Clara, pero cuando pidió permiso al Che para permanecer en la zona guerrillera, éste no se mostró complacido; en general, no admitían a las mujeres en los campamentos. Sin embargo, en vista del dilema de Aleida, el comandante cedió.

Al igual que la mayoría de los camaradas del llano, Aleida tenía una mala opinión del Partido Comunista cubano. Su antipatía se remontaba a la época de sus estudios universitarios, provocada por un profesor comunista que se oponía con vehemencia a la actividad insurreccional. Pero ahora la guerra había alcanzado una etapa crítica y los esfuerzos del Che en favor de la unidad habían permitido atenuar las rivalidades sectarias a la vez que poner en acción a los grupos de oposición en Las Villas. Y si al principio desconfiaba del «comunista Che», rápidamente dejó de lado esos sentimientos al enamorarse de él. (Con el tiempo, gracias al Che, Aleida modificaría su opinión negativa de los «socialistas», pero jamás dejaría de desconfiar de los «viejos comunistas» del PSP.)

A fines de noviembre, la fuerza aérea bombardeaba diariamente el frente del Che, y varias compañías del ejército con armamento pesado y tanques se desplazaban hacia Pedrero en una ofensiva a tres bandas. Camilo llegó con tres unidades para ayudarlo y durante seis días los dos bandos se trabaron en combate. Para el 4 de diciembre, la ofensiva del ejército estaba totalmente derrotada. Las guerrillas habían detenido su avance en todos los frentes y luego obligado a retroceder a los soldados hasta Fomento en el oeste y la aldea de Santa Lucía en el este. También capturaron una buena cantidad de pertrechos, incluido un tanque con cañón de 37 milímetros. Un pelotón del Che destruyó dos puentes estratégicos, con lo cual aisló a las guarniciones de Cabaiguán, Sancti Spíritus y Trinidad y agregó una ancha faja de terreno al territorio controlado por los rebeldes. Era el momento de pasar a la ofensiva.

Antes de regresar a su campamento principal en Yaguajay, Camilo y el Che elaboraron la estrategia para una ofensiva generalizada en la provincia. Como un cirujano entusiasta y diestro en amputaciones, el Che se dedicó a cortar sistemáticamente los caminos y los puentes ferroviarios para aislar las poblaciones e impedir el envío de refuerzos a sus guarniciones. El 16 de diciembre, sus hombres dinamitaron el puente de la Carretera Central y el enlace ferroviario al este de Santa Clara, con lo cual aislaron esta ciudad y La Habana del centro y el este de Cuba y dividieron la isla por la mitad. Estas acciones, sumadas a la ofensiva en curso en Oriente, donde las guarniciones del llano caían como fichas de dominó ante los ataques guerrilleros, demostraban claramente que el régimen de Batista vivía sus últimos días.

Para el Che, la segunda quincena de diciembre de 1958 pasó en un torbellino de combates y desplazamientos por la provincia, donde tomaba una guarnición tras otra. Ante todo sitió el pueblo estratégico de Fomento con

su gran guarnición militar, y a pesar del bombardeo sostenido de la fuerza aérea enemiga, logró que se rindiera al cabo de dos días. Sin detenerse, continuó la marcha a Guayos y Cabaiguán, que capitularon el 21 y 23 de diciembre respectivamente. En Cabaiguán, el Che se fracturó el codo derecho al caer de un muro. El doctor Fernández Mell le colocó una férula y se lo enyesó. Continuó la marcha hacia el objetivo siguiente, Placetas, donde sus tropas y las del Directorio combatieron juntas por primera vez. Al cabo de un día de combate, Placetas se entregó el 23 de diciembre. El mismo día, Sancti Spíritus se rindió al capitán Armando Acosta. Mientras tanto, el Segundo Frente por fin entró en acción y se unió a las fuerzas del Directorio que sitiaban Trinidad y otras guarniciones del sur. Hacia el norte, las fuerzas de Camilo se acercaban a la importante guarnición de Yaguajay.

En algún momento en medio del caos y la euforia del combate, el Che y Aleida se hicieron amantes. El primero que lo advirtió fue tal vez Oscarito Fernández Mell, aunque no supo cuándo ni dónde sucedió en el torbellino de los acontecimientos. «De ahí en adelante [Aleida] empezó a andar con el Che, iba a todos los lugares con él, por cierto que estuvo en todos los combates y todo, siempre estaba... Andaban en el jeep juntos, ella llevaba los papeles, le llevaba las cosas, me imagino que le zurciría la ropa...»

Alberto Castellanos, un graduado de Minas del Frío menos observador que su camarada, estuvo a punto de meter la pata. Un joven audaz de veinticuatro años, Alberto había sufrido sanciones del Che debido a sus travesuras; sin embargo, se había ganado el cariño del jefe, que lo designó ordenanza del estado mayor. Alberto se consideraba un verdadero donjuán, y Aleida lo atrajo como una «chica bonita». Resuelto a probar suerte, se acercó y le dijo un piropo subido de tono. Pero el Che los miraba, y Castellanos comprendió al instante que Aleida no estaba disponible. «Por la forma en que el Che me miró, me dije: "Sal de ahí, Alberto, que nada que hacer tienes."»

Aleida sí recuerda cómo comenzó. Una noche de insomnio, salió de su cuarto y fue a sentarse a la vera del camino. Eran las tres o cuatro de la mañana y la ofensiva había comenzado. Un jeep que se acercaba a gran velocidad se detuvo junto a ella. Lo conducía el Che. «¿Qué hacés aquí?», preguntó. «No podía dormir», contestó ella. «Voy a atacar Cabaiguán. ¿Quieres venir?» «Claro», respondió, y se sentó a su lado. «A partir de entonces –recuerda Aleida con una sonrisa traviesa–, nunca dejé su lado... ni permití que saliera de mi vista.»

V

Con sus convicciones divergentes, el Che y Aleida eran una pareja inverosímil. Aleida provenía del sector de la Revolución Cubana más despreciado por el Che. Era del llano, anticomunista y para colmo conservaba muchos de los prejuicios raciales que le habían inculcado en la juventud.

Aunque en esos días no tenía importancia, le gustaba vestir bien y compartía el desdén racista de su madre. En cambio, el Che pertenecía al ala extrema del comunismo, la mayor pesadilla de la mayoría de los camaradas de Aleida. Era famosa su negligencia en materia de aspecto personal e higiene y se había rodeado de negros y guajiros incultos.

Pero con respecto a las mujeres, sobre todo las bonitas, el Che solía dejar de lado sus convicciones políticas, y, en verdad, Aleida March era muy bonita. También merecía respeto por su coraje, ya que más de una vez había demostrado que era capaz de enfrentarse a la muerte. Es indudable que el Che también se sintió atraído por su personalidad contradictoria, muy tímida pero con un sentido del humor filoso y desinhibido. Cuando se decidía a hablar, era sincera hasta la indiscreción, como el Che.

En todo caso eran una pareja, y sus camaradas advirtieron y aceptaron el hecho rápidamente. Para los combatientes, Aleida significó un cambio grato en su vida cotidiana al atenuar los afanes disciplinarios del Che. A partir de entonces, iban juntos a todas partes.

Al fracturarse el brazo, el Che puso a Castellanos al volante de su jeep en el que recorrían la provincia con sus jóvenes escoltas: Harry Villegas, Jesús Parra «Parrita», José Argudín y Hermes Peña. Así surgió el rumor de que andaba con «tres mujeres: una rubia, una negra y una *jabao*», como se llama en Cuba al mulato de origen blanco. Sin duda, Aleida era la rubia, pero Villegas, un negro lampiño de dieciséis años y el también imberbe Parrita, un blanco de larga melena rubia, se enteraron para su disgusto que los habían confundido con mujeres. Rumores maliciosos aparte, el Che no había formado un harén sino una familia guerrillera. Él y Aleida hacían las veces de padres y los jóvenes guerrilleros eran sus «hijos» traviesos.

«El Che nos conocía como conocen los padres a los hijos –recuerda Villegas–. Sabía cuándo hacíamos una maldad, cuándo le ocultábamos algo, cuándo cometíamos un error por ignorancia o por travesura... Y las primeras normas que él impuso fueron de convivencia, normas estrictas que al principio no las comprendíamos con cabalidad, por ejemplo, el hecho de que nadie tuviera una participación excepcional por nada, ningún privilegio. Cuando él veía algo extra de comida, me llamaba para averiguar de dónde la había sacado e indagaba por qué vino, por qué la acepté, y llamaba a Aleida y la hacía responsable de que eso no podía pasar... Podríamos decir que [Aleida] fue como nuestra madrina, porque éramos traviesos y el Che a veces nos criticaba duro... y ella era la intermediaria en muchas oportunidades en que evaluaba la situación de manera distinta y le hacía ver que era muy fuerte con nosotros.»

Mientras tanto, la ofensiva contra el régimen de Batista continuaba con toda furia. Tras la rendición de Placetas, el Che se dirigió hacia el norte; el día de Navidad atacó Remedios y el puerto de Caibarién, que cayeron al día siguiente. Villa Clara se había convertido en un caos de tropas regulares derrotadas, civiles alborozados y guerrilleros pelilargos por todas partes, mientras desde el cielo, los aviones los bombardeaban y ametrallaban sin

cesar. El 27 de diciembre sólo se interponía entre el Che y la capital de Las Villas la guarnición de Camajuaní; cuando sus tropas huyeron sin combatir, quedó el camino expedito para el ataque a Santa Clara, la cuarta ciudad de Cuba.

La euforia reinaba entre los combatientes. Sabían que la victoria estaba cerca, pero el Che les ordenó que no celebraran la victoria prematuramente; una de sus prioridades era mantener la disciplina de la tropa y a la vez imponer una suerte de ley y orden en la provincia. Para prevenir la anarquía, designaba autoridades revolucionarias provisionales en cada pueblo liberado e imponía normas de conducta para sus hombres. Los bares y burdeles estaban estrictamente vedados, pero para muchos guerrilleros jóvenes, recibidos como héroes conquistadores en los pueblos después de meses de abstinencia en el monte, la tentación era excesiva. La mayoría demostró una conducta notable, pero era inevitable que algunos aprovecharan los placeres en oferta. El día que cayó Remedios, el jefe de pelotón Enrique Acevedo estuvo a punto de perder el control de sus hombres cuando el dueño de un burdel envió un camión cargado de prostitutas y varias botellas de ron en prueba de «admiración».

«Parejas furtivas van rumbo a la arboleda, mientras me quedo observando cómo se desarticula la emboscada. Sin pensarlo más, le espeto al tipo: "Si eso lo has hecho con el fin de afectar la emboscada, te lo voy a cobrar al duro. ¡Recoge de inmediato el carretón de putas que has volqueteado aquí!"» En su evaluación posterior, Acevedo comprendió que había reaccionado apenas a tiempo. «No todos "pecaron", el grueso no abandonó la emboscada. De todas formas, mantener el orden ante aquella tentación fue una labor titánica.»

Cuando el Che planificaba la jugada siguiente, Fidel le escribió una carta a la luz de una linterna desde fuera de la reforzada guarnición de Maffo, que sus fuerzas sitiaban desde hacía seis días: «La guerra está ganada, el enemigo se derrumba con estrépito, tenemos diez mil soldados encerrados en Oriente. Los de Camagüey no tienen forma de escapar. Todo esto es el resultado de una sola cosa: nuestro esfuerzo y decisión. Es esencial que comprendas que el aspecto político de nuestra batalla en [la provincia de] Las Villas es fundamental.

»Por el momento es sumamente importante que el avance hacia Matanzas y La Habana sea realizado exclusivamente por fuerzas del 26 de Julio. La columna de Camilo debe estar al frente, en la vanguardia, para tomar La Habana cuando caiga la dictadura si no queremos que las armas de [la guarnición de] Campo Columbia sean repartidas entre todos los distintos grupos, lo que presentaría un problema muy serio en el futuro.»

En vísperas de derrotar a las fuerzas armadas cubanas en el campo de batalla, Fidel estaba resuelto a impedir que sus rivales se hicieran con el botín político en el último momento. Sus inquietudes no tenían nada que ver con las que se expresaban en Washington. El Departamento de Estado y la CIA habían dejado de lado sus antiguas diferencias en favor del consenso

general de que no se podía permitir que un sujeto tan escurridizo como Castro tomara el poder. Sin embargo, los sucesos de las últimas semanas habían desbaratado las últimas esperanzas del gobierno de Eisenhower de que las elecciones del 3 de noviembre de alguna manera paliarían la crisis cubana.

Además de la ofensiva del Che y Camilo en Las Villas, nuevas columnas rebeldes recorrían Oriente y Camagüey. Varias guarniciones se habían rendido a las fuerzas de Raúl, los suministros de agua y energía de Holguín estaban inutilizados y la misma Santiago estaba cada vez bajo mayor presión a medida que las unidades rebeldes se acercaban. A fines de noviembre, después de tomar la gran guarnición de Guisa al cabo de un sitio cruento, las fuerzas de Fidel también se desplazaron de la sierra al llano. El embajador Smith viajaba constantemente entre La Habana y Washington en busca de apoyo para el presidente electo Rivero Agüero, pero en vano; todos comprendían que la situación militar se deterioraba rápidamente y crecían los temores de que Batista no alcanzaría a sostenerse hasta la entrega del mando, prevista para febrero.

Smith recibió instrucciones de comunicarle a Batista que Washington no apoyaría al gobierno de Rivero Agüero y que debía entregar el poder inmediatamente a una junta cívico-militar aceptable para Estados Unidos. Batista se negó, evidentemente convencido de que aún podía salvar la situación. A principios de diciembre había rechazado una petición similar del jefe de la CIA en La Habana, William Pawley, ex embajador en Cuba y fundador de las líneas aéreas nacionales Cubana de Aviación.

En los días siguientes, Raúl tomó el puerto de Nicaro y la guarnición de La Maya en Guantánamo después que un piloto rebelde arrojara una bomba de napalm sobre el cuartel. En esas acciones capturó enormes cantidades de armas y tomó medio millar de prisioneros. A mediados de diciembre, mientras Fidel sitiaba Maffo, sus fuerzas controlaban casi toda la Carretera Central en Oriente y el ejército aparentemente estaba cercado por todas partes.

Durante el incontenible avance rebelde, la CIA estudiaba la posibilidad de apoyar un golpe militar preventivo, y sus agentes buscaban candidatos aceptables para integrar la junta. Justo Carrillo postuló una vez más al coronel Barquín, quien seguía encarcelado en la isla de Pinos. Había muchos elementos leales a Barquín en las fuerzas armadas, y la mayoría de la gente lo consideraba el candidato adecuado para tomar el control militar tras la caída de Batista. Esta vez la CIA dio luz verde y entregó fondos a Carrillo para sobornar a los funcionarios de la cárcel con el fin de que liberaran al coronel.

Al mismo tiempo, altos oficiales de la camarilla de Batista tramaban conspiraciones para echarlo y asegurar sus propios puestos. El general Francisco Tabernilla, jefe del estado mayor del ejército, dijo al comandante militar de Oriente, general Cantillo, que iniciara negociaciones con Fidel. Debía proponerle una alianza entre rebeldes y militares para dar el golpe final e instaurar luego una junta. Ésta incluiría al propio Cantillo, otro oficial a designar, el pretendiente a la presidencia Manuel Urrutia y dos civiles escogidos por Fidel.

Evidentemente, la consigna de estos esfuerzos desesperados era «Detener a Castro», y Fidel veía escasas razones para darles el gusto. Rechazó las propuestas de los golpistas y comunicó a Cantillo que quería reunirse con él cara a cara para hacerle conocer las suyas.

Mientras tanto, el ejército de Batista se derrumbaba. En ciudades y pueblos de todo el país, civiles alborozados recibían a los rebeldes y muchos –sinceramente o no– llevaban el brazalete rojinegro del 26 de Julio. Para la Navidad, las fuerzas del Che y Camilo habían tomado las ciudades y los pueblos principales de Las Villas salvo Santa Clara, Cienfuegos, Trinidad y Yaguajay. Víctor Bordón había tomado una serie de pueblos al oeste para impedir que llegaran refuerzos de Cienfuegos o La Habana a Santa Clara. En Oriente cayeron las grandes guarniciones de Caimanera y Sagua de Támano, y el buque de la armada *Máximo Gómez*, fondeado frente a Santiago, sólo esperaba la orden de los rebeldes para desertar. Después de una breve visita de Navidad a su madre en Birán, Fidel preparó su encuentro con Cantillo. Aún tenía bastante de qué preocuparse, pero la noche del 26 de diciembre consideró que había llegado el momento de dar la orden que todos los rebeldes aguardaban desde hacía mucho tiempo: preparar el asalto a La Habana.

El análisis de Fidel del final de partida resultó certero: la batalla de Las Villas era crucial, porque Santa Clara era la última piedra angular de la estrategia defensiva batistiana. Encrucijada del transporte y las comunicaciones en el centro de la isla, con una población de ciento cincuenta mil habitantes, Santa Clara era el último obstáculo en la marcha rebelde sobre la capital; si la tomaban, sólo el puerto de Matanzas se interponía entre ellos y La Habana. Batista depositó todas sus esperanzas en la defensa de Santa Clara. Envió dos mil efectivos frescos para elevar el total de la tropa a tres mil quinientos y puso a su mejor soldado, Joaquín Casillas, recientemente ascendido a coronel, a asumir la defensa. En apoyo de Casillas envió un tren blindado, cargado de armas, municiones y equipos de comunicaciones; éste debía servir de arsenal de reserva y enlace móvil de comunicaciones con el cuartel general militar en Campo Columbia.

A pesar de estas medidas para reforzar Santa Clara, Batista sabía que le quedaba poco tiempo. Estaba al tanto de las conspiraciones de Tabernilla y había resuelto apoyarse en el general Cantillo, con la promesa de entregar el poder a fines de enero a una junta encabezada por el comandante de Oriente. Al mismo tiempo, Batista cubría su retirada; durante la Navidad dispuso que varios aviones se aprestaran a evacuarlo juntamente con un pequeño grupo de oficiales y amigos con sus familias. Días después envió a sus hijos a Estados Unidos para que estuvieran a salvo.

Mientras tanto, el Che se aprestaba a atacar Santa Clara. El 27 de diciembre, luego de liberar Placetas, recibió allí a Antonio Núñez Jiménez, un joven profesor de geografía de la Universidad de Santa Clara, quien llevaba consigo mapas y croquis para ayudarlo a elaborar los planes de marcha hacia la ciudad. Junto con Ramiro Valdés, trazaron una ruta por cami-

nos vecinales que los conduciría a la universidad, en las afueras del norte de la ciudad. Partieron esa noche para enfrentarse con fuerzas que los superaban en la misma proporción que en casi todos los choques entre los rebeldes y el ejército cubano; con ocho pelotones propios y una columna de cien hombres del Directorio al mando de Rolando Cubela, el Che tenía trescientos cuarenta para atacar a una fuerza diez veces mayor y respaldada por tanques y aviones.

Al amanecer del día siguiente, el convoy del Che llegó a la universidad donde los aguardaba Lolita Rossell, la amiga de Aleida. Quedó atónita al ver el aspecto «sucio y desprolijo» de los guerrilleros. A su lado, su padre murmuraba, incrédulo: «*¿Éstos* son los que van a tomar Santa Clara?» Entonces Lolita descubrió al Che y la sorprendieron tanto su juventud como su aire inconfundible de autoridad. Esta impresión fue reforzada por un soldado, cuya cara era la expresión viva del agotamiento provocado por el combate, quien le preguntó cuántos soldados había en la ciudad. «Unos cinco mil», dijo ella. El hombre asintió: «Bien, para nuestro jefe no es problema.»

Después de instalar una comandancia provisional en el antiguo reducto universitario de Aleida, la Facultad de Pedagogía, el Che y sus hombres se dirigieron hacia la ciudad propiamente dicha, marchando por las acequias. Se detuvo en la emisora de radio CMQ para dirigirse a la ciudad y pedir el apoyo civil. Poco después los bombarderos B-26 y los nuevos cazas británicos Sea Fury bombardearon y ametrallaron las afueras de la ciudad en busca de los guerrilleros.

El enemigo se había atrincherado en varios puntos de la ciudad, pero la prioridad del Che era el tren blindado, detenido en la entrada del camino de Camajuaní que conducía a la universidad. En el límite oriental de la ciudad el ejército había ocupado las estratégicas colinas Capiro que dominaban tanto la universidad como el camino y la vía férrea a Placetas. Más de mil soldados estaban atrincherados en el cuartel Leoncio Vidal, en el suburbio noroccidental, cerca del cuartel de la policía defendido por cuatrocientos efectivos. En el centro de la ciudad habían instalado puestos defensivos en el tribunal, la gobernación y la cárcel, y hacia el sur los cuarteles n.º 31 y Los Caballitos dominaban el camino a Manicaragua. Ahora que la mayor parte de la provincia estaba en manos rebeldes, el Che debía ante todo evitar que llegaran refuerzos enemigos desde la ruta Matanzas-La Habana hacia el oeste, pero la fuerza de Víctor Bordón había cortado esa ruta en varios puntos y tomado el estratégico pueblo de Santo Domingo.

Esa noche y durante la mañana del 29 de diciembre, el Che desplazó sus fuerzas de la universidad a la ciudad, atacando las posiciones enemigas pero siempre en dirección al tren blindado. Trasladó su comandancia a un edificio de obras públicas que se hallaba a un kilómetro de la ciudad e hizo levantar un tramo de las vías férreas por medio de tractores; a continuación, mandó atacar el cuartel de la policía, los montes Capiro y el tren blindado. Al mismo tiempo, la columna del Directorio al mando de Cubela, que el

día anterior había entrado en la ciudad desde el sur, puso sitio a los cuarteles n.º 31 y Los Caballitos. Había empezado la batalla.

Durante los tres días siguientes, Santa Clara se convirtió en un campo de batalla sangriento a medida que los rebeldes avanzaban hacia el centro de la ciudad. En algunos lugares avanzaban abriendo boquetes en las paredes interiores de las casas; en otros, libraban batallas campales en las calles. Muchos civiles que habían respondido a la llamada del Che a las armas fabricaban cócteles Molotov, les proporcionaban refugio y alimentos y alzaban barricadas en sus calles. Con todo, tanques y aviones respondían con granadas, bombas y cohetes, y los heridos, tanto civiles como guerrilleros, se hacinaban en los hospitales.

Durante una visita a un hospital, un moribundo tomó el brazo del Che: «¿Recuerda, comandante? Me mandó a buscar el arma en Remedios... y me la gané aquí.» El Che lo reconoció. Era un joven combatiente al que había desarmado unos días antes por disparar accidentalmente su arma. También recordó lo que le había dicho. «Le respondí con mi sequedad habitual –escribió unos años después en sus memorias de la guerra civil–: "Gánate otro fusil yendo desarmado a la primera línea... si eres capaz de hacerlo."» Evidentemente el hombre se había animado, y las consecuencias fueron fatales. «Quince minutos después moría, y me lució contento de haber demostrado su valor. Así es nuestro Ejército Rebelde.»

Las cosas dieron un vuelco inexorable la tarde del 29 de diciembre. Una vez que la «escuadra suicida» del Vaquerito tomó la estación ferroviaria mientras otros rebeldes asaltaban los montes Capiro, los soldados huyeron a refugiarse en el tren blindado. El tren de veintidós vagones intentó escapar a toda velocidad. Cuando llegó al tramo de vías levantado, la locomotora y los tres primeros vagones se descarrilaron en un cataclismo espectacular de hierros retorcidos y alaridos de hombres heridos.

«Se estableció entonces una lucha muy interesante en donde los hombres eran sacados con cócteles Molotov del tren blindado, magníficamente protegidos aunque dispuestos sólo a luchar a distancia –escribió el Che–... Acosados por hombres que, desde puntos cercanos y vagones inmediatos lanzaban botellas de gasolina encendida, el tren se convertía, gracias a las chapas del blindaje, en un verdadero horno para los soldados. En pocas horas se rendía la dotación completa, con sus 22 vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras del mismo tipo, sus fabulosas cantidades de municiones (fabulosas para lo exiguo de nuestras dotaciones, claro está).»

Mientras aún se libraban las batallas en torno de la ciudad, las agencias de noticias internacionales difundían el falso rumor de que el Che había muerto. A primera hora del día siguiente, Radio Rebelde anunció la toma del tren blindado y desmintió la muerte del Che. «Para tranquilidad de los familiares en Sudamérica y de la población cubana, aseguramos que Ernesto Che Guevara se encuentra vivo y en la línea de fuego y... dentro de muy poco tiempo tomará la ciudad de Santa Clara.»

Sin embargo, muy poco después el propio Che tuvo que confirmar por radio la muerte de uno de sus hombres más queridos, Roberto Rodríguez apodado el Vaquerito. Fue una nota de tristeza en su boletín radiofónico, destinado a anunciar la caída inminente de la ciudad. Esa tarde, el diminuto jefe de la Escuadra Suicida había recibido un balazo en la cabeza cuando asaltaban el cuartel de la policía. La muerte del Vaquerito fue un duro golpe para el Che, porque el joven era la encarnación del combatiente que él buscaba. Vaquerito había bautizado a la Escuadra Suicida, que era una unidad de asalto de élite integrada por los combatientes que aspiraban a cumplir con los criterios más elevados del Che.

«El "Pelotón Suicida" era un ejemplo de moral revolucionaria, y a ese solamente iban voluntarios escogidos –escribió–. Sin embargo, cada vez que un hombre moría (y eso ocurría en cada combate) al hacerse la designación del nuevo aspirante, los desechados realizaban escenas de dolor que llegaban hasta el llanto. Era curioso ver a los curtidos y nobles guerreros, mostrando su juventud en el despecho de unas lágrimas, por no tener el honor de estar en el primer lugar de combate y de muerte.»

En medio de la muerte, es normal que el ser humano reaccione buscando la vida, y el mismo Che no era inmune a este instinto; así sucedió que en medio de la batalla de Santa Clara, comprendió que estaba enamorado de Aleida. Como le dijo más tarde, en la intimidad, ese sentimiento lo embargó en un momento en que ella lo dejó para cruzar una calle bajo el fuego. Por unos instantes desapareció de su vista y él, angustiado, no sabía si había llegado al otro lado a salvo. Por su parte, Aleida estaba segura de sus sentimientos desde aquella noche de insomnio unas semanas antes, cuando él había detenido su jeep y la había invitado a subir.

El 30 de diciembre, la guarnición de Los Caballitos se entregó al Directorio, y unos soldados que se habían atrincherado en una iglesia también se entregaron. El pueblo de Santo Domingo, perdido durante una contraofensiva, fue retomado por las fuerzas de Bordón, que terminaron de cerrar los caminos del oeste. Hacia el sur, las fuerzas de Faure Chomón tomaron Trinidad. El Che cayó en la cuenta de que no había asegurado el sector oriental de Las Villas y envió a Ramiro Valdés a tomar el pueblo de Jatibonico, sobre la carretera central, donde una columna blindada de refuerzos trataba de abrirse paso.

Con ese despliegue de fuerzas y la toma del tren blindado, Santa Clara estaba totalmente aislada, y la desesperación embargó a los soldados y agentes de policía que aún resistían. El alto mando en La Habana ordenó nuevos ataques aéreos sobre la ciudad; en las guarniciones y el cuartel de policía la resistencia era encarnizada; un grupo de hombres atrincherados en el décimo piso del Gran Hotel disparaba a los rebeldes.

Pero el Che había acrecentado su poder de fuego y además contaba con tropas descansadas. Con la toma del tren blindado había obtenido una cantidad increíble de pertrechos: seiscientos fusiles, un millón de proyectiles, decenas de ametralladoras, un cañón de veinte milímetros, valiosos obuses

y lanzagranadas. Durante el día de Año Nuevo los rebeldes conquistaron una posición tras otra: la policía, luego la sede de la gobernación seguida por los juzgados y la cárcel, donde la fuga de los presos alimentó la confusión generalizada. Al final del día, sólo resistían el cuartel n.º 31, el Gran Hotel y la guarnición principal Leoncio Vidal.

En Oriente, Maffo se había entregado a los rebeldes después de diez días de sitio, y Fidel ya apuntaba hacia Santiago, la segunda ciudad de Cuba. El 28 de diciembre se reunió con el general Cantillo en el ingenio azucarero Oriente, cerca de Palma Soriano, y se pusieron de acuerdo: Fidel detendría la ofensiva durante tres días para darle tiempo a Cantillo de volver a La Habana e iniciar una sublevación militar el 31 de diciembre. Ese día, detendría a Batista y pondría al ejército a disposición de Fidel.

Pero en realidad, Cantillo pensaba traicionarlo. Regresó a La Habana, informó a Batista de todo y le dio plazo hasta el 6 de enero para abandonar el país. Luego envió un mensaje a Fidel para que le permitiera aplazar hasta ese día la sublevación. Fidel sospechó al instante, pero a esas alturas los acontecimientos se sucedían a una velocidad tal, que ni él ni Cantillo podían prever los hechos siguientes.

VI

La toma del tren blindado por parte del Che hizo sonar todas las campanas de alarma en Campo Columbia, la sede del cuartel general en La Habana, y la rápida sucesión de capitulaciones de cuarteles por toda la isla obligó a Batista a apresurar los planes para su partida. En la tarde del 31 de diciembre, todas sus esperanzas de ganar tiempo dependían de la resistencia del coronel Casillas en Santa Clara, pero a las nueve de la noche del mismo día el oficial comunicó al dictador que no podía resistir mucho más sin refuerzos. Una hora más tarde, cuando Cantillo le comunicó que la caída de Santiago era inminente, Batista comprendió que había llegado el momento de partir.

En la fiesta de Año Nuevo que dio para los oficiales de mayor graduación y sus familias en Campo Columbia, Batista invitó a los generales a pasar a una estancia contigua a la que ocupaban la mayoría de los invitados para revelarles que entregaría el mando militar a Cantillo. Luego volvió al otro salón para anunciar la decisión de renunciar a la presidencia. Designó presidente a Carlos Manuel Piedra, el magistrado más antiguo de la Corte Suprema; tomó juramento a Cantillo como jefe de las fuerzas armadas y a continuación, con un puñado de funcionarios y sus familias, Batista y su esposa se dirigieron al aeropuerto militar vecino para embarcar en el avión que los aguardaba. A las tres de la madrugada del 1 de enero de 1959, en medio de la oscuridad, Batista partió hacia la República Dominicana acompañado por cuarenta secuaces leales, entre ellos el «presidente electo» Andrés Rivero Agüero. Otro avión partió antes del amanecer con el alcalde de

La Habana, «Panchín» Batista, hermano del dictador, y varias decenas de funcionarios de gobierno y jefes policiales. Otros dos personajes tristemente célebres escaparon por separado: el jefe paramilitar Rolando Masferrer y el mafioso norteamericano Meyer Lansky.

En algún momento de esa misma noche, al conocer la novedad en Santa Clara, el coronel Casillas y su segundo, coronel Fernández Suero, se apresuraron a salvar sus propios pellejos. Inventaron un pretexto absurdo para su subordinado, el ingenuo coronel Cándido Hernández, se vistieron de paisano y huyeron.

Al amanecer empezaron a correr por Santa Clara los primeros rumores de la fuga de Batista. El cuartel n.º 31 se rindió, el Gran Hotel y el cuartel Leoncio Vidal fueron rodeados y a media mañana el coronel Hernández pidió una tregua. El Che respondió que sólo aceptaría la rendición incondicional y envió a Núñez Jiménez y Rodríguez de la Vega a negociar con él.

«Las noticias eran contradictorias –escribiría el Che más adelante–: Batista había huido ese día, desmoronándose la Jefatura de las Fuerzas Armadas. Nuestros dos delegados establecían contacto por radio con Cantillo, haciéndole conocer la oferta de rendición, pero éste estimaba que no era posible aceptarla porque constituía un ultimátum y que él había ocupado la Jefatura del Ejército siguiendo instrucciones precisas del líder Fidel Castro. Hicimos inmediato contacto con Fidel, anunciándole las nuevas, pero dándole la opinión nuestra sobre la actitud traidora de Cantillo, opinión que coincidía absolutamente con la suya.»

La conversación con Cantillo lógicamente desconcertó a Hernández, pero el Che insistió con firmeza en que debía rendirse. A las 11.30, un comunicado leído por Fidel por Radio Rebelde interrumpió las negociaciones. Tras rechazar los conceptos de Cantillo sobre una «junta militar» o cualquier clase de acuerdo entre ellos, convocaba a la huelga general inmediata y la movilización de las fuerzas rebeldes hacia Santiago y La Habana. Los defensores de Santiago tenían plazo hasta las 18.00 para rendirse. El comunicado finalizaba con la consigna: «¡Revolución sí, golpe militar no!»

Ahora que el panorama estaba más claro, el Che dio a Hernández una hora para decidirse; si no se rendía antes de las 12.30, lo atacaría y luego lo haría responsable por el derramamiento de sangre. Hernández volvió al cuartel y comenzó la espera.

Mientras el Che negociaba con Hernández, sus hombres habían desalojado a los últimos francotiradores del Gran Hotel. El día anterior, Enrique Acevedo había ordenado realizar pases rápidos en automóvil frente al hotel para atraer el fuego de los francotiradores, pero abandonó esa táctica después de que hirieran a uno de sus hombres en una pierna. Pero esa mañana, al agotárseles las municiones y ver cómo se rendían sus camaradas, los francotiradores se entregaron a Acevedo y salieron del hotel con las manos en alto.

Resultó ser un grupo de cinco chivatos y cuatro policías, algunos de los cuales, según Acevedo, tenían «deudas que saldar con la justicia revolucio-

naria». Y no tuvieron que esperar mucho para saldarlas; a las 14.00, tras un juicio sumarísimo, los cinco chivatos fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento revolucionario.

Por su parte, Casillas no llegó demasiado lejos disfrazado de paisano. Los combatientes de Bordón, situados al oeste de la ciudad, tenían órdenes de detener a los soldados que huían hacia La Habana, y Casillas, con su sombrero de paja y brazalete del 26 de Julio, no tardó en caer en sus manos. Al principio trató de seducir a Bordón: lo calificó de «gran estratega» y añadió que «sólo lamentaba no poder quedarse conmigo, porque debía seguir viaje a la capital para participar en la junta militar que iba a "resolver este asunto entre cubanos"».

Bordón lo detuvo en seco. «Le dije que dejara de halagarme, que no necesitábamos una junta porque [en lo sucesivo] sería Fidel Castro quien resolvería la vida de los cubanos. Y que me acompañaría a Santa Clara para que el Che lo conociera. Ahí es donde cambió de color y me preguntó si no podía llevarlo con otro jefe. Y recuerdo que cuando el Che lo vio, le dijo: "¡Ah! Conque usted es el asesino de Jesús Menéndez."»[1]

Casillas no sobrevivió a ese día. La versión revolucionaria oficial es que lo mataron a tiros durante un intento de fuga cuando iban a ver al Che, pero evidentemente esto contradice el relato de Bordón. Dado su bárbaro historial de excesos cometidos en el pasado, es posible que el frustrado «intento de fuga» de Casillas tuviera lugar frente a un pelotón de fusilamiento formado a toda prisa.

Diez minutos antes del vencimiento del plazo, Hernández acordó la entrega de su guarnición. Las tropas, aliviadas, soltaron sus armas, salieron a la calle y se unieron a los rebeldes. En toda la ciudad se alzó un coro de vítores: era la caída de Santa Clara. Pero el Che aún no estaba para festejos. Debía restablecer el orden, juzgar a sicarios y chivatos, reunir sus fuerzas e impartir órdenes.[2]

Cantillo no pudo ejercer la jefatura de las fuerzas armadas por largo tiempo. El coronel Barquín fue liberado de la isla de Pinos y trasladado en avión a La Habana junto con Armando Hart. En las primeras horas de la tarde llegó a Campo Columbia, donde Cantillo, sin margen de maniobra, le entregó el mando. En Oriente se entregó Santiago, y Fidel se aprestó a marchar a la ciudad esa misma noche.

La mañana siguiente, 2 de enero, el Che y Camilo Cienfuegos recibieron órdenes de avanzar hacia La Habana. Camilo debía apoderarse de Campo Columbia mientras el Che debía ocupar La Cabaña, la fortaleza colonial que dominaba la capital desde la entrada del puerto. La columna de Camilo partió en primer término porque el Che aún debía ocuparse de

1. Dirigente del sindicato azucarero asesinado por Casillas en 1948.

2. Según el historiador Hugh Thomas, uno de los fusilados fue el jefe de policía, coronel Cornelio Rojas. En el momento de su ejecución, Rojas pidió que se le permitiera dar la orden de fuego, lo que le fue concedido.

las últimas tareas de limpieza, que incluían la ejecución de algunos chivatos y la designación de Calixto Morales como gobernador militar de Las Villas. A continuación, dirigió un mensaje al pueblo de Santa Clara para agradecer su ayuda a «la causa revolucionaria». Él y sus hombres partían, dijo, «con el sentimiento de dejar un lugar querido y profundos afectos personales. Invito a mantener el mismo espíritu revolucionario, para que en la gigantesca tarea de la reconstrucción también sea Las Villas vanguardia y puntal».

Alrededor de las 15.00, con Aleida a su lado, el Che y sus hombres partieron hacia La Habana. La mayoría de sus camaradas estaban alborozados ante la perspectiva de liberar la capital cubana, pero para el Che era apenas el primer paso en la magna lucha que se avecinaba.